



# MEMORIAS

2012

TOMO

XXXVIII

M

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA





MEMORIAS  
2012



ACADEMIA  
MEXICANA  
DE LA  
LENGUA



TEXTOS DE:  
*Carlos Prieto*  
*Miguel León-Portilla*  
*Élmer Mendoza*  
*Felipe Garrido*  
*Víctor de la Cruz*  
*Eraclio Zepeda*  
*Vicente Quirarte*  
*Hugo Gutiérrez Vega*  
*Gonzalo Celorio*  
*Ignacio Padilla*  
*Vicente Leñero*  
*Germán Viveros*  
*Mauricio Beuchot*  
*Adolfo Castañón*  
*Margo Glantz*  
*Miguel Capistrán*  
*Ruy Pérez Tamayo*  
*Julietta Fierro*  
*José Pascual Buxó*  
*Leopoldo Valiñas Coalla*  
*Patrick Johansson Keraudren*  
*José G. Moreno de Alba*  
*Tarsicio Herrera Zapién*  
*Ascensión Hernández Triviño*  
*Concepción Company Company*  
*Margit Frenk*

# MEMORIAS 2012

**TOMO XXXVIII**

VIDA ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

TRABAJOS LEÍDOS  
EN SESIONES ORDINARIAS

Academia Mexicana de la Lengua

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua .—  
México: Academia Mexicana de la Lengua, 2018.  
447, [1] pp. : fotografías blanco y negro ; 17 x 23 cm.

Tomo XXXVIII (2012)

1. Academia Mexicana de la Lengua – Publicaciones periódicas.
2. Literatura mexicana – Ensayo. 3. Español – Lingüística. 4. Español – Gramática. 5. Cultura mexicana. 6. Hispanismo. I. t.

Dewey 460.6

La Academia Mexicana de la Lengua se reúne en sesión ordinaria los segundos y cuartos jueves de cada mes, de 17:30 a 20:00 horas. Los mismos días sesiona su Mesa Directiva, de 9:00 a 11:30 horas. Las comisiones de Consultas y de Lexicografía se reúnen semanalmente, los jueves, de 11:30 a 13:30 horas y de 10:00 a 12:00 horas (cuando no hay sesión plenaria) y de 16:00 a 17:30 horas (cuando sí la hay), respectivamente. Con igual frecuencia, de 13:30 a 15:00 horas, sesiona el Gabinete de Comunicación. El Gabinete Editorial se reúne el primer y tercer miércoles de cada mes, de 12:30 a 15:00 horas. Todas estas reuniones tienen carácter privado.

La Academia atiende al público en sus oficinas, de lunes a viernes de 10:00 a 18:00 horas; y recibe consultas lingüísticas a través de su página electrónica: [www.academia.org.mx](http://www.academia.org.mx)

La Biblioteca Alberto María Carreño y el Archivo Histórico prestan sus servicios previa cita.

D. R. © 2018 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.  
Iztaccíhuatl 10, Col. Florida, Alcaldía Álvaro Obregón,  
01030 Ciudad de México

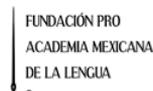
Conmutador: (+ 52 55) 5208 2526

C. e.: [academia@academia.org.mx](mailto:academia@academia.org.mx)

[editor@academia.org.mx](mailto:editor@academia.org.mx)

Sitio electrónico: <http://www.academia.org.mx>

La edición de esta obra se hizo con el apoyo de



Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA  
[2012]

MESA DIRECTIVA

*Director:* Jaime Labastida  
*Director adjunto:* Felipe Garrido  
*Secretario:* Gonzalo Celorio  
*Censor estatutario:* Diego Valadés  
*Bibliotecario-archivero:* Adolfo Castañón  
*Tesorero:* Ruy Pérez Tamayo

ACADÉMICOS DE NÚMERO:

Miguel León-Portilla	Elías Trabulse
José G. Moreno de Alba	Vicente Quirarte
José Pascual Buxó	Julieta Fierro
Tarsicio Herrera Zapién	Concepción Company Company
(†) Arturo Azuela	Fernando Serrano Migallón
Leopoldo Solís	Eduardo Lizalde
Guido Gómez de Silva	Ascensión Hernández Triviño
(†) Ernesto de la Peña	Patrick Johansson Keraudren
Margit Frenk	Leopoldo Valiñas Coalla
Ramón Xirau	Vicente Leñero
Margo Glantz	Carlos Prieto
Mauricio Beuchot	Hugo Gutiérrez Vega
Gustavo Couttolenc	Germán Viveros

ACADÉMICOS ELECTOS:

Javier Garcíadiego	Roger Bartra
Hugo Hiriart	Miguel Capistrán (†)



# ÍNDICE

## VIDA ACADÉMICA

Vida académica año 2012. . . . .	15
----------------------------------	----

## DISCURSOS DE INGRESO

Carlos PRIETO <i>Variaciones sobre Dmitri Shostakóvich y otras consideraciones . . . . .</i>	19
Miguel LEÓN-PORTILLA <i>Respuesta al discurso de ingreso de don Carlos Prieto Jacqué . . . . .</i>	35
Élmer MENDOZA <i>Contar lo de uno . . . . .</i>	41
Felipe GARRIDO <i>Respuesta al discurso de ingreso de don Élmer Mendoza . . . . .</i>	53
Víctor DE LA CRUZ <i>Las literaturas indígenas mexicanas . . . . .</i>	59
Miguel LEÓN-PORTILLA <i>Respuesta al discurso del doctor Víctor de la Cruz. . . . .</i>	77
Eraclio ZEPEDA <i>Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua . . . . .</i>	83

Vicente QUIARTE	
<i>Verbo que nunca se fatiga</i> . . . . .	95
Hugo GUTIÉRREZ VEGA	
<i>La poesía y la novedad de la patria</i> . . . . .	99
Gonzalo CELORIO	
<i>Hugo Gutiérrez Vega: la devoción por López Velarde</i> . . . . .	107
Ignacio PADILLA	
<i>Elogio de la impureza</i> . . . . .	115
Vicente LEÑERO	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de Ignacio Padilla</i> . . . . .	125
Germán VIVEROS	
<i>Teatro novohispano</i> . . . . .	129
Mauricio BEUCHOT	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de don Germán Viveros</i> . . . . .	139

### HOMENAJES

Adolfo CASTAÑÓN	
<i>Alí Chumacero a lápiz</i> . . . . .	145
Vicente QUIARTE	
<i>Estar en la vida</i> . . . . .	151
Vicente QUIARTE	
<i>Alberto María Carreño</i> . . . . .	157
Felipe GARRIDO	
<i>Una vida y una obra heroicas: Alfonso Teja Zabre</i> . . . . .	161

Adolfo CASTAÑÓN	
<i>José Rojas Garcidueñas</i> . . . . .	169
Margo GLANTZ	
<i>José Bernardo Couto</i> . . . . .	185
Miguel CAPISTRÁN	
<i>Para recordar a don Nemesio García Naranjo</i> . . . . .	189
Gonzalo CELORIO	
<i>Miguel Ángel Granados Chapa: del fuero interno a la plaza pública</i> . . . . .	193
Ruy PÉREZ TAMAYO	
<i>Sobre Miguel Ángel Granados Chapa</i> . . . . .	199

**TRABAJOS LEÍDOS  
EN SESIONES ORDINARIAS**

Margo GLANTZ	
<i>Tierra lejana</i> . . . . .	207
Mauricio BEUCHOT	
<i>Hacia una estética analógica</i> . . . . .	217
Vicente QUIRARTE	
<i>La Invencible</i> . . . . .	229
Julieta FIERRO	
<i>Las distancias de los astros</i> . . . . .	237
José PASCUAL BUXÓ	
<i>Defensa e ilustración de la teoría literaria: a la vera de Alfonso Reyes</i> . . . . .	241
Leopoldo VALIÑAS COALLA	
<i>El encanto de los números, las tablas y las lenguas: la cuchara mágica</i> . . . . .	255

Patrick JOHANSSON KERAUDREN	
<i>Tlamachiliztlahtolzacanilli: la mitología náhuatl prehispánica</i> . . . . .	301
José G. MORENO DE ALBA	
<i>El idioma español en internet</i> . . . . .	329
Tarsicio HERRERA ZAPIÉN	
<i>El español danza al ritmo del latín</i> . . . . .	335
Adolfo CASTAÑÓN	
<i>Letanía</i> . . . . .	345
Ascensión HERNÁNDEZ TRIVIÑO	
<i>Chocolate: rescate de un nahuatlismo</i> . . . . .	351
Concepción COMPANY COMPANY	
<i>El siglo XVII: ¿un siglo áureo para la evolución del español?</i> . . . . .	397
Margit FRENK	
<i>Reflexiones sobre la antigua lírica popular</i> . . . . .	427
ÍNDICE ONOMÁSTICO . . . . .	437

VIDA ACADÉMICA





## VIDA ACADÉMICA AÑO 2012

Durante el año que abarca este tomo xxxviii (2012), se celebraron 20 plenos ordinarios, dos extraordinarios y 10 públicos solemnes. Las lecturas de ingreso de académicos de número correspondieron a don Carlos Prieto, el 26 de enero, a quien dio la bienvenida don Miguel León-Portilla; a don Hugo Gutiérrez Vega, el 11 de septiembre, a quien respondió don Gonzalo Celorio, ambas en el Palacio de Bellas Artes; y don Germán Viveros, el 25 de octubre, en la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien fue recibido por don Mauricio Beuchot. Igualmente lo hicieron cuatro académicos correspondientes: don Élmer Mendoza, el 26 de abril; don Víctor de la Cruz, el 7 de agosto; don Eraclio Zepeda, el 23 de agosto, y don Ignacio Padilla, el 27 de septiembre, a quienes dieron la bienvenida, respectivamente, don Felipe Garrido, don Miguel León-Portilla, don Vicente Quirarte y don Vicente Leñero.

Las tres sesiones conmemorativas fueron una para la recordación de don Alí Chumacero, el 22 de marzo, con la participación de don Arturo Azuela, don Vicente Quirarte, don Adolfo Castañón y don Miguel Capistrán; otra para honrar a don Nemesio García Naranjo, don Alberto María Carreño, don Alfonso Teja Zabre, don José Rojas Garcidueñas y don José Bernardo Couto, el 28 de junio, con textos de don Gonzalo Celorio, Vicente Quirarte, Felipe Garrido, Adolfo Castañón y Margo Glantz, respectivamente; y la tercera en memoria de don Miguel Ángel Granados Chapa, el 11 de octubre, con la intervención de don Ruy Pérez Tamayo, don Gonzalo Celorio y don Hugo Gutiérrez Vega. Se rindió homenaje a don Justo Sierra, sexto director de la

Academia, con motivo del primer centenario de su fallecimiento, durante la entrega del *Diccionario escolar*, el 1° de noviembre.

En 2012, se presentaron 16 lecturas estatutarias a cargo de distintos académicos, conforme al orden siguiente: doña Margo Glantz, el 12 de enero; don Ernesto de la Peña, el 26 de enero; don Mauricio Beuchot, el 9 de febrero; don Vicente Quirarte, el 23 de febrero; doña Julieta Fierro, el 22 de marzo; don José Pascual Buxó, el 26 de abril; don Leopoldo Valiñas, el 10 de mayo; don Patrick Johansson Keraudren, el 24 de mayo; don José G. Moreno de Alba, el 14 de junio; don Tarsicio Herrera Zapién, el 28 de junio; don Adolfo Castañón, el 9 de agosto; don Eduardo Lizalde, el 23 de agosto; doña Ascensión Hernández Triviño, el 25 de octubre; doña Concepción Company Company, el 8 de noviembre; doña Margit Frenk, el 22 de noviembre, y don Gonzalo Celorio, el 8 de diciembre.

Cabe señalar que durante este año se aprobó modificar el artículo 32 de los Estatutos que nos rigen, con objeto de que también puedan ser consideradas lecturas estatutarias los discursos que se pronuncien en cualesquiera de las sesiones a que se refiere el artículo 15.

Este año tuvimos la pena de perder a cuatro académicos numerarios: doña Clementina Díaz y de Ovando, el 18 de febrero; don Arturo Azuela, el 8 de junio; don Ernesto de la Peña, el 10 de septiembre, y don Miguel Capistrán, el 26 de septiembre; también a dos académicos correspondientes, don Ciprián Cabrera Jasso, el 11 de marzo, y don Salvador Cruz Montalvo, el 13 de mayo, así como a don Carlos Fuentes, académico honorario, quien falleció el 15 de mayo.

DISCURSOS DE INGRESO





VARIACIONES SOBRE  
DMITRI SHOSTAKÓVICH  
Y OTRAS CONSIDERACIONES\*

---

Carlos Prieto

Don Jaime Labastida, director de la Academia Mexicana de la Lengua,  
Señoras y señores académicos,  
Señoras y señores:

Sean mis primeras palabras la expresión de mi agradecimiento a los académicos que me propusieron para ingresar a la Academia, tres hombres que admiro profundamente: don Miguel León-Portilla, don Ramón Xirau y don Eduardo Lizalde, y a la generosidad de quienes apoyaron esta propuesta.

Ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua es un honor con el que nunca soñé. Aspiro a ser merecedor de la confianza en mí depositada.

He examinado la lista de miembros que ha tenido la Academia Mexicana de la Lengua desde su fundación en 1875 con el nombre de Academia Mexicana correspondiente de la Española. El *Anuario 2011* de la Academia Mexicana señala que: “en el transcurso de su existencia, a la Academia han pertenecido más de tres centenares de académicos: los más ilustres escritores, lingüistas y estudiosos del país; lo mismo filólogos y gramáticos que filósofos y ensayistas, poetas y novelistas, comunicólogos y jurisconsultos, dramaturgos e historiadores, humanistas y científicos”.

¡Todo salvo músicos! Y me asaltaron las dudas. ¿Acaso los miembros de la Academia se han percatado de que soy músico? ¿Qué han visto en mí para elegirme miembro de esta institución? Es ésta una pregunta a la que no le encuentro respuesta.

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro de número. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 26 de enero de 2012.

Me fue otorgada la silla xxii que antes ocuparon don Francisco Castillo Nájera, don Luis Garrido, don Alfonso Noriega y don Eulalio Ferrer.

Basta resumir en muy breves palabras las carreras de mis antecesores para comprender su extraordinaria contribución a la cultura, la educación y la diplomacia.

Don Francisco Castillo Nájera. Miembro de la Academia de 1953 a 1954, médico, director de hospitales, fue 10 años embajador en los Estados Unidos durante los periodos presidenciales de Lázaro Cárdenas y de Manuel Ávila Camacho y secretario de Relaciones Exteriores el último año del presidente Ávila Camacho.

Don Luis Garrido. Miembro de la Academia de 1956 a 1973, licenciado en derecho, catedrático y rector interino de la Universidad Michoacana y dos veces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Don Alfonso Noriega. Miembro de la Academia de 1975 a 1988, doctor en derecho, catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la Universidad Iberoamericana y de la Escuela Libre de Derecho.

Don Eulalio Ferrer. Miembro de la Academia de 1991 a 2009, publicista, hombre de negocios, promotor cultural, mecenas y escritor.

Se comprenderá el sentimiento de modestia que me ha invadido desde el día en que me comunicaron haber sido elegido miembro de la Academia.

He de referirme con un poco más de detenimiento a don Eulalio Ferrer, por tratarse de mi antecesor inmediato en la silla xxii.

Don Eulalio Ferrer, nacido en Santander, España, fue nombrado a los 19 años de edad capitán del ejército de la República durante la Guerra Civil española. Capturado por las fuerzas franquistas y enviado a un campo de concentración en Argelès-sur-Mer, en Francia, el joven Eulalio gritó un día entre los presos: “Cambio tabaco por libro”. Así se hizo de una edición de 1906 de *Don Quijote de la Mancha*. Su lectura lo marcó para el resto de su vida.

Llegó a México en 1940 y empezó a trabajar en revistas y periódicos. Fundó la agencia publicitaria Anuncios Modernos, más tarde Publicidad Ferrer, que se convertiría en la agencia más influyente e innovadora del país durante muchos años.

Paralelamente a su trayectoria en el campo de la publicidad, escribió más de treinta libros sobre temas afines que hoy son referencia obligada en instituciones académicas.

Donó a Guanajuato una notable colección iconográfica del Quijote, que se aloja en una hermosa casona a un costado de la Plazuela de San Francisco. El llamado Museo Iconográfico del Quijote fue inaugurado el 6 de noviembre de 1987,

con la presencia de los entonces presidentes Felipe González, de España, Miguel de la Madrid, de México, y del gobernador del estado, Rafael Corrales Ayala.

Treinta años después, el 6 de noviembre de 2007, tuve el privilegio de dar un concierto en el Teatro Juárez de Guanajuato para celebrar el trigésimo aniversario de la inauguración del museo, en presencia de don Eulalio Ferrer y del presidente Belisario Betancur de Colombia. Fue la última vez que vi a don Eulalio. Nada me hacía suponer que un día heredaría su silla en esta Academia.

Permítaseme un pequeño paréntesis familiar. Al mencionar el Museo Iconográfico donado por don Eulalio a Guanajuato, no puedo sino recordar a mi padre, don Carlos Prieto Fernández de la Llana, cuya admiración por la obra de Cervantes y por el Quijote lo llevarían a formar, con el paso de los años, lo que se convertiría en una importante biblioteca cervantina. Mi padre donó esta biblioteca al Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), al celebrarse el décimo aniversario del instituto y con motivo de la inauguración de su edificio de biblioteca en Monterrey. La Biblioteca Cervantina Carlos Prieto del ITESM, con 62 títulos, muchos de ellos incunables, es una de las más importantes del país. La Colección Cervantina —según el ITESM—

cuenta con cerca de un millar de volúmenes. Son más de 200 ediciones del *Quijote* en español, y las traducciones se acercan al centenar e incluyen versiones en inglés, francés, alemán, italiano, catalán, portugués, marroquí, ruso, húngaro, checo, japonés, holandés, hebreo y latín, entre otras.

Están aquí todas las ediciones mexicanas antiguas del *Quijote*, además de un ejemplar editado en Bruselas en 1607 y otro editado en Milán en 1610.

Mis padres nos transmitieron a mi hermano Juan Luis y a mí la afición por la música, los libros y las lenguas. Pocas comidas teníamos sin discusiones lingüísticas y sin consultas al *Diccionario de la Real Academia* que manteníamos a la mano en nuestro comedor. Lo mismo nos pasó a mi esposa María Isabel y a mí con nuestros hijos.

Abordaré ahora el tema principal de mis palabras: *Variaciones sobre Dmitri Shostakóvich y otras consideraciones*.

Ígor Stravinsky, nacido en 1882 en Oraniembaum, cerca de San Petersburgo, y Dmitri Shostakóvich, nacido 24 años más tarde, en 1906, en San Petersburgo, fueron sin duda dos de las grandes figuras de la música del siglo xx. Sus biografías y su obra no pudieron ser más diferentes. El primero salió de Rusia

varios años antes del golpe de Estado que llevó a Lenin al poder y que redundó en la creación de la Unión Soviética, y no regresó a su país natal sino una sola vez, casi medio siglo después de haber emigrado a Occidente.

Shostakóvich tenía 11 años cuando Lenin llegó al poder y siempre radicó en su país natal.

Estos dos grandes compositores se conocieron en 1962 en Moscú, en ocasión del histórico viaje de Stravinsky a Rusia.

Conocí a Stravinsky desde mi niñez. En cada uno de sus viajes a México solían ir él y su esposa Vera a comer o cenar a casa de mis padres, de quienes eran buenos amigos. Meses antes de su viaje a Rusia estuvo con nosotros en México. Mi hermano Juan Luis y yo tuvimos la insólita experiencia de acompañar a los Stravinsky a una corrida de toros, dado que nos había manifestado su deseo de asistir. Recordaba con gusto las corridas a las que había asistido en España en compañía de Picasso, Manuel de Falla y Vaslav Nijinsky. Tras la corrida, nos fuimos a cenar al restaurante La Cava en la Zona Rosa. Durante nuestra muy animada cena, le pregunté a Stravinsky su opinión acerca de Shostakóvich, sin tener la menor idea de que unos meses más tarde se encontrarían ambos compositores en Moscú y, menos aún, que yo también estaría entonces en Rusia. Su respuesta fue tajante: “Yo nunca pienso en Shostakóvich. Únicamente pienso en él cuando alguien me pregunta: ¿qué piensa usted de Shostakóvich?”

Los azares del destino me llevaron a Moscú en 1962 como estudiante y tuve la fortuna de ser testigo presencial de la estancia de Stravinsky en su tierra natal. También vi a Shostakóvich y pude comprender mejor su muy accidentada vida y las razones de su obra tan desigual.

Mi interés por Shostakóvich y por Rusia empezó cuando, a los 17 años de edad, inicié mis estudios universitarios en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). En su biblioteca musical escuché por primera vez, en 1954, una sinfonía de Shostakóvich. Me impactó tan profundamente que, al poco tiempo, había yo escuchado toda la obra grabada de este compositor. No es que me gustara toda su música; algunas de sus obras me entusiasmaban, en tanto que otras me producían asombro y decepción por su banalidad y superficialidad.

Un completo misterio rodeaba una significativa fracción de su obra. Su segunda y tercera sinfonías y su ópera *Lady Macbeth de Mtsensk* se tocaron en la Unión Soviética, pero pronto fueron proscritas, condenadas como “formalistas, burguesas y decadentes”. En vísperas del estreno de su cuarta sinfonía,

Shostakóvich decidió, extrañamente, que no se tocara. Habían pasado más de 20 y la obra no se había tocado jamás. Esperaba yo con gran impaciencia la aparición de cada nueva obra o la resurrección de composiciones anteriores y hacía lo indecible por conseguir sus nuevos discos. A veces, la novedad en cuestión me producía una honda desilusión; en otras ocasiones se trataba de obras maestras que volvían a acrecentar mi entusiasmo y mi curiosidad por su figura y su música, envueltas ambas en el misterio.

Mi interés por Shostakóvich me llevó a tomar todos los cursos de ruso que se impartían en el МГТ.

Lo conocí en 1959, durante su único viaje a México. El gran violonchelista Mstislav Rostropóvich tocó en Bellas Artes su *Concierto Núm. 1 para violonchelo y orquesta*. Saludé a Shostakóvich durante el intermedio. Sus ojos claros parpadeaban continuamente y sus manos y su rostro denotaban un intenso nerviosismo.

El Conservatorio Nacional de Música le otorgó el título de Profesor Honorario en una emocionante ceremonia.

Visitó las pirámides de Teotihuacán. Fue al Tenampa, en la Plaza Garibaldi, a escuchar a los mariachis, cuya música le gustó al grado de expresar su intención, nunca cumplida, de componer alguna obra “inspirada en los mariachis mexicanos”.

Volví verlo en 1962, cuando era yo estudiante en la Universidad Lomónosov de Moscú.

Poco después de mi arribo, asistí a un concierto en el que se estrenaba una sinfonía de Moisei Vainberg, compositor de origen judío que había sido encarcelado al final del periodo de Stalin y liberado gracias a la valiente actitud de su amigo Shostakóvich. Dio la casualidad de que estuve sentado justo detrás de él en el teatro. Escribí entonces: “Aplaudió frenéticamente al terminar la sinfonía. Lo saludé y juntos fuimos hasta el salón en donde estaba Vainberg. Lo felicitó efusivamente pero con extraños gestos. Igual que cuando estuvo en México, me produjo una impresión curiosa. Su rostro parece aún juvenil y denota una extraordinaria energía mental. Pero se mueve como un hombre mayor a sus 56 años. Todo en él traduce un intenso nerviosismo, fruto, seguramente, de las tensiones y angustias por las que atravesó en diversas etapas de su vida.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Carlos Prieto, *Cartas rusas. Otoño de 1962*, México, 1965, p. 86.

Intentaré ahora explicar algunas de las razones de su nerviosismo, evidente en todas las ocasiones en que estuve con él.

Shostakóvich nació, como antes escribí, en 1906, en la época del zar Nicolás II. Tenía 11 años cuando Lenin tomó el poder.

Se caracterizó, desde su infancia, por un talento tan sorprendente como precoz. Aprendió a leer música casi solo y a los 10 años había compuesto al piano una ópera, *Los Gitanos*, basada en una historia de Pushkin. A los 18 años terminó su primera sinfonía y se graduó en el Conservatorio de Petrogrado.

La primera sinfonía fue estrenada en 1926 por Nikolai Malko y la Orquesta de Leningrado. Músicos y melómanos quedaron atónitos ante la originalidad, belleza y madurez de la obra. Su éxito fue histórico. De la noche a la mañana Shostakóvich se convirtió en la estrella ascendente del panorama musical soviético.

Prácticamente desde el inicio de su carrera, Shostakóvich se vio sujeto en los primeros años del periodo soviético a presiones políticas, confusas y a veces contradictorias.

Desde la llegada de Lenin al poder, en 1917, se advirtieron señales ominosas. La censura, los controles y la creciente opresión fueron distanciando cada vez más del gobierno a los artistas e intelectuales, muchos de los cuales emigraron.

La situación económica del país se había agravado a tal extremo en 1921 que Lenin tuvo que dar un paso atrás e implantar la nueva política económica (NEP), que permitió el renacimiento de la actividad privada en la agricultura, el comercio y la industria y redundó en una sensible mejoría en las condiciones materiales de la población en general.

El Partido Comunista adoptó una línea más conciliatoria hacia las artes y la literatura, reflejo del deseo de Lunacharsky —Comisario Popular para la Instrucción Pública— de ganarse no sólo a los intelectuales comunistas sino a todos aquellos que tuvieran una cierta simpatía por la revolución, calificados por Trotsky en 1923 como *poputchiki* o “compañeros de viaje”.

Todo cambió a partir de 1929, cuando Stalin derrotó a sus últimos opositores en el Politburó y quedó solo, dueño de un poder omnímodo. Ése fue, en sus palabras, el año del “viraje decisivo”, el año de la “gran ruptura”. Decretó el fin de la NEP y principió la “revolución desde arriba”, que colectivizó brutalmente el campo soviético, acarreó purgas terribles, llenó de presos y esclavos los territorios del Gulag y provocó la muerte de no menos de 15 millones de seres humanos antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

El Partido Comunista redobló la severidad de su vigilancia y censura de las artes.

La Unión de Compositores Soviéticos se dotó en enero de 1933 de un órgano editorial, la revista *Música Soviética* (*Sovietskaya Muzyka*), que en uno de sus primeros números dictó la siguiente consigna:

La principal atención del compositor soviético debe concentrarse en los victoriosos y progresistas principios de la realidad, en todo lo que es heroico, brillante y bello. Esto es lo que distingue al mundo espiritual del hombre soviético y tiene que tomar forma mediante imágenes musicales llenas de belleza y de fuerza. El *realismo socialista* demanda una implacable lucha contra las *direcciones modernistas* que eliminan al elemento popular y que son típicas de la decadencia del arte burgués contemporáneo, una implacable lucha contra la subordinación y el servilismo ante la cultura burguesa moderna.<sup>2</sup>

Simultáneamente con la expresión “realismo socialista” surge, en el polo opuesto, otro término: “formalismo”, sinónimo de la peor manifestación de las “tendencias modernistas”. Esta es otra expresión de origen literario. El formalismo era simplemente un método de crítica literaria que se concentraba en el análisis de la forma en literatura o en arte. Los críticos usaron equivocadamente el término *formalismo* para calificar todas las desviaciones del estilo del realismo socialista.

La definición exacta de las expresiones “realismo socialista” y “formalismo” quedó sujeta a la interpretación de los burócratas ideólogos del partido incrustados en el Ministerio de Cultura y en los sindicatos de escritores y artistas y, por supuesto, a la opinión infalible de Stalin.

Veamos ahora las consecuencias de esta política para músicos de inmenso talento, como Dmitri Shostakóvich.

Su ópera *Lady Macbeth de Mtsensk* se estrenó el 22 de enero de 1934 en Leningrado. Dos días después se presentó en Moscú. El éxito fue inmenso. Tanto en Moscú como en Leningrado se representó varias veces por semana durante dos temporadas, lo que supone un centenar de representaciones en cada ciudad. La ópera alcanzó también un gran éxito en diversos teatros de Occidente. Shostakóvich había llegado a la cumbre de la popularidad.

<sup>2</sup> *Sovietskaya Muzyka*, 3, 1933.

Stalin, deseoso de presenciar esta ópera tan exitosa y merecedora de los más encendidos elogios de los propios censores del Partido, decidió asistir a una función de *Lady Macbeth* el 26 de enero de 1935, en compañía de los muy altos funcionarios Zhdánov y de Mikoyán. El director adjunto del Teatro Bolshói llamó a Shostakóvich para pedirle que no dejara de asistir esa noche al teatro dado que Stalin estaría presente.

Un testigo presencial dejó el siguiente testimonio acerca de aquella histórica velada:

Stalin, Mikoyán y Zhdanov estaban sentados en el palco oficial... El palco estaba recubierto de placas de acero para proteger a sus ocupantes de posibles atentados, de disparos que pudieran provenir del foso. Shostakóvich y sus invitados (Meyerhold, Ajmateli y yo) estábamos sentados frente al palco oficial. Podíamos ver perfectamente el interior del palco; solo Stalin estaba oculto. Estaba sentado tras una pequeña cortina que le permitía ver todo el escenario, pero lo ocultaba de la vista del público. Cada vez que las percusiones y los metales tocaban *fortissimo*, observábamos los sobresaltos y las carcajadas de Mikoyán y de Zhdanov que giraban el rostro para compartir sus risotadas con Stalin.

Pensamos que Shostakóvich sería llamado al palco de Stalin durante el primer intermedio pero no fue así. Tampoco lo invitaron durante el segundo intermedio. Un cierto nerviosismo se apoderó de nosotros. Shostakóvich veía cómo los ocupantes del palco oficial se reían y se burlaban. Shostakóvich se apretaba contra el fondo de nuestro palco y se tapaba de cuando en cuando el rostro cubierto de sudor... Al final del segundo intermedio, el compositor intentó salir y regresar a su casa. Pero el director del Bolshoi entró a su palco y le dijo que Stalin no había expresado aún ninguna opinión y que sería la peor tontería irse en ese momento. Stalin lo llamaría ciertamente al final del tercer y penúltimo acto.<sup>3</sup>

Pero ello tampoco ocurrió. Stalin salió de su palco sin saludar a nadie y exclamando: “Eta sumbur, a nie muzyka!” (“¡Esto no es música sino caos!”).<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Testimonio del cantante Sergéi Radamsky, citado en Krzysztof Meyer, *Dmitri Chostakovich*, Librairie Arthème Fayard, París, 1994, pp. 201-202.

<sup>4</sup> Citado en L. O. Akopian, Dmitri Shostakóvich, *Opyt fenomenologii tvorchestva*, Academia Rusa de Ciencias, San Petersburgo, 2004, p. 138.

Dos días después, el 28 de enero de 1936, *Pravda* publicó un editorial que habría de tener una influencia decisiva en la vida de Shostakóvich y que alteró de manera importante el rumbo de la música soviética. Titulado, no casualmente, “Caos en vez de música”, dice entre otras cosas:

Desde el primer minuto, el auditor queda desconcertado por una corriente confusa, deliberadamente disonante de sonidos. Aparecen fragmentos de melodía y frases embrionarias sólo para perderse nuevamente en el ruido, los rechinos y los gritos. Seguir esta música es difícil; recordarla es imposible... Esta música está construida sobre el principio de la negación de la ópera... Es la transferencia a la ópera de los más negativos rasgos del “meyerholdismo” pero multiplicados mil veces... Estos juegos incomprensibles pueden terminar muy mal.<sup>5</sup>

Particularmente ominosa era esta última frase. Recordemos que a estas alturas ya habían sido ejecutadas millones de personas y que varios millones más habitaban los terribles universos del Gulag.

*Lady Macbeth*, tan elogiada poco tiempo antes, fue retirada del repertorio en toda la Unión Soviética. Una semana después, *Pravda* publicó un segundo artículo, “Falsedad en el ballet”, en el que atacó en términos similares el ballet del propio compositor, *El arroyo límpido*. Pero la cosa no quedó ahí. A los pocos días aparecieron furibundas críticas en su contra y sus obras fueron proscritas de los escenarios soviéticos durante muchos meses.

Shostakóvich estaba seguro de que su arresto era inminente. Sus amigos se esfumaron. Mantener relación con un “enemigo del pueblo” era ciertamente peligroso. Como tantos otros ciudadanos en aquellos años, Shostakóvich tenía preparada una pequeña maleta y esperaba angustiado a que cualquier noche, muy tarde, como solían, tocaran a su puerta los “órganos de seguridad” y lo arrestaran.

Sin embargo, nunca se presentaron. Stalin, que no tuvo el menor escrúpulo en mandar matar a tanta gente, debe de haber sentido algún respeto misterioso o supersticioso por Shostakóvich, igual que por Pasternak.

En abril de 1937, Shostakóvich inició la composición de su *Quinta Sinfonía*. Con esta obra se jugaba su futuro. Desde el mencionado artículo de *Pravda*,

<sup>5</sup> “Sumbur vmesto muzyki: Ob opere ‘Ledi Makbet Mtsenskogo uezda”, *Pravda*, 28 de enero de 1936, p. 3.

su creación artística se había limitado casi exclusivamente a componer música incidental para teatro y para películas. Sus ingresos habían disminuido drásticamente.

Se iniciaron los ensayos con la Filarmónica de Leningrado bajo la batuta de un joven director, Yevgueni Mravinsky, cuya carrera quedaría íntimamente ligada a la de Shostakóvich. Se puede uno imaginar el nerviosismo del autor la noche del estreno, el 21 de noviembre de 1937.

El público quedó absorto desde las primeras notas de la nueva sinfonía. Muchos de los asistentes no pudieron contener la emoción ni las lágrimas durante el *Largo*. Cuando terminaron los últimos compases, un verdadero pandemónium se desató en la sala.

La prensa, que tanto lo había atacado, se deshizo ahora en elogios.

Shostakóvich recuperó su lugar como el más eminente y reconocido de los compositores soviéticos.

Durante la Segunda Guerra, la atmósfera estaliniana de terror se relajó considerablemente, a un grado que no ocurría desde la década de los veinte. Stalin requería de la solidaridad general y, por ello, las purgas se suspendieron y amainó la persecución religiosa.

En tanto que antes de la guerra la suspicacia era general y nadie confiaba en nadie ni en nada, ahora había que enfrentarse a un enemigo común, visible y perfectamente identificable: los nazis.

Shostakóvich decidió componer una obra en gran escala acerca de los terribles momentos que se vivían: sería su *Séptima Sinfonía*, iniciada en agosto de 1941 en la asediada ciudad de Leningrado. La terminó en Kúibyshev, a orillas del Volga, en donde se estrenó con enorme éxito, en marzo de 1942. Ese mismo mes se tocó en Moscú en un concierto transmitido por radio a todo el mundo. La obra adquirió el carácter simbólico de la heroica resistencia de Leningrado y captó la atención universal. La partitura fue reproducida en microfilme que, como si fuera un documento ultrasecreto, se envió por avión de Moscú a Teherán, por tierra, de allí a El Cairo y otra vez por avión a Casablanca, desde donde un barco de guerra la transportó a los Estados Unidos.

En un concierto transmitido también por radio a todo el país, Arturo Toscanini dirigió el 19 de julio de 1942 el estreno estadounidense con la orquesta de la National Broadcasting Company en una emisión escuchada por millones de personas.

Apenas dos meses después, Carlos Chávez dirigió su estreno en México.

Terminó la guerra con la histórica victoria de las tropas soviéticas. Pero en los primeros meses de la posguerra se evaporaron las esperanzas de que se con-

solidara el clima de relativa tolerancia. El éxito alcanzado por Shostakóvich no significó el término de sus sufrimientos ante el poder soviético.

Su *Novena Sinfonía* fue compuesta al terminar la guerra, en julio y agosto de 1945, a los pocos meses de la victoriosa llegada de las tropas soviéticas a Berlín. Se esperaba una obra monumental para celebrar la reciente victoria soviética sobre el fascismo. Pero la novena resultó ser una composición satírica, llena de humor.

Zhdánov —secretario del Comité Central— convocó en enero de 1948 a una reunión de la Unión de Compositores. Allí se desataron nuevamente los ataques contra los más prominentes compositores soviéticos —Shostakóvich, Prokófiev, Jachaturián y Miaskovsky—, que fueron tildados de “máximos burócratas de la música”, “inmunes a toda crítica”.

No se libraron tampoco de la crítica los musicólogos, “que no son más que lacayos al servicio de los grandes compositores”.<sup>6</sup>

Las obras de Shostakóvich volvieron a ser retiradas del repertorio de conciertos. Sus remuneraciones se redujeron a lo poco que le pagaban por la música para películas y a sus honorarios en el conservatorio, pero en septiembre fue cesado como profesor debido a su “incompetencia profesional”. No faltó gente que a pedradas rompiera las ventanas de su casa.

Shostakóvich dedicó esos años a componer dos tipos de obras. Por una parte, algunas del más puro “realismo socialista”, que le valieron una modesta rehabilitación y que son de una banalidad y mediocridad indignas de su talento. Pero también compuso obras de gran valor musical en las que no se percibe el efecto de las exhortaciones antiformalistas y antimodernas del partido, como el magnífico *Concierto núm. 1 para violín*, su cuarto y quinto cuartetos de cuerdas y el ciclo de canciones titulado: *De la poesía popular judía*. Guardó estas composiciones y las mantuvo en secreto. Hubiera sido insensato estrenarlas en la atmosfera persecutoria de la época.

Tras la muerte de Stalin, poco a poco se dieron a conocer dichas composiciones.

La actitud del gobierno con Shostakóvich parece haber estado entonces encaminada a conquistarlo totalmente, a presentarlo como el compositor oficial y utilizarlo en su propaganda política, tanto para fines internos como ex-

<sup>6</sup> Boris Schwartz, *Music and Musical Life in Soviet Russia*, Indiana University Press, Bloomington, 1983, p. 217.

ternos. Su disidencia se había expresado con toda claridad en su música pero no en su actitud hacia el sistema ni en sus declaraciones tanto verbales como escritas. El gobierno le otorgó en octubre de 1954 el título de Artista del Pueblo de la URSS. Su *Undécima Sinfonía* lo hizo acreedor en 1958 al premio Lenin. Su posición económica mejoró considerablemente. El gobierno lo nombró presidente del Concurso Tchaikovsky y lo envió en viaje oficial a los Estados Unidos y a México en 1959.

En tanto que en 1948 había sido expulsado de la directiva sindical, en 1960 fue nombrado primer secretario de la Unión de Compositores de la Federación Rusa.

En junio de 1960 fue obligado, literalmente, a hacerse miembro del Partido, lo que, según relata Vladímir Áshkenazi,<sup>7</sup> constituyó para él una humillación que le costó lágrimas y lo puso al borde del suicidio. La noticia causó asombro así como una profunda desilusión y disgusto no sólo entre los admiradores del compositor sino en los círculos más amplios de la *intelligentsia* rusa. Su capitulación fue fruto del miedo, del terror del que fue víctima desde los tiempos de su ópera *Lady Macbeth*.

Su respuesta musical fue la obra que compuso inmediatamente: su octavo cuarteto de cuerdas.

En julio del mismo año de 1960, viajó a Dresde, Alemania oriental, para componer la música de una coproducción germano-soviética titulada *Cinco días, cinco noches*. Pero, ya en Dresde, no pudo evitar concentrarse en la obra que lo tenía obsesionado y, en sólo tres días de frenético trabajo, compuso el nuevo cuarteto.

La portada del manuscrito del cuarteto dice lo siguiente: “A la memoria de las víctimas del fascismo y de la guerra”.

Tal dedicatoria así como algunas confusas explicaciones del compositor previas al estreno del cuarteto se prestaron a la errónea interpretación de que lo que movió a componerlo fueron sus impresiones al ver a Dresde en ruinas, y el recuerdo de las terribles destrucciones que él vivió en Leningrado y, en general, en la Unión Soviética.

El octavo cuarteto de cuerdas es una composición de profundo impacto emocional. Se caracteriza por estar llena de mensajes que, si se examina la obra con cuidado, resultan bastante transparentes.

<sup>7</sup> Parrot Jasper con Vladímir Áshkenazi, *Beyond Frontiers*, Collins, 1984.

El tema principal del cuarteto lo forman las cuatro notas Re, Mi bemol, Do y Si natural, que en alemán se escriben respectivamente *D*, *S*, *C* y *H*, es decir la *D* de Dmitri y las tres primeras letras de su apellido *SCHostakóvich*.<sup>8</sup> Ese tema da principio al cuarteto y se repite a lo largo de toda la obra. Bastante claro es el mensaje: “esta obra soy yo”.

El segundo movimiento —*allegro molto*— está dominado por dos temas musicales: las iniciales de su nombre y un tema judío tomado de su segundo trío para violín, violonchelo y piano de 1944, en probable alusión al holocausto y también al sufrimiento de los judíos en la Unión Soviética.

El tercer movimiento tiene forma de un extraño vals en el que destaca el tema *Re-Re-Mi bemol, Si*, o sea: D(mitri) D(mitrievich) SCHostakóvich.

El cuarto movimiento principia con una cita de su *Primer concierto para violonchelo* seguida de tres notas en unísono y fortísimo que han hecho pensar en las terribles llamadas o golpes de la policía secreta, la KGB, a la puerta de aquellos condenados a ser enviados al Gulag siberiano como creyó estarlo en algún momento el propio compositor. Aparecen después dos citas, una del canto revolucionario “Torturado a muerte en cruel cautiverio” y otra del aria “Seriozha, querido mío”, del último acto de su ópera tanto tiempo prohibida, *Lady Macbeth*, dos citas que no requieren mayores explicaciones.

El último y quinto movimiento está todo compuesto a base de las notas que representan su nombre y concluye en una atmósfera de profunda tristeza.

Dada la mencionada dedicatoria, esta obra se asoció durante años a las víctimas de la guerra y del fascismo. Tal fue la versión oficial en la Unión Soviética.

Pero el mensaje de la obra es bien diferente.

Lev Lebedinsky escribió lo siguiente:

El compositor dedicó el cuarteto a las víctimas del fascismo para disimular sus intenciones... De hecho, el cuarteto iba a ser una especie de resumen de cuanto había compuesto anteriormente. Iba a ser su despedida de la vida. Asociaba su adhesión al partido a una muerte moral y física. Había comprado en Dresde una gran cantidad de píldoras para dormir. El día de su regreso, me tocó el cuarteto al piano y me dijo, con lágrimas en los ojos, que era su última obra. Aludió indirectamente a su deseo de suicidarse.

<sup>8</sup> En la notación alemana, Re es D, S es Mi bemol, C es Do y H es Si natural.

Quizá subconscientemente esperaba que yo lo salvara... Me arreglé para extraer las píldoras de su bolsillo y se las entregué a su hijo Maxim.<sup>9</sup>

Una carta del compositor a su amigo Isaak Glickman, publicada en 1993, dice:

He compuesto el cuarteto [el octavo] que no puede tener utilidad alguna para nadie... Pensé que tras mi muerte nadie compondría nada en mi memoria. Decidí, pues, componer tal obra yo mismo. Se podría escribir la siguiente dedicatoria: “A la memoria del compositor de esta obra”.<sup>10</sup>

Antes del estreno público del cuarteto, el 2 de octubre de 1960 en Leningrado, la obra se tocó en Moscú en la Casa de los Compositores. Rostislav Dubinsky, primer violín del Cuarteto Borodín, escribió al respecto que

el presidente de la Casa anunció la obra y empezó a hablar acerca de la guerra y del heroísmo del pueblo y del Partido Comunista. Shostakóvich se levantó y gritó: “No, no... esto es... soy yo, personalmente, por así decir, que protesta contra cualquier tipo de fascismo”.<sup>11</sup>

“Cualquier tipo de fascismo” era una forma encubierta de calificar al comunismo.

Y el compositor confió al Cuarteto Borodín: “El octavo cuarteto soy yo”.<sup>12</sup> Sus últimas composiciones son nuevamente una mezcla de obras maestras —tales como la *Sinfonía núm. 14*, los últimos cuartetos y la *Sonata para viola y piano*— y de obras mediocres —como la *Sinfonía núm. 12*, “dedicada a la memoria de Lenin”, o incluso otras peores, como el poema sinfónico “Octubre”.

Ya no seguiré en este escrito mi reseña de la vida y obras de Shostakóvich.

<sup>9</sup> Allan B. Ho, Dmitri Feofánov, *Shostakóvich Reconsidered*, Toccata Press, Londres, 1998, p. 162.

<sup>10</sup> Isaak Glickman, *Story of a Friendship. The Letters of Dmitry Shostakóvich to Isaak Glikman*. Publicadas primero en 1993 como *Cartas a un amigo* por DŒCH Editores, Moscú, Kompozitor, San Petersburgo, y después por Cornell University Press, Ithaca, 2001.

<sup>11</sup> Rostislav Dubinsky, *Stormy Applause. Making Music in a Worker's State*, Hill and Wang, Nueva York, p. 282.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 283.

Siempre recordaré el año de 1962 no sólo por haber estado con Shostakóvich en distintas ocasiones, sino porque también tuve la fortuna de pasar momentos históricos con Ígor Stravinsky.

Stravinsky, igual que otros compositores residentes en Occidente, había sido objeto de las más virulentas críticas en la URSS. Había sido calificado como “ideólogo artístico de la burguesía imperialista”, “apóstol de las fuerzas reaccionarias en la música burguesa”, “desvergonzado profeta del modernismo burgués”... “Debe estar castrada y destrozada el alma de un compositor para poder crear música tan horrorosa como ésta”, escribió un musicólogo soviético.

Stravinsky, por su parte, nunca se limitó en sus críticas y comentarios mordaces acerca del sistema político y del arte y la música soviéticos.

Con tales antecedentes se comprenderá que la llegada de Stravinsky y su estancia de cuatro semanas en la URSS constituyeran un acontecimiento histórico notable. Su primer concierto, el 26 de septiembre de 1962, causó la más extraordinaria expectación. A invitación oficial del gobierno soviético, que tan virulentamente lo había criticado, retornaba a su tierra uno de los más grandes compositores del siglo xx, un antiguo discípulo de Rimsky-Kórsakov, una figura legendaria que había salido hacía medio siglo de la Rusia zarista y regresaba ahora a la Rusia soviética.

Como es natural, las entradas se agotaron de inmediato.

Apenas me enteré de su llegada a Moscú, en compañía de su esposa Vera y del director Robert Craft, los fui a saludar. Amablemente me consiguieron un pase para todos los ensayos y para sus dos conciertos en Moscú. El día del primer concierto quedé citado con ellos a las 18:15 horas en su suite del Hotel Nacional y media hora más tarde Stravinsky, Vera, Craft y yo nos dirigimos al teatro.

Estaban presentes muchos personajes de la política soviética, encabezados por Ekaterina Fúrtseva, ministra de cultura, y múltiples músicos. Me llamó la atención la ausencia de Shostakóvich, quien, me dijeron, estaba de gira fuera de Moscú. El secretario general del Sindicato de Compositores de la URSS, Tíjon Jrénnikov, que años antes había escrito los más viles ataques contra Stravinsky, fue el encargado de pronunciar el discurso oficial de bienvenida a su tierra rusa. Al aparecer Stravinsky, se desató una ovación atronadora. El programa constó de tres obras: *Oda* y *Orfeo*, dirigidas por Stravinsky, y la *Consagración de la primavera*, dirigida por Robert Craft. Como bis, Stravinsky dirigió

su versión para instrumentos de aliento de la *Canción de los Boteros del Volga*, obra que fue durante unos meses el himno ruso al caer el gobierno del último zar, Nicolás II. En respuesta final al interminable aplauso, Stravinsky apareció nuevamente en el escenario, pero esta vez ya con su abrigo puesto. Tomó el micrófono y dirigió al público las siguientes y breves palabras: “Están ustedes contemplando a un hombre muy feliz. ¡Gracias!”

Regresamos al Hotel Nacional, en donde cenamos a solas en la suite de los Stravinsky. La cena consistió en champaña soviética, caviar, pollo frío, pan negro y mantequilla. Stravinsky estaba emocionado y eufórico por el calor del público ruso y muy contento de cómo había tocado la *Consagración* la Orquesta del Estado de la URSS. No sólo en su euforia en torno a la orquesta sino en muchos otros detalles pude advertir cómo afloraba el rusianismo de Stravinsky. Todo le gustaba, el sabor del pan, el olor de su tierra, el *sovetskoye champansko-ye* que bebíamos, el poder estar hablando constantemente su lengua materna.

Los ensayos los había dirigido en ruso por primera vez en su vida, lo cual le produjo una satisfacción muy especial. Los músicos se dirigían a él como “Ígor Fiódorovich”. Todo ello propició que se creara una especie de relación familiar entre compositor y músicos, lo que, junto con la circunstancia tan emotiva de su retorno, contribuyó a su entusiasmo sobre la orquesta y sobre el primer concierto.

Stravinsky y Shostakóvich no se conocieron sino hasta fines de la estancia del primero en Rusia, en una cena ofrecida por Ekaterina Furtseva. La señora Furtseva sentó a Stravinsky a su derecha y a Shostakóvich a su izquierda.

Al despedirse, Shostakóvich le dijo a Stravinsky que, al conocer por vez primera la partitura de la *Sinfonía de los salmos*, quedó tan impresionado que hizo una transcripción para dos pianos que quería regalarle, como recuerdo, en su despedida. Robert Craft calificó esta cena y este encuentro como uno de los momentos más emocionantes de la estancia de Stravinsky en Moscú.

Yo, a mi vez, para terminar estas palabras, repito lo mismo que dijera Stravinsky al agradecer los aplausos del público al cabo de su primer concierto en Moscú: “Están contemplando a un hombre feliz. ¡Gracias!”

## RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON CARLOS PRIETO JACQUÉ\*

Miguel León-Portilla

Ingresa hoy don Carlos Prieto Jacqué en esta Academia Mexicana de la Lengua como miembro de número. En nombre de todos nuestros colegas le doy la más cordial bienvenida con el deseo de que colabore con nosotros durante muchos y fructuosos años.

Se pregunta él al principio de su discurso si acaso los miembros de esta Academia no nos hemos percatado de que es músico. Y añade, preguntando también, ¿qué han visto en él para elegirlo miembro de esta institución? Dice que ha consultado la lista de los miembros de la Academia desde su fundación en 1875 y no ha encontrado incluida en ella músico alguno.

Comenzaré mi respuesta a su discurso atendiendo a esta inicial pregunta. Lo hemos elegido porque esta Academia, en paralelo con la Real Española y con otras hispanoamericanas, ha tomado la decisión de incluir entre sus miembros a personas conocedoras de otras ramas del saber y de las artes. Muy de acuerdo estuvo con esto don Eulalio Ferrer, cuyo sillón viene a ocupar don Carlos Prieto.

Era don Eulalio, un notable comunicólogo que más de una vez señaló que la comunicación abarca la gama sin límites de la expresión humana, en referencia no sólo a la literatura, la filología y la lingüística, sino absolutamente a todas las formas del conocimiento y la creación. Por eso ha habido y hay en esta Academia juristas, historiadores, médicos y otros científicos cuyas profesiones sería largo enumerar. Y al elegir a Carlos Prieto lo hemos hecho por

\* Respuesta al discurso de ingreso de don Carlos Prieto a la Academia Mexicana de la Lengua. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 26 de enero de 2012.

dos razones concomitantes. La primera porque es un artista, un músico de reconocida fama en México y fuera de él. La otra porque, además de ser un gran músico, cultiva también el arte del bien decir. De ello dan testimonio sus varios libros, entre los que destacaré aquí el que lleva el título de *Cinco mil años de palabras*. Obra interesantísima es ésta, en la que, desde diversas perspectivas, nos acerca al universo de la expresión por medio del idioma. Con esto quedará claro, según pienso, por qué lo hemos elegido percatándonos plenamente de que es un músico.

Carlos Prieto, a quien me referiré en adelante llamándolo sencillamente Carlos, en razón de nuestra antigua amistad, además de artista es una persona en la que concurren no pocos atributos de los grandes maestros que vivieron el tiempo del Renacimiento. Estudió ingeniería y economía y se interesó desde joven por el estudio de la lengua rusa, todo ello en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y, en cuanto al idioma ruso, se perfeccionó en la Universidad Lomonósov de Moscú. Al igual que su padre, también don Carlos Prieto ama la literatura simbolizada en la obra de Miguel de Cervantes. Recordemos que a don Carlos se debe la creación de la Biblioteca Cervantina que alberga hoy el Instituto Tecnológico de Monterrey. En esto la vida de su padre tiene un paralelo con la de don Eulalio Ferrer, a quien se debe el Museo de don Quijote en la ciudad de Guanajuato.

El mismo Carlos nos narra en su libro *De la URSS a Rusia* cómo ocurrió su primer acercamiento al país que ostentaba entonces el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Fue en octubre de 1959, con ocasión de la llegada a México de una delegación soviética interesada, entre otras cosas, en conocer el desarrollo de la siderurgia en nuestro país. Carlos trabajaba entonces en la Fundidora Monterrey, dirigida por su padre, don Carlos Prieto.

En la delegación venía al frente Anastás Mikoyán, acompañado del embajador ruso y otros funcionarios, así como por el músico Dmitri Shostakóvich. Con Mikoyán, al que Carlos califica de “habilísimo político, uno de los pocos en sobrevivir a las purgas de Stalin”, tuvo ocasión de hablar varias veces. En una de las conversaciones lo invitó él a visitar la URSS. Nos dice Carlos que esperaba que el viaje se volviera realidad en poco tiempo, pero que ello ocurrió hasta dos años y medio después y como comentario añade que “no conocía entonces lo que era la burocracia soviética”.

Dije que Carlos reúne atributos que parecen afines a los de los maestros

del Renacimiento y así es. Además de su amplia preparación como ingeniero, economista, conocedor del ruso y de otros idiomas, consta que es atildado escritor, cuyos varios libros a quienes los toman no se les caen de las manos. A él debemos, además del referente a Rusia, otros acerca de China y su cultura, así como sobre las andanzas de su violonchelo. En todo lo que ha escrito, al igual que en sus actuaciones como músico, Carlos ha buscado siempre la excelencia que lo lleva a acercarse a la profesionalidad y a la perfección.

Concentrándome ya en el discurso que nos ha leído, diré que habrá quienes se pregunten por qué ha escogido como tema la dramática existencia de Dmitri Shostakóvich. La respuesta nos la da él en varios lugares de su obra escrita. En ella alude con frecuencia a este gran músico. Recuerda que lo conoció en persona desde 1959, puesto que, como queda dicho, llegó a México en la delegación que encabezaba Anastás Mikoyán. Refiere también que, estando en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, al tiempo en que aprendía el idioma ruso, escuchó todas las obras de Shostakóvich que pudo encontrar conservadas en la fonoteca de ese instituto. Más tarde, cuando estudió en la Unión Soviética, volvió a encontrarse con Shostakóvich. Y ahora en su discurso nos dice que más de una vez tuvo ocasión de frecuentarlo e incluso de comer con él.

En el texto que nos ha leído se trasluce no sólo la admiración de Carlos por Shostakóvich, sino también sus sentimientos, mezcla de gran aprecio y también de sentida percepción del intenso drama que fue la vida del maestro ruso. Shostakóvich, según lo refiere Carlos, conoció a la vez el éxito y la alabanza en el ámbito oficial soviético y vivió también la repulsa y aun la condenación al ser considerado en más de un momento como músico burgués y decadente. Al decir de Carlos, Shostakóvich tuvo que vivir en una especie de compromiso en su rechazo interior del régimen dictatorial soviético, haciéndose pasar a veces cual si aceptara la ideología y la imposición de quienes gobernaban. Dramática en verdad es la afirmación de que Shostakóvich vivió temiendo una deportación a Siberia e incluso su muerte a manos de sicarios de la dictadura. Con ese temor, Shostakóvich tenía siempre preparada una pequeña maleta con lo indispensable en caso de ser enviado a Siberia o secuestrado de cualquier otra forma.

Reconoce nuestro nuevo académico que en ese existir en medio de zozobras y nerviosismos, Shostakóvich produjo obras geniales y otras también mediocres en las que fingió aceptación de los criterios impuestos por el férreo

régimen que gobernaba su país. Carlos tuvo no pocas ocasiones de acercarse y conversar con él. Y también fue testigo de cómo en su patria llegó a ser tenido como músico aburguesado y al servicio de la ideología capitalista. Con vivos colores evoca, como testigo, la repulsa de Stalin al escuchar la ópera *Lady Macbeth* en el teatro Bolshói. Trágico fue para Shostakóvich tener que ocultar muchas veces lo que pensaba y sentía para poder así sobrevivir. Pero en el esbozo biográfico, tema central de su discurso del que ya había tratado en un capítulo entero de su libro *De la URSS a Rusia*, en modo alguno se oculta o disminuye la profunda admiración de Carlos hacia este otro gran maestro que nos dejó obra perdurable.

Por esto, si nos ha hablado de rechazos y críticas adversas desde la cúpula del poder, también da entrada a los recuerdos de los momentos de gloria para Shostakóvich. Tal fue el caso de la presentación de su séptima sinfonía, evocación épica de la heroica resistencia rusa en Leningrado frente a las tropas nazis. Difundida esa sinfonía en el mundo entero, no impidió, sin embargo, nuevas acometidas de los jefes soviéticos que incluso retiraron las obras de Shostakóvich del repertorio musical y, cosa increíble, no fue valladar que impidiera agresiones como la perpetrada por algunos que se lanzaron a romper a pedradas las ventanas de su casa.

La figura y la obra del gran maestro ruso no sólo la evoca Carlos en su discurso, sino que también nos acerca aquí a ella ejecutando una de sus sonatas para violonchelo y piano. Es el violonchelo el instrumento que acompaña siempre a Carlos. Con él viaja y con él se alegra, y gran razón tiene de ello, porque con él, valiosísimo Stradivarius, ha recorrido el mundo y ha triunfado en los grandes escenarios de Europa, Estados Unidos, América Latina y, por supuesto, México.

Carlos es maestro de la expresión armoniosa. Conjuga, como muy pocos, como tal vez ningún otro en México, el arte de la palabra sabia con el arte de la música, esa otra forma del lenguaje que algunos, entre ellos el gran sabio Nezahualcóyotl, han llegado a decir que es una forma de dirigirse a la divinidad.

Por todo esto, Carlos, los miembros de esta Academia te hemos elegido. Tu presencia entre nosotros será nueva riqueza. Concluiré parafraseando un poema de Nezahualcóyotl diciéndote:

Dentro de ti vive,  
dentro de ti inventa el Dador  
de la vida, tus flores,  
tus cantos, son tu riqueza  
y la nuestra acá en la tierra.

Bienvenido a esta Academia que desde hoy es ya tu casa, la que compartes con nosotros para bien de la palabra y de la cultura en México.



# CONTAR LO DE UNO\*

Élmer Mendoza

Señor director,  
Señoras y señores académicos:

Es honor grande pertenecer a esta institución. Siento ñañas al decirlo; quizá porque como novelista jamás imaginé ser parte de ella; lo grandioso es que compartiré momentos con al menos una docena de miembros con quienes tengo amistad, y con el resto, a quienes he seguido y admirado durante años.

Me gusta contar de cierta manera: caótica quizá, incómoda quizá, pero viva; dejar que las palabras lluevan sobre la línea y que escurran, ensucien, limpien u oscurezcan la página, la pantalla o el sueño. Hola, buenas noches a todos, ¿están bien? Yo, imaginen, bastante contento con este abril de treinta y un días.

Es tiempo de que des tu discurso de ingreso, sentenció la doctora Concepción Company Company. Ciudad de México, noche, sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. Habíamos escuchado al músico Carlos Prieto en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, un tejido delgado y muy fibroso de anécdotas memorables y memoriosas de Mendeléiev. ¿Mendeléiev? ¿Por qué escribo Mendeléiev si en realidad habló de Dmitri Shostakóvich y hasta tocó una sonata? ¿Tú crees, doctora? Estoy segura. La verdad no tengo idea sobre qué tratar. Pues de lo tuyo, cómo cuentas tus historias y cuál ha sido tu evolución como escritor. Concepción Company Company vestía elegante, peinado de asterisco, mirada penetrante. Sonreía. Sabía

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente en Culiacán, Sinaloa. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 26 de abril de 2012.

que estaba detrás de asuntos que tenían que ver con aspectos léxicos de mi obra y que me había propuesto para miembro de esta institución. Pero, después de lo que oímos... Nada, hablar de lo tuyo también es válido. ¿En serio lo crees? Pues claro, ¿por qué no? Sin obsesionarme, he hecho lo posible para no ser una persona insignificante, no obstante, son cinco cosas, quizá seis las que me sustentan como escritor. ¿Y? Me traspasó autoritaria; y bueno, sobre eso he desarrollado estas páginas en negro, tan peligrosas como las en blanco. Como mis ideas sobre contar se pueden decir en dos minutos, opté por hacer un cuento del cuento contando cuentos, como decía José Saramago.

Gracias Felipe Garrido por aceptar ser cómplice en este punto godotiano que sumaremos al resto que nos une como escritores, promotores de lectura y lo que resulte.

Una madrugada de 1977 decidí ser escritor. Veintiún años y ocho meses después, Tusquets publicó mi primera novela y en una semana me cambió la vida. ¿Qué crees que has hecho? Preguntó el editor la mañana que firmamos el contrato. Una novela de lenguaje, respondí seguro. Nada, has hecho una novela de violencia, y aunque la novedad es la fuerza del lenguaje de la calle, eso quizá lo reconozcan después; por lo pronto, los periodistas querrán saber sobre tus fuentes o si estuviste en el lugar de los hechos. Pero. Ve con los de prensa para que te preparen para las entrevistas. Antes quiso saber: ¿Y acá entre nos, cuál es tu pretensión? Quiero ser rico y famoso, lo dije porque estaba contento, pero Aurelio en vez de sonreír me hizo la aclaración citada y sólo cuando fuimos a comer habló de los puntos finos de *Un asesino solitario*.

Es importante esta novela para mí porque me descubrí como novelista. Quiero decir que encontré la manera de manejar las palabras e imprimirles el ritmo que me convenía o que soñaba, supe que el lenguaje de la calle podía convivir en un texto con cualquier expresión y que era posible jugar con la parte íntima del discurso. Desde que leí a Joyce supe que era muy importante aunque tenía pocos lectores. Decían que había impuesto un sistema de escritura en 1922 con *Ulises* que nadie podía superar.

Desde luego que lo primero que pensé es que yo podría conseguirlo, ¿por qué no? Un asunto en el que aún reflexiono de vez en cuando y que como motivación en cada jornada de trabajo, es estupenda.

Estoy seguro que ustedes saben que los novelistas hablamos con Dios. Una de esas mañanas en que el Señor pasó por mi estudio, en nuestra conversación apareció James Augustine. Dios se irritó de inmediato, se puso rojo y le

tembló la barba. Lo superdoté, exclamó tronante. Pudo ser muchas cosas y ve con lo que me salió, desarrolló lo peor de sí mismo, ¿por qué no fue cantante de ópera? Tenía que salir con su domingo siete, el día que yo mismo decreté como descanso. ¿Quiere un tafil, señor? También tengo victan. ¿Tendrás prozac? No, ¿quiere vino? Mejor dame agua, para que como en Canaán, pueda transformarla en algo decente y no nos oxidemos. Tengo padre Kino. Ese italiano: otro que hizo lo que le dio la gana, se enojó de nuevo. Don Jesús, volviendo a Joyce, como debe saber, es el escritor más influyente del siglo xx, aunque lo leen poco. Pues es un milagro, porque como yo lo veo es como un animal sexual insaciable, todas esas escenas con esa mujer son la perdición, y ésas sí las lee la gente. ¿Usted cree? Claro, pregunta y verás; además, prefiero a Proust, era más moderado y le encantaban las magdalenas. Sí, ¿verdad? Pensé: si Joyce es un milagro entonces no debe ser tan difícil.

Nadie puede escribir una novela si antes no ha leído quinientas, declaré un día en que seguramente estaba ebrio. Fue la época linda en que pude leer cien o más libros al año y saltar del Sena al Mississippi, del Nueva York de los años veinte al Jalisco de la Revolución, o del cuerpo de Fany al de Anaís. Ándese paseando, exclamaba feliz. Una expresión que defino a mis traductores como: Qué maravilla, qué suerte; se usa también para manifestar asombro, y que los gringos traducen simplemente como: *Oh my God*.

Superar a Joyce sería entonces una de mis líneas de pensamiento. Lo planteé a mi maestro Fernando del Paso, joyceano por excelencia, que aprobó con una sonrisa y una mirada más bien fría. ¿Qué me aconseja hacer? Hubo un silencio de unos cuarenta segundos que me pareció una Cuaresma. Tomar el toro por los cuernos, reveló el maestro, y lo entendí, o eso creo, y desde ese día convertí la escritura en un trabajo cotidiano, tratando de tener momentos cumbres como los forcados, esos toreros portugueses adictos al bacalao, al vino verde y a las mujeres de ojos grandes.

Tomar el toro por los cuernos, lo interpreté como crear a pesar de todo: de mis limitaciones, el cansancio, falta de método, incultura, debilidades físicas, modas; era también una advertencia para que en vez de contar mis ideas a mis amigos en los cafés hiciera llover sobre la hoja o sobre la pantalla. Órale. Me pareció tan sencillo y tan duro. Claro, don Fernando escribía sus novelas en diez años, y a Juan Rulfo, ¿cuánto le llevó escribir *Pedro Páramo*? Dicen que los buenos escritores tienen una biografía real pero deben desarrollar una leyenda. Las leyendas son lindas pero después de esa conversación con

Fernando del Paso, supe que primero debía trabajar en una posible biografía y para eso debía escribir, escribir y escribir.

Hay dos revelaciones que me animan todas las mañanas, que sólo después de la conversación con Del Paso pude acomodar, y fue el maestro Gonzalo Celorio quien me dio la clave para poner todo eso en situación y concebirlo como una estética. Ah, no me digas. ¿Por qué no? Si García Márquez no era más que uno de los dieciséis hijos del telegrafista de Aracataca, yo era el hijo de mi madre, sobreviviente de una época y de una región que en cualquier descuido pudo haberme dejado sin cabeza.

En esa acción de leer cien libros al año cayó en mis manos una novela autobiográfica: *Mi Dagestan*, cuyo autor no recuerdo, pero era un comisario de cultura de algún pueblo de esa pequeña república soviética con costa en el mar Caspio. Al que sí recuerdo es a Abutalib, un poeta analfabeto de 80 años, personaje al que el comisario invitó a la primera reunión de un taller de poesía. Abutalib escuchó atento las ideas del coordinador del taller y las de un joven poeta que fue expulsado por negarse a escribir sobre las bondades del socialismo, obreras felices y mujiki sonrosados. El poeta, que vivía en las afueras del pueblo, no volvió a las reuniones que eran semanales. Dos meses después el comisario, preocupado por su salud, fue a visitarlo; al llegar vio salir al joven poeta al que saludó de mala gana. En cuanto encontró a Abutalib le reclamó: Cómo es posible que pierdas tu tiempo con ese tipo, un imbécil, un renegado, un pequeño burgués, ¿por qué lo recibes? Abutalib fue tajante: Porque él ha escrito una línea que nadie ha escrito. Ándese paseando. Esas veces que todas las ventanas empequeñecen y hay que salir a caminar por la calle con la certeza de que ningún maldito ladrillo te caerá en la cabeza.

¿Esto quería la doctora Concepción Company que escribiera? Se lo preguntaré.

Tomar el toro por los cuernos y escribir la línea que nadie ha escrito. Órale. Aquí me siento a contar con cariño verdadero / versos que le computieron a... Un soneto me manda hacer Violante / Que en mi vida me he visto en tanto aprieto / catorce versos dicen que es soneto / burla burlando van los tres delante. La escritura es un misterio. ¿Cómo componía aquel poeta campesino que conocí de niño, que vivía cerca de la casa de mis abuelos, sus rimas? Llegamos a Culiacán / A punto de mediodía / gritándole a los culichis / que traímos buena tranvía. ¿Cómo debía contar mis historias? ¿Qué debía pretender?

En 1987, el gobierno de Sinaloa invitó a Gonzalo Celorio a Culiacán a impartir un taller de narrativa y dictar conferencias sobre Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. Ayudé a convocar escritores y a atender a Gonzalo, que había sido mi maestro de Hispanoamericana en la UNAM y escribía, en esos años, su novela *Amor propio*. Una de esas conferencias fue en Mazatlán, en aquel tiempo a tres horas de Culiacán por tierra.

En un auto debidamente avituallado, tomamos la carretera 15. Media mañana. Celorio de punta en blanco. En algún momento nos detuvimos en un restaurant a comer machaca con verdura, al parecer, uno de los manjares favoritos del dios Coltzin. ¿Qué hacen ustedes? La mesera era gorda y no nos vio pinta de camioneros. Somos escritores, reveló Gonzalo con perversidad. ¿De veras? Eran unas simples palabras, sin embargo, tan importantes para mí, que indicaban, nada más y nada menos que un destino: mi destino. Luego leyó uno de mis cuentos y me dio la clave que debía sumar a lo demás: Tener voluntad de estilo, un precepto que imbriqué a los otros dos y empecé por el principio. Firme, porque como decían mis mayores, quien ha empezado ha recorrido la mitad del camino.

Luego leí una entrevista del trompetista norteamericano Louis Armstrong, donde hablaba de tres momentos clave en la formación de un artista que pude comparar con los míos y adaptarlos cada que es necesario. Ser novelista es arduo y se requieren fortalezas ajenas para encontrar lo divertido y alentador que puede ser. Decía Armstrong que todo aspirante a artista debía pasar por tres etapas: Primera: Conseguir el instrumento, ¿cómo escribir una novela sin un lápiz o una lap top? No estamos entrenados para componer historias como Homero. Segunda: Aprender todas las técnicas, oh, ¿y esas dónde están? Pues en las novelas: Tolstoi, Dumas, Flaubert, Dos Pasos, Güiraldes, Joyce, Proust, Chandler, Hammett, Faulkner, Rulfo, Mann, Sarraute, Del Paso, Woolf, Sciascia, Fonseca, Vargas Llosa... Para mí cada autor es un sistema de escritura. Tercera etapa: Tocar con el alma. Qué buen punto, apoco no. Crear una literatura que toque las fibras más sensibles de un ser humano. También personajes que se vuelvan entrañables como don Quijote, don Juan Tenorio, el Lazarillo, los tres mosqueteros o Romeo y Julieta.

En prolongadas discusiones con Daniel Sada, Arturo Pérez-Reverte, Eduardo Antonio Parra y David Toscana se me aclararon asuntos específicos dentro del proceso narrativo como punto de vista, estructura, ritmo, tono, tema, lenguaje, trama, territorios narrativos y puntos de tensión. La escritura

como laboratorio. La literatura como arte. Poco a poco me fui inclinando a la fineza del detalle, incluso a concluir que el pulido del detalle era muy importante, ¿por qué a Rulfo le llevó esos años escribir *Pedro Páramo*? Seguramente por trabajar los detalles, concluía con ligereza. No me gusta meditar demasiado en la teoría, no me lo explico pero así es. Luego iba a otro punto. A Joyce también le llevó sus años escribir el *Ulises*, claro, y según alguno de sus apasionados seguidores utilizó más de treinta mil palabras diferentes y oh, mientras Joyce respeta el eje del tiempo Rulfo lo disloca a placer y sus atmósferas son más densas, como las de Faulkner que incluso son cálidas. Ah, ¿significa que se pueden percibir diversas temperaturas en las diversas novelas? Bueno, cuando leí *Muerte en Venecia* tuve calor y con *Nostromo* sentí la brisa fresca. ¿No transpiraron con José Eustasio Rivera y *La Vorágine*? Un narrador es un costal de emociones y no tiene más remedio que velar armas para siempre. No hay ventero que nos salve.

Por días me auxiliaba Faulkner que decía que de dónde sacaban eso de la técnica, que ni que fuéramos a pegar ladrillos. Me encanta este tipo que un día compró un pura sangre al que no supo alimentar y murió. Un día supe de un novelista que lloraba, que sufría con los personajes, quién creen: José María Arguedas y su territorio profundo del Perú indígena. Fue el primero que me hizo percibir el poder del lenguaje, de palabras diferentes, de sonido suave que llegaba al corazón. Era un juego que no necesitaba diccionario o al menos pocas veces pensé en él mientras leía y vislumbraba un universo triste y abatido. Órale, Col Pop y ya. Y otra vez Rulfo, João Guimarães Rosa, Mario de Andrade y su *Macunaima*, me establecían una franja de advertencia. Entonces llegó Bukowski, la recuperación de lo siniestro posible y del espacio lóbrego; si con Dashiell Hammett y Raymond Chandler aprendí parte del universo del delito, aquí estaban los espacios lúgubres y su lenguaje; la humanidad macedrada. Recordé que Aristófanes había utilizado la violencia verbal, que suena a epigrama comparada con otras, al Quevedo de las jácaras que es una jerga aún válida, “no está muerta ni es una curiosidad filológica” sostiene don Arturo Pérez-Reverte, justo en su discurso de ingreso a la Real Academia Española. Hace unos meses encontré en una novela contemporánea el vocablo *trena* que leí primero en: *Ya está guardado en la trena / Tu querido Escarramán*. También a Cervantes y a Shakespeare, y a Dante Alighieri, que según guardó doce años *La divina comedia* porque sus amigos opinaban que no la debía publicar en toscano, esa lengua vulgar. Señores, me dije, si voy a escribir en culichi o

en norteño o como le digan, hay una estela de autores que son la picia, es decir, que son muy buenos y utilizaron el habla popular, así que bato, le cae al que se raje. Órale.

En realidad esos momentos ocurrieron en muchos años, no a la vez como lo cuento, pero como dijo don Ernesto de la Peña: Cada escritor crea sus precursores, y sin duda, también son responsables de lo que uno hace y deshace. Durante muchas páginas intenté escribir con el código estándar y me resultó muy difícil; evidentemente era una hazaña que no me correspondía; un día descubrí que narrar con cierto aire de libertad donde se mezclaba el estándar, el popular, el técnico y algunos términos cultos extraídos de mis lecturas de Borges, autor de *Hombre de la esquina rosada*, una joya del lenguaje popular, me dio la suficiente confianza para sentirme escritor mientras narraba, capaz de escribir emocionado, sin miedo, posicionado de una historia, un lenguaje, una idea de contar y tres tremendos principios que se convirtieron en la base de mi ritual cotidiano. En mi estética, que según Walter Benjamin es una forma de conocimiento a la que se llega a través de los sentidos.

*¿Sabes qué carnal? Durante el año tres meses y diecisiete días que llevamos camellando juntos, te he estado wachando wachando y siento que eres un bato acá...* Es el principio de mi primera novela, *Un asesino solitario*. Una buena historia debe seducir desde las primeras líneas, decían; entonces leía en Homero: *La cólera, canta, diosa, del pelida Aquiles, / funesta, que miríadas de dolores causó a los aqueos / y al Hades echó antes de tiempo muchas almas valientes...* En Cervantes: *En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme*. En García Márquez: *Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía, había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo*. En Rulfo: *Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo*. Cortázar: *¿Encontraría a la Maga? Ya. Bueno, había que hacer lo mismo bajo el sencillo precepto de que el que bien empieza bien acaba*. Comparto ahora las primeras líneas de *La prueba del ácido*, mi novela más reciente: *Ante una noche que crecía, Mayra Cabral de Melo se rindió, percibió que ese varón que abría la portezuela y la obligaba a bajar sería el último en su vida...* Pobre, era una santa, pero no es el tema de esta noche.

*Para escribir tendré primero que escuchar. El silencio es entonces necesario. Debo aprender a oír, como si fuera niño*, sostiene Jaime Labastida. Órale. En Los Mochis plebes bichis juegan a la bolichi con las cuachas de las tochis. Hay palabras que se escuchan y palabras que se leen: liquen el punto, wachen. La oralidad es un

territorio espinoso. ¿Cómo se dice: financia o financia? Depende del dinero que tengan ustedes para invertir. La Mara Salvatrucha nació por ahí. ¿Por ahí o por ahí? Oiga, ¿ahí lleva h? Simón. ¿Qué no es muda? Sólo cuando te gusta, cuando calla porque está como ausente. Órale. El mundo es una fuente de palabras que escuché desde siempre pero que se escurrían cuando quería fijarlas en papel o en la pantalla. ¿Cómo conseguir que esas palabras callejeras quedaran en las líneas ocupando un sitio que sintieran propio y no escaparan a la primera provocación? Escuchándolas, después haciéndolas sentir que ése era su sitio, el lugar propio que es en el que se está mejor porque se oyen mejor. Así fue como expresiones sin historia como: morro, ándese paseando, un bato acá, chilo, tramo, lima, marcando, jaipo, prodolino, perico, ochito, chirrin, soletear, nel, tuvieron su lugar en la casa del ser, como llama Heidegger al lenguaje. Claro, el uso, la costumbre quizá, les da su espacio, aunque no hay que estar nunca seguros; por ejemplo: ustedes están acostumbrados a la Y griega pero, ¿y la G latina?

Un día Julio Cortázar dijo que *Don Quijote* tenía un ritmo perfecto, ¿qué quiso decir este maestro que según escribía a ritmo de jazz y que una noche de tren dio una cátedra a Carlos Fuentes y a Gabriel García Márquez sobre la incorporación del piano a las bandas de jazz? Entendí que cada palabra se escucha y debe ocupar un espacio específico en la línea donde su sonido se manifieste y ayude a conseguir un ritmo. O como lo expresa Italo Calvino: “El que comanda la narrativa no es la voz sino el oído.” Anduve y ando con esa cosa en la cabeza como otro de los detalles que debo trabajar. No es sencillo este asunto, pero uno no abandona su literatura a su suerte.

Escribiendo *Un asesino solitario*, en alguna página comprendí el asunto del ritmo, del tono y que de momento no podía dejar fuera del texto el lenguaje popular. No fue una decisión, simplemente lo supe, como sé que la nariz es la parte más grotesca del rostro humano. Por eso no tuve miedo de llenar la papelera, uno de los mitos de aquellos años, y escribí la novela que me convirtió en novelista. En realidad, lo único que hice fue agarrar el toro por los cuernos, como aconsejaba mi maestro Del Paso, entrar a fondo al principio de Abutalib, aquel poeta analfabeto, y montarme en la idea del estilo que me compartió Gonzalo Celorio. En muchas ocasiones, siento que nadie puede inventar una novela novedosa si a su vez no se deja inventar por ella. Y claro, tengo muy presente lo expresado por Luis Mateo Díez, en *La piedra en el corazón*: “Lo que se repite se extingue”.

Fíjense que hay un momento estimulante, quizás un poco discriminador en esta historia. El tema de la literatura del norte, que es lindo porque nos creó un nicho en la literatura nacional, y horrible porque de inmediato intentaron sujetarnos a ese nicho y marginarnos. El asunto nació en una mesa que llamaron *Los narradores que vienen del norte*, y pronto, varios de los presentes en ella nos vimos sorprendidos por preguntas sobre eso: ¿Qué era, cuáles eran sus características, quiénes serían los representantes? Y nosotros: ¿Qué onda? ¿No es un juego? ¿Acaso no somos igual que los otros? En la ciudad de México nos trajo más escarnio que sonrisas y en el extranjero espaldarazos y alguna sorpresa. En México no abundan los movimientos estéticos, decían, desde los estridentistas no sabíamos de algo así. La idea nos abrió varias puertas, varios corazones y las computadoras de algunos críticos; no demasiadas bibliotecas porque en nuestro país los compradores de libros de literatura mexicana son más bien pocos.

El pequeño volcán que desataron nuestros textos: *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*, de Daniel Sada; *Santa María del circo*, de David Toscana; *Tierra de nadie*, de Eduardo Antonio Parra, y *Un asesino solitario*, de Élmer Mendoza, en 1999, no me disgustó; quizás eran nuestros quince minutos de fama y de momento nadie rechazó su pertenencia a este nicho que se había vuelto significativo. Yo sentí un placer acá, profundo. Lo había experimentado una vez. En la prepa fui atleta, marchista seguidor del sargento Pedraza. Eso me llevó a una mañana soleada en un estadio lleno de banderas de colores en Pomona California. Era una competencia para preolímpicos norteamericanos al que el equipo del Tec de Culiacán fue invitado. Mientras les rezaba a la Virgen de Guadalupe y a Malverde para que me quitaran el miedo, un gringo se acercó: Élmer Mendoza, me soltó, tú no ser más del Culiacan *tech*, ahora tú ser México, hizo un gesto de afirmación y se retiró. Órale. Me quedé frío, ¿qué me quiso decir?, ¿soy mi país? No la. El caso es que me lo tomé en serio. No diré las palabras con que asumí el sentido de aquella identidad tan importante, pero cuando escuché el disparo de salida de mi prueba, sentí un país enorme en mi espalda. ¿Lindo no? Pues sí, no me la andaba acabando.

Cuando tuve decisiones sobre el lenguaje, la estructura, el tiempo del narrador, los perfiles, el tono y el ritmo que lo concebía muy dinámico, sentía que el paso del punto y aparte al guión de diálogo era muy largo, que mi lector ideal, embarcado en ese momento en un ritmo subyugante, iba a perder un tiempo precioso en llegar a la primera palabra antecedida del guión.

*Un asesino solitario* estaba escrito en primera persona y el guión era un obstáculo. Así como los políticos sinaloenses arreglan diferencias en un vuelo de Culiacán a la ciudad de México, así dos escritores pueden resolver un problema que tiene que ver con la voluntad de estilo, porque yo no quería guiones, quería cualquier cosa, pero no sabía qué. Ese compañero de viaje había leído *El cerco de Lisboa* de José Saramago.

El día que le conté esto a Saramago en una comida en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara me palmeó, me dijo que los caminos del escritor son inescrutables y que continuara mis búsquedas. Quise responder: Yo no busco, encuentro, como Picasso, pero callé, él ya entretenía su mirada en el trasero de una mexicana que frutas vendía, quizás el modelo perfecto del checo Alfons Mucha, gran maestro del *art nouveau*, que embelesa a Leonor Q. la mujer que me alimenta y respalda.

La eliminación de los guiones me permitió dotar a mi discurso de un dinamismo oral que impidió que mi lector ideal se distrajera y pude explorar la pertinencia de planos paralelos de diversas temperaturas y emotividad. Pensé que el discurso tiene una parte íntima, un nivel profundo donde es manejable, sobre todo si se trabaja con la técnica del diario personal. En esto, sin duda, la opinión de Verónica Flores, mi editora, es determinante.

Hay un par de puntos que busco que mis novelas proyecten: que posean un elemento entrañable a través del cual se unan a mi lector ideal, y un elemento perturbador que desequilibre cada tanto su emoción sostenida. El primero se consigue adjudicando al personaje una característica humana como la leve locura de don Quijote o el ejercicio del poder corruptor de Pedro Páramo. Usé elementos sencillos; por ejemplo, en *Un asesino solitario* Yorch Macías tiene gran afición por las galletas pancrema con cocacola, algo muy popular que muchos han degustado; o Elvis Alezcano, de *Efecto Tequila*, que huele cada tanto unas desgastadas pantaletas moradas de la mujer que lo abandonó. El elemento perturbador es el pequeño misterio que se resuelve al final, donde el lector sonríe y confiesa que no se lo esperaba, como la muerte de David Valenzuela en *El amante de Janis Joplin*.

He escrito seis novelas y tengo una por terminar en diecisiete años. Federico Campbell dice que se nota “una inusitada y vivaz exploración lingüística de los bajos fondos mexicanos, convertidos en rigurosa materia literaria”; desde luego es una opinión que me encanta, junto a la de muchísimas otras que aprueban o desaprueban mi forma de escribir: mi estilo. La de Campbell no la

olvido, porque fue la primera y como tal, funcionó como poderosa luz en el túnel en que acababa de irrumpir. A ver qué dice la doctora Company cuando se entere. La vida de un escritor es una escalinata donde los peldaños han sido contruidos por otros. Están allí, y hay que abrir bien los ojos, porque unos los han puesto para subir y otros para resbalar.



## RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON ÉLMER MENDOZA\*

Felipe Garrido

Señor director de la Academia Mexicana de la Lengua,  
señores académicos,  
señoras y señores:

Es un alto honor, una distinción que agradezco, una gratísima tarea responder el discurso con que don Élmér Mendoza celebra hoy su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua.

Hace seis décadas, en abril de 1951, cuando Mendoza estaba a punto de cumplir año y medio de edad, por iniciativa de esta corporación se celebró en México el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española. La más importante de sus consecuencias fue el surgimiento de la ASALE, la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Aunque estaba claro que, de largo tiempo atrás, el español crecía con parejo vigor bajo múltiples cielos, hasta entonces la única institución con autoridad para decidir lo que estaba bien dicho y escrito había sido la Real Academia Española. A partir de ese momento esta función ha correspondido a la Asale, donde las 22 academias del español trabajan para conservar la unidad de la lengua de Cervantes, y de Mendoza, y para sostener la legitimidad de todas sus variantes. Hoy en día, el español es una lengua que no reconoce su centro en ninguna comunidad lingüística particular. Una lengua toda periférica.

De acuerdo con ese criterio, nuestra Academia tiene empeño en estudiar las variantes regionales del español mexicano. Fruto de ese interés es el *Diccionario*

\* Respuesta al discurso de ingreso de don Élmér Mendoza a la Academia Mexicana de la Lengua. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 26 de enero de 2012.

*nario de mexicanismos* que al través de Siglo XXI publicó la Academia en 2010 —ya con reimpressiones y en revisión para su segunda edición, que será muy aumentada.

A ese mismo cuidado obedecen las reuniones que la Academia organiza con sus miembros correspondientes y estudiosos de otras instituciones. La primera el año pasado, en Culiacán. Este año en Querétaro, Xalapa y posiblemente San Cristóbal las Casas.

En ese marco, resulta especialmente feliz el arribo a la Academia Mexicana de la Lengua de don Élmér Mendoza, un escritor de fino oído, especialmente sensible a las hablas. No sólo al culiche de su Culiacán natal, sino al español del Occidente, al de España, al de Argentina... Mendoza no necesita decirnos de dónde son sus personajes; basta escucharlos —antes que leerse la escritura de Mendoza se escucha— para reconocer su origen.

Mendoza es un experto constructor de intrincadas tramas donde confluyen numerosos personajes. Con soltura, con la naturalidad propia del buen conversador, pasa de una historia a otra, las hace a un lado, las retoma, las va trenzando... En su discurso, de pronto irrumpen relatos donde se nos da noticia de cómo doña Concepción Company Company orientó sus dudas; cómo en ocasiones conversa con Dios; cómo un atleta gringo le hizo sentir que debía asumir su identidad en cuanto que autor del norte; cómo Fernando del Paso, Gonzalo Celorio, Louis Armstrong y el poeta Abutalib, analfabeto y octogenario, le dieron las claves para hacerse escritor.

Mendoza ha dejado claro que le gusta contar las cosas a su modo, incluida la costumbre de prescindir de comillas y guiones para marcar las voces de los personajes. Mucho le agradecemos las breves instrucciones para escribir una novela que nos ha dado en su discurso.

“Nadie puede escribir una novela si antes no ha leído 500”, nos dice para comenzar, y me parece un buen principio. Superar a Joyce no está mal como propósito en la vida, y tampoco lo está la respuesta que para lograrlo le dio Del Paso: tome el toro por los cuernos. De inmediato, Mendoza lo tradujo así: por encima de limitaciones, debilidades y modas, había que escribir todos los días. Había, además, que buscar lo que Abutalib admiraba en el joven poeta que no quería cantar las glorias del socialismo: escribir un verso que nadie más haya escrito. Una tercera clave, revelada por Celorio: la voluntad de estilo.

Para resumirlo: escribir todos los días, en busca de un verso que nadie ha escrito, con voluntad de estilo. Ándese paseando.

Mendoza ya había tomado el toro por los cuernos: una noche que estaba solo en casa agarró un cuaderno y se la pasó en vela, escribiendo historias. En la madrugada estaba eufórico. Decidió hacerse escritor. Con 28 años cumplidos, renunció a su trabajo como ingeniero y se mudó a México para estudiar literatura en la UNAM. Terminó un libro de cuentos, *Mucho que reconocer*, y cuando don Joaquín Díez-Canedo le dijo que para publicárselo tendría que esperar más de dos años, Mendoza, con otra empresa, pagó la edición de su libro. Era 1978. Ahora las cosas han cambiado. Cito a Mirtha Rivero: “Su última novela, *La prueba del ácido*, la terminó de escribir en septiembre de 2010, y dos meses después, a mediados de noviembre, ya había sido publicada; quince días más tarde se habían vendido los derechos para la traducción alemana y en enero de 2011, para la edición italiana.”

El camino a los libros había sido accidentado. Mendoza nació en Culiacán, en la Col Pop de sus novelas, en 1949, el año en que Eulalia Guzmán dijo haber hallado los restos de Cuauhtémoc en una tumba de Ixcateopan —tema que se antoja para una de sus novelas—. Creció en el campo, al lado de su abuelo materno, trabajando, entre corridos y música nortea.

Cuando regresó a la ciudad descubrió la música y la cultura del *rock*, y al mismo tiempo la lectura. Aprendió a leer cuando tenía diez años: *comics*, novelas de vaqueros y de Corín Tellado, el *Reader's Digest*. Cantando a Machado y a Neruda, Serrat lo llevó a la poesía. En casa de una tía tropezó con Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Un día apareció en el barrio un *Quijote*; Mendoza iba cada tarde a leerlo. “Yo no soy de los que rechazan —dice—. Yo dejo que todo entre.”

Con el tiempo, se hizo profesor de Literatura Barroca y Literatura del Renacimiento en la Universidad Autónoma de Sinaloa; ha diseñado un curso para escritores; con generosidad enorme, comenzó a impartir talleres de lectura. Creo que fue en esas andanzas como nos conocimos.

Al lado de todo eso siguió escribiendo, buscó el diálogo con otros escritores, descubrió la importancia de los detalles, vio que Rulfo, Joyce, Faulkner, Guimarães Rosa, Mario de Andrade, Del Paso habían invertido años en completar sus obras. Llegó al punto medular del lenguaje. “Soy mi lenguaje —dice—, mi lengua materna.”

¿Quién decide cómo debe ser el lenguaje? No las academias, sino los hablantes. Las academias recogen y estudian todos los registros de la lengua: el habla de las calles y de los bajos fondos, los usos generales, las jergas, la más alta poesía.

Veinte años separan aquel primer libro de cuentos que Mendoza financió, de *Un asesino solitario*, su primera novela. En ese tiempo encontró su voz, donde lo que él llama *el código estándar* se mezcla con el habla técnica, el habla culta, el habla popular: *¿Sabes qué carnal? Durante el año tres meses y diecisiete días que llevamos camellando juntos te he estado wachando wachando y siento que eres un bato acá...*

La oralidad ha sido siempre un pilar de la literatura. Los grandes escritores han buscado, al lado de otros registros, escribir como se habla: Aristófanes, Dante, Cervantes, Quevedo, Shakespeare, Joyce, Rulfo, Borges, Cortázar y los demás. Precursor en nuestra lengua, en el siglo XIII, Berceo:

Quiero hacer una prosa en román paladino,  
en cual suele el pueblo hablar con su vecino;

Don Élmer Mendoza ha puesto en escena cinco obras de teatro, y ha publicado seis libros de cuentos, dos de crónicas y seis novelas —la séptima ya va avanzada—. *El amante de Janis Joplin* obtuvo el Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares; *Efecto tequila* fue finalista del premio Dashiell Hammett; *Balas de plata* recibió el III Premio Tusquets de Novela.

Mis favoritas son dos. *El amante de Janis Joplin*, donde aparece el más redondo de los personajes de Mendoza, David Valenzuela, de mortífera lanzada cuando se trata de arrojar una piedra o una botella, desdoblado en una voz interior que le tiende trampas. Y *Cóbraselo caro*, donde Nicolás Pureco, dueño de tres restaurantes de comida mexicana en Chicago, se obsesiona con la idea de encontrar las piedras que alguna vez fueron Pedro Páramo y viaja en su busca, acompañado por Lily, su mujer, quien vive ofuscada por la comida sana, los tratamientos de belleza y el sexo. El contrapunto es una delicia. *Cóbraselo caro* fue el homenaje que Mendoza rindió a Rulfo en 2005, en el medio siglo de la aparición de *Pedro Páramo*. Más disfrutable en la medida en que se conoce mejor a Rulfo. Es la única de las novelas de Mendoza que no corresponde al género negro, aunque sí a la vida —en ambos lados de la frontera— de los mexicanos que emigran a los Estados Unidos.

El narco es el tema dominante. Mendoza dice que el mundo es un lugar violento y el narco una presencia de siempre. No le interesa juzgarlo, sino hacerlo literatura. Una mirada irónica sobre la sociedad y la política, un enorme sentido del humor, el gusto por el juego y la parodia despojan sus obras de un sentido trágico.

Sus personajes, dice Eduardo Antonio Parra, pertenecen a la estirpe de la picaresca. Son buscones quevedianos que deambulan por el norte sin esperanza de hallar lo que jamás se les ha perdido; lazarillos culiches siempre inmersos en su identidad regional, aunque [...] se desenvuelvan en otros países y otras culturas; periquillos lizardianos que no se cansan de reflexionar sobre la política y los problemas sociales tanto de México como del resto del mundo, sin tomarse las cosas demasiado en serio, sin angustiarse.

Por su apasionado interés en la escritura, en la literatura de estos y de otros tiempos; por su vocación de formar lectores y escritores; por su académica curiosidad volcada sobre las hablas de todo sitio donde se hable español, estoy seguro de que don Élmér Mendoza contribuirá grandemente a los trabajos de la Academia Mexicana de la Lengua.

En nombre de todos los académicos, es para mí un honor y un placer darle la bienvenida. Querido Élmér, adelante, ésta es tu casa.



## LAS LITERATURAS INDÍGENAS MEXICANAS\*

Víctor de la Cruz

Cuando niño, pocos creyeron que alcanzaría el sexto grado de educación primaria; pero gracias a que después seguí el consejo del dicho popular mexicano que reza: “El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”, miren ahora en dónde estoy y en qué compañía, debido a la benevolencia de los miembros de esta ilustre corporación, con quienes mi gratitud queda en deuda por aceptar la propuesta de mis maestros: don Miguel León-Portilla, a cuya sombra protectora me acogí al iniciar mis estudios de posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y de don Patrick Johansson. Gracias, maestro León-Portilla, por proporcionarme tu “clara sombra” hasta este espacio que se ha hecho tiempo. El tiempo de expresarles a todos ustedes mis agradecimientos por esta distinción.

Sí es cierto que “Toda clasificación es superior al caos” —como escribiera Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje*—; y que “aun una clasificación al nivel de las propiedades sensibles es una etapa hacia un orden racional”. Permítaseme, entonces, desde el fondo de mis sentimientos, elevarme a la altura de la esfera del ser racional y empezar mi discurso con una clasificación, siguiendo a Ludwig Wittgenstein, en el uso de las siguientes palabras: “cuando se observa la vida y el comportamiento de los hombres sobre la tierra se ve que aparte de las actividades que podrían llamarse animales, como la ingestión de alimentos, etcétera, llevan también a cabo actividades tales que tienen un carácter muy particular y que podrían llamarse rituales”. Esta ceremonia que hoy nos congrega es, precisamente, un ejemplo de una actividad ritual.

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente en Oaxaca. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 7 de agosto de 2012.

El mundo ritual o cultural, el mundo de los seres humanos, se volvió rico en lenguas cuando el dios bíblico decidió confundir a los seres humanos en Babel, al multiplicar sus lenguas a partir del habla primigenia con la que los había creado; no obstante esta disposición divina, los sacerdotes que debían seguir a la Biblia como texto sagrado, contradiciendo a su dios, han marchado en sentido contrario: pretendiendo regresar a los seres humanos a la uniformidad lingüística, imponiéndoles la lengua del conquistador, el monoteísmo religioso y el centralismo político. Ante tal diversidad de lenguas, ¿podremos los mesoamericanos tener también tantas literaturas como idiomas tenemos? Don Quijote de la Mancha, a pesar de que en su locura confundió molinos de viento con gigantes, fue menos loco que cualquiera de los reyes y sacerdotes que han gobernado al mundo desde entonces, quienes han buscado reducirlo lingüísticamente; pues aquel loco singular supo apreciar la pluralidad cultural y lingüística del mundo, según nos cuenta su biógrafo Miguel de Cervantes Saavedra:

el grande Homero no escribió en latín porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino; en resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya.

Desde luego que literatura, *strictu sensu* como ustedes mejor lo saben que este aprendiz de orador, se refiere a las palabras registradas con las letras, el cultivo de las letras; por eso Walter Ong afirmó airado que: “Considerar la tradición oral o una herencia de representación, géneros y estilos orales como ‘literatura oral’ es algo parecido a pensar en los caballos como automóviles sin ruedas.” Sin embargo entre nosotros, un amigo que fue miembro de esta ilustre Academia, Carlos Montemayor, defendió la dignidad de las literaturas indígenas mexicanas al proponer la idea de “literatura oral” como un concepto amplio, como “arte de la lengua”.

Un hecho parece indiscutible: la creación artística en lenguas ágrafas, o de tradición oral, y en lenguas con escritura tiene sus diferencias; porque en las primeras se usan fórmulas que favorecen la memorización, mientras que en las segundas se tiene mayor libertad de pensamiento al no estar atada la

memoria a determinadas fórmulas; pero el costo que paga el ser humano por esta liberación del pensamiento es la pérdida de la facultad de memorización.

La *Iliada* y la *Odisea* fueron creadas y memorizadas antes de ser trasvasadas a la “luminosa prisión del alfabeto”, como dijera Ángel María Garibay, según oí a mi maestro León-Portilla; es decir, provienen de formas de composición propias de la tradición oral. Nosotros, los escritores en lenguas indígenas mexicanas, también venimos de la tradición oral, por lo que aprovechamos la carga memoriosa de la cual somos herederos; pero igualmente aprovechamos la ventaja de la escritura que libera el pensamiento y nos permite anotar lo que pensamos, mientras nuestra imaginación vuela en busca de las imágenes que vienen de esa tradición y aquellas nuevas, propias de nuestro tiempo. Estamos, pues, a medio camino entre el pasado y el futuro, en el presente; pero en el pasado en buena compañía, nada más que la de Homero y la de los poetas mayas y nahuas que nos antecedieron en la civilización mesoamericana; aunque nuestro futuro esté aparentemente cancelado por la modernidad.

Uno de los problemas más serios que han enfrentado los historiadores de la literatura mexicana es: cómo crear un solo árbol a partir de las raíces de árboles distintos: los mesoamericanos y el europeo. Algunos autores lo han intentado injertando la rama de la literatura mexicana, hecha en castellano, en los troncos decapitados de las literaturas prehispánicas; ignorando que de un tronco tan grueso como el mesoamericano —parecido al ahuehuete que en Oaxaca llaman el árbol del Tule— o varios troncos cercenados, como los que conformaron las literaturas mesoamericanas, podrían retoñar a partir de sus raíces originales y dar sus propios frutos, sin mostrar las flores del injerto.

El primer estudioso de la historia de la literatura mexicana que incluyó en su trabajo dos ramas de la literatura indígena prehispánica, traducidas al castellano, fue el ensayista de la generación de los Contemporáneos, Bernardo Ortiz de Montellano, hasta donde tengo noticias. Del tronco de las lenguas mayenses incluyó un fragmento del *Popol Vuh*; del tronco náhuatl: algunas oraciones y algunos discursos y cantos traducidos por Ángel María Garibay. En un fragmento de su prólogo a la obra, Ortiz de Montellano afirma que: “Ha de tenerse muy en cuenta, al estudiar la literatura mexicana, el proceso histórico de la vida nacional y la organización de la cultura, sobre todo a partir de la Conquista que trajo a nuestro país otra lengua, otra religión y distintas costumbres.”

Si en el siglo XIX hicieron su aparición pública las literaturas prehispánicas en maya y en náhuatl, obra de los indios conquistados y muertos, a principios del

siglo xx fue el indio vivo y remiso quien se hizo visible, gracias a las movilizaciones campesinas desatadas por la Revolución Mexicana. Algunos de nuestros literatos decidieron, entonces, tomar los mitos indígenas o al mismo indio con su problemática social y cultural, como tema de creación literaria en la lengua de los colonizadores y de esta manera nace la literatura indigenista mexicana.

Los iniciadores de esa corriente, llamada por José Luis Martínez “literatura indígena moderna”, fueron: el yucateco Antonio Médez Bolio, quien en 1922 publicó su libro *La tierra del faisán y del venado*; seguido en 1929 por Andrés Henestrosa, que recogió “de labios de su pueblo, de su propia memoria y de alusiones de cronistas e historiadores, pequeños índices que luego ha reorganizado y devuelto a su supuesta original forma”, según palabras de José Luis Martínez, a quien cito enseguida: “Es decir, las leyendas de este libro no corren —algunas— en la forma en que las expresa Henestrosa por los labios de la tradición, sino que existen como fragmentarias explicaciones del porqué de los fenómenos terrestres y de los hechos de los hombres.”

A partir de entonces la veta de la literatura indigenista comenzó a ser explotada, con más o menos fortuna, por escritores como Gregorio López y Fuentes con la novela *El indio*, Premio Nacional de Literatura en 1935; Mauricio Magdaleno con la novela *El resplandor*, en 1937; Ermilo Abreu Gómez con *Canek*, en 1940; Francisco Rojas González con una colección de cuentos llamada *El diosero*, en 1952; Rosario Castellanos con la novela *Balún Canán*, en 1957, etc. De todos ellos, los únicos que hablaban la lengua indígena en la cual enraizaban sus relatos fueron Antonio Médez Bolio, quien sin ser maya hablaba dicha lengua, y Andrés Henestrosa, quien asumiéndose a veces como zapoteco o huave hablaba la lengua de los *binnigula'sa'*, el *diidxazá* o zapoteco; gracias a lo cual esos relatos tienen un auténtico sabor a mito indígena aun sin serlo en muchos casos.

La distinción entre “literatura indígena” y “literatura indigenista” fue sugerida por el mismo José Luis Martínez, hasta donde estoy informado, al escribir su introducción a la selección de las obras de los autores mencionados, incluidos en el libro llamado *Literatura indígena moderna*, donde escribió que para que los libros antes mencionados fueran considerados con plenitud “literatura indígena” sería preciso:

que estuvieran escritos en su propia lengua, con sus propios medios de expresión y que su meollo más substancial fuera el de las propias culturas de

donde parten. Ahora bien, su creación se realiza desde la cultura occidental que poseen sus autores, y desde su personal perspectiva literaria del pensamiento indígena arcaico. Son pues recreaciones modernas de antigüedades indígenas realizadas por hombres que guardan aún un sentimiento y un acervo de tradiciones autóctonas, pero cuyos medios de expresión literaria son occidentales.

Aunque José Luis Martínez era sabio como pocos, ignoraba que en ese momento un poeta *binnizá* de Juchitán, llamado Pancho Nácar, ya había compuesto gran parte de sus poemas en una lengua indígena; y otro, Jeremías López Chiñas, ya había escrito en una espléndida prosa zapoteca su relato *Lexu ne Gueu'*; quienes, por esos caprichos del destino o la voluntad de los dioses, no verían publicados en vida sus libros. No obstante, el crítico acertó al predecir en cuál de las lenguas indígenas depositaba su esperanza para el surgimiento de una literatura auténticamente indígena en nuestro país:

Son, pues, leyendas formadas lentamente cuyos orígenes quizá sobrepasen a la gran epopeya, pero que han ido enriqueciéndose paulatinamente con acarreo cristiano durante la época colonial. No manifiestan casi huellas violentas de la dominación española —los zapotecas fueron de los pueblos mejor librados en la conquista—, y no son un pueblo destruido. Viven aún con gran frescura como un pueblo joven. Son quizá, los únicos indígenas mexicanos de quienes se puede esperar una aportación capital.

En esta ceremonia me referiré brevemente a la literatura indígena en *diidxazá* o zapoteco del Istmo, porque su desarrollo es anterior al de las otras literaturas indígenas contemporáneas, incluyendo la maya y la náhuatl, según palabras del finado Carlos Monsiváis, durante la presentación de la antología de la literatura zapoteca contemporánea, *La flor de la palabra*, en 1983 en la ciudad de Oaxaca:

En lo que se difiere es en la zona de la creación contemporánea. Los mayas y los nahuas son en gran medida gloria pretérita, las columnas del mundo prehispánico, que en la poesía el padre Ángel María Garibay, y después Miguel León-Portilla, traducen fijándolos como el escudo resplandeciente del pasado. Pero los zapotecas quieren ser presente y, así no lo sepan, esos

jóvenes de la Sociedad Nueva de Estudiantes Juchitecos en los años veinte preparan las condiciones de una labor cultural que será decisión política.

Afortunadamente las condiciones a las que aludió nuestro difunto amigo ya cambiaron: los mayas y los nahuas ya no son sólo gloria pretérita, columnas del mundo prehispánico; ahora también son gloria presente y columnas que sostienen a la literatura indígena mexicana actual. Pero el surgimiento y florecimiento de la literatura contemporánea de los *binnizá* o zapotecas en el sur del Istmo, principalmente en Juchitán, tuvo su antecedente en un antiguo barrio de Tehuantepec, hoy municipio de San Blas Atempa, a fines del siglo XIX en la obra de Arcadio G. Molina; hasta ahora casi totalmente desconocido y a veces confundido con otro.

De las obras de Molina, con las que inicia el renacimiento de la literatura contemporánea de los *binnizá*, tenemos hasta ahora localizadas dos: *La rosa del amor*, que contiene ocho lecciones de frases amorosas, en español y zapoteco, para los enamorados; y *El jazmín del Istmo. Principios generales para aprender a leer, escribir y hablar la lengua zapoteca, acompañados de un vocabulario español-zapoteco y zapoteco-español*. Si comparamos estas obras que nos dejó Arcadio G. Molina, llenas de préstamos léxicos y gramaticales en castellano, con la obra de Panchito Nácár y Jeremías López Chiñas, escritas posteriormente, encontraremos un alto grado de depuración del lenguaje por estos últimos, mediante la eliminación de préstamos castellanos por medio de tres procedimientos, esfuerzo que continúa en la obra de los jóvenes escritores *binnizá*: 1) recuperando los arcaísmos de la lengua *Za*, es decir usando las palabras que habían caído en desuso, actualizando su fonética y dándoles un valor dentro del lenguaje literario; 2) creando neologismos para nombrar objetos nuevos ajenos a su cultura originaria; y 3) recuperando la sintaxis original del *diidxazá* o mediante el uso de circunloquios para evitar preposiciones innecesarias, por ejemplo: *guetaguu beelaza* (tamal de carne de res con grasa), en vez de *guetaguu de beelazá* o *dxiiña biadxi* (dulce de ciruela) en vez de *dxiiña de biadxi*.

Cuando terminó la fase más violenta de la Revolución Mexicana, dos militares juchitecos, que habían peleado en los campos de batalla, dejaron las armas y tomaron las plumas para luchar en el terreno de la cultura por la reivindicación de su identidad de *binnizá* y su lengua *diidxazá*. El primero de ellos fue el capitán Jeremías López Chiñas, cofundador de la Sociedad Nueva de Estudiantes Juchitecos y el periódico *Neza* (Camino) con Andrés Henestrosa;

además de mecenas de su hermano menor Gabriel. El otro fue el coronel Enrique Liekens Cerqueda, fundador de la Liga Defensora de la Cultura Mexicana, vicepresidente de la Academia de la Lengua Zapoteca, además de colaborar en y apoyar económicamente la publicación de *Neza* y haber sido mecenas del poeta Pancho Nácar.

Gabriel López Chiñas, en su ensayo *El zapoteco y la literatura zapoteca del Istmo de Tehuantepec*, contó que “En vida del poeta [se refiere a Pancho Nácar] preparamos una edición de su obra que no se pudo publicar por la inesperada muerte de mi hermano Jeremías, que puso fin a la Sociedad Nueva de Estudiantes Juchitecos.” Como el capitán Jeremías López Chiñas murió en 1941, podemos decir que ése fue el año en que se hizo el primer intento por publicar la obra reunida de ese poeta *binnizá*; pero al morir el alma de la sociedad y la revista *Neza*, murió también la generosidad que pudo salvar a Pancho Nácar del olvido en que casi cayó. Finalmente, en 1973, con la ayuda de Macario Matus, traduje seis de sus poemas, que se publicaron en la *Revista de Bellas Artes*; el mismo año en que apareció la primera edición de su obra que edité y publicó el Patronato de la Casa de la Cultura de Juchitán.

Llegué a la ciudad de Oaxaca en 1980, después de un periplo que empezó en mi Juchitán, de donde fui echado por un general hecho gobernador, a ciencia y paciencia de las autoridades civiles y so pena de muerte o desaparición de este mundo si no me iba; después de haber participado en las luchas políticas del pueblo juchiteco y haber fundado, en 1974, la revista *Guchachi' Reza* (*Iguana rajada*), que jugó un papel invaluable en el renacimiento de las letras en el *diidxazá* actual. Posiblemente fue en 1981, a mi regreso a Oaxaca después de mi exilio en Chiapas —donde fui acogido por mis amigos Eraclio Zepeda, Elva Macías y Óscar Oliva—, cuando el antropólogo Stéfano Varese me propuso realizar una antología de la literatura zapoteca, con la promesa de su publicación en una editorial comercial, lo que consideré una ganancia ante la falta de recursos económicos que siempre han sufrido en México la investigación, la promoción y la difusión de las culturas indígenas. Así nació *Guie' sti' diidxazá. La flor de la palabra*, la primera antología de una literatura indígena mexicana. Alrededor de ese mismo año nació en Mérida, Yucatán, también gracias a la Dirección de Culturas Populares de la SEP, el proyecto para la creación de talleres literarios en lengua maya, con la asesoría del escritor Carlos Montemayor.

Mi antología de la literatura zapoteca contemporánea, *Guie' sti' diidxazá*, se publicó en un mal momento político. En el año de su publicación, 1983, el

Congreso del Estado de Oaxaca desconoció al Ayuntamiento Popular de Juchitán, el primer ayuntamiento municipal que la izquierda tenía en sus manos. Así que su presentación, programada para realizarse en el Museo de Culturas Populares en Coyoacán, fue cancelada “por órdenes superiores”; expresión cuyo significado conocemos bien en México. Afortunadamente los amigos fotógrafos, agrupados en el Consejo Mexicano de Fotografía, mostraron su solidaridad con la causa juchiteca, ofreciendo la sede de su agrupación en este Distrito Federal para la presentación de la perniciosa antología. El escándalo periodístico fue enorme, pero el silencio de la crítica literaria no fue menos grande; y, así, la primera antología de la literatura indígena en México fue ninguneada por el *establishment* literario mexicano, con la excepción de dos poetas; uno mexicano, Carlos Montemayor; y el otro, un guatemalteco radicado en México, Otto-Raúl González, quienes en 1985 publicaron sendas notas sobre la obra en la sección cultural del periódico *Excelsior*.

Si me he detenido un poco en la literatura de los *binnizá* o zapotecos de la planicie costera del Istmo de Tehuantepec, es porque en este caso no sólo he sido investigador; sino de alguna manera también participante activo; pero en el caso de las otras literaturas indígenas en el territorio del Estado mexicano y ante la variedad y riqueza lingüística —que tantos dolores de cabeza le causó al proyecto homogeneizador instrumentado por José Vasconcelos, Rafael Ramírez y Moisés Sáenz durante el gobierno del general Obregón— obviamente sólo será posible mostrar este panorama a través de la lengua española.

Hasta entonces la castellanización de los indígenas y su alfabetización en esta lengua habían sido directas, sin contemplaciones: “la letra con sangre entra”, se decía. La decadencia del método de castellanización directo empezó cuando el subsecretario de educación, Moisés Sáenz, hizo un viaje de inspección a la Sierra de Puebla en 1927 y descubrió “que ni los adultos ni los niños entendían el español”. A partir de ese momento se decidió cambiar de estrategia en materia de educación indígena y se abrió el camino para la alfabetización en lengua materna.

Gracias a un zapoteco de la sierra norte de Oaxaca, llamado Benito Juárez García, quien desde el puerto de Veracruz promulgó una serie de leyes, conocidas como Leyes de Reforma, para crear el Estado laico en México: el 12 de julio de 1859, la Ley de Nacionalización de Bienes Eclesiásticos; el 23 de julio, la Ley del Matrimonio Civil; el 29 de julio, la Ley Orgánica del Registro Civil; y el 4 de diciembre de 1860, la Ley sobre Libertad de Cultos. Digo que

gracias a la obra de este zapoteco, que introdujo la libertad de cultos en nuestro país, Arcadio G. Molina pudo, siendo protestante, terminar la traducción del *Evangelio según San Juan*, el 24 de agosto de 1910, en San Mateo del Mar, publicada por la Sociedad Bíblica Americana en Nueva York en 1912. Gracias también a estos cambios creadores del Estado laico, a partir de 1935 se abrió el camino para el método la alfabetización en lenguas indígenas de William C. Townsend; de esa manera, a partir de ese año, se estableció el Instituto Lingüístico de Verano en el país, sin convenio por escrito previo, el cual se firmaría oficialmente hasta 1951.

A mediados de la década de los setentas, el gobierno mexicano tomó cartas en el asunto de los indígenas a través de la CNC, por el conducto de la cual se organizó el I Congreso Nacional de Pueblos Indígenas del 7 al 9 de octubre de 1975, otra vez en Pátzcuaro, Michoacán, para rescatar el valor simbólico del espacio y el tiempo cardenistas en la nueva etapa de manipulación de los indígenas a través de consejos supremos de cada grupo etnolingüístico, haciendo caso omiso a las diferencias lingüísticas internas. A nivel nacional, los consejos supremos de cada etnia fueron integrados como parte de la estructura del Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, creado en ese mismo año de 1975. En el terreno de la educación indígena el régimen echeverrista impulsó, en 1977, la creación de la Alianza Nacional de Profesionales Indígenas Bilingües, en forma de asociación civil (ANPIBAC).

Estos fueron los antecedentes inmediatos del resurgimiento de las antiguas literaturas originarias de Mesoamérica, como la maya y la náhuatl, y el surgimiento de nuevas en lenguas que no tenían escritura en la época prehispánica, pero con una bien fundada tradición oral en el “arte de la lengua”.

Emitir un juicio sobre el estado actual de las literaturas indígenas contemporáneas en México equivaldría a la posibilidad de emitir un juicio sobre el estado actual de las literaturas en el mundo, para lo cual enfrentamos dos obstáculos: 1. El gran número de idiomas indígenas que han dado sus flores en el arte de la lengua; y 2. La gran variedad lingüística y de obras en algunas lenguas como las mayenses, en las lenguas nahuas y en las lenguas zapotecas; lo cual hace imposible la existencia de la figura de “especialista en literaturas indígenas” mexicanas, así como no existe una persona que sea especialista en *todas* las literaturas actuales en el mundo. Debemos, pues, proceder como suponemos que procede la Academia Sueca para conocer el estado del arte literario en el mundo, antes de elegir al Premio Nobel del año: a través del trabajo de

los especialistas en la literatura en cada lengua, mediante traducciones y a través de las antologías literarias.

Después de *Guie' sti' diidxazá. La flor de la palabra*, cuya primera edición es de 1983 —la segunda edición, corregida y aumentada, la realizó en 1999 quien hoy me honrará con su respuesta, don Miguel León-Portilla, en la colección Nueva Biblioteca Mexicana de la UNAM—, obra dedicada a los *binnizá* o zapotecos del Istmo y a las flores que han elaborado en su lengua; la siguiente antología dedicada a una familia lingüística, el náhuatl, fue la elaborada por la misma persona mencionada, don Miguel León-Portilla, y publicada en los volúmenes 18, 19 y 20 del anuario *Estudios de Cultura Náhuatl*, correspondientes a los años de 1988, 1989 y 1990.

El de 1992, año del Quinto Centenario del Encuentro entre Dos Mundos o del Descubrimiento de América, digamos que fue un año afortunado para los escritores en lenguas indígenas, porque Carlos Montemayor finalmente empezó a cosechar los productos de lo que sembró entre los mayas de Yucatán y los hablantes de lenguas mayenses de Chiapas, al publicar los dos tomos de su antología *Escritores en lenguas indígenas actuales*: el primero dedicado a la poesía, la narrativa y el teatro, y el segundo al ensayo; los dos volúmenes en su mayor parte bilingües. Pero no sólo incluyó a los escritores mayas que había preparado, sino también a un mazateco, a cinco nahuas, a un tzotzil, a tres tzeltales, a tres niños chinantecos, a cuatro zapotecos del Istmo y a un ñahñú. Lo interesante del primer tomo es que sólo un maya peninsular escribía en verso, es decir poesía, otro teatro y todos los demás eran narradores. En el segundo volumen de dicha obra aparece un chol, un zapoteco de la sierra norte de Oaxaca, un *binnizá* del Istmo, un tzotzil, un ñahñú, dos mayas yucatecos, un náhuatl, una mixteca y un mixteco, y un tzeltal. En esa variedad lingüística está la importancia y riqueza de esa antología.

Por su parte, el maestro León-Portilla, en su libro *Literaturas indígenas de México*, alejándose un poco de su oficio de historiador, dedicó las veinte páginas finales de la obra a comentar el “renacer de la nueva palabra” e hizo referencias sobre otros autores que no hablan lenguas de la familia lingüística náhuatl. Es decir, en ese año también demostró una apertura hacia otras lenguas mesoamericanas, que comentaremos cuando nos ocupemos de la monumental obra de la cual es coautor, *La antigua y nueva palabra*.

Como resultado de la Cátedra Miguel León-Portilla que el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM otorgó durante un año académico a Pilar

Máynez, de julio de 2001 a junio de 2002, esta profesora-investigadora de la ENEP Acatlán de la UNAM, publicó al año siguiente un estudio sobre las *Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*. En la introducción de la obra establece las bases teóricas sobre las cuales fundamentó su investigación: la antropología lingüística, desarrollada por los lingüistas norteamericanos Eduard Sapir y Benjamín Lee Whorf; discute el número de lenguas indígenas habladas actualmente en México y estudia la literatura en lenguas indígenas y su relación con la tradición oral y escrita. Sin embargo, lo interesante de esta antología es que la autora decide ocuparse solamente de los poetas de tres lenguas mayoritarias: el maya, el náhuatl y el zapoteco. De las lenguas mayenses escoge a un escritor tzotzil y cuatro hablantes del maya peninsular; del náhuatl elige a siete escritores; y del *diidxazá* o zapoteco del Istmo también siete, más uno de la sierra, en total ocho escritores de las lenguas zapotecas. Es decir: un total de veinte poetas, de los cuales cuatro son mujeres: dos mayas, una náhuatl y una zapoteca.

En el año 2004, Montemayor publicó una edición corregida y aumentada, con base en los dos tomos de 1992, ahora en uno solo y bajo el título de *La voz profunda*, título que sugiere un homenaje al antropólogo Guillermo Bonfil Batalla de *El México profundo*; y con el subtítulo *Antología de la literatura mexicana en lenguas indígenas*. Esta nueva edición la preparó paralelamente al trabajo que realizaba con Donald Frishmann en la elaboración de *Words of the True Peoples / Palabras de los seres verdaderos* en lenguas indígenas, inglés y español, volúmenes publicados por la Universidad de Texas, cuyo tomo I apareció en el mercado simultáneamente con *La voz profunda*, publicada en México por Montemayor.

En el mismo año de 2004 aparece una obra monumental: *Antigua y nueva palabra. Antología de la literatura mesoamericana, desde los tiempos precolombinos hasta el presente*, cuyos autores son Miguel León-Portilla y Earl Shorris con la colaboración de Silvia S. Shorris y Ascensión Hernández de León-Portilla. Ante sus casi mil páginas, desde el prólogo hasta el índice analítico, lo primero que se me ocurrió fue buscar una beca para dedicarme a leerlo de tiempo completo durante un año o que en el reglamento de año sabático de las instituciones donde laboramos se agregara como causa para gozar de dicho beneficio la lectura de una obra de esta magnitud.

Empieza con un “Prólogo sobre los placeres de un aficionado” (Earl Shorris), sigue después una “Introducción general” en donde se instruye al lector

sobre “Cómo usar este libro”; y después un ensayo de don Miguel León-Portilla sobre “El mundo mesoamericano”, continúa con otro ensayo del mismo autor sobre “La nueva geografía de Mesoamérica”. Aquí finalmente llegamos a la primera parte de la obra dedicada a la “Literatura nahua”, que empieza en la página 113 y termina en la página 468 con un autor contemporáneo, Alfredo Ramírez. En la página 471 empieza la segunda parte dedicada a la “Literatura mayense”, la cual se extiende hasta la página 760, donde termina con el poeta maya prematuramente muerto, Gerardo Can Pat. Después de aquí empieza la tercera y última parte del libro, a partir de la página 763, dedicada a “Otras literaturas mesoamericanas”, parte que se extiende hasta la página 897, donde caben: mixtecos, mazatecos, zapotecos, chinantecos, mixes, otomís, mazahuas, purépechas y tlapanecos. La desproporción entre la parte histórica y contemporánea y la dedicada a nahuas y mayas y las otras literaturas mesoamericanas es evidente; lo cual demuestra, por un lado, las tres especialidades del maestro León-Portilla: historiador, nahuatlato y mayista; pero también demuestra, por otro, la abundancia de fuentes escritas nahuas y mayas frente a la pobreza de las fuentes escritas en otras lenguas indígenas mesoamericanas.

Finalmente las dos últimas antologías dedicadas a las literaturas indígenas mexicanas han sido publicadas por Escritores en Lenguas Indígenas, A.C., con el apoyo de la Fundación Cultural de la Ciudad de México, bajo el título preventivo de un oculto temor al proceso de balcanización: *México: diversas lenguas, una sola nación. Tomo I: Antología de poesía en lenguas mexicanas*; aunque no se dé el crédito respectivo del responsable de la selección, la antología lleva una introducción de don Miguel León-Portilla. El libro es interesante, porque muestra la pluralidad y vitalidad de las lenguas indígenas en México; pues registra 20 idiomas y 49 escritores en esas lenguas, a pesar de que ya no todos estén vivos, como los casos de los zapotecos Gabriel López Chiñas, del Istmo, y Mario Molina Cruz, de la sierra norte; pero siete de ellos siguen escribiendo todavía en el *diidxazá* del Istmo y uno en el zapoteco de la sierra. Por su parte los *cuicapiques* nahuas son siete, entre ellos el mismo León-Portilla; lo cual da una idea de la importancia que tiene la literatura en algunas lenguas indígenas.

El tomo II de esta última antología, dedicado a la narrativa, que también empieza con dicha introducción de don Miguel León-Portilla, reúne a catorce autores en once lenguas indígenas, mencionados aquí según su orden de aparición en el libro: chinanteco, huichol, maya, yoreme o mayo, ayuuk o mixe, ñuu savi o mixteco, náhuatl o mexicano, purépecha o tarasco, tzeltal, tsotsil,

y *diidxazá* o zapoteco del Istmo. Como podemos notar, en el género literario de la narrativa el número de lenguas y el número de escritores antologados es menor, lo cual nos indica la preferencia de la mayoría de los escritores en lenguas indígenas por el género poético, al contrario de lo que había pasado con la primera publicación de los mayas.

### A MANERA DE CONCLUSIÓN

No obstante la optimista opinión de Carlos Fuentes, que se transcribió en la cuarta de forros de la *Antigua y nueva palabra*, de que “esta obra es parte de la literatura mexicana en su sentido más pleno. Y es también rescatado capítulo de una literatura en verdad universal”, las literaturas indígenas no son aceptadas todavía como parte de la literatura y la cultura mexicanas; pues a excepción de los Carlos: Fuentes, Monsiváis y Montemayor, la mayoría de los escritores hispanohablantes mexicanos y alocuados en este país, no toman en cuenta a los escritores en lenguas indígenas, menos se ocupan de sus obras en sus publicaciones. Una visita a las páginas de publicaciones periódicas, de izquierda o de derecha, como *Nexos* y *Letras Libres*, probarían mi afirmación; sólo revistas independientes como *Blanco Móvil*, *Ojarasca* o regionales como *Tierra Adentro* y la *Revista de la Universidad Veracruzana* esporádicamente se han ocupado de las literaturas indígenas.

¿Cómo, entonces, insertar las literaturas indígenas dentro de la historia hegemónica de la literatura mexicana en español? ¿Cómo injertar estos brotes de los troncos mesoamericanos, cercenados por la colonización, en el tronco de la literatura mexicana contemporánea? Georges Baudot, en la *Historia de la literatura mexicana*, afirmaba:

Tiempo es de entender a carta cabal que la unidad cultural mesoamericana de los tiempos prehispánicos, unidad de inigualable fuerza y autenticidad que traspasa fronteras y límites entre Teotihuacan y Tikal, que va más allá de la distancia que media entre Palenque, Chichén Itza y Tula, encontró su eco y su espejo al arribar la lengua castellana a dicha zona geográfica.

En otras palabras: es la colonización española la que unifica a conquistadores y conquistados en el terreno lingüístico y literario. Entonces, si la colonización

es la causa para que las culturas y las lenguas indígenas estén en el estado de abandono en que se encuentran, los colonizados tenemos derecho a que nuestras literaturas aparezcan, no sólo como eran en el pasado sino tal y como son en la actualidad, al lado de los logros de la cultura occidental; y los indígenas también tienen derecho a gozar de las ventajas de la civilización actual, porque ésta se construyó sobre la espalda de nuestros antepasados y sobre los escombros de nuestras culturas; y de esa manera se nos privó del derecho de construir un futuro propio. Terminaré este discurso con un poema mío en mi lengua, cuya traducción se les ha entregado, que puede tomarse como la conclusión de todo lo que he dicho antes.

*TU LAANU, TU LANU*

*Guinié', gabe' ya huaxhinni;  
gabe' ya lu gueela'.  
Tu guinie'nia', xi guinié'  
pa guiruti' guinni ndaani' yoo  
ne nisi berendxinga ribidxiaa riuaadia'ga'.  
Pa guinié' ya, pa guinié' co'  
tu cayabe' ya, tu cayabe' co';  
paraa biree co' ne ya di ya'  
ne tu canienia' lu gueela'.  
Tu gudixhe ca diidxa' di' lu gui'chi'.  
Xiñee rucaa binni lu gui'chi'  
ne cadí lu guidxilayú:  
laa naro'ba',  
nalaga, naziuula'.  
Xiñee qué ruca'nu' xa guibá'  
guirá' ni rini't'quenu  
ne riale ladxido'no.  
Xiñee qué ruca'nu' lu bandaga yaa,  
lu za, lu nisa,  
ndaani' batananu.  
Xiñee gui'chi',  
paraa biree gui'chi',  
gasti' cá lu,*

*gutaguna' diidxa' riree ruaanu,  
diidxa' biruba ca bixhozególanu lu guie,  
ni bí'ndacabe lu gueela'  
ra biyaacabe,  
ni bitieecabe guriá lídxicabe,  
ndaani' xhiu'du'cabe, ra yoo la'hui' stícabe.  
Ni bedané diidxa' biropa,  
bedaguuti stiidxanu ne laanu,  
bedaguxhatañee binni xquídxinu,  
sícase ñácanu bicuti'  
biaba lu yaga, nexhe' layú.  
Tu laanu, ¿tu lanu?*

¿QUIÉNES SOMOS?, ¿CUÁL ES NUESTRO NOMBRE?

Hablar, decir sí a la noche;  
decir sí a la oscuridad.  
¿Con quién hablar, qué decir  
si no hay nadie en esta casa  
y tan sólo oigo el gemir del grillo?  
Si digo sí, si digo no,  
¿a quién digo sí, a quien digo no?  
¿De dónde salió este no y este sí  
y con quién hablo en medio de esta oscuridad?  
¿Quién puso estas palabras sobre el papel?  
¿Por qué se escribe sobre el papel  
en vez de escribir sobre la tierra?  
Ella es grande,  
es ancha, es larga.  
¿Por qué no escribimos bajo la superficie del cielo  
todo lo que dicen nuestras mentes,  
lo que nace en nuestros corazones?  
¿Por qué no escribimos sobre las verdes hojas,  
sobre las nubes, sobre el agua,  
en la palma de la mano?

¿Por qué sobre el papel?  
 ¿Dónde nació el papel  
 que nació blanco  
 y aprisiona la palabra nuestra?  
 La palabra que esculpieron nuestros abuelos  
 sobre las piedras,  
 la que cantaron en la noche,  
 cuando hicieron su danza,  
 la que usaron para decorar sus casas,  
 dentro de sus santuarios,  
 en sus palacios reales.  
 Quien trajo la segunda lengua  
 vino a matarnos y también nuestra palabra,  
 vino a pisotear a la gente del pueblo  
 como si fuéramos gusanos  
 caídos del árbol, tirados en la tierra.  
 ¿Quiénes somos, cuál es nuestro nombre?

VÍCTOR DE LA CRUZ

## BIBLIOGRAFÍA

- BARRE, María-Chantal, *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, Siglo XXI Editores, México, 1ª. ed., 1983.
- BAUDOT, Georges, “Las literaturas amerindias y la literatura en lengua española de México en el siglo XVI”, *Historia de la literatura mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días*. Vol. 1: *Las literaturas amerindias de México y la literatura en español del siglo XVI*, Beatriz Garza Cuarón y Georges Baudot (coords.), Siglo XXI Editores - Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
- CRUZ, Víctor de la, *La flor de la palabra*. (“*guie’ sti’ diidxaza*”-edición bilingüe. *Antología de la literatura zapoteca*), Premiá (La Red de Jonás), México, 1ª ed., 1983.
- \_\_\_\_\_, *Guie’ sti’ diidxazá. La flor de la palabra*, estudio introductorio y selección de Víctor de la Cruz, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Nueva Biblioteca Mexicana), México, 2ª ed. corregida y aumentada, 1999.

- DIETZ, Gunther, “Comunalidad e interculturalidad: por un diálogo inter-actoral entre movimiento indígena y escuela pública”, en Lois M. Meyer y Benjamín Maldonado A. (coords.), *Comunalidad, educación y resistencia indígena en la era global. Un diálogo entre Noam Chomsky y más de 20 líderes indígenas e intelectuales del continente americano*, Colegio Superior para la Educación Integral Intercultural de Oaxaca, Oaxaca, 2011, pp. 147-158.
- Escritores en Lenguas Indígenas, A.C., *México: diversas lenguas, una sola nación*, t. I: *Antología de poesía en lenguas indígenas mexicanas* (introducción de Miguel León-Portilla), Escritores en Lenguas Indígenas A.C., México, 2008.
- , *México: diversas lenguas, una sola nación*, t. II: *Narrativa* (introducción de Miguel León-Portilla), Escritores en Lenguas Indígenas A.C., México, 2008.
- GARZA CUARÓN, Beatriz y Georges Baudot (coords.), *Historia de la literatura mexicana, 1. Las literaturas amerindias de México y la literatura en español del siglo XVI, Siglo XXI* Editores, México, 1996.
- HENESTROSA, Andrés, *Los hombres que dispersó la danza*, Compañía Nacional Editora “Águilas”, S.A., México, 1929.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, “Yancuic Tlahtolli: Palabra nueva. Una antología de la literatura náhuatl contemporánea”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 18, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1988, pp. 123-169.



## RESPUESTA AL DISCURSO DEL DOCTOR VÍCTOR DE LA CRUZ\*

Miguel León-Portilla

Quien hoy ingresa a nuestra Academia como miembro correspondiente de ella en Oaxaca, don Víctor de la Cruz, es atildado escritor, maestro universitario, infatigable defensor de los pueblos indígenas de México, promotor cultural, editor de libros y revistas y, en suma, hombre de letras y hondas convicciones, dedicado al conocimiento y difusión de la cultura de su natal Oaxaca en foros nacionales e internacionales.

Víctor de la Cruz, a quien tuve el honor de dirigir su tesis de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, posee dos lenguas que han sido para él maternas, el español y el *diidxazá*, es decir el zapoteco en su variante del Istmo de Tehuantepec. En una y otra ha escrito poesía, ensayos y resultados de investigación. Varias de sus creaciones poéticas las ha dado a conocer en diferentes lugares de México, América Latina y España y, traducidas, en obras publicadas en los Estados Unidos, Francia, Italia y Alemania.

Mencionaré aquí tres de sus varios libros que considero de muy particular interés. Uno es *La flor de la palabra, antología de la poesía zapoteca*, en la que reúne, traduce y comenta buena parte de la producción literaria zapoteca, partiendo de la interpretación de textos jeroglíficos en estelas procedentes de Monte Albán, hasta llegar a composiciones que son expresión de autores contemporáneos. Este bello libro ha sido editado en dos ocasiones, una de ellas en la Nueva Biblioteca Mexicana que publica la Coordinación de Humanidades de la UNAM y otra por la editorial Porrúa. Añadiré que actualmente está en proceso una tercera edición por la UNAM.

\* Respuesta al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua de don Víctor de la Cruz. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 7 de agosto de 2012.

Otro libro es versión ampliada de su tesis de doctorado, *El pensamiento de las binigula'sa, cosmovisión, religión y calendario*, sacado a luz por el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 2007. La tercera obra que mencionaré de las varias debidas a Víctor de la Cruz es de tema histórico y antecede en su fecha de publicación a las que acabo de citar. Se titula *El general Charis y la pacificación del México posrevolucionario*. De este libro notaré que recibió el Premio de la Casa Chata del INAH como la mejor investigación, en el año de 1993. Acerca del general Charis ha escrito en varias ocasiones poniendo de relieve sus méritos no sólo como militar sino también como impulsor de la cultura.

Y a la par que nuestro colega y amigo se ha distinguido como escritor, poeta, ensayista y editor de revistas culturales, también ha sido infatigable en otras dos formas de actividad que quiero aquí subrayar. Una proviene de su afán de estudioso, que lo ha llevado a adentrarse en modernas corrientes de pensamiento filosófico, histórico y lingüístico. En este sentido Víctor ha hecho suyo un vasto caudal de conocimientos que han dado apoyo a sus varias contribuciones; el otro aspecto que campea en su personalidad es el de beligerante activista que a lo largo de su vida ha luchado apoyando causas que ha tenido como justas en favor sobre todo de los indígenas de su tierra natal. Esto último le ha conferido cierta fama de belicoso, pero añadiré que más que belicoso ha sido y es hombre que defiende sus ideas y lucha en favor de los marginados.

Después de esta sumaria semblanza de quien viene a sumarse a nuestras labores como académico correspondiente, quiero comentar algo de lo que ha expuesto en su discurso de ingreso.

Nos ha hablado, entre otras cosas, del concepto de literatura. Reconoce que primordialmente, en sentido estricto, se refiere a las palabras registradas con letras, y cita a Walter Ong quien grotescamente expresó que, “considerar la tradición oral como literatura es algo parecido a pensar en los caballos como automóviles sin ruedas”. Pero dejando aparte esa burlona consideración, cita a nuestro recordado colega Carlos Montemayor, que concibió la misma idea de literatura oral cómo “parte de la expresión”, y en apoyo de esto nos dice que la *Iliada* y la *Odisea* fueron memorizadas antes de ser trasvasadas a lo que Ángel María Garibay K. llamó “la luminosa prisión del alfabeto”. Y declarándose abiertamente creador de literatura en lengua indígena, en este caso del zapoteco, aunque también lo es en español, nos dice que proviniendo de la literatura oral aprovecha la ventaja de la escritura que nos permite conservar y comunicar en forma perdurable el pensamiento.

Atendiendo ya a la literatura mexicana, sostiene, a mi parecer con plena razón, que hablar de literatura mexicana implica abrir la mira y no pensar en un solo árbol sino en árboles distintos y variados que son los que dieron expresión a las literaturas prehispánicas y siguen siendo el origen último de muchas de las formas de literatura indígena que se desarrollan en el presente. Distingue además Víctor de la Cruz entre la literatura indigenista y las creaciones literarias en lenguas nativas. En el género de la literatura indigenista, nos dice, sobresalieron varios colegas nuestros de esta Academia, José Luis Martínez, Andrés Henestrosa, Mauricio Magdaleno, Ermilo Abreu Gómez y otros varios más. Circunscribiéndose aún más a lo que en verdad lo atrae, atiende al caso de la literatura de los *binnizáa*, es decir de los zapotecos y en particular de los zapotecos del Istmo, que es la región de donde él proviene. De dos de ellos en particular, ambos desaparecidos, habla aquí Víctor de la Cruz. Uno fue Jeremías López Chiñas que había luchado como capitán en la Revolución Mexicana pero que cambió la espada por la pluma. No lo cita textualmente en su discurso, pero aquí quiero hacerlo sin pretender con ello corregirle la planta. Se trata de un muy bello poema escrito originalmente en su lengua y que tituló “El zapoteco”:

Dicen que el zapoteco,  
nadie lo hablará.  
Ha muerto dicen,  
la lengua de los zapotecas.

La lengua de los zapotecas,  
se la llevará el diablo,  
ahora los zapotecos cultos  
sólo hablan español.

¡Ay! zapoteco, zapoteco,  
quienes te desprecian  
ignoran cuánto  
sus madres lo amaron.

¡Ay! zapoteco, zapoteco,  
lengua que me das la vida,

yo sé que morirás  
el día que muera el sol.

Como era de esperarse, la obra literaria de nuestro admirado colega Andrés Henestrosa recibe también pormenorizada atención, además de que recuerda el rescate de las composiciones de Pancho Nácar, que el propio Víctor publicó en la *Revista de Bellas Artes*. Él mismo alude con cierta amplitud a su libro *La flor de la palabra*, del que ya he hecho mención.

Criticando a quienes han pretendido “mexicanizar” a los indios, tratando que desaparezcan sus lenguas y sus rasgos culturales, nos ha dicho Víctor de la Cruz lo que piensa y es, a mi parecer, muy cierto y comparto su manera de pensar. Con la expresión “que den sus flores todas sus lenguas” recuerda que son ya muchas las indígenas que no sólo se mantienen vivas sino que en ellas se siguen produciendo otras flores de la palabra. Menciona mis trabajos, cosa que le agradezco, y también los de Carlos Montemayor, promotor de este arte en sus talleres literarios. Y no resistiré a la tentación de comentar lo que expresé sobre la antología de literatura mesoamericana titulada *Antigua y nueva palabra* que publiqué en ediciones en español y en inglés con mi recordado amigo Earl Shorris; don Víctor de la Cruz nos dice que va a dedicar un año sabático a leerla y valorarla. Con tal ironía deja entender que el volumen que incluye dicha antología en más de 800 páginas lejos está de ser un folleto y que a quien niegue la existencia de bellas composiciones de flor y canto en lenguas indígenas, buena forma sería de convencerlo amenazándolo con el dicho volumen que, por su grosor, se asemeja a un tabique. Mucho más es lo que nos ha dicho Víctor de las literaturas indígenas contemporáneas. No voy a repetirlo pero creo que lo que expresa acerca de la existencia de varias antologías con poesía y prosa en esas lenguas es la mejor prueba de una vitalidad que por fortuna va acrecentándose.

Víctor de la Cruz es un escritor de lengua indígena pero no es persona que quiera dar la espalda a cuanto se produce en español. Él mismo, en su carácter de bilingüe, también se expresa bellamente acerca del idioma de Cervantes que, como lo dijo otro poeta de lengua indígena, Natalio Hernández, es lengua también de muchos escritores indígenas que en cierto modo han tenido dos idiomas maternos, el vernáculo y el español, que aprendieron de labios de sus madres.

Querido amigo y colega Víctor de la Cruz: ahora me dirijo particularmente a ti para decirte que esta Academia te da la bienvenida y, al hacerlo,

nuestra Academia reitera que es mexicana y está reconociendo que las lenguas ancestrales de esta tierra son también parte insuprimible de nuestro legado. Y reconoce asimismo que en nuestra gran herencia literaria estén presentes y, espero y deseo sigan estándolo, como lo dijo López Chiñas, en tanto que viva el sol. Muchas gracias, muchas gracias por su atención.



# DISCURSO DE INGRESO A LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA\*

---

Eraclio Zepeda

Señor director de la Academia Mexicana de la Lengua, don Jaime Labastida Ochoa; señoras y señores, miembros de la Academia Mexicana de la Lengua:

El castellano, antecedente de nuestra lengua española actual, llegó a las playas de Veracruz y Yucatán junto con las otras armas de los conquistadores en 1521. A nuestros pueblos derrotados, habitantes del actual territorio mexicano, les fue impuesta el habla del triunfador. Durante los siglos xvii y xviii nuevos pueblos indios fueron sometidos por la espada y la pólvora y también debieron aprender la lengua del Rey.

En los amplios territorios conquistados se hablaban idiomas diversos, agrupados en familias lingüísticas. Los frailes predicadores de la nueva fe, humanistas destacados, sabían la importancia de estas lenguas para diseminar sus principios religiosos. En Tlatelolco y Michoacán instituyeron centros de estudio de los idiomas en que los pueblos indios se expresaban. Los jóvenes estudiantes mexicanos y los viejos sabios acercaban a los frailes la grandeza de su lengua en el calmécac. Y, a su vez, aprendían de los frailes el castellano y el latín.

Fray Jerónimo de Mendieta se refiere a la lengua náhuatl de esta manera: “Y puedo con verdad afirmar que la mexicana no es menos galana y curiosa que la latina, y aun pienso que más artizada en composición y derivación de vocablos y en metáforas.” Por estas galanuras del habla mexicana, la traducción de la más alta poesía náhuatl ha llegado al español con gran precisión y belleza

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente en Chiapas. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 23 de agosto de 2012.

en las versiones iniciales de fray Bernardino de Sahagún y las recientes versiones de Ángel María Garibay K., y las debidas a nuestro ilustre doctor don Miguel León-Portilla.

En 1536, quince años después de la caída del Imperio azteca, los frailes franciscanos habían fundado el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco con la protección del emperador Carlos V. Ese mismo año, el castellano, lengua de una nación, se convirtió en el español, lengua de dimensiones europeas, según nos enseña Manuel Alvar, autor del libro *Del castellano al español*. Alvar enfatiza la importancia de este momento histórico en el que el emperador Carlos V eligió la lengua española para hablar en Roma, ante la corte pontificia, en presencia de los embajadores de varios países europeos. Allí afirmó: “Mi lengua española es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana.” Esa es la lengua española que se difundió en América, adoptando en el tiempo y en la geografía formas y giros que integran regiones de habla homogéneas. Lo mismo que se alcanzaba en Tlatelolco con el náhuatl se lograba en Michoacán con el purépecha. Mientras más territorios eran sometidos, nuevas lenguas eran estudiadas por los frailes para llevar la palabra de su fe a los pueblos derrotados.

Para nosotros, pueblos de Mesoamérica, revisten una gran importancia los estudios realizados en el siglo XVI por el dominico fray Domingo de Ara—muerto en 1572—, autor del *Ars tzeldaiica y vocabulario en lengua tzeldal, según el orden de Copanaguastla*. Hoy tenemos la edición de Mario Humberto Ruz con el título de *Vocabulario en lengua tzeldal según el orden de Copanabastla*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1986. Esto se repetía a lo ancho del Nuevo Mundo. Si en México sobrevivían el náhuatl, el purépecha, el zapoteca, el otomí, el maya y sus dialectos, en América del Sur resistían y eran estudiados el quechua y el guaraní. Elio Antonio de Nebrija partió del latín para cimentar la gramática del romance. Desconocía que, en esos mismos días, Cristóbal Colón estaba llegando a un Mundo Nuevo y que la lengua castellana habría de expandirse notablemente. El aporte de Nebrija es fundamental para la cohesión de la lengua castellana en tan vastos territorios. Pero sabemos que el castellano no era la única lengua en España. Y no aludo al vasco. Me refiero a las lenguas romances, hijas del latín.

Al cimentarse la conquista de América, los puertos sevillanos se convirtieron en puntos de concentración para aquellos que deseaban explorar y explotar los nuevos territorios. Venían de toda España con sus diferencias lingüísti-

cas y dialectales. En los puertos había que esperar largos meses, tal vez más de un año, un sitio en el barco. Larga y complicada era la travesía, de ida y vuelta. Y la demanda era grande comparada con la escasa oferta. Entretanto la lengua castellana se enriquecía con dialectos múltiples, especialmente los giros andaluces. El idioma que hablan los migrantes, al bajar de los barcos en los territorios del Nuevo Mundo, ya no es exactamente el habla de Castilla. Es necesario hablar de algo nuevo: el español. Así como Elio Antonio de Nebrija partió del latín para cimentar la gramática del romance, los misioneros partieron de Nebrija para cimentar el estudio de las lenguas americanas.

Los lingüistas indican que en nuestros días, en todo el planeta, se hablan un poco más de tres mil idiomas. México figura entre los ocho países donde más lenguas se hablan. Aquí se integran 11 familias de idiomas, con 68 agrupaciones y 364 variantes lingüísticas. Si cada vez que una lengua desaparece del mundo somos más pobres como seres humanos, cuando una lengua mexicana está en peligro de desaparecer, nos enfrentamos a un desastre de nuestra cultura nacional. En México tenemos la fortuna de contar con lenguas poderosas, con cientos de millares de hablantes, como ocurre con las lenguas mayas de Yucatán, Campeche y Chiapas; por su parte, el náhuatl está viviendo un momento de reconquista territorial, como el zapoteco de Oaxaca. Pero es altamente preocupante lo que ocurre con idiomas muy disminuidos en hablantes; tal es el caso de Baja California, donde amenaza el riesgo de silencio en poco tiempo al idioma pai pai y otras lenguas hermanas. En mayor o menor medida, todas las lenguas autóctonas influyen regionalmente en el español de México; es notable, por ejemplo, el aporte de la lengua náhuatl. Y muchos idiomas han hecho suyas palabras del náhuatl, sobre todo las referidas a aquellos alimentos que son nuestra aportación al mundo, como tomate, cacao, chocolate, aguacate. No deja de asombrarme el préstamo lingüístico que se originó con la deliciosa fruta de origen americano que muchos mexicanos llamamos *mamey*, en náhuatl *zapote*. La palabra *mamey* proviene de un idioma caribeño. ¿Cómo ocurrió, entonces, que en Cuba, la mayor de las islas Antillas, esta fruta se nombre *zapote*, en náhuatl, y que en gran parte de nuestro territorio la conozcamos con la palabra caribeña *mamey*?

Otra cuestión que despierta mi interés en relación con los juegos lingüísticos es cómo nuestras sociedades campesinas de Chiapas son absolutamente indiferentes a los “albures”. Don Patrick Johansson K., miembro de esta Academia, lingüista estudioso del náhuatl, explica que el carácter polisintético y

derivacional de la lengua mexicana, así como la efervescencia semántica que genera, la hacen idónea para la poesía y para las escaramuzas verbales que son los albures. Su apreciación explica que los migrantes internos entendemos el albur al vivir en la ciudad de México. Cuando llegaban las pobrísimas carpas ambulantes de espectáculos a la ferias de las ciudades de Chiapas, y un par de cómicos emprendían duelos a mandobles de albures, no se escuchaban risas entre el público.

A principios de la segunda mitad del siglo xx, en 1954, el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, destacado antropólogo, fundó en San Cristóbal de las Casas el Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil del Instituto Nacional Indigenista que habría de convertirse en la vanguardia nacional para el estudio de las culturas mexicanas. Invitó a trabajar con él a destacadas personalidades intelectuales: la escritora Rosario Castellanos, el lingüista Carlo Antonio Castro, el director de teatro Marco Antonio Montero y el pintor Carlos Jurado. Con la participación de todos ellos se creó el Teatro Petul, espectáculo de guiñol hablado en tzeltal y en tzotzil. Rosario Castellanos escribía los textos, Carlo Antonio Castro los traducía a las dos lenguas indias, Marco Antonio Montero dirigía el espectáculo con los actores indios que manipulaban los muñecos y Carlos Jurado diseñaba publicaciones bilingües como *Xcoplal te Mexicolum (La palabra de México)*. Los temas que desarrollaba el Teatro Petul eran didácticos: la protección de la salud, la higiene, la lucha contra los acaparadores de mercancías y consejos sobre la organización social. Estas enseñanzas llegaban a la comunidad en boca de Petul, el personaje protagónico. Petul, en tzeltal, es Pedro. El lingüista Carlo Antonio Castro Guevara, nacido en la República de El Salvador, elaboraba por aquellos días la primera gramática moderna del tzeltal. Años después, cuando el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán fue elegido rector de la Universidad Veracruzana invitó a trabajar con él a sus antiguos colaboradores de San Cristóbal de las Casas. Únicamente Rosario Castellanos no acudió. Tenía compromisos previos con la UNAM. Aunque se hizo presente al dar para su publicación, en 1959, su libro *Al pie de la letra* en la legendaria colección Ficción de la Universidad Veracruzana, creada y dirigida por el narrador Sergio Galindo hace cincuenta y tres años. Carlo Antonio Castro, como maestro de la Escuela de Antropología, continuó sus estudios sobre lenguas mexicanas. Recuerdo que para los años sesenta dominaba, entre vivas y muertas, 22 lenguas. Regularmente publicaba ensayos en diversas colecciones de esa universidad y en la revista *La Palabra y el Hombre*. Sus estudios sobre la enseñanza de las lenguas tzeltal y tzot-

zil son obras clásicas de la lingüística mexicana: *Hablemos en tzeltal*, *Guía de castellanización oral para indígenas tzeltales* (1956), *Cuentos populares tzeltales* (1957), *Los hombres verdaderos* (1959), *Narraciones tzeltales de Chiapas* (1959). Algunos sirvieron de modelo para la enseñanza de otras lenguas indias, como el quiché y el maya. A su muerte, en 2010, era un monumento indispensable en la antropología mexicana.

Con el paso de los siglos, junto a los idiomas autóctonos, se fue gestando una lengua española con aportes, giros locales o arcaísmos que se integraron al habla y son fácilmente detectables. El uso del pronombre *vos* en lugar del *usted* o el *tú*, conocido como el voseo, es una herencia del español de los siglos xvi y xvii. Ocupa un enorme territorio enmarcado entre Chiapas, al norte, y Argentina, al sur. Con excepción de Panamá, toda Centroamérica —Chiapas incluido—: Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Argentina, comparten el voseo. A diferencia de estos países, donde el uso del mismo es mayoritario, en México solamente la población de Chiapas lo acostumbra como feliz legado de su larga pertenencia a la Capitanía General de Guatemala. Esta soledad en el voseo lo convierte en un elemento cultural extraño a la pretendida unidad nacional y ha desencadenado diversas campañas en su contra, buscando consciente o inconscientemente su eliminación. Cuando mi generación estudiaba la escuela primaria, nuestros maestros nos prohibían hablar de *vos* y erradicaban también la conjugación de los verbos acorde a este uso: *vení, andá, decime, fijate*, etc. La rigidez de nuestros maestros para combatir el habla popular terminaba al traspasar las puertas de la escuela. A partir de ahí conversábamos en nuestro lenguaje chiapaneco. En la época de la revolución, las tropas norteñas de Venustiano Carranza o, como popularmente se les llamaba en mi tierra, los de la nación carrancista, se sorprendieron tanto de nuestro español que implementaron una campaña de corrección del idioma a través de la Dirección General de Instrucción Pública. El 7 de agosto de 1915, un señor Cal y Mayor envía únicamente con su rúbrica una circular a los directores de las escuelas primarias del estado, donde instruye lo siguiente:

Existe actualmente en el estado una degeneración muy marcada en el idioma nacional, no sólo por la pobreza extraordinaria del lenguaje, sino también por el deplorable número de voces y construcciones incorrectas, de las cuales cabe mencionar las que constan en la lista que sigue:

<b>Voces y construcciones <i>incorrectas</i></b>	<b>Voces y construcciones <i>correctas</i></b>
Comé	Come
Callá	Cállate
Miralo	Míralo
Andá	Anda
Andate	Anda
Vení	Ven
Venite	Vente
Vos	Tú o usted
Vení vos	Ven o venga usted
Traelo	Tráelo
Caúsa	Causa
Isaúra	Isaura
Aligerate	Aligérate
Virgüela	Viruela
Virgüeliento	Violento
Suedra	Suegra
Sencío	Sencillo
Pedacío	Pedacillo
Aparente	Apropiado o adecuado
Ojala	Ojalá
Quién sos vos	Quien eres o quién es usted
Yo no me gusta	A mí no me agrada
Oílo vos	Óyelo o dígalo
Me duele mi estómago	Me duele el estómago
Yo tengo un mi rancho	Yo tengo un rancho
Adió	¡Cómo! o ¿Es posible?

En tal virtud, esta Dirección General, celosa de hacer cada vez más efectiva la educación popular y considerando que la escuela es el medio más eficaz para corregir los vicios del lenguaje antes mencionados, se permite recomendar a usted y a los ayudantes de la escuela a su cargo acaten estrictamente los programas vigentes de lengua nacional y observen que en toda

enseñanza, tanto en las clases como fuera de ellas, se procure corregir las voces y construcciones viciosas anotadas. Sírvase acusar recibo de enterado.

En contraste con esta actitud, don Daniel A. Zepeda, nacido en 1856 y muerto en 1941, ilustre abogado y escritor notable, autor de un célebre cuento titulado “El caballo de la molendera”, contenido en su libro *Cuentos regionales del estado de Chiapas*, recomienda el uso de nuestra habla popular para elevarla a rango literario.

Un cuarto de siglo después, una serie de escritores chiapanecos, o ligados a Chiapas, por necesidades propias a su temática usan el español coloquial de la región en una serie de libros que generaría el interés del investigador estadounidense de literatura hispanoamericana, el doctor Joseph Sommers. En *Cuadernos Americanos*, el mencionado estudioso publicó “El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria”. En él se refiere a cinco escritores: Ricardo Pozas, Ramón Rubín, Carlo Antonio Castro, María Lombardo de Caso, Rosario Castellanos y quien esto escribe. Autores todos que tomamos como personajes de nuestros relatos a los indios de Chiapas. Joseph Sommers resalta la diferencia entre los autores que eligieron a sus personajes indios como tema antropológico y los que nos movemos en el terreno exclusivamente literario:

Nacidos los dos en Chiapas, han desarrollado estas nuevas posibilidades en una expresión literaria acabada. Estos autores, guiados por una filosofía artística madura, han superado el nivel de propaganda en su proceso creativo [...]. Las obras discutidas corren parejas con el movimiento para incorporar en la novelística nacional el énfasis universal de posguerra sobre la angustia humana, los fracasos de la sociedad, el ocaso de la antes indiscutida regla del progreso inevitable [...]. Las obras citadas están exentas, en general, de propaganda pero copiosamente dotadas de ideas.

Puedo agregar que ambos nos apoyamos en el español singular en el que se expresan ciertos chiapanecos sin tratar de retratarlo. Emmanuel Carballo dice respecto a mi primer libro: “Un lenguaje que, en apariencia, es el que habla determinado grupo indígena y que, en realidad, sólo es real en sus cuentos”. Me permito recordar que escribí *Benzulul* a los veinte años de edad, cuando vivía en San Cristóbal de las Casas, lugar en el que coincidimos varios de los autores que Sommers estudia, y puedo afirmar que fuimos testigos del florecimiento de la nueva antropología social mexicana.

La vigencia literaria de la visión de Sommers permanece, aunque la visión histórica de los indios ha cambiado. Se ha hecho presente de otra manera. El acierto del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) fue mostrar, ante México y el mundo, la miseria en que todavía viven los indios de Chiapas. A partir del movimiento de 1994 se han logrado muchos avances. El nivel de escolaridad sigue siendo el más bajo del país pero, al mismo tiempo, en muchas áreas de los estudios universitarios y tecnológicos está presente un indio. Y hay un surgimiento de escritores en sus propias lenguas, que se agrupan y trazan sus territorios. Los hablantes más numerosos son de origen maya, se ubican en el norte de Chiapas, desde Palenque hasta Pichucalco, y bajan hacia el sur buscando la frontera con Guatemala, por donde llegaron muchos de ellos rumbo a la región de Los Altos: los choles, tojolabales y los grandes núcleos tzeltales y tzotziles que rodean San Cristóbal de las Casas. En el centro y el oeste del estado habitan los zoques que, junto con los mixes, fueron los dos pueblos originarios, lingüísticamente unificados al principio para después desarrollarse como lenguas independientes. Estrechamente relacionados con los zoques y mixes, los olmecas partieron del Soconusco a los territorios veracruzanos y tabasqueños donde habrían de fundar la cultura madre de Mesoamérica. Al centro del estado llegaron, mucho después, los *chiapas* que desplazaron a los zoques de esa zona y se apropiaron de sus ciudades. Venían del sur, en una migración atípica hacia el norte. Era un regreso del actual territorio de Nicaragua, a donde llegaron y se asentaron varios siglos antes, en una peregrinación iniciada en Oaxaca. El último hablante de la lengua chiapaneca desaparecida fue una anciana que murió a finales del siglo XIX.

El español de Chiapas muestra en el centro del estado diferencias dialectales afincadas en el voseo, un núcleo con evidentes herencias del idioma de los chiapas en la actual Chiapa de Corzo y los territorios de La Frailesca y Suchiapa, sus principales zonas de influencia. El español que desarrolló la comunidad zoque permanece en Tuxtla Gutiérrez, Copoya, Ocozocuaula, Jiquipilas y Cintalapa. Arriaga, Tonalá y otros poblados de la costa reciben influencia del habla zapoteca del Istmo de Tehuantepec. La región central de San Cristóbal de las Casas, la antigua capital de Chiapas, fue el núcleo del habla española. Allí se asentó la mayoría de los peninsulares y sus descendientes, y fue centro cultural del territorio lingüístico con presencia tzotzil en cierto vocabulario informal. En Comitán, al extremo oriente del estado, limítrofe con Guatemala, el tojolabal tiene presencia en el español de la zona. En estas cinco regiones

se mantiene el voseo y la relación cultural con Guatemala sigue siendo muy rica. En el Soconusco, la costa sureste del estado, el voseo ha sido casi eliminado. Sin embargo, hasta hoy subsiste, aunque en forma mermada, en la región central: en las áreas mencionadas de Chiapa de Corzo y el valle de La Frailesca; Tuxtla Gutiérrez y sus alrededores, junto a los municipios vecinos de Berriozábal y Ocozocuaula; Cintalapa y Jiquipilas; en la costa, en los municipios de Arriaga y Tonalá; en la zona de Los Altos, San Cristóbal de las Casas, y en la frontera con Guatemala, Comitán.

Según viejas opiniones, el peor español se habla en Chiapa de Corzo, en el valle de La Frailesca, con sus dos ciudades principales, Villa Flores y Villa Corzo, y la región de Suchiapa. Construido sobre la estructura del idioma de los chiapas que, como antes mencioné, trajeron su lengua desde Nicaragua; con el mal uso del plural que, según lingüistas, el idioma chiapaneco no tenía. Aquí se forma, poniendo el artículo en plural y el sustantivo en singular: “los perro”, “los gato”, “los niño”, “las niña”. No se comen la s. Simplemente no existe. Y desde luego tienen un rico vocabulario regional. Y en los últimos quince años ha ocurrido un interesante fenómeno cultural. Los primeros profesionistas de La Frailesca estudiaron en la ciudad de México, en la UNAM o en el Instituto Politécnico Nacional. Muchos de ellos se quedaban a vivir en la capital u otras grandes ciudades donde encontraron fuentes de trabajo. Pero las generaciones posteriores de profesionistas graduados, que ahora rondan los cincuenta y sesenta años, regresaron a su región natal. Desde jóvenes, al verse lejos de su comunidad, se reunían para coleccionar dichos, anécdotas, narraciones orales, juegos de palabras y su significado. El vocabulario inicial de estas compilaciones era al principio muy incipiente. Años más tarde fundaron la Rial Academia de la Lengua Frailesca, sí, escucharon bien, dije Rial, que es como pronuncian la palabra *real*. Iniciaron la compilación de un diccionario que da a conocer sus nuevas ediciones el primer sábado de enero de cada año. Se reúnen en Villa Flores, la ciudad más importante de La Frailesca, para informar al público no académico los avances de sus compilaciones. A quince años de su fundación, esta academia ha impreso varias ediciones de su diccionario que ahora viene acompañado de narraciones espléndidas o, más bien, de transcripciones de relatos orales. La reunión anual se ha convertido en un acto social y cultural de gran importancia para la región. Asisten más de 1 500 personas a escuchar los relatos, los cuentos, mientras disfrutan de una comida que se sirve en más de 200 mesas perfectamente vestidas y adornadas. Comparten el gozo de

escuchar en el lenguaje regional las anécdotas de sus personajes populares. Los académicos son abogados, ingenieros, médicos, rancheros, técnicos, comerciantes y de otros muchos oficios. El universo de esta agrupación es el relato oral. Algunos de ellos han recogido sus relatos y han publicado libros que no alcanzan a transmitir la gracia de la oralidad. La mayoría de ellos no tiene el interés o la disciplina para asumirse como escritores. Gil Zepeda, licenciado en economía, autonombrado “el poeta de lo breve”, editó un pequeño libro que tituló: *Metete pué o seguite metiendo*, en busca del humor socarrón, como su poema sobre el tiempo:

El tiempo sin *ti*, sería *empo*.

Dos de los más creativos contadores de anécdotas de esta agrupación publicaron sus narraciones: el médico veterinario Enrique Orozco González, en un libro titulado *Chumul de cuentos*, y Roberto Juan, odontólogo de origen chino, en el volumen *Cuentos de teneme aquí*. Sin embargo, la gracia de estos autores es mayor en sus breves relatos orales. El *Diccionario de la Rial* ha recogido conceptos que son patrimonio popular. En Chiapas y en el Istmo de Tehuantepec compartimos la palabra *mampo*, que significa homosexual. En el *Diccionario de la Rial* existen muchas entradas con este concepto. Elijo dos:

Gay: Mampo de la familia.

Puto: Mampo de otra familia.

A los encuentros anuales de la Rial han sido invitadas diversas personalidades de la cultura nacional, como Federico Reyes Heróles y su esposa, la doctora en historia Beatriz Scharrer; el doctor Eduardo Casar y la escritora Alma Velasco; el doctor Hugo Hiriart, el maestro Víctor de la Cruz, el licenciado Edgardo Bermejo, director de relaciones internacionales del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta); la periodista Pilar Jiménez Trejo, el lingüista Rafael Molina Pulgar, y la poeta Claudia Hernández del Valle-Arizpe.

En noviembre de 2011 el presidente de la Rial Academia de la Lengua Frailescana, licenciado don Antonio Macías Yasegey, se entrevistó con don Jaime Labastida, director de la Academia Mexicana de la Lengua, para invitarlo, junto con otros miembros de esta academia, a la reunión de 2012; y se sentaron las bases para futuras actividades en común. Por motivos de salud,

don Jaime Labastida no pudo asistir al encuentro en Villa Flores, pero acudieron don Felipe Garrido, don Fausto Zerón-Medina, don Víctor de la Cruz y quien esto escribe.

Se propusieron en este encuentro dos grandes reuniones de trabajo en Chiapas que convocará la Academia Mexicana de la Lengua. Los temas de estas reuniones serán el estudio de los idiomas indios que se hablan en el estado, en colaboración con el Instituto Nacional de las Lenguas Indígenas (Inali), y un encuentro analítico de los seis grupos de hablantes del español regional en Chiapas, mismos que mencioné anteriormente, con la colaboración de la Real Academia de la Lengua Fraileskana y las instituciones culturales y académicas del estado. Participarán también representantes y analistas del español del Istmo de Tehuantepec con su basamento zapoteca y una delegación de La Academia de la Lengua de Guatemala, con el análisis de su español edificado sobre la herencia maya. Se propone que el encuentro de las lenguas indias lleve el nombre del antropólogo Carlo Antonio Castro; y, el del español regional, el del poeta Enoch Cansino Casahonda, este último mi antecesor en este organismo. Ambos autores han fallecido.

Esta noche he trazado, a grandes rasgos, la ruta que tomó el español en su camino secular sobre nuestras tierras, el llamado Nuevo Mundo. Tiene más de cinco siglos de haber descendido de los barcos junto con los conquistadores como arma de dominación. En el amplio territorio de América se expandió como lengua del imperio y mantuvo su cohesión gracias a Elio Antonio de Nebrija. Lejos de ser menguado por las diferencias regionales, éstas lo enriquecieron, de ahí su grandeza y renovación. Mientras que el humanismo de los misioneros y la resistencia de los indios transformaron al español, de arma de sumisión en instrumento para el arte, la ciencia y la concordia.



## VERBO QUE NUNCA SE FATIGA\*

Vicente Quirarte

Don Jaime Labastida, director de la Academia Mexicana de la Lengua; señoras y señores académicos; muy querido y admirado don Eraclio Zepeda y amigos que esta noche lo acompañan:

En nombre de nuestra Academia, privilegio y compromiso es dar la bienvenida unánime a la persona de don Eraclio Zepeda. Ser invitado por él a cumplir esta misión se debe a una generosidad conocida por el cariño y la adhesión de quienes ocupan esta sala, así como de la más vasta república que, andando el tiempo, él ha sabido hacer suya como nadie. Sirvan de epígrafe a estas palabras las pronunciadas por Tata Juan, una de las voces por Eraclio conjuradas y a las cuales ha sabido mantenerse fiel: “Quien dice verdá tiene la boca fresca como si masticara hojitas de hierbabuena, y tiene los dientes limpios, blancos, porque no hay lodo en su corazón”.

Del niño que a los diez años de edad publicaba el periódico *Alma Infantil* al orgulloso padre de Masha y abuelo de Milena, ambas nacidas entre la magia y la creación, han ocurrido infinidad de viajes, descubrimientos y tareas. En esencia, Eraclio sigue siendo el niño travieso, ingenioso y sabio, con sonrisa y respuesta para todo. Tempranamente y de manera simultánea descubrió su pasión por las letras y su inconformidad ante la injusticia. Con igual vehemencia lo conquistó el amor en la luminosa Elva, compañera inseparable de todos sus combates. Al lado de poetas hermanos por elección de *La Espiga Amotinada*,

\* Respuesta al discurso de ingreso de don Eraclio Zepeda a la Academia Mexicana de la Lengua. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 23 de agosto de 2012.

su juventud vivió cambios trascendentes de la historia; quiso y logró estar en su primera fila: fue testigo y actor de las grandes utopías formuladas por las revoluciones en Rusia, China y Cuba, donde manifestó sus cualidades de militante, maestro y comunicador hipnótico; cuando se lo ha exigido México, ha ocupado cargos de responsabilidad pública y ha enfrentado asperezas de quienes no recuerdan, con la frecuencia e intensidad debidas, una frase lapidaria de José Martí: “Quienes no tienen el valor de sacrificarse, han de tener al menos el pudor de callarse ante los que se sacrifican”.

La suma de pasiones y virtudes encarnadas en Eraclio Zepeda ingresa esta noche de manera formal a la Academia Mexicana de la Lengua. Lo hace como miembro correspondiente en el estado de Chiapas, esa patria a la que sólo por convención llamamos chica, y a la cual ha consagrado su energía, su talento, su lealtad. Chiapas, su lejanía geográfica tan proclive al desdén y al olvido centralistas; sus contradicciones sociales; su riqueza de climas y paisajes; su tragedia cotidiana, su invencible alegría, su lenta incorporación al concierto nacional han sido eje de las preocupaciones de nuestro nuevo integrante. Su biblioteca personal se ha ido centrando cada vez más en su estado natal y puede afirmarse, sin hipérbole, que es una de las más completas que existen y a la cual acudimos en busca del dato o el tema que él ofrece con desprendimiento inmediato. Quien esto escribe no hubiera entendido cabalmente la figura de Belisario Domínguez, claro varón de Comitán, de no haber sido por obras consultadas en la biblioteca eráclita; si ese senador impar fue un héroe civil, como el propio Eraclio lo dice en su prólogo a palabras belisarias —que bien pueden ser consideradas una nueva oración sobre la dignidad del hombre—, es porque Eraclio Zepeda ha dedicado su existencia a merecer un calificativo semejante. Excepcional individuo de la *polis*, ha alcanzado tal categoría por ser, de manera natural, noble y leal, una ciudad en sí mismo, luminoso, acogedor, generativo, lleno de sorpresas y de abismos. Llegar a ese sitio significa una larga y asimilada peregrinación interior. De ahí que, desde 1965, el joven poeta incluyera su libro *Relación de travesía* en el volumen colectivo *Ocupación de la palabra*, uno de cuyos fragmentos sintetiza sus andares físicos y espirituales por el mundo:

Cuando decimos  
 capitales, grandes construcciones,  
 estamos nombrando sólo el corazón cautivo  
 de los muertos,

el terror prolongado en las jornadas,  
 el esfuerzo plural de los esclavos,  
 la sed apuñalada por la fiebre,  
 las canciones olvidadas en la piedra.

No puedo recordar si fue en una entrevista o en una conversación informal donde me quedó grabada su sabiduría, sencilla y eterna como las piedras: hay tiempo para hacer de los años verdes una rebelión incesante; tiempo para andar a caballo y asimilar, sobre sus ancas, el lenguaje de la naturaleza, con esos múltiples matices que sólo revela a sus iniciados; tiempo para aprender las rutas que los aviones siguen en el cielo, como si el volador fuera un pantógrafo que copiara, mágicamente reducido, el planeta azul; tiempo para escribir, el máspreciado y difícil de obtener. En los últimos años, Eraclio Zepeda ha sabido utilizar ese espacio bien ganado para escribir su tetralogía narrativa, esa *summa* chiapaneca donde a partir de los cuatro elementos el autor rinde homenaje a las historias y a la Historia que su experiencia ha recopilado en sus largas, fecundas travesías.

Eraclio Zepeda ingresa a la Academia este 23 de agosto de 2012, pero lo había hecho, sin saberlo, desde antes, cuando a los 22 años publicó un libro que nació clásico, *Benzulul*, cuentos que ya prefiguran a un escritor donde se dan la mano la visión del antropólogo y el poeta de oído irreprochable. En el discurso que hemos escuchado, su autor se confiesa “testigo del renacimiento de la antropología mexicana”. Si la aspiración de la Academia es el amor por la lengua, su cultivo y exploración sistemáticas, la posibilidad de forjar, como exige mi maestro Élmer Mendoza, una línea que nadie haya escrito antes, los relatos del joven Zepeda demuestran un envidiable dominio verbal aliado a una cosmogonía interior que condiciona el destino fatal de sus personajes. Los trabajos y los días de Juan Rodríguez, el Caguamo, Neófito Guerra o Patrocinio Tipá quedan fijados en el cielo de nuestra imaginación pero, al mismo tiempo, son la suma de todos los sin nombre cuyo testimonio el gran Eraclio ha pepenado —es palabra suya— en los caminos. Los sonidos del paisaje y sus habitantes en apariencia invisibles; la profundidad psicológica de sus voces y, sobre todo, el dominio del habla propia de Chiapas, su verosimilitud y autenticidad en la obra narrativa, lo hicieron ingresar en la nómina de escritores que no envejecen y hacen del español una lengua caudalosa, enriquecida por sus innumerables, incontenibles afluentes.

Chiapas es invitado de honor en su discurso. Chiapas masculino e igualmente con sonos de marimba. Para llegar al homenaje a la tierra que lo vio nacer, Eraclio Zepeda se remonta a tiempos en los que los venidos del otro lado del mar trajeron, entre otras armas, la lengua. Si ella conquistó a los habitantes originarios de estas tierras, el dominio que a través de los siglos hemos logrado de la que ha devenido en conquistada, la hace variada, noble y poderosa. No conforme con ser a través de su brillante orfebrería uno de nuestros autores imprescindibles, con el discurso que hemos escuchado, Eraclio Zepeda se pone al servicio de la lengua y de los necesarios y urgentes trabajos que demanda. Zepeda evoca la aventura del teatro guiñol Petul, hablado en tzeltal y tzotzil, con el cual sus integrantes demostraron que a través de muñecos es posible denunciar, formar y transformar. Mención especial merecen en su discurso el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán y el maestro Sergio Galindo, que supo llevar a la editorial de la Universidad Veracruzana a su mayor esplendor. Y, como una labor para el futuro inmediato, elogia los trabajos de la Rial Academia de la Lengua Fraileskana, prueba de que la herencia de voces e historias que navegan, invencibles, desde las venas de nuestros ancestros, enriquecen la lengua en que nos comunicamos y nunca la empobrecen, aunque así lo pensara el señor Cal y Mayor, funcionario cuyo nombre pareciera inventado por Eraclio. Por desgracia existió; por fortuna ya no se encuentra entre nosotros.

No acudo más al tiempo de ustedes, a ese nosotros urgente por abrazar a Eraclio Zepeda y en ese gesto celebrar un momento miliar en la fiesta de la lengua; compartir, en palabras suyas, “el vino y sus limpias potestades”. Al igual que don Pacífico Muñoz, cuando Eraclio Zepeda abandonaba apenas la pubertad, debe haberse dicho ante su implacable espejo: “Señoras y señores, voy a volar”, seguro de que la conquista incierta, pero siempre gloriosa, del espacio es el único antídoto contra el aburrimiento y la muerte en vida. Pero al contrario de don Chico, incapaz de volar por atender las demandas de sus prójimos, Eraclio Zepeda es un caso excepcional en nuestra república literaria. Sin dejar de escuchar al que se acerca a solicitarlo, aprendió a volar desde muy joven y nos ha enseñado a volar. Con ese aliento inicial y decidido han fructificado los afanes de su edad madura, firme y rotunda como ceiba. Para nuestra Academia, contar con su presencia es un estímulo mayor. Eraclio Zepeda, sé bienvenido a esta casa, ennoblecida por tu aire de permanente juventud, tu talento privilegiado, tu verbo que nunca se fatiga.

# LA POESÍA Y LA NOVEDAD DE LA PATRIA\*

Hugo Gutiérrez Vega

Los que escribimos poesía nos preguntamos con frecuencia las razones de nuestro quehacer e intentamos con denuedo y, a veces, con escasa esperanza, definirla y explicarnos la razón por la que nos aqueja la urgencia de buscar palabras y de ensayar formas para decir las cosas y plasmar el poema que, cuando sale de nuestras manos, como afirma MacNeice, se convierte en un organismo autosuficiente, en una creación. Mucho me orientó Alí Chumacero (ocupo en la Academia la silla que aún le pertenece) con su humor, su equilibrada antisonlempnidad y su notable erudición, fundamentales en la historia de la literatura mexicana moderna, e incontables y sustanciosas notas de lectura; es un teórico del fenómeno poético que pone el ejemplo de claridad, brevedad y capacidad de condensación lírica en los libros que consideró suficientes para dejarnos un testimonio poético lleno de originalidad, de lucidez metafórica y sinceridad. Afirmemos de nuevo y constantemente que una de las virtudes esenciales del poema es la sinceridad. De ella nacen las palabras y se expresan las sensaciones.

Decía López Velarde que “la única originalidad poética es la de las sensaciones”. Así afirmaba su credo simbolista y nos dejaba una lección sobre su búsqueda de lo original no como un prurito sino como un ejercicio signado por la naturalidad, por esa fidelidad a la emoción de la cual nace un poema en el que resplandecen los adjetivos novedosos e indispensables para dar fuerza a los sustantivos. Si el adjetivo cae en el lugar común, asesina al sustantivo y, por ende, destruye el poema. Todo eso me enseñó Alí, maestro sin campanudas

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro de número. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 11 de septiembre de 2012.

retóricas, amigo y, sobre todo, paradigma de la justa y sacrosanta brevedad. Él, Rulfo, Gorostiza y Torri son ejemplos señeros de esa noble y prudente actitud frente a la escritura.

También me indicó la urgencia de la sinceridad y la búsqueda de las palabras necesarias para expresar la emoción de la cual brota el poema; lo cito: “Yo, pecador, a orillas de tus ojos / miro nacer la tempestad”. Peregrino, poeta que habla desde el reposo, tenía la obligación de cantar, pero lo hacía dominando la tentación de lo tumultuoso. Sus tres libros así lo demuestran. Siguiendo la esperanzada promesa de Quasimodo “en el justo tiempo humano, renaceremos sin dolor”, renacen en cada lectura, viven y laten cada vez que los decimos en voz alta. Decía José Gorostiza, otro maestro de la exactitud: “sucede a veces que, así como Venus nace de la espuma, la poesía nace de la voz”.

Al pensar en estos temas recordé a Eugenio Montale, quien tanto y tan bien reflexionó sobre la poesía y los poetas. Decía el maestro italiano: “al igual que la música, la poesía puede ser un desahogo y, para algunos, una confesión. No tiene utilidad inmediata alguna, pero sí una especie de pureza esencial debida en gran parte al escaso interés que despierta en los comerciantes del libro.” No tiene utilidad inmediata y, paradójicamente, puede ser tan necesaria como el pan, el vino y la sal. Eliot, por su parte, nos dice que puede proporcionar placer, comunicar una experiencia nueva, interpretar lo ya conocido, decir algo que todos hemos experimentado sin encontrar palabras para expresarlo, ampliar nuestro conocimiento y madurar nuestra sensibilidad.

Derek Walcott tiene otro acercamiento a la definición de la poesía: “ese suspiro incesante, el afán por escuchar de nuevo el sonido perdido”. Estas palabras, puestas en la boca de un Aquiles bebedor del ron destilado por Ma Killman en la playa de la pequeña Santa Lucía, concentran la grandeza del Homero griego en el Caribe.

Tal vez por culpa de todas estas vertiginosas paradojas, sea tan difícil definir esta tarea hecha de palabras, emociones, pensamientos, dudas, certezas vacilantes, ritmos y juegos con el hermoso lenguaje. Como a Lezama Lima, se nos escapa como un gato gracioso, cuando parece haber alcanzado su definición mejor.

Montale no se equivocó ni se equivocará en el futuro. “No tiene utilidad inmediata alguna”; sólo tiene esa pureza esencial del primer día de la creación, el intento indefinible de reconciliarnos con la otredad.

Quise limitar mis palabras a estos temas subyugantes a los que dedicamos horas y horas de reflexión e intercambio de ideas pero, de repente, aparecie-

ron, nítidas y precisas, las palabras de *La suave patria*, el poema del padre soltero de nuestra poesía actual, Ramón López Velarde.

En un ensayo reciente Marco Antonio Campos nos habla de los versos en los que Pablo Neruda hallaba “el purísimo patriotismo” de nuestro joven decano. Los conozco de memoria y cada vez que los pienso me entregan algo nuevo. Con toda razón, López Velarde habló de “la novedad de la patria”, y lo hizo en el trágico momento en que el pueblo de la infancia era “el edén subvertido que se calla en la mutilación de la metralla”. Tiempos de desasosiego y desánimo, de esperanzas truncadas, sin una luz al final del túnel. Nos dice en su ensayo escrito en 1921: “Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa.” El poeta observa una patria profunda, creciendo hacia adentro y “una nacionalidad a la que volvemos por amor... y pobreza”.

En otros tiempos dolorosos, agobiados por las más lacerantes contradicciones, por la corrupción, la violencia homicida, la pobreza extrema, la injusticia, la cháchara redentorista y el terrible crecimiento de los fundamentalismos, tenemos la tentación de abominar de la política, pero la vencemos, pues es doblemente peligroso desconfiar de todo y de todos. El camino de salida va de la mano de la democracia; es este pueblo pobre y poderoso, el pueblo de esta patria “hecha para la vida de cada uno”, el que señala a las clases política y empresarial, a los partidos y a los intelectuales, la obligación de ser honestos, caritativos y tolerantes; en suma, discreta y apasionadamente patrióticos. Tal vez suene anacrónico o pueda parecer demagógico, pero a veces es necesario ser “como el tenor que imita la gutural modulación del bajo” y decir palabras como patria, futuro y esperanza, aunque frente a nuestra cándida nariz, rían los eternos polkos o se burlen los falsos cosmopolitas.

Dice López Velarde —¡siempre López Velarde!— que “lo innominado del ser de la patria no nos ha impedido cultivarla en versos, cuadros y música”. Hablemos esta noche de algunos versos en los que esta geografía aparece para llamar nuestra atención. Vale la pena ser morosos y detenernos en algunas citas de nuestros poetas. Hay ahora muchos desatentos a quienes califica como “gente sin amor, fastidiada, con prisa de retirar el mantel, de poner las sillas sobre la mesa, de irse...”, que no entenderán nuestra urgencia de redefinir, a través de la poesía, algunas de las cosas y de los seres más entrañables de esta patria modesta, atribulada, rica y miserable (“en piso de metal vives al día, de milagro, como la lotería”). No lo entenderán o pensarán que se trata de un

irrelevante juego retórico. No van para ellos estas palabras, pues no detendrán su prisa ni apagarán “el sonido y la furia” de su trajinar sin ton ni son. Van para los cándidos volterianos capaces de escuchar a los demás, de respetar las verdades distintas a las suyas, y defender el santo derecho a pensar, acertar o equivocarse. Van para los aspirantes a justos y para los que no esgrimen sus certezas como armas arrojadas; para los que dudan, aciertan o se equivocan por amor; para los que, como Montale, pensamos que la poesía no tiene utilidad inmediata alguna y es, por lo tanto, absolutamente imprescindible.

Cuauhtémoc, nuestro “único héroe a la altura del arte”, es objeto de la admiración de Carlos Pellicer: “Señor, tu voluntad era tan bella, que en la tragedia de tus meses imperiales, se aceleraba el ritmo de las grandes estrellas.” El joven abuelo imantó al idioma del blanco y, en su hermoso fracaso, se convirtió en la mejor de nuestras monedas espirituales.

Pellicer, otro de los poetas que mejor han observado las novedades de la patria y que, para nuestra fortuna, mantuvo intactas su capacidad de admiración y de deslumbramiento, nos habla de Juárez de la siguiente manera: “Eres el Presidente vitalicio, a pesar de tanta noche lúgubre. La República es mar navegable y sereno si el tiempo te consulta.” Tiene razón, hemos perdido la serenidad porque leemos poco el gran libro de nuestra historia, y ya no recordamos sus lecciones, porque no consultamos a los buenos navegantes de nuestros mares civiles.

En la poesía de Octavio Paz, aparece en toda su radical inocencia Madero y su mirada que nadie contestó: “¿por qué me matan?” La inteligencia poderosa de Paz descubre que, en nuestros momentos mejores, de repente salta “el sapo verduco”, el de “los fines de semana en su casa blindada junto al mar”. Ese sapo avariento, hinchado de poder, suspicaz y traicionero, contra el cual debemos luchar para “echar abajo las paredes entre el hombre y el hombre”.

En los pueblos pequeños y las ciudades de provincia, crecen las palabras constructoras de un mundo poético que late también en la capital, ahora sitiada por una violencia nacida de su propio pecho, alimentada por los contrastes abismales, por el estruendo de este tiempo nuestro, por “los inviernos de nuestro descontento”. En los dos ámbitos conviven las memorias de lo cálido y pequeño con el desasosiego propio de las sociedades contradictorias. González León nos dice: “lo hogareño lindante con lo triste: las historias calladas, las ventanas cerradas, el patio donde lo húmedo persiste...”, y Efraín Huerta ve en la avenida Juárez “un mar de voces huecas, un gemir de barbarie”. Por eso acierta: a veces “uno pierde los días, la fuerza y el amor a la Patria”.

Recordando a González León vino también a la memoria, que mi primer acercamiento al misterio de la poesía se dio a través de la lectura de un poema del boticario de Lagos de Moreno, el consanguíneo de López Velarde, el amigo de Rodenbach, el simbolista belga, autor de *Brujas, la muerta*. Lo leí cuando tenía ocho años, y me causó emociones difíciles de explicar. Hablaba de la novia de la escuela, la celebraba y lloraba su ausencia. El poema tenía una simplicidad complicada (López Velarde pensaba que su sencillez tenía “paréntesis laberínticos”) y una originalidad proveniente de la riqueza sensorial de un poeta, calificado por los críticos capitalinos como “cantor de la provincia”. Ninguno de ellos se percató de su refinamiento, que venía de un complejo proceso de difuminación de las imágenes, que nos recuerda a los grandes poetas japoneses.

Lo que le interesaba al poeta de Lagos era la descripción del aura que rodea a las personas y a las cosas, la vibración que emana de los colores y de las distintas etapas de la luz. Sólo López Velarde y, más tarde, Allen Philips, José Emilio Pacheco y Ernesto Flores justipreciaron la breve y penumbrosa obra de uno de nuestros poetas casi olvidados. Estas líneas me produjeron la emoción que emana de la verdadera poesía:

Sus manos, lenidades de paloma,  
sus manos escolares  
que me empañé en besar  
sus manos que exhalaban el aroma  
de un lápiz acabado de tajar.

Don Francisco aparece en mi recuerdo-sueño como un viejecito delgado y frágil; vestía traje de lustrina negra, usaba cuello de palomita y un corbatín negro. Se cubría la cabeza con un sombrero igualmente oscuro y, a veces, se apoyaba en un bastón delgado y casi pastoril. Mi abuela, laguense irredenta, lo conocía y había leído algunos de sus poemas menos felices (los de la primera etapa, escritos para los juegos florales y llenos de referencias provenzales); un día me dijo que don Panchito tenía una tertulia en una banca de la plaza de armas, enfrente de la Parroquia de Lagos que tiene empaque de Catedral. Me aposté en una esquina, y esperé a que se levantara de la banca para dirigirse a casa. Me coloqué en su camino y le dije: “perdone, señor, yo sé que usted es poeta”. Me miró con sorpresa y benevolencia. Me puso una mano en la cabeza

y me dijo: “sí hijito, pero ya no lo vuelvo a hacer”. Cada vez que escribo un poema pienso en el anciano boticario, en su tristeza:

Por ese parentesco  
que tengo con la tarde  
y porque el alma  
ya se me ha quedado inútil  
en su afónica tristeza,  
con el ademán callado  
de quien se encuentra apoyado  
a la orilla de una mesa,  
pensativo y olvidado.

Pienso en su contenido gozo de los alimentos terrenales, en su discreto refinamiento. Atesoré su recuerdo en mi memoria y lo hago renacer cada vez que digo en silencio alguno de sus poemas. Lo mismo me sucede, pero ya en otras épocas, con Rafael Alberti, mi hermano mayor, mi maestro, el más terso de los poetas de la generación del 27. Conviví con él en Roma y creo que sus lecciones de algo me sirvieron, precisamente porque no eran lecciones sino comentarios espontáneos, diálogos improvisados. De Alberti aprendí que los frutos de la experiencia no son siempre sabrosos y aprovechables. Así lo dice en uno de sus libros: “Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos.” Otras voces amistosas que me han ayudado a ver un poema son las de José Carlos Becerra, Carlos Monsiváis, José Hierro y Félix Grande. Fueron críticos implacables. Me ayudaron y por eso atesoré su amistad.

Otras voces que escuché y sigo oyendo son las del bolero, las de los sones y los cantos populares. En uno de mis libros hay un epígrafe tomado de la canción cubana “Total”: “Pensar que llegar a quererte es creer que la muerte se pudiera evitar”. En otro poema requerí de la ayuda de Vicente Garrido: “pues teniéndolo todo nada te puedo dar”. Los versos populares me develaron los misterios de la musicalidad natural y espontánea, y me hicieron gozar con su picardía e ingenuidad:

A usted que le vuela el anca,  
y a mí que me aprieta el cincho,  
que habiendo tanta potranca  
sólo por usted relincho.

O el pícaro canto alteño:

Comadre, vamos al agua,  
al pozo del otro día,  
onde le quebraron la olla  
a la probe de mi tía.  
Ay, ay, ay, ay,  
ella la culpa tenía  
pos la muy santa señora  
onde quera la ponía.

Todos estos elementos musicales demuestran que la cultura académica y la popular tienen estrechos lazos, y que la una enriquece a la otra, a pesar de los deterioros provenientes de lo que Marcuse llamaba “la cultura comercial”.

Alfonso Reyes nos entregó el más profundo testimonio de nuestro origen en su *Visión de Anáhuac*. La validez de su teoría sigue en pie, pues como afirma Yeats: “lo único que permanece de la filosofía y de la ciencia es aquello que se ha poetizado”.

José Carlos Becerra soñó con la ciudad primordial, La Venta de las figuras con el rostro de la infancia perenne. “Se abre la noche sobre ustedes, cabezas de piedra que duermen como una advertencia. Se detiene la luna sobre el pantano, gimen los monos; allá, a lo lejos, el mar merodea en su destierro, esperando la hora de su invencible tarea.”

Nuestros poetas se han acercado a los grandes momentos de la historia y han encontrado sus ecos y reflejos en su vida personal: “Mientras la casa se desmoronaba yo crecía. Fui (soy) yerba; maleza entre escombros anónimos”, dice en sordina Octavio Paz, y Jaime Sabines, en la mañana aterida de la gran ciudad, saluda “a los pájaros que no salen del nido, a las mujeres que se están entregando, a los sabios, a los combatientes del frío! Yo no quiero ofrecerles un poema, yo quiero darles un vaso de leche caliente a cada uno.” Eso y “el santo olor de la panadería”, son una casi completa plataforma económica para un buen partido político. Si le agregamos libertad, justicia, solidaridad y respeto a los derechos ajenos, el programa cantaría su perfección en el mejor de los mundos posibles.

Quiero terminar este recuento con la voz de Enrique González Martínez celebrando a la más genial, joven y prometedora de nuestras escritoras, sor Juana

Inés de la Cruz: “el eco va a morir, mas por ventura, en la voz de la monja mexicana el son antiguo se renueva y dura”. Que Juana de Asbaje nos dé la lección magistral para normar nuestros criterios en literatura, y política, en los oficios y la vida. Recordemos su *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*: “pues como yo fui libre para disentir de Vieyra, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen”. He aquí otro programa para la vida civil, para esta convivencia humana verdadera, buscada con tanto afán por Voltaire y todos los maestros de la tolerancia concebida como una preciosa manera del amor.

Es tiempo de acabar estas palabras. Esta noche tiene para mí un contenido mágico, magnificado por mis muchos años, por el prestigio de la Academia y por la amistad de mis compañeros.

Les hablé al principio de un discurso exclusivamente celebratorio. Lo ha sido a su modo, pues sigo pensando que “el purísimo patriotismo” que vio Neruda en el poema de López Velarde, adquiere en el actual momento de nuestro país una urgencia insoslayable. No creo haber idealizado a la tarea poética, pues, como dice Eliot: “La poesía puede, en cierta medida, preservar y hasta restaurar una lengua.” No tiene utilidad inmediata alguna y apenas cuenta, salvo excepciones notables, con unos pocos lectores. Tal vez en esto radique su misteriosa permanencia a través de los años y los daños. Braque confesaba que para que un objeto despertara su interés artístico “era necesario que, primero, se hiciera ajeno a su cualidad utilitaria”.

No necesita de mucho la poesía para sobrevivir. Odiseas Elytis lo decía, poco antes de morir: “los intelectuales esbozan una sonrisa y los poetas reflexionan. No. Se necesita otra cosa. Tal vez la ingenuidad. Mejor dicho, la ingenuidad y la gracia juntas.” Frente a los golpes más fuertes —esos golpes “como del odio de Dios”, diría Vallejo—, el poeta, y termino con otra frase de Elytis, piensa que todo es “como si se partiera el mundo en dos: de un lado lo inevitable del destino; y del otro, lo infalible de una margarita”. Esta flor es a veces más poderosa que la muerte, puede embellecer la vida en algunos instantes dorados y no tiene utilidad inmediata alguna. Es, como todas las patrias de los hombres, el lugar de la partida y el regreso, la Ítaca en los ojos del alma, la ciudad que siempre va con nosotros, “el ave que el párvulo sepulta en una caja de carretes de hilo”.

## HUGO GUTIÉRREZ VEGA: LA DEVOCIÓN POR LÓPEZ VELARDE\*

---

Gonzalo Celorio

Jurista, literato y comunicólogo por formación, comediante por vocación y difusor de la cultura por oficio. Maestro universitario en México y en media docena de países de América y Europa, rector de universidad y defensor, en su momento, de su amenazada autonomía. Periodista y director de suplementos culturales y revistas literarias. Consejero de cultura en las misiones diplomáticas de México en Estados Unidos, España, Italia, Brasil y Puerto Rico; embajador ante Grecia y los países concurrentes de Líbano, Chipre y Moldova; conocedor del griego moderno y de sus poetas. Conversador sabroso e incansable, memorista de picantes versos populares que resuenan en las pastorelas navideñas y amante de boleros, guarachas y rancheras. Narrador oral de supercherías, fabulaciones y sucesos de la provincia de Lagos de Moreno por la que transcurrió su infancia, deslumbrada ya por la poesía de Francisco González León. Poseedor de un inmenso patrimonio poético que brota de su lengua con generosidad y transparencia de manantial. Y, ante todo, sobre todo, gracias a todo y a pesar de todo, poeta. Poeta fecundo y peregrino, poeta del amor y la memoria, del viaje y de la vida sedentaria, de la amistad y la conversación, de la erudición libresca y del “desmadre, el cotorreo y la chacota”, como dice Marco Antonio Campos; poeta de la devoción a la poesía misma y a los poetas afines que incidieron en la articulación de su propia voz —Yeats, Vallejo, Seferis, Cavafis, Alberti, López Velarde—. Todo eso es, por serlo o por haberlo sido, Hugo Gutiérrez Vega.

\* Respuesta al discurso de ingreso de don Hugo Gutiérrez Vega a la Academia Mexicana de la Lengua. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 11 de septiembre de 2012.

En el año de 1965, Rafael Alberti le dedica un poema a Hugo Gutiérrez Vega, a la sazón consejero cultural de la embajada de México en Italia. El poeta gaditano, que habiendo sido marinero en tierra se encuentra desterrado en Roma, se asombra de que en los tiempos difíciles que corren, un poeta treintañero sea capaz de persistir en la construcción del amor con palabras que se lleva el viento cuando al mismo tiempo se conduce hasta el grito de la miseria, la impotencia, la desesperanza humanas que el ojo omnipresente de Dios contempla con indiferencia, como lo plasmó el coraje de Picasso en el *Guernica*. Dice Alberti:

Raro es en estos días,  
 en estos tiempos ásperos, de hombros  
 que se encogen impunes ante la injusta muerte  
 cuando parecería  
 que el turbión de la sangre y los escombros  
 segase al hombre todos los sentidos,  
 raro es ver que el poeta en la alta noche  
 puede oír el temblor de un corazón desnudo,  
 construir el amor a la distancia,  
 decir esas palabras que se lleva el viento...  
 a la vez que escuchar el gemido del toro,  
 la espantada agonía del caballo tundido,  
 el grito de la madre  
 con la boca sin vida del niño entre los senos  
 o el gran ojo de Dios,  
 gloriándose, impasible, de sí mismo,  
 en tanto que hacia él asciende de la tierra  
 el descompuesto vaho de una nada ya inerte.  
 Que el buen amor, amigo, y la esperanza  
 nunca jamás te dejen de su mano.

Estos versos seguramente fueron la respuesta a los dos poemas que Hugo Gutiérrez Vega, a semejanza del joven poeta Franz Kappuz que acudió a Rilke en busca de orientación vocacional, ha de haber sometido al escrutinio de Alberti: Uno, “El viento y las palabras”, en el que se lee:

Sobre los labios la palabra crece  
y encuentra su ascensión.  
Nada podrá callarnos.  
El siglo,  
cárcel gris, inútil agua,  
escuchará la voz:  
monótona caída  
en el silencio  
preñado de poesía.

Otro, titulado precisamente “El mural de Guernica”, que termina con estos versos:

Sólo queda gritar,  
gritar hasta que el viento  
nos muestre una salida.

La respuesta de Alberti equivale a las *Diez cartas a un joven poeta* que Rilke le dedicó a Kappuz, pero tuvo mejores frutos, porque si algo queda claro después de escuchar su discurso, es que a Hugo Gutiérrez Vega no lo han dejado de su mano ni el buen amor ni la esperanza, con los que Alberti lo bendijo en sus parabienes.

Desde sus *Poemas del amor joven* hasta sus *Quejas prejubilatorias*, su poesía no ha cesado de cantar el buen amor, aquel que en los albores de nuestra poesía loó con agudeza e ingenio el arcipreste de Hita, quien ruega a Dios que le dé la gracia de escribir un libro “que los cuerpos alegre é á las almas preste”. Y no ha perdido la esperanza de que se sacien los anhelos de paz, de serenidad, de solicitud que abrigó López Velarde en su ensayo *Novedad de la patria*.

He dicho que Hugo Gutiérrez Vega es, ante todo, un poeta. Pero es un poeta que no sólo escribe poesía, sino que reflexiona sobre la poesía: su condición, su naturaleza, su finalidad.

Sabe de antemano que no podrá definir lo inefable ni aprehender lo inaprensible, pero encuentra afinidades sustanciales en las voces de numerosos poetas —de Rubén Darío a José Gorostiza, de T. S. Eliot a Derek Walcott, de Eugenio Montale a José Lezama Lima— que han tenido resonancia en la configuración de su propia poética. Entre todas ellas, la más sonora a pesar de su

tono menor, la más potente a pesar de su sigilo, la más vigorosa a pesar de su introspección, es la voz de Ramón López Velarde, el padre soltero de la nueva poesía mexicana, como Hugo lo nombra en un poema en el que le habla de usted y le llama “Mi señor Don Ramón”. A esta afinidad dedicaré mis comentarios al discurso que hemos escuchado.

La devoción que Gutiérrez Vega le profesa a López Velarde no se limita a la admiración que tiene por la obra del poeta jerezano. Va más allá de los meros gustos personales y revela su afinidad a ciertas características que Xavier Villaurrutia, en buena medida para inscribir en el canon de la poesía mexicana su propia obra —tildada en su momento de extranjerizante—, consideró propias de nuestra tradición poética: la preeminencia de la lírica sobre la épica, el tono menor, la intimidad, la contención, el rigor formal, la hondura reflexiva. Una tradición que se remonta a los tiempos primigenios del criollo Francisco de Terrazas, que en el siglo xvi intenta escribir un largo poema épico, que sólo perdura por sus contados pasajes líricos; continúa en el siglo xvii con Juan Ruiz de Alarcón, de cuya incipiente mexicanidad se ocupó Pedro Henríquez Ureña, y sor Juana Inés de la Cruz —los dos Juanes de América, como cariñosamente los llamó Alfonso Reyes—; se vuelve propiamente mexicana al comenzar el siglo xx con López Velarde, sigue, según Villaurrutia, con Luis G. Urbina y Enrique González Martínez, poetas del crepúsculo y de la noche respectivamente, y desemboca en los poetas de Contemporáneos —Gorostiza, el propio Villaurrutia y, aunque no lo parezca a primera vista por el colorido tropical y la temperatura de cuarenta grados a la sombra que predomina en su poesía, por el Carlos Pellicer de *Recinto* y *Hora de junio*.

Hugo Gutiérrez Vega destaca el tono menor de la poesía de Ramón López Velarde, ese tono pudoroso que lo lleva a cantar a la patria con una épica sordina, en voz baja, amorosamente, silenciosamente. En su *Introducción a la poesía mexicana*, donde le asigna a nuestra expresión lírica el color de la perla y la hora del crepúsculo, Villaurrutia señalaba, como uno de los rasgos más notables de nuestra poesía, su tono de intimidad, de confesión, de susurro. “El mexicano es por naturaleza silencioso —dice— ...si no sabe hablar muy bien, sabe en cambio callar de manera excelente.” Y así, siguiendo la “partitura del íntimo decoro”, López Velarde le canta a la patria, una patria cercana, donde *el tren va por la vía como aguinaldo de juguetería*, una patria por cuyas calles provincianas que relucen como espejos, *se vacía el santo olor de la panadería*, una patria femenina —niña, joven, madre—, bella, alegre, humilde a pesar de sus rique-

zas, vestida de percal y de abalorio, cálida, festiva, modesta, recatada, íntima, virtuosa. En fin, una patria suave. Suave patria, cantada, paradójicamente, en tiempos todavía de aspereza nacional. Cierto. En nuestra tradición literaria la poesía lírica ha desplazado a la poesía épica, que no encuentra feliz acomodo en nuestra expresión. Así lo corrobora la magnífica antología *La patria en verso. Un paseo por la poesía cívica en México* que acaba de dar a la imprenta Felipe Garrido, en la que se advierte la propensión velardeana de tratar los temas cíviles con timbres líricos. El propio Hugo Gutiérrez Vega, cuando trata de elevar la voz, fracasa:

Ahora, en esta sombra sarcástica  
habitada por pequeños seres  
coludos, cornudos y variopintos,  
me aclaro la garganta  
y busco ese tono mayor  
que, de acuerdo con el maestro Chumacero,  
no tienen mis alientos poetizantes.  
Lo intento y se me cae,  
me gana la risa  
y la autocompasión lo gana todo,  
pues es una oronda señora  
de narices violáceas  
y enorme culo morado.

Fracasa como fracasó Francisco de Terrazas —ya lo dije— cuando intentó cantar las glorias de la conquista que perpetraron sus mayores. Al poeta criollo, un *junior* de su tiempo, le quedó grande la trompetería guerrera de la épica y dejó inconcluso su ambicioso poema *Nuevo mundo y conquista*. Acaso gracias a esa incompetencia para cantar ajenas hazañas pudo articular refinadísimos sonetos de corte petrarquista que inauguran la tradición lírica mexicana. Y en ese fracaso reside, como en López Velarde, como en Gutiérrez Vega, el triunfo de su lírica.

“La suave patria” es nuestro mayor poema civil, el que guardamos con gran delicadeza en la memoria del corazón, el que aflora entre la lengua y el paladar cada vez que pensamos en la patria, y cuya suavidad acaso nos conmueve más que las aguerridas estrofas, fraseadas en decasílabos heroicos, de nuestro

himno nacional, beligerante, sí, pero tartamudo, porque la música, compuesta para versos endecasílabos, nos obliga, cuando lo cantamos, a repetir una sílaba en cada uno de los versos decasílabos con los que lo compuso González Bocanegra. Pero López Velarde no sólo escribió el poema, fechado el 24 de abril de 1921 —menos de dos meses antes de su muerte—, sino que lo hizo preceder de un luminoso y entonces esperanzador ensayo titulado *Novedad de la patria*, que viene siendo el sustento ideológico del flujo lírico de “La suave patria”, y al que Hugo Gutiérrez Vega retrotrae en su discurso para señalar la vigencia de los postulados que nuestro poeta mayor sostuvo hace casi un siglo, cuando parecía que la Revolución mexicana había llegado a su fin, y que ahora, noventa años después, cuando la paz se ha vuelto a quebrantar, debemos releer y reasumir.

No puedo dejar de mencionar, en este recuento de las afinidades que guarda la poética de Hugo Gutiérrez Vega con la poesía de López Velarde, la importancia de la adjetivación, tan subrayada en su discurso como el elemento en el que reside la originalidad y la fuerza del poema. Y es que el adjetivo no es asunto menor o secundario, como podría pensarse. Y no lo es porque en la poesía, si se me permite una extralimitación que en este foro podría considerarse delito de lesa gramática, los adjetivos son sustantivos. Si, como sentenciaba Vicente Huidobro, “el adjetivo, cuando no da vida, mata”, López Velarde, acaso como todos los poetas, busca el adjetivo brillante, pertinente, original, exacto, que concuerde felizmente con el sustantivo —que le dé vida: “ojos inusitados de sulfato de cobre”, “el viudo oscilar del trapecio”, la “gota categórica”, el “brocal ensimismado”. Sin embargo, a lo largo de su obra, el poeta rebasa este presupuesto de adecuación feliz para disponer del adjetivo con otras finalidades: violentar el sustantivo, apremiarlo, retarlo, subvertirlo, corromperlo, contradecirlo —esto es modificarlo en su esencia para entregarnos, como producto de semejante pugna, una imagen inédita, que ya no procede del descubrimiento afortunado sino de la creación temeraria: “cataratas enemigas”, “fresnos mancos”, “orgía matinal”. Estos adjetivos nombran lo no nombrado: son sustantivos, pues. Xavier Villaurrutia dice que a López Velarde, “como a todo buen poeta, le quedaba el recurso de hacer pasar los nombres por la prueba de fuego del adjetivo: de ella salían vueltos a crear, con la forma inusitada, diferente, que pretendía y muy a menudo alcanzaba a darles. Recordando una facultad paradisiaca, diose, como Adán o como Linneo, a nombrar las cosas adjetivándolas...”. Gutiérrez Vega alaba la fidelidad a la emoción ori-

ginal en la poesía de López Velarde e implícitamente el rigor con el cual logra que esa emoción primigenia se plasme en el poema. Y es que López Velarde se declaró enemigo de la palabra por la palabra y pronunció, como declaración de principio, la frase que, en mi opinión, es cifra de su poética: “yo anhelo expulsar de mí cualquier palabra, cualquier sílaba que no nazca de la combustión de mis huesos”.

La aportación mayor del discurso de Hugo Gutiérrez Vega reside en una paradoja: la de la inutilidad consustancial de la poesía, gracias a la cual acaba por ser tan necesaria como el pan, el vino y la sal.

Los poetas dijeron versos  
y agitaron sus plumas en el gran salón.

Al día siguiente varias sirvientas  
lucieron plumas de pavo real  
en sus sombreros viejos.  
Ellas opinan que los recitales son útiles  
a la república.

Hugo querido, mucho me honra darte la bienvenida, en nombre de nuestros compañeros, a la Academia Mexicana de la Lengua. Tu palabra, aquilatada e insurrecta, rigurosa y desparpajada en tu poesía; *bazar de asombros* en tu prosa; inagotable y memoriosa en tu conversación, habrá de discurrir felizmente en el seno de la Academia, cuyas tareas, por ser inútiles —y por ende lujosas—, acaso acaben siendo tan necesarias como la extracción de la sal, la crianza del vino y el horno del pan.



# ELOGIO DE LA IMPUREZA\*

---

Ignacio Padilla

## 1

Fui a Salamanca porque me dijeron que por allá había pasado el autor del *Persiles*, un tal Miguel de Cervantes. Viví primero en una casa muy modesta en las riberas del Tormes, justo frente al toro de piedra que hizo ver estrellas al pobre Lazarillo. Pasé luego a un departamento sórdido en la Calle Cervantes, llamada antaño Calle del Moro, donde quiere la tradición que viviera algún tiempo el Manco de Lepanto.

Allá me fui quedando, allá tuve que quedarme. Como al bueno del Licenciado Vidriera, me enhechizó enseguida la apacibilidad de la vivienda salmantina. Traía yo aún fresco el asombro de mi lectura adulta, desopilante y escocesa del *Quijote*, de modo que me pareció pertinente y hasta justo sumergirme en la leyenda de Miguel de Cervantes. Lo hice como quien se despeña en una honda cima, en mansa burla de mí mismo, acaso en busca de más proezas, risas y encantamientos. Entre cátedras y catedrales, entre bibliotecas y mesones, olfateé dos fantasmas: el fantasma de Cervantes en la academia salmantina, y también, cómo negarlo, el fantasma de esa misma Salamanca en la obra de Cervantes.

Ignoraba yo entonces la de asombros agridulces que me deparaba esa búsqueda. Del paso del escritor por Salamanca se sabía muy poco. No sin fatiga hallé un par de historias rocambolescas sobre quienes habían buscado antes las

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente en Querétaro. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 27 de septiembre de 2012.

huellas castellanas del autor del *Quijote*, historias de cervantistas ávidos, expedientes fugitivos y cartas robadas por investigadores ingenuos o mendaces, nada que constataste que Cervantes hubiese estudiado en las mismas aulas por las que sin duda pasaron fray Luis, Góngora, nuestro Alarcón. El silencio de los archivos de Simancas sugería que, si bien el alcalaíno había transitado efectivamente por aquellos andurriales, lo habría hecho como hizo todo en su vida: por las márgenes, a salto de mata, mirando quizás desde las callejuelas el paso altanero de los bachilleres y a los licenciados inciviles, maldiciendo en sus adentros la ironía cruel de haber nacido en otra ciudad universitaria y no poder cursar en esta otra. Lector en fuga, aventurero frustrado y sabio de arrabal, resignado a leer hasta los papeles rotos que se hallaba en las calles, aquel hijo segundo de un sacapotas de Alcalá habría nutrido una rara animadversión por la academia, tan deseada y tan aborrecida para él como lo serían después el cetro y la mitra de la España filipina. No era difícil imaginar que allí y así, aterido y miope en los portales paredaños con la subversiva Cueva de Salamanca, Cervantes se habría sentido espécimen de una fauna maldita: un abanderado de lo equívoco en los páramos de la univocidad académica, poeta entre lectores sin poesía, un insecto a quien se le cerraban las puertas del santuario donde sólo a los bachilleres se les permitía estudiar y enseñar entomología.

Frente al silencio de la historiografía y los archivos, me restaba acudir a la literatura de Cervantes para comprender su inestable relación con Salamanca. El resultado fue tan tumultuario como desesperanzador: las muchas alusiones librescas del escritor a la academia sólo corroboraban su insalvable lío de admiración y rechazo, con la balanza inclinada un tanto hacia este último. Egresados de Salamanca eran nada menos que el rencoroso Sansón Carrasco, el taimado Lorenzo de Miranda, el emponzoñado Tomás Rodaja, el bravucón Corchuelo y el altivo licenciado que lo somete. También eran bachilleres salmantinos los falsos cautivos del *Persiles*, estirpe despreciada por Cervantes, donde las haya. En Salamanca o en su periferia transcurrían las más duras escenas de buena parte de su desigual teatro, varios negros pasajes de sus novelas ejemplares y, por supuesto, más de un descalabro del *Quijote*. En el torpón entremés de *La cueva de Salamanca*, el antiguo soldado desteñido por el cautiverio y el fracaso habría expuesto su menosprecio hacia todos aquellos que lo habían descastado, incluidas las academias, fuera universitarias, fuera literarias.

Por otra parte, Cervantes habría gestado una atendible y creciente afición hacia todo aquello que estuviese en la Otra Orilla, encuevado en las entrañas

catedralicias y universitarias: las justificadas celestinas, los audaces rufianes, los regalados gitanos, los pícaros ilustres. Allí estaba ya no la afición sino el amor innegable aunque negado del alcaláino por la verdad dura aunque movediza del hampa. Allí estaba su pasión por el lenguaje de la germanía, su convicción de que son el vulgo y el uso quienes enriquecen el habla. Allí estaba su hondo sentido de la realidad conmoviendo la rigidez de la retórica clásica. Allí estaban el humor y la ambigüedad consagrados como espacios críticos necesarios contra una institucionalidad cada vez más esclerótica y aferrada al carnaval que negaba lo que Cervantes padecía cada jornada: la debacle de la utopía, la esperimentización del sueño de pureza europeo frente a la realidad profunda de la impureza americana.

¿Cómo encajar tanta evidencia de un bifrontismo cervantino a las academias? ¿Cómo no compartirlo en este siglo de virtualidad y tirantez entre ortodoxias y heterodoxias de toda laya? Después de todo, pensé, esa intermitencia entre lo leve y lo pesado hizo de Cervantes el inconsciente sacudidor del castellano y el fundador de su modernidad. Como lector y contador de historias, no consigo no aplaudir tamaña subversión. No puedo no adorar la paradoja cervantina que refleja nuestro ser paradójicos, nuestro hablar y escribir para y desde la contradicción que nos explica. Es un poético milagro que Cervantes embistiese con tanto amor y con tal furor a las instituciones que coronan nuestro modo de nombrarnos, una hazaña que luego él mismo se haya convertido en la piedra basal de las mismas torres castellanas desde las que otrora de despeñó, un portento que su retrato, también una ficción, adorne hoy el umbral de la Real Academia de la Lengua Española.

Con sus devaneos por y contra la academia, Cervantes nos enseña cuánto necesita el canon reconocer la ambigüedad y la impureza, es decir: cuánto pudieron contra el celoso Cañizares las diabólicas canciones del demoníaco Loaiza. La ortodoxia vence sobre sí misma sólo cuando escucha a los abogados más tozudos del habla quebradiza de la gente común. Desde las primeras líneas del *Quijote*, la volatilidad del idioma como sonrisa erasmiana se ha opuesto al rictus medieval petrificado de la lengua, una lengua que, con no ablandarse, no conmueve. Al ingresar en la academia por la puerta trasera, el alcaláino ha embellecido a martillazos, con la lengua de la tribu, el duro mármol de la lengua del monarca y el obispo: contra la inamovilidad y la muerte, el habla movediza de la vida; frente al latín del púlpito y la cátedra, el balbuceo alegre del lenguaje otro; frente a los discursos sacralizantes y sordos, la burla destemplada

y dialogante. Con su crítica, Cervantes nos recuerda que nacemos cada día de la sangre derramada en el feliz combate de dos linajes verbales: uno solemne y otro risueño, uno ancestral y otro gestante, el uno tan necesario como el otro.

El audaz carnaval verbal de los escritores irreverentes y marginados reprocesa la literatura y nos enriquece con un lenguaje corrompido como la realidad misma, un habla que va generando su propio artificio de ordenanzas pícaras, un discurso de apertura bruta que admite en principio todas las formas verbales liberando a la sintaxis de las ataduras de la ortodoxia vanamente obsesionada con la pureza.

## 2

No podía ser de otro modo: conocer las subversiones académicas de Cervantes marcaría con fuego y hierro mis últimos meses en Salamanca. Cierta día descubrí que la calle Cervantes, literalmente encajada en las entrañas de la Universidad Pontificia, ni más ni menos, era también la zona roja o el barrio chino de la ciudad. En los flancos de esa calle pululaban los prostíbulos, el malevaje agitanado y sudaca, los vendedores de droga. Allá caían también los bares atrabiliarios donde iban a beber su claridad los poetas José Hierro y Claudio Rodríguez, que escapaban sedientos a mi barrio en cuanto terminaban de impartir sus magistrales conferencias en los magistrales paraninfos universitarios. Entendí, en suma, que la calle del Moro era el hogar inframundano de la lengua, era la antiorilla salmantina donde pícaros, fregonas, estudiantes consumidos y poetas consumados apuraban esa vida impura e imperfecta que luego, irremediabilmente, transfundirían a la momia ávida de las aulas donde se enseñaban trivios y cuadrivios.

Como insecto en un claustro de entomólogos, y como hombre de la periferia americana en el centro castellano, asumí entonces que yo también estaba condenado y hasta obligado a imitar, desde mis muchas marginalidades, las ironías cervantinas: en el aula magna del Edificio Anaya defendí como pude y ante cinco solemnes académicos un farragoso tratado sobre los contrastes del pensamiento religioso de Miguel de Cervantes. Aquello fue una masacre, por decir lo menos. O lo habría sido de no ser porque algunos de mis inquisidores eran sabios y generosos, y porque sus críticas tuvieron un dejo de halago a la memoria misma del liminar Cervantes. Entre estas últimas objeciones estaba

la perplejidad de que mi tratado fuese demasiado literario, lo cual sólo me atreví a agradecer. Hubo críticas más duras, que atesoro no menos, por distintas razones: se me acusó, por ejemplo, de emplear la palabra “ningunear”, voz insignie de cuño americano usada por nuestros más ilustres poetas; tampoco faltó quien censurase mi modal escandalosamente americano de usar en sentido metafórico la palabra “abreviar”, pues en Castilla, sonrieron mis inquisidores, tal palabra alude sólo a las técnicas de hidratación del ganado vacuno. Hubo también en ese auto de fe, lo confieso, el dominico que se mostró tentado a excomulgarme o exorcizarme por parecerle que mi visión del pensamiento cervantino tenía un sí es no es de azufrado jesuitismo. Por fortuna, no llegaron a tanto los embates de mis examinadores: salí de ahí tan emparedado entre el “yo sé quien soy” y el “no puedo más”, tan maltrecho como supongo que está obligado a quedar quien aspire a imprimir su nombre con sangre de toro en la cantera de Villamayor.

Ahora pienso que, para un legítimo cofrade y adorador del conventillo cervantino, una iniciación así es más que aconsejable. Creo que es casi necesario, para comprender la paradoja cervantina, que este lector devoto o fanático fuera objeto de escarnio en aquel pluscuamperfecto auto de fe argamasillesco. ¿No inventó el propio Cervantes, como un Pessoa cavernario, a sus heterónimos de la Academia de Argamasilla? ¿No puso en los versos bufos del Paniaguado y del Tiqui Toc la destreza y la dureza cómica imprescindibles para poner en su justo punto la soberbia utopista de don Quijote y la impertinencia del propio Cervantes?

Creo que ésta y no otra es la lección difícil que Miguel de Cervantes se atrevió a registrar en los sonetos vejatorios de la Academia de Argamasilla. Tales versos preliminares son, sí, infamantes contra don Quijote, pero son también una abierta y autorreferente crítica a la ampulosidad y la grosería de quien acusa sin mirar la viga en el ojo propio. Académicos como el Monicongo, el Caprichoso, el Cachidiablo y el Burlador son tan hijos de la pluma de Cervantes como lo fueron Sancho y los cabreros. Los académicos son facinerosos del latín y el habla culta que sin embargo acusan también su proximidad con el malevaje del hampa y de la lengua, que es tan hija de Cervantes como madre de nuestra modernidad.

El alcaláino, podría jurarlo, sabía que antes de la academia universitaria habían existido las academias literarias, y que en éstas se embozaba también un afán subversivo contra la pura y rígida lengua medieval. En esas academias

Cervantes sí alcanzó a ser aceptado junto con los Lope y los Herrera. En ellas habría constatado el escritor que la convivencia de lo solemne y lo gracioso, de lo puro y lo impuro, es no sólo deseable sino imprescindible para mantener la lengua tan viva como ordenada. En esas Academias Imitatorias, en esas Academias Salvajes, Cervantes habría notado con beneplácito que, hacia el final de sus sesiones, sus propios miembros tenían la sabiduría de burlarse siempre de sí mismos y de su rigidez. En las Academias de Ociosos y en las Academias Irreverentes, mantenidas no obstante por validos tan sabios como el Conde de Lemos, Cervantes habría aprendido su labor de bufón y bobo de pueblo, su vocación de Santo de Hartura, su carácter de crítico absoluto de la soledad de un rey feo que de pronto se pregunta, como Lear: “¿Quién puede decirme quién soy yo”, a lo que el bufón, sólo el bufón, puede responder impunemente: “Eres la sombra del rey Lear.”

## 3

Qué más quisiera yo que ésta fuera toda la historia. No es así. Ya no sé si por fortuna o por desgracia, resta todavía una última escala en mi odisea salmantina y cervantina. Es un epílogo, no por ello menos significativo.

Cuando dejé Salamanca aún tenía una asignatura pendiente con la relación entre Cervantes y la academia: la lección sobre el papel del humor en la lengua de un mundo sin humor, un habla que entonces, y hoy más que nunca, es canibalizada por la obsesión purista y un humor que es cotidianamente bastoneado por el escrúpulo y la corrección política.

A la vuelta de este siglo, mientras celebrábamos la eculización y el rejuvenecimiento súbito de las academias en el vasto Territorio de la Mancha, fui invitado a participar en una artúrica mesa redonda de escritores dedicada nada menos que a celebrar el eterno matrimonio entre locura y literatura. Aquella charla en Guadalajara, joven ombligo del ampliado territorio manchego, derivó naturalmente en el *Quijote* como fuego y en el festivo nacimiento de la citación trastornada y lúdica de libros de caballería en el carnaval gracioso de la verdad de la mentiras. Ese día, animado por los fantasmas de Cervantes y de Borges, tuve a bien disparar una broma: afirmé que si el Quijote era una inmensa cita falsa de la tradición caballeresca, mi farragosa investigación salmantina estaría asimismo y por lo tanto llena de citas falsas.

Pareció por un momento que ese mal juego borgesiano no pasaría a mayores. Me equivocaba: instalada en los oídos y registrada en la libreta de un escandalizante y deshumorado periodista —seguramente bachillereado en Salamanca—, la broma fuera de contexto llegó hasta los diarios madrileños y salmantinos como una funesta y cínica bravuconada. Sembrada en tierra yerma de humor y sensatez, la broma iba a acarrearle toda suerte de crucifixiones.

Pocos años antes, desde otra lengua pero siempre desde el corazón de sus sabias lecturas cervantinas, el novelista Milan Kundera había escrito *La broma*, novela que denuncia la muerte del humor y sus nefandas consecuencias en las sociedades totalitarias que sin éxito proscribieron la risa blandiendo el garrote de la pureza y la muerte de la ambigüedad lingüística. Demasiado pronto aprendía a sentirme como el protagonista de esa novela: en menos de veinticuatro horas mi declaración, prevaricada, había cruzado los mares. En España, el llamado “juego de las citas falsas” devino en un triquitraque de académicos escandalizados y ofendidos en su sacrosanta univocidad, los cuales exigieron mi defenestración sin molestarse siquiera en mirar la tesis, menos aún en asimilar la evidente posibilidad de un juego.

Hay, en el soberbio edificio de la Universidad de Salamanca, un portón barroco con dos puertas; la una, siempre abierta, permite el acceso cotidiano al paraninfo donde fray Luis y Unamuno tuvieron el valor de arrostrar a los estados totalitarios; la otra puerta lleva cerrada algunos siglos: la llaman la Puerta de la Vergüenza. Por ella habrían sido y tendrían que ser expulsados de la academia, a lomo de mulo y encapirotados, quienes la hubiesen ofendido. En mitad del escándalo de las citas falsas, pensé que no cabría para Cervantes mejor homenaje que un escritor latinoamericano bachillereado en Salamanca y estigmatizado por una broma saliese al mundo por esa y no otra puerta, sambenitado como el bueno de Sancho Panza ante el falso y malbromista cadáver de Altisidora.

Por solidaridad con mis colegas mexicanos en Castilla, que me llamaron a la cordura para no atraerse a la onda expansiva de mi agresión, no dejé llegar las cosas hasta tal extremo. Me limité, abatido y comedido, a encarecer públicamente mi aprecio por la universidad invitando en balde a los zaheridos académicos a remirar mi trabajo y sonreír conmigo, con nosotros, con Cervantes. No creo que lo hayan hecho, pero puedo decir al menos que mi presencia aquí demuestra que tanto el humor como el amor por la ambigüedad tienen siempre la prodigiosa facultad de sobreponerse y de reintegrarse a las instituciones a las que por antonomasia o por sistema las rechazan.

Estoy plenamente convencido de que las mayores innovaciones y revoluciones surgen de instantes y gestos mínimos. Esto no es menos cierto en literatura. Don Quijote fue uno de tales gestos, y puede que éste, a su vez, haya nacido de una pequeña gran epifanía de Cervantes al cruzarse en las calles de Salamanca con un loco de *El entremés de los romances*, o un grupo de alumnos persiguiendo un perro, o un carnaval. Visiones así debieron disparar nuestra modernidad, como acaso de una broma surgió también nuestra ultramodernidad.

Nuestro idioma nació con la risa erasmiana de Cervantes, como el inglés con Falstaff y Cheshire. Nuestra lengua sigue viva y en constante renovación porque hay personas que se atreven a cuestionarla y otras tantas que se atreven a jugar con ella.

Cierta noche de mayo de 2003, oí al escritor chileno Roberto Bolaño contar un chiste. Estábamos en Sevilla, convocados a un excéntrico congreso donde algunos autores tendríamos que expresar lo que esperábamos de las letras hispanoamericanas en el siglo XXI. El chiste que contó Bolaño era malo. Lo contó, sin embargo, y lo recontó, y volvió a contar. Lo narró desde todos los ángulos posibles: como si Pedro Apóstol lo relatase a Dios, como si lo enunciase la piedra que narra *Los recuerdos del porvenir*, como se lo contaría Sancho a don Quijote y don Quijote a Sancho. Lo contó con elipsis y sin ellas, en todas las personas del singular y del plural, con todas las recursos imaginables de la retórica. Sin que Bolaño lo notase, las risas de los presentes se fueron convirtiendo en admirativo silencio: sabíamos que estábamos asistiendo a otra epifanía, a un instante mínimo del humor semejante a los muchos que fue invocando Cervantes al escribir su obra. Sabíamos o presentíamos que en ese chiste y en ese instante estaba muriendo algo para permitir que renaciera algo más parecido aunque distinto. Sabíamos, en suma, que estábamos atestiguando la entraña misma de la renovación de la literatura y de la lengua española.

Bolaño murió diez días después, puede que ignorando lo que había conseguido aquella noche con aquel mal chiste bien contado desde la víscera misma del idioma y de la experiencia literaria. Quienes estuvimos esa vez en Sevilla lo confesamos unánimes en las esquelas que, como argamasillescos académicos, escribimos para Bolaño. Su broma y su alumbramiento se repitieron en cada uno de los epitafios que en la lengua cervantina escribimos para nuestro colega ido. Su chiste malo resonaba y sigue resonando en la reivindicación de

cada uno de nosotros, pero también en la de Borges y Cervantes, la de García Márquez y Góngora, la de Fuentes y Gracián. Todos ellos, a su modo, insectos y entomólogos, han escrito para recordarnos que don Quijote nos hace llorar y apenas ríe porque se empeña en desestimar la ambigüedad, obsesión que lo derrota, mientras que Sancho, el sobreviviente, nos hace reír y ríe atreviéndose con la lengua al prevaricarla y al reconocer con ello la fuerza vivificante de la realidad.

Hoy, tres lustros después de aquel auto de fe en las aulas de Salamanca, y casi una década después de la muerte de Bolaño, y luego de que el presidente de aquel mismo tribunal tomase en su mano el rejuvenecimiento de nuestra lengua desde la dirección de la Real Academia Española, la voz ningunear figura en el Diccionario de la Lengua, definida con una dignidad americana que algo tiene de reclamo autobiográfico cervantino contra la rigidez académica: “No hacer caso de alguien, no tomarlo en consideración. Menospreciar a una persona.”

Hoy, aquel ninguneo es pleno reconocimiento. Con frecuencia me engaño pensando que algo tuve que ver con esto, aunque importe poco más allá de un afán autojustificatorio y hasta vindicativo. Lo cierto es que de un tiempo acá los insectos hemos entrado al fin en las aulas de los entomólogos, como el español ha demostrado ser ante todo una lengua americana. Sólo queda al humor vencer en su quijotesca gesta contra la corrección política y la obsesión por la pureza. Pero ya veremos.

Hoy nadie puede negar que los escritores de América Latina insuflaron en nuestra lengua la vida que se había negado a tener: una vida impura, mezclada y cambiante como la realidad a la que esa misma lengua nombra cada día. Fue en esta década cuando nuestro llorado Carlos Fuentes registró que, así como todos somos hijos de Pedro Páramo, todos somos también habitantes del muy dilatado Territorio de la Mancha. Desde California hasta Patagonia, y desde los Pirineos hasta Filipinas, somos los manchados, los impuros, los mezclados. Hoy en día sólo nos resta reconocer que la lengua se hace de impurezas como los hombres se acercan por sus diferencias. Don Quijote, recordemos, es derrotado porque cree en cerrar España y su lengua, el hidalgo fracasa por no reconocer ni la realidad ni la modernidad: su habla es arcaizante y apenas tolera la deformación sanchopancesca. Pero es esta última la que le sobrevivió, quijotizada aunque aún enclavada en el mundo. Hoy las academias lingüísticas y universitarias reconocen que la lengua tanto fluye cuanto admite la ambigüedad

negando los absolutos, tanto se renueva cuanto abraza y modera lo relativo en un mundo multipolar que está obligado a admitir la convivencia necesaria de lo múltiple.

La lengua que nace de la consagración finisecular de Cervantes en esta versión refrescada de la academia es una lengua moderna, diríase que es casi un contralenguaje que pone en su justo sitio a quienes aprietan desde abajo el tubo del dentífrico de la lengua, una lengua que reconoce la síntesis de lo real y de lo ideal, una lengua orgullosamente hermanada con el humor y manchada, una lengua por cuyos contrastes pueden unirse al fin las palabras, las cosas y los hombres. Una lengua, en fin, viva gracias, a pesar y a través de la institución a la que hoy, insecto al fin, impuro al fin, contador de historias y frecuentador de chistes malos, me honra pertenecer.

## RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE IGNACIO PADILLA\*

Vicente Leñero

Señor director de la Academia Mexicana de la Lengua, don Jaime Labastida; queridos compañeros académicos; respetable concurrencia:

Parafraseando a quien empieza parafraseando el íncipit fundacional de la primera gran novela mexicana de exportación, me siento impulsado a parodiar: vine a la sala Manuel M. Ponce porque me dijeron que hoy, veintisiete de septiembre de 2012 —año de la medalla olímpica del futbol mexicano—, Ignacio Padilla, un chamaco, un pibe, un chaval, un ñero, iba a pronunciar su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua como miembro correspondiente en la ciudad que tiene el nombre más bello, más eufónico —dice él— de la lengua española: Querétaro.

Don Ignacio Padilla, o simplemente Nacho, nació en 1968 lueguito de Tlatelolco. Suma apenas cuarenta y tres años —como la generación de mis hijas, oh Dios—, lo que establece un contrapunto notable con la mayoría de nosotros, los académicos viejos o los viejos académicos que nos vamos cayendo a cada rato como soldaditos de plomo, a canicazos.

Es rabiosamente joven y rabiosamente talentoso. No exagero el término: basta con leerlo o con escuchar ahora su discurso para demostrar la puntualidad del cebollazo.

Pertenece en su origen literario a una pandilla de escritores de su edad que para chacotearse al parecer de ese *boom* inventado por las editoriales hispano-

\* Respuesta al discurso de ingreso de don Ignacio Padilla a la Academia Mexicana de la Lengua. Texto leído en sesión pública solemne, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 27 de septiembre de 2012.

americanas en los años sesenta, o para coligarse con el ruido de sus figuras paternas, se autodefinieron con el sonoro término de un huevo que se rompe al brotar el polluelo, de una rama que se quiebra al clamor de “ahora vamos nosotros”: el publicitado *crack*.

Encabezado por Ignacio Padilla, Jorge Volpi, Pedro Ángel Palou, Ricardo Chávez Castañeda, Vicente Herrasti... la pandilla de cuates, luego de publicar un texto sobre su postura literaria —*Instrucciones de uso*—, se dio a la tarea de piar libros y cacarearlos con tino hasta que algunos consiguieron —*crack, crack, crack*—, sembrar sus novelas con montañas de ejemplares en las librerías de México y del extranjero —las he visto en Madrid con azoro y sana envidia— y negociar traducciones como quien palea grava y arena para el cemento de un camino cultural.

Entre los importantes de nuestra joven y vigorosa literatura mexicana del día de hoy, los chamacos del *crack* no son los únicos, por supuesto. Ahí están, enunciados al botepronto: Álvaro Uribe, David Toscana, Cristina Rivera Garza, Rosa Beltrán, Juan Villoro... Tantos más. Casi todos han rehuido, no desechado por decreto generacional, el mexicanismo del nopal y el llano en llamas, pero sí rescatado de sus mayores eso que llamamos, mordidiéndome la lengua por su compleja explicación, la voluntad de la forma, el impulso de la experimentación narrativa. Es decir: los juegos con el tiempo, la versatilidad de los puntos de vista, la identidad enigmática de los personajes, las vueltas de tuerca, la materia oscura de lo que llamamos misterio, la precisión de una sintaxis que desentierra palabras sepultadas y construye edificios verbales sorprendidos...

Ignacio Padilla es un brillante ejemplo de esa narrativa empeñada en someter el qué de la historia a un exigente cómo. Cómo engazar los elementos de una aventura de la imaginación tomando en cuenta a un lector igualmente creativo capaz de acompañar al autor, a veces con repelos por tantos enredijos, en la necia aventura de vivir, de sufrir, de reír, de morir.

Durante décadas y siglos se quiso ver en la Academia, por mor de esa imagen hierática y solemne, la figura de un padre quisquilloso y regañón que cuida de ese niñolenguaje para que no se enlode en la impureza, para que no reto-be, para que no se pierda en la compañía del malhablado de la calle que repite vocablos impropios. Pero los chicos crecen, mamita —diría Luis Sandrini—, y ese niñolenguaje se escapa por dondequiera para transitar las calles tenebrosas del vulgo que celebraban Lope y Cervantes y de ahí recoger palabras nuevas,

palabrotas a veces, con las que se enuncia ya, sin eufemismos, lo que simplemente es. La grosería. El desgarrate. El neologismo impuro. El habla de la gente capaz de inventar o resucitar términos para convertir lo coloquial en una dramaturgia verosímil.

La Academia solemne —como la entendemos hoy, es decir, antisolemne— observa ya sin repudio el fenómeno de ese ñiñolenguaje convertido en mayor. Entre innumerables tareas literarias de exploración y análisis, corrige sí gramática —sintaxis, ortografía, sentido— al tiempo en que registra, sobre todo valora y analiza, cómo se van modificando términos y modos de decir y escribir en el espacio abierto de pueblos, de regiones, de países que habitan con nuestra misma lengua.

Es notable el esfuerzo que realiza hoy la Academia Mexicana de la Lengua, por poner un ejemplo, para censar el habla del español local. El *Diccionario de mexicanismos*, siempre en proceso y bajo la responsabilidad de la tenaz lexicógrafa doña Concepción Company Company, es una muestra de la flexibilidad con que se asume la investigación enfocada a saber cómo hablamos los que hablamos este bello idioma mexicano.

Entre lo ideal y lo real de una lengua orgullosamente manchada, “la lengua de la tribu” —según nos acaba de recordar Nacho Padilla—, entre la paradoja del Cervantes rechazado por la solemnidad y el Cervantes convertido en el profeta mayor de una academia como ahora sabemos entenderla —elástica y exigente— se produce la síntesis perfecta de una vital aspiración común, social, patriótica, me gustaría subrayar: la defensa de nuestro lenguaje frecuentemente ofendido tanto por los puristas como por los malos escritores.

No deseo dictar la solapa completa de don Ignacio Padilla; prolongaría demasiado estos apuntes sobre el académico correspondiente en el histórico Querétaro.

Abrevio.

Estudió comunicación en la Universidad Iberoamericana, literatura en Sudáfrica y Escocia y se graduó como doctor en filología por la Universidad de Salamanca. De ahí le viene, creo, de su conocimiento, de su rigor de lingüista y de sus hábitos de lector compulsivo, esa veta cervantina poco frecuente en los escritores de su generación, y delatada por él mismo en un ensayo tan ambicioso como divertido: *El diablo y Cervantes*. Proviene, sin lugar a dudas, de su tesis doctoral de 1999 en Salamanca titulada *El diablo y lo diabólico en la obra de Miguel Cervantes*. En ese jugoso ensayo de más de trescientas cincuenta páginas

y siete años de manía por el autor del Quijote —como lo ha evidenciado ahora en su discurso de ingreso—, el soldado de Lepanto se ve acompañado por un escudero que esta vez no es el Sancho Panza de su extraordinaria historia, sino una obsesión cervantina: el Diablo, el Maligno, la Bestia, Satanás... Padilla describe el fenómeno desde una perspectiva profundamente religiosa y socarronamente inquisitorial.

Numerosos textos breves y extensos —hasta una pieza dramática y algunas obras teatrales para niños— ha escrito nuestro nuevo académico. Y muchos premios ha ganado con ellos. A premio por obra, casi, lo que se antoja un hecho excepcional.

Cito algunos para demostrarlo. Premio Ediciones Castillo. Premio Kalpa de Ciencia Ficción. Premio Juan de la Cabada. Premio Juan Rulfo. Premio de Ensayo José Revueltas. Premio de Ensayo Rousset Banda por *El diablo y Cervantes*. Premio Mazatlán. Premio Málaga. Premio Semana de Gijón. Premio La Otra Orilla... Y siguen. Uf.

Nuestro amigo escritor, digo para concluir: es puntilloso con su prosa tallada como un árbol que se vuelve escultura. Es obsesivo en su empeño por florecer palabras que parecían perdidas. Es delicioso en ese humor escondido que delata un credo: toda narración es un juego, toda novela es un *thriller*, porque impulsa al lector a desentrañar, como el clásico inspector policiaco, las claves no necesariamente de un crimen sino del maravilloso misterio de la ficción, remedo siempre de la vida.

Para la Academia Mexicana de la Lengua representa una real ventura contar entre sus huestes a Ignacio Padilla: un chamaco irreverente de apenas cuarenta y tres años.

# TEATRO NOVOHISPANO\*

---

Germán Viveros

Antes de hablar con brevedad sobre teatro novohispano, quiero recordar placenteramente a la persona de mi antecesor en el ámbito de la Academia Mexicana de la Lengua, a don Carlos Montemayor. Al revisar parte de su obra, encontré, desde los inicios de su actividad creadora, poesía, narrativa, ensayo, teatro, traducciones, trabajos lexicográficos y periodísticos, conferencias, prólogos, antologías y algo que atrajo mi atención: un libreto para ópera, que muestra su gusto e intereses musicales. Todo ello evidencia a una personalidad académica plena y merecedora de los reconocimientos y premios que obtuvo. Entre éstos veo uno dedicado a su actividad como editor y particularmente promotor de literatura escrita en lenguas indígenas de México. Esto tiene interés especial por la trascendencia cultural que continúa teniendo y que así constituye tal vez el mayor reconocimiento que puede hacersele al aquí recordado con creciente valoración.

Ahora me referiré a un asunto propio de los intereses de don Carlos: el teatro, pero al más lejano en el tiempo de nuestra dramaturgia actual, de la que es algo así como su germen. Hablo de la creación teatral de nuestra época virreinal, de la que emprendió su trayectoria al inicio del segundo tercio del siglo XVI y continuó desarrollándose a lo largo del seiscientos y setecientos, para proseguir su imparable evolución hasta nuestros días. El recorrido ha sido largo y variado, tanto, que se hace necesario clasificarla, pues sus peculiaridades constituyen modos escénicos claramente diferenciados por su finalidad, hacedores, ocasión, espacio, espectadores, organización o maneras de expresarse.

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro de número. Texto leído en sesión pública solemne, en el auditorio de la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 25 de octubre de 2012.

Así, al hablar de dramaturgia novohispana, el vocablo “teatro” requiere de otro que lo precise, para que su espectador / lector asuma perspectiva pertinente al momento de reflexionar en él.

Pienso en cinco pragmáticas precisiones: el teatro evangelizador, el colegial-conventual palaciego, el de coliseo, el callejero, y el de autómatas, más conocido este último, durante el virreinato, como “máquina de muñecos”. La dramaturgia evangelizadora, hecha por frailes franciscanos principalmente, se define por su propia denominación, y más adelante se discurrirá aquí acerca de ella. La colegial, además de las variantes cultivadas en conventos y en la corte virreinal, se proponía inicialmente ser parte de la formación humanística de novicios, en particular de jesuitas, a quienes se quería también adiestrar en homilética, para lo cual los superiores pensaban que un medio apropiado era la representación escénica que —según ellos— podría favorecer la capacidad discursiva y de convencimiento de los novicios, así se realizaba al mismo tiempo una intención educativa vinculada al arte escénico como tal, con lo que se buscaba lateralmente propiciar la creatividad literaria, apoyada muchas veces en la composición dramática —en latín o en castellano— pedida a novicios a modo de ejercicio escolar, del que se conservan muestras en diversos archivos.

El propósito primero fue ampliándose hasta derivar en celebraciones dramáticas diversas: el inicio de actividades educativas, el aniversario de Ignacio de Loyola, en el caso de los jesuitas, el arribo a Nueva España de un nuevo virrey, o la conmemoración de acontecimientos eclesiásticos o seculares considerados relevantes en su momento. Era una teatralidad con antecedentes en el drama humanístico, que cumplía bien la finalidad esencial y restringida para la que fue concebida, pero que supo servirse de recursos espectaculares que la hacían también intelectualmente amena y llamativa con música, coros, bailes a veces, escenografía vistosa, todo ello presentado en espacios que podrían ser considerados profesionales, como fue el caso del escenario construido *ex professo* en el interior del hoy inexistente Colegio de San Gregorio, un lugar fastuoso del que queda sólo una detallada descripción documental de la época.

Dramaturgia equiparable a la comentada aquí con brevedad se dio mayoritariamente en la sede femenina de la Orden del Carmen Descalzo, en México: el Convento de Santa Teresa la Antigua, en donde las escenificaciones eran frecuentes, a pesar de la prohibición que pretendía eliminarlas. Era una teatralidad concebida, al parecer, sólo como celebración de acontecimientos considerados dignos de ser testimoniados: profesión religiosa, aniversario de

un priorato o natalicio, o bien la visita al convento por parte de una autoridad eclesiástica. No se daba allí la intención formadora y educativa acostumbrada por la teatralidad jesuítica.

La organización de todos los aspectos concernientes a las representaciones iba por cuenta de las monjas, pero la autoría de las obras —al menos las hasta hoy conocidas— solía encargarse a un miembro de la Compañía de Jesús, como fue el caso del *Coloquio jocoserio de los elementos*; no obstante, se sabe de varones carmelitas que, además de poesía, escribieron para el teatro, como fray Juan de la Anunciación y sus coloquios, entre los que destaca, por su reelaboración de mitos clásicos, el *Coloquio de las Tres Gracias*.

Fue abundante la composición teatral surgida en conventos y colegios religiosos, pero no es prudente expresar hoy juicios definitivos acerca de la dramaturgia colegia-conventual novohispana, dada la ausencia de siquiera un inventario completo de autores y obras del género; sin embargo, no es del todo temerario hablar de autores identificados, de temas desarrollados, de modos de lenguaje versificado y, en particular, de originalidad basada en recreación de asuntos, personajes o mitos, y ofrecida a un público relativamente selecto, a través de actores improvisados como eran los colegiales que emprendían su trayectoria eclesiástica, o las educandas en conventos femeninos.

La temática de esta modalidad teatral se ha definido aquí como conmemorativa de dogmas, instituciones, autoridades, personajes y aniversarios, pero —hasta donde hoy es posible afirmarlo— solían incluirse en esas celebraciones dramatizadas asuntos de orden simbólico-religioso, aligerados a veces por la gracia discreta de algún personaje. Ejemplo de ello lo ofrece el texto del mencionado *Coloquio jocoserio de los elementos*, en donde el elogio de las virtudes de una priora auténtica —no de ficción— se fundamenta en la comparación de sus cualidades morales con los principios fundamentales de la filosofía antigua: fuego, agua, tierra, aire, que, personificados y dialogadores, corresponden, cristiana y respectivamente, a amor que obliga a obediencia, a la pureza de intenciones, a la humilde pobreza y al soplo divino que alienta la clausura, todo ello sin profundización ideológica, sino más bien con intención de amenizar intelectualmente a una comunidad eclesiástica reunida para festejar a una priora, peculiaridades estas que caracterizaron buena parte de las piezas conocidas de teatro colegial-conventual, entre las que se incluyen las escritas en latín, en donde los rasgos intelectuales se acentúan a partir de reminiscencias clásicas como lo evidencian, por ejemplo, los *diálogos* de Bernardino de Llanos.

Otra etapa evolutiva del teatro novohispano es la representada por la que yo llamo “de coliseo”, a causa del edificio identificado por ese nombre y que había sido construido y utilizado precisamente para escenificaciones teatrales; hay estudiosos, sin embargo, que se refieren a esta modalidad como “teatro profano”. De paso cabe decir que el único arquetipo conservado de estas edificaciones se encuentra en Puebla, ciudad importante para esta dramaturgia, además de Veracruz y, desde luego, la capital del virreinato. Una u otra de ambas denominaciones se refiere la dramaturgia ofrecida en Nueva España aproximadamente desde 1642 y a lo largo del virreinato. Fue una teatralidad de carácter público a la que podía asistir cualquier persona, exceptuados indios y negros. Entre la concurrencia destacaban, por su manera ostentosa de arribar al coliseo y por su vestimenta, los individuos y familias de situación económica desahogada, que solían asistir más para ser vistos que para disfrutar y apreciar el espectáculo. Constituía un modo de identificación de miembros de la clase gobernante o que podían influir en decisiones de la autoridad novohispana. Este público mostraba un aspecto de la sociedad virreinal, aunque no el de mayor mérito, pues su comportamiento en el interior de los coliseos era muy impertinente, como lo hace ver documentación conservada e incluso el testimonio de un viajero italiano, quien afirmó que por la inmoderación prevaleciente entre espectadores hubiera preferido que le pagaran por no asistir.

El teatro de coliseo estuvo sometido en buena medida por la autoridad gubernamental, que le asignó formalmente una finalidad primordial, ajena a su índole artístico espectacular. Ésa fue la de educar cívicamente a los asistentes al coliseo mediante obras con rasgos amonestadores o correctivos que dejaban al lado la calidad artística, que sólo interesaba a la literatura, para decirlo con palabras de algún censor. Estos propósitos e ideas quedaron expresados en “providencias”, bandos y reglamentos gubernamentales no siempre acatados, por lo que simultáneamente a esas disposiciones fue establecido un aparato censor bien organizado y con ejecutores llamados “jueces teatrales”, designados por el propio virrey en turno; eran dos, quienes con anticipación leían los libretos y eventualmente autorizaban su representación con enmiendas o modificaciones importantes que podían derivar incluso en el cambio de título de alguna obra. Por supuesto que autores ultramarinos no eran consultados al respecto y hasta podría resultarles irreconocible alguna obra de su autoría, situación que se hacía cada vez más evidente en el caso de las follas constituidas por partes de dos o más obras de autores diferentes.

El afán correctivo de esta teatralidad hizo que las autoridades vinculadas al quehacer escénico plantearan la necesidad de aplicar una preceptiva dramática correspondiente; fue así como, sobre todo en el ilustrado siglo XVIII, se difundieron numerosos bandos con esa intención e incluso un *Discurso sobre los dramas*, que no fue atendido a cabalidad, pero que da idea clara de los criterios gubernamentales con que se quería orientar la dramaturgia novohispana de coliseo. Se entrevé esta situación en los abundantísimos y a veces apostillados programas mensuales en los que se leen nombres de autores que —según juicio de censores— satisfacían las pretensiones moralizadoras de autoridades gubernamentales; así, aparecen mencionados, por ejemplo, José de Canizares, Fernando Gavila, Tomás de Iriarte, Luis Moncín, Agustín Moreto, Antonio Valladares, pero en particular Calderón de la Barca, cuyas obras eran consideradas propicias para el cumplimiento de los afanes de autoridades cívicas novohispanas que veían en Calderón la pauta imitable, al grado de que, cuando por alguna razón era excluida de la programación mensual una comedia elegida en principio, ésa era sustituida por alguna calderoniana, sin examen ni censura previos.

Este modo de dramaturgia se nutría fundamentalmente con creaciones de autores peninsulares, aunque hubo algunos novohispanos y de la América española en general, cuyas obras fueron representadas con éxito; fue el caso del cubano radicado en México, Fernando Gavila, quien no sólo escribió piezas para el teatro, sino que también se desempeñó como actor y director escénico. Otro fue el de María de Celis, cuya personalidad profesional parece equiparable a la de Gavila, pero es necesario conocer primeramente la documentación completa respecto a su creación dramática, antes de emitir un juicio fundamentado. Por otra parte, hay que considerar el hecho de que los comediógrafos autóctonos se veían relegados ante los peninsulares, e incluso debían pagar derechos de representación, cosa que no ocurría con los europeos.

La organización del espectáculo en coliseos iba por cuenta de un empresario, llamado entonces asentista, quien era responsable de elaborar cada programa mensual de escenificaciones, además de elegir a los actores, músicos, bailarines y cantantes que integraban la compañía teatral, la cual era financiada por el gobierno virreinal, del que resultaban sus asalariados, hecho este que beneficiaba al aparato censor.

Esta estructura de organización fue sólida y derivó en el establecimiento en Puebla de una escuela que hoy llamaríamos de artes escénicas, aunque fue de vida efímera durante el último tercio del setecientos.

Espacio para esta dramaturgia fueron los coliseos, entre los que destacaron por sus cualidades arquitectónicas los de México y Puebla, que fueron bien cuidados y atendidos por el gobierno virreinal, pues de sus ingresos dependía en gran medida el sostenimiento de los hospitales, de aquí que también la temporada teatral abarcara todo el año, exceptuada la cuaresma. Así, el teatro de coliseo, aunado a las corridas de toros y de novillos, era el espectáculo público por excelencia. En ocasiones teatro y corridas coincidían en el escenario durante una tarde de coliseo.

Entre las modalidades de teatro novohispano se encuentran, finalmente, el callejero y la denominada “máquina de muñecos”. La primera de éstas se da desde fines del quinientos (1588 aproximadamente) y a lo largo del virreinato. Fue una dramaturgia que tuvo el privilegio de su tiempo de la expresión espontánea con escasas restricciones, pues no estaba sometida por reglamentación o preceptiva alguna ni por la censura, salvo en contadas ocasiones derivadas de denuncias surgidas de prejuicios, del rigor eclesiástico o simplemente de envidia. En esa casi libertad de acción radica su mayor atractivo —no sólo literario sino también social—, pues le dio calidad teatral plena, en medio de limitaciones diversas, hayan sido éstas económicas, actorales, de tramoya y de espacios escénicos apropiados; aun así, el teatro callejero se ofreció en dos modalidades; el profano y el de tendencia devota. El primero se proponía exclusivamente divertir al público heterogéneo que transitaba por calles y plazas y que se detenía atraída por una representación breve, ligera y con buena dosis de improvisación, lo cual la hacía perfectible; sin embargo, solía incluir cantos y bailables a los que gustosamente se sumaba la concurrencia.

Los actores procedían de alguna compañía de coliseo que los había despedido, otros eran claramente los improvisados que buscaban un modo de sobrevivencia. Era una dramaturgia apoyada a veces en crítica o burla de personas y de costumbres, lo que daba al espectáculo un atractivo tono jocoso y hasta irreverente, como eran algunos entremeses y mojigangas, entre los que cabe mencionar, a modo de ejemplo, el del *Galán liberal*, la *Mojiganga de los frailes*, y la que criticaba la ubicación de la estatua de Carlos IV, tres piezas anónimas dieciochescas representativas de una teatralidad callejera, cuyos descuidos no le restan méritos esenciales, a pesar de la manera informal con que se elaboraban las guiones y de su desatención a normas gramaticales, aunque con uso de lenguaje versificado la mayoría de las veces, según se constata en textos conocidos hasta ahora.

En otro sentido, conviene decir que el teatro callejero se sostenía con aportaciones espontáneas de su público y con otras que eventualmente le otorgaba el gobierno virreinal a petición de sus organizadores, pero, a diferencia de lo que ocurría con los coliseos, la autoridad cívica no interfería en la teatralidad callejera, sino excepcionalmente.

El teatro callejero de esencia devota fue abundante, no solamente en la capital del virreinato sino también en poblaciones del interior del enorme país que fue Nueva España: Orizaba, Puebla, Querétaro, Real del Monte, Veracruz.

Esta dramaturgia solía ocurrir en fechas destacadas del calendario eclesiástico, en particular el día de *corpus* y la ocasión en que se conmemoraba la caída de Tenochtitlán el 13 de agosto. Pero también eran numerosas las veces en que las varias cofradías, permanentes, bien organizadas y con recursos humanos y financieros propios, efectuaban marchas y procesiones que incluían representaciones teatrales sobre carros, con las que se celebraba a venerables figuras sagradas, entre las que destacaban, en autos, comedias y loas, la Virgen de Guadalupe y también las llamadas *Passiones*, algunas de éstas escritas y representadas en latín durante la Semana Santa. Pero no era un teatro de índole exclusivamente religioso, sino que también solía figurar a tipos sociales comunes: el comerciante, un enfermo, el vendedor callejero, un colegial o el profesional de una disciplina, personajes bien caracterizados, con matices hilarantes a veces y con lenguaje coloquial, con lo que se quería satisfacer la búsqueda de entretenimiento de un público sencillo y heterogéneo. Estas espontáneas representaciones quedaban enmarcadas por elemental y fugaz disposición escénica, que era parte de la vida novohispana popular, desinteresada de reglamentos y preceptivas, lo que hoy le otorga vistosidad adicional.

En este modo de teatralidad hay numerosas muestras, algunas conservadas manuscritas, como son las piezas anónimas *Sainete jocoso entre un indio y una india*, o el *Entremés gracioso*, dialogado entre una vieja, un estudiante, un payo y una tornera.

Una modalidad de teatro callejero fue la “máquina” o “comedia de muñecos”, mejor identificada hoy como “teatro de títeres”. Éste se dio desde temprana época virreinal, con fines de entretenimiento divertido, pero de esa época se conoce actualmente sólo documentación respectiva que concierne a permisos de representación en México, Guadalajara, Guanajuato, Hidalgo, Puebla, Querétaro, Veracruz, pero se ignora si hubo textos o guiones; hay que aguardar los inicios del ochocientos para encontrar una buena cantidad de

éstos, tanto manuscritos como impresos. Es un aspecto casi desconocido de nuestra dramática popular acerca del cual no es posible aún ofrecer juicios definitivos, pero sí aproximaciones.

Al menos desde 1715 se sabe que hubo “cómicos de la lengua” o “farsantes”, como algunos los llamaban, es decir personas empobrecidas, generalmente desplazadas de compañías profesionales que se organizaban en otras improvisadas, para representación con títeres de madera en diversos espacios abiertos distantes de ciudades e incluso rurales, para no perjudicar los ingresos de los coliseos; sin embargo, hay constancia documental de que muchas veces el espectáculo se hacía en carpas, pabellones y también en casas particulares urbanas llamadas “coliseos de figuras”, circunstancia que estaba prohibida, mas no era infrecuente; ocurría además que los muñecos, también llamados “autómatas”, eran sustituidos por personas, lo cual ocasionó una propuesta de supresión de la actividad, aunque ésta quedó sin efecto, a pesar de las denuncias por desórdenes ocasionados por la función y hasta por vulgaridades manifiestas en ella y en su ambiente algo tosco e inmoderado.

Como quiera que se hayan dado estas situaciones, el hecho fue que el espectáculo fue muy popular y difundido en comunidades de escasos recursos, tal vez en parte por ausencia de un pleno y riguroso aparato censor como el que padeció el teatro de coliseo, y que hizo que particularmente durante el setecientos se extendiera por gran parte de Nueva España y casi en cualquier época del año, exceptuada la cuaresma, así lo hacen ver las numerosísimas solicitudes de exhibición que se conservan, desde mediados del siglo XVIII, entre las que hay una de 1759 que incluye la petición de un empresario del género que planteó la conveniencia de construir un coliseo de figuras en la pequeña población de Real del Monte, en el actual estado de Hidalgo, con lo que los beneficios económicos de los titiriteros se incrementarían, pues las ganancias estarían destinadas a ellos por completo, sin entregar un solo peso a la administración hospitalaria, como era el caso de los coliseos; esta situación se daba ya arbitrariamente desde años anteriores, pero se la quería reglamentar a mediados del setecientos.

Este modo de actividad teatral derivó, entrado y avanzado el siglo XIX, en otro más evolucionado basado en guiones y con actores de carne y hueso, que también logró gran popularidad por su caracterización de individuos comunes y por sus temas satíricos referidos precisamente al momento en que se representaban. Así, encontramos títulos y textos como *La corrida de toros*, *La pelea*

*de gallos, El borracho, Las coplas de Don Simón, Un baile en arroyo jíbaro*, también transmitido con el título de *Las astucias de un novio*. En éstos y en otros textos conservados se ironiza y divierte a partir de situaciones y de personajes cotidianos que evidencian una idiosincrasia sencilla, ingenua y también pícaro, manifestada en un lenguaje marcadamente popular, todo ello desde una perspectiva espectacular perceptible en acotaciones numerosas.

Ocasionalmente se ofrecían escenificaciones de asunto religioso en una casa habilitada para montajes de comedias de muñecos en el Parque de la Moneda, de México. Allí, en enero de 1815, se representó, por ejemplo, *Lucifer vencido*, un breve drama pastoril acompañado por un sainete y coros.

A modo de conclusión preliminar acerca de este género teatral, no es exagerado decir que constituye un testimonio social, literario y lingüístico digno de mayor atención de la que ha tenido hasta ahora.

Al inicio de estas páginas me referí al teatro evangelizador, promovido, organizado y realizado por franciscanos aproximadamente durante los dos últimos tercios del siglo xvi. Es un género ampliamente conocido y estudiado, del que, por lo mismo, intentaré hacer una síntesis.

Fue una dramaturgia concebida para doctrinar, en lengua náhuatl, a indígenas monolingües, particularmente a los de la cuenca de México, aunque hubo eventuales escenificaciones en castellano en otras regiones del sur del país a cargo de frailes dominicos. El propósito esencial, además de proponerse la abolición de celebraciones rituales indígenas, era el inculcar en sus espectadores dogmas de la religión católica y preceptos neotestamentarios. Hacen ver esto títulos y textos como *El Juicio final, La aclaración de los reyes, La ascensión del Señor, La destrucción de Jerusalén* o *La venida del Espíritu Santo*. Se conserva incluso el texto para representación de una *Vida de Cristo*, compuesta en náhuatl y en castellano. Así, temas y desarrollo escénico quedaron muy circunscritos, pero enmarcados por notable espectacularidad consistente en fuegos de artificio, vuelos imaginarios, vegetación, animales vivos, apariciones y desapariciones, música, canto a veces y simulación de lugares emblemáticos (Infierno o Gloria, por ejemplo). Estos componentes de representación tenían su lugar en espacios diversos e improvisados, pero preferentemente en capillas abiertas, de las cuales hay ejemplares conservados en el actual estado de Tlaxcala.

Los hacedores franciscanos de este género, entre los que destacó Andrés de Olmos, aprovecharon en alguna medida elementos de las moralidades y del drama litúrgico medievales, a los que mezclaron danzas y cantos propios de la

expresión de religiosidad indígena, con lo cual atraían el interés de la población autóctona, aunque este recurso también fue causa importante de la suspensión de esta dramaturgia medio siglo después de iniciada; sin embargo, esta manera peculiar de acción dramática ha pervivido en lo esencial hasta nuestros días en diversas poblaciones del centro y sur del país con las modalidades que le han impuesto circunstancias históricas cambiantes.

Ejecutores concretos de estas piezas teatrales eran los indígenas mismos, quienes eran previamente instruidos por los frailes en todos los aspectos concernientes a la representación. Ocurría así un teatral mestizaje temático, escénico y lingüístico que hace su básica originalidad.

El teatro evangelizador muestra etapas evolutivas a lo largo de su presencia. Una de ellas surgió desde finales del siglo xvi, expresada en castellano con temática preponderantemente guadalupana, dejando al lado propósitos y asuntos que interesaron a los franciscanos en el siglo xvi. Importó entonces arraigar y difundir ampliamente, y no sólo entre comunidades indígenas, el culto a la Virgen María a través de su advocación guadalupana y de todo lo que le concierne. Desde luego, asunto fundamental fue el de las apariciones, que dio tema a innumerables piezas teatrales, muchas de ellas impresas ya, pero muchas más manuscritas e inéditas. Entre las primeras son dignas de mención, a modo de ejemplo, el *Auto mariano* escrito por Joaquín Fernández de Lizardi; el *Coloquio para celebrar la maravillosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe*, recuperado al menos por Antonio Vargas Arroyo; un anónimo *Coloquio guadalupano*, y varios más, también sin nombre de autor, bajo el título de *Coloquio*; a estas piezas se suman un auto guadalupano llamado *Flores apparuerunt*, y una *Comedia en tres actos*, ambos de ignorados creadores. Entre las piezas anónimas destaca una con notable invención dramática titulada *Comedia famosa de la sagrada aparición de Nuestra Señora de Guadalupe*. Así, el propósito evangelizador se enriqueció y diversificó aprovechando la esencial experiencia teatral franciscana con todo su aparato de representación y espacios disponibles, a los que se sumaban atrios, plazas, calles y por supuesto el cerro del Tepeyac.

Con lo dicho hasta aquí he querido ofrecer una síntesis extremada concerniente a los ancestros de la dramaturgia mexicana, que tal vez ayude a su conocimiento y comprensión plenos.

## RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON GERMÁN VIVEROS\*

Mauricio Beuchot

En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, Germán Viveros nos ha hecho un elogio de su antecesor en la silla xx, Carlos Montemayor. Éste se destacó como clasicista y, además, como cultivador y defensor de las lenguas indígenas. Por eso me parece muy adecuado que Viveros, quien ha trabajado en las letras clásicas, sea su sucesor.

Montemayor realizó diversas traducciones de textos clásicos, así como eruditos estudios de los mismos. Recuerdo su traducción de Safo y un libro sobre la IV égloga de Virgilio, y un homenaje a su maestro de Chihuahua, Federico Ferro Gay. Viveros ha elogiado el trabajo de Carlos Montemayor, que en realidad fue muy digno de encomio.

Por su parte, Viveros ha realizado numerosas traducciones del griego y del latín, tanto del mundo clásico como del novohispano. Sólo recordaré su traducción del griego de Marco Aurelio y su traducción del latín de la historia del Colegio de Pátzcuaro, en Michoacán.

Pero la dedicación especial de Viveros ha sido a la historia del teatro, tanto la del clásico como la del novohispano. Igualmente, encontramos estudios suyos sobre la medicina hipocrática y galénica, a la que accedió gracias a sus investigaciones acerca del teatro, pues en el tiempo de la Colonia lo que se colectaba en las representaciones teatrales era frecuentemente destinado a los hospitales.

En cuanto a la literatura dramática, Viveros ha abarcado diversos aspectos del teatro clásico, tanto griego como latino. Pero donde más descuella su tra-

\* Respuesta al discurso de ingreso de don Germán Viveros a la Academia Mexicana de la Lengua. Texto leído en sesión pública solemne, en el auditorio de la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 25 de octubre de 2012.

bajo es en el campo del teatro novohispano. Ha rescatado, editado y estudiado numerosas piezas dramáticas de nuestro pasado colonial. Eso lo ha colocado como un estudioso benemérito de las letras mexicanas.<sup>1</sup>

Ha atendido al teatro propiamente novohispano, desde sus comienzos en el siglo xvi hasta los textos dramáticos de principios del xix. Lo más importante es que ha ido a los archivos y repositorios, de los que ha salvado numerosos textos inéditos. Eso es lo que me parece más meritorio, pues ya se han estudiado mucho los autores reconocidos, todos ellos editados, mientras que nuestro autor ha ido a los textos olvidados e incluso en peligro de perderse.

Tales son las labores que debemos agradecer a nuestro investigador, pues está trabajando a favor de la historia patria literaria y cultural. Defiende nuestro pasado, la memoria histórica y humanística que poseemos.

En su disertación, Viveros destaca los distintos momentos del teatro mexicano que ha ido estudiando. Es, como he dicho, principalmente el de la Colonia. El teatro catequético, ya que los misioneros usaban representaciones para evangelizar, sobre todo los franciscanos; el teatro escolar, ya que se usaba también para la didáctica en las escuelas, especialmente de los jesuitas; el teatro conventual, como el de las monjas carmelitas; el teatro palaciego; el teatro profano que llama de coliseo, pues se representaba en el coliseo de la ciudad de México; el callejero y de autómatas, la “máquina de muñecos” o de títeres. No sólo había coliseo en México, sino también en otras partes, como en Puebla y Veracruz. Allí cabían muchas cosas, de índole muy distinta.

En el teatro de coliseo, al que se le asignaba como finalidad la educación del pueblo, había una censura muy estricta. Viveros ha investigado cómo las autoridades intervenían, mediante unos “jueces teatrales”, y cómo los empresarios o asentistas lo cumplían en sus actores.

Llama la atención que las obras de Calderón de la Barca ni siquiera eran examinadas ni expurgadas, mientras que otras se prohibían. Algunas más se

<sup>1</sup> Por ejemplo: *Teatro dieciochesco de Nueva España*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990; *Memorias del teatro en México*, t. ix: *Dramaturgia novohispana del siglo XVIII*, selección, edición, estudio introductorio y notas de G. Viveros, Secretaría de Educación Pública, México, 1993; *Talia novohispana. Espectáculos, temas y textos teatrales dieciochescos*, Universidad Nacional Autónoma de México - Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 1996, y *Manifestaciones teatrales en Nueva España*, Universidad Nacional Autónoma de México - Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 2005.

permitían, pero con modificaciones. Todo eso nos habla de los parámetros éticos y estéticos de esa época.

Viveros ha estudiado, asimismo, las loas en México en el siglo XIX, para lo cual acudió de manera principal al Archivo Histórico del Colegio de Vizcaínas, de donde han salido excelentes investigaciones, como lo vimos en la desaparecida profesora Josefina Muriel.

Se conservan varias loas mexicanas del XIX, que han sido descritas por nuestro autor en otro discurso. Forman parte de nuestra herencia literaria. Algunas de esas loas son muy notables, pueden codearse con las mejores que se produjeron en España. Otras no son tan buenas, y desmerecen un poco. Pero todas, en su conjunto, son elementos de nuestro tesoro cultural.

Recientemente Viveros se ha dedicado al teatro guadalupano. Todas aquellas obras dramáticas que versan sobre la Virgen de Guadalupe son numerosas. Hay un extenso repertorio de las mismas. Y forman parte de la historia novohispana.

Por eso Germán Viveros se ha colocado como un investigador benemérito de la cultura patria, en el ramo de la literatura teatral, que representa el pensar y sentir del pueblo en un determinado momento histórico.

Y por eso mismo, Germán Viveros ha sido llamado a formar parte de nuestra Academia Mexicana de la Lengua, lo cual tiene bien merecido. Sea, pues, bien recibido en el seno de la misma, que ya es su casa.



HOMENAJES



HI



# ALÍ CHUMACERO A LÁPIZ\*

Adolfo Castañón

El de Alí Chumacero tiene y tuvo para mí un resplandor legendario, como de nombre salido de las *Mil y una noches*.

Empecé a ver apellido y nombre, firmando reseñas en suplementos literarios. Casi al mismo tiempo, lo descubrí como devoto de San Prólogo y responsable de ediciones de la Imprenta Universitaria, y del Fondo de Cultura Económica. Esa guía me llevó a saber que había iniciado su vocación de editor, poeta y escritor en la compañía fraternal y amistosa de José Luis Martínez, Jorge González Durán y Leopoldo Zea, con quienes fundó la revista *Tierra Nueva* en 1944. Y en cuyo primer número publicó su primer poema, *Poema de amorosa raíz*, a cuyo texto *sintomáticamente* (Alí era un lector pionero de lecturas psicoanalíticas, de Jung para mayor precisión) no le corrigió una sola coma a lo largo del tiempo. Ese inicio contundente lo llevaría a seguir participando en las redacciones de revistas como *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, *Estaciones* y el suplemento *México en la Cultura*, y a convivir con otros autores amigos: Xavier Villaurrutia, su casi tutor y maestro, Octavio G. Barreda, Octavio Paz, Andrés Henestrosa, Elías Nandino, José Emilio Pacheco... Una cautela: Alí vivía la literatura y la poesía no como un deber sino como un descanso y una diversión. Su pasión por las letras, en cuya cruz tipográfica supo clavarse jovialmente, no le quitó nunca el buen gusto ni el buen humor, a veces la estentórea carcajada. Ese sentido amistoso haría de él no sólo un conocedor experimentado de eso que se juega en la poesía y entre las líneas de lo escrito, sino también un crítico riguroso que fue poniéndole agua a su vino para no incordiar excesivamente a

\* Discurso leído en sesión pública solemne, con motivo del homenaje luctuoso a don Alí Chumacero, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 22 de marzo de 2012.

los contertulios, con la alta graduación de su crianza. También lo haría un editor al cual Juan Rulfo y Alfonso Reyes le confiaron en vida sus manuscritos, y uno de los pocos a los que Octavio Paz le hacía caso a la hora de poner en cintura sus propios versos. No por nada, éste le pediría a Arnaldo Orfila que Chumacero participara como fiel de la balanza en *Poesía en movimiento*.

No tardé mucho en toparme con el mármol pulido y limpio de sus poemas —el “Monólogo del viudo”, para citar otro ejemplo— algunos de cuyos versos se instalaron en mi memoria como esas golondrinas que llegan a anidar bajo el techo sin pedir permiso.

Cuando entreví de lejos a ese señor alto y elegante, imponente, de radiante cabellera blanca, lentes, pude darle cuerpo a esa figura que ya se había alojado en mí como una reminiscencia, cifra recordada del hombre hecho letras medidas, del poeta y del escritor que, a mis ojos, venía de *otro* mundo. Allí era tanto hombre que rayaba en idea: no sólo venía de esa exótica latitud nayarita donde sentaba sus irreales reales “Acaponeta”, sino de un reino para otros perdido, que él actualizaba y donde se fundían la vida risueña y la vida dolorosa; la vida contemplativa y la vida activa, la meditación, la conversación, la poesía, la bohemia, las canciones, las bibliotecas —su biblioteca, que fue alimentando amorosamente con libros y papeles durante años—, las artes plásticas, la amistad con los pintores y con su leal y verdadera musa y mujer Lourdes, que lo acompañó décadas; los toros, la política mordaz, mordida y escupida, los refugiados españoles, la editorial como forma de vida, la Biblia y las cantinas, las mujeres. Todo esto sólo podía suscitar mi timidez y pudor. Ahí, a la sombra de ese árbol llamado Fondo de Cultura Económica, en la enramada tejida por sus amigos y mis maestros —José Luis Martínez, Jaime García Terrés, el señor José C. Vázquez, el tipógrafo que acompañó a Daniel Cosío Villegas en la fundación de *El Trimestre Económico* y luego del Fondo—, fui creciendo sin casi darme cuenta. Sólo vi una vez fuera de sí al legendario Alí Chumacero. Se acababa de publicar el libro de Mariano Silva y Aceves *Un reino lejano*, compilado por el entonces joven Serge Zaitzeff (1987): Chumacero atravesó la sala donde estábamos, dando airadas voces pues algún pliego había quedado fuera de lugar, desgraciando aquella cuidada edición recién nacida. El entuerto se corrigió algunas semanas después, pero en mi memoria quedó esa imagen del hombre que salta de su lugar cuando le pasa algo a uno de sus hijos.

A pesar de la diferencia de edades, fuimos compañeros de trabajo y, durante algunos años, vecinos. Compartíamos un pequeño cubículo —el llama-

do Palomar— en el anexo del antiguo edificio del Fondo de Cultura Económica donde él se divertía revisando o escribiendo solapas impecables (alguna vez rescaté una página escrita por Alí con anónima intención sobre *Letras de América* publicada en *El Hijo Pródigo* para injertarla como solapa firmada en la reedición del libro de Enrique Díez-Canedo: sólo aceptó a condición de que se estampara sin su nombre). Era la época en que otro amigo y discípulo suyo, Felipe Garrido, se desempeñaba como gerente de producción de la editorial. Amigo de juventud de mis maestros y luego directores, José Luis Martínez y Jaime García Terrés, Alí seguía siendo el niño terrible que sabía con pícaro gallardía y buen humor poner el dedo en la llaga; sabía también que la belleza es lo esencial, que la conversación, la pausa, la tregua y el buen humor —la gaya ciencia— eran una como religión secreta y no tan secreta que le permitía, en primer lugar, ser un árbitro de la elegancia, un hombre de buen gusto, un hombre bueno y simpático, sin dejar de ser un profesional de la exactitud. Tuvo en esta materia buenos maestros: Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, cuya amistad, memoria y letras cuidó, en vida y después de muertos, con un pulso sereno, un temple aéreo y una apasionada devoción por la belleza perdurable y la obra bien hecha, ya fuesen esos poemas escrupulosamente labrados como lápidas funerarias que reúnen *Imágenes desterradas* o *Páramo de espejos*. O esa suma de *Momentos críticos* que condescendentemente permitió que Miguel Ángel Flores le recopilara para el Fondo de Cultura Económica en 1986, obra que inicia con su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua titulado *Acerca del poeta y su mundo*. Desde luego, no podía pasar inadvertido de la juventud, de los jóvenes poetas y escritores que lo buscaban. Convivió con muchos. Uno de ellos, el primero, su amigo y discípulo: Vicente Quirarte. Se fue inventando un personaje paralelo, una figura imprescindible en la ciudad literaria y en nuestra Academia: la de un tábano, la de un arcipreste laico y mordaz, la de un poeta más interesado en los libros de otros que en los propios, un coleccionista de manuscritos y rarezas literarias, y un amateur de la esfera amena, la pausa y la diversión. Dio muchas entrevistas. Recuerdo aquí tres respuestas que le dio al joven poeta Jorge Asbun Bojalil:<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Jorge Asbun Bojalil, *Algunas visiones sobre lo mismo. Entrevistas a poetas mexicanos nacidos en la primera mitad del siglo XX*, prólogo de Adolfo Castañón, Siglo XXI Editores, México, 1ª ed., 2007, pp. 20-21.

*¿Qué es la poesía?*

La poesía es la expresión del espíritu, es, en cierta manera, el espíritu mismo. Es la manera de proyectarse y de crear dentro de sí mismo aquello que suscita el mundo objetivo. Yo no creo que haya poesía objetiva; hay poesía subjetiva. Es una creación no de la naturaleza, sino del hombre. La poesía es, pues, una proyección sobre las cosas, sobre lo que existe; naturalmente, inspirada por la vida. No es una actividad que esté separada de la vida, sino que se alimenta de la vida, está en la vida y, en algunos casos, es la vida misma.

*¿Para qué sirve?*

Para nada, absolutamente para nada. La poesía es una pasión inútil; no tiene más objeto que consolidar al hombre; no tiene utilidad práctica —me refiero a una utilidad como la ciencia, que es un conocimiento aplicado—; la poesía se aplica nada más al gozo, a la diversión, a la lucha, al juego. Es un trabajo que se convierte en juego, es un esfuerzo que se convierte en delicia, es una expresión del hombre que vale por sí misma.

*¿Cómo es el proceso de creación de un poema?*

El poeta es, sobre todo, el hombre capaz de convertir en palabras aquello que ve, oye, siente o imagina. Yo hice un poema que se llama “Los ojos verdes”; es el fruto no de un gran amor, como podría parecer, sino de la mirada de una muchacha muy humilde que tenía los ojos verdes, naturalmente. Yo bajaba, caminaba, la vi y me impresionó muchísimo. No la volví a ver en la vida, pero llegué a mi casa y escribí el poema. Ahí está un poema surgido, nacido, promovido por un relámpago, por una mirada rápida, que es aquello que promueve todo el mundo íntimo de un escritor: un simple detalle, un simple chispazo. Ese poema está hecho a una mirada que no se ha repetido, muy hermosa, de una muchacha de ojos verdes. Como no abundan las mujeres de ojos verdes, a los mexicanos nos intimidan mucho, nos asustan y nos entusiasman al mismo tiempo. Llegué a mi casa y escribí el poema:

LOS OJOS VERDES<sup>2</sup>

Solemnidad de tigre incierto, ahí en sus ojos  
vaga la tentación y un náufrago  
se duerme sobre jades pretéritos que aguardan  
el día inesperado del asombro  
en épocas holladas por las caballerías.

Ira del rostro la violencia  
es río que despeña en la quietud el valle,  
azoro donde el tiempo se abandona  
a una corriente análoga a lo inmóvil, bañada  
en el reposo al repetir  
la misma frase desde la sílaba primera.

Sólo el sonar bajo del agua insiste  
con incesante brío, y el huracán acampa  
en la demora, desterrado  
que a la distancia deja un mundo de fatiga.

Si acaso comprendiéramos, epílogo  
sería el pensamiento o música profana,  
acorde que interrumpe ocios  
como la uva aloja en vértigo el color  
y la penumbra alienta a la mirada.

Vayamos con unción a la taberna donde  
aroma el humo que precede,  
bajemos al prostíbulo a olvidar esperando:  
porque al fin contemplamos la belleza.

<sup>2</sup> Alí Chumacero, *Palabras en reposo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956, p. 19.



## ESTAR EN LA VIDA\*

Vicente Quirarte

Si a Manolete que le estaba yendo tan bien lo mató un toro, también a uno  
le va mal, a nadie le va bien,  
por eso hay que estar contra la felicidad. No hay que ser feliz,  
hay que estar en la vida, hay que estar en el mundo, peleando  
o viendo, reflexionando o discutiendo,  
corriendo o jugando: hay que estar vivos,  
pero la vida no es dicha.

A. C.

(Entrevista de Alejandra Herrera y Vida Valero)

Alí Chumacero era inmortal. No sólo por sus versos que nacieron eternos, sino por el resplandor de su ánimo, el vigor de su persona, su avasallante presencia, tan cotidiana que llegó a ser parte esencial de un vasto nosotros que se sabía invencible. Nunca dejaremos de agradecer el talento de su obra. Más, mucho más, el genio de su vida. Enorme, sólido y entero fue el poeta desde su nacimiento. Su lugar en nuestras letras lo ocupó tempranamente con la seguridad de que las palabras son criaturas vivas, obligadas a traducir esplendores y carencias de siempre. Como su maestro Eliot, al que regresaba tan continuamente como a la Biblia, supo que el secreto consiste en la conciencia de la tradición y el cultivo del talento individual. Tuvo el reconocimiento de sus pares y la admiración de las exigentes nuevas generaciones que en él reconocieron el valor de su silencio, pero también su insuperable capacidad desacralizadora, su capacidad para hacer explotar la bomba de la risa en medio del escenario más solemne.

\* Discurso leído en sesión pública solemne, con motivo del homenaje luctuoso a don Alí Chumacero, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 22 de marzo de 2012.

Fue unánimemente amado porque no peleó posiciones de poder ni causó daño para conquistar el sitio que desde muy joven alcanzó.

Alí Chumacero es el patriarca de una enorme familia. La más amplia está integrada por la república de las letras, que olvidaba sus veleidades y disputas al momento de compartir la mesa con él, reír con él, aprender de él. En un homenaje que a lo largo de varios días le dedicó la Universidad de Colima, un huésped del hotel que tenía el aspecto de un respetable agente de ventas, que no de poeta, hacía lo indecible por sentarse a cenar en la mesa más próxima a la del inagotable manantial verbal del homenajeado. En labios suyos, historias de siempre, o aquellas por él forjadas, adquirirían frescura inédita. Sin embargo, nadie como él sabía separar muy bien su ser lúdico del ente con obligaciones comunes a la especie. Nos llevaba a iniciarnos en una cantina llamada La Recta Final, a una cuadra del cementerio de Tepic, y por la tarde se sentaba, estoico y educado, a soportar discursos, conciertos y banquetes.

Con Lourdes formó una familia que fue el eje de sus mejores afanes, y los Chumacero transformaron la casa de San Miguel Chapultepec en un espacio hospitalario de puertas siempre abiertas en el que Marco Antonio Campos, Carlos Montemayor, Guillermo Terroba, Alejandro González Durán, Joaquín Díez-Canedo hijo, Rodrigo y José Luis Martínez, Bernardo Ruiz, Óscar Mata aumentaron la nómina de hijos. Imberbes y ansiosos, nos acercábamos al poeta para tratar de entender qué era eso que se llama literatura. A cambio, nos invitó a tratar de saber lo que es la vida. Lourdes se encargó de completar nuestra educación: nos enseñó a mirar un cuadro, a comer como los dioses, a poner una mesa hermosa, a comprar en Colima sal de mar, a llenar la casa de flores que conseguía en peregrinaciones al mercado de Jamaica. Cuando Lourdes se adelantó a su Alí, María, única hija de la dinastía Chumacero, la relevó en la conducción de la orquesta para que la ceremonia no se perdiera y el 8 de julio continuara siendo un homenaje a la vida del poeta que tan pródigamente, al festejarse, festejaba a los otros.

Hombre de familia, era animal de costumbres. En un hermoso texto titulado “¿Adónde va Alí?”, Ángeles Mastretta evoca las veces en que a través de su ventana miraba al poeta, desde hora temprana, salir a la calle —luego lo supo— rumbo al baño de vapor. Era una delicia escuchar al poeta narrar los detalles de ese diario, irreplicable rito que le provocaba placer y salud y lo hacía sentirse diario fundador de la ciudad. En una comida, asediado por un grupo de admiradoras que lo interrogaba sobre la dieta y los hábitos que llevaba para

verse tan bien, una de ellas se atrevió a preguntarle si en el baño de vapor se vestía de traje. Con su voz pausada y grave y nayarita, sembrada de sabios silencios, respondió que lo hacía de vuelta a casa y una vez armado caballero, al mirarse al espejo exclamaba: “Qué tigre, hasta a mí me doy miedo”.

El tiempo fue una de sus principales obsesiones, tanto en sus poemas como en sus hábitos cotidianos. Puntual y educado, tomaba el tiempo de las intervenciones de los otros y era el más exigente cuando le correspondía hacer uso de él. Uno tras otro castigaba sus renglones hasta quedar, a lo sumo, con una cuartilla, invariablemente mecanografiada en una máquina de escribir tradicional de la que nunca se separó. Antes de hacer una nueva cita acudía a una tarjeta en la que tenía apuntados, con un método indescifrable a otros ojos que no fueran los suyos, los compromisos del mes. Ser metódico le permitía soltar la rienda de su bestia y rendir el mejor homenaje a sus apetitos. Una de sus grandes, inolvidables lecciones fue el gozo del placer sin lastimar al prójimo, la temperancia en medio del exceso, el sagrado whisky en vaso alto, con mucha agua y bebido en reglamentarios cuarenta y cinco minutos. “Primero muerto que hacer un desaire”, fue una de sus divisas. No era difícil llevarlo a una fiesta. Imposible, casi siempre, sacarlo de ella, porque él era la fiesta. Jorge F. Hernández, hermano suyo de pasiones taurinas, lo convidó a una de sus tertulias donde Alí utilizó un capote para dar muestra de su habilidad en el manejo de las armas del torero. Las fotografías deben estar allí, a la espera de reencontrarnos con el poeta en ese dominio donde respira de otro modo y para siempre. A las altas horas le comentamos:

—Don Alí, es hora de irse. El dueño de la casa ya se fue a dormir.

—Ése es su problema. Para qué invita.

En efecto, Alí era un anfitrión insuperable. Recibía al primero de sus invitados y despedía al último. “Qué bueno que vinieron y que bueno que se van”, rubricaba sus despedidas con ese humor implacable que sólo él era capaz de transformar en travesura infantil, en rudo abrazo fraterno.

Alí Chumacero fue poeta, uno de los más altos que dio el siglo xx, el país, la lengua. Valen las hipérboles porque él se encargó de consumarlas y aterrizárlas. Su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua ostenta el llano título “Acerca del poeta y su mundo” y en él afirma, valeroso y sincero, que los poetas “no son ciudadanos recomendables para disponer de algo más que de su propia conciencia”. Por eso fue tan libre. Sin hacer alarde de una bohemia estéril, todo cuanto hizo giró alrededor de su misión nuclear de poeta y de lec-

tor, pero su vida fue la del hombre común que él amaba ser. Orgullosamente se decía corrector de pruebas, y en el Fondo de Cultura Económica, su casa de siempre, transformó ese oficio en arte mayor e imprescindible.

Al igual que las letras de su nombre, escribió tres libros clásicos, que iluminan mejor con el paso de los años. Pero no dejó de escribir con la publicación, en 1956, de *Palabras en reposo*. Entonces dio comienzo otra forma de comunión con la palabra, ésa que lo condujo a formar juventudes, a dar aliento a quien demostraba vocación auténtica; a desalentar a quien en nombre de la palabra pretendía prostituirse y prostituirla. Educador a pesar suyo, el magisterio de Alí Chumacero nunca se impuso como autoridad omnímoda y sí por la potencia de su obra. Jamás acudió a actividades ajenas a la literatura para asentarse, orgulloso y firme en la aventura de la poesía mexicana. En alguna ocasión escuché al poeta Eduardo Langagne referirse al juicio de Chumacero en los siempre veleidosos y relativos concursos literarios. Ante la insistencia de mi amigo en la supuesta calidad de la obra que defendía, el maestro respondió: “Quítale los adjetivos y si nada queda es que nada hay.” Semejante rigor crítico, que era el primero en imponerse, trajo consigo la aparición de una de las más sugerentes empresas críticas de nuestro tiempo. Cuántos lectores bisoños pudimos encaminar nuestros balbuceantes pasos gracias a la guía segura de Alí Chumacero, ya en los iluminadores estudios preliminares a la obra de Xavier Villaurrutia y Gilberto Owen, ya en su cuidadosa selección de nuestros poetas románticos.

Como pocos de nuestros poetas, Alí nos enseñó que el hombre dotado de poderío verbal tiene la obligación de ejercer sus dones en la más alta y lujosa de las escalas, pero también la más honrosa de iluminar con su corazón de amante, camarada y hermano el alma de sus semejantes. Amó los libros como seres vivos y además de editarlos y reunirlos los cuidó y los procuró. Cuando la enfermedad amenazó con impedirle plena movilidad, decidió instalar su cama en su biblioteca y seguir viajando a través de sus compañeros de navegación. Sus anaqueles se llenaban cada vez más del oro de las encuadernaciones: devotamente enviaba cada mes al maestro Roberto Chávez nuevos y desnudos compañeros para que regresaran a los librereros con flamantes corazas. En la portada del libro *Vencer el tiempo* de Alejandra Herrera y Vida Valero, una fotografía panorámica de Omar Naranjo Mondragón muestra al poeta en medio de esa biblioteca de la que se sentía tan orgulloso como de sus hijos.

No se afaná en ser maestro, pero sus lecciones están en cada uno de nosotros, como cada uno de nosotros conserva una historia, una anécdota, un afo-

rismo suyo que llevamos cosido en el alma y nos sorprende como la primera vez que lo escuchamos. Sin embargo, y porque nuestro egoísmo lo quiere en tiempo presente para siempre, ya comenzamos a extrañarlo. Nos hace falta su honestidad sin ostentaciones, su inquebrantable sentido del humor que mantuvo hasta sus últimos combates, su cabellera entera, sus suaves y firmes manos de pianista, su risa de pícaro y de niño, de sátiro y patriarca. Nos ayuda saber que invisible como el aire, imprescindible como el aire, siempre estará allí, hermano mayor que nos protege sin esperar nada a cambio.



## ALBERTO MARÍA CARREÑO\*

Vicente Quirarte

En el panteón español de esta Ciudad de México hace medio siglo que palpita el polvo enamorado de don Alberto María Carreño. El 6 de septiembre de 1962, además de esquelas dedicadas a su memoria por las numerosas y diversas corporaciones a las que honró con su trabajo, se sintetizan los rasgos de su aventura terrestre: “Secretario perpetuo de la Academia Mexicana, investigador y escritor infatigable, estudioso insaciable”. A la ceremonia acudieron el hoy también recordado don Nemesio García Naranjo, don Arturo Arnaiz y Freg, don Rafael Solana, don Manuel Carrera Stampa y don Antonio Silanes López, quien pronunció la oración fúnebre.

La vida de Alberto María Carreño había dado inicio en 1875 en Tacubaya, en plena restauración de la República y a un año de que Porfirio Díaz diera principio a su larga trayectoria al frente de los destinos de México. Carreño fue longevo y llegó al año 87 de su fecunda edad. Unos años más tarde, doña Consuelo Carreño mandó grabar en el sepulcro de su esposo la estrofa inicial del soneto de fray Miguel de Guevara “No me mueve, mi Dios, para quererte / el cielo que me tienes prometido / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte.” La razón de esta cita obedece a una de las pasiones de Alberto María Carreño: su sed investigadora lo llevó a publicar un libro en que hace un minucioso análisis filológico del poema y demuestra los motivos por los que su aparecer se debe a la pluma de fray Miguel. La intención inicial del erudito había sido hacer la edición de un manuscrito propiedad de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística sobre el *Arte Doctrinal para aprender*

\* Discurso leído en sesión pública solemne, en acto celebratorio a cinco académicos, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 28 de junio de 2012.

la lengua *Matlaltzinga*, donde se halló con el poema más glosado de la lengua castellana, atribuido a san Francisco Javier, santa Teresa de Jesús y san Ignacio de Loyola. Y una peculiaridad bibliográfica: la portada y las viñetas que abren cada uno de los capítulos fueron dibujadas por Alberto María Carreño. A su pasión por escribir libros unía otra: la de hacerlos. En 1921 adquirió los talleres de la Imprenta Victoria, donde formó e imprimió varias obras suyas, así como una rara edición de 36 ejemplares de los estatutos de la Academia Mexicana. En palabras de nuestro homenajeado, “la Imprenta Victoria se convirtió en la impresora de obras de carácter científico y literario; pero si muchos libros dieron satisfacción y agradaron a quien la dirigía, ninguno podrá superar la segunda edición de la *Crónica de la Orden de N.P., Sn. Agustín en las provincias de la Nueva España* por fr. Juan de Grijalva, hecha siguiendo literalmente la ortografía de la primera edición de 1624”. Este fervor bibliófilo lo condujo a escribir una conferencia titulada “La invención más valiosa del siglo xv”, con motivo del cuarto centenario de la imprenta en México, en 1939. En su parte final, Carreño destaca la actuación de académicos que han sido, igualmente, impresores: don Francisco del Paso y Troncoso, don Joaquín García Icazbalceta, don Erasmo Castellanos Quinto y don Francisco Monterde. Con esa mención en la parte final de su trabajo, don Alberto María abre una veta digna de ser investigada con detalle, pues a los antes citados se deben obras importantes debido a su escaso tiro, su belleza tipográfica y la finura de sus componentes. Además de las obras de otros autores, en Ediciones Victoria aparecieron sendos volúmenes de los estudios económicos de Alberto María Carreño, así como de sus numerosos bosquejos biográficos. De igual forma, de sus prensas salió el libro titulado *Cuestiones filológicas*, cuyo índice ilustra sus afanes por la lengua: 1. Filología y fonética. 2. Cubanismos y mexicanismos. 3. A propósito de un diccionario tecnológico. 4. Introducción al vocabulario de la lengua mame. 5. ¿Cómo debe enseñarse la lengua nacional? 6. Minucias lingüísticas.

Cinco años después de la muerte del maestro Carreño, aparece el *Diccionario de escritores mexicanos*, cuya ficha correspondiente a nuestro homenajeado resulta injusta, por escueta e incompleta. Hoy que recordamos el medio siglo de su partida, tenemos oportunidad de decir lo que merece quien da nombre a la biblioteca de nuestra corporación, lo invocamos al menos cada dos semanas en que se reúne el pleno de la Academia a la cual perteneció. Según consta en actas, cada quince días ingresan nuevos materiales a la Biblioteca “Alberto María Carreño”, uno de los grandes y auténticos amadores de libros. Gracias

a los trabajos y los días de don Liborio Villagómez, que con tanto afán ordena y custodia el acervo documental de nuestra Academia, es posible comprobar que don Alberto María Carreño fue uno de los más prolijos colaboradores de las Memorias: son numerosos sus trabajos sobre académicos, retratos y semblanzas. Destaca una dedicada a don Federico Gamboa al cumplirse cincuenta años de su vida como escritor y medio siglo de su experiencia diplomática. Nuestra biblioteca custodia, igualmente, ejemplares de libros sobre las disciplinas que despertaron el interés de Carreño: la poesía, la historia diplomática, la bibliología, la bibliografía, la poesía, la biografía, las cartas de viajes, la historia de la imprenta y los impresores.

Don Alberto María Carreño ingresó a la Academia Mexicana como correspondiente el 9 de octubre de 1918. En 1922 recibió la encomienda de hacer la historia de la corporación y el 23 de julio de 1924 fue recibido como miembro de número. Su discurso, más tarde ampliado y publicado en sus propias Ediciones Victoria en 1925, lleva por título *La lengua castellana en México*, en el cual alternan las aportaciones literarias de nuestros escritores al español así como la necesidad de que el idioma sea una entidad dinámica que se enriquezca constantemente con nuevos vocablos.

De la vasta y diversa obra de Alberto María Carreño, existen varias que merecen una nueva lectura y una nueva edición. Me refiero, en primer término, al estudio que precede a la obra anónima *Jefes del ejército mexicano en 1847. Biografías de generales de división y de brigada*. Las 234 páginas del prólogo de Carreño están dedicadas a hacer una verdadera historia del ejército mexicano y la difícil construcción de México desde el inicio de su independencia política hasta la guerra que nos despojó de más de la mitad de nuestro territorio.

El celo de Alberto María Carreño por la defensa de la integridad territorial de México se puso de manifiesto desde su juventud, en que formó parte de la Comisión Mexicana que, presidida por don Guillermo Beltrán y Puga y don Joaquín D. Casasús, defendió el punto de vista mexicano en el arbitraje del Chamizal. Fruto de esa experiencia directa es el ensayo *El Chamizal y el presidente norteamericano Woodrow Wilson*. Aunque las negociaciones para devolverlo a la soberanía mexicana dieron inicio desde la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo y en 1911 el laudo favorecía a México, no sería sino en 1968, ya fallecido Carreño, en que la zona volvió a territorio mexicano. Se cumplían las palabras de Carreño al final de su libro: “¿Cuál será la forma que el Gobierno Mexicano adopte para llevar a término esta dificultad? Lo ignoro de manera

absoluta; pero tengo la seguridad de que cualquiera que ella sea, habrá de estar de acuerdo con la justicia, con el decoro del país y con las más altas convicciones de la nación.” Si escasas y compactas son las páginas de ese folleto, Carreño continuó reuniendo materiales para publicar en 1922 su obra monumental *México y los Estados Unidos de América. Apuntaciones para la historia del acrecentamiento territorial de los Estados Unidos a costa de México desde la época colonial hasta nuestros días*. Para la riqueza documental y bibliográfica que demandaba semejante empresa contó con el invaluable auxilio de los también académicos don Luis González Obregón y don Francisco Sosa, desde el Archivo General de la Nación y la Biblioteca Nacional, respectivamente.

Otra obra digna de mencionarse es *El cronista Luis González Obregón. Viejos cuadros*. Publicada por Ediciones Botas en 1938, es un modelo de biografía sobre el también académico y asiduo investigador del México viejo. Carreño no sólo hace una brillante exposición sobre el transcurso vital de González Obregón sino recrea la evolución de la ciudad y del país a lo largo de la vida del escritor. El libro establece los hitos que determinan la topografía urbana, sucesos como la fundación del Liceo Mexicano, las librerías y las tertulias que en ellas se llevaban a cabo, los sucesivos nombres de las calles, los usos que se les dieron a edificios diversos. Es una lástima que no hubiera escrito más biografías como también lo resulta que hasta el momento no exista una que rinda debida justicia a un hombre que, como José María Carreño, dedicó su vida al estudio y a arrojar luz sobre aspectos desconocidos de obras y de autores.

En un bello artículo titulado “El historiador Alberto María Carreño”, aparecido en *Diorama de la Cultura* de *Excelsior* el 30 de septiembre de 1962, don Arturo Arnaiz y Freg cita un elocuente párrafo que pinta de cuerpo entero a nuestro hoy homenajeado. Con sus propias palabras, entonces, concluyen las mías: “Al igual que los navegantes y los exploradores del siglo xvi, he sido agitado por la justa ambición de riquezas. Pero las que desde mis ya lejanas mocedades ambicioné, no han sido las materiales que provocan las enconadas luchas de los hombres, sino las espirituales constituidas por afectos sinceros, estimación favorable, amistad pura; la amistad que, severa, nos señala nuestros errores; que, benévola, nos impulsa en nuestros desalientos; que, misericordiosa, nos levanta en nuestras caídas. He ambicionado el poderío intelectual, que solamente se puede alcanzar tras del estudio perenne, que nos obliga a ser humildes porque mientras más estudiamos mejor conocemos nuestra ignorancia.”

## UNA VIDA Y UNA OBRA HEROICAS: ALFONSO TEJA ZABRE\*

---

Felipe Garrido

“Una vida heroica es la mejor enseñanza” escribió por ahí, tal vez en alguna de las numerosas ediciones que ha tenido su *Vida de Morelos*, Alfonso Teja Zabre. No está de más recordarlo ahora, en tiempos que de muchas maneras reclaman que haya más hombres y mujeres dispuestos a buscar para sus vidas, para sus obras, fundamentos más sólidos e ideales más altos.

\*

Alfonso Teja Zabre fue elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, para ocupar la silla V, que antes había sido de José Vasconcelos, el 9 de junio de 1961. Falleció ocho meses más tarde, con 73 años cumplidos; no alcanzó a leer su discurso de ingreso, “Vasconcelos y el idioma español en América”, pero lo dejó terminado y puede leerse en el tomo XVIII de las *Memorias* de la Academia Mexicana de la Lengua (1966).

Como lo hizo él con Vasconcelos, en el discurso que dejó escrito, convoco “a su sombra amiga” para rendirle homenaje. Lo veo como, ya cerca del fin de sus días, lo describe su amigo y colega Raúl Carrancá y Trujillo: “De mediana estatura, extremadamente delgado, abundante cabellera gris, nariz larga y ojos grandes café oscuro, muy expresivos, sombreados por anchas y pobladas cejas negras; pulcramente vestido, de amables y corteses modales. De precaria salud, parecía una débil flama a punto de apagarse, pero su voluntad y su dedicación al trabajo fueron heroicas.”

\* Discurso leído en sesión pública solemne, en acto celebratorio a cinco académicos, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 28 de junio de 2012.

\*

Don Alfonso nació en San Luis de la Paz, Guanajuato, el 23 de diciembre de 1888. Tenía diez años cuando ingresó al Instituto Científico y Literario del Estado de Hidalgo, y catorce cuando, con una beca del gobierno hidalguense, inició sus estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en México, donde obtuvo el título de abogado en junio de 1909, medio año antes de llegar a lo que entonces se consideraba la mayoría de edad.

\*

Pachuca, la ciudad donde transcurrió su adolescencia, es el escenario de *Alas abiertas* (Botas, 1920), el tercero de sus libros —escribió al menos 26— y la primera de sus dos novelas. En los años finales de la Revolución, hacia 1917, 1918, dos jóvenes pilotos, miembros de las fuerzas armadas, en una de aquellas avionetas precursoras, un biplano con alas de lona, vigilan desde el aire la sierra y lanzan bombas contra las gavillas de bandoleros que la infestan. Una noche despegan...

La voz de Francisco Doria temblaba un poco:

—Un poco más a la izquierda... un resplandor rojizo, irregular... ¡Son fogatas!... en la barranca de Izatla. El humo las oculta a veces.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

.....

Casi a un mismo tiempo, se oyeron un chasquido breve, repetido por el eco, el silbido clásico de la bala, como de alambre azotado, el grito alegre de Francisco Doria al soltar su primer proyectil.

.....

Estaban tan cerca de la tierra, que les llegó un alarido largo y brutal, de tonos agudos, y el eco de una sorda explosión.

Luego un irregular tiroteo.

.....

Téllez sintió que su amigo se desplomaba, con la mitad del cuerpo hacia afuera, y los dos brazos colgantes, sin haber llegado siquiera a soltar las otras bombas. Adelantando un brazo forzadamente, pudo asirlo por la cintura. Pesaba como un bulto inerte.

—¡Doria! ¡Francisco Doria! ¡Hermano!

Ahí comienza a complicarse la trama. No voy a decir qué sigue, pero sí a mencionar sus dos primeros libros: *Poemas y fantasías* (1914), según su autor “un pecado juvenil”, y su *Vida de Morelos*, cuya primera edición, preparada por Ignacio B. del Castillo, su compañero de trabajo en el Museo Nacional de Historia —Teja Zabre era ayudante de bibliotecario—, es de 1917. Siempre lo obsesionó Morelos, “el primero y el más alto de los mexicanos”, “el hombre que talló a golpes heroicos la primera piedra de una nueva patria”: Teja Zabre era un hombre vehemente. A lo largo de los cuarenta años siguientes esta obra fue varias veces reescrita y republicada en Buenos Aires, Madrid y México.

En 1959, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) editó la última nueva versión, meritoriamente reimpressa en 2010 al calor de los centenarios.

Pero debo aclarar desde luego —escribió en el Prólogo— que al presentar esta nueva obra me siento tan lejos de una versión definitiva como en el primer trabajo de 1917, porque en la historia, lo mismo que en todas las esferas del conocimiento, mientras más se avanza se vislumbra más espacio inexplorado y los límites parecen a cada paso más remotos.

\*

Teja Zabre fue profesor de Historia de México en la Escuela Militar de Aspirantes, en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela de Altos Estudios, en la Escuela Normal de Maestros, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Profesor de derecho penal en la Facultad de Jurisprudencia de la UNAM y en la Universidad de Honduras.

Secretario del Museo Nacional, defensor de oficio, agente del Ministerio Público, diputado al Congreso de la Unión por un corto periodo (1913-1914), magistrado del Tribunal Superior del Distrito y Territorios Federales, magistrado del Tribunal Fiscal de la Federación, ministro consejero de la Embajada de México en Cuba, embajador en Honduras y en la República Dominicana, investigador del Instituto de Historia de la UNAM.

Fue miembro electo de la Academia Mexicana de la Lengua, y de número en dos más: la Academia Mexicana de Ciencias Penales, desde 1940, cuando fue fundada, y la Academia Mexicana de la Historia, donde su discurso de ingreso, leído en mayo de 1961, fue “La locura del visitador don José de Gálvez”.

\*

Lamentablemente, Teja Zabre no aprovechó a Gálvez para escribir una tercera novela. El visitador quería ligar a Sonora con el resto de la Nueva España y con las dos Californias, para pacificarla y poblarla. Su salud, sin embargo, comenzó a resentirse después de un ataque de fiebres tercianas.

Una madrugada le dijo a un sargento que san Francisco de Asís acababa de entregarle unos pliegos. Y enseguida, que pensaba derrotar a los rebeldes con un ejército de monos traídos de Guatemala. Entre otros delirios, decía ser el rey de Prusia o Carlos XII de Suecia, y afirmaba que era inmortal. Hablaba de construir un canal desde la laguna de Chalaco hasta el puerto de Guaymas, casi 1 800 kilómetros al norte, para que lo navegaran barcos de ochenta cañones. Padecía accesos de furia en que rompía cerrojos, catres y ventanas; trataba de incendiar su cuarto. Desnudo se ponía en la ventana y arengaba a los indios diciendo que era Moctezuma y que los dogmas de la religión se reducían a creer en Nuestra Señora de Guadalupe y en el emperador Moctezuma.

Gálvez, sin embargo, puso en paz Sonora y le dio las leyes que le hacían falta para incorporarse a la vida del virreinato. Por un tiempo, de sus puertos partieron expediciones al norte para detener el avance ruso que venía de Alaska por la costa del Pacífico.

\*

Para cuando llegó a la Academia de la Historia, Teja Zabre llevaba veinte años en la de Ciencias Penales. Le interesaban las leyes tanto como al visitador. Realizó una tarea ingente como redactor, revisor y editor de normas jurídicas. En especial el *Código de Procedimientos Penales federal*, el *Código Penal federal*, y la *Ley Federal del Trabajo*.

La exposición de motivos que redactó para el Código Penal, aún vigente —escribe Luis Garrido—, “es una gallarda muestra de su talento, por la diafanidad de sus ideas, su doctrina ágil y moderna y, sobre todo, por el anhelo de tener presente al delincuente como un hombre, y no realizar meras abstracciones jurídicas al aplicar la ley”.

\*

Teja Zabre alternó la redacción de leyes con la traducción de poetas como Verlaine, Saadi y Omar Kayyam —estos dos a partir de versiones en inglés y francés—, de novelistas como Anatole France y Paul Bourget, de Gabriel

D'Annunzio, de la monumental autobiografía de Henry Adams, *La educación de Henry Adams*; una obra de más de quinientas páginas que, dice una nota puesta al final —eso me lo hizo ver Adolfo Castañón—, comenzó a traducir en La Habana en 1946, y acabó el 7 de octubre de 1949, en Tegucigalpa.

Ahí en la capital de Honduras, de la cátedra que tuvo en la Universidad Nacional —de la que fue luego doctor *honoris causa*—, se le desprendió un tratado, *Principios de ciencia penal*, que, de acuerdo con Salvador Azuela, “tiene capítulos de singular encanto, como aquél en que estudia las relaciones de esta disciplina con el arte y la religión”.

\*

Don Alfonso fue, pues, según vemos, todo más o menos a un mismo tiempo, poeta, novelista, ensayista, periodista, autor de un guión para cine que no llegó a rodarse —*Murió por la patria. Los niños héroes de Chapultepec*—, traductor, editor, magistrado, maestro, diplomático, criminólogo, “un orador de voz bien timbrada, ademán natural y estilo elegante, sin arborescencias retóricas” —dicho por otro notable disertante, Salvador Azuela—, un juspenalista convencido de que el delito debe ser considerado a partir de sus causas, del hombre y su medio. En todo puso su sello de esteta. Por encima de todo, lo recordamos por sus obras históricas.

Teja Zabre se hizo historiador en el Museo Nacional de Historia, al lado de su director, Genaro García. Sus primeros cinco libros fueron escritos y publicados con el telón de fondo de los años más violentos de la Revolución, y el comienzo de la restauración del país. En su época de plenitud, sus análisis históricos y sus libros de texto palpitan con la trepidación del cardenismo y de aquellos años en que se creía que México podría ser cada vez más grande. En sus tres últimos libros —*Umbriel, La lección de California* y *Leandro Valle, un liberal romántico*— hay una nota de pesimismo y de nostalgia.

En un cuarto de siglo publicó *Biografía de México* (1931), *Historia de México. Una moderna interpretación* (1935), *Teoría de la Revolución* (1936), *Monterrey, historia y poesía* (1937), *Chapultepec: guía histórica y descriptiva* (1938), *Panorama histórico de la Revolución Mexicana* (1939), *Guía de la historia de México* (1944), *Breve historia de México* (1947), *Lecciones de California* (1956) y sus biografías de Morelos, Leandro Valle y Cuauhtémoc, *Historia y tragedia de Cuauhtémoc* (1928), dividida en dos partes independientes, la primera propiamente histórica, la segunda una obra dramática dividida en tres cuadros. En 1933, una *Historia de México*

que durante los siguientes treinta años fue libro de texto en escuelas rurales y primarias.

\*

Los trabajos históricos de Teja Zabre son obras de divulgación. Buscan dar una visión global, interpretar los acontecimientos, explicar las causas, ordenar el pasado. Llamó a su método de trabajo *realismo interpretativo*. En palabras de José Ángel Ceniceros: “depurar el documento, pesar el testimonio y ponerlo a vivir otra vez”. Le interesaba la historia de la colectividad, de las multitudes anónimas.

Teja Zabre se formó en el positivismo liberal, incursionó en el relativismo histórico, y después en el materialismo, que lo llevó a prestar especial atención a la influencia de los factores económicos en los hechos históricos. Negaba que hubiera una ley natural universal para el devenir de la historia. “La historia —escribió— no es una ciencia, como la matemática o la química, porque no ha podido formular leyes.” Concluyó que es una forma de conocimiento.

Como lo siguen haciendo los manuales de historia en la primaria, para iniciarse en ese conocimiento había que partir de las vivencias cotidianas:

Para sentir las primeras impresiones de la existencia de un pasado nacional, es preciso darse cuenta antes de un pasado individual o personal, por los recuerdos de la familia y de la escuela, y los relatos de los padres y maestros. La propia casa, la escuela, las calles, los coches y carros, el alumbrado, las tiendas no han sido siempre como son ahora, sino que han venido cambiando con los años y con los meses, como cambian las plantas y como cambiamos nosotros mismos.

Sus relatos siguen los caminos de la historia tradicional. Don Alfonso era vehemente, pero sabía dudar y, ante personajes o hechos que suscitan polémicas, se tomaba el trabajo de mostrar los argumentos antagónicos. Así es como analiza a figuras como Hernán Cortés o Hidalgo, y episodios como la Conquista, la guerra con los Estados Unidos o la Revolución de 1910.

Le interesaba dibujar los claroscuros de sus personajes. Así lo dice en su Prólogo a la última versión de la *Vida de Morelos*:

A pesar de la orientación ideológica liberal y la simpatía para el héroe y su causa, no he tratado de ocultar las deficiencias y las debilidades humanas.

Creo que de este modo Morelos, el hombre, tal vez no aparezca tan perfecto y admirable como lo quisiera el sentimiento popular, pero el héroe no sufre depreciación. No solamente por su fama de guerrero, sino más aún por el movimiento social y político que pudo encarnar y simbolizar, y porque la magnitud de sus cualidades supera con mucho la de sus errores.

\*

Un aspecto poco tratado por otros narradores de la Revolución destaca en su segunda novela, *La Esperanza y Hati-ké* (Botas, 1922): la vida en la Veracruz ocupada por tropas yanquis, de abril a noviembre de 1914. Amoríos, rivalidades que la amistad supera, amenazas, impulsos patrióticos, conjuras, la voluntad de sobrevivir. Uno de los últimos barcos en que será posible salir del país para huir de persecuciones partidistas y encontrar una vida más segura está a punto de zarpar. La escena es en uno de los muelles.

Por la escalerilla movable iban ascendiendo más pasajeros. Algunos llegaban jadeantes, como temerosos de que el *María Cristina* soltara de pronto sus amarras y los dejara. Eran gentes conocidas, políticos, ex militares, funcionarios que algunos días antes se pavoneaban aún por las calles de la metrópoli, con el aplomo que dan el dinero y el poder.

.....

Los compañeros de Alex reforzaban su actitud hostil en contra de un pasajero rezagado, que venía de prisa, con toses de sofocación y jadeos, clavando la vista en la escalera levadiza levantada ya un palmo sobre el muelle. Era un viejo militar que se distinguió por su dureza contra los rebeldes. Algunos se le acercaban y le cerraban el paso, mientras el hombre, acosado como una alimaña, se revolvió y agachaba la cabeza como para embestir. Pero repentinamente, aquellos que lo rodeaban fueron apartándose y le dejaron libre su camino hacia el barco. El soldado norteamericano que hacía de centinela en aquel sitio, se aproximaba atraído por el rumor de las injurias altisonantes. Llevaba su rifle bajo el brazo, y veía hacia todas partes con curiosidad, caminando lentamente con sus largas zancadas.

El fugitivo pudo alcanzar la escalerilla del *María Cristina* apenas a tiempo para subir fatigosamente. Alex se había separado de su grupo.

\*

En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, tras exponer la actitud de Vasconcelos frente al español de América, Teja Zabre llegó a una conclusión que actualmente todos compartimos: “Lo más importante y definitivo en un idioma es el uso actual, la lengua viva en boca de todas las clases sociales, tal como se habla en la existencia cotidiana.”

Vasconcelos es conocido principalmente como filósofo y como político —escribió don Alfonso—, pero es probable que su obra de escritor se imponga al fin con más relieve.

La crítica literaria —añadió— reconoce plenamente la calidad del escritor, y aun los enemigos que lo combaten en diversos aspectos de su actividad tienen que juzgarlo como gran artífice del idioma y creador de una prosa eficaz, viva y potente.

Algo de esto también ocurre con Teja Zabre. A un lado de sus páginas legales, un buen número de sus escritos históricos y literarios pueden seguir siendo leídos con provecho y placer. Sus biografías de Morelos, de Leandro Valle y de Cuauhtémoc. Sus dos novelas, sus espléndidas traducciones. Yo encuentro un especial deleite en volver a esos manuales suyos para la escuela rural que nos devuelven el espíritu de una época, nos presentan una síntesis del camino que hemos seguido para construir nuestro país y, con su sano optimismo, abren una brecha de esperanza para el porvenir.

## JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS\*

Adolfo Castañón

El bachiller José Rojas Garcidueñas, nuestro décimo primer secretario —me contó Germán Viveros— era un maestro singular. Llegaba a su clase y se ponía a hablar en voz alta sobre el tema o motivo que ocupara en ese momento su mente —quizá alguno de los asuntos recogidos en *Temas literarios del Virreinato* (Miguel Ángel Porrúa, 1981)—, mientras caminaba midiendo el salón con paso ensimismado por las escalinatas de su monólogo, y apenas atento a los engranes de su discurso entre los oyentes, como quien da cuerda a un reloj invisible.

No era tanto un maestro que fuera sacando del discípulo la verdad entranada como un jardinero despreocupado que fuera rociando con su saber el semillero estudiantil. Era un jardinero de la erudición nacido en 1912, un año antes de la Decena Trágica, en la ciudad guanajuatense de Salamanca y muerto 69 años después en la Ciudad de México. Hizo sus estudios en la Ciudad de México y se graduó con la tesis, luego publicada como libro en 1938 bajo el sello de Ábside, sobre *Vitoria y el problema de la conquista en derecho internacional*, obra que puso al día el tema inveterado del derecho de los pueblos más fuertes sobre los más débiles, y que en la España del siglo xvi planteó y debatió fray Francisco de Vittoria.

Discípulo de los maestros a quienes les tocó vivir la etapa más delicada de lo que se ha convenido en llamar la etapa constructiva de la Revolución Mexicana, Rojas Garcidueñas se formó cerca de aquellos que a su vez fueron discípulos de la generación del Ateneo —grupo sobre el cual Garcidueñas escribiría un útil ensayo (en 1979): *El Ateneo de la Juventud y la Revolución* (México, Instituto

\* Discurso leído en sesión pública solemne, en acto celebratorio a cinco académicos, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 28 de junio de 2012.

Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, 155 pp.)—, los llamados miembros de la Generación de 1915 (los siete sabios o caudillos culturales de Enrique Krauze), quienes asumieron la custodia de la memoria y el hacer nacional, como una suerte de militancia ciudadana. La idea de “salvación” anima y rige la vocación de Garcidueñas por la cultura virreinal mexicana.

El tema medular de sus estudios sería el de las letras virreinales y el nombre familiar, por el cual se debe precisamente al bachiller Arias de Villalobos, uno de los autores estudiados por Rojas Garcidueñas en su trabajo de investigación sobre las tempranas expresiones dramáticas de la Colonia en el libro *El teatro en la Nueva España en el siglo XVI* (1ª ed., 1935; 2ª ed. corregida y aumentada, México, SEP-Setentas, 1973). Esa investigación fue el punto de partida de la analecta que publicaría poco después en la Biblioteca de Estudiante Universitario, *Autos y coloquios del siglo XVI* (1939), y luego en la edición anotada y prologada por él sobre los *Coloquios espirituales y sacramentales de Fernán González de Eslava*, publicados por la editorial Porrúa en la Colección de Escritores Mexicanos, tomos 74 y 75, en 1958.

El bachiller Rojas Garcidueñas ingresa a la Academia Mexicana de la Lengua el 22 de junio de 1962, en el sitio número 4, que dejara el internacionista Genaro Fernández Macgregor, cuyo elogio haría con buen conocimiento de causa, pues además de haber hecho la tesis mencionada sobre Francisco de Vitoria —años antes de que, por así decir, lo pusiese de moda el español Manuel Pedroso—, se ocupó durante varios años en la Secretaría de Relaciones Exteriores, en una oficina dedicada a estudiar y dirimir las cuestiones de los límites entre los países. Lo sucedería en esa silla IV Tarsicio Herrera Zapién, a quien correspondería hacer su elogio. El derecho internacional está presente en las meditaciones de Rojas Garcidueñas hasta el punto de dejarse hacer un libro de cuentos, *El erudito y el jardín*, con todos los “regalos” de fin de año que iba publicando, un texto (“Un pasaporte Nanssen”) sobre la situación de aquellas personas a quienes su propio país les retira la nacionalidad, o que se encuentran refugiados o desplazados por una situación de guerra —una cédula de identidad que, en nuestros días de violencia desatada, cobra un valor singular—. El texto, además, refiere con ironía el temple vengativo de un racista norteamericano en México, que lleva a otro en 1948, su víctima, a solicitar “un pasaporte Nanssen”.

Dos obras, dos “salvaciones” —para retomar la voz de Ortega y Gasset—, refrendan la vocación de Rojas como acucioso y amoroso estudioso de la cul-

tura virreinal mexicana: la biografía del erudito novohispano Carlos de Si-güenza y Góngora (Xóchitl, México, 1945), cuyas obras históricas también prologó, y la monografía histórica sobre el poeta y prosista Bernardo de Balbuena, autor de *La grandeza mexicana* que, al decir de José Luis Martínez en 1992, es el mejor estudio que hasta esa fecha se cuenta sobre el autor y sus obras. Organiza, pone en cintura crítica, impone congruencia y concordancia a un gran número de papeles sueltos y de documentos sobre el autor novohispano. Preparó una monografía sobre *El antiguo colegio de San Ildefonso*, lugar donde él mismo había estudiado, con motivo del IV centenario de la universidad; además de dedicar un útil estudio lleno de datos sobre *El Ateneo de la Juventud y la Revolución mexicana* (1979). Además Rojas Garcidueñas estudió y prologó también al iniciador de la historia de la pintura en México, *Don José Bernardo Couto. Jurista, diplomático y escritor* (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, Universidad Veracruzana, 1964), quien fuera discípulo del Dr. José María Luis Mora. En esa vertiente de la historia y crítica de arte escribió un valioso ensayo, *Presencia de Don Quijote en las artes de México*, en el cual se junta su pasión por la historia y por las artes. Ahí descubre el lector que el personaje de Don Quijote y su compañero Sancho Panza recorrieron las calles de la flamante México el 24 de enero de 1624 en una mascarada, así como otras muchas noticias curiosas que dan cuenta de la riqueza de la vida cultural mexicana desde esos primeros tiempos.

La figura de José Rojas Garcidueñas me es simpática. Lo imagino saliendo de su casa en Bolívar núm. 8, en el tercer piso, donde era vecino de Indalecio Prieto y Max Aub, y donde vivía con su esposa, Margarita Mendoza López, la hija del ingeniero Miguel Mendoza López Schwerdtfeger (1883-1965), cofundador del Partido Liberador Mexicano de Ricardo Flores Magón, perseverante propagador de las ideas socialistas en México, autor de un tratado de *Economía libertaria* y, en 1958, candidato a la presidencia de la República por el Partido Comunista en los tiempos de Adolfo López Mateos (en la democracia mexicana se ha dado, como en otras, la costumbre de nombrar candidatos ornamentales que nunca ganarán).<sup>1</sup> Lo imagino yendo a Relaciones, a

<sup>1</sup> Parece interesante documentar la figura de este combatiente político que fuera el suegro de Rojas Garcidueñas, Miguel Mendoza López Schwerdtfeger (1883-1965). Natural de Guadalajara, Jal., precursor de la lucha y organización obrera en la entidad y difusor de las ideas socialistas en México. En 1905 ingresó al Partido Liberal encabezado por los hermanos Flores Magón; en 1908 se incorpora al Partido Democrático Independiente para apoyar la candidatura de Bernardo

la Universidad, y pasando luego por su despacho en Guerrero núm. 2, frente al jardín de San Fernando y próximo a las librerías de viejo que estaban en Tacuba, como la Dante o la de Polo Duarte. Lo imagino recorriéndolas en compañía de su joven amigo José Luis Martínez, quien ha contado en *Bibliofilia* que a su muerte iba a visitar a doña Margarita al hotel Regis y que salía de ahí cargado de libros que ella le regalaba. El ritual terminó en 1985 cuando murió junto con todos los otros huéspedes a causa del terremoto que acabó con todo,

---

Reyes a la vicepresidencia de México. A la llegada de Madero a Guadalajara, en diciembre de 1909, Mendoza López le entrega un proyecto agrario sumamente avanzado, que fue rechazado por Madero, quien lo consideró bastante radical. A la caída del gobernador Manuel Cuesta Gallardo, Mendoza López fue nombrado el 25 de mayo de 1911 secretario general de gobierno por David Gutiérrez Allende, gobernador sustituto. En 1912, la Confederación Democrática del Trabajo, de orientación socialista, lo postula como diputado federal pero no pudo obtener el triunfo; ese mismo año participó como cofundador de la Casa del Obrero Mundial, donde muestra su inclinación por la causa zapatista. De regreso a Guadalajara, durante los primeros meses de la dictadura huertista, actuó como abogado defensor de presos políticos y su oportuna intervención salvó la vida, el 14 de junio de 1913, de Roque Estrada, Ramos Praslow, Ignacio Romero Aguilar y José Barba y Anaya, detenidos por órdenes del gobernador José López Portillo y a quienes se pensaba aplicar la ley fuga en las afueras de Guadalajara. Regresó a la ciudad de México en donde junto a Rafael Pérez Taylor, Luis Méndez, Octavio Jhan y Antonio Díaz Soto y Gama, se incorpora a las filas zapatistas, participando en la elaboración del acta de ratificación del Plan de Ayala, que reconocía a Zapata como jefe nacional de la revolución. Participó como delegado zapatista en la Convención de Aguascalientes y cuando ésta nombró un gobierno provisional, Mendoza López fue ministro de justicia (marzo 3 de 1915). El 10 de junio, el presidente convencionista Francisco Lagos Cházaro lo nombra ministro de fomento, llegando a ser presidente del Consejo Ejecutivo de la Convención. Fue actor fundamental en la formulación de la ley agraria zapatista, en la que se prohibía la acumulación territorial y los monopolios; se proponía la creación de cooperativas, la modernización tecnológica del campo y el establecimiento de tribunales agrarios. Responsable al mismo tiempo del Ministerio del Trabajo del gobierno convencionista, elaboró una ley general del trabajo, que reconocía el derecho de los trabajadores a disfrutar de manera íntegra el producto de su trabajo, jornada de ocho horas, prohibición del trabajo femenino nocturno en las minas y durante el embarazo, y además prohibición de trabajo a los menores de edad. En enero de 1916 fue ministro de gobernación y luego oficial mayor de hacienda, hasta la disolución del gobierno convencionista el 16 de mayo de ese año. En 1917 estuvo brevemente en Tepatitlán, donde propuso la organización del país a través de una Federación de Municipios de la República Mexicana. Se exilió en San Francisco, California, donde se afilió al Partido Socialista Americano y participó en la defensa de Ricardo Flores Magón. Regresó a México en 1920, gracias a la amnistía y a la alianza de los restos zapatistas con Obregón. Ese año, al disolverse el Ayuntamiento de Guadalajara contrario al Plan de Agua Prieta, ocupó brevemente la vicepresidencia municipal y, poco después, se lanzó como candidato al gobierno estatal con el apoyo del Partido Nacional Jalisciense, el Partido

salvo con el reloj de su amado esposo José, gracias al cual fue posible identificarla, según contó a doña Gloria Gopar, su amigo, el académico Porfirio Martínez Peñalosa. Así lo recuerda su amigo José Luis Martínez:

ix. *Los Rojas Garcidueñas*<sup>2</sup>

En la Academia Mexicana de la Lengua fui amigo y aprecié a José Rojas Garcidueñas, que era el Secretario Perpetuo y murió en 1981 cuando yo era ya director. Decidimos juntar sus hermosos relatos breves, y para reunirlos y recoger papeles de la Academia, al terminar a las ocho de la noche las sesiones, iba a su casa cercana con su viuda, mi querida amiga Margarita Mendoza López. Y una noche me dijo: “Como que ves con mucho interés los libros de José. Si te interesan, dímelo y te obsequio los que quieras porque yo quiero deshacerme de ellos”. Le agradecí su oferta pero le propuse que se los pagaría al valor que estimara. Margarita me decía que no le mencionara los títulos y que sólo le dijera el número de libros que me llevaba. José tenía una buena colección de historia de México, libros sobre Guanajuato, su tierra, que no toqué, buenas ediciones de literatura mexicana y una colección de Quijotes antiguos a los que renuncié porque no tenía espacio. Dos veces por mes iba con una gran caja de cartón que llenaba, le hacía cuentas y le dejaba un cheque. Entre mis compras más apreciadas estuvieron la preciosa edición de grabados de *México y sus alrededores* —que

---

del Trabajo y la Liga de Comunidades Agraristas de Jalisco; se retiró de la contienda alegando parcialidad del gobernador Francisco Labastida Izquierdo, en favor de Basilio Vadillo. En 1922, participó como candidato independiente a diputado federal suplente con el Gral. Baca Calderón; al mismo tiempo se postuló como candidato al Senado, perdiendo en ambos procesos. El 21 de septiembre de ese año, fue nombrado secretario general de la Comisión Nacional Agraria dependiente de la Secretaría de Agricultura y Fomento. El 16 de noviembre de 1922, expidió una circular que propiciaba que los pueblos tomaran la tierra inmediatamente aunque de manera provisional, causando una gran conmoción en varios estados de la república, por lo que Obregón suspendió los efectos de la misma y cesó en sus funciones a Mendoza López. En 1923 fue director de Cooperación Agrícola en donde también estuvo muy poco tiempo. Se dedicó a la docencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y, en la década de los cincuenta, fue postulado candidato a la presidencia de la república por el Partido Comunista. Escribió *Tierra Libre* en 1915, folleto en donde expone sus tesis agrarias, y en 1922 *Cooperación y fraternidad. Tratado de la economía social libertaria*, publicado en 1922 en la capital del país por la Secretaría de Educación Pública. Muere en la ciudad de México el 11 de febrero de 1965.

<sup>2</sup> José Luis Martínez, *Bibliofilia*, núm. 204, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, pp. 29-33.

ya había encontrado en Buenos Aires y no había podido comprar por su elevado precio—, la edición original de los tres tomos de *La ciudad de México* en el siglo xvi, preciosa para mis trabajos sobre este siglo. Y recordaba que cuando unos prerrevolucionarios pusieron fuego al palacio de los virreyes en 1692, don Carlos de Sigüenza y Góngora salvó los originales de estos libros de las llamas. Las ediciones de García Icazbalceta de poetas del siglo xvi, en que trabajaba José de J. Rojas Garcidueñas, Margarita no quiso que les fijara precio porque me las regalaba. Y además de otras menudencias, quiero mencionar unos raros libros argentinos sobre los viajes trasatlánticos en el siglo xvi que fueron básicos para mis *Pasajeros de Indias*.

Margarita, la generosa, se fue a vivir al Hotel Regis con sólo algunos libros sobre teatro en México, su especialidad. Y pereció en el terremoto de 1985. No se encontró su cuerpo y la pobre ya había pagado a Gayosso sus exequias.

José Rojas Garcidueñas —cuyo apellido compuesto huele a caoba, color de la edición de *El erudito y el jardín*— fue hijo de Joel Rojas y de Victoria Garcidueñas de Rojas, una familia tradicional del Bajío, en cuyo jardín había pavorreales. Recuerda el niño que fue Rojas que a los pavorreales se les amarraban cintas rojas en las patas cuando era el tiempo de que se les cayeran las plumas —pues son tan vanidosos que son capaces de morir de vergüenza sin su suntuario atuendo. También recuerda que toda la ropa que se llevaba en casa se hacía ahí mismo. Frecuentaba de tanto en tanto, lo sé por mi padre, la librería de Manuel Porrúa y luego, más tarde, la de Miguel Ángel, su hijo y editor, en la empedrada calle de Amargura. La adolescencia y juventud de Rojas Garcidueñas transcurrieron iluminadas por los últimos relámpagos de la Revolución. Nacido en 1912, José Rojas Garcidueñas gusta y cultiva la amistad de las personas mayores: se hace amigo de Nicolás Rangel, de Luis González Obregón, de Alfonso Reyes y de Francisco Castillo Nájera, Manuel Toussaint, de los hermanos Méndez Plancarte, conoce y trata a Antonio Gómez Robledo y al padre Ángel María Garibay. Con Alfonso Reyes tuvo diversos tratos institucionales, políticos y bibliográficos, en torno a muchos proyectos, uno en particular fue el de la organización frustrada del Comité Organizador de la Conferencia Interamericana de Escritores, compuesto por la plana mayor de aquel entonces (la presidencia de Manuel Ávila Camacho).<sup>3</sup> En José Rojas Garcidueñas, el

<sup>3</sup> Antonio Acevedo Escobedo; José Alvarado; Bárbara B. Aponete; Juan Antonio Ayala; Car-

sedimento aflora en sentimiento y la tradición vive y se incorpora porque él se ha puesto de pie para ir a su encuentro. Hay en su obra varias construcciones de crítica y erudición histórica que están hechas para atravesar el tiempo como el *Teatro de la Nueva España en el siglo XVI*, en el que hace un estudio encadenado de lo que ahora diríamos representaciones teatrales prehispánicas, que es el espacio en el cual se insertó el teatro evangelizador de los misioneros para concluir con las figuras más desarrolladas del teatro como son las de Fernán González de Eslava y la del bachiller Arias de Villalobos. Precisamente de esta figura le viene a Rojas Garcidueñas el apelativo de bachiller con el cual se le conoció desde muy temprano por su familiaridad e intimidad con el conocimiento del pasado de México a través de sus obras y de sus autores.

La tradición que se va transmitiendo de boca a oído, de maestro a discípulo se hizo fragua y forma en la figura de este erudito historiador y escritor mexicano en quien la tradición se deletrea. A la manera del paseante que prefiere descansar en la capilla o atrio externo, en vez de perderse por el amplio espacio de la basílica, yo preferiré ocuparme en esta evocación de José Rojas Garcidueñas de sus escritos convencionalmente llamados menores como las estampas, *Anécdotas, cuentos y relatos* recogidos en el libro *El erudito y el jardín* (...) y no de las grandes construcciones como el *Teatro de la nueva España en el siglo XVI*, la monografía sobre El Colegio de San Ildefonso, las biografías de Bernardo de Balbuena y de don Carlos de Sigüenza y Góngora, o el admirable tratado sobre *Vittoria y el problema de la conquista en el derecho internacional*, que fue su tesis de licenciatura. Es, creo, en esas anécdotas y relatos —uñas de león— donde mejor se puede acercar el lector a Rojas Garcidueñas y a la forma en que se hace amigo de la tradición y así se la apropia y adueña. Sabe muchas cosas este hombre con apellido que se desdobra y huele a caoba.

---

los Fuentes; Carmen Galindo; José Gaos; Jaime García Terrés; Martín Luis Guzmán; Phillip Koldewyn; Ernesto Mejía Sánchez; Francisco Monterde; Raúl H. Mora Lomelí; T. Navarro Tomás; José Emilio Pacheco; Paulette Patout; Raúl Rangel Frías; Alicia Reyes; Jaime Willis Robb; Hugo Rodríguez Urruty; José Rojas Garcidueñas; Jean Rose; Heberto A. Sims; Altaír Tejada de Tamez; Jaime Torres Bodet; Mario Vargas Llosa; Ramón Xirau, *Presencia de Alfonso Reyes. Homenaje en el X aniversario de su muerte (1959-1969)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1a. ed., 1969, p. 143.

\*\*\*

Hay en los cuentos de Rojas Garcidueñas un fino sentido del humor, que sabe volver a la realidad para desdoblarla, enmascarando y desenmascarando la vida académica a través de sus rituales, como pueden ser, por ejemplo, las conferencias en los simposios, la originalidad de una investigación, la condición inédita de un tema. Esto es precisamente lo que sucede en el texto inicial de *El erudito y el jardín*, titulado “El hallazgo del crítico”, una despiadada sátira de la cultura académica y congresista que hallaría eco feliz en el texto que hace su amigo Francisco de la Maza titulado “El estilo Luis XVII”. Es “Una sátira del crítico de arte que anuncia ante un congreso de Historia y Arte su descubrimiento de un francés olvidado, el Luis XVII—El pobre hijo de Luis XVI y María Antonieta que sobrevivió sólo dos años a la ejecución de su padre en 1793” (...) El estilo Luis XVII “floreció, según de la Maza, en una isla del Caribe a donde fue llevado el niño Capeto, estilo que consiste en una atroz mezcla de rococó y de motivos indígenas americanos” (Martínez). El juego erudito seguro que habría divertido mucho a un lector de *La expresión americana* de José Lezama Lima, si no es que al propio autor de *Paradiso*. Para colmo y confite, *El erudito y el jardín* fue publicado en 1983 por la Academia Mexicana de la Lengua con prólogo de José Luis Martínez.

El placer de contar, el gusto por volver a escuchar sabrosos sucedidos y por recrearlos. Contar breves anécdotas memorables que cobran sentido en función de un relato mayor. Como dice Rojas Garcidueñas, citando a Ernest Robert Curtius, un comentario literario sin citas es como un libro de anatomía sin ilustraciones. Vayan en prenda dos:

#### UN HOMENAJE EN VIDA

Los que en este relato se cuentan son sucesos absolutamente ciertos y acontecidos y sólo en detalles circunstanciales podría haber alteraciones, como en el olvido de algunos nombres de personajes que en ellos intervinieron, ya sea porque fueron olvidados por quienes me relataron tal anécdota o por mí mismo, que la redacto ahora, a una distancia de más de quince años de cuando por primera vez me fue contada. Los principales actores de ella

murieron hace tiempo, pero otros viven aún, algunos en México, otros podrían añadir o corregir detalles, pero ni en éste caso de singular investigación ni tiene qué ganar ni qué perder con toques o retoques que pudieran hacersele; por todo, prefiero atenerme a mi memoria y con lo que ella me dé narrar este curioso suceso.

Fue hacia el año de 1923, aproximadamente, cuando un grupo de escritores, entre los que se contaba Rafael Heliodoro Valle, Nicolás Rangel, Rafael López, Francisco Monterde, José de J. Núñez y Domínguez y algunos más, formularon una petición, luego calzada por muchas más firmas, solicitando del Ayuntamiento de México que, por los muchos méritos que concurrían en el historiador don Luis González Obregón, se le rindiera un gran homenaje dando su nombre a una de las calles de la capital; se alegaba, con justicia y razón, que la ciudad tenía notable deuda con el ilustre escritor quien, más que ningún otro por entonces, había dedicado esfuerzos por historiar y sacar a luz tradiciones, leyendas, curiosidades, nombres y hechos gloriosos de México, de los que están llenos sus libros de *Las calles de México*, *México viejo*, *La vida en México en 1810* y otros que sería prolijo citar.

El Ayuntamiento de la ciudad de México tenía una especie de Consejo consultivo cuyo nombre no recuerdo, con atribuciones tales que a él correspondía deliberar y opinar en casos como el que entonces se presentaba. Presidía dicho Consejo el novelista don Federico Gamboa que, por quién sabe qué malaventuradas circunstancias, tenía respecto a González Obregón enemistad profunda aunque siempre encubierta por los formalismos de la cortesía. Por aquel cargo hubo, pues, de conocer Gamboa la petición antedicha y, desde el primer momento, quiso desvirtuarla, ya que le era imposible denegarla llanamente por el mucho peso de las razones y firmas que la apoyaban; aceptada, desde luego por el Consejo, Gamboa no intentó oponerse pero la turnó al Cabildo proponiendo para el fin mencionado el Callejón de Coajomulco (hoy de José María Marroquí), que en esos años era una calleja empedrada y muerta. Supo don Luis del voto de Gamboa y, naturalmente, se irritó muchísimo pues en verdad aquello era una burla con mucha pérfida intención. Por fortuna el asunto se arregló porque don Nicolás Rangel propuso que la calle que se rebautizase fuere la primera de San Ildefonso, antes de la Encarnación, donde el propio don Luis vivía. El Ayuntamiento aprobó esa idea y se fijó la fecha de la ceremonia correspondiente.

La inquina de Gamboa contra don Luis debe haber sido muy grande, pues valiéndose de su posición oficial encontró medios de que las invitaciones al acto público no se distribuyeran y sólo un escaso número de ellas llegaron a su destino aunque tarde y fuera de toda oportunidad.

Pero sí llegó, como tenía que ser, el día señalado —¡qué día más amargo, amigo! comentaba, recordándolo, don Luisito—. A eso de las diez de la mañana se presentaron en su casa (el número 9 de la hoy calle de Luis González Obregón) los comisionados para acompañarlo; el vate Núñez y Domínguez, Rafael Heliodoro Valle y alguien más, todos enfundados en las colas de pato de sus *jaquettes*, como era de rigor. Charlaron con don Luis un rato, de cuando en cuando alguno de ellos desde el balcón de la casa echaba un vistazo a la esquina confiando en ver llegar a los que debían asistir a la ceremonia, pero ¡nada!, en la esquina no había sino una tribuna y media docena de sillas que los transeúntes, al pasar, miraban con extrañeza, y arriba, cubriendo la nueva placa, un trapito negro en el que nadie se fijaba.

Pero de esos tristes preliminares no se enteró don Luis, ocupado en atender a sus visitantes quienes, a pesar de sus temores, cuando ya faltaba poco para la hora fijada, no tuvieron sino cumplir con su comisión invitando a don Luis para llevarlo al acto de descubrir la placa. Al llegar a la esquina de la calle con la plaza de Santo Domingo sufrió el festejado el primer terrible choque al ver el desamparo del estrado y la total ausencia de quienes debían presidir, hablar y asistir al proyectado homenaje. Apechugando con lo inevitable, “esperaremos” dijo el vate Núñez, y esperando quedaron mientras los minutos transcurrían con esa espantosa lentitud del tiempo en las situaciones angustiosas. Por fin, al cabo de largo rato llegaron los músicos de la Banda Municipal en un par de guayines de mulas que, de seguro para mayor irrisión, les fueron dadas como medio de transporte; lentamente fueron bajando sus instrumentos, colocando los atriles y luego acometieron la ejecución del primer número del breve programa; mientras tanto llegaron cuatro o cinco personas en representación de las autoridades de la ciudad; concluída la obertura sacó el vate unas cuartillas, ocupó la tribuna y ante tan escaso público, apenas aumentado con unos cuantos de los transeúntes menos apresurados que se detenían un poco a ver qué pasaba allí, hizo el orador un elogio del viejo historiador, expresó los motivos del homenaje, se refirió a la determinación del H. Ayuntamiento e invitó a don Luis a descubrir la placa. Así se hizo y el pobre don Luis hubo de dar las gracias

muy gentilmente mientras por dentro se derretía en bilis por toda la ira, la angustia y el ridículo que sentía ante aquel tan malaventurado homenaje.

Pero no terminó ahí todo pues de nuevo fue invitado a encaminarse al otro extremo de la calle para descubrir la placa correspondiente; allí se fue toda la comitiva y ya al llegar apareció don Federico Gamboa, que era de suponerse debería haber presidido el acto desde su comienzo, saludó muy risueño a don Luis y con la misma sonrisa le dijo: “Permítame tener el honor de descubrir yo esta placa”. González Obregón esforzó también otra sonrisa de conejo contestando: “Con todo gusto, Federico, muchas gracias y, yo espero poder corresponder pronto en igual forma”. Gamboa se apoderó del cordón y mientras tiraba de él, en voz baja que los aplausos hacían inaudible para el resto, casi al oído de don Luis le replicó: “No, Luisito, a mí no me gustan estos homenajes en vida tan ridículos”.

Si don Luis no se murió a consecuencia de tan feroz berrinche fue porque tenía mucha mayor resistencia que la que podía suponerse en aspecto tan endeble pero, sobre todo, porque debe haberlo sostenido el incontenible deseo de la venganza.

Corrió el tiempo y una mañana, como tantas otras, mientras don Luis desayunaba, María, su entonces ama de llaves, le leía los titulares del periódico y las noticias que don Luis le indicaba, ya que él mismo no podía hacerlo por la casi ceguera que sufría desde muchos años atrás. Entre diversas noticias María leyó una breve nota que dejó suspenso a don Luis; decía, en resumen, que el H. Ayuntamiento de la Municipalidad de San Ángel, deseoso de rendir un justo homenaje al gran novelista don Federico Gamboa, había acordado poner su nombre en la plaza principal del pueblcito de Chimalistac, inmortalizado por Gamboa en su novela *Santa*, universalmente conocida y famosa. Don Luisito se olvidó de su reuma y de todos los impedimentos y ocupaciones que pudiera tener, se precipitó al teléfono, llamando al arquitecto Mariscal: “Amigo Mariscal, necesito de usted un gran servicio... Yo sé que está usted muy ocupado, pero esto es muy urgente”.

—Lo que usted mande, don Luis, lo que usted quiera, encantado de servirle.

—Usted tiene coche, amigo Mariscal, necesito estar a las once en Chimalistac.

—Con todo gusto don Luis, voy por usted.

No llegaba entonces, la Avenida Insurgentes hasta San Ángel ni había

carretera pavimentada a Chimalistac; el mejor camino era por Coyoacán, lleno de baches y de polvo, pero ahí fueron en el coche de Mariscal, dando tumbos; en el puente de Panzacola se picó una llanta y don Luis ya intentaba proseguir a pie, él que normalmente tardaba un buen cuarto de hora en recorrer las cuatro calles de su casa a su oficina en el Archivo General de la Nación. El chofer arregló el desperfecto, siguieron la marcha y llegaron a la plaza de Chimalistac llena de gente y en plan de gran fiesta; a empujones alcanzó el estrado don Luis, alguien lo reconoció, lo hicieron subir e inmediatamente accedieron a su petición de ser él quien descubriera la placa, con que se iba a realizar ya en esos momentos el acto. Don Federico Gamboa, vestido de etiqueta, estuvo a punto de echar a rodar el sombrero, los guantes y el bastón que sostenía entre las manos, le temblaban los retorcidos bigotes y le fulguraban aquellos ojos normalmente tan parecidos a la desolada tristeza de un perro de San Bernardo; pero Gamboa estaba al otro lado de la tribuna, todos lo miraban reverentes, seguramente recordó sus largos años de diplomático y sonriendo tuvo que soportar la sonrisa despiadadamente, ofensivamente triunfal de don Luisito que al tirar del cordoncillo, le recordaba: "...estos homenajes en vida, ¡tan ridículos!".

[José Rojas Garcidueñas, *El erudito y el jardín. Anécdotas, cuentos y relatos*. Introducción y selección de José Luis Martínez, Academia Mexicana, México, 1ª ed., 1983, pp. 204-209.]

#### RECUERDO DE GARIBAY

El jueves pasado, 19 de octubre de 1967, murió el Padre Garibay (don Ángel Ma. Garibay K.).

Hace ya tiempo que no lo veía; desde antes de que su enfermedad final lo recluyera en su casa. Yo lo traté realmente poco, nos encontrábamos unas cuantas veces al año, pero durante veinte años.

Porque hace treinta años, o poco menos, que lo conocí. De tal ocasión guardo un clarísimo recuerdo por la gran impresión que me hizo. En realidad, yo recuerdo y recordaré siempre al padre Garibay por aquella primera reunión y plática.

Debe de haber sido en 1939, pero puedo acercarme con seguridad a la fecha consultando las de dos de sus primeras publicaciones, editadas "bajo

el signo de Ábside”. Me refiero a su traducción de la *Orestíada* y a la de poemas líricos aztecas.

La aparición de ambas traducciones nos produjo, a muchos, más que admiración. Nos dejó boquiabiertos, estupefactos. ¡Un señor que traduce, y en magnífico lenguaje, a Esquilo y que también conoce y traduce poemas del náhuatl, hasta entonces desconocidos, es, sin duda, algo admirable, excepcional!

¿Cuánto tiempo hacía que, en México, no se daba un humanista así? Probablemente había que remontarse muy atrás, a los humanistas del xvii o a los del xvi más bien, y acaso ni en esos siglos se encontraría su igual.

Y como los humanistas de nuestro siglo xvi, como Sahagún, como Alonso de la Veracruz, éste de nuestros días era un clérigo y vivía en un pueblo, no lejano, pero sí aislado: Garibay era, entonces, cura párroco de Otumba.

Un día, en la reunión del mate, el padre Gabriel Méndez Plancarte propuso ir a visitar a Garibay; él debe haberle escrito previamente o algo así. El hecho es que, fijada la fecha, quedamos de acuerdo en ir a Otumba los dos padres Méndez Plancarte (Gabriel y Alfonso), Agustín Yáñez, Antonio Gómez Robledo y yo.

Entonces no había carretera a Otumba, ni autobuses para más allá de Teotihuacán, y éstos malísimos. Había que ir en tren, en el Ferrocarril Mexicano, el de Veracruz, que salía de Buenavista a las siete de la mañana, y podíamos regresar en el tren contrario y llegar aquí doce horas después.

Así lo hicimos. Como yo nunca he acostumbrado levantarme temprano, llegué el último a Buenavista y sin desayunar. Breves se me hicieron las dos horas que empleaba el tren en llegar a Otumba. El hecho es que a las nueve de la mañana, más o menos, llegamos y, sin interrumpir la conversación, nos encaminamos, a pie, de la estación al curato.

Yo había ido acumulando jugos gástricos en el viaje y tenía una hambre feroz, apenas psicológicamente apaciguada con la idea de que la invitación del señor cura Garibay incluyera, para mí, no sólo el almuerzo sino desde el desayuno.

Llegamos al cuarto, acudió un sirviente a la puerta y nos informó que el señor cura estaba ausente: había ido a decir misa a un lugarejo cercano y todavía no regresaba. Mis esperanzas de desayunar se esfumaron, pero en verdad tampoco era como para sentirlo mucho. ¡La compañía de los amigos y la conversación eran tan gratas...!

El curato de Otumba ocupaba el edificio que fue convento franciscano, fundado en el siglo xvi. Como todos los edificios similares tiene al frente, junto a la iglesia, un portal de varios arcos a la entrada y luego los claustros bajo y alto, que han sufrido modificaciones; pero en el portal antedicho, la “portería” como se llamaba cuando era convento, están intactos, desde el siglo xvi sus bien proporcionados arcos de medio punto sobre las sencillas columnas cilíndricas, todo ello característico de los conventos de la primera hora de la evangelización.

Allí, en ese portal, nos pusimos a caminar de un lado a otro, los cinco amigos viajeros. Todavía me parece escuchar la voz serena y pareja de Gabriel Méndez Plancarte, anotando guturalmente las erres, como también lo hacía Antonio Gómez Robledo (por su hablar nervioso y rápido); el hablar entrecortado de Alfonso Méndez Plancarte y las ocasionales intervenciones de la voz grave y lenta de Yáñez “el silencioso” como lo llamó el Padre Gabriel.

Lo grato de la compañía y de la charla apaciguaba pero no calmaba mi estómago en ayunas, y yo, sin perder ni dejar de participar en la gratisima plática, miraba y remiraba hacia la polvorienta y desierta plaza del pueblo, frente a nosotros, esperando la llegada del señor Garibay.

Muchas veces recorrimos, con lento paso y rápidas frases, la portería del exconvento. Cuando menos lo esperábamos, la puerta que da al interior del claustro se abrió y apareció en ella una figura que a mí me sorprendió mucho: allí estaba un individuo extraño y con visibles atavíos de montar: polainas de cuero que le ceñían la parte baja del pantalón, una especie de cazadora totalmente abotonada, al cuello un pañuelo de seda probablemente anudado por delante pero que se perdía oculto por la gran barba negra que era lo más destacado de un rostro que aquella negra pelambre hacía pálido y semioculto por los gruesos anteojos y ese sombrero negro de anchas alas.

El personaje, para mí inesperado, quedó un instante en el vano del zaguán, mirándonos, seguramente para saber a quiénes conocía y a quiénes no, en nuestro grupo.

En ese instante yo pensé: ¡Don Segundo Sombra!, y estuve a punto de decirlo en voz alta, pero lo impidió la suave exclamación del Padre Gabriel: —¡Ya llegó el señor cura Garibay! Y todos nos acercamos, se hicieron las presentaciones de los que no lo conocíamos y luego pasamos al interior de la casa.

Para mi fortuna, nuestro huésped me invitó a desayunar. Mientras yo lo hacía él cambió su indumentaria ecuestre por una sotana muy usada y cubrió su cabeza con una cachucha gris.

Así, de sotana y cachucha, pasamos a su despacho o estudio y empezó la ronda del mate, que estuvimos bebiendo toda la mañana, mientras la conversación rodaba y saltaba, siempre interesante y gratísima.

Yo estaba realmente deslumbrado, ¡aquel hombre lo sabía todo! Con su voz un poco grave, de habla un poco lenta y clara dicción, seguramente por la larga práctica de hacerse oír y entender de las masas en la predicación sagrada; con su extraño aspecto: la austera sotana gastada de cura pobre, empuñando la bombilla del mate al nivel de las largas, pobladas, negrísimas barbas; los ojos oscuros, vivísimos, brillando tras de las redondas gafas de aro de carey y patillas de oro; y por encima la incongruente cachucha gris, formaba un conjunto extraño, disparatado, y atractivo; sobre todo por la palabra que, entre sorbo y sorbo de mate, salía de la pelambre negra, fluía inagotable llevando la atención y pensamiento por todos los rumbos de las ideas y de las cosas.

Al cabo de treinta años me es absolutamente imposible recordar las muchas cosas interesantes que se dijeron en aquella extraordinaria mañana.

Pero sí recuerdo un momento de ella. Seguramente tratábamos de las recientes traducciones publicadas por Garibay que tanto y tan justamente nos habían admirado: tragedias griegas y poemas aztecas. Averiguamos que el Padre Garibay leía y traducía creo que diez o doce idiomas (acaso más) entre lenguas vivas y muertas. Y entonces yo me atreví a preguntar:

—Perdone, Padre, pero ¿cómo hace usted para mantenerse “en línea”, es decir en práctica de tantos idiomas? Porque, claro que es admirable haberlos aprendido, pero más me intriga cómo hace para no olvidarlos: pues sé que usted ni da clase ni tiene con quién hablarlos, pues está totalmente dedicado a su ministerio en este pueblo y tiene que atender a los otros más pequeños de alrededor. ¿Cómo hace para no olvidar tantas cosas?

—Es muy fácil —contestó con gran sencillez el Padre Garibay—. —Mire, —siguió, mostrándome una libreta de pastas de cartón que le servía de agenda para ciertas cosas. —Mire, aquí tengo apuntado; por ejemplo: “Abril: alemán; mayo: francés... etc.”. Y todo ese mes, una hora al día leo o releo obras en el idioma que toca según el mes; autores clásicos y

no clásicos, y pongo aquí en mi escritorio esos libros y el diccionario y la gramática de esa lengua, para consultarlos si tropiezo en la lectura. Así es como “no me empolvo”.

Hacia el medio día Garibay nos llevó a visitar a unos parientes del Padre Gonzalo Carrasco, S. J., fallecido años antes y que fue, como se sabe, pintor antes de entrar en la Compañía y en ella a veces volvió a pintar, tanto obras de caballete como murales en la Sagrada Familia de México, y otras de Puebla y otros lugares. En la casa que visitamos conservaban dibujos, bocetos y algún óleo del padre Carrasco; todo lo cual nos permitieron ver.

Comimos una sabrosa y sencilla comida casera mexicana. Fuimos y charlamos otro rato y luego, ya camino de la Estación, Garibay nos llevó a una pequeña loma donde, según nos dijo, fue la célebre batalla de Otumba, en el primer año de la Conquista.

A media tarde tomamos el tren de regreso y al anochecer llegamos a la estación de Buenavista.

Así conocí al Padre Garibay.

*México, octubre-diciembre de 1967*

[José Rojas Garcidueñas, *El erudito y el jardín. Anécdotas, cuentos y relatos*. Introducción y selección de José Luis Martínez, Academia Mexicana, México, 1ª ed., 1983, pp. 161-167]

## JOSÉ BERNARDO COUTO\*

---

Margo Glantz

Mi charla versará sobre el ecuaníme y erudito José Bernardo Couto, miembro correspondiente de la Real Academia Española y candidato a miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, cuando, después del intento fallido de 1835, Antonio López de Santa Anna quiso reestablecerla el 24 de enero de 1854.

José Bernardo Couto nació en 1803 en Veracruz, uno de los 27 hijos de Blas Couto, español, y de su segunda mujer, María Antonieta Pérez. Empezó sus estudios en su ciudad natal y luego se trasladó a México a estudiar abogacía en el colegio de San Ildefonso. Couto, ardiente admirador de los jesuitas, fue discípulo del doctor José María Luis Mora, a quien seguía profundamente, a pesar de no compartir totalmente sus ideas.

En 1827 fue electo diputado y luego senador por el Partido Liberal moderado; se le hizo miembro de la Academia de Legislación y Economía y más tarde consejero de Estado; en 1838 lo nombraron ministro del interior y de relaciones exteriores; en 1845, durante la presidencia de don José Joaquín Herrera, tuvo el cargo de ministro de justicia. Al terminar la guerra con los Estados Unidos, participó en la negociación del Tratado de Guadalupe, intervención diplomática notable que puede leerse en su muy importante y razonado texto publicado con el nombre de *Exposición de motivos presentada por los comisionados de México*, del cual leeré un breve fragmento que creo todavía muy vigente y muy cercano a lo que pasa hoy:

\* Discurso leído en sesión pública solemne, en acto celebratorio a cinco académicos, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 28 de junio de 2012.

El tratado firmado en Guadalupe pone término a una guerra fatal que jamás debiera haber existido; guerra emprendida, por una parte, sin títulos suficientes; pero aceptada, por la otra, con sobra de imprevisión. La obra que se nos encomendó por el supremo gobierno fue en sustancia la de recoger los restos de un naufragio, al contar y examinar estos. La sola circunstancia de ser nosotros dueños de remotas y apartadas posesiones (como California) que no podían conservarse, interrumpida la paz, sin una marina poderosa de que absolutamente carecíamos, debiera haber bastado para retraernos de probar la suerte de las armas: esas posesiones eran perdidas el día que se disparara el primer tiro. Por otro lado nuestra situación, comparada con la del enemigo, estaba prediciendo el éxito del combate. En la ocasión presente, los antecedentes eran todos contrarios y el suceso, por desgracia, ha correspondido plenamente a ellos... La guerra vino a hacerse toda dentro de nuestra casa; un bloqueo fácil y que no encontró ni podía encontrar la menor tentativa de resistencia, cerró para el erario y para el comercio nuestros puertos, que uno tras otro cayeron luego en poder del enemigo.

En 1847, Couto publicó su *Discurso sobre la constitución de la Iglesia*, donde manifestaba su repudio a las ideas liberales y a los cambios que se producirían al separar la Iglesia del Estado. Se decretó que México sería una república laica después de las guerras de Reforma y dice, en aquel crítico periodo en que las ideas revolucionarias corrían ya como impetuoso y desbordado torrente:

...necesitábanse, para contrarrestarlas o para aminorar siquiera su devastador efecto, hombres de ingenio, de saber, de corazón y de valor civil que defendiesen con denuedo los actos e intereses de la religión y de la patria, principalmente por medio de la prensa y en el campo filosófico, que era donde pretendían parapetarse los enemigos de la Iglesia, los cuales iban por ambición e impiedad a humillarla; por sórdida avaricia, a despojarla de sus bienes.

Como muchos de los hombres ilustres del siglo XIX, Couto no sólo se dedicó a la política, sino que contribuyó de manera relevante a la vida cultural de México. Incursionó en la literatura con unos breves cuentos: “La mulata de Córdoba” y “La historia de un peso falso”.

En 1850 fue candidato a la presidencia de la república y en 1854, junto con el poeta Manuel Carpio, decidió que la letra del Himno Nacional mexicano fuera de Francisco González Bocanegra. Colaboró con Honorato Riaño y Javier Echeverría, para restaurar la Academia de Nobles Artes de San Carlos, en 1843, de la que en 1852, al morir Echeverría, fue nombrado presidente. Durante su gestión ordenó e incrementó las colecciones del museo; restauró y amplió sus edificios; hizo venir de España a Pelegrí Clavé como director de la Escuela de Bellas Artes; de Italia a Eugenio Landesio y de Inglaterra al maestro George August Periam para que impartieran clases de pintura.

Es más, como resultado de esa gestión escribió su *Diálogo sobre la pintura en México*, del que Manuel Toussaint, figura pionera en los estudios del arte colonial en México del siglo pasado, se expresa así:

El pequeño libro de Couto sobrevivió y sobrevivirá por diversos motivos. Él construyó el primero, una síntesis de historia de la pintura colonial. Antes de su *Diálogo* sólo existían informes aislados, muchos inexactos, otros exagerados, acerca de figuras pero no de movimientos.

Justino Fernández, otro muy destacado y conocido crítico de arte del siglo xx, agrega otra conciencia crítica: “Couto revalorizó el pasado colonial y meditó sobre nuestra historia cultural para iluminar el arte de aquella época, también ayudó al desarrollo del nuevo arte académico.”

Por fortuna, a Couto se le ocurrió recuperar, en tiempos adversos para la Iglesia Católica, muchos cuadros importantes que se hallaban relegados en conventos, iglesias y sacristías, y que, debido a la turbulencia de los tiempos, hubieran podido desaparecer irremisiblemente.

He dispuesto —cuenta Couto— formar una galería con las mejores pinturas que existan en la República y con las que más puedan adquirirse, dignas de llamar la atención por su distinguido mérito y fama de sus autores. Para tan grandioso proyecto se ha tenido presente que los religiosos son los poseedores de las mejores obras de esa clase, así como fueron los primeros en introducir y cultivar la ilustración civil y religiosa en los primitivos tiempos de la conquista de estos países, y sea creído, por lo mismo, que, no habiendo declinado ese espíritu, serán hoy los que justo contribuirán a la realización del expresado proyecto.

El diálogo se arma al estilo de los célebres *Diálogos latinos* que Francisco Cervantes de Salazar escribiera en el siglo xvii. Son tres los interlocutores, José Joaquín Pesado, Pelegrí y Couto, quienes van exponiendo su pensamiento mientras deambulan por las distintas galerías de la Academia, excelentes guías que siguen siendo vigentes; describen uno a uno los cuadros que ante sus ojos se presentan, al tiempo que señalan sus cualidades, defectos y su posición jerárquica en la pintura novohispana de los siglos xvii y xviii; dichos criterios esbozan un concepto de estética y una teoría del arte.

Interesante resulta la falta de apreciación de lo indígena, basan su argumentación en el hecho de que las culturas prehispánicas no tuvieron escritura fonética y usaban jeroglíficos para expresarse. Los indígenas, concluyen, fueron historiadores, no pintores, carecían del sentido del arte y no supieron imitar a la naturaleza. Sus figuras eran deformes y grotescas. Tendría que elaborarse luego, ya en el siglo xx, la teoría del *tequitqui* que tanto Toussaint como Paco de la Maza trabajaron para aceptar la enorme influencia de lo indígena en la pintura religiosa mexicana. Sólo algunos pueblos han sido privilegiados para dedicarse al arte, determinan los dialogantes: el sentido de la belleza ha sido dado a pocos pueblos en la tierra. Los griegos entre los antiguos y los romanos entre los modernos, lo han tenido en grado superior, vuelve a apuntar Couto. A pesar de estos prejuicios arraigados durante varios siglos —baste leer las opiniones sobre el arte prehispánico de los antiguos cronistas para comprobarlo— el texto de Couto sienta las bases para una historia de la pintura novohispana y adelanta varias ideas que, retomadas más tarde, darían origen a un nuevo concepto de la crítica y a la revaloración de la pintura colonial que el siglo xix tanto descuidó y hasta rechazó, debido a las vicisitudes históricas, a la contienda entre liberales y conservadores, a las guerras de Reforma y a la consolidación de un Estado laico ahora de nuevo en peligro en nuestra nación; y también adelantó una visión profética, como la llama Juana Gutiérrez Haces, la posibilidad de que en el futuro arte mexicano predominara la pintura mural.

## PARA RECORDAR A DON NEMESIO GARCÍA NARANJO\*

---

Miguel Capistrán

Si hoy el país expulsa a sus ciudadanos por la pobreza, anteriormente, y por mucho tiempo, los expulsaba por cuestiones políticas. En este sentido, el caso de Nemesio García Naranjo resulta paradigmático por una serie de situaciones que se vivieron en el país, durante las primeras décadas del siglo pasado.

Coetáneo de aquella generación que por su cultura y visión de la problemática social constituyó un conjunto intelectual transformador de la vida nacional, el Ateneo de la Juventud, debe señalarse que García Naranjo participó en la parte contraria al nuevo régimen que derrocó a Porfirio Díaz, a diferencia de intelectuales que participaron en la consolidación del movimiento revolucionario de 1910, particularmente enderezó su crítica contra Francisco I. Madero, igual que lo hicieron Querido Moheno, José María Lozano y Francisco M. de Olaguível. Y cuando Madero es asesinado, no duda García Naranjo en colaborar en el régimen espurio de Victoriano Huerta, en el cual tuvo a su cargo la cartera de instrucción pública.

Igual que Federico Gamboa, Toribio Esquivel Obregón, José Juan Tablada y algunas otras personalidades, fue satanizado algún tiempo y obligado a ausentarse del país. Su actividad periodística comenzó muy temprano, así como su labor política (fue diputado en tres ocasiones); su combatividad opositora se manifestó en la abundante producción de textos entregados a la prensa nacional e internacional (recordemos que en sus exilios fundó publicaciones en ciudades con población mexicana, sobre todo en Estados Unidos). Dirigió *La Tribuna*, periódico que fue incendiado durante la Decena Trágica.

\* Discurso leído en sesión pública solemne, en acto celebratorio a cinco académicos, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 28 de junio de 2012.

Hombre de gran cultura e interesado en muy diversas disciplinas, alcanzó renombre gracias a su labor tribunicia, esto es, a su conocido aspecto de orador parlamentario.

Tengo para mí que, en gran medida y al igual que otros autores de las posprimerías del siglo XIX y principios del XX, recibió la influencia de forma profunda del célebre orador y escritor español Emilio Castelar, cuya fama y ascendiente, vale decir, su predominio como figura política, autoral y tribunicia, fue notable entre los escritores y políticos mexicanos de esa época, gracias a que sus textos fueron reproducidos precisamente en México, con el título de *Correspondencias*, en el periódico *El Monitor Republicano* y después también en *La Libertad* y en el *Siglo XIX*. Las llamadas *Correspondencias* de Castelar eran muy leídas y muy respetadas. La noción de un liberalismo conservador, sustentada en la península por Antonio Cánovas del Castillo, íntimo amigo de Castelar, en cierta medida divulgada por éste en sus artículos, llegó a permear la ideología de García Naranjo; sin embargo, el conservadurismo triunfó en él y se manifiesta tanto en su oratoria parlamentaria como en sus colaboraciones periodísticas.

Si bien la obra de García Naranjo no se reduce a esas manifestaciones, el amplio espectro de sus inquietudes lo acercó a muy variadas expresiones de la cultura y en ellas dejó el testimonio de su formación, podríamos decir que renacentista. Existe otro paralelismo entre García Naranjo y Castelar, pues ambos, en cierta etapa de sus vidas, fueron maestros de historia, materia que en amplia medida fascinó a ambos autores. Fue de manera destacada un excelente prosista, reflejada en su obra que fue mayoritariamente de ensayo y presenta en muchos sentidos una amenidad derivada sin duda de su ejercicio periodístico, lo que puede apreciarse con mayor evidencia en los sabrosos volúmenes que rescatan la autobiografía o memorias de este mexicano singular. Su vasta bibliografía lo coloca como una de las personalidades relevantes de las letras mexicanas de la centuria pasada, como del periodismo nacional, esa otra manifestación del quehacer escritural, a fin de cuentas, al que todavía hay una resistencia a otorgarle valor literario, por su carácter volandero, pero cuando es realizado por autores como García Naranjo adquiere esa categoría que lo eleva a alturas de consideración. Así, para evocar sucintamente a ese distinguido miembro de esta corporación a la que pertenecemos y que fue precisamente figura de la vida nacional durante su fructífera existencia y, asimismo, para concluir lo hago acudiendo a las palabras finales empleadas por Alfonso Junco

para referirse a Nemesio García Naranjo, en la sesión pública de esta Academia el 13 de diciembre de 1963:

Tribuno, periodista, poeta, comediógrafo, gran cultura acendrada y aireada en el movimiento de los viajes y en el trato de las gentes, barón de cuerpo entero, patriota sin intersticios, hombre cordial y bueno en quien los desengaños no dejaron acíbar; alma impetuosa, juvenil, abierta a todas las superaciones, Nemesio García Naranjo es uno de los definitivos hombres de México.



## MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA: DEL FUERO INTERNO A LA PLAZA PÚBLICA\*

Gonzalo Celorio

Ahora que no contamos con su caudalosa información ni con el juicio crítico con que la manejaba y exponía, mucho echamos de menos a Miguel Ángel Granados Chapa, a cuya palabra cotidiana nos habíamos acostumbrado tanto como al café con leche de todas las mañanas. Nos falta su artículo en la prensa diaria, que le daba raigambre y escenario a los sucesos nacionales; nos falta su palabra pausada y certera en la radio, que le confería dimensión editorial a la noticia; nos falta su presencia quincenal en la Academia Mexicana de la Lengua, donde hablaba poco y sabiamente.

Colegas y discípulos suyos han señalado, a lo largo del año transcurrido desde que murió, sus méritos y sus valores: la abundancia de su información, el equilibrio de su juicio, la congruencia de su discurso, la fidelidad a sus convicciones, la valentía de su lucha por la libertad de expresión, la limpieza de su prosa, la generosidad de su magisterio.

Pero hasta donde sé, nadie ha hablado de una faceta de la personalidad de Miguel Ángel Granados Chapa que pertenece más al fuero interno que a la plaza pública y que salió a relucir en el seno de la Academia Mexicana de la Lengua, cuando le correspondió hablar, ya en el ámbito cerrado de las sesiones ordinarias, ya en alguna de las sesiones públicas, que suelen adoptar un tono familiar que contradice la solemnidad con que se convocan. Pues bien, esa faceta íntima y personal de Miguel Ángel Granados Chapa, acaso insospechada debajo de la austeridad habitual de su discurso, es la de su gusto, no exento de erudición, por las letras de las canciones populares —diurnas o noc-

\* Discurso leído en sesión pública solemne, con motivo del homenaje luctuoso a don Miguel Ángel Granados Chapa, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 11 de octubre de 2012.

turnas, provincianas o arrabaleras— que determinaron su educación sentimental, tanto como cierta poesía mexicana del siglo XIX, tildada en su momento de facilista y sensiblera, de la que tenía conocimiento y por la que manifestó particular devoción.

Así lo reveló la tarde del 25 de agosto de 2010, cuando le correspondió ofrecer, por primera vez tras su ingreso en la corporación en mayo de 2009, la conferencia anual que los académicos estamos obligados a dictar por disposición estatutaria.

En esa exposición doméstica, por calificarla de algún modo, Miguel Ángel confesó, de entrada y para asombro del pleno académico, que apenas estaba saliendo del clóset de la cursilería donde había permanecido encerrado durante mucho tiempo. Se refirió a una famosa conferencia dictada por Manuel M. Ponce en 1936, a unos cuantos años de la aparición de la radio en México, a propósito de la música mexicana en la que nuestro eximio compositor, que había recopilado buena parte de la música vernácula de nuestro país, se quejaba del éxito de las canciones prostibularias de Agustín Lara, a las que tildaba de mediocres pero que tenían más aceptación que su propia obra, pues *Perdida*, *Santa* o *Señora tentación* se escuchaban en la radio con más frecuencia que *Estrellita*. Hombre de prensa escrita, pero también de radiodifusión, pues fue director de Radio Educación y en las frecuencias de Radio Universidad mantuvo su *Plaza pública* oral por más de veinte años, Miguel Ángel consideró que este medio de comunicación había contribuido a forjar el espíritu nacional del pueblo mexicano, como antes lo habían hecho, según lo consignó Salvador Novo en su *Nueva grandeza mexicana*, la carpa y el teatro de revista y después lo harían el cine y el cabaret. Hizo entonces un recorrido por las canciones que, en opinión de Manuel M. Ponce, habían matado nuestra verdadera música vernácula. No dejó de reconocer que muchas letras, aquellas para las que debería haber más censura que para el cine, según el compositor de *Estrellita*, son ciertamente pobres, ripiosas, prolijas en lugares comunes, frases hechas y rimas fáciles, pero destacó algunas de mérito literario cuyo valor no siempre se ha reconocido.

Entre ellas, varias de las que compusieron poetas de renombre, como *La Peregrina* de Luis Rosado Vega y *Caminante del Mayab* de Antonio Médez Bolio, a las que pusieron música Ricardo Palmerín y Guty Cárdenas, respectivamente. Pero también se refirió en términos reivindicatorios a las letras de Alfonso Esparza Oteo, como *Un viejo amor*, o de María Grever, cuyos éxitos la llevaron desde Guanajuato hasta Nueva York y de quien elogió la letra de

*Alma mía* (“Si yo encontrara un alma / como la mía, / cuántas cosas secretas / le contaría. / Un alma que al mirarme / sin decir nada / me lo dijera todo / con la mirada. / Un alma que embriagase / con suave aliento, / que al besarla sintiese / lo que yo siento. / Y a veces me pregunto / ¿qué pasaría / si yo encontrara un alma / como la mía?”). No puedo dejar de comentar, a manera de apostilla, que la interpretación que hace la cantante hispano-venezolana Soledad Bravo de esta canción modifica el último verso y en vez de dejar la pregunta abierta tal como la escribió la Grever, “qué pasaría si yo encontrara un alma como la mía”, termina el verso diciendo “si yo encontrara un alma / como la tuya y la mía”, con lo cual destruye toda expectativa poética, pues si ya se sabe quién es el destinatario de la búsqueda, la búsqueda misma, en la que se sostiene la canción, carece de sentido.

También recordó Miguel Ángel a los hermanos Domínguez, de Chiapas, y su canción *Perfidia*, que por cierto muchos intérpretes no entienden, pues en lugar de decir “Mujer, si puedes tú con Dios hablar, pregúntale si yo alguna vez te he dejado de adorar, y al mar, espejo de mi corazón...”, dicen “y el mar, espejo de mi corazón”, como si el mar no fuera complemento indirecto del verbo *preguntar* sino sujeto de otra oración inexplicable. Bueno, al mejor cazador se le va la liebre: Agustín Lara, en una de sus alocuciones poéticas, cuando se sentía más poeta-músico que músico-poeta, dice: “Y hay en el asfalto de todos mis dolores dos sílabas que mojan nuestras vidas: Rocío”, que en realidad son tres sílabas: *Ro-cí-o*. De quien sí habló fue de Gonzalo Curiel, cuyas letras van más allá de la muy conocida *Vereda tropical*. A la canción *Desear* que él eligió para destacar la valía literaria de Curiel, yo añadiría *Temor* y *Calla tristeza*. Y sobre todo, *Aléjate*, que contiene dos versos despiadados, contundentes, incisivos y, a pesar de la letra misma, memorables: “Aléjate, si quieres salvarte de mi olvido”. Miguel Ángel ponderó, sobre la letra de *Bésame mucho*, ciertamente simplona a pesar de su enorme popularidad —que la ha llevado a ser emblema musical de nuestra ciudad capital—, la calidad poética de otras piezas de Consuelo Velázquez, más propositivas y de mayor fuerza argumental, como *Verdad amarga* (“Yo tengo que decirte la verdad / aunque me duela el alma. / No quiero que después me juzgues mal / por pretender callarla.”) o *Amar y vivir* (“No quiero arrepentirme después de lo que pudo haber sido y no fue”).

En este recorrido, Granados Chapa, acogiéndose a la libertad de expresión por la que tantas lanzas rompió, desnudó las entretelas de su educación sentimental y nos permitió echar una mirada a lo que había debajo del profesiona-

lismo, el rigor, la austeridad de su quehacer periodístico. Al escucharlo, caí en la cuenta de que Miguel Ángel no podría haber sabido lo mucho que sabía de México, de su política y su cultura, si no conociera esta sensibilidad forjada con letra y música de bolero —sin duda una de las instituciones culturales de mayor cobertura hispanoamericana— que explica muchos de los rasgos de nuestra plaza pública. Quizá lo más significativo de su charla fue que mientras él leía, desprovistas de su música, las letras de esas canciones de su repertorio íntimo y personal, los señores académicos, de los melómanos Ernesto de la Peña y Eduardo Lizalde al patólogo Ruy Pérez Tamayo o la especialista en la lírica popular hispánica Margit Frenk; del jurista Diego Valadés al escritor Felipe Garrido, pasando por el latinista Tarsicio Herrera o el poeta Vicente Quirarte, musitaban, como quien reza una oración harto repetida —y seguramente tarareaban por lo bajo su música—, las letras de las canciones con las que Miguel Ángel aludía en su conferencia: “Peregrina de ojos claros y divinos y mejillas encendidas de arbol...”, “Yo sé que nunca llegaré a la loca y apasionada fuente de tu vida...”, “Yo que fui del amor ave de paso, yo que fui mariposa de mil flores...”, que forman parte de nuestro más profundo patrimonio verbal.

Pero no sólo este gusto por la música popular mexicana nos reveló a un Miguel Ángel insospechado, sino también, como lo anuncié al principio de estas notas, su devoción por ciertos poemas decimonónicos que había leído desde niño —y seguramente recitado en reuniones de familia o en ceremonias escolares— en las páginas de libros como *El declamador sin maestro* o *El libro de oro del declamador*, que en cierta ocasión citó sin ningún rubor y que, al igual que las letras de las canciones, han de haber incidido en su educación sentimental. No conservo esos libros que también alimentaron mi pubertad, pero todavía guardo en la memoria los versos de *Otelo ante Dios* de Manuel Puga y Acal (“¿Acaso porque mucho amado había, / no perdonaste, Señor, a Magdalena?”), *Reto* de Julio Flórez (“Si porque a tus plantas ruedo / como un ilota rendido / y una mirada te pido con temor, casi con miedo...”) o *El seminarista de los ojos negros* de Miguel Ramos Carrión (“Desde la ventana de una casucha vieja / abierta en verano, cerrada en invierno / por vidrios verdosos y plomos espesos, / una salmantina de rubio cabello / y ojos que parecen pedazos de cielo, / mientras la costura mezcla con el rezo, / ve todas las tardes pasar en silencio / los seminaristas que van de paseo...”) de los que abjuré, avergonzado, apenas entré en la preparatoria y empecé a leer a Ramón López Velarde, Federico García Lorca y Pablo Neruda.

El 14 de octubre del mismo 2010, la Academia Mexicana de la Lengua convocó a una sesión pública solemne para conmemorar el bicentenario del nacimiento de Manuel Payno y el centenario del fallecimiento de Ignacio Mariscal y de Juan de Dios Peza. Cuando en alguna sesión ordinaria precedente se preguntó al pleno quiénes querían participar en dicho homenaje, Miguel Ángel Granados Chapa no dudó un instante en inscribirse para hablar sobre el poeta del hogar, como se le llamó al autor de *Fusiles y muñecas* (“Juan y Margot, dos ángeles hermanos / que embellecen mi hogar con sus cariños, / se entretienen con juegos tan humanos / que parecen personas desde niños...”).

En ese homenaje, Miguel Ángel no leyó un texto preparado con antelación, sino, como lo hacía de lunes a viernes en Radio Universidad, habló pausadamente, en este caso sobre Juan de Dios Peza, un poeta que gozó del aplauso de las masas más que del reconocimiento de la crítica. Manuel Puga y Acal, como lo recordó Granados Chapa, lo tildó, en versos satíricos, de anticuado, vacuo y facilista y no lo consideró poeta sino mero versificador. Lejos de amenguarla, la crítica de Puga y Acal acrecentó la fama de Peza, pues dio pie para que fijara, en los versos con los que le respondió, su propia poética, en la que priman la autenticidad y la nobleza:

Te dije: la inspiración  
me falta; no la recibo  
de la celeste mansión;  
pero tengo un corazón  
del que brota lo que escribo.

[...]

¿Que hablo de propios dolores  
en todas mis cantilenas?  
¡desde los tiempos mejores  
los errantes trovadores  
cantaron sus propias penas!

Todo lo que amor inflama;  
todo lo que amor inspira,  
sufre, goza, llora y clama;  
el ave sobre la rama  
y el bardo junto a la lira.

Jorge Ruedas de la Serna dice en el prólogo a la edición moderna de *Tradiciones y leyendas mexicanas* que escribieron al alimón Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza que la animadversión contra este último “creció en la medida en que también crecía su enorme popularidad, bien afincada en una nueva clase urbana, también creciente y urgida de mensajes edificantes y reparadores con los cuales constituir su horizonte moral, su identidad social y su propia filosofía de la vida”. Esa clase urbana es la misma que pasará, andando el tiempo, de la memorización casi involuntaria de los adherentes versos de Juan de Dios Peza en el siglo xix a la asimilación anímica de las letras de las canciones populares difundidas por la radio en el siglo xx.

Granados Chapa supo de la comunicación de estos vasos —la poesía romántica y la música popular— en que se deposita y fluye una sensibilidad íntima que subyace en los asuntos de la plaza pública.

A la objetividad de su información, el equilibrio de su juicio y la limpieza de su prosa, destacados méritos de su ejercicio periodístico, habrá que sumar la sensibilidad literaria, la memoria poética y el oído musical de Miguel Ángel Granados Chapa, que trascienden el ámbito bohemio al que suelen acotarse e inciden en la comprensión de la sociedad que nuestro compañero se empeñó en analizar cotidianamente.

## SOBRE MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA\*

---

Ruy Pérez Tamayo

Lo recuerdo todavía como la primera vez que lo vi, hace ya más de veinte años: un hombre más bien pequeño, con anteojos, pelo y barba entrecanos, con una sonrisa amable, vestido siempre de negro, mirando abiertamente a su interlocutor, pero sin arrogancia, sino más bien con simpatía. Primero me llamó por teléfono para invitarme a participar en su programa matutino de radio *Plaza pública* (cuando se difundía por Radio Educación) con una entrevista. Yo acepté, más bien intrigado por conocer el origen de la invitación, que por la oportunidad de transformarme repentinamente en un personaje famoso (entre los *fans* de *Plaza pública*, que seguramente éramos millones...). Acudí a la entrevista en la mañana del día convenido, en las raquíticas instalaciones de Radio Educación, y para mi sorpresa y gran satisfacción todo estaba listo, con modestia pero también con eficiencia. La entrevista resultó no sólo indolora, sino divertida, pues Miguel Ángel la condujo con espontaneidad y con gran discreción, haciendo preguntas inteligentes sobre mis ideas y trabajos, sobre mi persona y mis convicciones, sobre mi historia y mi visión del futuro. Al terminar la entrevista nos despedimos con la sensación (por lo menos por mi parte) de que ya éramos buenos amigos.

Volví a encontrar a Miguel Ángel muy pronto, ahora en compañía de su esposa, en las temporadas de conciertos de la OFUNAM, en la Sala Nezahualcóyotl, los sábados en la noche. Mi esposa y yo siempre celebramos el encuentro (aunque con frecuencia fue muy breve, pero también muy afectuoso), y la coincidencia de nuestras opiniones sobre la calidad de la experiencia musical que íbamos

\* Discurso leído en sesión pública solemne, con motivo del homenaje luctuoso a don Miguel Ángel Granados Chapa, en el Centro de Cultura Casa Lamm, el 11 de octubre de 2012.

a disfrutar, y a veces hasta de la que ya habíamos disfrutado. Para entonces mi esposa y yo ya éramos adictos al programa de radio *Plaza pública*, que escuchábamos todos los días de trabajo en las mañanas, mientras íbamos en camino, primero a la Ciudad Universitaria, en donde estaba nuestro laboratorio, y después al Hospital General, cuando nos cambiamos a esta institución de salud pública.

En 1987 yo había ingresado como miembro de número a la Academia Mexicana de la Lengua, lo que disfrutaba grandemente debido a mi antiguo interés en nuestro idioma. Cuando en 2007 se abrió una vacante en la membresía de esa corporación, que tradicionalmente reúne a un grupo profesionalmente heterogéneo, pero uniforme, en cuanto a su demostrado amor y respeto por nuestro idioma, pensé que Miguel Ángel podría ingresar en nuestra Academia como un digno representante del buen decir en el periodismo y en los medios radiofónicos. Aprovechando uno de nuestros breves encuentros en un concierto de la OFUNAM en la Sala Nezahualcóyotl, le pregunté si aceptaría ser propuesto como candidato a ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua. Sorprendido al principio, después aceptó con una sonrisa llena de escepticismo, que resultó completamente injustificado, porque cuando presenté su candidatura en la siguiente sesión plenaria de nuestra Academia fue recibida con entusiasmo y apoyada por todos los miembros asistentes. Miguel Ángel fue elegido el 28 de febrero de 2008 y tomó posesión el 14 de mayo de 2009, ocupando la silla XXXIX, que antes había correspondido a don Ángel María Garibay y a don Ernesto de la Torre Villar.

Cuando murió Miguel Ángel se inició la publicación de numerosos homenajes y la organización de muchas conferencias en su honor, como ésta en la que estamos ahora, y seguramente habrá otras más. Yo he leído algunos de esos textos y en todos ellos se exalta la honestidad, el valor cívico, la claridad y la puntería de Miguel Ángel como periodista, su excelencia como comentarista radiofónico, su militancia juvenil en la izquierda cristiana y su postura política liberal de siempre. También se menciona su gran prestigio como ciudadano insobornable, su reconocimiento con la medalla “Belisario Domínguez”, por el Senado de la República, y su discreto estoicismo cuando hace unos tres años se enfrentó a la enfermedad que finalmente le causó la muerte. Todo esto y mucho más se ha dicho y se dirá de Miguel Ángel, pero yo quiero comentar brevemente los dos aspectos de su personalidad que se mencionan poco, o de plano se ignoran, pero en los que tuve la satisfacción de participar durante los pocos años que compartí con él.

Ya mencioné la melomanía de Miguel Ángel. En algún escrito reciente sobre él se señala que disfrutaba mucho la música popular mexicana, y que en su juventud incluso no “cantaba mal las rancheras”. De eso no sé nada, pero en cambio no faltaba los sábados en la noche a los conciertos de la OFUNAM y de la Orquesta Sinfónica del Palacio de Minería. Como Miguel Ángel y su esposa llegaban temprano, igual que mi esposa y yo, aprovechábamos unos cuantos minutos para comentar las obras que íbamos a escuchar, o bien nuestras impresiones del concierto anterior, o hasta relatos rápidos de los viajes que todos los años hacíamos mi esposa y yo a la Festtage, de Berlín, o al Festival de Música de Cámara, de San Miguel de Allende. Poco a poco quedó claro que Miguel Ángel prefería la música de los románticos alemanes, como Haydn, Mozart, Brahms, Schubert y Mendelssohn, hasta llegar a Bruckner, pero que su favorito era Beethoven; algunas sinfonías de Mahler también le gustaban, y Rachmaninoff pasaba la marca, pero hasta ahí llegaba la música del siglo xx, Shostakóvich le parecía un escandaloso, y no digamos Bartók o Mario Lavista. En alguna ocasión escuchamos un programa que concluía con el concierto para corno y orquesta de Richard Strauss, y mi esposa y yo observamos cuando Miguel Ángel y su esposa abandonaron sigilosamente la sala de conciertos, antes de que terminara el primer movimiento. En otra ocasión, cuando mi esposa y yo le contábamos a Miguel Ángel y a su esposa, nuestra experiencia de haber escuchado seis óperas de Wagner en seis días consecutivos, en Bayreuth, en Alemania, Miguel Ángel nos dijo, con una sonrisilla de conmisericordia: “... es que ustedes deben ser masoquistas...”. Ya mencioné que le gustaba Bruckner, a pesar (según recuerdo que nos decía) de la manía de este creador musical de buscar la manera de parecerse a Wagner, “... por fortuna —nos dijo— sin lograrlo...”.

Ni siquiera cuando su enfermedad (y el tratamiento) empezaron a hacer estragos en su apariencia física, dejó Miguel Ángel de asistir regularmente a los conciertos de la OFUNAM. Yo dejé de hacerlo a partir de febrero de 2008, cuando murió mi esposa. Pero seguí viendo a Miguel Ángel cada quince días, en las sesiones plenarias de la Academia Mexicana de la Lengua, a la que ingresó en ese mismo año. Llegaba puntual a ocupar su silla, portando un pequeño salvavidas que colocaba en el asiento, para aliviar un poco la tortura de los que, en cada jornada, debemos pasar muchas horas sentados. Con frecuencia yo lo veía llegar justo cuando íbamos a iniciar la sesión plenaria; su silla en ese recinto estaba casi enfrente de la mía, del otro lado de la gran mesa alrededor

de la cual nos sentamos, y lo saludaba con un ademán silencioso, que Miguel Ángel respondía con un gesto de aceptación y una sonrisa amable. Durante el receso de la sesión Miguel Ángel y yo aprovechábamos la oportunidad para actualizarnos en dos temas de interés mutuo: la política en la UNAM, y la música. Nunca nos alcanzó el tiempo para cubrir ambos temas, pero quedamos convocados para continuar con nuestras pláticas en las siguientes sesiones plenarios de la Academia.

Yo fui un testigo profesional (soy médico) de la evolución de la enfermedad de Miguel Ángel. Cuando se le hizo el diagnóstico y se puso en manos del especialista en oncología (a quien conozco y me consta que es uno de los mejores de ese gremio) el aspecto físico de Miguel Ángel empezó a cambiar: perdió mucho peso, le aumentaron las arrugas de la cara (siempre tuvo muchas), y estrenó un color amarillento de piel. Su enfermedad hacía estragos en su persona, agravados por los efectos colaterales (indeseables pero inevitables) del tratamiento al que estaba sometido. Pero no dejó de ir a la Academia y de participar en sus actividades; de hecho, funcionó como miembro del Consejo Asesor de Estilo de la Fundeu (Fundación del Español Urgente) y además cumplió fielmente con todas sus obligaciones académicas, leyendo en las fechas que le fueron asignadas sendas contribuciones originales sobre nuestra lengua.

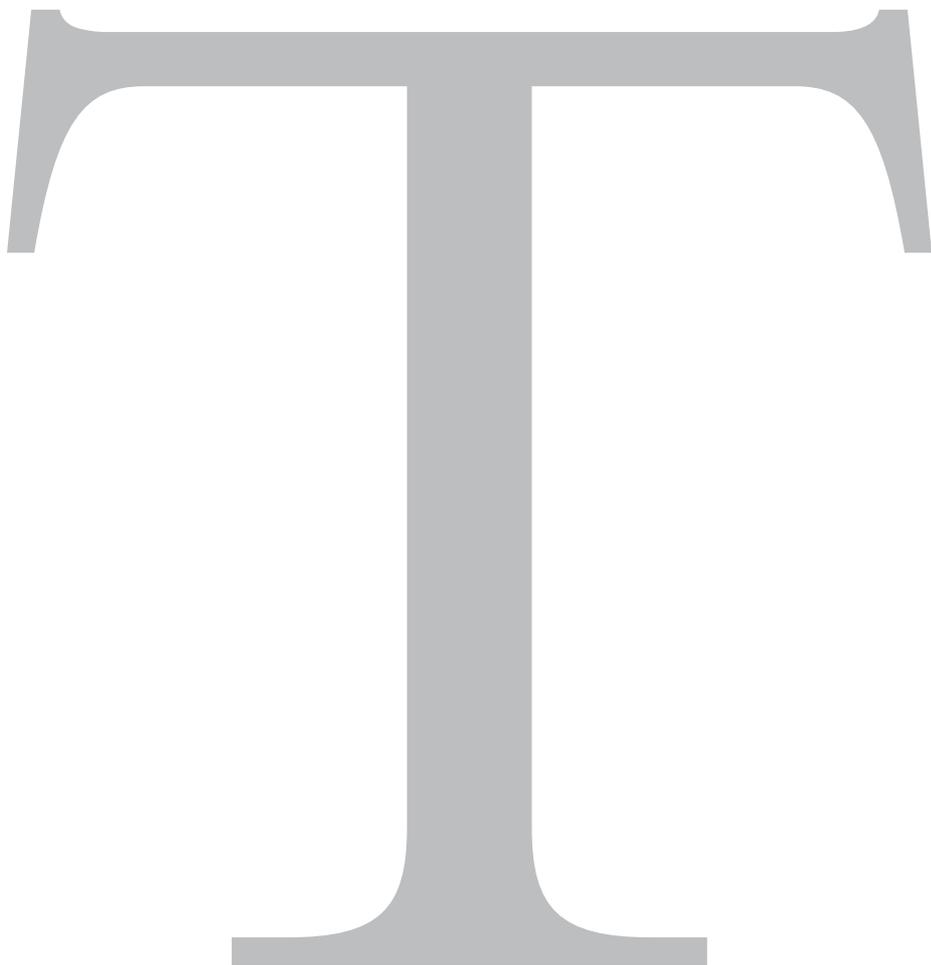
De pronto, hace como un año, el aspecto físico de Miguel Ángel empezó a cambiar. Ganó peso, se le avivó la mirada, disminuyó el color amarillento de su piel, y su conversación se hizo otra vez chispeante e instruida. Estaba respondiendo positivamente a la quimioterapia, lo que también podía percibirse en el tenor de sus programas radiofónicos y en sus artículos periodísticos en el diario *Reforma*. En la Academia todos estábamos felices con la mejoría de Miguel Ángel, aunque yo sabía muy bien que era transitoria y que sería de corta duración. Y así fue que un día don Fausto Zerón (nuestro gerente en la Academia Mexicana de la Lengua) me avisó que Miguel Ángel había sido hospitalizado con el diagnóstico de neumonía, una complicación no rara y frecuentemente letal en sujetos sometidos a quimioterapia, que deprime la respuesta inmune y facilita las complicaciones infecciosas. En menos de una semana, la neumonía de Miguel Ángel se controló y salió del hospital, pero también en menos de otra semana la situación volvió a agravarse y esta vez fue la última. Dos días antes de su muerte apareció en el diario *Reforma* su último artículo, en donde al final se despidió de sus lectores, reiterando su creencia en la vida después de la muerte, porque dice: "... volveremos a encontrarnos".

Ojalá que Miguel Ángel tenga razón, aunque yo lo dudo. Confieso que mi duda no está mejor justificada que la creencia religiosa de Miguel Ángel en la inmortalidad. Pero si finalmente yo estoy equivocado y él estaba en lo cierto, no sólo anticipo hoy el privilegio de volver a encontrarlo a él, sino también el de que juntos tengamos contacto y hasta cierta amistad eterna con Mozart, Schubert, Beethoven y (¿porqué no?) hasta Shostakóvich.



TRABAJOS LEÍDOS  
EN SESIONES ORDINARIAS

---





## TIERRA LEJANA\*

---

Margo Glantz

Quizá peco de obsesiva. Ese pecado se agiganta cuando hablo de la India. ¿Por qué no hablas del terremoto en Chile, de la tragedia atómica del Japón, de la crisis monetaria, de la invasión aliada a Libia, de la necesidad de crear un estado palestino o de la guerra contra el narcotráfico, me preguntan discretamente mis amigos más cercanos? Sin pensarlo dos veces, de manera automática, vuelvo a las vacas, las de siempre, las que, como es sabido, abundan en el subcontinente asiático. Son sagradas aunque mal nutridas (dato que asombra a algunos de mis lectores). A veces, el polvo amarillo con que se decoran la frente los brahmanes proviene de sus excrementos, puede provenir también de la madera de sándalo cuando la tintura es roja: ¡curiosa combinación! Parecería que allí las cosas permanecerían estáticas, mejor, parecería que el tiempo fuera distinto en la India del de otras latitudes. Es evidente que muchas cosas han cambiado pero también difícilmente otras se movilizan. En el lapso de cinco años transcurrido entre mis tres viajes a ese país, aun lo aparentemente banal se ve distinto a simple vista: se modernizan los edificios públicos (el aeropuerto de Delhi es ya casi de primer mundo), muchos motociclistas usan casco, las calles de Agra se vuelven más inseguras, los guías advierten que se deben cuidar las pertenencias, mantenerse agrupados por temor a los carteristas, pues a pesar de las multitudes que deambulan por las calles ese país era asombrosamente seguro; en un sentido más profundo es evidente que también se han alterado los usos y costumbres: se han relajado los ritos alimenticios ligados a lo religioso, se ha logrado cierta movilidad entre las castas, los privilegios de los maharajás fueron en parte abolidos, se

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 9 de enero de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

advierde una mayor movilidad social, pero se ha deteriorado la calidad de los productos artesanales, se han extinguido varias especies animales, las selvas desaparecen y el abandono del campo por la ciudad se acelera: India con sus desigualdades sociales se convierte en aras del progreso en uno de los países del futuro. Con todo, lo antiguo permanece: Muhammad Nizamuddin, místico sufi del siglo XIII, fue un sultán benévolo y tolerante que como san Francisco y el Buda optó por la pobreza y quien sin distinción de clase ni de culto acogía a los peregrinos que lo visitaban. Su dargah o mausoleo está situado cerca de la estación de ferrocarril del mismo nombre y del monumento de Humayun en Delhi; al lado se veneran otros sepulcros, como el del poeta persa del mismo periodo Amir Khusrau, con quien simbólicamente el santo dialoga aún y dialogaba mientras vivía. Un barrio cerrado —típicamente musulmán— con callejuelas intrincadas cada vez más repletas de creyentes, de mendigos, de mujeres veladas, de refugiados provenientes de Bangladesh, limosneros, ropavejeros, puestos y tiendecitas donde se venden objetos de culto: tasbis (o rosarios), libros de oraciones, gorras tradicionales, trasiego de droga, perfumes, comida barata y flores, miles de rosas —sus pétalos desparramados— cubren el piso y el sepulcro. Un barrio venerado por creyentes musulmanes y por peregrinos de otras religiones que acuden a visitar la tumba. Las mujeres sólo podemos asomarnos al santuario, un letrado nos prohíbe la entrada y a las extranjeras se nos invita a depositar nuestra limosna en un recipiente custodiado por un devoto. Detrás del sepulcro una celosía de mármol; algunas musulmanas tratan de introducir las manos para tocarlo y sus intentos son recibidos con violencia por los vigilantes: son apaleadas sin compasión. Antes de penetrar en la zona debemos cubrirnos la cabeza, descalzarnos (los brahmanes nunca usaban zapatos en el interior de sus casas, el mismo maharajá no los usaba, obviamente tampoco los musulmanes). El piso, increíblemente sucio. Se perciben mezclados los olores, tanto el de las rosas como el de la basura en descomposición. El cuidado del sitio y la manutención de los pobres corre a cargo de la comunidad y las limosnas de los visitantes. El sufismo es conocido por sus derviches giratorios, pero los adeptos de Nizamuddin cultivan la música y el canto: cada jueves al anochecer se celebra un concierto en la plaza cercana al sepulcro, es el día de la remembranza, el recuerdo nostálgico de un tiempo paradisiaco. En la plaza estanques alargados repletos de agua donde los devotos realizan sus abluciones y donde sin pudor suelen asearse exhibiendo sus partes nobles. Estuve allí con varios amigos, uno de ellos, residente en Delhi desde hace varios años, me llevó antes de que comenzara el

espectáculo a una diminuta perfumería situada en el recoveco de una calle, donde compré varios perfumes y no lejos, en un puesto miserable, un tasbi. Hablando de perfumes, acaba de llegar a mis manos un bello libro, *El olor de alcanfor*, escrito en urdu por Naiyer Masud, escritor musulmán nacido en Lucknow: ...inhalar el aroma de alcanfor sólo provoca una sensación de desolación, afirma; luego, la revelación de algo en esa desolación... algo que ya existía antes de la concepción del extracto... Masud nació en 1936, es alto, enjuto, enseña el persa en la universidad, usa anteojos o, mejor dicho, quevedos... La primera ciudad que conocí en la India fue Delhi. Llegué con mi hija Alina. Me llamó la atención en el aeropuerto ver a algunos hombres con la barba y la cabellera teñidas de rojo —la henna (en español alheña)—, tinte natural que utilizan sobre todo los varones, también verlos escupir algo que parece sangre: las hojas de betel que continuamente mastican manchan sus dientes como si padeciesen una enfermedad maligna en las encías. (Admiro en el museo Guimet de París una exposición dedicada al antiguo reino musulmán de Lucknow, en el norte del país; hay miniaturas, manuscritos, objetos suntuosos, destacan varias cajitas esmaltadas donde se guardaba el betel.) Hombres con grandes mostachos de muy diversas formas: una de las numerosas líneas de demarcación permanentes que fueron establecidas en la India para diferenciar a las clases sociales entre sí, distinciones que poco a poco van desapareciendo. Un caos indescriptible antes de recuperar el equipaje: se me cayó el alma a los pies: llevaba mucho tiempo planeando esta visita, al grado de que me tenía envidia a mí misma. Después de abrirnos paso entre las personas que atestaban los pasillos del aeropuerto, ya en la calle y atravesando una barrera infinita de gente, nos esperaba un hombre enjuto de tez oscura enarbolando un letrero, también él con la cabellera o lo que le quedaba de ella teñida de rojo, los dientes pintados de ese mismo color: el que cubre la palma de las manos de las bailarinas o las de las estatuas que representan a las diosas. Un chofer andrajoso nos hizo subir a un coche color crema cuyo estilo me remontó a los años cuarenta, a mis épocas de niña, cuando con mi hermana Lilly paseábamos por el parque México al lado de la fuente decorada con la estatua desnuda de una mujer, estilo art déco, que presidía nuestros paseos por ese barrio. De manera imperceptible fuimos llegando a la vieja Delhi, sus calles desbordadas de gente, su tráfico desmesurado, sus mendigos, sus peatones y el polvo, ese polvo sempiterno que lo asfixia todo. Nuestro hotel, no lejos de Khan Market, punto de reunión (hay tiendas de muebles y adornos, joyerías, pequeños almacenes, algún cafecito, restaurantes de comida occidental):

allí empiezan a encontrarse o a perderse las dos ciudades, la vieja Delhi, con su espléndido pasado mogol y sus imponentes edificios, sus calles retorcidas: me causa espanto su hermosura. He visitado tres veces la India. En mi segundo viaje me hospedé en la nueva Delhi construida por los ingleses; pasé por la Puerta de la India, arco triunfal semejante al que en Bombay mira hacia el océano; cerca, edificios de tipo occidental albergan oficinas de gobierno; alrededor enormes parques y avenidas, un club de golf, hoteles de lujo y algunos monumentos antiguos, además, Santushti, un atractivo centro comercial con un pequeño restorán donde se come a la europea. El aire, escribe Octavio Paz, es un miasma acre y pesado. Nuestra primera escala era París, dormiríamos allí. Llegamos al caer la noche, dejamos las cosas en el hotel y paseamos durante horas por el Barrio Latino. Una bella exposición de fotografías sobre la China actual adornaba las rejas del parque de Luxemburgo. En las imágenes podían verse regiones que empiezan a dejar de ser rurales, la industrialización, grandes carreteras y presas en construcción, en suma la modernidad, el primer mundo en el tercero. La imagen del futuro, un futuro incomprensible: me atemoriza. A la mañana siguiente casi perdemos la conexión, no nos despertaron en el hotel y se me ocurrió —cosa que jamás hago— tomar el metro rumbo al aeropuerto, las valijas habían sido facturadas hasta Delhi. ¿Miedo a enfrentarme a ese país que me obsesiona? Sin aliento, llegamos a tiempo de agregarnos a una enorme cola para subir al avión de Air France: la mayor parte de los viajeros eran indios. Subimos por fin y a la noche siguiente —¡otra noche!— desembarcamos en el aeropuerto repleto, pequeño, ineficaz, caótico. En el hotel nos esperaban los otros cinco miembros del grupo. Nos abrazamos con entusiasmo, Renata detrás de un pilar, Luz vestida a la moda india y los demás distintos, como si ya estuviesen aclimatados, como si en lugar de haber pasado tres días en la ciudad llevaran varios meses. Mario con la manga del brazo derecho vacía, sin su prótesis habitual y a quien antes de saludarlo le pregunté ¿Y dónde dejaste tu brazo? ¿Ya te volviste indio? ¿Viniste a pedir limosna? Alina y yo éramos las novatas. Nos cuentan sus peripecias, acaban de mudarse de hotel, el anterior situado en un barrio sucio e inhóspito. Para ir a Connaught Place, lugar central en la ciudad, atravesaron un pasaje subterráneo donde se congregan los niños mutilados, esos niños quebrados desde la infancia, reconstruidos para pedir limosna con sus brazos o piernas colocados en lugares inverosímiles, también los ciegos y los que ostentan sus muñones; cerca, un estacionamiento de motos y bicicletas (algunas, casi fierro viejo amontonado y sin embargo útil), en un rincón un

hombre postrado con su camisa blanca desgarrada y sucia, esquelético —hueso puro—, el bajo vientre desnudo y entre las piernas abiertas de par en par un brasero encendido. ¿Trataba de entrar en calor? ¿Era un leproso? ¿Se inmolvaba a algún dios de entre los miles que pueblan el panteón hindú para pagar una culpa? ¿Un suicidio o un rito de incineración prematura e incompleta? Entre contorsiones el hombre agonizaba. Los transeúntes pasaban a su lado sin mirarlo siquiera, como si fuera algo natural. Mis compañeros avanzaron rápidamente para dejarlo atrás, visitaron el bazar y comieron luego una sopa de lentejas en un restorán popular. De regreso vieron al lado de un templo varios hombres vestidos de mujer con sus saris y su lunar rojo en la frente. Al llegar al tiradero de motos el mendigo yacía muerto, el brasero apagado y sus genitales más oscuros que el resto de su cuerpo. Esa experiencia fue decisiva para Renata, sólo en contadas excepciones pudo disfrutar del viaje... A la mañana siguiente busco un zapato perdido debajo de la cama, alargó el brazo derecho, trato de recuperarlo y una espesa pelusa se me adhiere a las manos. Abundan los pájaros en las grandes extensiones de las construcciones musulmanas que Delhi alberga; sobrevuelan o se posan sobre las cúpulas y se retan: son halcones, águilas, cuervos, muchos cuervos, también pájaros más pequeños. Hay pichones también, ¿dónde no los hay? Un impresionante parque rodea el mausoleo de Humayun; veo muchos niños uniformados como escolares ingleses de otros tiempos, sus madres visten saris de colores inverosímiles, tanto por su estridencia y por la combinación de tonos insólitos, como por su belleza. Se entra al recinto por una puerta roja que conduce a una avenida; al fondo se entrevén las primeras tumbas reales; me confundo cuando veo un hermoso edificio colorado con ventanas bordeadas por un encaje de mármol, creo estar frente al sepulcro del gran sultán; en verdad es un edificio más modesto, más humilde, a pesar de su imponente elevación, el intenso color de la piedra, los arabescos de encaje de las ventanas y su porte majestuoso. En la explanada —mi tercera visita a Delhi, febrero del 2010— veo un espectáculo incongruente: varios muchachos y muchachas indios, vestidos a la última moda (los chicos con jeans y chamarras, las chicas con minifalda, leggings y tenis Nike o Converse) bailan al son del rock que sale de un tocadiscos gigante y los camarógrafos filman una comedia musical para las grandes compañías filmicas de la India, ésta parece ser una de las subsidiarias de Bollywood, la principal, me dicen que se llama Collywood. Copian —¿se inspiran?— en la última secuencia de la película de Danny Boyle, *Slumdog Millionaire*, tan criticada en los periódicos y revistas indios por denigrar a su país,

pero motivo de imitación jolivudesco, aunque la comedia musical y la música pop formen parte de la tradición del cine indio. ¿Cómo no conmoverse ante tantos hermosos jóvenes de ojos negros y dientes blanquísimos, distintivamente indios, bailando al ritmo de la música occidental y ataviados como colegiales de campus universitario estadounidense frente al mausoleo de un sultán? La música se interrumpe de repente y también el movimiento convulsivo de los danzantes; se quedan pasmados, juegan a las estatuas de marfil. Cuando se reinicia la música, retoman su ritmo enfebrecido. Los miro embobada, me atrae este juego entre la turbulencia y el total estatismo. ¿Qué significa? ¿Es un ritual? ¿Algo deliberado? ¿Corrigen algún defecto en cada una de las tomas? ¿Simple capricho de los directores? No alcanzo a descifrarlo, lo consigno: cualquiera que sea su sentido, es fascinante como espectáculo. (Más adelante, al volver a visitar Jaipur, admiraré en la gran explanada del fuerte, repleta de turistas indios y extranjeros, a otro grupo de jóvenes que bailan al son de una música muy moderna; la única diferencia: sus vestidos, aquí los tradicionales de la región, el Rajastán; los danzantes, igualmente acompañados de música roquera, se detienen de repente, se paralizan, detenidos a mitad de un gesto sinuoso para reanudar de inmediato su bamboleo como si fuesen fantoches; al fondo, un conjunto de uniformados con ropajes suntuosos enarbolan sus estandartes como en otros tiempos; indago, se trata de otra filmación, me dicen que es ahora sí de Bollywood, tal vez me equivoque y sea la misma compañía trasladada a diversas regiones del país: las películas se filman y luego se doblan en las diferentes lenguas habladas allí.) Sigo caminando hacia el monumento verdadero, el que contiene el mausoleo de Humayun. Un enorme jardín con numerosas bancas donde se congregan familias enteras, las mujeres vestidas con los mismos saris de colores deslumbrantes y su lunar bermellón en medio de la frente; los ojos de los niños muy negros pero sus uniformes escolares combinan el beige y el café o el verde seco, los hombres usan pijamas, dhotis, kurtas o ropa occidental. A los brahmanes se les prohibía usar pantalones, sólo dhotis, esa tela de algodón enrollada entre las piernas, tan semejante a un pañal... Sobre la gran cúpula blanca, las águilas y los halcones juegan; cerca, se disputan el sitio los pichones: la excepcional blancura del mármol se ennegrece a trechos siguiendo el ritmo de las aves. Me aproximo, al fondo el verdadero mausoleo. Entro, ante mis ojos emerge inmensa, con sus tonalidades escarlata, la tumba del sultán, el soberano opiómano, pero sabio. Dice Thomas de Quincey en su libro *Confesiones de un opiómano*: “mi intención al escribir estas páginas fue no sólo denunciar el terri-

ble poder del opio usado como paliativo para calmar la enfermedad y el dolor, sino señalar cómo provoca también el noble y nebuloso mundo de los sueños (ese espejismo de los románticos tan admirado por Baudelaire: los paraísos artificiales)”. Repuesta de mi asombro, admiro los relieves inscritos en mármol blanco sobre la piedra sanguinolenta, signo característico de la arquitectura mogol; apenas distingo los rosetones de esmalte verde, y casi invisibles, las volutas negras que pronuncian el nombre de Alá sobre los remates de la tumba. Ordenados jerárquicamente a su alrededor, otros sepulcros más pequeños; en varios de ellos descansan alguna de sus esposas, sus hijas y sus hijos... A finales de los cuarenta, cuando los ingleses se retiraron de la India y la provincia de Pakistán se convirtió en un país independiente de religión musulmana, millares y millares de quienes profesaban creencias diferentes fueron perseguidos y asesinados; muchos de los que lograron huir acamparon en los inmensos y amenos jardines que rodean la tumba de Humayun. ¿Justicia poética?: los exilados hinduistas, jainitas, sikhs —¿asimismo budistas y parsis?— encontraron refugio bajo la égida de un antiguo y benévolo emperador musulmán. Los pavos reales, pájaros emblemáticos, pasean inmutables, amenizando con su orgullosa cola los verdes espacios cuidados con gran esmero... Tras la legaña me deslumbró el milagro mortecino la víspera el instinto la mirada el sol nonato. De manera intempestiva, Ariel regresa al hotel. Desde el espejo del baño, lavándose los dientes con su cepillo, el mozo del hotel lo mira despavorido. Cuando tenía trece años y vagaba solitario por las calles de Londres, Thomas de Quincey empezó a tomar opio; intentaba así mitigar los dolores reumáticos y dentales que lo aquejaban. En la vieja Delhi visitamos un hospital de pájaros jainita, nos sorprende la insólita limpieza que reina allí: los pájaros malheridos ocupan pequeñas jaulas en el primer piso y se les dan cuidados especiales; en los pisos superiores se encuentran las aves que empiezan su recuperación y en el último nivel esperan en jaulas enormes y altas las que han sanado, impacientes por reanudar el vuelo. Se prohíbe alojar a las aves de rapiña; éstas recibirán únicamente un tratamiento deambulatorio. En el vestíbulo, varias pinturas intensamente coloreadas representan escenas salvajes donde abundan los hombres degollados: ¿a qué tipo de sacrificios aludirán? Es curioso, pienso, estamos en un edificio jainita, cuyos adeptos profesan una religión pacifista, en la que cualquier forma viviente vegetal o animal es sagrada. ¿O será que los estarán matando justamente por eso, por manifestarse contra la violencia? Salimos del hospital, volvemos a ponernos los zapatos colocados en orden a la entrada, le damos una propina al cuidador,

quien vigila para que no se los roben. El barrio donde se localiza este atildado hospital es asqueroso, habitado por los habituales mendigos, los vendedores ambulantes, los animales desahuciados; nos dirigimos al restorán musulmán donde antes habían comido los otros cinco miembros del grupo: sólo cocinan el cordero. Como digestivo tomamos trocitos de azúcar cristalizado, mezclados con anís. Aunque hay pocos, si se compara con la enorme cantidad de pobladores, es fácil toparse con practicantes de la religión jainita en la India. Disidentes del hinduismo como los budistas, descreen de los dioses y de los libros sagrados y la mayoría de sus miembros pertenece a la segunda casta, la de los guerreros. Sus templos, dispersos por todo el país: cerca de Benares, en Sarnath, sitio sagrado del budismo; también en Khajuraho, hermoso poblado campesino donde numerosos templos hinduistas con esculturas eróticas se ofrecen a la vista y, de repente, en medio de ellos, un sobrio y pequeño templo de mármol jainita ostentando púdicos desnudos. Estuve asimismo en Sravanabelagola, estado de Karnataka; encima de una altísima montaña se alza una estatua desnuda de más de veintisiete metros de altura esculpida en un solo bloque de granito (abajo, una presa enorme). Por toda la India peregrinan sus ascetas: en Ellora, en Bombay, cerca de la casa de Gandhi. En el sur, al lado de los templos de Belur y Halebidu, variantes delicadas y ascéticas de los templos eróticos de Khajuraho. Los sacerdotes jainitas barren el suelo, antes de posar en él sus pies: las escobas son atributos esenciales de su atuendo; también, una especie de antifaz rectangular, de un blanco deslumbrante. A diferencia de los parias que se encorvan para barrer —sobre todo las mujeres— los jainitas limpian el suelo con gallardía. En Calcuta existen asimismo algunos templos de esta religión, uno perfectamente kitsch del siglo XIX, piso de mosaico florentino, lámparas de delicado cristal traídas de Bélgica, estilo Art Nouveau, altares y columnas barrocas, fachada cuyo pórtico pintado en lila y verde acentúa lo romántico y la cursilería, como las estatuas que amenizan el espacio exterior, esculturas mal avenidas con un recinto sagrado cuyos monjes renuncian a los bienes terrenales. Regreso para que lo visite Myriam, antes estuve con un amigo. Cansada de tanta belleza y tanta fealdad, decido no bajarme del coche y me pierdo una boda. Mi amiga regresa feliz, me cuenta que el novio participaba de la ceremonia como si lo llevaran al matadero: la novia era muy fea. El colmo de la belleza y la multiplicación, el grande y célebre templo jainita de Ranakpur en el Rajastán, con sus mil cuatrocientas cuarenta y cuatro columnas, todas diferentes y primorosamente labradas, varias cúpulas muy elaboradas y estatuas desnudas de relumbrantes ojos negros

y adornos dorados. ¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad! Asocio de inmediato con el Vasa, ese barco sueco, elaborado con maderas preciosas y adornado con estatuas en bajo relieve que representaban la victoria anticipada contra los enemigos germanos y que, recién inaugurado, se hundió en las aguas del Báltico. Rescatado y restaurado, puede admirarse ahora en un museo. La pobreza extrema de los santones jainitas se enfrenta a la profusión de columnas marmóreas: un guía musulmán me dice en Khajuraho, con tono rencoroso, “sí, no hacen mal a nadie pero qué buenos son para ganar dinero”. Hay dos sectas principales en esta religión, los digambara —los desnudos (comen una vez al día)— y los svetambara —con breves ropajes de algodón blanco (comen tres veces al día)—: estar desnudo es liberarse de la vergüenza y del sexo, aunque la salvación esté reservada a los hombres: una sociedad como la india jamás toleraría que las mujeres paseasen desnudas por calles y caminos; además, bien lo sabemos, las mujeres son impuras, por lo menos una vez al mes: sólo si llegaran a reencarnar como varones podrían alcanzar el nirvana. En el hermoso mercado de Jodhpur entramos a un almacén jainita atendido por un abuelo, un padre y su hijo, sentados en gradación según sus edades en distintos sitios de la tienda: lugar atestado de objetos polvorientos de todo tipo, algunos muy bellos. El joven explica: los seguidores de esta religión son vegetarianos, pero no pueden consumir vegetales que nazcan directamente en la tierra: papas, ajo, cebolla, zanahorias, rábanos, camotes, nabos; en cambio, pueden aprovechar los rizomas como el jengibre y la cúrcuma: se cree que los primeros tienen un contenido mayor de bacterias y por ello más vida susceptible de destruirse. Antes de despedirnos, nuestro nuevo amigo comenta: “uno de mis deberes como jainita es privarme de algo que me guste mucho, he elegido el té”, que junto con las especias se vende a su alrededor a profusión. Me enternece, recuerdo a las monjas carmelitas de la Nueva España: a los cuatro votos reglamentarios previos a su profesión añadían un quinto, el de no tomar chocolate. Por las escaleras escarpadas e innumerables que bordean las cuevas de Ajanta, un grupo de creyentes barre el suelo; una mordaza les cubre las bocas, evitan así que ningún ser vivo penetre en ellas. Renata se hace su amiga, le explican varios de sus ritos, el sentido de las prohibiciones, su concepto de la no violencia. En el estado de Maharashtra, por el monte sagrado de Kunthlagari, caminaba un viejo guía espiritual de la comunidad jainita de la secta de los digambara —los vestidos de cielo—, cuyo nombre era el de Santisagara. El 25 de agosto de 1955 decidió cumplir con un ritual más extenuante aún con el fin de alcanzar el nirvana. Durante treinta y

cinco años había seguido las enseñanzas del gran santo Mahavira, muerto hacía dos mil quinientos años. En 1920 renunció a todos sus bienes materiales y se volvió monje mendicante, recorrió a pie toda la India, aceptaba comida sólo una vez al día y usaba sus manos como único utensilio, apenas hablaba y cuando lo hacía era durante la mañana. Consiguió morir como ejemplo de toda su comunidad el 18 de septiembre de 1955. Hablando de la violencia innata entre los indios, un comunista, entrevistado por el novelista trinitario de origen indio Naipaul, asegura: entre los numerosos ideales de Gandhi que los indios no aceptaron, estaba la ahimsa, la no violencia, categoría importante que determina el comportamiento de esta religión. ¿La jainita, pregunta el novelista? Es una secta extraña. Pero cuando usted se refiere a otras religiones de ese tipo como el budismo y también a Gandhi, se obtiene una falsa perspectiva de la India. Yo hablaría de lo sucedido en Kampuchea, Ceylán, Birmania, China y otros países agrupados bajo la sombra de Buda y de Confucio. Todos esos pueblos son extremadamente violentos. Son cerca de las 9:45 de la noche en el hotel Taj Mahal de Bombay: en casi todas las ciudades importantes de la India hay varios hoteles magníficos y algunos de ellos pertenecen a esta cadena. En Calcuta me alojé en uno bellísimo, me produjo culpa dormir en habitaciones suntuosas y comer delicados platillos indios o internacionales. Los indios de las clases superiores que viven hace siglos dentro del sistema de castas parecen no sentir ninguna. A fin de cuentas, los intocables lo son porque han cometido innumerables faltas graves en vidas pasadas. Se oyeron ruidos inusuales: nadie sospechaba que fueran disparos. ¿Cómo imaginar algo semejante en un edificio construido a fines del siglo XIX para perdurar? La fachada del Hotel Taj Mahal me recordó la antigua estación de ferrocarril londinense de la época victoriana, Saint Pancras, previa a su modernización, con su falso gótico, sus ladrillos, sus torres fantasmales. Admiré ese conjunto de edificios frente al malecón, cerca del arco triunfal conocido como la Puerta de la India, ya mencionada, primera construcción que los pasajeros de los navíos procedentes de las islas británicas y del lejano y cercano oriente veían al llegar a Bombay, hoy Mumbai, ciudad construida junto al océano. Así se pasa la vida. Cada edificio esconde como en radiografía su futuro de ruina: Sebald. Me deslumbró el milagro mortecino... Los milenarios oficios callejeros. Encantadores de serpientes: las víboras carecen de veneno. Y la belleza, al lado la belleza... Las maravillas de la perspectiva. En la noche Varanasi adquiere una realidad fantasmagórica. Escenas en el Ganges. Barcas varadas junto al río. La santidad y la basura.

# HACIA UNA ESTÉTICA ANALÓGICA\*

Mauricio Beuchot

En estas páginas, mi planteamiento será revisar la noción de arte en la actualidad, que ya ha cambiado con respecto a la noción clásica del mismo. Antes se pensaba que el arte debía buscar y procurar la belleza, ahora se piensa que esto no es necesario; después de las vanguardias y las posvanguardias, se cree que el arte busca no lo bello sino lo impactante. Y por eso cada obra de arte va acompañada de su propia epistemología: ¿qué quiere decir esto?, e incluso de su propia ontología: ¿qué es esto?

Por eso ha habido intentos recientes de volver, aunque sea un poco, al ideal clásico del arte como buscador de belleza. Hablaré de unos cuantos de ellos, que precisamente surgen de entre las filas de la posmodernidad, de algunos de los más connotados pensadores actuales. Y terminaré conectando esto con mis propias búsquedas y reflexiones. Concretamente, con mis andanzas en el camino de la hermenéutica, de la mano de lo que he llamado una hermenéutica analógica.

## FILOSOFÍA DEL ARTE Y ESTÉTICA

La relación entre la filosofía y el arte se da en la filosofía del arte o estética. El primero que la llamó “estética” fue Alexander Baumgarten, a mediados del siglo XVIII. Después se ha preferido esa denominación, pero a veces se la ha denominado “filosofía del arte”, para que abarcara todo lo relativo a la creación artística y al artista mismo.<sup>1</sup>

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 9 de febrero de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

<sup>1</sup> S. J. Castro, *Vituperio de Orbanejas*, Herder, Barcelona, 2007, pp. 11 ss.

De hecho, “estética” significa teoría de la sensación, es decir, el estudio del modo como captamos con los sentidos. Así, Kant, en su *Crítica de la razón pura* (1781), llama “estética trascendental” al primero de sus apartados, tocante a la sensación o conocimiento empírico. Es, pues, el estudio del conocimiento sensible. Y en la estética se estudiaba el conocimiento del arte, el sentimiento de lo bello.

Sin embargo, sabemos que la experiencia artística no se queda en los sentidos. Si bien comienza en ellos, llega hasta el intelecto. De esto se dio cuenta el propio Kant cuando colocó el estudio del gusto artístico en su obra *Crítica del juicio*, y el juicio es algo que pertenece a la inteligencia.

Sobre todo, antes se consideraba que la estética era una ontología de la belleza. Es decir, el estudio de las condiciones de posibilidad para que algo fuera bello, ya se tratara de algo natural o de un producto del arte. Se creía que el arte tenía que ver con lo bello. Pero ahora, en la actualidad, después de las vanguardias y las posvanguardias, el arte no tiene que ver con lo bello, sino con lo impactante.

Sin embargo, después de mucho tiempo (todo un siglo) en que se perdió esa perspectiva de la belleza en el arte, y en que la estética ha sido la parte más carente y afectada de la filosofía, al grado de que no se podía distinguir entre una obra de arte y un bodrio o un engaño, ahora recientemente se ha querido volver, al menos un poco, al ideal de que el arte busque la belleza, y la estética estudie sus condiciones de posibilidad.

En cuanto a la belleza, los griegos y los medievales ponían tres condiciones o características para que un objeto fuera bello: completitud o integridad, proporción y esplendor. La integridad consistía en que el objeto estuviera completo y con todas sus partes. La proporción era que esas partes guardaran una relación adecuada, la cual cargaba con el peso fuerte para que el objeto pudiera llamarse bello. El esplendor era cierto brillo que resultaba de la concordancia de los dos requisitos anteriores.<sup>2</sup>

Después, en la modernidad, Kant abrió la estética no sólo a lo bello, sino también a lo sublime (en su opúsculo *De lo bello y lo sublime*). Lo bello es lo proporcionado y lo sublime es lo desproporcionado para el hombre, por su grandiosidad. En la *Crítica del juicio* decía que lo feo y lo grotesco podrían entrar en el arte, pero lo asqueroso nunca. Y, sin embargo, vemos que ya ha entrado al arte contemporáneo.

<sup>2</sup> M. Beuchot, “La belleza y la estética según San Alberto Magno”, *El espíritu filosófico medieval*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994, pp. 23-29.

A continuación de él, Hegel habló de la muerte del arte, que Walter Benjamin interpretó como causada porque el arte se podía reproducir tecnológicamente.

Los románticos estudiaron la creación artística, algunos centrándola en el genio, como Schlegel, y otros en la educación o formación artística, como Schiller.

Nietzsche puso el arte como centro de la vida, sobre todo la música. El arte es lo que hace soportable la existencia. Los paradigmas del arte son Dioniso y Apolo, los dioses griegos. El primero lo es de lo oscuro y lo orgiástico, y el segundo de lo luminoso y lo bien estructurado. Al principio, de joven, Nietzsche piensa en el arte trágico, muy dionisiaco, pero ya maduro dice que se debe lograr el equilibrio entre esas dos fuerzas: la dionisiaca y la apolínea. De modo que, gran conocedor de la cultura griega, vuelve al ideal de la proporción, de la belleza como proporción, como equilibrio proporcional. Suele ponerse a Nietzsche como alguien que propició únicamente lo dionisiaco y lo desmedido, pero eso no es exacto. Tuvo un gran sentido de la proporción, aunque ésta es difícil de lograr. Él mismo no la pudo alcanzar. Por ejemplo, primero admiró la tragedia griega, especialmente la de Esquilo; luego el drama musical de Wagner; pero después se enemistó con éste y consideró como ideal o paradigmática la ópera *Carmen* de Bizet. En ella la tragedia o el drama se halla muy atemperado: se juntan Dioniso y Apolo, se equilibran.

Vienen después las vanguardias y las posvanguardias, que explotan ese lado dionisiaco y van a lo irracional e instintivo, o buscan lo que no necesariamente es bello, sino que llame la atención, que sea impactante.<sup>3</sup>

Curiosamente, en ese tiempo de cambios revolucionarios en la cultura, alguien que apreció mucho la cultura griega recuperó su ideal de belleza. Es Martin Heidegger, que en su conferencia *El origen de la obra de arte*, de 1935, vuelve a la noción de belleza en la estética, y dice que la belleza es el resplandor del ser en el ente, es decir, de una luz en la tierra que es el objeto artístico.<sup>4</sup> Añade que la obra de arte es simbólica, aquella en la que el artista logró la simbolicidad, el darle carácter simbólico. Para entender esto, recordemos que el símbolo era algo que unía, a saber, dos partes de un objeto que dos personas se daban para reconocerse, para identificarse y entrar en comunidad. Por eso el símbolo tiene la capacidad de identificar y distinguir, y de unir para hacer

<sup>3</sup> B. Valdivia, *Los objetos meta-artísticos, y otros ensayos sobre la sensibilidad contemporánea*, Universidad Autónoma de Zacatecas (Azafrán y Cinabrio), Guanajuato, 2007, pp. 47 ss.

<sup>4</sup> M. Heidegger, "El origen de la obra de arte", *Arte y poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978 (2ª reimpr.), pp. 40 ss.

comunidad. Es lo que hace el buen artista. Nos une, nos comunica unos con otros, crea comunidad entre los seres humanos. Heidegger pone como ejemplo los zapatos, unos suecos, pintados por Van Gogh. Ciertamente los zapatos no son así, pero, de alguna manera, deberían serlo. El artista crea belleza que nos seduce a todos, nos comunica, nos une. Atinó con el símbolo.

Un discípulo de Heidegger, Gadamer, recupera esa idea de su maestro, y habla de la simbolicidad del arte, de su carácter simbólico, como capacidad de universalizar.<sup>5</sup> Al hablar de sí mismo, de sus alegrías y tristezas personales, el buen artista nos habla a todos; todos nos sentimos aludidos, y así se crea una comunidad de sentimientos, una universalidad extraña. Es el carácter universal del arte, que desde su condición particular alcanza lo universal, por la fuerza de símbolo que tiene, que le supo dar el artista.<sup>6</sup>

Esto va de la mano con la universalización que Gadamer confiere a la hermenéutica. Esta última es una rama de la filosofía que enseña a interpretar textos, a comprender sus significados. Y la obra de arte es un texto, pues éste no es solamente el escrito, sino todo lo que es susceptible de interpretación, como el diálogo. También el texto es una obra de arte (en el sentido de técnica); pero la obra de arte es, por demás, un texto. Es el que compuso el artista, es su expresión; es, por así decir, su palabra. Y el espectador tiene que interpretar esa obra de arte como un texto, llegar a comprenderlo. Tratar de saber qué quiso decir el autor. Pero muchas veces no coinciden, y el espectador no comprende al artista.

Es lo que otro gran hermeneuta, Paul Ricoeur, llama el conflicto de las interpretaciones. El juicio de gusto o juicio estético es una interpretación. No en balde Aristóteles trató del juicio en su *Peri hermeneias* o *Sobre la interpretación*. Pues bien, a ese juicio interpretativo llegamos por virtud de la hermenéutica, la disciplina de la comprensión de los textos.

## CLÁSICOS Y CONTEMPORÁNEOS

El cambio que se da en las vanguardias ha sido señalado por Walter Benjamin y Theodor Adorno, muy pendientes de esos movimientos. Por ejemplo, los

<sup>5</sup> H.-G. Gadamer, *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1977, pp. 137 ss.

<sup>6</sup> Sobre el arte en Gadamer, cf. A. L. Grisales Vargas, *El arte como horizonte. Del vínculo entre arte y religión en la cultura occidental contemporánea*, Editorial Universidad de Caldas, Manizales, 2002, pp. 155 ss.

surrealistas se van a lo irracional, el inconsciente y sus impulsos o instintos, que había revelado el psicoanálisis.

El cambio de lo bello a lo impactante se puede rastrear hasta el romanticismo. Kierkegaard decía que lo propio del romántico era lo interesante, y precisamente lo colocaba como un estadio estético. Ahora se busca lo que llame poderosamente la atención. Pero eso puede ser índice del cansancio y agotamiento cultural que hay, o de una crisis de la cultura debida al relativismo tan fuerte de hoy en día. En efecto, en la filosofía actual hay un relativismo excesivo. No un relativismo sano y hasta de sentido común, sino extremo y que podríamos llamar equivocismo. Y fue resultado del positivismo del siglo XIX y de la primera parte del XX, como reacción: un cientificismo y un racionalismo que produjeron como protestas numerosos movimientos que iban en contra de la ciencia, de la técnica e incluso de la razón.

No podemos negar que el arte depende mucho de la situación histórica en la que se da, en ella nos movemos. Y ésta no ha dejado de caracterizarse como crisis. La llamada posmodernidad o tardomodernidad es una situación de crisis. Se la ha querido ver como un inocente cambio de época, o de paradigmas. Pero es más que eso. Es una caída de metarrelatos y de paradigmas, o de modelos, tanto en el conocimiento como en el arte.

Por eso la filosofía del arte posee un lado epistemológico, que tiene que ver con el modo de conocer que ejerce el artista al crear y el que realiza el espectador al recibir su creación. Muestra también un aspecto psicológico que le es aledaño, pero ya no pertenece propiamente a la filosofía (como la utilización del psicoanálisis por parte de algunos críticos de arte). Es, en todo caso, una interpretación, una hermenéutica. Así, algunos usan el psicoanálisis para interpretar la pintura, y otros la poesía, etcétera.

He mencionado que se ha dejado de lado la noción de belleza en el arte para poner la de lo impactante. Pero se está recuperando la idea de que el arte debe tener como objeto lo bello, por ejemplo por ese genial discípulo de Heidegger que he mencionado, Hans-Georg Gadamer, en una obra que tiene el significativo título de *La actualidad de lo bello*. Es decir, lo bello, como objeto del arte, vuelve a ser algo actual.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> H.-G. Gadamer, *La actualidad de lo bello. El arte como juego, símbolo y fiesta*, Paidós, Barcelona, 1998, pp. 45 ss.

También se ha puesto en tela de juicio un concepto que regía el arte clásico y era el de imitación o mimesis. Para Aristóteles, el arte era sencillamente la imitación de la naturaleza. La pintura, la poesía, la tragedia, etc., imitaban la naturaleza, plasmaban los caracteres de los hombres. En las vanguardias se abandonó eso, y se cortó la idea de mimesis. El arte no imita, crea. Y así desde el impresionismo, expresionismo y otros movimientos, se aborreció al que imitaba, y se pensó en una distorsión constructiva o creativa de lo real.

Pero, recientemente, la noción de mimesis fue rescatada por Paul Ricoeur. Este eminente hermeneuta, muerto en 2005, hablaba de tres niveles de mimesis. Hay una primera mimesis, que es la prefiguración. Y es todo aquello que prepara la elaboración de un texto o de una obra, desde el lenguaje de que disponemos, o los materiales que usaremos, hasta los movimientos o ideas estéticas que nos circundan. Hay una segunda mimesis, que es la configuración, y es la puesta en ejercicio del texto o de la obra de arte (vista aquí como un texto, al igual que el texto como obra), o sea, la plasmación de todo eso que nos ha antecedido. Y hay una tercera mimesis, que es la refiguración, por la cual vemos los efectos del texto o la obra, las consecuencias de la misma.<sup>8</sup>

## ARTE E INTERPRETACIÓN

Pero, en todo caso, la obra de arte requiere ser interpretada. Así como ella misma es una interpretación del artista, una concepción de la realidad (y en ese sentido una mimesis), así también la apreciación del espectador es una interpretación de lo significado por el artista en su obra. Si la creación artística es el juicio de gusto del artista, la apreciación estética es el del espectador. Siempre un juicio, una interpretación. O un juicio interpretativo, hermenéutico.

En Aristóteles, lo que correspondía a este juicio estético o de gusto era el juicio prudencial. La prudencia o *phrónesis* era una virtud teórica, pero que tenía que ver con la práctica, por lo tanto con lo singular y contingente, movedizo e inestable. Es verdad que el arte era la *techne*, la técnica, la cual tenía reglas de procedimiento. A diferencia de ella, la *phrónesis* o prudencia no tenía reglas, al menos reglas precisas, tenía que operar con mucho de duda y de oscuridad. Sin embargo, tenía la capacidad (la iba construyendo paulatinamente) de atinar a lo que se necesitaba.

<sup>8</sup> P. Ricoeur, *Tiempo y narración*, 1, Siglo XXI Editores, México, 1998, pp. 85 ss.

En Kant lo que correspondía al juicio prudencial es lo que él llamaba el juicio reflexionante. Fue célebre Kant porque en su *Crítica del juicio* reservó este tipo especial de juicio para la estética. Lo contraponía al determinante, el cual era claro y distinto, con conceptos precisos y principios exactos. En cambio, el juicio reflexionante no tenía ni conceptos claros ni principios precisos. Operaba con conceptos clarososcuros y con principios imprecisos, más con el sentimiento que con el intelecto, más con la intuición que con el raciocinio. Y, sin embargo, tenía valor porque, a pesar de partir de conceptos y principios exiguos, encontraba la verdad, en este caso la belleza, que es como la verdad del arte.

En tiempos muy recientes, la *phrónesis* ha sido rescatada por Gadamer y por Alessandro Ferrara, que además la ha conectado con el juicio reflexionante. En efecto, Gadamer estudió la *phrónesis* o prudencia en Platón y Aristóteles, y encontró que esta virtud es la que se ejerce en la hermenéutica. El acto interpretativo tiene el esquema de la *phrónesis*. Es un acto que se da en contexto, que necesita contextualizarse para comprenderse y que sea efectivo. Y esto es lo que hacemos, proporcionalmente, al interpretar.

Gadamer fue discípulo de Heidegger, y una discípula de ese mismo maestro, Hannah Arendt, conectó la *phrónesis* aristotélica con el juicio reflexionante kantiano. Ella decía que ambos hacen lo mismo: encontrar la verdad, el bien y la belleza con muy pocos recursos, desde una gran pobreza conceptual; y, sin embargo, atinan a dar con ellos.

Más recientemente, Ferrara ha aplicado esto a la enseñanza, a la educación.<sup>9</sup> Sostiene que enseñamos con modelos, ejemplos o paradigmas. Y es como aprendemos a crear arte o simplemente a apreciarlo. Con buenos modelos y mucho ejercicio. Se da gran cabida a la imitación o mimesis y a la praxis.

Volvemos a la situación clásica. Sobre todo a la genialidad de conjuntar a Aristóteles con Kant: la *phrónesis* con el juicio reflexionante. He oído a dos pensadores, Pierre Aubenque y Eugenio Trías, decir que la genialidad consiste, en filosofía, en unir a Aristóteles con Kant. Y aquí vemos intentos de hacerlo.

Por eso encontramos en la actual filosofía del arte, en la estética reciente, la presencia fuerte de la hermenéutica. La hermenéutica, que tiene que ver con la comprensión de textos, pero también con el juicio interpretativo, muy pa-

<sup>9</sup> A. Ferrara, *La fuerza del ejemplo. Exploraciones del paradigma del juicio*, Gedisa, Barcelona, 2008, pp. 21 ss.

recido al juicio prudencial o *phronético* y al juicio reflexionante, se ha colocado como un instrumento conceptual de la estética contemporánea.

### LA LABOR DE LOS POSMODERNOS

Los filósofos posmodernos han tomado muy en cuenta el arte, la estética. Uno de ellos, Michel Foucault, llegó a pensar la ética como una cierta estética, tal la creación de una personalidad bella. Esto lo trabajó en la última etapa de su trayectoria laboral y vital, y por eso es poco conocido o mal comprendido. Es lo que él llamaba la *epiméleia*, el cuidado de sí mismo.<sup>10</sup> Y realizó un retorno a la estética clásica. En efecto, se inspiraba en los estoicos grecorromanos.

Estos estoicos, en seguimiento de Platón y de Aristóteles, veían la formación ético-estética del hombre centrada en la *phrónesis*. Tenían su propia teoría de la prudencia, como sabiduría, muy en la línea de Sócrates y Platón, más que en la de Aristóteles. Pero era una sabiduría de lo concreto y práctico, por eso se podía aplicar tanto a la ética como a la estética. Foucault, al rescatar la *epiméleia* de los estoicos, la interpretación de sí, la hermenéutica del sí mismo, estaba recuperando la idea clásica del arte, más centrado en la *phrónesis* que en la *techne*, la pura técnica, y que tenía una fuerte carga interpretativa, hermenéutica.

Otro de estos filósofos posmodernos ha sido Gianni Vattimo. Discípulo de Gadamer, es un gran estudioso de Nietzsche y de Heidegger, que son precisamente los maestros de la posmodernidad, en los que beben los teóricos posmodernos, al menos la mayoría de ellos. Con Vattimo he podido conversar sobre estos temas y llegar a algunos consensos, a pesar de los inevitables disensos.

De Heidegger, Vattimo ha recibido la idea de que el arte, singularmente la poesía, revela la verdad del ser.<sup>11</sup> Es un modo de conocimiento. Pero la verdad, en sentido heideggeriano, es la *alétheia* aristotélica, entendida como desvelamiento. Algunos la han contrapuesto a la verdad como correspondencia, pero autores como Volpi y Ferraris han hecho ver que el des-ocultamiento requiere de la correspondencia, se necesitan la una a la otra. Sin embargo, Vattimo en-

<sup>10</sup> M. Beuchot, *Historia de la filosofía en la posmodernidad*, Torres, México, 2009 (2ª ed.), pp. 97 ss.

<sup>11</sup> G. Vattimo, "Arte e identidad. Sobre la actualidad de la estética de Nietzsche", en su obra *Diálogo con Nietzsche*, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 159-196.

tiende esta verdad como proyecto, como algo que está en el futuro, que apunta al porvenir. Como es posmoderno (de hecho, uno de los principales teóricos), dice que la verdad más bien está en el pasado, que sólo puede verse como algo que ya pasó, cuyos restos conmemoramos, como un rescoldo que se apaga. Por eso profesa una filosofía débil, sobre todo una ontología débil, para la cual la estética es algo que se ve con algo de nostalgia, ya que participa de esa debilidad, padece de ella, y se nos muestra como algo vago y ambiguo.

Tuve un debate con Vattimo en 2004, y otro en 2008, y me pareció en ambas ocasiones que no nos poníamos de acuerdo, porque él entendía la filosofía débil como equívoca, mientras que yo la consideraba como analógica.<sup>12</sup> Él pensaba que la filosofía actual no puede ser prepotente y monolítica como la moderna, sino que la posmoderna, y con ello su estética, tenía que ser débil. Pero entendía esa debilidad demasiado extrema, tanto que en su ontología no había esencias ni causas, lo cual me parecía demasiado débil. Aún creo que la verdadera y auténtica filosofía débil no es tan exigua, equívoca, sino que es analógica. Vattimo aceptaba mi hermenéutica analógica como una filosofía débil, no prepotente como la moderna, sino en la línea de la posmodernidad, y sólo me pedía que fuera más débil, que no tuviera miedo a la equivocidad. Pero pienso que sí hay que temerla, y que no conviene debilitar tanto la filosofía, sino que hay que buscar la analogía o analogicidad, que es la verdadera filosofía débil, la mejor para la época posmoderna.

Vattimo ha dicho que la hermenéutica es el lenguaje común de la filosofía en la actualidad, sobre todo de la posmoderna. Por ello mismo la hermenéutica está ahora, en la actualidad, en el centro de la estética, de la filosofía del arte. Muchos aseguran que tiene que ser una estética hermenéutica, ya no tanto una estética ontológica. Sin embargo, esto no se ha cumplido bien, pues en la actualidad la estética tiene mucho de epistemología e incluso de ontología. En todo caso, como veremos, una hermenéutica analógica trata de conservar esos lados de la estética, el epistemológico y el ontológico, así sea de manera moderada, verdaderamente analógica o proporcional.

<sup>12</sup> G. Vattimo, “¿Hermenéutica analógica o hermenéutica anagógica?”, en M. Beuchot. G. Vattimo y A. Velasco Gómez, *Hermenéutica analógica y hermenéutica débil*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006, pp. 21-41.

## ESTÉTICA Y HERMENÉUTICA ANALÓGICAS

Como hemos visto, la hermenéutica tiene mucho que ver con la estética. También hemos dicho que la hermenéutica es arte de interpretación. Y en el arte se trata de interpretar. El artista, cuando crea su obra, interpreta; el espectador, cuando la aprecia, lo hace también. Por su carácter interpretativo, la hermenéutica se halla omnipresente en la estética.

Pero también hemos de considerar la hermenéutica en su momento actual. Hoy en día ella ha estado distendida dolorosamente por dos fuerzas opuestas. Una va hacia la interpretación estrecha y estricta, pretendidamente exacta y exhaustiva, lo cual no pasa de ser un ideal inalcanzable. Otra corriente tiende hacia la interpretación vaga y ambigua, demasiado relativista. A la primera le podemos dar el nombre de hermenéutica unívoca, ya que la univocidad es esa ansia de exactitud. A la segunda la podemos llamar hermenéutica equívoca, ya que la equivocidad padece de esa dispersión sin fin, que termina en disolución, en colapso.

La univocidad acaba con la interpretación, la ahoga; la aniquila por falta de espacio. La equivocidad también mata la interpretación, la disuelve; la atomiza en un vacío de significado. Por eso ha hecho falta una tercera vía, una opción distinta, que se base en algo diferente.

Esto diferente es la analogía, la analogicidad, que es un modo de significar que no tiene la estrechez de la univocidad pero tampoco la dispersión de la equivocidad. Está en medio, es abierta sin diseminarse y exigente sin ser rigorista.

Tiene que ser una hermenéutica analógica, es la que se necesita ahora. La modernidad no comprendió o no quiso la analogía. Por eso en estos tiempos tardomodernos o posmodernos hay que darle una oportunidad. Cabe una hermenéutica analógica.

Esta propuesta, a diferencia de la hermenéutica unívoca, admite varias interpretaciones y no sólo una; pero, a diferencia de la hermenéutica equívoca, no admite todas o prácticamente todas como válidas. Acepta más de una, varias, pero que formen un conjunto ordenado, en el que se pueda discernir cuáles son mejores que otras. Formarán una gradación o jerarquía de mejores a peores, hasta que se llegue a un punto en el que ya no se puede hablar de corrección, sino que, a partir de él, ya las interpretaciones son falsas, inadecuadas.

Esto nos permitirá tener una estética analógica, una filosofía del arte regida por la analogía.<sup>13</sup> Los antiguos estoicos grecorromanos creían en la analogía cósmica, en la simpatía universal, en las coincidencias que se daban entre todas las cosas. Los hermetistas del Renacimiento y del Barroco recuperaron esa idea, y decían que con el ingenio se descubrían esas relaciones entre los seres, que la mayoría no vislumbraba siquiera. Los románticos y los simbolistas las volvieron a encontrar, al punto que Mallarmé y Rimbaud hablaban de las correspondencias entre las cosas, y que precisamente era labor del arte descubrirlas. El artista atisba esas analogías, escudriña el universo en busca de esos símbolos. No en balde Heidegger dijo que lo propio del arte era ser símbolo y eso lo reafirmó su discípulo Gadamer.

Y es que el símbolo es analógico. La simbolicidad está en el orden de la analogía, toca registros analógicos. En efecto, las dos caras de la analogía son la metáfora y la metonimia, que están omnipresentes en todas las artes, no sólo en la poesía. Metáfora y metonimia, polos analógicos, son lo que Nietzsche llamaba Dioniso y Apolo y, aunque de joven hablaba del origen metafórico de las lenguas y ponía la metonimia como mentira, en su madurez abogó por tomar en cuenta las dos, porque son inseparables y necesarias.

Por eso necesitamos una hermenéutica analógica para la estética, para la filosofía del arte. Que nos haga oscilar entre el polo metafórico y el polo metonímico del fenómeno artístico, del acontecimiento del arte. De esta manera recuperaremos algo de la tradición clásica, con su idea de que el arte debe ir a la belleza, como en la ciencia hay que ir a la verdad. Y se recuperará la noción de belleza como proporción, como analogía, de modo que salgamos del marasmo y del *impasse* en el que se encuentra el arte actual y la misma filosofía del arte o estética.

## CONCLUSIÓN

Después de este recorrido hemos aprendido algo. Que el arte primero se volcó hacia la belleza, entendida como imitación de la realidad natural. Después se despojó de la mimesis y se dio a la composición o creación de realidades

<sup>13</sup> M. Beuchot, *Belleza y analogía. Una introducción a la estética*, Ediciones Paulinas, México, 2012, pp. 9 ss.

nuevas, a veces impensadas, como en el arte abstracto y otras experiencias similares. Luego abandonó la noción de belleza, y se dedicó a lo impresionante, lo impactante. Pero ahora se está volviendo a lo clásico, en la estética más reciente. Hay varios esfuerzos por recuperar la idea de belleza como objetivo del arte, y, además, por recuperar la idea de belleza como proporción, como alguna secreta armonía entre los elementos componentes de la obra artística. Quizá sea una proporción oculta y misteriosa, como la analogía de los griegos, de los hermetistas, de los románticos y los simbolistas, pero se dejará ver por aquellos ojos que sean perspicaces y atentos.

# LA INVENCIBLE\*

---

Vicente Quirarte

## I

Existen varios puentes en Ciudad Universitaria. Para mí, uno es el puente. Tan-tos son los usuarios que fue reforzada su estructura y se alzó una malla para evitar accidentes o tentaciones. Debido a sus delgadas y flexibles planchas de acero, se cimbra, suena, habla como si respondiera a la energía de los pasos que lo tocan. Hoy comienza el año en que cumpliré la edad que mi padre tenía al morir. Hoy domingo en que el puente es todo para mí, lo cruzo con músculos, corazón y aliento, instrumentos que aún quieren sonar en la sinfonía del mundo aunque no tengan la fuerza, el brillo, la dureza y flexibilidad de antes. Sin el esplendor de otro tiempo, aunque ahora todo sea paradójicamente más intenso. Durante mucho tiempo lo evadí. Más poderoso que la pena, el dolor fue paulatinamente mi-tigándose para devolver al puente su función unitiva. Ahora paso por él siempre que puedo y lo celebro inundado de estudiantes que hacen del presente arma invencible, sin la amargura de aquel 13 de marzo de 1980. Aquí estuvo mi padre los últimos momentos de su vida. Sentado a la orilla, con un lápiz en la mano. Puedo afirmarlo así porque mi amigo Carlos Pujalte coincidió en el lugar de los hechos, sin saber que ese hombre, en un sitio y una actitud desconcertantes, era mi padre. Un lápiz en la mano. ¿Qué sucedió con él? ¿Quién lo rescató y lo si-guió utilizando? ¿Y sus libros, el portafolios que siempre lo acompañaba como fiel escudero? Mi padre venía de dar clase en la Facultad de Filosofía y Letras y quiso caer en su campo de batalla. En la arena de combate de la universidad.

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 23 de febrero de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

Sólido como toro de lidia, mi amigo Carlos acostumbraba correr por Ciudad Universitaria a esa hora poco habitual. Como parte del paisaje vio a un hombre sentado en el puente. De pronto dejó de verlo. No lo vio caer pero sí vio al caído. Me consuela saber que en medio de los curiosos desconocidos que comenzaron a agolparse alrededor, el gran corazón de Carlos, que en ese momento y por razones naturales debe de haber palpitado más que nunca, acompañaba al de mi padre, que paulatinamente se apagaba. Y así como Roberto Moreno de los Arcos, joven director del Instituto de Investigaciones Históricas, fue la última persona cercana que cruzó palabras con mi padre, mientras las jacarandas de la Facultad de Filosofía y Letras proclamaban como en ninguna otra parte de nuestra ciudad la inminente primavera, Carlos Pujalte pudo decirme que papá no murió instantáneamente: jalaba con ansia todo el aire, para que la ingrata vida tuviera su final en tono mayor. Me lo contó la mañana en que juntos fuimos a visitar el sitio.

“And I only escaped alone to tell thee”, exclama el Ismael de Herman Melville al final de *Moby Dick*, con palabras del *Libro de Job*. No sólo porque yo no estaba en la Ciudad de México cuando los seres más próximos a la familia comenzaron a hablar, con piadoso y bien intencionado eufemismo, del accidente que había sufrido el maestro Quirarte, me obsesioné por reconstruir cada momento de su estar en el mundo. Tal vez por ese afán objetivo que me impuse, estaba extrañamente sereno. Carlos, consternado, lágrimas a punto de estallar en sus ojos, ajenas a un hombrón como él, me explicó dónde estaba sentado papá, las ramas que había roto su cuerpo, la forma en que había calculado caer para no hacerlo encima de un automóvil o debajo de sus ruedas. Para no interrumpir el tránsito. Para no arruinarle el día a terceros. Para que la vida continuara y sólo los de su tribu nos quedáramos a descifrar lo indescifrable.

¿Qué libro llevaba? ¿Qué dijo a sus alumnos? Una de sus lecturas reincidentes era el cuento de Alphonse Daudet en que un profesor de francés, durante la ocupación prusiana de 1871, dice a sus alumnos que los invasores han determinado que sólo se enseñe alemán en las escuelas de Alsacia y Lorena. Por lo tanto, ha sido removido de su puesto y ésa será la última clase. Al final de ella, y al escuchar a los prusianos que vuelven de hacer ejercicios militares, en el pizarrón escribe la frase “Vive la France”. La historia es más intensa porque la voz narrativa proviene de un alumno que llega tarde a clase y nunca antes había aprovechado las lecciones del profesor que durante cuarenta años se afanó en demostrar a sus estudiantes que el francés era la lengua más hermosa

del mundo, patrimonio que otorga orgullo e identidad de patria, porque, explicaba Monsieur Hamel, “cuando un pueblo cae en la esclavitud, si conserva bien la lengua propia, es como si tuviera la llave de la prisión”. Después de dar esa que fue su última clase, ¿tenía mi padre el saco puesto o se lo había quitado para aliviar el calor? No se lo pregunté a Carlos y ahora me asalta esa pregunta. Cuando se decide que ha llegado el momento decisivo, a pesar del trastorno que acompaña esa separación del ritmo natural de la existencia, hay un apego al ritual que pone en una misma sintonía a príncipe y mendigo: el último lento y abundante desayuno de Maximiliano, la postrera copa de vino a las seis de la mañana, antes de ser fusilado en Querétaro. El personaje evocado por George Orwell que, descalzo y vestido sólo con taparrabos, tiene la elegancia instintiva de esquivar un charco cuando se dirige al sitio de su ejecución.

Los puentes y los angustiados. Extraña, inevitable pareja. Los auténticos vencidos no se salvan. Logran hacerlo, a veces, los enamorados. Voraces como nadie, el amor los parte con su rayo seco y les otorga la posibilidad de la resurrección. Los otros se arrojan seguros de llevar un ancla al cuello. “Es que no *quería* morirme”, y no “Es que no *quiero* morirme”, dicen los que se salvan. Quien evade a la Parca, desquicia las agujas del cuadrante. Únicamente el samurai que se hunde su *obediente acero*, altivo y fulgurante como nunca, es señor de la vida y de la muerte. El puente donde murió mi padre se convierte así en parábola, imagen poética y lección moral. Los puentes se hicieron para unir a los hombres, para salvar obstáculos. La vida y la obra de Martín Quirarte estuvieron dedicadas a la erección de puentes. Cuando supo que era incapaz de construirlos, eligió uno de ellos para dar fin a su aventura terrestre. Luis Cernuda, a quien entonces yo leía con una devoción que el paso de los años ha acentuado, me dio una respuesta posible: “Morir es duro, mas no poder morir si todo muere es más duro quizás”. El maestro Quirarte no quiso una tumba ni un monumento. Pero ese puente queda como testimonio de la integridad de su paso sobre la Tierra.

## II

La Invencible abre los domingos. De semejante provocación viene su nombre. De tal profanación, su resistencia. Invencible su convocatoria para quienes lleguen a aliviar heridas del naufragio, sordos a la insistencia del campanario en la

vecina iglesia de San Jacinto. La Invencible. Desvencijada y mínima, sus puertas batientes que han renunciado a la dignidad amenazada del vidrio, parece nacida con el pueblo de San Ángel, donde confluyen los latidos más hondos del barrio, sus instituciones aposentadas en edificios que conservan usos y rostros originales: el baño público cuya fachada de ladrillo reitera su nombre: Colonial; el mercado Melchor Múzquiz donde no falta uno solo de los colores, los aromas, los sonidos de México; el sitio de taxis San Jacinto, que ostenta el orgullo de ser el más antiguo de la ciudad.

La Invencible es flanqueada exclusivamente por apellidos, como si de compañeros de banca se tratara: Arteaga, Gálvez, Frontera. Irresponsablemente caminamos por esta última sin recordar que debe su nombre al general José Frontera, que transformó su condición civil para enfrentar al invasor estadounidense y morir en la batalla de Padierna. Sólo en fecha reciente, una placa en San Jacinto explica su memorable actuación. En la plaza se consignan igualmente los nombres de los irlandeses del batallón de San Patricio, comandados por John O'Reilly, algunos castigados, otros ejecutados por oponerse a una nueva guerra de conquista. La ceremonia anual que se organiza cada 12 de septiembre para recordarlos es, de tan íntima, sólo conocida por sus iniciados y por los propios habitantes del barrio, que con su presencia rinden homenaje a sus antepasados que descolgaron los cuerpos y les dieron sepultura en la vecina iglesia de Tlacopac, a la que se llega por la calle que conserva, en el nombre y en la anchura, el nombre de Reyna. Otras historias, no por cotidianas menos señaladas. Un día del siglo XIX, a San Ángel llegó a caballo el joven Manuel Payno. Al aplicar a su viaje el calificativo de *sentimental*, transformó el concepto de locomoción práctica en peregrinación del alma. En los albores del siglo XX, por estas calles pasó el cuerpo duro y palpitante de Santa, antes de abordar el tren hacia una ciudad donde la esperaban el esplendor y la miseria.

La Invencible tiene dimensiones de camarote. Su barra, el aspecto de un muelle en que vienen a recalar navíos perdidos. En La Invencible no se come. Sus mesas escuetas alojan a lo sumo a cuatro, pero invitan más que nada al solo. Solo se bebe y solo se camina en el filo de la vida. Y de la muerte. Así debe de haber sido el Spouter Inn, adonde llega el Ismael de *Moby Dick* antes de dar inicio a una aventura de consecuencias impredecibles. La vida no es la literatura pero su obligación es ser como ella. Que el acoso a ese leviatán que nos obliga a leer el mundo y transformarlo en letra, se convierta en tarea indeleble. La Invencible. El mismo adjetivo, igualmente con mayúscula, utilizó Felipe II

para denominar a su armada. Invencible cada uno de sus bronces y velas, jarcias y mascarones. La derrotaron los elementos antes que sus humanos enemigos. A esta otra nada la vence. Por eso impone el inaudito poder de su minúscula: la invencible es la vida y no la muerte. Invencible es la poesía, pero no hay honor más alto que enfrentarla; invencible la pasión amorosa y su áspero laberinto de señuelos; invencible la Oscura Señora de la Melancolía, que desciende sobre aquellos que tienen más puertas siempre abiertas.

Mientras me recupero del humillante calor de afuera y poco a poco el cuerpo se adapta a la frescura de esta cueva milagrosa, pido un tequila Herradura blanco acompañado de la cerveza más fría de la cantina. Ha venido conmigo un hermano de Ismael, llamado Bartleby, que me ha acompañado desde mi adolescencia. En una de mis acostumbradas, solitarias y largas caminatas de los fines de semana comencé a leer ese libro, que seguramente había comprado en alguna librería de usado que entonces proliferaban en la avenida Hidalgo. Caminaba por Reforma. Tuve que detenerme en una banca para devorar aquel texto inagotable. Reencontré a Bartleby en mi primer viaje a Nueva York. Caminaba por Broadway hacia la parte sur de Manhattan, sede de Wall Street y el poder económico no sólo de Estados Unidos sino del mundo. Ahí estaba y está la iglesia de la Trinidad, una pequeña isla sobreviviente dentro de la gran isla. Vestigio del antiguo Nueva York en una zona cero devastada por la nueva y permanente barbarie planetaria. Llegar a esa iglesia significó un reencuentro más con Bartleby porque es el único vestigio material de su existencia. De Bartleby admiro su resistencia pasiva manifiesta desde la primera vez que su jefe le ordena realizar una actividad diferente a su labor de amanuense. “I would prefer not to” se convirtió en la eterna y desconcertante respuesta de Bartleby porque él sólo quería escribir. Esa actitud es la que llevó a Gandhi a ganar la independencia de su país; es la resistencia de los jóvenes en 1968 o la de aquel muchacho chino que en la Plaza de Tiananmén se enfrenta a un tanque de guerra.

Bartleby anticipa gran parte de las rebeliones y luchas posteriores a él. Borges formula una de sus paradojas impecables cuando menciona que Melville es sucesor de Kafka porque éste nos obliga a leer a Herman Melville con otros ojos. Bartleby pertenece a esas obras maestras que indudablemente uno quisiera haber escrito y que escribimos de nuevo al leer.

¿Por qué he traído a Bartleby, precisamente hoy, a La Invencible? Tal vez para convencerme de que añadir una línea más a todo lo que se ha dicho es

una tarea imposible y por lo mismo digna de ser llevada a cabo. Seguramente, cuando a mi padre le aconsejaron que no reincidiera en arrojar al vacío, como lo había intentado en San Ildefonso, y que aceptara vivir una existencia mutilada, con sus ojos ya en otra parte, les contestaba “Preferiría no hacerlo”: en todo cuanto hizo se dedicó a ser fiel a esta verdad, basada en la estoica negación, en no aceptar sino la verdad rotunda y espinosa. Mi padre apostó sus mejores cartas a la palabra escrita. No escribir era morir. La vida es mejor que la escritura, pero el estigma de nuestra tribu permanece, para bien y para mal, como el fuego de San Telmo en que templaban sus armas los arponeros del *Pe-quod*, en la atroz y maravillosa aventura de Herman Melville que llevo tatuada en el alma. Vencer a la blancura y al silencio, sí. Conservar el honor, la varonía, pero mantener a raya los embates de la sombra.

Hoy es domingo y he rebasado la edad que mi padre tenía cuando decidió abandonar el mundo, incapaz de enfrentar ya no victoriosa sino decorosamente a la Invencible. Hoy mi padre es más joven que yo. Hoy soy más viejo que mi padre. Creo tener algunas respuestas a las preguntas desencadenadas por su prematura aunque no imprevista partida, pero me resulta imposible no mirarme en su espejo que de manera inevitable me refleja. He logrado conjurar demonios que en algún momento lo vencieron. Restauré la casa que quiso para nosotros y la vendimos con la dignidad y belleza que él soñaba. Hoy mi padre es *mi verdadera obra maestra, el hijo que no tengo*. Rubén Bonifaz Nuño nació el mismo día y el mismo año en que mi padre biológico vino al mundo. En este barrio, el niño Rubén soñaba con ser héroe y mago. Sus compañeros más hondos, llamados Salgari, Dumas y Rider Haggard, lo hicieron lector. Más aún, protagonista de combates en que llevó a la práctica la condición de la aventura con el anunciado riesgo del fracaso, suprema iluminación del que se arriesga. A sus 86 años, los mismos que ahora tendría mi padre, traba combate diario por la vida, enfrenta sus cotidianas humillaciones con estoicismo y entereza. En una de sus múltiples páginas memorables formula el enigma:

Para los que quieren mover el mundo  
con su corazón solitario,  
los que por las calles se fatigan  
caminando, claros de pensamientos;  
para los que pisan sus fracasos y siguen;  
para los que sufren a conciencia

porque no serán consolados,  
los que no tendrán, los que pueden escucharme;  
para los que están armados, escribo.

Mi padre Martín dejó de creer en que se escribe para uno, y en consecuencia para los otros. Y esos otros, que acaso nunca conoceremos, nos justifican sin saberlo ellos ni nosotros. El poema de mi padre Rubén implica escribir para aquellos que, no obstante su desamparo, gracias a su desamparo, forjan las armas para vivir el ignorado heroísmo de ser hombre. A La Invencible se llega con preguntas. Jamás se sale con respuestas. La verdadera Invencible, la otra, la temible, generalmente no abre los domingos. El primer caballo de tequila que invade el estómago vacío abrillanta hasta la última de las piedras del barrio, como cuando sobre ellas cae una lluvia prolongada y nos otorga la momentánea ilusión de que será más breve la distancia entre experiencia y escritura y las palabras digan más de lo que de ellas esperamos. Para que el fuego nacido de ese choque sea fruto de la sustancia y no del artificio. Alejar las palabras de la vida para que se acerquen a ella. Así debe haber sentido papá cuando lo llevaba en sus brazos la bruja roja de la anfetamina.

Me llega, como muchas otras imágenes reincidentes, uno de los últimos días que vivimos en el centro antes de irnos a la colonia Roma, tierra entonces ignota y prometida. Papá se encuentra en el interior del único coche que tuvo, gracias a la generosidad de su hermano Daniel. Mientras llega el muchacho que manejaba para él, espera, leyendo como siempre. Uno de los parroquianos de La Antigua Roma, que parece salido de una película de Ismael Rodríguez, se le acerca, curioso e insolente. Junto a su aliento fermentado, le lanza una pregunta que es afirmación al descubrir a un ser en apariencia ajeno a la fauna del barrio: “Ese mi valedor, de qué las compone”. Mi padre voltea a mirarlo. Incapaz de responder con la misma sabiduría y agudeza, lanza espontáneamente la carcajada infantil que nunca debió de haberlo abandonado. A ella me aferro para que no me abandone.

En su última clase, el maestro dejó una sola tarea. Con el paso de los años he aprendido que consiste en escribir la carta que no pudo dejarnos y que contenía las siguientes, posibles palabras: “Les dejo la vida para que la agoten, le abran las piernas, la sienten en las suyas, la encuentren amarga y dulce y la seduzcan sin tregua para lograr sus más altos dones. Les dejo la vida, la invencible. Como la

escritura, puede ser conquistada por momentos. Ganen y merezcan las armas para combatirla, hacerla su aliada y vencer al común enemigo.” El día en que murió papá di comienzo a esa tarea. Aún no la termino en esta sucesión de años que ya van siendo muchos. Lo intento en la mesa de trabajo que fue suya. Trato de no ser como él. Soy, orgullosamente, con él. Si vivir es escribir con todo el cuerpo, la resistencia es mejor que la existencia.

# LAS DISTANCIAS DE LOS ASTROS\*

Julieta Fierro

Lograr conocer las distancias en astronomía ha llevado cientos de generaciones. En este texto se destaca cómo el ingenio de las personas, su trabajo en equipo y el desarrollo de tecnología han permitido calcular el tamaño del universo observable.

Si observamos el cielo estrellado notamos que no tenemos manera de conocer la distancia de las estrellas, imposible de calcular a simple vista. Aun respecto a objetos que solemos ver a menudo, como la Luna, no podemos estimar su tamaño, distancia ni velocidad.

Los problemas que descubre y resuelve la ciencia se inician con las ideas.

Aristarco midió la distancia relativa de la Luna y el Sol, pero sus ideas no se pudieron comprobar por algún otro método. Hace 2300 años Aristarco se dio cuenta de algo extraordinario: de que la Luna es de menor tamaño que la Tierra y de que ésta es de menor tamaño que el Sol. Esto fue fundamental para la historia de las ideas, pues implicaba que no era descabellado pensar que así como la Luna gira en torno de la Tierra, ésta giraba en torno al Sol. Sin embargo, la idea de que los planetas giran en torno al Sol no fue aceptada sino hasta muchos siglos más tarde.

A continuación describiremos varias maneras de estimar distancias en unidades convencionales, comenzando por los métodos para los planetas y las estrellas cercanas y, más adelante, para las más distantes y para las galaxias.

La distancia de la Luna y los planetas se puede calcular mediante un radar que manda una señal al objeto en cuestión y mide el tiempo que la señal de radio tarda en ir al objeto, rebotar en su superficie y regresar; de este modo

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 22 de marzo de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

podemos saber qué tan alejado está, pues mientras más distante más tiempo tardará la señal del radar en llegar hasta donde está el objeto y regresar hasta la Tierra.

La distancia de las estrellas puede estimarse por la paralaje. Si colocas tu dedo índice frente a la cara y observas con un ojo y después con el otro, notarás que parece desplazarse respecto a algún objeto distante. Si ahora estiras el brazo lo más posible y vuelves a mirar el dedo con un ojo y después con el otro notarás que se desplaza menos. Si el dedo está cerca de nuestra cara parecerá desplazarse mucho y si está lejos, poco. Cuando observamos las estrellas cercanas desde dos puntos distintos de la órbita de la Tierra éstas parecerán desplazarse respecto de astros más remotos. De esta manera se estima su distancia. Entre menor sea el desplazamiento, mayor será la distancia.

La mayor parte de las estrellas están demasiado lejos como para medirles la paralaje. Así, se debe utilizar otro método. Se emplea el brillo de las estrellas y su espectro. Si todas las estrellas fueran iguales, por ejemplo como el Sol, entre más alejadas estuvieran se verían más débiles. No todas las estrellas son iguales. Sin embargo, las estrellas que poseen el mismo espectro tienen el mismo brillo intrínseco. Es decir, que las estrellas que poseen un mismo espectro y se encuentran a una misma distancia se verán igualmente brillantes. Ahora, si medimos la magnitud de dos estrellas semejantes y que posean un mismo espectro, pero se encuentren a diferentes distancias, el brillo observado será distinto: menos brillante para la estrella más lejana.

Cuando se toma el espectro de varias estrellas y se descubre que son iguales, se sabe que corresponden a estrellas igualmente brillantes. Se puede medir el brillo —la magnitud— de esas estrellas. El brillo de la estrella más distante será menor que el de la más cercana.

La intensidad de una fuente de luz disminuye como el cuadrado de la distancia que nos separa de la fuente. Si imaginamos que una fuente de luz emite radiación en todas direcciones, podemos suponer que esos fotones tendrán que atravesar esferas que rodean a la fuente cada vez más distantes. Comparemos la cantidad de luz que atraviesa una esfera de radio igual a 1 y otra con radio igual a  $r$ . Dado que la superficie de una esfera es:  $4\pi r^2$ ; el cociente entre ambas esferas será:  $4\pi 1^2 / 4\pi r^2 = 1 / r^2$ .

Hay estrellas más distantes a las que no se les puede tomar el espectro porque la luz que emana de ellas, de por sí débil, se diluye aún más en la gama de colores. Para calcular distancias se emplean estrellas —conocidas como

cefeidas— que oscilan, y cuyo periodo de oscilación depende de su brillo promedio. Los periodos son de horas, días y meses. Entre más rápido oscilen su brillo intrínseco promedio es menor. Por lo tanto, si vemos dos estrellas que oscilan con la misma frecuencia y una es más débil que la otra sabremos que aquélla está más lejos. Puesto que se pueden medir las oscilaciones de estrellas que están en otras galaxias, este método se emplea para determinar las distancias de éstas. Por dar un ejemplo, la distancia de la galaxia de Andrómeda se pudo calcular en 1923, cuando no se sabía si las galaxias eran objetos pequeños de nuestra galaxia o grandes conglomerados estelares distantes.

Otra manera de estimar la lejanía es observar los estallidos estelares como los producidos en las supernovas de tipo Ia. Este método es particularmente importante en los casos de galaxias para los que no se pueden utilizar los métodos anteriormente descritos, por estar a distancias considerables. Las supernovas de tipo Ia se producen cuando una estrella enana blanca atrae materia de una compañera. Cuando su masa llega a 1.4 masas solares implosiona y sufre un posterior rebote y calentamiento. Dado que todas estas supernovas surgen de estrellas de la misma masa inicial de 1.4 masas solares, su brillo es similar. Así si se mide el brillo es una supernova de tipo Ia, cuya distancia se conoce y comparándolo con una supernova en una galaxia distante se puede estimar su distancia.

Un método para calcular la distancia de galaxias particularmente lejanas es emplear las estrellas más grandes de todas, las supernovas de tipo II, las cuales explotan al final de su existencia. Producen un brillo espectacular y sólo duran un mes; su luminosidad es tan intensa como la de una galaxia entera, así que es posible observarlas a grandes distancias. Se produce en promedio una explosión de supernova cada cien años por galaxia. Se emplean telescopios robotizados para descubrirlas, los cuales escudriñan cientos de imágenes cada noche, por lo que siempre habrá nuevas supernovas. Por supuesto que si las galaxias fueran todas iguales, las más alejadas se verían más débiles y pequeñas.

Como veremos más adelante, vivimos en un universo en expansión; entre más distantes estén las galaxias, más rápido se alejan. Así, si medimos la velocidad de alejamiento de una galaxia empleando el efecto Doppler podemos estimar su distancia.

Conocer la distancia de los astros nos ha permitido estimar sus dimensiones, en particular las de las galaxias. Se han diseñado filtros que sólo permiten pasar ciertos colores bien determinados, por ejemplo de los gases de galaxias que se alejan de nosotros a cierta velocidad. De esta manera se analizan sec-

ciones precisas del cosmos sin interferencia del resto de la radiación. Ya que entre más lejos están, se alejan a mayor velocidad; el efecto se conoce como el corrimiento al rojo. Esto se comentará de nuevo cuando se trate el tema de la expansión del universo.

Cabe notar que las unidades que utilizamos todos los días son útiles para los objetos cercanos. Los centímetros nos ayudan a medir nuestros dedos, los metros para el tamaño de una casa y los kilómetros para distancias entre ciudades. Sin embargo estas unidades son insignificantes comparadas con las dimensiones de la cosmología.

Vamos a dar ejemplos de distancias conocidas y las vamos a ir multiplicando por mil para darnos una idea de la dimensión del universo.

Un metro es el tamaño de un niño. Mil veces más es un kilómetro, la distancia de varias cuerdas. Mil veces más es la separación entre dos ciudades; como la que separa a Matamoros y Los Mochis. Si volvemos a multiplicar será un cuarto de la distancia a la Luna. Nuestras sondas tardan varios días en llegar a la Luna. Mil veces más que eso es la distancia entre el Sol y Júpiter; ésta es la razón por la que las sondas tardan años en llegar hasta allá. Necesitaríamos mil veces más tiempo para llegar a las estrellas más cercanas; éste es el motivo por el cual no se planea visitarlas en el corto plazo. Los cúmulos globulares están mil veces más lejos, y el diámetro de la galaxia es otros tres ceros más lejos. El tamaño de los cúmulos de galaxias es mil veces mayor y para apreciar la estructura filamentaria se requiere otro tanto.

En otras palabras, la distancia entre Matamoros y Los Mochis es un millón de veces más que la estatura de un niño, la distancia a las estrellas más cercanas es un millón de veces más que la que nos separa de la Luna y para apreciar la forma en que se aglomeran las galaxias en la estructura filamentaria del universo se necesitan tamaños millones de veces mayores que los de las propias galaxias.

Vale la pena resaltar que el espacio y el tiempo están relacionados. Debido a que la luz de los astros toma cierto tiempo en llegar hasta donde estamos, no vemos éstos como son el día de hoy sino como fueron en el pasado. En el caso de una galaxia que se encuentra a 15 millones de años luz, la vemos como fue en esa época.

# DEFENSA E ILUSTRACIÓN DE LA TEORÍA LITERARIA: A LA VERA DE ALFONSO REYES\*

José Pascual Buxó

Puesto ya en el camino de emprender el estudio sistemático de la naturaleza y función de las obras literarias y, por lo tanto, de identificar las “maneras” en que se manifiesta y toma cuerpo esa particular “agencia del espíritu” que es la creación literaria, don Alfonso Reyes fue escribiendo una serie de ensayos que abonaban el terreno para dar cima a su mayor empeño de hacer el necesario “deslinde entre la literatura y la no-literatura” que permitiera la formulación de una teoría capaz de dar cuenta de las múltiples instancias y los diferentes estímulos que concurren en los procesos de la creación poética, enfocados desde la triple perspectiva de la exegética, la historia y la crítica.

De entre aquellos ensayos preparatorios para *El deslinde* (1944)<sup>1</sup> conviene que nos fijemos en “El método histórico en la crítica literaria” (1941)<sup>2</sup> porque en él se ponían de manifiesto las posibles causas de “error” en que suelen caer los historiadores de la literatura, interesados en explicar las obras literarias a partir de los elementos biográficos que pudieran identificarse en ellas, así como las “causas” históricas que hubieran sido determinantes para su composición, y esto, en cuanto que la obra literaria es invariablemente concebida por este género de historiadores como un fiel “reflejo” de las “realizaciones sociales”. A este propósito, anotaba Reyes que no sería razonable reducir a la condición de un mero “reflejo” todo aquello que se asienta en las experiencias de un “mundo interior que pudo no realizarse en la práctica”, esto es, en

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 26 de abril de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

<sup>1</sup> Citaré por Alfonso Reyes, *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, Fondo de Cultura Económica (Lengua y Estudios Literarios), México, 1983; 1ª ed., El Colegio de México, 1944.

<sup>2</sup> Alfonso Reyes, *Tres puntos de exegética literaria*, El Colegio de México (Jornadas, 38), 1945.

una compleja red de estímulos literarios, ideológicos y psicológicos que no se vinculan inmediatamente con las realidades de la vida social, sino con los contenidos emotivos e intelectuales de ese “mundo interior” del literato.

El “historiador político”, venía a decir Reyes, busca explicar los “hechos” sociales por los testimonios escritos que dan cuenta de ellos, pero “eliminando al testigo” y dejando de lado lo propiamente individual que pueda haber en dichos testimonios; el historiador de la literatura, en cambio, no podría eludir los valores específicos de tales testimonios, a saber, la peculiar “intención” estética del autor al construir su obra literaria. Es éste, pues, un asunto del que no pueden desentenderse ni el historiador ni el crítico, puesto que la persona del autor no se halla únicamente condicionada por sus “circunstancias” sociales, sino —además— por la presencia de una tradición literaria que se continúa, actualiza y modifica en cada nueva obra. Y es así como la concurrencia de una tradición literaria y las diversas solicitaciones de un presente en un mismo individuo y en una misma obra hacen necesario llevar a cabo el análisis de ésta atendiendo a una doble tarea: reconstruir la “originalidad” de dicha obra y “reconstruir la serie humana en que ella encaja”. Tarea sin duda delicada por cuanto el historiador y el crítico han de procurar que sus respectivos juicios mantengan un equilibrio entre los datos objetivos, esto es, entre la sustancia semántica de la obra misma, y la impresión subjetiva que dicha obra suscita en sus lectores. ¿Y cómo lograr ese deseable equilibrio entre lo que la obra parece transmitir y la particular interpretación del historiador y el crítico? Decía Reyes, refiriéndose a su propia experiencia: “No prescindo de mi emoción: la encamino, educándola convenientemente, como otro procedimiento del saber” y, haciéndolo así, procuraba alcanzar un bien logrado compromiso entre la objetividad discernible por el crítico —es decir, la especificidad semántica que cada obra literaria presupone— y una subjetividad que es el resultado de la recepción “emotiva” de dicha obra, y a la cual ni el lector común ni el crítico profesional podrían renunciar, no por otra causa sino porque el destino de la obra literaria se “caracteriza por su apelación al público no especializado” y sólo indirectamente al estudioso profesional. Y es que, en efecto, para el buen lector, la obra literaria es siempre un motivo de sorpresa y ensanchamiento de su propia experiencia, y para el crítico es, ante todo, un determinado objeto de estudio al que se le aplican ciertas técnicas descriptivas y determinadas hipótesis exegéticas en el marco de una ciencia literaria siempre sujeta —por lo demás— a su propio examen y validación.

Pues bien, si la tarea de la crítica es la de enfrentarse a un texto literario para “conocer su vida en superficie y en profundidad, en materia y en significado”, como señalaba Reyes, le será preciso echar mano de un variado conjunto de disciplinas que acudan en su auxilio; tales como la bibliografía, la cronología, la biografía, la crítica textual, la lingüística, la historia política y cultural, y un muy largo etcétera. Pero ¿cómo ha de armonizar y hacer compatibles los datos que interesan a cada una de dichas disciplinas que, en la práctica, pudieran fragmentar la unidad de la obra literaria en beneficio de la confirmación de las hipótesis sustentadas por el historiador? De la estrecha aplicación de aquellas disciplinas auxiliares pueden originarse incontables errores, muchos de los cuales ya habían sido señalados por Gustave Lanson, todavía el más influyente historiador de la literatura francesa.

Hagamos un breve repaso de tales “errores”. El primero de ellos consiste en el hecho de fundarse el historiador en datos incompletos o presuposiciones falsas y extraer de ellos consecuencias abusivas o indiferentes; el segundo error proviene del exceso de confianza en los razonamientos abstractos, que bien pueden llevarlo a conclusiones inexactas; el tercero, conceder excesivo crédito a un hecho histórico que para nada afecta la “verdad poética” del texto examinado; el cuarto, y quizás el más extendido, consiste en darle a los métodos particulares un exagerado predominio en la exégesis de los textos literarios, y es así como éstos pueden quedar reducidos a sus contenidos mostrencos en perjuicio de su originalidad respecto de otras obras del mismo género y del mismo periodo histórico. Olvidados precisamente del carácter de creación autónoma de toda obra literaria relevante, es común que los historiadores atiendan exclusivamente a los datos de ciertas realidades fácticas rastreables en ellas, o dicho con otras palabras, asumiendo que todo cuanto “sucede” en el mundo de la ficción literaria tuvo antes lugar en el mundo real del que ésta vendría a ser tan sólo un “reflejo” fiel.

Entre las posibilidades de error antes señaladas, destacaba Reyes el tipo que se reduce a la mera “recopilación erudita de datos”, que en modo alguno puede aspirar a la “dignidad de historia ni de crítica”; y a este propósito, citaba la burlesca irritación de Valéry Larbaud quien, agobiado por las pretensiones literarias de tales eruditos, decía que “nos obligan para buscar una fecha o noticia a tragarnos un farrago de quinientas u ochocientas páginas”. De esas causas de error podían deducirse algunos sanos consejos para el profesional de la historia literaria. Decía Reyes —precaviéndonos contra los excesos de las

generalizaciones— que “en la crítica literaria hay hipótesis” que se distinguen de las hipótesis científicas porque, al contrario de éstas, “no se comprueban por la reiteración, sino por la aparición de un solo dato”, que es justamente el que resulta de la singular entidad de cada obra literaria. Por lo demás, no deben desecharse apresuradamente las informaciones adversas a la hipótesis sustentada por el crítico, a quien se recomienda que, en vez de ignorarlas, explique todas las anomalías, y finalmente, que no establezca relaciones causales entre meras coincidencias.

Aquellos planteamientos iniciales de don Alfonso iban propiamente dirigidos al ejercicio profesional de historiadores y críticos en lo que atañe a la secuencia cronológica y a la exégesis ideológica de las obras literarias insertas en un determinado ámbito histórico cultural, pero aún no se referían a la naturaleza o modo de ser esencial de tales obras ni —por lo tanto— a las características formales y sustanciales (de estilo y asunto, de forma y materia) que permitan distinguir las de otras maneras o tipos discursivos, es decir, de otros usos no propiamente literarios de la lengua comunitaria. De ahí que lo primero que hizo don Alfonso en *El deslinde* fue ocuparse de las cuestiones de “vocabulario”, que no es un asunto baladí, puesto que “literatura” es una voz ambigua que por causa de sus diversos sentidos trae aparejadas continuas confusiones. En un sentido técnico, decía, el vocablo puede remitir a “toda manifestación verbal por medio de la lengua hablada o escrita”; con esa palabra se designa también un conjunto de documentos escritos sin importar el tema o la materia que aborden, pero con esa misma voz se alude principalmente a las obras literarias en su conjunto, es decir, a una “agencia especial del espíritu” distinta de los demás “ejercicios de la mente”; y así, de la dilucidación de la especificidad de ese quehacer mental volcado en la palabra surge precisamente la teoría literaria. Sin dejar de reconocer la historicidad de las obras literarias ni su patente o embozada vinculación con determinadas “realidades históricas”, es preciso que la teoría literaria haga una abstracción “fenomenográfica” de todas ellas con el fin de alcanzar la “descripción metódica y organizada de los fenómenos más generales de la literatura en relación con las disciplinas más cercanas”.

Quiere decirse, pues, que si la historiografía y la crítica literarias tienen por objeto el estudio de las obras particulares, consideradas en su conjunto o individualmente, la teoría aspira a poner de manifiesto lo que es común a todas ellas y, en consecuencia, lo que las distingue de los demás tipos de producción discursiva. Porque es el caso que sin la previa dilucidación de la naturaleza

específica de los tipos textuales que englobamos bajo el nombre de *obras literarias*, la tarea de los historiadores no se ajustaría a una inexcusable exigencia científica: la homogeneidad semántica y la peculiaridad estilística de las obras incluidas en un corpus de estudio. En efecto, la ausencia de una teoría literaria en los trabajos historiográficos trae precisamente como consecuencia la mezcla de obras propiamente literarias con otras que no lo son; de hecho, en la gran mayoría de los Manuales se verifica la concurrencia indiscriminada de discursos de muy variado propósito y factura, de suerte que andan entremezclados en ellos textos cuya construcción elocutiva y cuya intención semántica es muy diversa, tan diversa como pueden serlo los discursos históricos, políticos, científicos o teológicos respecto de los puramente literarios, (*v. gr.* la poesía épica o lírica, el drama o la novela, para decirlo ahora de conformidad con la teoría clásica de los géneros literarios).

Con el fin de discernir aquella esencia común compartida por todas las obras literarias que las identifica y distingue de otras “agencias mentales” asimismo producidas por medio de la palabra escrita, estableció Reyes una fundamental distinción entre las obras pertenecientes al tipo de la que llamó “literatura en pureza” y las que pertenecen a la “literatura ancilar”, esto es, a los discursos disciplinarios o meramente pragmáticos que sacan provecho de ciertos recursos del arte literario. Tales diferencias se advertirán plenamente si consideramos las respectivas *intenciones y asuntos* característicos de los textos literarios y los cotejamos con las “intenciones” semánticas propias de los discursos disciplinarios. En otro notable ensayo escrito en 1940, “Apolo o de la literatura”, Reyes definió con escueta precisión lo que hemos de entender por “intención semántica o de significado” e “intención formal”: la primera se refiere al “suceder ficticio”, la segunda a la “expresión estética”, para concluir con una fórmula impecable: “Sólo hay literatura cuando ambas intenciones se juntan”.<sup>3</sup> De manera, pues, que la “literatura propiamente tal” se refiere a la experiencia humana más pura o general, la que compartimos todos los humanos, en tanto que la literatura ancilar o aplicada se ocupa de conocimientos especiales o, dicho diversamente, la literatura propiamente tal expresa “al hombre en cuanto ser humano”, en tanto que la literatura ancilar lo expresa desde una particular perspectiva disciplinaria, en cuanto que el escritor —dice

<sup>3</sup> Alfonso Reyes, “Apolo o de la literatura”, en *La experiencia literaria*, Losada, Buenos Aires, 1952.

Reyes— se instale como teólogo, filósofo, cientista, historiador... Y esta distinción esencial se remitía sin duda a la formulada por Aristóteles en su *Poética*: la diferencia entre el historiador y el poeta —o, por mejor decir, entre el discurso historiográfico y el literario— “consiste en el hecho de que uno narra lo que ha ocurrido y el otro lo que ha podido ocurrir; por tal razón la poesía es más filosófica y elevada que la historia”, donde lo “filosófico” aludiría a la comprensión esencial de todo lo tocante a la naturaleza humana y lo “elevado” a su más digna y elaborada expresión.

Recordemos que las disciplinas que tienen por objeto los sucesos contingentes, por el hecho de expresarse por medios lingüísticos, tienden a echar mano de los recursos propios de la literatura en pureza (en especial de la comprensión analógica y la designación metafórica de las cosas del mundo), sin que por ello cambien su particular intención comunicativa; ocurren así los que Reyes llamó “préstamos literarios a lo no literario”, esto es, los eficaces recursos del arte poética de que se han valido ciertas obras de carácter histórico, oratorio, filosófico y aun científico con el fin de acreditar su elegancia expresiva o su eficacia persuasoria, pero que, sin embargo, al decir de Reyes, “nadie puede confundir su intención con la de una obra literaria”. En su afán por establecer con nitidez la radical diferencia entre la producción artístico-literaria y la historiográfica y científica, don Alfonsoapuró aún más el deslinde entre ambas clases discursivas y, así, conviene recordar sus más estrictas definiciones: la “literatura en pureza” —decía— tiene un “valor extra o supra temporal que abraza los tres latidos del tiempo: pasado por cuanto una obra literaria ya hecha es cosa ya acabada y pretérita; presente, por cuanto la obra literaria vuelve a ser presente en cualquier tiempo. Mientras que el documento histórico es un testimonio de referencia a hechos que no son el mismo documento, agente vicario de un pasado por construir, la obra literaria es documento de sí misma, es la presencia del hecho literario en sí” (*El deslinde*, 1983, p. 268).

¿Estaba en lo cierto don Alfonso al asumir que nadie podría confundir la divergente naturaleza estilística y semántica de un texto literario respecto de los otros tipos discursivos? Él bien sabía que aun los estudiosos profesionales de la materia suelen incurrir en tal confusión, pues a pesar de la inocultable distancia que media entre las creaciones artísticas y las relaciones históricas, en la práctica tal divergencia suele ser ignorada o desechada por aquellos historiadores de la literatura que dan cabida en sus manuales a muy diversos tipos textuales; de suerte que al lado mismo de las obras poéticas, ocupan un lugar

junto a ellas los productos de la historiografía, la etnología, la lingüística, la política o la teología, en tanto que estas disciplinas sean tácitamente consideradas como parte de un mismo corpus documental y, por ende, asumidas como integrantes legítimos de la producción estrictamente literaria de un lugar y de un tiempo determinados. ¿Y por qué es esto así? Porque tales historiadores parecen entender el concepto de “literatura” en su más amplio sentido de producción escrita más o menos relevante, sin tomar en cuenta la precisa intencionalidad semántica ni las peculiaridades elocutivas propias de cada uno de esos tipos textuales. Pero siendo verdad que no sólo las obras de carácter científico pueden recibir en “préstamo” una serie de tópicos o recursos literarios que las doten de una atractiva amenidad para el común de sus lectores, en la medida —por ejemplo— en que relaten los sucesos históricos de que se ocupan animados por los recursos retóricos de la prosopopeya o la evidencia, también es cierto que las obras independientemente literarias reciben con alguna frecuencia “empréstitos semánticos” de la historia o, en menor medida, de la ciencia, y es a causa de esta mutua “fecundación” —como la llamaba Reyes— que unas y otras pudieran ser equívocamente consideradas como integrantes de un mismo tipo discursivo, es decir, como si todas ellas compartiesen una misma “intención semántica”.

A este respecto podría señalarse una patente paradoja: en tanto que cierto género de historiadores de la literatura incluyen en sus Manuales la producción historiográfica y aun la política y teológica, asimilándola a la propiamente literaria, los historiadores políticos no incluyen normalmente en sus respectivos corpus documentales las obras poéticas, y cuando lo hacen no es con el propósito de certificar con su testimonio la verdad de un acontecimiento histórico, sino —en todo caso— como ejemplo de la huella subjetiva o la evocación pintoresca de tal acontecimiento. Por su parte, las obras literarias —en especial las del tipo que llamamos novelas históricas o testimoniales— se sirven de las “verdades” históricas como sustento de unas “ficciones” imaginadas que —en última instancia— intentan conceder a los irrepitibles sucesos de la historia el estatuto permanente o ejemplarmente humano de las ficciones literarias.

Aunque no sea éste el lugar más apropiado para referirnos con detalle, no es posible dejar de mencionar un fenómeno de recepción de las obras artísticas y literarias (que quizá podría ser, no sólo materia de la estética, sino de la psicología social), consistente en el hecho de privilegiar el valor de “verdad objetiva” de los sucesos realmente acontecidos sobre la “verdad simbólica”

de los meramente ficticios o imaginados. Así ocurre, por ejemplo, en el interés preeminente que se quiere conceder a ciertos relatos novelescos o cinematográficos “basados en hechos reales” sobre otros que recrean y remodelan las experiencias del mundo a partir de sus representaciones simbólicas. Desde una perspectiva propiamente estética, podría decirse que —en tales casos— la facultad creadora de la imaginación ha quedado anulada a favor de una valoración estrechamente pragmática —y por ende, no pertinente— de las creaciones artísticas, o mejor, que éstas sólo parecieran adquirir su verdadero valor ético y epistémico cuando se las reconoce como “fieles reflejos de la realidad misma”. Y —como bien se sabe— tal modo equívoco de valoración tampoco es completamente ajena a cierta especie de historiadores literarios, obsesivos en la documentación “positiva” de las ficciones literarias.

Desde luego, damos por sentado que el historiador de la literatura requiere, para explicar muchos de los aspectos de la vida de las obras literarias, insertarlas en un marco histórico preciso y en los contextos sociales y culturales en que éstas surgen y se difunden; en otras palabras, han de tener en cuenta los sistemas sociales de producción, difusión y recepción de las obras en cuestión. Pero una cosa es que los discursos históricos suministren informaciones más o menos precisas acerca de dichos contextos y otra muy distinta es que puedan ser juzgados como propiamente literarios. De esta equívoca identificación proviene el hecho de que los tratados historiográficos y, eventualmente, los teológicos —especialmente si poseen una notable calidad estilística o retórica— sean incorporados a un determinado corpus literario, pues siendo asumidos como una digna expresión de la cultura nacional, parecieran adquirir por sólo ese hecho el derecho de formar parte de los grandes repertorios literarios. Y es ahí donde se origina esa falsa identidad entre literatura e historiografía, por cuanto que ambas se insertan en el más amplio campo de la cultura escrita y no porque una y otra compartan unas mismas funciones comunicativas ni unas mismas intenciones semánticas. Para certificar que los discursos históricos o científicos sean “verdaderos” y creíbles es preciso cotejarlos con las realidades empíricas de que traten, pero la “verdad” de las obras literarias reside en la coherencia o “verosimilitud” de los universos semánticos que ella misma instaura gracias a la capacidad generadora de la palabra.<sup>4</sup> Pondré un solo ejemplo de cómo los manuales

<sup>4</sup> Me he referido a este asunto en el artículo “De la historiografía a la literatura: verdad o ficción”, publicado en el número 83 de la *Revista de la Universidad de México*, enero de 2011.

de literatura mexicana incluyen sin distinción los escritos de cronistas e historiadores del mundo indígena o de la conquista española, los de materia filológica o teológica, tanto como los que se inscriben en las funciones o géneros canónicos de la poesía, la novela o el teatro. Ciertamente, las obras propiamente literarias surgen en contextos históricos específicos y es mucho lo que el conocimiento de éstos contribuye a explicar determinados aspectos sociales, políticos, ideológicos... relativos a la producción de las obras independientemente literarias, pero —para los fines de la teoría, no menos que para la integridad de la crítica y la historiografía literarias— importa distinguir los espacios culturales y mentales en que se producen dichas obras, en cuanto que las consideremos como pertenecientes a distintos tipos de producción discursiva insertos en una misma circunstancia histórica. Cabe, pues, hacer la distinción entre los sistemas sociales en cuyo seno se producen y difunden las obras literarias y estas mismas obras en tanto que sean una “agencia” particular de la mente y requieran, por ende, un tipo específico de recepción en el cual se identifiquen las obras de creación artística por su carácter de ficción trascendente de ciertas experiencias esencialmente humanas, y las científicas e historiográficas por ser, aquéllas, un registro de “hechos” naturalmente reiterados y, éstas, de sucesos contingentes y fugaces a los que tan sólo la escritura concede una ilusoria condición de permanencia. Haciéndolo así, podrá fácilmente distinguirse lo que corresponde al espacio histórico y cultural en que se incluye la persona del escritor y el lugar que ocupa en un determinado sistema de producción, difusión y recepción de sus obras, y otro espacio puramente mental —o espiritual, si se quiere— en el que se verifica la inserción de dichas obras en una expresa tradición literaria. Resulta de ello que una cosa es el sistema social y político en el que surgen las obras poéticas y otra lo que Reyes llamó “el mundo interior” del literato del cual procede la “originalidad” de sus obras, en cuanto que éstas sean confrontadas con otras del mismo género y de la misma tradición literaria. Pero se da el caso de que el historiador tienda a prestar exclusiva atención a las circunstancias sociales que rodean la génesis de una obra literaria y, fijándose tan sólo en los dos factores extremos del sistema de *producción* y *recepción* (autor y público en tanto que sujetos sociales) deje sin la debida consideración el producto mismo, esto es, la obra literaria, ese proceso de creación verbal de un “mundo interior” y su particular significación estética, emotiva e ideológica.

En 1946, Reyes participó en un volumen colectivo publicado por la Secretaría de Educación Pública con el título general de *México en la cultura* y en

el cual se encargó de hacer la reseña de “Las letras patrias”, ensayo que, ampliado de manera considerable, publicó dos años después como *Letras de la Nueva España* (1948). En consonancia con sus ideas acerca de la especial naturaleza y función de las obras literarias, las puso en relación con otras “agencias” de la producción discursiva de un determinado entorno social; de ahí que el nuevo volumen trazase un amplio panorama de la *cultura letrada* novohispana a partir de las manifestaciones ancestrales de las lenguas indígenas (la poesía de tradición náhuatl y maya), los testimonios de la conquista militar y “espiritual” de las gentes indígenas, los procesos de hispanización de los nuevos reinos (instituciones político-administrativas, establecimiento de la imprenta y fundación de la universidad), el teatro misionero, la cultura humanística y cortesana y lo que llamó “el fugaz Renacimiento Mexicano del siglo xviii”, en el que se destacan tanto los poetas neolatinos como los historiadores del México antiguo. Y dentro de este marco histórico-político, se ocupó de diversos aspectos de la producción propiamente literaria del siglo xvii y, en particular, de las figuras de Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz. ¿Pero cuál era la razón de que el título de este libro no fuese precisamente *Literatura de la Nueva España*, sino *Letras de la Nueva España*? Fue que don Alfonso, consecuente con su detallado *Deslinde* literario, dio a esta obra suya el carácter de una reseña histórica de la cultura letrada novohispana, que excediendo lo específicamente literario (*v. gr.* el teatro, la poesía y la prosa de ficción) pasó a ocuparse de aquellas manifestaciones discursivas que fueron parte integrante de las más variadas actividades de una sociedad culta y organizada.

¿Quiere decirse con esto que don Alfonso se ocupaba de la literatura de nuestra edad virreinal sólo en aquellos aspectos que más podían explicarse por las circunstancias históricas que la rodearon? No exactamente, porque al paso que recreaba los sucesos más significativos de aquel naciente mundo novohispano y de su dependencia política de la España imperial, centraba su interés en los aspectos histórico-literarios, vale decir, en la sucesión de las corrientes poéticas de la metrópoli y su reflejo o adopción por parte de los “ingenios” del mundo americano. Pero no sólo trató de estos temas directamente pertinentes a la historia literaria, sino que —en los casos más destacados— fue mucho más lejos en el examen crítico, la caracterización estilística y la breve pero certera exégesis de algunas obras singulares. Una útil lección puede extraerse de esas *Letras de la Nueva España*, y es que la historiografía literaria, sin desatender los aspectos políticos más relevantes de una determinada comunidad histórica, ha

de ocuparse ante todo de lo que propiamente le corresponde, es decir, de las corrientes estético-ideológicas, la formación y proceso de las escuelas o grupos literarios, la evolución de los géneros y, claro está, la crítica expresamente literaria de las obras que configuran un corpus homogéneo por su especificidad estilística y semántica.

Así las cosas, ¿cuál ha de ser la tarea del historiador y del crítico enfrentados, pongamos por caso, a las obras de sor Juana Inés de la Cruz? ¿Poner de manifiesto sus datos biográficos, su sabiduría precoz, sus experiencias en la corte virreinal, su amistad con los mayores ingenios de su entorno, su libertad intelectual, su temprano enclaustramiento, su mal disimulada disputa con los jerarcas de la Iglesia, su enfermedad y su muerte y, a partir de tales datos “biográficos”, iniciar el examen de su activa participación literaria en las celebraciones cortesanas, pero todo ello sin renunciar a la comprensión del mundo emotivo e intelectual que se revela en sus obras vistas en el contexto de las ideas y los modelos literarios entonces vigentes? No cabe duda de que el crítico severo se hará cargo de ambas magnitudes históricas y literarias para discernir, a partir de ellas, no sólo la influencia determinante que el medio novohispano ejerció sobre ella, al punto de llevarla —cuando había alcanzado su mayor lucidez— al sacrificio de su inteligencia en aras de la religión, sino que además —y sobre todo— hará aprecio de los rasgos característicos de su obra en lo que toca a su “originalidad” respecto del conjunto de la producción literaria de su lengua y de su tiempo. Justamente para ingresar con provecho en el ámbito intelectual en que se produjo la obra literaria de sor Juana será preciso acudir a la teoría literaria, no sólo para hacerse cargo de las ideas poéticas entonces en boga, sino al conjunto de obras que le sirvieron de paradigma o modelo, tanto como de las concepciones políticas, religiosas, filosóficas, científicas... que se manifiestan con mayor o menor evidencia en el conjunto de su obra.

De ahí la importancia que deberían concederle el historiador y el crítico a las tradiciones poéticas vigentes en el horizonte cultural de sor Juana y en las cuales se documentan las ideas rectoras de su obra y hacen referencia a una compleja “idea del mundo” que desborda sin duda las concepciones puramente políticas y teológicas de su ámbito histórico-social para instalarla en una atalaya privilegiada de la cultura y la literatura clásicas no menos que de la que se producía entonces en la España del Siglo de Oro. Pero si el historiador común suele conformarse con rastrear y poner de relieve las circunstancias

en que transcurre la vida “real” de un autor, el crítico literario —si realmente quiere instalarse como tal— pondrá particular atención en las ideas literarias que se manifiesten en sus obras, esto es, examinará las concepciones literarias y las corrientes filosóficas a que éstas se vinculan explícita o implícitamente; en suma, se hará cargo de las teorías poéticas vigentes en su tiempo y en la influencia que éstas hayan ejercido en la creación de su obra.

Resulta, pues, indispensable atender a las teorías literarias pertinentes y a la preceptiva poética que de ellas se deriva si queremos de veras penetrar en la “originalidad” —es decir, en el “ser” de la creación personal— de tales o cuales autores. De no proceder así, el historiador y el crítico correrían el riesgo de no distinguir en la producción de un mismo autor lo que pertenece realmente al campo de la creación literaria y lo que se inscribe en otros tipos de actividad discursiva. Así, por ejemplo, los *Ofrecimientos para el Santo Rosario...* o la *Docta explicación del misterio y voto que hizo de defender la Purísima Concepción de Nuestra Señora* importan, desde luego, por ser testimonios que remiten a las estrictas obligaciones de una monja profesora, como era ella, pero que, de hecho, pertenecen a una “agencia mental” muy distinta a, pongamos, el *Primero sueño*. Los dos breves tratados de devoción podrían ejemplificar cumplidamente el tipo de discursos que Alfonso Reyes incluyó en la “literatura ancilar”, y a los cuales los recursos artístico-literarios otorgan una dignidad estilística y una competencia expositiva y argumentativa dignas de la autora, pero cuyas intenciones semánticas se pliegan íntegramente a los muy previsibles postulados teológico-dogmáticos propios de su religión.

Contrariamente a esos discursos devotos y, en cierto sentido, pragmáticos, toda vez que se constituyen como una de las prácticas “visionarias” propias de los ejercicios ignacianos, el *Primero sueño* es una cabal creación poético-literaria cuyos contenidos semánticos instauran la nueva “realidad” de un mundo “autónomo”, es decir, independiente, creado a partir de la sorprendente capacidad de un lenguaje poético fundado tanto en las sutilezas del ingenio como en la variada erudición, que son los dos polos en torno de los cuales se ordenan las poéticas barrocas. De manera que lo que tienen los tratadillos devotos de exposición verbal impecable de ciertas prácticas visionarias y ciertos rituales consagrados por la Iglesia, el gran poema lo tiene de creación original y fantástica, es decir, imaginaria y trascendente de las cavilaciones intelectuales de su autora. Contrariamente al *Sueño*, los *Ofrecimientos* y la *Docta explicación* se valen de un lenguaje analógico, convencional y siempre idéntico a sí mismo,

para expresar las versiones canónicas de un mundo sobrenatural estrictamente codificado. El *Sueño* es, en cambio, una creación verbal de absoluta originalidad discursiva y semántica que no remite a una concepción del mundo y del trasmundo previamente fijada por el catolicismo contrarreformado, sino a las indagaciones del entendimiento humano por alcanzar la meta de su propio conocimiento, ya no por referencia a un dogma mostrenco, sino por medio de la libertad creadora de un lenguaje inédito en el que se concilian plenamente la libertad metafórica, la riqueza simbólica y la abstracción filosófica. He aquí, en dos palabras, por qué es imprescindible una teoría literaria que permita al historiador y al crítico cumplir con sus respectivas tareas con la pertinencia deseable.



# EL ENCANTO DE LOS NÚMEROS, LAS TABLAS Y LAS LENGUAS: LA CUCHARA MÁGICA\*

---

Leopoldo Valiñas Coalla

## INTRODUCCIÓN

El presente texto tiene como objetivo central el presentar cinco de las principales razones por las cuales la información censal mexicana referida a las lenguas indígenas no sólo debe tomarse con cierta reserva sino —es mi opinión— desecharse como información relevante, válida o útil. Es normal tomar la información censal como punto de referencia para hablar del crecimiento poblacional, del nivel educativo nacional promedio, del índice de desarrollo económico nacional o regional e, incluso, del mantenimiento lingüístico, pero como pretendo demostrar, cuando de temas lingüísticos se trata las cifras dadas por los censos caen por fuera de los niveles de certeza, de confianza e, incluso, de credibilidad. Las cinco razones son:

1. La confusión o “fusión” con la cuestión indígena.
2. La naturaleza comunitaria de las lenguas indígenas.
3. La complejidad de las situaciones de conflicto y reemplazo lingüístico.
4. La movilidad social.
5. La incomparabilidad de la información censal.

Debo señalar, antes de presentar mis argumentos, que este trabajo tiene dos motivos de ser. En primer lugar, es una especie de respuesta a la sugerencia que hiciera doña Julieta Fierro en la reunión extraordinaria de esta Academia cele-

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 10 de mayo de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

brada el 16 de febrero para que yo elaborara “una gráfica de las lenguas originarias que han aumentado su número de hablantes con objeto de protegerlas mejor”.<sup>1</sup> Al tanto de que el silencio, a pesar del “saber popular”, no necesariamente significa otorgar, me sentí obligado ya fuera a presentar la susodicha gráfica o, por el contrario, a indicar las razones (para unos) o los pretextos (para otros) que tenía yo para no hacerlo.

En segundo lugar, porque sabemos que mientras que por un lado la ciencia pretende dar cuenta de la realidad, por el otro, la cultura y lo social se empeñan en esconder esa realidad, en desdibujarla, en reinterpretarla, recreando así infinitas realidades. Una de ellas es la que de por sí los censos mexicanos generan: una realidad vestida de “oficial” (porque los datos censales son los que se toman como verdaderos y legítimos) al servir de base y fundamento para proponer, planificar e instrumentar programas gubernamentales... o incluso para describir la realidad nacional en el escenario científico. Los censos se disfrazan de científicos cuando no lo son: se ubican más del lado de lo social, de lo político.

De hecho, ha sido una constante a lo largo de mi intento por trabajar con la información censal mexicana referida a lo lingüístico que ésta me ha resultado del todo ineficaz y carente de alguna confiabilidad. En una sola palabra, *inútil*. Pareciera ser que los censos son *discrecionalmente* confiables.

Por ello estoy convencido de que elaborar una gráfica que muestre el aumento en el número de hablantes de lengua indígena no tiene sentido (sin dejar de reconocer que el *sentido* es una noción relativa, ¿sentido para quién?). Paradójicamente, la tarea de presentar una gráfica sobre el comportamiento poblacional de las lenguas indígenas mexicanas ya está hecha por el mismo Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Existe para ser consultada una tabla cuyo título es *Características culturales de la población* y, como subtítulo, *Población hablante de lengua indígena de cinco y más años por principales lenguas, 1970 a 2010* —que se incluye en este texto en un apéndice y que de ahora en adelante la identificaré como *tabla INEGI*—, en la que se muestran los datos poblacionales de sólo treinta lenguas indígenas según los censos de 1970, 1990, 2000 y 2010 más el conteo del 2005.<sup>2</sup> Aquí no hay que dejar de reco-

<sup>1</sup> Acta de la reunión extraordinaria de la Academia Mexicana de la Lengua celebrada el 16 de febrero de este año.

<sup>2</sup> Se accede haciendo una búsqueda en la página del INEGI, [www.inegi.org.mx](http://www.inegi.org.mx) : “lengua indígena 1970 2010” (sin comillas y sin acento) o tecleando la dirección: <http://www.inegi.org.mx/sistemas/sisept/default.aspx?t=mlen10&c=27643&s=est>

nocer dos cosas: por un lado, que el mismo INEGI considera que los censos de 1980 no son confiables en este rubro (pues no los incluye en la tabla) y, por otro, que también esa idea de “lenguas principales” que maneja el INEGI es a su vez una noción relativa (¿en qué radica su principalidad?).

Si consideramos que, proporcionalmente hablando, el número de hablantes de esas treinta lenguas que muestra el INEGI representa el 96.3% de la población total mexicana que aceptó hablar al menos una lengua indígena, podemos entender su importancia. Sin embargo, no nos debería quedar duda de que para el Estado mexicano la importancia o principalidad no se debería basar en el número de hablantes.

Existe también un excelente texto para consulta (en PDF), también del INEGI, *La población indígena en México* (INEGI, 2004), que contiene tablas, cuadros y un aparato descriptivo muy bien elaborado y detallado basado en la información censal de 1990 y 2000.<sup>3</sup>

Y a la par de la tabla y del texto de consulta del INEGI existen dos trabajos más, preparados ambos por Luz María Valdés y publicados por la UNAM, uno en 1995, *Los indios en los censos de población*, y otro publicado en 2003, *Los indios mexicanos en los censos del año 2000*. Su único “defecto” (por decirlo de algún modo) es su “caducidad”. Uno analiza los datos censales de 1990 y el otro, del 2000.

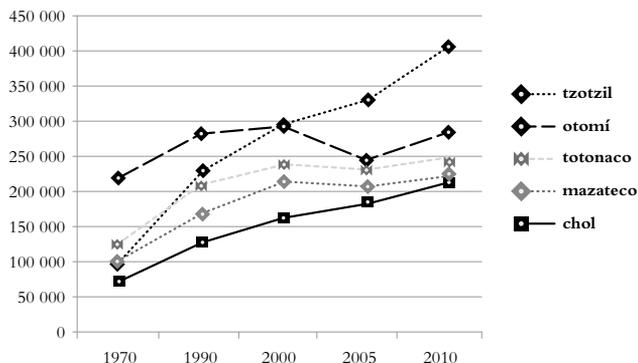
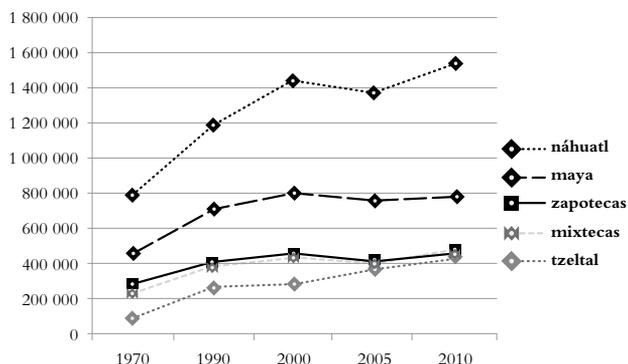
Habría que agregar también dos estudios: uno, elaborado por Manuel Ordorica, Constanza Rodríguez, Bernardo Velázquez e Ismael Maldonado, “El Índice de Reemplazo Etnolingüístico entre la población indígena de México” (publicado en *Desacatos, Revista de Antropología Social*, 29, enero-abril 2009, pp. 123-140), y otro, derivado de este último, que se puede consultar o bajar de la página de internet de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), *Índice de Reemplazo Etnolingüístico*. Estas dos obras se basan en la información del conteo de 2005.

Me interesa subrayar que el problema no son ni las gráficas ni la tabla ni los números ni las obras de consulta. No. El problema es que manejar los datos censales a la par de hablar de la situación lingüística de México y al mismo tiempo discutir tendencias, realidades y expectativas poblacionales y lingüísticas no es fácil si se pretende ser coherente y objetivo. No creo que obviar muchas de las condiciones y problemas que existen en cada uno de esos rubros sea lo adecuado.

<sup>3</sup> Se descarga haciendo una búsqueda en la página del INEGI.

De hecho, con los recursos tecnológicos con que contamos hoy en día, elaborar las gráficas es sumamente sencillo. Por ejemplo, se copia la mencionada *tabla INEGI* a Excel y utilizando los recursos gráficos de este programa se obtiene un buen número de diferentes gráficas. A manera de ejemplo, veamos dos de ellas que representan a las diez lenguas con mayor número de hablantes según la susodicha *tabla*:

**GRÁFICAS 1 y 2.** Población mayor de cinco años que hablaba las 10 lenguas con mayor número de hablantes según los censos o conteos de 1970, 1990, 2000, 2005 y 2010



Cada uno de nosotros puede sacar sus conclusiones de ambas gráficas (sin dejar de ver que de las diez lenguas más habladas, sólo una no muestra una tendencia ascendente: el otomí; que salvo las chiapanecas, tzeltal, tzotzil y chol, todas

manifiestan un descenso en el conteo del 2005, etc.). No está de más señalar que estas diez lenguas, según el INEGI, representan el 75.8% de la población total hablante de al menos una lengua indígena.

Para tener más elementos de análisis y entender un poco más lo que nos dicen las dos gráficas anteriores, veamos la sección de la *tabla INEGI* que contiene los datos de esas diez lenguas indígenas:

**TABLA 1.** Población mayor de cinco años que hablaba las 10 lenguas con mayor número de hablantes según los censos o conteos de 1970, 1990, 2000, 2005 y 2010

	1970	1990	2000	2005	2010
Náhuatl	799 394	1 197 328	1 448 936	1 376 026	1 544 968
Maya	454 675	713 520	800 291	759 000	786 113
Mixtecas	233 235	386 874	446 236	423 216	476 472
Tzeltal	99 412	261 084	284 826	371 730	445 856
Zapotecas	283 345	403 457	452 887	410 901	450 419
Tzotzil	95 383	229 203	297 561	329 937	404 704
Otomí	221 062	280 238	291 722	239 850	284 992
Totonaca	124 840	207 876	240 034	230 930	244 033
Mazateco	101 541	168 374	214 477	206 559	223 073
Chol	73 253	128 240	161 766	185 299	212 117

Sin embargo, existe un pequeñísimo problema: los mismos datos del censo de 2010 no coinciden entre sí, presentan una serie de inconsistencias. Veamos la siguiente tabla:

En la tabla 2 sobresalen dos detalles. El más evidente es el manejo aparentemente impreciso del rango de edad, concretamente en la columna 2010c (ya que una de las fuentes dice “de 3 años y más” y la otra “de 5 años y más”). Queda claro (después de revisar los datos y hacer las restas necesarias) que la columna 2010a representa a los hablantes de cinco años y más, resultado de restarle a la columna 2010c los niños de tres y cuatro años. Asimismo, también queda claro que es un serio error el encabezado de la diapositiva del PowerPoint de la *Presentación de resultados* (pues dice “5 años”, cuando debería decir “3 años”):

**TABLA 2.** Población que hablaba las 10 lenguas con mayor número de hablantes según los censos de 2010

	2010a		2010b		2010c
	de 5 años y más	de 3 años y más	de 5 años y más	de 3 años y más	
Náhuatl	1 544 968	1 586 884	1 544 968	1 586 884	1 586 884
Maya	786 113	795 499	785 264	796 405	796 405
Mixtecas	476 472	496 038	477 995	494 454	494 454
Tzeltal	445 856	474 298	445 856	474 298	474 298
Zapotecas	450 419	460 695	450 431	460 683	460 683
Tzotzil	404 704	429 168	404 704	429 168	429 168
Otomí	284 992	288 052	284 992	288 052	288 052
Totonaca	244 033	250 252	244 033	250 252	250 252
Mazateco	223 073	230 124	223 073	230 124	230 124
Chol	212 117	222 051	212 117	222 051	222 051

Fuentes (todas ellas de la página del INEGI: [www.inegi.org.mx](http://www.inegi.org.mx)):

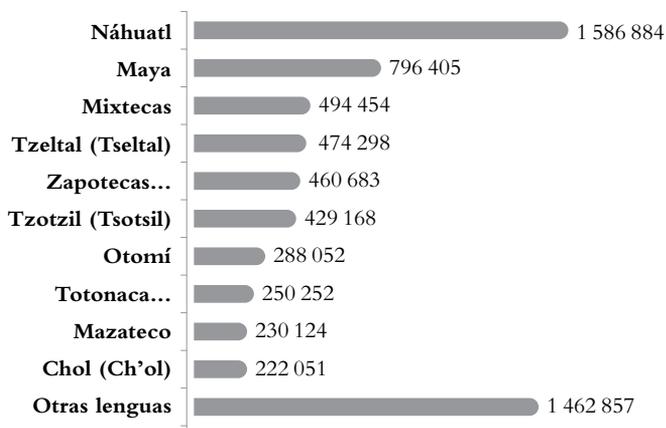
2010a: *Tabla INEGI*. Ver anexo 1.

2010b: *Tabla Población de 3 años y más que habla lengua indígena por sexo y lengua según grupos quinquenales de edad (Catálogo INALI)* de Tabulados básicos – cuestionario básico. La columna “de 5 y más” es resultado de restar los datos de los niños de 3 o 4 años hablantes de alguna lengua indígena. Véase anexo 2.

2010c: Diapositiva 57 en la *Presentación de resultados* de la sección Divulgación (hecha por el mismo INEGI en PowerPoint y cuyo título es: *Población de 5 años y más hablante de lengua indígena por principales lenguas*) y *tabla Población de 3 años y más que habla lengua indígena por sexo y lengua según grupos quinquenales de edad (Catálogo INEGI)*. Véase anexo 3.

El otro detalle presente en la tabla 2 es la no coincidencia en las cantidades registradas para los hablantes de cinco o más años en las lenguas maya, mixtecas y zapotecas; diferencias que aparentemente no repercuten en el espíritu de las gráficas hechas. Sin embargo, no debe perderse de vista que hay lenguas que tienen sólo once hablantes y que 35 de 89 lenguas (según uno de los conteos del 2010) no tienen ni mil hablantes.

**GRÁFICA 3.** Población de cinco años y más hablante de una lengua indígena



**TABLA 3.** Datos no coincidentes en dos fuentes del censo de 2010

Lengua	2010a	2010b	Diferencia
Maya	786 113	785 264	849
Mixtecas	476 472	477 995	1 523
Zapotecas	450 419	450 431	11

2010a: Tabla INEGI.

2010b: Tabla *Población de 3 años y más que habla lengua indígena por sexo y lengua según grupos quinquenales de edad (Catálogo INALI)* de Tabulados básicos – cuestionario básico, restando los datos de los niños de tres o cuatro años hablantes de alguna lengua indígena.

## 1. BREVES COMENTARIOS SOBRE LA POLÍTICA LINGÜÍSTICA DEL ESTADO MEXICANO

Antes de entrar de lleno al tema del presente texto, considero importante exponer una de las tesis que ha guiado, desde hace muchísimos años, mis trabajos sobre las políticas lingüísticas instrumentadas en México. La tesis es: el conjunto de prácticas que el Estado mexicano ha tenido como parte de sus políticas lingüísticas dirigidas hacia las lenguas indígenas ha buscado (y busca aún hoy

en día) que dichas lenguas se dejen de hablar, que las lenguas indígenas desaparezcan. En términos de Louis-Jean Calvet, el Estado mexicano instrumenta prácticas *glotofágicas*.

Sin profundizar por ahora en los argumentos, simplemente enumero siete hechos que considero que apoyan dicha tesis:

1) Para el Estado mexicano la cuestión de las lenguas indígenas es un problema que es relevante *exclusivamente* en el campo indigenista. Campo en el que lengua y grupo indígena son dos caras de la misma moneda. En el discurso oficial por lo regular se confunde en un término lengua y grupo indígena. Esto no debe quedarse en el tintero porque el “hacer invisible” alguna lengua implica hacer invisible también al grupo. Más adelante preciso esta idea.

2) El Estado mexicano se exime legalmente de cualquier responsabilidad en relación con las lenguas indígenas. En el artículo 2º, fracción A, inciso IV de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos se reconoce y garantiza el derecho de los pueblos y las comunidades indígenas a la libre determinación y, en consecuencia, a la autonomía para “preservar y enriquecer sus lenguas, conocimientos y todos los elementos que constituyan su cultura e identidad”. Es decir, “preservar y enriquecer” las lenguas indígenas es tarea de los pueblos y comunidades indígenas, no del Estado. El asunto es mucho más complicado que “preservar” y “enriquecer” (lo que esto signifique).

3) El Estado mexicano no tiene la menor idea ni del número de lenguas ni de sus características lingüísticas. O, si se prefiere, tiene varias ideas sobre el número de lenguas que se emplean en el país e ignora (en el sentido de no querer ver) sus especificidades. La disparidad en las cifras que manejan las diferentes instituciones federales, tales como el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI), el INEGI, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), la Dirección General de Educación Indígena (DGEI), la Dirección General de Educación Intercultural Bilingüe (DGEIB) y la Dirección General de Culturas Populares (DGCP) —de la SEP— y el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA), entre otras, es una clara prueba. Ninguna maneja el mismo número de lenguas o variantes.

Más representativo es, en el caso del INEGI, que en *ninguno* de los censos de los últimos 50 años se registre, y por lo tanto cuente, los *mismos* idiomas. En la tabla siguiente se indica el censo o el conteo y el número de lenguas registradas en cada uno de ellos. Es importante señalar que en el censo del 2010 el INEGI incluye dos clasificaciones: una, según el catálogo del propio INEGI (en el

que dice manejar 95 lenguas, aunque en realidad sólo censa 89), y otra, basada supuestamente en el catálogo del INALI, donde cuenta 69 lenguas, o agrupaciones lingüísticas en términos del INALI (aunque el mismo INEGI habla de 71). Ambos listados aparecen en el presente texto en los anexos.

**TABLA 4.** Número de lenguas censadas en los últimos censos y conteos

<i>Censo</i>	<i>Número de lenguas</i>
1960	29
1970	30
1980	40
1990	90
2000	85
2005	70
2010	89 (según Catálogo INEGI)
2010	69 (según Catálogo del INALI)

El dato a destacar aquí, además de la innegable posibilidad comparativa, es que no queda claro qué pasó con las lenguas “no registradas”: ¿simplemente aparecen en el rubro genérico de “otras lenguas”, o no fueron contadas o, lo que es peor, incluidas en otro conteo? De hecho, no sé qué es peor.

Por ejemplo, para los censos de 1990 el INEGI consultó, en relación con la cuestión lingüística, a varios especialistas, entre ellos Leonardo Manrique, el asesor principal. Manrique (1997) comenta (en un artículo donde expone las propuestas que le planteó al INEGI y hace una evaluación de los resultados censales) que él elaboró una clasificación en la que se consignaban 77 lenguas para servir de base en el censo, pero que el INEGI al final manejó 90 lenguas (o “tipos de lenguas” como las identifica el propio INEGI), y que varias de sus sugerencias no fueron del todo seguidas. Por ejemplo, propuso (*ibid.*, 45):

que se publicaran los resultados por lengua, esto es, que cuando un idioma hubiera aparecido en censos anteriores bajo dos nombres (yaqui y mayo, chocho y popoluca, entre otros) el número de hablantes de ambos rubros se sumara, y que cuando tradicionalmente se hubiera dado un solo nombre a varias lenguas distintas (chinanteco, mixteco, popoluca, zapoteco) se distinguieran en la publicación.

En mi opinión estas sugerencias encierran dos serios problemas: por un lado, sumar el número de hablantes de una lengua con dos nombres representa una grave equivocación, pues como dije anteriormente, hacer invisible una lengua (en este caso, sumar los datos del mayo y del yaqui en una sola etiqueta) significa hacer invisibles a yaquis (que se identifican a sí mismos como *yoeme*) y mayos (que se autonombran *yoreme*). Otro caso similar es el del guarijío (lengua hablada en Sonora y Chihuahua), cuyos hablantes aparecen, en el censo de 1990, como hablantes de tarahumara (porque para Manrique tarahumara y guarijío son dos nombres de una misma lengua). Por cierto, hay dos grupos de guarijíos: los de Sonora, que se nombran a sí mismos *warihó*, y los de Chihuahua, que se autoidentifican como *makurawe*.

Por otro lado, en cuanto a diferenciar las lenguas que “tradicionalmente” reciben un mismo nombre, el asunto es todavía más complicado. A continuación presento los datos, según el INEGI y sus censos de 1990, 2000 y 2010, de las siete lenguas chinantecas, las cinco mixtecas, las tres popolucas y las siete zapotecas. Advirtiéndome que no siempre se censaron todas, que de todos modos aparecen nombres “genéricos” (chinanteco, mixteco, etc.) y dejando abierta la duda sobre la cantidad tan baja de hablantes de algunas de esas lenguas.

Pero Manrique (1997:49) describe también algunos de los problemas que la gente del INEGI tuvo:

Quienes se encargaron de procesar las respuestas a los censos tuvieron dificultades técnicas para distinguir las diversas lenguas cuyo nombre comienza con la misma palabra (chinanteco, chontal, etc.), a pesar de que habíamos previsto mecanismos para adjudicarlas a una u otra según los municipios donde se hablan tradicionalmente... Por otra parte, no sólo se encuentra *cahita* (que debería sustituir a *yaqui* y a *mayo*) sino que figuran los tres.

Concluye: “ante resultados tan poco satisfactorios —al menos comparados con lo que esperábamos, son de todos modos un avance—” (*ibidem*).

4) No le interesa al Estado mexicano reconocer que existe un monolingüismo infantil en lengua indígena (es decir, que muchísimos niños no hablan español cuando entran a la escuela), situación que debería abordarse con programas de enseñanza de español como segunda lengua, de preferencia a nivel primaria. No existe en México ningún método ni nada parecido para enseñanza del español como segunda lengua a hablantes de idiomas indígenas, sean niños o sean adultos.

**TABLA 5.** Número de hablantes según los censos de 1990, 2000 y 2010 de las lenguas “con un mismo nombre”

	1990	2000	2010
Chinanteco	103 942	129 871	135 353
Chinanteco de Lalana	12	3	1
Chinanteco de Ojitlán	4 443	3,404	1 942
Chinanteco de Petlapa	1	1	9
Chinanteco de Quiotepec	1	—	—
Chinanteco de Sochiapan	3	—	135 353
Chinanteco de Usila	676	50	1
Chinanteco de Valle Nacional	22	45	1 942
Mixteco	383 544	437 873	489 630
Mixteco de la costa	32	33	27
Mixteco de la mixteca alta	1 480	2 848	2 514
Mixteco de la mixteca baja	1 813	3 708	2 238
Mixteco de la zona mazateca	3	17	6
Mixteco de Puebla	2	19	39
Popolucá	31 079	38 477	42 473
Popolucá de la sierra	—	5	21
Popolucá de Oluta	3	14	1
Popolucá de Texistepec	172	—	1
Zapoteco	380 690	421 796	434 201
Zapoteco de Cuixtla	11	4	—
Zapoteco de Ixtlán	723	1 848	379
Zapoteco del Istmo	133	644	614
Zapoteco del Rincón	19	19	1
Zapoteco sureño	16 530	25 396	24 089
Zapoteco vallista	5 350	3 179	1 399
Zapoteco vijano	1	1	—

5) No existen por parte del Estado mexicano (salvo en los últimos dos o tres años y con varios apegunes) programas de planeación lingüística que busquen formas alfabetizadas estandarizadas o incluso normalizadas para las lenguas indígenas. El Estado mexicano ni siquiera sabe qué hacer. Como si el problema no se diera en otras partes del mundo.

6) No existen por parte del Estado mexicano políticas que conduzcan a facilitar la tarea de los servicios de salud, de educación, de administración, de justicia y demás mediante la formación institucional de intérpretes, la creación de glosarios o la instrumentación de programas para la investigación con fines de enseñanza de lenguas indígenas como segunda lengua a la población hablante de español.

7) No existen por parte del Estado mexicano contenidos educativos dirigidos a la población mexicana monolingüe en español dirigidos a contrarrestar las prácticas discriminatorias y excluyentes hacia los hablantes de lenguas indígenas.

Es necesario señalar que el INALI se ha dedicado en los últimos años a investigar, a generar programas e instrumentar acciones concretas sobre algunos de los puntos apenas descritos (en especial, del punto 3 al 6). Gracias a su *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales*, a diversos programas de revitalización, fortalecimiento y desarrollo de esas lenguas, a la conformación de un padrón nacional de intérpretes y traductores y a un conjunto de otros programas, se puede decir que parte de esas “omisiones” estatales están siendo sanadas. Sin embargo, esto todavía está muy lejos de ser realidad. Baste decir dos cosas: por un lado, absolutamente nada obliga a que otras instituciones federales o estatales sigan, apoyen o retomem los programas y señalamientos hechos por el INALI (el caso de los censos es, con mucho, el ejemplo más claro: el INEGI mismo no toma en cuenta las variantes lingüísticas) y, por otro, la cuestión lingüística nacional está muy lejos de ser considerada como *nacional* (se sigue creyendo que es un asunto meramente indígena).

Si bien este tema merece mucha más discusión y argumentación, por ahora sólo me limito a enumerar lo anterior y a señalar la necesidad —para mí— de que el Estado mexicano considere la cuestión lingüística nacional (es decir, al enorme número de lenguas indígenas y a la gran variación lingüística del español) como asunto de importancia nacional.

## 2. PRESENTACIÓN DE LOS CUATRO ARGUMENTOS

A continuación presento, primero, cuatro características de las lenguas indígenas mexicanas íntimamente relacionadas con su mantenimiento o reemplazo; en segundo lugar, algunos datos que me permiten cuestionar la confiabilidad de la información referida a lo lingüístico contenida en los censos nacionales, y finalmente, una breve reflexión final.

### 2.1. *Lenguas indígenas y cuestión étnica*

Como mencioné arriba, la absoluta mayoría de los discursos y las prácticas sobre las lenguas indígenas mexicanas está fatalmente inmersa en la realidad *indigenista* (no en la indígena, que no es lo mismo). La realidad indigenista es la que el Estado mexicano recrea, resemantiza. Esto es, para el Estado mexicano las etnias y las lenguas son, en esencia, dos expresiones de un mismo fenómeno (y, de cierta manera, de un mismo problema). No existe la intención de separar el tema lingüístico del tema social. En lo general, para el Estado mexicano hablar de lenguas indígenas es lo mismo que hablar de lo indígena.

Dos ejemplos. El primero: sólo en los censos del 2000 y del 2010 se preguntó sobre la adscripción indígena de los encuestados (por lo tanto, en términos teóricos, no había manera alguna de conocer la cantidad de indígenas que habitaban en México antes del 2000). Sólo se cuestionaba sobre si la persona encuestada hablaba alguna lengua indígena. A pesar de esto, el Estado mexicano siempre ha manejado cifras de población indígena. Incluso, los trabajos del INEGI y los de Luz María Valdés (arriba citados) hablan sobre *población indígena* o *indios* en los censos, no sobre las lenguas.

El segundo ejemplo: los lingüistas dedicados a estudiar las lenguas indígenas son calificados como “indigenistas” (cuando en el contexto antropológico no estatal, “indigenista” es una palabra que estigmatiza).

Si de por sí el asunto de las lenguas llamadas indígenas es difícil de abordar (por razones de variación, número, etc.), cuantimás lo es el tema de lo indígena.

En el caso particular de México, en la cotidianidad, hay básicamente tres criterios para definir lo indígena: a) el principal es la lengua, o mejor dicho, el *nombre* de la lengua (así, alguien es otomí si habla *otomí* —un idioma que es nombrado otomí— y su idioma es nombrado otomí porque es indígena otomí). Sí, el mundo de la circularidad, lo sabemos, existe; b) por analogía

constitucional: se es indígena ya sea por nacimiento (haber nacido en una localidad indígena) o por ascendencia (ser hijo de al menos un indígena). Con este criterio, Benito Juárez es innegablemente indígena; y c) por adscripción: porque alguien *se dice* ser indígena. Recuérdese que México es decididamente ambiguo en cuanto a su población indígena: por un lado, se muestra fuertemente discriminador hacia ella y, por otro, dado que es un país en donde los dichos por lo regular reemplazan a los hechos, todos, de alguna manera, sus habitantes se sienten orgullosos (o dicen sentirse orgullosos) de su pasado indígena, y culpan de paso a los españoles de sabe Dios qué tanta tragedia. Así, a la larga, todos somos o podemos ser indígenas.

Pero regresemos a la relación entre el nombre de la lengua y la pertenencia a un grupo indígena. No nos confundamos, no es la lengua el factor definitorio, es su *nombre*. Pero no el nombre que le dan los propios hablantes ni por supuesto el inexistente nombre inherente. No. Es el que le fue dado desde muy temprano a esa masa indefinida *lengua: grupo* por la sociedad novohispana o por las autoridades novohispanas. Masa que se mantuvo en el México decimonónico y que se mantiene hasta hoy en día.

En este contexto, por ejemplo, el Instituto Nacional Indigenista (INI), fundado en 1941 y desaparecido en 2003 al ser reemplazado por la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), hablaba en la década de los setenta de sólo 56 grupos indígenas, basándose para ello en su conteo particular del número de lenguas reconocidas; mejor dicho, en el número de nombres identificados como dados a una “misma lengua”. El mapa “oficial” del Instituto Nacional Indigenista sobre la ubicación de los grupos étnicos tiene como título *Grupos indígenas de México* pero es, de hecho, si se observa con algo de calma, un *mapa puramente lingüístico*. Incluso en la leyenda del mapa se mencionan las 14 variantes del chinanteco, las 42 del zapoteco, las 24 del mixteco, etcétera.

Para principios de la década de los noventa, en 1993, el INI publicó sus *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, los cuales se apoyaban en los censos de 1990 y establecían una diferencia, que antes no se marcaba, entre el ser indígena y el ser hablante de lengua indígena (subrayado mío):

La nación mexicana está habitada por un total de 81 249 645 personas, de las cuales, 5 282 327 individuos de cinco años y más hablan lengua indígena... *considerando que los indígenas se caracterizan por el idioma que hablan o porque conservan sus valores culturales, sus formas de vincularse con la naturaleza,*

*hacer justicia, organizarse para el trabajo, de identificarse como indígenas*; se estima que cuando menos 8 709 688 son mexicanos indígenas, lo que corresponde al 10.7% del total de la población del país (p. 23).<sup>4</sup>

Es más que evidente que en la información que brindan los censos es imposible hacer visibles las características que se le dan a lo indígena. ¿Cómo saber si conservan sus valores culturales? ¿Preguntando? ¿Cómo saber cómo se organizan para el trabajo? O mejor dicho, ¿qué mexicano, en el amplio espectro de lo que es mexicano, no conserva sus valores culturales ni se organiza para el trabajo? ¿Qué relación con la naturaleza es la indicadora de lo que es indígena?

Más tarde, la CDI publicó sus propios *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México, 2002*, en los que habla de una población total en la república de 97 483 412, de la cual el 10.5% (esto es 10 253 627 personas) era considerada como indígena (aunque se registra el dato de que el Consejo Nacional de Población y el INI estimaban globalmente una cifra mayor: 12 707 000, que representan el 13% de la población). De éstos, sólo 6 044 547 eran hablantes de al menos alguna lengua indígena (el 7.1% de la población total de cinco años o más).

Paralelamente, el INEGI en su texto de consulta *La población indígena en México* presenta un detallado estudio sobre la adscripción indígena de los mexicanos según el censo de 2000. Según sus datos, 5 258 852 personas aceptaron ser indígenas (lo que representaba el 5.4% de la población total o el 6.3% de la población total de cinco años o más). De éstas, sólo 4 151 753 hablaba alguna lengua indígena. Asimismo, hubo 1 955 885 hablantes de lengua indígena que negaron ser indígenas. En este caso, la cifra total de personas que aceptaron hablar una lengua indígena fue de 6 107 638, número que no coincide con el que aparece en los tabulados básicos de los censos del 2000 que es, como se señaló arriba, de 6 044 547.

Para los censos de 2010, según los datos que aparecen en la *Presentación de resultados*, 15.7 millones de personas se consideran indígenas, de las cuales 6.6 millones son hablantes de lengua indígena y alrededor de 400 mil hablantes negaron ser indígenas. Esto es, el 14% de la población total aceptó ser indígena, mientras

<sup>4</sup> El total de la población hablante de lengua indígena que registra el INEGI para 1990 es de 5 282 347, 20 veces más que la cifra dada por el Instituto Nacional Indigenista. Diferencia del todo irrelevante.

que el porcentaje de las personas que dijeron hablar al menos una lengua indígena en relación con la población total fue de 6.6%, destacándose el hecho de que 5.7% de los que dijeron hablar una lengua indígena *negaron* ser indígenas.

Si estos datos los llevamos a una tabla, a fin de ser más claros, descubrimos que, al igual que la población hablante de alguna lengua indígena, la que aceptó ser indígena (con sus asegunes) se ha movido de manera muy irregular (según los censos y las instituciones indigenistas):

**TABLA 6.** *Población que aceptó ser indígena y la que dijo hablar al menos una lengua indígena y el porcentaje en relación con la población total y la población total de cinco años o más, respectivamente*

Año	Indígenas	Hablantes	% de indígenas	% hablante	Fuente
1993	8 709 688	5 282 327	10.7%	7.5%	INI
2000	5 258 852	6 107 638 <sup>5</sup>	5.4%	7.2%	INEGI
2002	10 253 627	6 044 547	10.5%	7.1%	CDI
2002	12 707 000	6 044 547	13%	7.1%	INI-CONAPO
2010	15 700 000	6 695 228	14%	6.6%	INEGI

Baste citar una anécdota: para la Dirección General de Educación Indígena de los años noventa (y no dudo que aun hoy en día), saber una lengua indígena era un requisito para ser maestro del sistema llamado bilingüe (el dirigido a la población indígena en la década de los noventa). El detalle es que no importaba qué lengua indígena fuera; así, había hablantes de náhuatl como maestros de los tarahumaras, mayos como profesores de los guarijíos, etc. Como si la lengua indígena fuera una.

## 2.2. *La naturaleza comunitaria de las lenguas indígenas*

El tipo de vida que tienen los llamados grupos indígenas hace que su unidad social básica sea la *comunidad*. No el pueblo, no la localidad. Esa comunidad es un constructo social que se simboliza, se reproduce y se mantiene como eje rector de sus vidas. Es en donde se establecen y definen sus relaciones de parentesco, su participación en el sistema de cargos y en los diferentes ciclos festivos.

<sup>5</sup> El total de hablantes de lenguas indígenas registrado en los censos de 2002 es de 6 044 547. La cifra de 6 107 638 es la que se consigna en el texto *La población indígena en México*.

La idea de etnia o grupo indígena es un constructo *imaginario*. No les funciona en su vida cotidiana. Esa pretendida naturaleza étnica sólo se vuelve relevante si el escenario ya es el nacional y se busca sacar alguna ventaja. Un mixe de Tamazulapan es, antes que un mixe, un comunero de Tamazulapan. Esto significa que sus estrategias identitarias giran, antes que nada, alrededor de su ser mixe de Tamazulapan, de las cuales las inmediatamente perceptibles son: su forma particular de hablar y, en el caso de las mujeres, su ropa.

Esto así es y suponemos que así ha sido durante muchísimo tiempo.

A nivel lingüístico esto ha provocado que las llamadas lenguas indígenas muestren, por un lado, que cada comunidad se comporta lingüística y sociolingüísticamente de manera diferente e independiente de las demás y, por otro, que hay una muy marcada diversificación lingüística si la comparamos con sus comunidades vecinas. Los casos de las lenguas oaxaqueñas en general son más que clásicos: personas de comunidades mixtecas vecinas no se entienden entre sí porque sus lenguas son estructuralmente muy diferentes.

De hecho, la cifra de 364 *variantes lingüísticas* que da el INALI (que en mi opinión es una cifra que se queda corta) se basa, recordemos, en cuatro criterios: a) diferencias estructurales y léxicas, b) falta de inteligibilidad mutua entre los usuarios de lenguas llamadas con el mismo nombre, c) existencia de una “identidad sociolingüística” que diferencia a éstos de otras comunidades o regiones (se “saben y se dicen” diferentes) y d) existencia de autodenominaciones, tanto de la lengua como del grupo, que “garantizan” dicha identidad.

Una consecuencia simple y llana de todo esto es que ni siquiera las lenguas que supuestamente tienen muchos hablantes “tienen asegurado su futuro”, porque, insisto, no son lenguas regionales, son *comunitarias*. El caso del náhuatl, la única lengua que rebasa el millón de hablantes según los censos, es un claro ejemplo. Por no ser ni regional ni mucho menos nacional (en cuanto a su espacio de reproducción) cada comunidad determina —por decirlo así— el destino de su habla comunitaria. En las comunidades nahuas de Nayarit, Jalisco, Michoacán, en casi todas las del Estado de México y las de Morelos y en muchísimas localidades de Guerrero (noroeste, norte, centro y costa) el reemplazo por el español es casi un hecho consumado. El Ajusco, Xochimilco y el mismo Milpa Alta son ejemplos cercanos, en lo geográfico y en el tiempo.

El que el náhuatl (o las 30 variantes lingüísticas nahuas registradas por el INALI) sea la lengua más hablada en México aparece en realidad como un simple dato curioso porque su comportamiento comunitario es idéntico al de la

gran mayoría de las lenguas indígenas mexicanas. Aunque, y esto es importante subrayar, no significa que todas las comunidades se comporten igual. Habrá comunidades, como algunas de habla otomí, que hayan decidido reemplazar el otomí por el español, así como habrá otras, también de habla otomí o como las seris, que ven todavía en su idioma un factor de cohesión y razón de ser.

Es a nivel comunitario donde las lenguas indígenas se hablan o se dejan de hablar. No es ni su número de hablantes ni las tendencias de crecimiento que se registran en los censos lo que determina el futuro de las lenguas. La lengua seri (que se habla básicamente en dos comunidades de Sonora: Punta Chueca y Desemboque) tiene más vitalidad que la mayoría de las variantes nahuas.

### 2.3. *La complejidad del reemplazo lingüístico*

Otro punto a destacar está relacionado con que el reemplazo lingüístico no es un proceso repentino. Por naturaleza es complejo porque es resultado de situaciones de fuerte conflicto, tanto social como lingüístico. La situación prototípica es aquella en la que en un mismo tiempo conviven (y se oponen) generaciones monolingües, ya sea en la lengua originaria o en la lengua reemplazante, y generaciones bilingües. Los problemas no son de entendimiento, sino de identidad, autoestima y valoración.

Veamos, en términos muy esquemáticos, la típica situación de crisis: pensemos que la generación mayor de 70 años de determinada comunidad es monolingüe en alguna lengua indígena. Sus hijos, esto es, la generación de 50 años, es bilingüe (obviamente, lengua indígena y español y obviamente con diferentes grados y competencias). Los nietos, pensemos en la generación de 25 años, es monolingüe en español. Sin embargo, por las interacciones existentes, esta generación de nietos en realidad no es monolingüe; es *semihablante* o una generación de *bilingües pasivos*. Esto es, personas que entienden dos lenguas (porque sus padres hablan con ellos —muy seguramente en español— y también lo hacen sus abuelos —estos, lógicamente, en lengua indígena—) pero sólo hablan una: la reemplazante (es decir, el español).

La situación apenas dibujada es crítica porque representa el punto de quiebre entre el que una lengua se mantenga viva o se deje de usar. Son las actitudes de esa generación de 25 años y menos lo que determinará si ellos y sus hijos mantienen el reemplazo o no. Aunque, por supuesto, la cuestión es en verdad mucho más compleja.

Aunque no olvidemos que esa población semihablante en realidad tiene cognitivamente gran parte de la información gramatical necesaria para que, en caso de haber programas de revitalización o procesos de reivindicación lingüística, pueda hablar y “recuperar” la lengua.

Un dato importante es que el semibilingüismo es casi imposible de ser registrado en los censos. En los del 2010 se hizo un intento. Los resultados arrojaron que el 1.49% de la población total de tres años o más que no hablaba alguna lengua indígena, *entendía* una (que corresponde aproximadamente a un millón y medio de personas).<sup>6</sup>

Pero los censos tampoco tienen la capacidad de registrar el grado de orgullo lingüístico, de conciencia lingüística y el conjunto de actitudes hacia las lenguas, sus funciones, sus contextos de uso y los usuarios. Incluso si la lengua se emplea (porque una cosa es saber hablarla y otra emplearla).

Los términos empleados para describir el reemplazo lingüístico (tales como “pérdida”, “desaparición” o “muerte”) son desafortunados si reconocemos que lo que les da origen es una situación de conflicto social en la que, por decisión de sus hablantes, se decide usar el idioma que hipotéticamente no los perjudica.

#### 2.4. *Movilidad social*

Desde finales del siglo pasado, como consecuencia del acelerado empobrecimiento del campo y favorecida en parte por los avances tecnológicos y una mejor infraestructura, la migración es, con mucho, el fenómeno que más ha roto la unidad social o la ha transformado significativamente, en especial en las zonas rurales. La migración por sí misma no es en principio garantía para dejar de usar alguna lengua indígena. Muchísimos factores determinan las decisiones que los migrantes toman. La migración indígena toma muchas y muy variadas formas.

Además de los Estados Unidos, es un hecho que las grandes ciudades (como México, Guadalajara y Monterrey, pero también las norteñas fronterizas) son polos de atracción de la población migrante. Así, es normal encontrar importantes colonias de hablantes de lenguas indígenas en la gran mayoría de

<sup>6</sup> Además de lo apreciativa de la respuesta, un adulto era el que respondía por todos los demás habitantes de la casa censada. La pregunta era: “¿(NOMBRE) entiende alguna lengua indígena?”, y se respondía *sí* o *no*.

las grandes ciudades mexicanas. En la ciudad de México, por dar un simple ejemplo, hay varias organizaciones de migrantes (mazahuas, otomíes, mixes, mazatecos, triquis, purépechas, etc.) que tienen presencia significativa. El zócalo capitalino es sede incluso de la Guelaguetza.

A manera de un extraño ejemplo, a continuación presento una tabla en la que aparece el crecimiento poblacional de las personas que aceptaron hablar una lengua indígena en el entonces Distrito Federal y en el estado de Baja California a través de los últimos seis censos. La idea es mostrar los datos de dos entidades federativas en las que se localizan ciudades importantes que atraen la migración: México y Tijuana. A pesar de que la información de la tabla es sumamente vaga (pues no especifica qué población habitaba precisamente en dichas ciudades) la cantidad de personas censadas es significativa. Resalta el hecho, además, de que en el Distrito Federal se hayan registrado 33 lenguas con más de 50 hablantes, mientras que en Baja California, 30 (sin contar las nativas).

**TABLA 7.** Población que habla una lengua indígena en el Distrito Federal y en el estado de Baja California según los últimos seis censos

	1960	1970	1980	1990	2000	2010
Distrito Federal	45 105	68 660	208 466	111 552	141 710	123 224
Baja California	5 516	2 096	21 429	18 177	37 685	41 731

(Datos tomados del texto de consulta *La población indígena en México* y del tabulado básico del censo de 2010.)

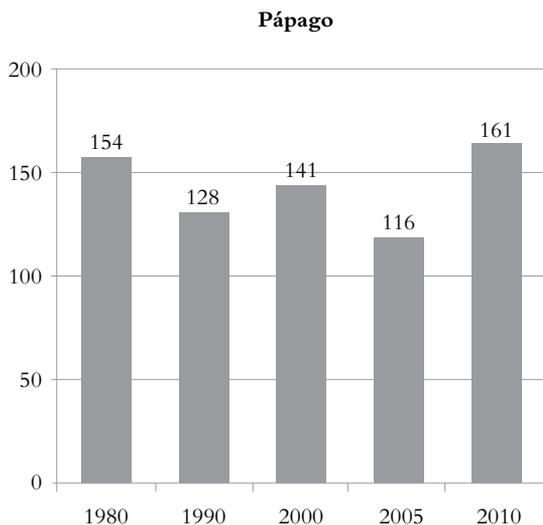
Dos hechos más sobresalen en esta tabla: por un lado, que por la variación tan fuerte las cifras registradas en el Distrito Federal nos señalan la existencia de una alta población flotante y que en Baja California, aunque hay variación, la clara tendencia es a aumentar. Y el segundo, que la cantidad de lenguas rebasa el millar de hablantes.

Finalmente, presento los datos sobre el número de personas que aceptaron hablar pápago (lengua hablada fundamentalmente en el norte de Sonora). Una rápida mirada nos indica que, por no haberse incrementado su número de hablantes, en realidad es una lengua que se está dejando de hablar muy rápidamente.

**TABLA 8.** *Lenguas indígenas habladas en el Distrito Federal y en Baja California por más de mil personas según el censo de 2010*

Distrito Federal		Baja California	
Náhuatl	33 796	Mixteco	15 562
Mixteco	13 259	Zapoteco	4 569
Otomí	12 623	Náhuatl	2 978
Mazateco	11 878	Triqui	2 802
Zapoteco	9 768	Purépecha (Tarasco)	1 659
Mazahua	7 723	Mixteco de la mixteca baja	1 371
Totonaco	5 110	Mixteco de la mixteca alta	1 154
Mixe	3 252		
Chinanteco	2 501		
Tlapaneco	1 527		
Maya	1 288		
Purépecha (Tarasco)	1 276		
Tzeltal	1 272		

**GRÁFICA 3.** *Población mayor de cinco años que hablaba pápago según los censos o conteos de 1970, 1990, 2000, 2005 y 2010*



Una de las razones para explicar esa variación en los números es la constante movilidad que tienen los pápagos, ya sea dentro de Sonora o hacia Arizona. Es tal la migración que varios poblados quedan casi totalmente vacíos, salvo por la permanencia de una guardia rotativa. Por ejemplo, para proteger su ganado: “en Las Norias y Pozo Prieto existe una persona que se turna para vigilar el ganado, ya que estas localidades están deshabitadas” (Alvarado 2007:16, nota 3).

Por otra parte, en Arizona, en la frontera con México, se localiza la reserva de la Nación Tohono O’odham, donde habitan más de 28 mil pápagos.<sup>7</sup> Muchos de ellos vienen a México en especial a principios de octubre para festejar en la comunidad pápago de San Francisquito la fiesta de san Francisco. A ésta llegan “seris y yaquis, además de los pápagos de Sonora y Arizona, para bailar pascola, hacer las velaciones y procesiones y participar en el baile” (Alvarado 2007:22).

Para la CDI, según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo “Sistema Nacional de Indicadores sobre la Población Indígena de México” de 2002 y el censo de 2000, en México había 363 pápagos, de los cuales sólo 135 eran hablantes. Para Alvarado (*ibid.*: 10) sólo 67 eran bilingües. La misma CDI, en su texto Índice de Reemplazo *Etnolingüístico* (consultable también en internet), que se basa en la información del conteo de 2005, señala la existencia de 298 pápagos.

### 2.5. Inconfiabilidad de la información censal

A continuación vemos el crecimiento de la población hablante de tres lenguas: el náhuatl (la del mayor número de hablantes en México); el tzotzil (una de las lenguas que ha incrementado significativamente su número) y el mayo (una de las que, por el contrario, ha reducido su crecimiento).

En términos absolutos, la población de cada una de estas lenguas es:

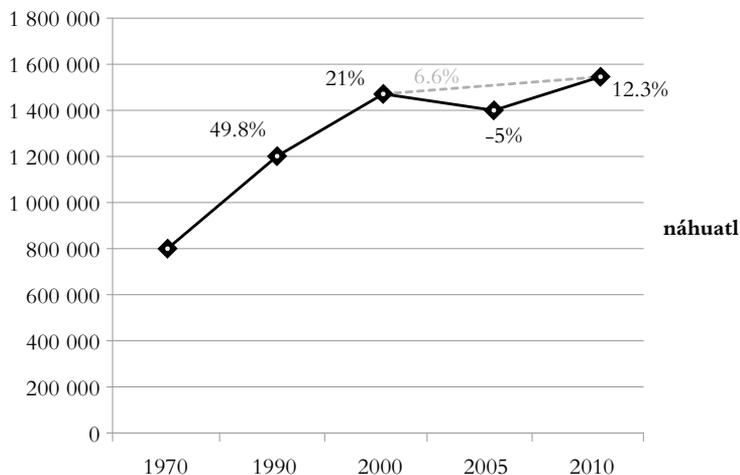
**TABLA 9.** Población hablante de náhuatl, tzotzil o mayo según la tabla INEGI

Lenguas	1970	1990	2000	2005	2010
Náhuatl	799 394	1 197 328	1 448 936	1 376 026	1 544 968
Tzotzil	95 383	229 203	297 561	329 937	404 704
Mayo	27 848	37 410	31 513	32 702	39 616

Y antes de comentar brevemente cada una de las lenguas es necesario advertir la existencia de dos inconsistencias entre los datos de la *tabla INEGI* y la de los tabulados básicos del mismo INEGI. Una (que realmente puede obviarse) es que, para los censos de 1970, en el tabulado se registran 799 400 hablantes de náhuatl (seis más que la tabla). La otra es algo más seria porque en el tabulado básico del 2000 aparecen 35 490 hablantes de mayo, casi 4 000 más que los 31 513 registrados en la *tabla INEGI*.

*El náhuatl en los últimos 40 años.* Según los censos, en 1970 había 799 394 hablantes de náhuatl. Para 2000 casi se duplicó su número (con 1 448 936 hablantes). Pero algo sucedió porque si bien es cierto que el número de hablantes de náhuatl siguió creciendo (6.6% en la última década), también lo es que, en proporción con el crecimiento de la población total mexicana (que fue de 15.2%), fue mucho menor.

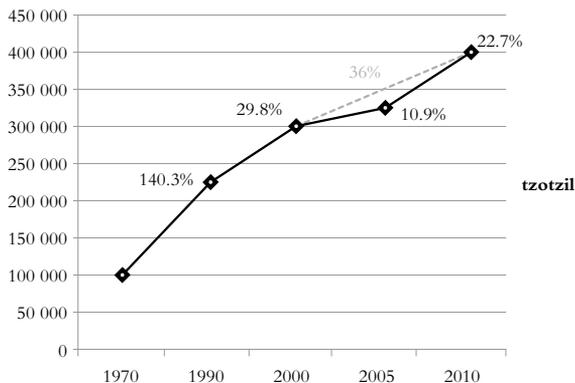
**GRÁFICA 4.** Población mayor de cinco años que hablaba náhuatl y su porcentaje de crecimiento según los censos o conteos de 1970, 1990, 2000, 2005 y 2010



Los censos de 2010 registraron 1 544 968 de personas que dijeron hablar náhuatl, lo que representa que en 40 años su número se incrementó 93.3% (lo cual indica que el incremento de la población total del país en el mismo lapso de tiempo fue de 132.9%, al pasar de 48 225 238 personas registradas en 1970 a 112 336 538).

*El tzotzil en los últimos 40 años.* Este idioma se habla fundamentalmente en Chiapas y ocupa el séptimo lugar en cuanto a la cantidad de población registrada que aceptó hablar dicho idioma.

**GRÁFICA 5.** Población mayor de cinco años que hablaba tzotzil y su porcentaje de crecimiento según los censos o conteos de 1970, 1990, 2000, 2005 y 2010



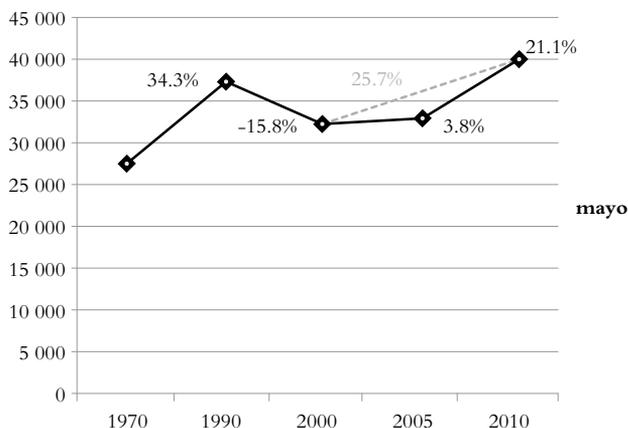
Como se puede apreciar en la gráfica, el tzotzil creció, en 40 años, en 324.3% (al pasar de 95 383 a 404 704). Simplemente, en la última década su crecimiento fue de 36%, mientras que el total registrado de la población nacional fue de 15.2 por ciento.

*El mayo en los últimos 40 años.* Esta lengua, hablada al sur de Sonora y norte de Sinaloa, creció, según los censos, 25.7% en la última década (mucho más que el promedio nacional arriba mencionado). Sin embargo, esta cifra debe verse con mucha cautela puesto que, por un lado, hubo un decremento de 1990 al 2000 de 15.8% (reduciéndose de 37 410 a 31 513) y, por otro, a lo largo de 40 años sólo creció 42.3% (contra el 132.9% nacional).

Mientras que los datos sobre el náhuatl y el tzotzil pueden ser manifestaciones, en el primer caso, de un proceso lento de desuso y, en el segundo, de procesos de revitalización, los datos sobre mayo nos obligan a buscar las razones tanto de los decrementos tan abruptos como del lento crecimiento.

Y es que uno de los encantos de los censos es justamente brindarnos números no redondeados. Definitivamente no es lo mismo 6 986 413 que “cerca de siete millones”. Encanto que se oculta en los porcentajes. Tan mayoría es el 52% como el 98%. En muchos sentidos, los números son efectivos recursos mágicos.

**GRÁFICA 6.** Población mayor de cinco años que hablaba mayo y su porcentaje de crecimiento según los censos o conteos de 1970, 1990, 2000, 2005 y 2010



El dilema es que las tres cifras deberían ser igualmente creíbles, pero no lo son del todo. El crecimiento de los hablantes de tzotzil y el decremento del mayo son muy grandes.

Sorprende, además, el hecho de que los cálculos poblacionales (y de atención) de otra instancia federal, la CDI, que aparecen en el *índice de reemplazo etnolingüístico*, no coincidan de manera significativa con los del INEGI:

**TABLA 10.** Población que habla náhuatl, tzotzil o mayo según el conteo del 2005 del inegi y según los cálculos de la cdi, con base en ese mismo conteo

	INEGI	CDI	Diferencia
Náhuatl	1 376 026	2 248 270	+ 63.3%
Tzotzil	329 937	429 964	+ 30.1%
Mayo	32 702	82 344	+ 151.8%

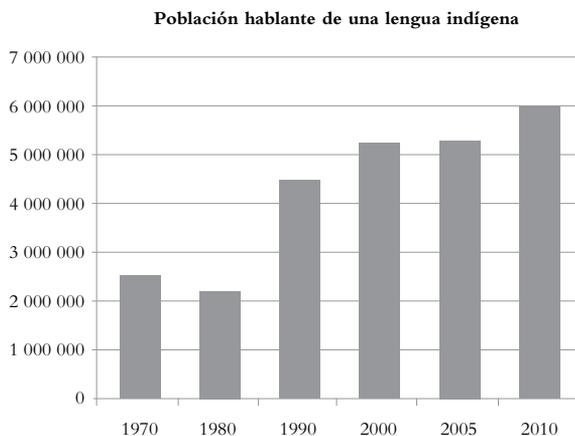
Veamos el asunto con un poco más de detenimiento. Comencemos con el crecimiento de la población mexicana hablante de alguna lengua indígena. Según el INEGI, en los últimos cinco censos y el conteo de 2005 (comparándola con la población total y con aquella que tenía cinco años o más), el número de personas que dijeron hablar al menos una lengua indígena fue:

**TABLA 11.** Población nacional total, la de cinco años y más, la de cinco años y más que hablaba una lengua indígena y el porcentaje de ésta en relación con la población total (de cinco años y más) en los últimos 40 años

Año	Población total	Población ≥ de 5 años	Hablantes de LI	Porcentaje
1970	48 225 238	40 057 728	3 111 415	7.76%
1980	66 846 833	57 498 965	2 685 290	4.67%
1990	81 249 645	70 562 202	5 282 347	7.5%
2000	97 483 412	84 794 459	6 044 547	7.1%
2005	103 263 388	93 077 145	6 011 202	6.45%
2010	112 336 538	101 808 216	6 695 228	6.57%

Si se representan los datos numéricos en una tabla, el crecimiento es un poco más claro:

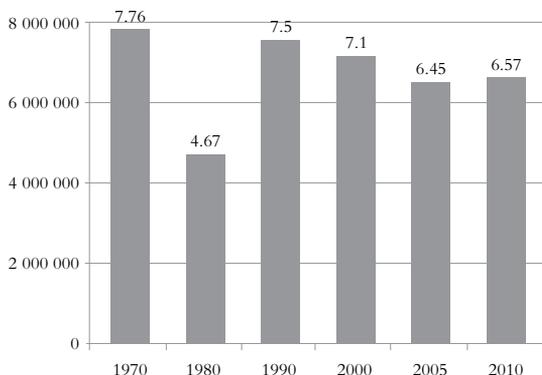
**GRÁFICA 7.** Población mayor de cinco años que dijo hablar al menos una lengua indígena según los censos o conteos de 1970, 1990, 2000, 2005 y 2010



Tres cosas llaman la atención. La primera, que la tendencia dominante es al crecimiento, aunque no de manera regular; la segunda, que en 1980 se dio un decremento significativo (de casi 14% con respecto a los hablantes contados en 1970), y la tercera, que, según el conteo del 2005, registró otro ligero decremento (dato que ya se había consignado al comentar las gráficas 1 y 2).

Sin embargo, este crecimiento poblacional no corresponde proporcionalmente al de la población nacional total de cinco años y más. La tendencia, como se ve en la gráfica que sigue, es a decrecer, aunque en el último lustro hubo un ligerísimo aumento:

**GRÁFICA 8.** *Porcentaje de la población de cinco años o más que dijo hablar al menos una lengua indígena en relación con la población nacional total de cinco años o más según los censos o conteos de 1970, 1990, 2000, 2005 y 2010*

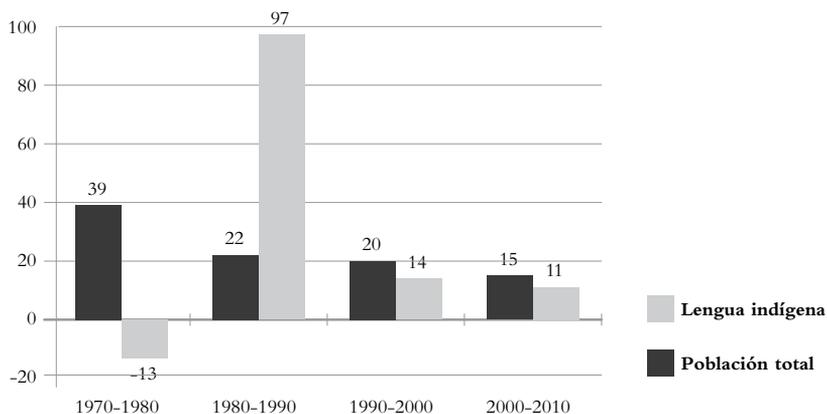


Esto se explica, además, porque el crecimiento de la población nacional total se ha venido desacelerando. En los últimos 40 años el crecimiento por década va a la baja, pasando de un 38.6% en la década de 1970 a 1980 (es decir, en 1980 había cerca de 39% más de personas que en 1970) a un 15.2% en la primera del siglo XXI. Por el contrario, el crecimiento de la gente hablante de alguna lengua indígena es del todo irregular:

En el caso de la población hablante de alguna lengua indígena los porcentajes son poco creíbles. En la década de 1970 a 1980 su número decreció en un 13.7%. En la siguiente década casi duplicó su número (con respecto a 1980). En la de 1990 al 2000, si bien es cierto que siguió creciendo, lo hizo sólo en un 14.4% (mientras que la sociedad nacional lo hacía en un 20%). Finalmente, en la última década, su crecimiento ha sido todavía más lento: sólo el 10.8% (contra el 15.2% de la sociedad nacional). De todos modos, estas cifras no tienen mucho sentido.

Hasta aquí hemos visto las cifras generales. Veamos otra comparación: la de la población nacional total contra la de las tres lenguas cuyo crecimiento ya hemos comentado antes: náhuatl, tzotzil y mayo.

**GRÁFICA 9.** Porcentajes de crecimiento de la población nacional total comparados con los de la población de cinco años o más que dijo hablar al menos una lengua indígena en las últimas cuatro décadas



**TABLA 12.** Porcentajes de crecimiento por década de la población de cinco años y más que dijo hablar mayo, náhuatl o tzotzil y de la población nacional total en los últimos 40 años, según la tabla INEGI, agregando los datos de 1980

	Mayo	Náhuatl	Tzotzil	Población total
1970-1980	22.3%	-9.5%	-29.0%	38.6%
1980-1990	9.8%	65.4%	238.4%	21.5%
1990-2000	-15.8%	21.0%	29.8%	20.0%
2000-2010	25.7%	6.6%	36.0%	15.2%

Como se puede ver, en las últimas décadas las tres lenguas indígenas de las que ya hemos hablado presentan comportamientos verdaderamente inverosímiles (como el aumento de hablantes de tzotzil, en la década de 1980 a 1990, de 238.4%). De ser ciertas estas cifras, los porcentajes de crecimiento de los hablantes de mayo mostrarían una tendencia a decrecer de 1970 al 2000 (la población, es cierto, aumentaba pero cada década menos). Tendencia que se invirtió radicalmente en los primeros diez años de este siglo (pues creció más de 25% con respecto al 2000).

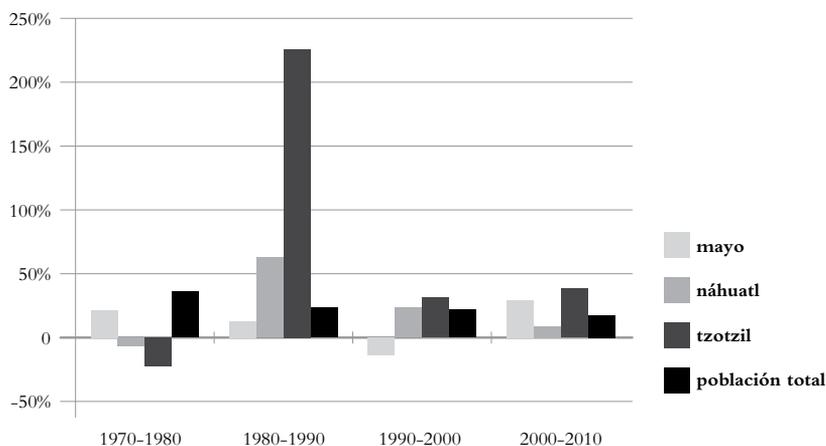
Pero si nos apegamos a los datos sobre el mayo registrados en los tabulados (donde, para recordar, las cifras del censo de 2000 no coinciden con las de la

tabla INEGI: en aquél se contaron 35 490 hablantes de mayo, mientras que en la tabla INEGI, 31 513), el crecimiento del mayo en la última década ya no sería tan “radical” (pues sería “apenas” de 11.6%, casi igual al promedio nacional). Compárense las cifras de 1990-2000 y 2000-2010 en la columna del mayo de la tabla 12 con la tabla 13.

**TABLA 13.** Porcentajes de crecimiento por década de la población de cinco años y más que dijo hablar mayo, en los últimos 40 años según los tabulados básicos del INEGI

	Mayo
1970-1980	22.3%
1980-1990	9.8%
1990-2000	-5.1%
2000-2010	11.6%

**GRÁFICA 10.** Porcentajes de crecimiento de la población nacional total comparados con los de la población de cinco años y más que dijo hablar mayo, náhuatl o tzotzil en las últimas cuatro décadas



Los comportamientos de crecimiento del mayo, náhuatl y tzotzil son totalmente irregulares. Unas decrecen cuando las otras crecen. Todo ello contrasta con la regular línea descendente que muestra el crecimiento de la población nacional total.

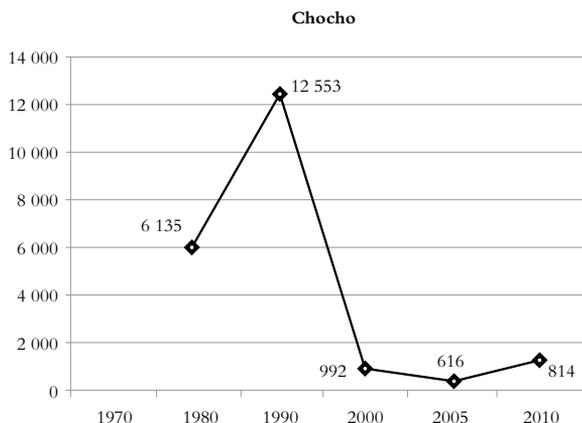
## 2.6. Pequeños detalles censales

Para terminar, presento los comportamientos de algunas lenguas según los censos. La idea es mostrar algunos casos en donde, como ya mencioné antes, la credibilidad o confianza depositada en la información censal parece hacerse a discreción.

### 2.6.1. Hablantes de chocho

Los datos del chocho o chocholteco (hablado en una pequeña región al norte de Oaxaca) son increíbles (en el sentido literal de la palabra). En los censos de 1980 aparecen registrados por primera vez sus hablantes y el número de personas que acepta hablarla asciende a más de 6 000. Para 1990, el número se duplicó y rebasó los 12 500. Pero había algo extraño: ¡sólo 1 202 de ellos vivían en Oaxaca! Ni siquiera la décima parte. En los siguientes diez años su número decreció significativamente y se contaron apenas 992 (de los cuales 524 habitaban en el estado de Oaxaca). Cinco años después, su número se redujo aún más (llegando a 616, de los cuales 426 vivían en el estado de Oaxaca) y para el 2010 hubo una ligerísima “recuperación”, al registrarse 814 hablantes (aunque sólo 476 habitaran en Oaxaca).

**GRÁFICA 11.** Número de personas que aceptó hablar chocho según los censos de 1970 a 2010 y el conteo de 2005

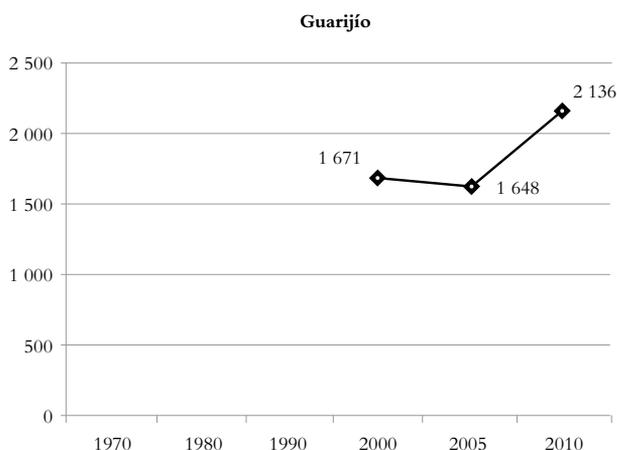


Para la CDI, el chocho es una lengua que vive un proceso acelerado de reemplazo lingüístico, y se calcula que para el 2005 había 1 546 hablantes de chocho (más del doble de la cifra dada en el respectivo conteo).

### 2.6.2. Hablantes de guarijío

El guarijío se comenzó a registrar en el censo de 2000. Como se sugirió antes, es muy probable que un número importante de los 1 232 hablantes de tarahumara censados en el estado de Sonora hayan sido más bien hablantes de guarijío. Para los años ochenta, Wick Miller (1994) calculaba un poco más de dos mil guarijíos. Este investigador recorrió toda la región guarijía, levantó un pequeño censo y aplicó un importante conjunto de cuestionarios de lingüística, sociolingüística y antropología.

**GRÁFICA 12.** Número de personas que aceptó hablar guarijío según los censos de 1970 a 2010 y el conteo de 2005

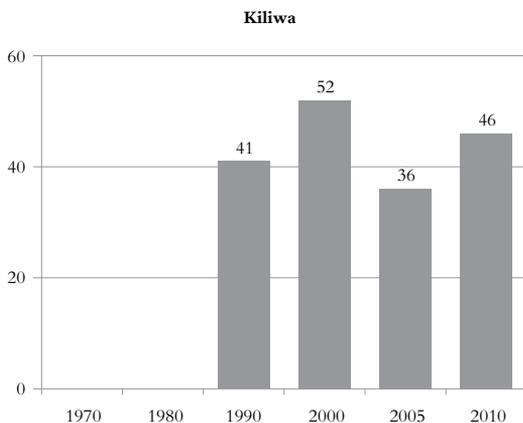


Para la CDI, el número de hablantes de guarijío en 2005 era de 2 340 (un 10% más que la cifra dada por el INEGI). Según sus índices de reemplazo, el guarijío es una lengua que está en equilibrio.

### 2.6.3. Hablantes de kiliwa

Al observar los datos poblacionales de las lenguas que, por el número de hablantes vivos, están por dejarse definitivamente de hablar, emergen varias interrogantes. Por ejemplo, los datos del kiliwa (lengua hablada en el estado de Baja California), que apenas se comenzaron a reunir a partir del censo de 1990, muestran una *inesperada* gran fluctuación (entre otras cosas, por el número tan pequeño de hablantes).

**GRÁFICA 13.** *Número de personas que aceptó hablar kiliwa según los censos de 1970 al 2010 y el conteo de 2005*



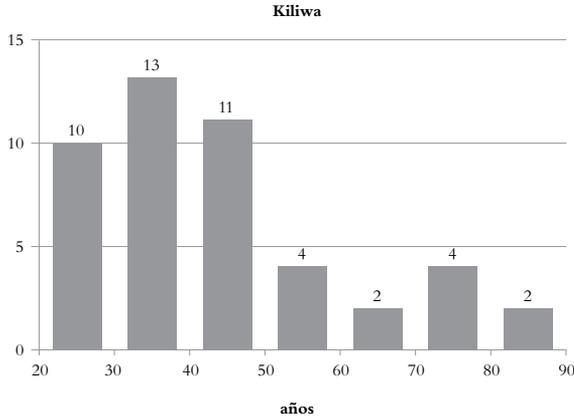
Como se ve en la gráfica, la población hablante de kiliwa “ondula”. Lo interesante de estos datos es que, al considerar el reducido número de hablantes, se esperaría que su curva de crecimiento fuera esencialmente descendente, pues se supone que la existencia de un número pequeño de hablantes representa fundamentalmente las generaciones de mayor edad; que sería verdaderamente extraordinario el que hubiera hablantes en las generaciones jóvenes o que la curva ascendiera. Porque, ¿de dónde salieron los diez individuos de más (con respecto al conteo de 2005) que se registraron en los censos de 2010?

Al ver la distribución de edad de las personas que aceptaron hablar kiliwa sorprende el hecho de que en los censos de 2010, seis sean jóvenes menores de 30 años y sólo ocho ancianos mayores de 60 años. De hecho, la distribución esperada sería una concentración un poco mayor en los rangos de la tercera y cuarta generaciones. Los datos del kiliwa dicen otra cosa:

Como se ve, casi las tres cuartas partes de la población hablante de kiliwa tenía en 2010 menos de 50 años (esto es, 34 personas).

Según la CDI, para 2005 había 79 hablantes de kiliwa y su reemplazo lingüístico está calificado como acelerado.

**GRÁFICA 14.** Número de personas, por rangos de edad, que aceptó hablar kiliwa según los censos de 1970 a 2010 y el conteo de 2005



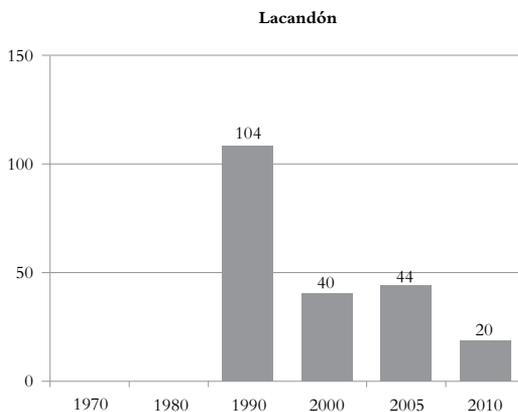
#### 2.6.4. Hablantes de lacandón

En cuanto a los datos del lacandón, el asunto es bastante complejo y confuso. Según los últimos censos, la población que habla esta lengua se está reduciendo rápidamente (aunque, en contra de la tendencia mostrada por casi todas las lenguas, en 2005 hubo un pequeño crecimiento).

Dos cosas destacan de estos datos del lacandón. En primer lugar, que según los censos de 2010, de las 20 personas que aceptaron hablar la lengua, ¡19 eran hombres! Este dato es de por sí significativo, pues es la mujer la que, por lo regular, mantiene la lengua. En segundo lugar, es normal cuando se consultan los censos: los de 2010, en su tabulado *Población de 3 años y más que habla lengua indígena por sexo y lengua según grupos quinquenales de edad (Catálogo INALI)*, registran ¡869 personas de cinco años o más que hablaban lacandón!, diferencia extraordinaria.

Finalmente, la CDI calculaba que en 2005 había 965 hablantes de lacandón (casi coincidiendo con uno de los datos del INEGI) y que su índice de reemplazo se calificaba de equilibrio.

**GRÁFICA 15.** *Número de personas que aceptó hablar lacandón según los censos de 1970 a 2010 y el conteo de 2005*



### 2.6.5. Hablantes de pima

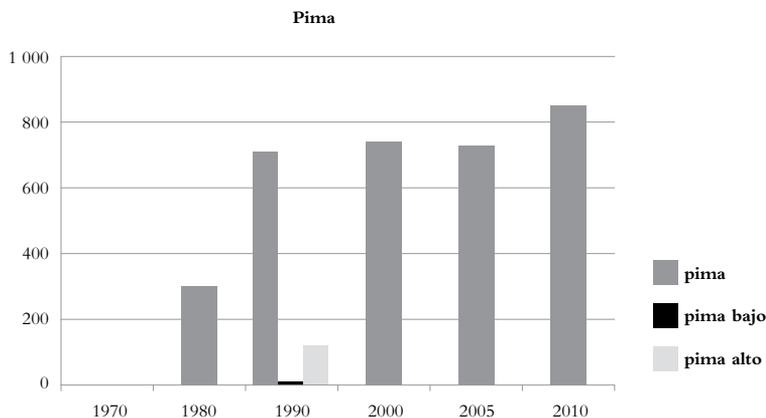
En México, el pima se habla en Sonora y Chihuahua. Por tradición, el nombre histórico de este idioma es el de pima bajo (en oposición al pima alto, que se habla en el estado de Arizona y en el norte de Sonora y que suele equivocadamente identificarse con el pápago). Su registro censal se comenzó a hacer en 1980, sin evidenciar problema alguno. Pero en los censos de 1990, en lugar de pima aparecieron tres “opciones”: pima, pima alto (que en este último censo, como ya se mencionó antes, identifica al pápago) y pima bajo (de 16, de estos últimos, sólo cuatro vivían en Sonora y uno en Chihuahua). De esas 128 personas que aceptaron hablar pápago, 101 vivían en Sonora. A partir del censo de 2000 regresa el pima a ser pima y el pápago a ser pápago.

Según la CDI, en 2005 había 1 244 hablantes de pima y el índice de reemplazo lingüístico era de sustitución lenta.

### 2.6.6. Hablantes de tepehuano

Por tradición existen dos lenguas tepehuanas estrechamente emparentadas que no todos ven como diferentes: una llamada tepehuano del norte (que se habla en el sur de Chihuahua) y otra identificada como tepehuán del sur (que se usa en el sur de Durango y norte de Nayarit). También hay otra tradición que

**GRÁFICA 16.** Número de personas que aceptó hablar pima según los censos de 1970 a 2010 y el conteo de 2005



consiste en hacer invisibles a los tepehuanos, en especial a los del norte: en los mapas ya citados del INI, *Grupos indígenas de México* y el de *Lenguas indígenas de México 1990* (publicado este último como parte de los *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, INI, 1993), ni se nombran ni aparecen representados. El sur de Chihuahua aparece como si no hubiera hablantes de ninguna lengua indígena; los tepehuanos del norte simplemente no están, no se ven.

Algo semejante sucedía a nivel censal pues sólo se registraba una lengua tepehuana (y suponemos que incluía a los hablantes de las dos lenguas, aunque en el censo de 1940 se contaron 3 247 hablantes de tepehuano, de los cuales ¡2555 vivían en Chiapas!).

A partir del conteo de 2005 los hablantes de tepehuano del norte se vuelven visibles pero poco definidos. En los tabulados aparecen tres rubros: tepehuano de Chihuahua, tepehuano de Durango y tepehuano (este último corresponde a las respuestas de las personas que declararon hablar esta lengua sin especificar la localidad o entidad de procedencia). En el tabulado del censo de 2010 que se hace con base en el catálogo del INEGI también aparecen tres rubros: tepehuano, tepehuano de Chihuahua (tepehuano del norte) y tepehuano de Durango (tepehuán del sur), mientras que en los que tienen como base el catálogo del INALI aparecen tepehuano del norte, tepehuano del sur y tepehuano insuficientemente especificado. Como es ya una tradición, las cifras en estos dos últimos tabulados no coinciden:

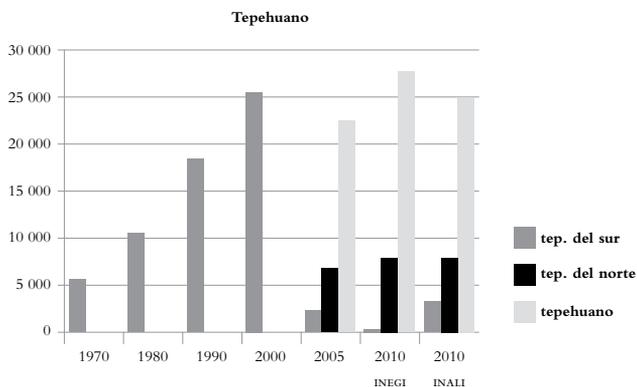
**TABLA 14.** Número de personas que aceptó hablar alguna lengua tepehuana según los censos de 1970 a 2010 y el conteo de 2005

	1970	1980	1990	2000	2005	2010 INEGI	2010 INALI
Tepehuano	5 604	10 597	18 469	25 544	2 330	227	2 929
Tepehuano del norte					6 802	7 931	7 906
Tepehuano del sur					22 549	27 715	25 038

Es importante no perder de vista que en la tabla 14, donde se indica INALI, es el tabulado que hace el INEGI tomando como base la lista de agrupaciones lingüísticas del INALI. Los datos siguen siendo del INEGI.

Veamos la siguiente gráfica, en la que las tendencias que se consignan en la tabla 14 se aprecian más claramente:

**GRÁFICA 17.** Número de personas que aceptó hablar alguna lengua tepehuana según los censos de 1970 a 2010 y el conteo de 2005



Si nos quedamos con esta información, tanto el tepehuano del norte como el tepehuano del sur decrecieron en los últimos cinco años. Y ahí están los “difusos” tepehuanos: 227 según el catálogo del INEGI; 2 929 según el catálogo del INALI.

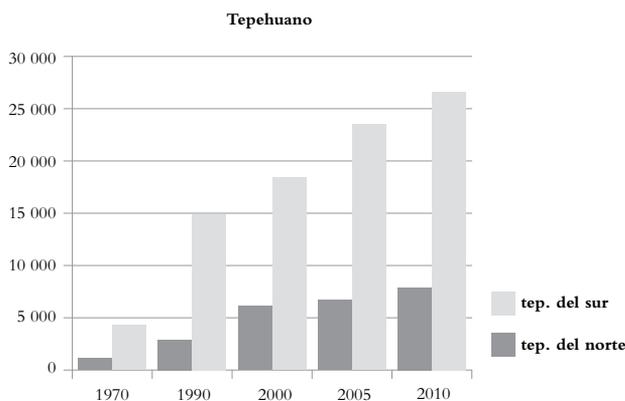
Ahora bien, si se revisan los censos focalizando la presencia de personas que aceptaron hablar tepehuano pero en el estado de Chihuahua (asumiendo que casi todos ellos hablarían tepehuano del norte), en el de Durango y en el de Nayarit (suponiendo que las personas de estos dos últimos estados en realidad hablarían tepehuano del sur), el panorama es algo diferente.

**TABLA 15.** Número de personas que aceptó hablar tepehuano en Chihuahua, Durango y Nayarit

	1970	1980	1990	2000	2005	2010
Chihuahua (tep. de Chihuahua):	1 189	n.d.	2 980	6 178	6 797	7 903
Durango (tep. de Durango):	3 607	n.d.	13 953	17 051	21 720	24 710
Nayarit (tep. de Durango):	712	n.d.	1 026	1 422	227	4
Nayarit (tepehuano):					1 649	1 904

NOTA: De los censos de 1970 al 2000 se trata de la lengua tepehuano o tepehuán. En el conteo de 2005 y en los censos de 2010 se especificó si se trataba del tepehuano de Chihuahua, del de Durango o del tepehuano. En el conteo de 2005 hubo, en el estado de Chihuahua, un hablante de tepehuano de Durango y uno de tepehuano; en Durango, 9 de tepehuano. En los censos del 2010, en Chihuahua hubo 14 hablantes de tepehuano y 4 del de Durango, y en Durango, 74 hablantes de tepehuano y 1 del de Chihuahua. La abreviatura n.d. es no disponible.

La gráfica correspondiente muestra una creciente constante en ambas lenguas. Lamentablemente este ejercicio es simplemente lúdico: no se tiene ninguna garantía. Si ni siquiera los nombres de las lenguas coinciden.

**GRÁFICA 18.** Probable número de personas que hablarían tepehuano del norte o tepehuano del sur según el estado donde se registraron los datos

Paradójicamente, según los índices de la CDI, el tepehuano, unidas en un mismo rubro ambas lenguas (nuevamente la invisibilidad), vivía en 2005 un proceso de expansión lenta con sus 44 040 hablantes.

### 2.6.7. Hablantes de chontal

El chontal es otro de esos casos en los que el nombre designa dos lenguas, en este caso totalmente diferentes: una, el chontal de Tabasco (que es una lengua mayanese) y la otra, el chontal de Oaxaca (que es una lengua aislada). Al contrario de lo que se hizo con las lenguas tepehuanas, las lenguas chontales (que se comienzan a contar en el censo de 1980) se diferenciaron en ese primer registro. Pero a partir del censo de 1990 apareció el tercero en discordia: el chontal genérico, indefinido o “insuficientemente especificado”.

**TABLA 16.** *Número de personas que aceptó hablar alguna lengua chontal según los censos de 1980 a 2010 y el conteo de 2005*

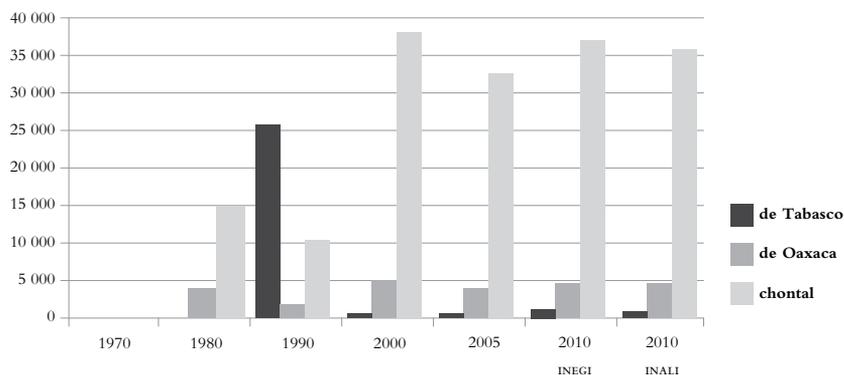
	1980	1990	2000	2005	2010 INEGI	2010 INALI
chontal	—	23 779	957	695	1 102	916
chontal de Oaxaca	4 039	2 232	4 959	3 413	4 394	4 447
chontal de Tabasco	15 389	10 256	38 561	32 470	36 810	36 943
chontal <i>tabla INEGI</i>	—	36 267	38 561	36 578	42 306	

En esta tabla, como se ve, se agregan los registros que aparecen en la multicitada *tabla INEGI*. La idea es advertir que en esta fuente sólo se registra un único chontal y de manera del todo arbitraria, pues en la misma tabla se señala, en una nota de pie de tabla, que “para 2000 sólo incluye chontal de Tabasco. Para 2005 y 2010 incluye: chontal, chontal de Tabasco y chontal de Oaxaca”. Dos lenguas diferentes y un tratamiento del todo arbitrario.

Para ver las diferencias poblacionales de ambos chontales, veamos los datos presentes en los tabulados del INEGI en la siguiente gráfica, advirtiendo (o recordando) que los histogramas del chontal “genérico”—en el primer plano en la gráfica— representan en los últimos años a casi mil personas (que comparadas con las que aceptaron hablar el chontal de Tabasco, ni contrastan).

Al observar esta tabla, dos cosas llaman la atención: la primera, que la diferencia en el número de hablantes entre ambos chontales es muy grande, y la segunda—sin tomar en cuenta el chontal “genérico”—, que su crecimiento es sorprendentemente *paralelo*. Ambas lenguas muestran un gran decremento en 1990; luego, para el 2000, viven un gran incremento (ambas por encima del 100%); en

**GRÁFICA 19.** Número de personas que aceptó hablar alguna lengua chontal según los censos de 1970 a 2010 y el conteo de 2005



2005, otra caída (por arriba del 15%) y, finalmente, en el último lustro, ambas lenguas chontales incrementan significativamente su número: el chontal de Oaxaca alrededor de 30%, con respecto al número de hablantes de 2005, y el de Tabasco, alrededor de 13%. Pero en ambos casos no se alcanza la cifra de hablantes que tenían en el 2000. A pesar de este “paralelismo” su crecimiento es desigual: el chontal de Oaxaca creció, en los últimos 30 años, 10%, mientras que el chontal de Tabasco, 140 por ciento.

Según la CDI, ambas lenguas están viviendo un proceso de reemplazo acelerado, calculándose para el chontal de Oaxaca unos 9 008 hablantes y para el de Tabasco, 62 637, para el año 2005. Más del doble que el registrado por el INEGI.

## REFLEXIONES FINALES

Como dije en un principio, en mi opinión la información censal referida a las lenguas indígenas es irrelevante, poco válida o inútil. Las principales razones son básicamente cinco:

1. El hecho de que la cuestión de las lenguas llamadas indígenas se confunda (o funda) con la cuestión indígena hace que ambos temas queden difusos: lo indígena depende de las lenguas indígenas, lo que provoca que no pueda haber más lenguas indígenas que grupos y que éstas se queden acotadas dentro de la cuestión indígena. El número oficial de grupos (ahora llamados) etnolingüísticos es de 62 en la actualidad.

El asunto de las lenguas indígenas debería ser considerado un tema nacional y no estar limitado ni reducido a lo indígena ni, mucho menos, hacerlo invisible.

2. La naturaleza comunitaria de las lenguas indígenas hace que su tratamiento sea precisamente comunitario. De hecho no importa el número de hablantes que haya en total; lo relevante es la proporción del número de hablantes en una determinada comunidad con los monolingües de español, amén del registro de sus actitudes, expectativas, grados de dominio de su lengua y del español y de otro tipo de variables sociolingüísticas que inciden significativamente en el reemplazo lingüístico o en las estrategias de revitalización.

Ya se mencionó el caso del náhuatl, cuyos procesos de reemplazo son relativamente acelerados, a pesar de ser la agrupación lingüística (en terminología del INALI) más hablada en México. O los casos de las agrupaciones lingüísticas chocho (con 814 hablantes), ocuilteco (con 745), pima (con 867) y seri (con 795), que, aunque parezcan ser similares (por la cantidad de hablantes), no lo son en absoluto. El seri, por ejemplo, se habla en sólo dos comunidades; el ocuilteco en alrededor de diez; el pima en una gran cantidad de pequeñas rancherías a lo largo de la sierra donde hacen frontera Sonora y Chihuahua, y el chocho, finalmente, en una veintena de comunidades.

3. Los procesos de reemplazo lingüístico son muy complejos. Entrañan capacidades diferenciadas, actitudes, valoraciones y prácticas diferentes que en términos reales hacen que sea imposible su medición vía encuestas o censos. El trabajo de campo, antropológico, etnográfico, de observación, de registro de espacios de uso y actitudes, es fundamental.

4. La migración por sí misma hace que el problema lingüístico rebase los espacios rurales y se inserte en todo el ámbito nacional. La atención a las lenguas por parte del Estado mexicano no puede reducirse a las regiones identificadas como “originarias”. La presencia de hablantes de lenguas indígenas en las principales ciudades de México (incluso en las de Estados Unidos) no puede ser obviada. Esa población requiere también de atención educativa, de salud, de justicia.

5. La falta de rigor en el manejo de los datos censales (no manejar los mismos idiomas ni sus nombres, no tener en claro los fenómenos lingüísticos mexicanos ni la realidad lingüística) hace que los censos, por sí mismos, se manejen a discreción. Hasta cuando están mal hechos buscamos alguna explicación que los justifique.

## ANEXO I

## CARACTERÍSTICAS CULTURALES DE LA POBLACIÓN

*Población hablante de lengua indígena de cinco años y más  
por principales lenguas, 1970 a 2010*

	Principales lenguas	1970	1990	2000	2005	2010
	Total	3 111 415	5 282 347	6 044 547	6 011 202	6 695 228
1	Náhuatl	799 394	1 197 328	1 448 936	1 376 026	1 544 968
2	Maya	454 675	713 520	800 291	759 000	786 113
3	Lenguas mixtecas <sup>a</sup>	233 235	386 874	446 236	423 216	476 472
4	Tzeltal	99 412	261 084	284 826	371 730	445 856
5	Lenguas zapotecas <sup>b</sup>	283 345	403 457	452 887	410 901	450 419
6	Tzotzil	95 383	229 203	297 561	329 937	404 704
7	Otomí	221 062	280 238	291 722	239 850	284 992
8	Totonaca	124 840	207 876	240 034	230 930	244 033
9	Mazateco	101 541	168 374	214 477	206 559	223 073
10	Chol	73 253	128 240	161 766	185 299	212 117
11	Huasteco	66 091	120 739	150 257	149 532	161 120
12	Mazahua	104 729	127 826	133 430	111 840	135 897
13	Lenguas chinantecas <sup>c</sup>	54 145	109 100	133 374	125 706	133 438
14	Mixe	54 403	95 264	118 924	115 824	132 759
15	Purépecha	60 411	94 835	121 409	105 556	124 494
16	Tlapaneco	30 804	68 483	99 389	98 573	120 072
17	Tarahumara	25 479	54 431	75 545	75 371	85 018
18	Zoque	27 140	43 160	51 464	54 004	63 022
19	Tojolabal	13 303	36 011	37 986	43 169	51 733
20	Amuzgo <sup>d</sup>	13 883	28 228	41 455	43 761	50 635
21	Chatino	11 773	29 006	40 722	42 791	45 019
22	Huichol	6 874	19 363	30 686	35 724	44 788
23	Chontal <sup>e</sup>	ND	36 267	38 561	36 578	42 306

	Principales lenguas	1970	1990	2000	2005	2010
24	Popoluca <sup>f</sup>	27 818	31 254	38 477	36 406	41 091
25	Mayo	27 848	37 410	31 513	32 702	39 616
26	Tepehuano <sup>g</sup>	5 617	18 469	25 544	31 681	35 873
27	Cora	6 242	11 923	16 410	17 086	20 078
28	Huave	7 442	11 955	14 224	15 993	17 554
29	Yaqui	7 084	10 984	13 317	14 162	17 116
30	Cuicateco	10 192	12 677	13 425	12 610	12 785
	Otras lenguas	63 997	308 768	179 699	278 685	248 067

Fecha de actualización: jueves 3 de marzo de 2011.

NOTA: Cifras correspondientes a las siguientes fechas censales: 14 de febrero (2000); 17 de octubre (2005) y 12 de junio (2010).

<sup>a</sup> Para 1990 incluye: mixteco, mixteco de costa, mixteco de la Mixteca Alta, mixteco de la Mixteca Baja, mixteco de la zona mazateca y mixteco de Puebla. Para 2000, 2005 y 2010 incluye: mixteco, mixteco de costa, mixteco de la Mixteca Alta, mixteco de la Mixteca Baja, mixteco de la zona mazateca y mixteco de Puebla.

<sup>b</sup> Para 2000 y 2005 incluye: zapoteco, zapoteco de Cuixtla, zapoteco de Ixtlán, zapoteco del Istmo, zapoteco del rincón, zapoteco sureño, zapoteco vallista y zapoteco vijano. Para 2010 incluye: zapoteco, zapoteco de Ixtlán, zapoteco del Istmo, zapoteco del rincón, zapoteco sureño y zapoteco vallista.

<sup>c</sup> Para 1990 incluye: chinanteco, chinanteco de Lalana, chinanteco de Ojitlán, chinanteco de Petlapa, chinanteco de Quiotepec, chinanteco de Sochiapan, chinanteco de Usila y chinanteco de Valle Nacional. Para 2000 incluye: chinanteco, chinanteco de Lalana, chinanteco de Ojitlán, chinanteco de Petlapa, chinanteco de Usila y chinanteco de Valle Nacional. Para 2005 incluye: chinanteco, chinanteco de Lalana, chinanteco de Ojitlán, chinanteco de Petlapa, chinanteco de Usila, chinanteco de Valle Nacional, chinanteco de Latán y chinanteco de Yolox. Para 2010 incluye: chinanteco, chinanteco de Lalana, chinanteco de Ojitlán, chinanteco de Petlapa, chinanteco de Sochiapán, chinanteco de Usila y chinanteco de Valle Nacional.

<sup>d</sup> Para 2005 y 2010 incluye: amuzgo, amuzgo de Guerrero y amuzgo de Oaxaca.

<sup>e</sup> Para 2000 sólo incluye chontal de Tabasco. Para 2005 y 2010 incluye: chontal, chontal de Tabasco y chontal de Oaxaca.

<sup>f</sup> Para 2000 sólo incluye popoluca. Para 2005 y 2010 incluye: popoluca de la sierra, popoluca de Oluta y popoluca de Texistepec.

<sup>g</sup> Para 2005 y 2010 incluye: tepehuano, tepehuano de Durango y tepehuano de Chihuahua.

ANEXO 2

*Población de tres años y más que habla lengua indígena por sexo  
y lengua según grupos quinquenales de edad (Catálogo INALI)*

	Pobl. de 3 y más...	03-04 años	5 años y más
Ch'ol	222 051	9 934	212 117
Maya	795 499	10 235	785 264
Mazateco	230 124	7 051	223 073
Mixteco	496 038	18 043	477 995
Náhuatl	1 586 884	41 916	1 544 968
Otomí	288 052	3 060	284 992
Totonaco	250 252	6 219	244 033
Tzeltal	474 298	28 442	445 856
Tzotzil	429 168	24 464	404 704
Zapoteco	460 695	10 264	450 431

## ANEXO 3

*Población de tres años y más que habla lengua indígena por sexo  
y lengua según grupos quinquenales de edad (Catálogo INEGI)*

	Pobl. de 3 y más...	03-04 años	5 años y más
Chol (Ch'ol)	222 051	9 934	212 117
Maya	796 405	10 292	786 113
Mazateco	230 124	7 051	223 073
Mixteco	489 630	17 920	471 710
de la costa	27	0	27
de la Mixteca Alta	2 514	21	2 493
de la Mixteca Baja	2 238	41	2 197
de la zona mazateca	6	0	6
Mixteco de Puebla	39	0	39
<b>MIXTECO TOTAL</b>	<b>494 454</b>	<b>17 982</b>	<b>476 472</b>
Náhuatl	1 586 884	41 916	1 544 968
Otomí	288 052	3 060	284 992
Totonaca (Totonaco)	250 252	6 219	244 033
Tzeltal (Tseltal)	474 298	28 442	445 856
Tzotzil (Tsotsil)	429 168	24 464	404 704
Zapoteco	434 201	9 078	425 123
de Ixtlán	379	2	377
del Istmo	614	1	613
del Rincón	1	0	1
sureño	24 089	1 178	22 911
vallista	1 399	5	1 394
<b>ZAPOTECO TOTAL</b>	<b>460 683</b>	<b>10 264</b>	<b>450 419</b>

## REFERENCIAS

- ALVARADO S., Neyra Patricia, *Pápagos. Pueblos indígenas del México contemporáneo*, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México, 2007.
- CALVET, Jean-Louis, *Lingüística y colonialismo. Breve tratado de glotofagia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.
- Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1993.
- La población indígena de México*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Aguascalientes, 2004.
- MANRIQUE C., Leonardo, “Clasificaciones de las lenguas indígenas de México y sus resultados en el censo de 1990”, en Beatriz Garza Cuarón (coord.), *Políticas lingüísticas en México*, La Jornada Ediciones - Universidad Nacional Autónoma de México (La Democracia en México), México, 1997, pp. 39-65.
- MILLER, Wick, “Los dos dialectos del guarijío”, en Gerardo López Cruz y José Luis Moctezuma (comps.), *Estudios de lingüística y sociolingüística*, Universidad de Sonora, Hermosillo, 1994, pp. 205-220.
- VALDÉS, Luz María, *Los indios en los censos de población*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- , *Los indios mexicanos en los censos del año 2000*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2003.



# TLAMACHILIZTLAHTOLZAZANILLI: LA MITOLOGÍA NÁHUATL PREHISPÁNICA\*

Patrick Johansson Keraudren

Profundamente arraigado en la dimensión sensible del ser, el mito náhuatl prehispánico *tlamachiliztlahtolzanilli*, literalmente “el relato de la palabra de sabiduría”, funde lo sentido, percibido, intuido, recordado o imaginado en una fragua textual que forja una cognición sensible. El texto prolifera en una verdadera arborescencia de hechos y acciones. Desde los esquemas más primitivos hasta los programas narrativos más complejos, una misma savia cognitiva nutre la enramada mítica. El desorden pulsional, endógeno, se organiza en relato y permite la estructuración cognitiva de estas reacciones todavía muy somáticas que son las pulsiones. La observación de los fenómenos naturales también se interioriza y se integra a la dinámica relacional del mito. Por fin los acontecimientos pretéritos pierden su carácter objetivo para colarse en los moldes pre-establecidos de la subjetividad mítica. Se despojan de sus contingencias, se subliman, para que lo que fue corresponda a lo que *debe haber sido*. La dimensión atemporal, gramaticalmente y conceptualmente infinitiva del ser, es la que determina la percepción del pasado indígena y el único lugar donde se puede realizar esta transmutación de lo “real” en verdad eterna, o más bien atemporal, es el texto mítico. Por otra parte, a nivel discursivo, ciertos aspectos formales del relato generaban un sentido sensible, sembrado en los surcos mnésicos del indígena y que permanecía “impreso” en las fibras del ser-mexica. Los mecanismos de producción “mito-lógica” de sentido se manifestaban no sólo en relatos verbales sino también en textos “mito-gráficos”, “mito-quinésicos” (mediante la danza), y pétreos.

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 24 de mayo de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

## I. CREACIÓN DEL FUEGO Y DE LA ERA 4-*OLLIN* “4-MOVIMIENTO”

Uno de los mitos cosmogónicos nahuas más relevantes es el mito que refiere las distintas etapas de la expansión del mundo y la creación del fuego, condición *sine qua non* del advenimiento de la era de movimiento *4-ollin*, la era en la que el tiempo se recicla periódicamente en el fuego, en la que vivimos, y que terminará un día con un temblor.

### 1.1. *Las etapas formativas del mundo indígena*

La expansión y la configuración cosmológica del mundo, tal y como se presenta en distintos mitos nahuas, parecen manifestar fases *asexuales* que no prosperaron antes de que nacieran el sol y la luna como resultado de la fusión a la vez *sexual* y *letal* de Nanahuatzin y Tecuhciztécatl en el fuego, consumación y consumición generadoras del movimiento vital *ollin*.

#### **El caos primordial**

Como en la mayoría de las cosmogonías, la expansión y el ordenamiento cosmológico del universo indígena se realizó a partir de un caos tenebroso, un vacío al que amenazaba con regresar si cesaba el movimiento espacio-temporal que había engendrado la vida. Esta eventualidad enquistada en la psique humana generaba un estado de angustia, el cual se dirimía catárticamente, en el contexto cultural náhuatl, mediante la inserción en los mecanismos calendáricos del tiempo de *momentos* críticos en los que el vacío se insinuaba en la temporalidad vivida, pero también con la preservación de una actividad sexual ritualmente expresada que mantenía la vitalidad del mundo.

#### **Los cuatro soles: una tentativa de creación asexual del mundo**

Varios son los mitos que manifiestan la expansión del mundo indígena a partir del caos primordial antes mencionado. La llamada “Leyenda de los soles”<sup>1</sup> refiere una sucesión de edades o “soles” *tonatiuh*, cada una con su fin catastrófico, en los que los seres se transformaron sistemáticamente en animales, y que culminó en última instancia, en la cuarta era, con un diluvio.

<sup>1</sup> “Leyenda de los soles”, en *Códice Chimalpopoca*, fol. 75-76; Lehmann, Kutscher, pp. 322-348.

**La tierra / el Este**

La primera era: *4-Ocelotl* fue la era de *tierra*; estableció la región cardinal *Este* mediante el signo de su año: *1-Acatl*, 1-Caña. Duró  $13 \times 52$  años, es decir 676 años. Esta primera edad culminó al cumplirse una treceña de ciclos de 52 años cuando los que entonces vivían fueron comidos por los jaguares (*ocelotl*).

**El aire / el Norte**

La segunda era: *4-Ehecatl*, 4-Viento, corresponde al elemento “aire”. Se localiza en el *Norte*, región cardinal a la que fundamenta calendáricamente mediante el signo de su año *1-Técpatl*, 1-Pedernal. Duró  $7 \times 52$  años, es decir 364 años. Terminó, esta segunda era, cuando todo lo que había “se lo llevó el viento” y los que entonces vivían se transformaron en monos (*ozomatlí*).

Cabe señalar que la cifra “7” del multiplicador de ciclos de 52 años es inestable y se conjuga con el “6” de la era siguiente para conformar la unión simbólico-numérica “13”. Por otra parte, el “7” es un símbolo numérico de la fertilidad y remite, en la cronología mensual, al venado (*mazatl*), emblema animal de la sexualidad.

**El fuego / el Norte**

La tercera era: *4-Quiahuitl*, aunque su nombre parece remitir a la lluvia y por tanto al agua, es la era de fuego, de una lluvia de fuego. Su año es también *1-Técpatl*, 1-Pedernal, lo que la ubica, en términos espaciales, al *Norte*, al igual que la era de aire. Duró  $6 \times 52$  años, 312 años, y terminó cuando una lluvia de fuego cayó y abrasó todo. Los que allí vivían se transformaron en guajolotes (*totolin*).

El multiplicador “6” del ciclo de 52 años es también inestable; se suma y se conjuga con el número “7” de la edad anterior para conformar el “13”. En términos de cronología mensual, el “6” es el número de la muerte (*miquiztli*). El “7” y el “6”, el aire y el fuego, el venado (sexo) y la muerte, se conjugan de una manera simbólica que anticipa lo que será la unión sexual, imprescindible para que haya vida.

**El agua / el Oeste**

La cuarta era o “cuarto sol” surgió en el día *4-Atl*, y corresponde al elemento agua. El signo mitológico-calendárico de esta edad, su año: *1-Calli*, 1-Casa, la sitúa en el *Oeste*. Este sol de agua acabó en diluvio y duró  $13 \times 52$  años. Los que entonces vivieron fueron ahogados y/o se transformaron en peces (*michin*).

Según lo plantea el mito hasta este momento, si bien ninguna edad llegó a constituir un mundo viable, esbozaron lo que sería su fundamento espacio-temporal. Además de los cuatro elementos, se establecieron tres regiones cardinales: dos de ellas situadas sobre lo que sería después el eje equinoccial: Este-Oeste. Una de ellas ocupaba lo que se volvería un día el nadir del curso solar *mictlampa*: el Norte.

Si consideramos la duración de las edades correspondientes al *Este* y al *Oeste*,  $13 \times 52$  años, el hecho de que lograran completar un ciclo trecenal les confiere un carácter estable. En cambio, la era del aire y la era de lluvia de fuego duraron respectivamente  $7 \times 52$  y  $6 \times 52$  años, y eran incoativas e inestables, en el contexto mitológico aquí considerado.

### 1.2. *El Sur: producto del fuego ilegítimo de Tota y Nene*

Según lo refiere el mito aquí aducido, antes de que se produjera el diluvio (*apachihuiliztli*), Tezcatlipoca había encerrado a dos seres, Tota (o Toto) y Nene, en el tronco de un árbol y les había dado de comer un grano de maíz (*tlaoilli*) a cada uno. Los nombres de los dos entes remiten respectivamente a lo masculino y a lo femenino. En efecto, *tota* (*tahltli*)<sup>2</sup> en la lengua náhuatl es “nuestro padre” y *nene* es la “vulva”. Si la paleografía de la palabra es Toto, remite al miembro masculino ya que *tototl*, “pájaro”, tiene esta connotación en la lengua náhuatl. Su encierro en cuerpo vegetal del ahuehuete así como el carácter seminal del grano de maíz constituyen una fusión sexual antes de que el texto mítico lo exprese en términos más explícitos.

El árbol flotó sobre las aguas durante el tiempo que duró el diluvio. Cuando bajaron las aguas, el tronco quedó varado sobre un banco de arena; salieron Tota y Nene y asaron peces:

*Auh in oquitlamique oxalquizque onca coyahuactiuh yn atl aocmo molinia in quahuitl niman ye mo (fol. 76) tlapoa niman ye quitta in michin niman ye tlequauh-tlaça auh nima(n) ye quimoxquia in mimichtin. Nima(n) ye huallachia in teteo in*

<sup>2</sup> En el documento, la grafía defectuosa no permite establecer con seguridad si la palabra es *tota* o *toto*. Si fuera *toto*, la alusión sexual sería aún más clara ya que *toto(tl)*, “pájaro”, es una metáfora náhuatl que alude al pene.

*çiltallinicue in çitlallatonac quitoque teteoye. Aquin ye tlatlatia aquin ye quipochehua in ilhuicatl.*<sup>3</sup>

Y cuando terminó, salieron a la arena, allá donde ya se había secado el agua. Ya no se mueve el árbol, luego ya abren, luego ya ven a un pez, luego ya hacen fuego y luego asan los peces. Luego ya los vienen a observar los dioses Citlalinicue y Citlallatonac. Les dijeron: Oh dioses ¿quién está quemando (algo), quién está humeando al cielo?

El hecho de asar peces, que podría parecer anodino, tiene de hecho un valor cosmogónico ya que el humo, resultante de la integración del agua (peces) y del fuego, sube al cielo (es decir, eleva el cielo) para consagrar el punto cardinal faltante: el Sur. En efecto, el Este (*1-Acatl*/Tierra), el Oeste (*1-Calli*/Agua) y el Norte (*1-Tēpatl*/Fuego) estaban debidamente extendidos, pero la era “viento” (aire), potencialmente urania, ostentaba el año *1-Tēpatl*, al igual que la era “fuego”. Esta “gemelaridad” espacio-temporal, manifiesta en la duplicación del *1-Tēpatl*, no permitía que se acabara de configurar el cosmos. El “7” y el “6”, la sexualidad y la muerte, co-existían indebidamente en el inframundo. Con dos eras situadas al Norte, el mundo era esencialmente infratelúrico, no era viable en términos cosmológicos ya que faltaba un punto cardinal y no había cielo.

Ahora bien, como en otros contextos mitológicos nahuas, la ruptura de una gemelaridad que “petrificaba” al mundo iba a ser la clave para la instauración del cosmos. Con el esquema narrativo “asado de peces” por Tota y Nene, es decir la integración del agua y del fuego, de lo femenino y lo masculino, el elemento “aire” sube con la columna de humo, se expande en el espacio celestial (generando asimismo la Vía Láctea), y coloca el cuarto punto cardinal (el Sur) en el lugar que le corresponde. La fecha correspondiente a esta culminación de la gesta narrativa, podría parecer ser meramente circunstancial; sin embargo, es el producto de una gestación mitológica del Sur: el pedernal se hizo conejo, se expandió el cielo en *1-Tochtli*, “1-Conejo”. Anticipamos aquí que el pedernal (*tēpatl*), por su forma fálica, era una figura simbólica del sexo masculino.<sup>4</sup> En cuanto al conejo (*tochtli*), era, con el venado (*mazatl*), un emblema

<sup>3</sup> “Leyenda de los Soles”, en *Códice Chimalpopoca*, fol. 76.

<sup>4</sup> Su penetración en una cueva dio nacimiento a mil seiscientos. Cf. Torquemada, t. III, pp. 120-121.

de la sexualidad. Es preciso recordar también que, en un contexto cíclico lunar, el pedernal que figura dentro del astro nocturno en los códices expresa un periodo de infertilidad, mientras que el conejo manifiesta un lapso temporal fecundo. Al subir, dejando el Norte, el *tecpatl* mineral se volvió el *tochtli* animal, y el sexo que coincidía con la muerte, en el Norte, fue a ocupar su lugar de predilección en el Sur.

Regresando a Tota y Nene, el fuego de brasas por ellos aprovechado,<sup>5</sup> con las exhalaciones áqueo-ígneas ascendentes de las cenizas que humean el cielo, constituye un fuego ilegítimo, prometeico, que va a tener consecuencias para sus autores. Metafóricamente hablando, la unión de Tota y Nene, que permitió abrir la dimensión celestial del mundo y dio cabida a la existencia, tiene sin duda un carácter sexual y parece haber sido considerada como la producción ilegítima del fuego.

### **El cenit: espacio-tiempo de la sexualidad y apogeo del ciclo vital**

La creación de la última región cardinal, necesaria para que fuera posible el movimiento espacio-temporal, determina también el ápice periódico del ciclo de reproducción, el lugar de predilección de la sexualidad. El conejo lunar (*tochtli*), exponente cardino-temporal del Sur, se asocia al venado solar (*mazatl*) para reforzar la idea de nupcias cronológicas del tiempo.

### **La decapitación de Tota y Nene**

La decapitación de Tota y Nene, la subsecuente colocación de su cabeza en su trasero y su transformación en perros, además de representar un castigo por el robo del fuego a la naturaleza o a los dioses, y por la transgresión carnal, podrían fundamentar otros paradigmas cosmológicos. En efecto, la decapitación tenía un sentido sexual, en los contextos sacrificiales prehispánicos, cuando el cuello (*quechtili*) de la víctima “eyaculaba” una sangre simbólicamente espermática que fertilizaba la tierra. La cabeza cercenada colocada en el trasero (*tzintli*), es decir la base, el principio, el origen (*tzintiliztli*), consagraba el sexo y la muerte como fundamentos de la vida. A su vez, el perro, asociado con el

<sup>5</sup> Las brasas son probablemente el resultado de la caída del agua diluvial sobre la tierra calcinada por la lluvia de fuego de la era anterior. Este hecho establece una distinción entre el fuego natural, aprovechado ilegítimamente por Tota y Nene, y el fuego doméstico otorgado por Tezcatlipoca mediante los palos de fuego *tlecuahuilitl*.

fuego y el fulgor sexual, sería el animal psicopompo que guiaría al difunto en los páramos del inframundo.

### 1.3. El fuego legítimo de Tezcatlipoca en 2-Acatl

Después de la transformación de Tota y Nene en caninos, Tezcatlipoca otorgó el fuego legítimo a los hombres, un fuego doméstico, mediante los instrumentos *tlequahuítl*, “los palos de fuego”, para poder sacarlo a voluntad.

*Auh inic pocheuh in ilhuicatl omacatl xihuitl. Izcatqui i(n)ye tehuantin inic ye tonoque inic huetz in tlequahuítl. Inic moman in ilhuicatl ce tochtli xihuitl. Izcatqui ini(c) huetz tlequahuítl icuac nez in tletl. Auh inic tlayohuatimanca cempohualxihuitl ipan macuilxihuitl.*

*Auh inic moman in ilhuicatl ce tochtli xihuitl auh in omoman auh iman ye quipochehua in chichime in yuh omito in nipa. Auh ca zatepan in huetz in tlequahuítl in tlequauhtlaz in tezcatlipoca in ye nocce(p)pa ic quipocheuh in ilhuicatl ipan xihuitl omacatl.*<sup>6</sup>

Y cuando se humeó el cielo (fue) en el año dos caña. Aquí está que nosotros ya estábamos cuando cayeron los bastones de fuego. Así se extendió el cielo (en) el año uno-conejo. Aquí está. Así cayeron los bastones de fuego cuando apareció el fuego. Y así la noche permaneció durante veinticinco años.

Y así se extendió el cielo en el año uno conejo. Y cuando se extendió y fue cuando ya lo humean los perros de los que se habló allí. Y es después de que cayeron los bastones de fuego que Tezcatlipoca sacó el fuego. Ya otra vez humeó el cielo en el año dos-caña.

Este texto constituye la lectura de un libro pictográfico, como lo revela el tenor algo paratáctico del discurso verbal.<sup>7</sup> Las peripecias correspondientes a la creación del fuego establecen, mediante la subida del humo en 1-Tochtli 1-Conejo, la región cardinal faltante: el Sur, la tetralogía espacial subsecuente y lo que

<sup>6</sup> “Leyenda de los Soles”, en *Códice Chimalpopoca*, fol. 75-76.

<sup>7</sup> Cf. Johansson, “And the Flint Stone Became a Rabbit... The Creation of the South and the Origin of Time in the Aztec *Legend of the Suns*”, *Estudios Indiana*, 2, pp. 77-99.

será el centro ígneo del mundo, *axis mundi* del movimiento vital por venir, en el año 2-*Acatl*, 2-Caña.

**Tota (Toto) y Nene: el palo-macho y la base-hembra de los instrumentos para producir el fuego**

A la transformación de Tota y Nene en perros se suma, según me parece, la encarnación mitológica de Tota “nuestro padre”, o *Toto(tl)* “el pájaro-pene”, en el palo-macho de los instrumentos para hacer el fuego, y la de Nene, la “vulva”, es decir nuestra madre, en el receptáculo-base. La fricción de uno dentro del otro (otra) producirá el fuego doméstico civilizador, con un valor sexual inconfundible. Cabe recordar aquí que estos palos de fuego eran también llamados *mamalhuaztli*, término que subraya su valor de penetración (*mamalihua*, “perforar”, “penetrar”). La constelación del mismo nombre y con una forma similar recordaba probablemente esta gesta mítica.

**El fuego: generador y regenerador**

Las etapas de la gesta antes mencionada muestran una verdadera “gestación” del mundo indígena, es decir del espacio-tiempo. Dichas etapas contribuyeron a definirlo, a “dibujarlo” en la mente de los que en él vivían. Hasta este momento constaba de cuatro regiones cardinales, de cuatro elementos cardinalmente distribuidos, de signos de días y de años potencialmente calendáricos que definían un mundo todavía sin movimiento; de una horizontalidad potencialmente equinoccial y de una verticalidad también potencialmente solsticial. Había un cielo todavía nocturno (*yohualli*) y una tierra (*tlalli*). En las tinieblas brillaba la luz de un fuego *tletl*, un centro ígneo axial y potencialmente generador de movimiento. Asimismo la sexualidad se asomaba en el horizonte mitológico como un eje de la vida.

1.4. *El carácter sexual del salto de Nanahuatzin y Tecuhciztecatl en el fuego*

Según el documento aquí aducido,<sup>8</sup> el fuego ardió en las tinieblas unos veinticinco años antes de que se hiciera la luz. Los dioses se reunieron entonces

<sup>8</sup> *Códice Chimalpopoca*, fol. 76.

en Teotihuacan y se les asignó la tarea de alumbrar al mundo a Tecuhciztecatl y a Nanahuatzin los cuales, después de múltiples peripecias “mito-lógicas” se volvieron respectivamente la luna y el sol antes de que emprendieran su andar espacio-temporal generando asimismo el movimiento vital *ollin*. Ahora bien, el salto en el fuego de los dos seres divinos, todavía andróginos, consagra la relación estrecha del sexo y de la muerte. El fuego los consumió y murieron a su estado anterior, pero se fundieron sexualmente en el fulgor de la hoguera, consumaron su unión la cual los transformó en sol y luna; en entes respectivamente masculino y femenino. Así nació la sexualidad, en términos mitológicos.

Si acatamos la información contenida en la “Leyenda de los soles”, el nacimiento del sol ocurrió en el año 13-*Acatl*, “13-Caña”, 25 años después de que el fuego fuera creado. Los “Anales de Cuauhtitlan” establecen asimismo la fecha 13-*Acatl* “13-caña” como inicio de la “Era (sol) de movimiento” *ollin tonatiuh*:

*Yn ypan in 13 acatl quilmach yez ypan yn tlacat yn axcan onmantiuh tonatiuh ye yquac tlanez ye yquac tlathuic yn axcan onmantiuh olintonatiuh. 4 ollin yn itonal.*<sup>9</sup>

En el (año) 13-Caña, se dice que es el tiempo en que nació la era (el sol) que hoy se extiende; cuando amaneció, cuando se hizo la luz. La que hoy se va extendiendo es la era de movimiento. 4-movimiento es su signo.

El texto pétreo de la llamada Piedra del Sol confirma la consecución espacio-temporal aquí referida. En efecto, la fecha 13-*Acatl*, situada en el este, entre los cascabeles de las dos serpientes, corresponde al nacimiento del sol, el fuego celestial, a partir del fuego telúrico en el que Nanahuatzin y luego Tecuhciztecatl se habían echado. Tonatiuh y Xiuhtecuhtli, el sol y el fuego, se “co(n)-funden” en el centro de la piedra calendárica ya que se encuentran sobre un eje virtual, perpendicular al plano de la imagen, que pasa por el centro ígneo de la imagen del movimiento *ollin*. En términos simbólicos relacionados con la sexualidad, las serpientes de fuego que figuran en la Piedra del Sol encarnan el tiempo: la cabeza como fundamento seminal, y los cascabeles de la cola como eclosión orgásmica.

<sup>9</sup> “Anales de Cuauhtitlan”, en Lehmann, Kutscher, p. 63.

## 2. EL NACIMIENTO DE HUITZILOPOCHTLI

A continuación daré otro ejemplo de una producción mitológica de sentido mediante la configuración formal de un texto náhuatl: el nacimiento del dios tutelar mexica Huitzilopochtli, en la versión que propone el libro III del *Códice Florentino*.

2.1. *El relato*

La diosa Coatlicue, es decir, “la (que tiene) falda de serpientes”, estaba barriendo la tierra en el monte *Coatepetl*, “el monte de la serpiente”, cuando cayó un ovillo de plumas del cielo. Lo recogió, lo puso debajo de su huipil y se empuñó.

Su hija Coyolxauhqui, la luna, y los Centzon Huitznahuas, las estrellas, ofendidos, decidieron matar a su madre y el niño que tenía adentro y emprendieron el ascenso del monte Coatépetl.

En términos muy generales, el mito expresa que Huitzilopochtli es el producto de una fecundación de la tierra por el cielo y que las fuerzas nocturnas se oponen al advenimiento de la luz, es decir, del sol: Huitzilopochtli. En este contexto, la diosa Coatlicue se “con-funde” con la montaña el Coatépetl (la tierra), lo que establece líneas isotópicas de producción de sentido. La gestación de Huitzilopochtli es a la vez el sol que se gesta dentro del vientre telúrico-materno, es el maíz que germina dentro de la tierra, y es también el Templo Mayor de México-Tenochtitlan que se “con-figura” mitológicamente mediante una verdadera arquitectura discursiva. Consideraremos brevemente este templo verbal.

Advertido por Cuahuítl icac, Huitzilopochtli sigue la evolución de sus agresores:

*Niman quito in Huitzilopochtli, huel xontlachie ¿can ie huitze?*  
*niman ie ic conilhua in Cuahuítl icac: ca ie tzompantitlan,*  
*ie no ceppa quioalilhua in Huitzilopochtli, ¿can ie huitze?*  
*niman conilhui ca ie coaxalpan huitze,*  
*ie no ceppa quioalilhui in Huitzilopochtli in Cuahuítl icac: tla xontlachie ¿can ie*  
*huitze? niman ic conilhui ca ie apetlac,*  
*ie no ceppa quioalilhui, ¿can ie huitze?*  
*niman conilhui in Cuahuítl icac: ca ie tlatlacapan iatihuitze.*

*Auh in Huitzilopochtli: ie no ceppa quioalilhui, in Cuahuítl icac, quilhui tla xon-tlachia ¿can ie huitze?*

*niman ic conilhui in Cuahuítl icac, ca iequene oalpanhuetzi, iequene oalaci teia-cantihuitz in Coyolxauhqui.*

*Auh in Huitzilopochtli: niman ic oallacat.*<sup>10</sup>

Luego le dijo *Huitzilopochtli*: —ve bien donde vienen.

Luego ya le dice *Cuahuítl icac*: —ya están en *tzompantitlan* (en el lugar de las calaveras).

Luego otra vez le dice *Huitzilopochtli*: ¿dónde vienen? luego le dijo (*Cuahuítl icac*): —ya están en *Coaxalpan* (en la arena de la serpiente).

Otra vez le dijo *Huitzilopochtli* a *Cuahuítl icac*: Ve donde vienen. Luego le dijo: están ya en *Apetlac* (en el petate de agua).

Otra vez le dijo: —¿dónde vienen?

Luego le dijo *Cuahuítl icac*: ya vienen en *Tlatlacapan* (en la vertiente).

Y *Huitzilopochtli* otra vez le dijo a *Cuahuítl icac*: —Ve donde vienen.

Luego le dijo *Cuahuítl icac*: —ya están aquí, ya llegaron, los viene guiando *Coyolxauhqui*.

Y *Huitzilopochtli* luego vino a nacer.

## 2.2. Las etapas de la ascensión al monte *Coatépétl*

Luego le dijo *Huitzilopochtli*: —ve bien donde vienen.

Luego ya le dice *Cuahuítl icac*:

—ya (están) en *tzompantitlan*  
(en el lugar de las calaveras)

---

Luego otra vez le dice *Huitzilopochtli*: ¿dónde vienen?

luego le dijo (*Cuahuítl icac*):

—ya (están) en *Coaxalpan*  
(en la arena de la serpiente)

<sup>10</sup> *Códice Florentino*, libro III, fol. 2v-3r.

Otra vez le dijo Huitzilopochtli a *Cuahuitl icac*: —Ve ¿dónde vienen?

Luego le dijo:

—ya (están) en *Apetlac*

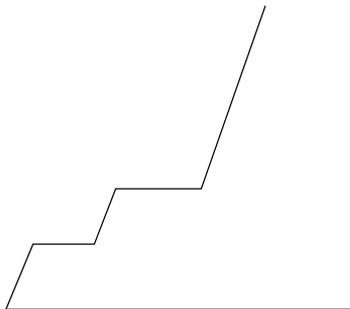
(en el petate de agua)



Otra vez le dijo: —¿dónde vienen?

Luego le dijo *Cuahuitl icac*:

—ya vienen en *Tlatlacapan*

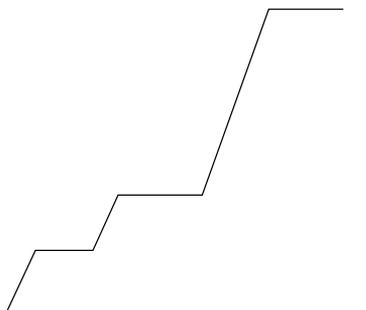


Y Huitzilopochtli otra vez le dijo a *Cuahuitl icac*: —Ve ¿dónde vienen?

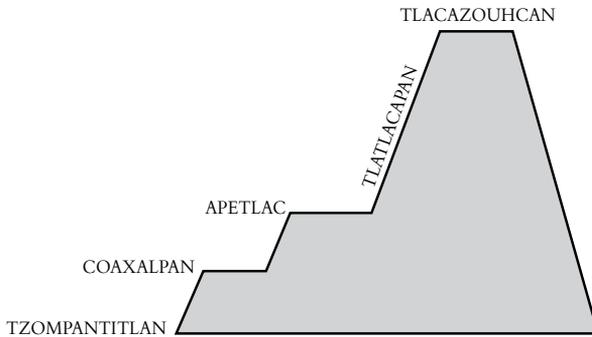
Luego le dijo *Cuahuitl icac*:

—ya están aquí, ya llegaron

Los viene guiando *Coyolxauhqui*.



Y Huitzilopochtli luego vino a nacer.



El texto pétreo del edificio y la arquitectura verbal del relato quedaban grabados en el ser de los mexicas.

### 3. VERSIÓN MITOGRÁFICA DEL NACIMIENTO DE HUITZILOPOCHTLI

La primera parte del relato pictográfico contenido en el *Códice Boturini* corresponde a la salida de los aztecas de Aztlan, a la gestación del pueblo mexica, y al nacimiento hierofánico de su dios tutelar Huitzilopochtli. Analizaremos la lámina IV, después de describir brevemente el contenido de las tres primeras láminas, no sin antes evocar ciertos paradigmas que definen la escritura náhuatl prehispánica.

#### 3.1. La escritura pictográfica náhuatl

La noción de escritura está generalmente asociada a la palabra, y cuando una grafía deja de vincularse homológicamente con el verbo, se habla entonces de proto-escritura o bien se le considera como un tema que concierne exclusivamente a la iconografía o a la historia del arte. Ahora bien, si la mayoría de los sistemas de escritura consisten en registrar gráficamente lo que se dice, esto no significa que todos estos sistemas estén relacionados con la palabra y que no se pueda concebir una escritura ajena a la lengua. Esto no pasaría de ser un simple

problema de terminología, sin importancia, si no implicara un rechazo implícito de la imagen como instrumento de cognición y la idea de que no se puede pensar más que con palabras. Si la “tiranía de su señoría la palabra” se ejerció en una cultura del *logos*, no ocurrió lo mismo en Mesoamérica y más específicamente en la cultura náhuatl, en la que la imagen se alió (no se sometió) al verbo, estableciendo asimismo una relación complementaria, la cual caracteriza su expresión oral así como su escritura.

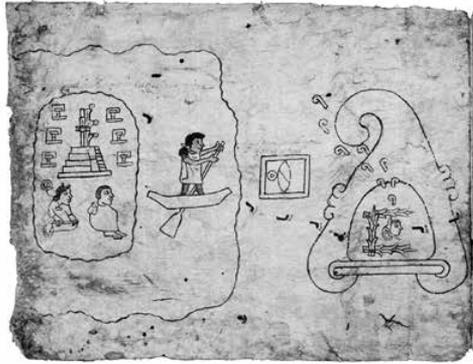
En tiempos precolombinos, la producción, retención y transmisión del saber se realizaba esencialmente mediante dos medios de expresión y comunicación: la oralidad y la imagen. Por un lado, textos de diversa índole, memorialmente conservados en la mente y el corazón de los *tlamatinime*, se “colaban” en un molde verbal, pero también gestual, dancístico y musical, para que fraguara su cuerpo expresivo. Por otro, dichos textos se configuraban en imágenes y generaban asimismo aspectos determinantes del pensamiento indígena. La pictografía, el simbolismo ideográfico y la mediación fonética se conjugaban con el tamaño, el trazo, la posición, los colores, la tensión espacial de las formas sobre el papel o la fibra y su composición, para generar un sentido sensible en parte subliminal e ilegible, si bien inteligible mediante la mirada.

El verbo y la imagen se vinculaban estrechamente en la producción del sentido sin que el discurso pictórico se sometiera del todo, sin embargo, a la lengua. La imagen producía un sentido con recursos específicos y, si bien se podía “leer” parcialmente y reducir a palabras, no se petrificaba en un texto verbal determinado. Existía un discurso pictórico, paralelo al discurso oral, que tenía su expresividad propia. En este contexto, la “lectura” era ante todo una *visión* de hechos y acontecimientos que no pasaba necesariamente por el embudo de una expresión verbal. La imagen se imprimía directamente en esferas del cerebro sin que tuviera que ser procesada verbalmente para ser aprehendida: se pensaba también en imágenes.

### 3.2. *Lectura e interpretación de las láminas I, II, III y IV del Códice Boturini*

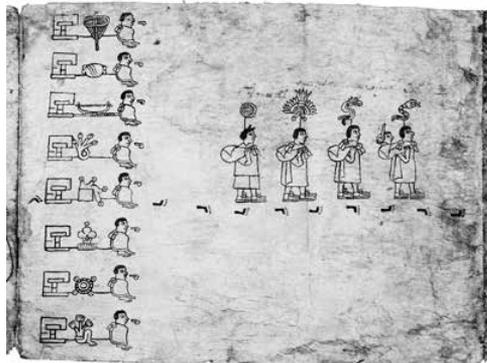
La producción visual de sentido tenía recursos propios; glosaremos brevemente las tres primeras láminas antes de analizar la lámina IV.

## Lámina I



En la isla Aztlan, situada en el centro, se observa un templo, con el glifo del agua y una caña, la cual remite probablemente al palo-macho de los instrumentos para sacar el fuego (*tlecuahuitl*). Seis casas que representan seis *calpultin* (barrios o tribus) figuran en cada lado del templo. En la parte inferior de la isla se encuentra una pareja constituida por una mujer: Chimalman, y un hombre sin glifo antroponímico. Esta pareja representa el séptimo barrio, el barrio azteca. Un sacerdote *papahua*, de pie en una canoa, expresa el hecho de que los pueblos presentes en Aztlan atravesaron el agua en la fecha indicada por el glifo calendárico: 1-Pedernal. En la parte derecha está un monte llamado Colhuacan dentro del cual se observa una cueva. En la cueva, enmarcada por una rama de la planta sagrada *acxoyatl*, destaca un rostro con yelmo de colibrí: Huitzilopochtli.

## Lámina II



Una convergencia ortogonal vincula los ocho barrios (7+1) situados sobre un eje vertical y los cuatro teóforos que caminan sobre el eje horizontal, el cual pasa por el barrio “elegido”, el barrio azteca. En términos numerológicos, el exponente 7 es mitológicamente funcional: es el número de Chicomoztoc (7-cueva) y de la fecundidad potencial. Por tanto, los barrios son siete y el barrio axial, los aztecas, no entra en el cómputo. Divide los barrios en 3 y 4, respectivamente.

**Lámina III**



Los migrantes aztecas llegan a *Cuáhuil itzintla* (“al pie del árbol”). Se preparan para comer cuando se rompe el árbol. Huitzilopochtli les habla y les ordena separarse de los demás barrios.

**Lámina IV**



Los aztecas emprenden la marcha y, en el camino, se encuentran con mimixcoas. La lectura de esta imagen por un informante indígena, probablemente efectuada en 1576, fue la siguiente:

<p>çatepan yn ovalpeuhque</p> <p><i>yn otlica ympan oaçico yn tlatlacatecolo vey comitl ytlan huehuetztoque yvan cequintin mizquitl ytzintla huehuetztoque</i></p> <p><i>yehuantin yn quintocayotia mimixcova (quimilhuia quintocayotia) yn ce tlacatl ytoça xiuhneltzin ynic ome ytoça mimitzin yniqu ey in çivatl ynveltiuh</i></p> <p><i>occeppa oncan oquinnotz in diablo (in inteouh) in huitzilopochtli</i></p> <p><i>quimillhui. (yn zteca) Xiqui (f. 5 v) monanacan yn veycomitl yntlan cate Yehuantin yacachto tequitizque.</i></p> <p><i>Auh ca niman oncan oquincuepilli yn intoca yn azteca oquimillhui.</i></p> <p><i>In axcan aocmo amotoca yn amazteca ye ammexica. Oncan oquinnacazpotoniquie ynic oquicuique yn intoca yn mexicana</i></p> <p><i>yvan oncan oquimmacac yn mitl yvan tlahuitolli yvan chitatli yn tlein aco yauh huel quimina (tlamina) yn mexicana.<sup>10</sup></i></p>	<p>Después emprendieron la marcha</p> <p>En el camino sobre ellos llegaron los hombres-búhos cayeron junto a la biznaga y algunos cayeron al pie del mezquite</p> <p>A ellos los llaman Mimixcoas (les dice, los llaman) La primera persona se llama Xiuhneltzin La segunda se llama Mimitzin La tercera (una) la mujer, (es) su hermana mayor</p> <p>Otra vez allí habló el diablo (su dios), Huitzilopochtli</p> <p>les dijo: (a los aztecas) Atrapan a los que están junto a las biznagas Ellos primero pagarán el tributo</p> <p>Y luego allí les cambió su nombre a los aztecas Les dijo:</p> <p>Ahora ya no os llaméis Azteca Ya sois mexicana Allá les emplumaron las orejas Así tomaron su nombre los mexicas.</p> <p>Y allá les dio la flecha, el arco y la red lo que va arriba, lo pueden flechar lo (flechan) los mexicas.</p>
---	--

<sup>10</sup> Códice Aubin (f. 5r).

**“Los aztecas se vuelven mexicas”**

La continuidad pictórico-narrativa se expresa visualmente mediante las huellas presentes en la lámina IV que provienen de la lámina III. Las huellas que atraviesan la lámina y las que figuran en el ángulo superior manifiestan una clara divergencia y expresan una vez más la *separación* de los aztecas de los otros grupos. Las tres huellas en la parte superior izquierda de la lámina, por el semicírculo que conforman con las huellas de la lámina anterior, refieren visualmente una vuelta, *titocuepazque*, “nos volveremos”. Las doce huellas que atraviesan la lámina de izquierda a derecha expresan la progresión de los aztecas.

En términos de configuración visual, la imagen se compone de tres partes:

- 1) El grupo de los teóforos (portadores del dios) que caminan.
- 2) El grupo de los mimixcoas extendidos sobre las biznagas y el mezquite así como el sacerdote agua/fuego.
- 3) El grupo constituido por el personaje que recibe las armas y la caja de red y el águila.

Los dos primeros grupos están situados sobre el eje horizontal progresivo mientras que el tercero se encuentra sobre un eje vertical en relación con los primeros, a la vez que constituye una horizontalidad a otro nivel.

**Los teóforos *teomamaqueh***

Los cuatro portadores del dios, *teomamaqueh*, avanzan en el mismo orden que en la lámina II. Los únicos cambios notorios son:

- La serpiente que conforma el glifo antropónimo de Tezcacoatl está ahora estirada.
- Las manos de la mujer, Chimalma(n), están ahora caídas hacia delante.
- El dios tetzauhteotl-Huitzilopochtli está hablando.

Los cuatro teóforos, tres hombres y una mujer, están vestidos anacrónicamente con tilmas de tradición tolteca. Este anacronismo histórico tiene un valor semiológico ya que en el microcontexto de esta lámina y más generalmente de este códice, la oposición indumentaria tilma/pieles va a expresar la oposición al sedentarismo/nomadismo así como sol/luna. El atuendo de los portadores del dios solar en gestación mitológica debe ser considerado aquí

no en su aspecto referencial histórico, sino como signo dentro de un sistema semiológico.

Las sandalias (*cactli*) que calzan, expresan su poder cosmogónico progresivo y se oponen a la ausencia (regresiva) de sandalias de los mimixcoas vinculados más entrañablemente con el inframundo y lo telúrico-nocturno.

Es preciso también recalcar algo obvio pero de mucha importancia para una aprehensión visual del sentido: los aztecas/mexicas están en una posición vertical y en movimiento orientado.

### **Los mimixcoas**

Los mimixcoas, dos personajes masculinos y uno femenino, están extendidos sobre plantas típicas de las zonas semidesérticas del norte de México. La biznaga (*teocomitl*) y el mezquite (*mizquitl*). Xiuhnel y la mujer están sobre las biznagas mientras que Mimich (o Mimitl), en el centro, está extendido sobre el mezquite.

Los tres visten pieles y están descalzos. Los dos personajes masculinos con pintura a la altura de los ojos ostentan glifos antroponímicos: respectivamente, Xiuhnel (verdadera turquesa) y Mimich, “pez” o “pez-flecha”, mientras que la mujer, denominada *yvueltiuh*, “su hermana mayor en los manuscritos”, no tiene. Sin embargo, si observamos el afeitado (*xahualli*) que tiene en la parte inferior del rostro y con la información que provee la *Crónica Mexicayotl*, reconocemos al numen mimixcoa Teoxahual, “(la que tiene) el afeitado divino”.

En términos “símbolo-lógicos”, el mezquite está vinculado con el norte y la muerte, mientras que las biznagas se relacionan con el agua, ya que pueden contener grandes cantidades de este líquido vital.

A la derecha, observamos al sacerdote agua/fuego inclinado sobre el cuerpo de Teoxahual con las dos manos en contacto con él. Aun cuando no aparece un cuchillo de pedernal o de obsidiana en la imagen es probable que estemos en presencia de un acto sacrificial. La ausencia del cuchillo podría deberse al hecho de que el sacerdote está realizando la operación post-sacrificial de desollamiento de la mujer.

### **El águila, las armas y el mexica**

Situados en un plano superior, por encima del grupo de los mimixcoas, se encuentran un águila volando —alcanzada por una flecha—, una flecha y un arco (*mitl*, *tlahuitollí*), vinculados con el águila mediante una línea punteada, una red

para poner presas cazadas (*chitatli*) unida a una cuerda del arco por la otra línea de puntos y un personaje en posición sedente que coge el arco y la flecha con su mano izquierda y está hablando.

El texto de los manuscritos expresa claramente lo que está ocurriendo en esta escena. Añadiremos una propuesta interpretativa: que la flecha que parece alcanzar al águila en vuelo podría representar también un bastón de fuego (*tlecauhuitl*) y anticipar lo que va a suceder en la lámina siguiente.

En efecto, existe, en este códice, como en muchos otros, un significativo pictórico común para tres significados, distintos para nosotros pero que deben haber estado estrechamente relacionados para los antiguos nahuas: la caña (*acatl*), la flecha (*mitl*) y el bastón de fuego (*tlecauhuitl*).

Por otra parte, en un contexto cosmogónico similar, Tlahuizcalpantecutli flecha al sol para obligarlo a moverse con una flecha del tipo *cuezalmamazco*, “(con) cañón de plumas de llamas”, la cual es la flecha del sol (*imiuh tonatiuh*).<sup>11</sup>

Esta escena podría haber sido colocada en la parte superior derecha de la lámina por razones prácticas de espacio disponible pero es más probable que su posición obedeciera a imperativos semiológicos en la producción del sentido.

### ***El cambio de nombre***

La lectura de los manuscritos aquí aducidos, así como la mayoría de los relatos verbales de la “Peregrinación de los aztecas”, sitúa en este momento una secuencia de suma importancia: el cambio de nombre impuesto por el dios Tetzauhtéotl Huitzilopochtli: *In axcan aocmo amoteca yn amazteca ye ammexica*, “Ahora ya no os llaméis aztecas, ya sois mexicas”. Hemos evocado, en la parte introductoria de este estudio, la relación estrecha que existía entre la palabra y la imagen, sin que la segunda fuera una transcripción de la primera. Lo que aparentemente no está pictográficamente consignado es *lo que se dice* (diálogos, órdenes, peticiones, etc.). Estos elementos pertenecen a la oralidad que complementa el documento pictográfico.

Ahora bien, la imagen podría tener elementos indiciales que fueran apoyos mnemotécnicos de la lectura. El cambio onomástico es la consecuencia de lo que está ocurriendo en el contexto pictórico-narrativo de esta lámina, es decir, del sacrificio del ente lunar Teoxáhual por los llamados (todavía)

<sup>11</sup> “Leyenda de los soles”, en Lehman y Kutscher, p. 346.

aztecas. Es el sacrificio de la luna y de los mimixcoas lo que consagra a los aztecas como mexicas.

Los nuevos atributos del ser-mexica son el arco y la flecha, la red, las insignias de plumas en las orejas, y la raya transversal en el rostro (*tlaantli*). El hecho de que el mexica coja el arco y la flecha con la mano izquierda debe ser significativo y consecuentemente remitir a lo sagrado izquierdo (*opochtli*), es decir, lo siniestro-nocturno.

La pictografía náhuatl prehispánica y los libros que la contienen pueden ser considerados desde una perspectiva estética, en el marco teórico propio de la historia del arte. Sin embargo, la semiología de la imagen, su discursividad y su narratividad, manifiestos en ciertos géneros, la sitúan también en el ámbito de lo que sería una *literatura pictográfica*, con recursos “icono-lógicos” específicos que producen un sentido mediante trazos y colores y su relación con la palabra.

#### 4. LA “MITO-QUINESIA”

La aprehensión respectivamente verbal y visual de un relato potencial se complementaba generalmente con una asimilación “somática” de dicho relato mediante una motricidad dancística.

##### 4.1. *Cuicatl: canto, música y danza*

La palabra náhuatl *cuicatl* designa una totalidad expresiva que integra el canto, la música, los ritmos y la danza. El *cuicatl*, el cuerpo, es el eje de la expresión y según los subgéneros expresivos que lo conforman, el lugar mismo de la asimilación memorial y más generalmente cognitiva de lo que se está expresando. La danza, en cualquiera de sus manifestaciones, permite una comunión entrañable con lo que se expresa mediante su asimilación “coreo-gráfica”.

Lo que, en otros “con-textos”, está contenido en el semantismo de la palabra, o de la imagen, se ve aquí “somatizado”, “digerido”, por la fibrosa y difusa dimensión del cuerpo, almacenado como reflejo culturalmente condicionado en una memoria corporal.

El concepto de “digestión”, aplicado al almacenamiento fisiológico-memorial de un relato, no es una simple metáfora. En efecto, numerosos son los

casos en que se permean los sistemas digestivos y genésicos en la mitología náhuatl. Recordemos tan sólo el nacimiento de Quetzalcóatl después de que su madre Chimalma hubiera tragado una cuenta de jade (*chalchihuitl*), o el papel ecológico que desempeña Tlazoltéotl, diosa-madre que come lo viejo y lo sucio y *pare* lo joven y lo limpio.<sup>12</sup>

El proceso de asimilación cognitiva de lo que constituye el saber en la cultura náhuatl no se limita a abstracciones conceptuales que se alojan en el cerebro sino que se extiende al ser total. La danza en todas sus formas es un medio de asimilación, de comunicación y de conservación mitoquinésica del acervo cultural indígena. Refiriéndose a la danza, Motolinía escribe:

En estas fiestas y bailes no sólo se llamaban y alababan a sus dioses con cantares de la boca, mas también con el corazón y con los sentidos del cuerpo, para lo cual tenían y usaban muchas maneras, así en los meneos de la cabeza, de los brazos y los pies como con todo el cuerpo trabajan de llamar y servir a los dioses por lo cual aquel trabajoso cuidado de levantar corazones y sus sentidos a sus demonios, y de servirles con todos los talentos del cuerpo.<sup>13</sup>

### **“Co-nacer” a un hecho mediante la danza**

En el contexto memorial indígena en el que el *sentir* es el elemento esencial de la cognición, el recuerdo, como lo expresa la etimología de la palabra castellana,<sup>14</sup> está estrechamente vinculado con la afectividad y la motricidad correspondiente. Los hechos y acontecimientos históricos o mitológicos se expresaban también de manera mitográfica a la vez que se buscaba “vivir” dichos acontecimientos y hechos en el presente palpable de una instancia “re-presentativa”. En este contexto, además de la actuación “teatro-ritual”, la sublimación gestual que constituye la danza permitía “co-incidir” con el hecho mediante una coreografía adecuada a la circunstancia. Como en el caso de la mitología y de la mitografía, pero aquí de manera quizá más entrañable, los danzantes más que conocer o dar a conocer el acontecimiento evocado, “co-nacían” y permitían “co-nacer” a lo que se representaba mediante una comunión psicomotriz con dicho acontecimiento.

<sup>12</sup> Cf. Johansson, “Lo bio-degradable y lo bio-agradable”, *Revista de la Universidad de México*, pp. 19-23.

<sup>13</sup> Motolinía, p. 386.

<sup>14</sup> El verbo “recordar” está vinculado con el corazón: *cor, cordis*.

Las fuentes refieren los lazos que se establecían entre mitología, mitografía y mitoquinesia. El relato mitológico correspondiente a la batalla que libraron los mexicas contra la gente de Colhuacan se expresó también en términos dancísticos:

Y vide afirmar, demás de haberlos visto en la pintura, que los de Colhuacan llevaban unos cestillos en las canoas, llenos de orejas de hombres, la cual victoria fue nombrada y tan celebrada de los de Colhuacan, que hasta el día de hoy la cantan en sus areitos y bailes y la solemnizan.<sup>15</sup>

Desgraciadamente no tenemos una descripción precisa del texto coreográfico correspondiente a esta etapa mítico-histórica de la Peregrinación de los aztecas.

La falta de información precisa sobre las modalidades dancísticas prehispánicas reduce considerablemente la posibilidad de emitir una hipótesis sustentable en cuanto a su semiología propia; sin embargo, el texto verbal que acompañaba el gesto o se fundía con él, en una sutil gramática transemiótica, puede a veces ayudarnos a aprehender el gesto más allá de la palabra, la frase, en su prosodia y sus ritmos.

Para ilustrar lo anterior analizaremos brevemente el canto *Mimixcoac incuic* relacionado precisamente con la lámina iv del *Códice Boturini* ya considerada en términos mitográficos.

#### 4.2. *Mimixcoac incuic*: “el canto de los mimixcoas”

A la pictografía que ostenta la lámina iv del *Códice Boturini* y al momento mítico que ilustra, corresponde el canto que aducimos a continuación, el cual evoca el momento en que se entregan las armas a los “migrantes” que vienen de *Aztlan* y se dirigen hacia el lugar donde se realizará el portento cratofánico y se edificará subsecuentemente el templo de México-Tenochtitlan. Dicho canto se encuentra en el *Códice Matritense del Palacio Real* y, huelga decirlo, totalmente aislado de la matriz mítico-ritual que le dio vida y justificaba su elocución.

<sup>15</sup> Durán II, p. 115.

<p><b>Mimixcoa incuic</b>  <i>Chicomoztoc quinevaqui</i>  <i>zan niaveponi zan in zan in teyomi</i></p> <p><i>Tzivactitlan quinevaqui</i>  <i>zan niaveponi zan in zan in teyomi</i></p> <p><i>O ya nitemoc o ya nitemoc</i>    <i>Aya</i>  <i>ica nitemoc notzivac iniuh</i>    <i>Aya</i>  <i>ica nitemoc notzivac iniuh</i>    <i>Aya</i></p> <p><i>O ya nitemoc o ya nitemoc</i>    <i>Aya</i>  <i>ica nitemoc nomatlavacal</i>  <i>ica nitemoc nomatlavacal</i></p> <p><i>niqui ima cui ni qui ima cui</i>    <i>Ihuiya</i>  <i>niqui ima cui ni qui ima cui</i>    <i>Ihuiya</i>  <i>ayo ima cuivui.</i><sup>16</sup></p>	<p><b>Glosas marginales</b>  -<i>Q.n. Chicomoztoc onivallevac. zaniaveponi ichichimecatlatol zaniaveponi zani zani teyomi.</i></p> <p>- <i>q.n. tzivactli in itlan onivallevac zani aveponi zani zani teyomi.</i></p> <p>-<i>Oyanitemoc q.n. onitemoc onitlacat ipan in notzivac miuh onitemoc ipan in notzivac miuh zan niman ipan nitlacat ica in notlavitol in nomiuh.</i></p> <p>-<i>q.n. Onitemoc onitlacat in ipan nomatlavacal zan niman ipan nitlacat.</i></p> <p>-<i>q.n. yn yancatlatol yc aania in chichimeca in chichimecatlatol.</i></p>
<p><b>Canto de los Mimixcoas</b></p> <p>Migrante de Chicomóztoc sólo me voy, florecen, sólo, sólo, los huesos del dios.</p> <p>Migrante de Tzivactitlan sólo me voy, florecen, sólo, sólo, los huesos del dios.</p> <p><i>O ya yo bajé o ya yo bajé</i>    <i>Aya</i>  <i>bajé con la flecha de mi cacto</i>    <i>Aya</i>  <i>bajé con la flecha de mi cacto</i>    <i>Aya</i></p> <p><i>O ya yo bajé o ya yo bajé</i>    <i>Aya</i>  <i>bajé con mi caja de red</i>  <i>bajé con mi caja de red</i></p> <p>de su mano los tomo, de su mano los tomo <i>Ihuiya</i>  de su mano los tomo, de su mano los tomo <i>Ihuiya</i></p>	<p><b>Glosas marginales</b></p> <p>-quiere decir: “yo vine de Chicomóztoc” <i>zan niaveponi</i>... es un habla chichimeca suya. “<i>zan aveponi</i>” <i>zan in zan in teyomi</i>.</p> <p>-quiere decir: “De junto al cacto vine” <i>Zani aveponi zan in zan in teyomi</i>.</p> <p>-“Yo bajé” quiere decir “bajé”, “nacé” con mi flecha de cacto, nacé con mi flecha de cacto, solamente nacé con mi arco y mi flecha”.</p> <p>-quiere decir: “bajé” “nacé con mi caja de red”, “luego con él nacé”.</p> <p>-su conjuro; con esto cazaban los chichimecas. Es habla de chichimecas.</p>

<sup>16</sup> Sahagún, *Primeros Memoriales*, fol. 276 v.

### 4.3. La correspondencia del canto con la lámina IV del Códice Boturini

El canto de los Mimixcoas parece estar estrechamente ligado al discurso pictográfico de la lámina IV. En efecto, el “migrante”, quien habla en primera persona en el contexto músico-dancístico en que se eleva el canto, podría ser el primer *teomama* (teóforo), en este caso Tezcacoácatl, el cual expresa el hecho de salir de Aztlan Colhuacan Chicomoztoc: *nīyahuh*, “me voy”.

La cabeza de colibrí dentro de cuyo pico aparece un rostro antropomorfo, representa al dios Huitzilopochtli, todavía en un estado óseo ya que está en su envoltura *teoquimilolli*. De sus labios salen volutas que expresan lo que puede estar diciendo pero también el hecho de “abrirse” o “florecer”:

*cueponi zan in zan in teyomi*

“florecen, sólo, sólo los huesos del dios”

El verso se repite con un cambio en el lugar. A Chicomóztoc sucede Tzihuacatlán que alude probablemente, de manera genérica, a las plantas espinosas del tipo *teocomitl* (biznagas) y *mizquitl* (mezquite), que se ven en la lámina.

Es probable que se repitieran varias veces los dos primeros renglones en un contexto músico-dancístico de elocución.

Las dos estrofas siguientes corresponden a la entrega de la flecha (*mitl*), la caja de red (*matlahuacalli*) y, si atendemos lo que expresan las notas marginales, al arco (*tlahuitolli*).

La última estrofa expresa lo que claramente se ve en la imagen: el mexica toma con la mano (*niquimacui*) el arco y la flecha.

En el canto, como en la imagen, se expresa el *nacimiento* del mexica provisto de los atributos de su razón de ser-mexica.

### 4.4 Más allá del verbo: la danza

El canto que analizamos aquí brevemente se bailaba en contextos cinérgicos como el de la fiesta *Quecholli*. Si el sentido de las palabras era importante, los ritmos y la coreografía producían un sentido sensible que se percibía mediante

la vista para los que asistían al acto ritual, y mediante una asimilación somática de lo que se expresaba, en lo que concierne a los danzantes. Como ya lo expresamos, es la danza y sus ritmos los que propiciaron la erosión fonética de ciertos vocablos que el informante considera como “palabras chichimecas”, ya que no las reconoce pero que son probablemente expresiones en náhuatl que se fueron ajustando a los determinismos rítmicos de la danza.

La interiorización somática del canto mediante la danza y la expresión gestual correspondiente son difíciles de imaginar. Las ocho sílabas de *Chicomoztoc quinevaqui* y de *tzivactitlan quinevaqui*, sintagmas situados en un riguroso paralelismo, debían corresponder a un mismo compás dancístico que enfatizara el aspecto vocativo-mágico de los topónimos.

Las palabras que se subordinan verbalmente a cada lugar revelan una línea melódica fuertemente ritmada. La prótasis *zan niaveponi* (cinco o seis) parece abrirse en una explosión vocal paroxística que se debe de haber expresado gestualmente. La apódosis *zan in zan in teyomi* deja entrever un ritmo de siete sílabas, siete golpes: sonidos de cascabeles *zan in zan in*, si consideramos que las aliteraciones en “z” pueden haber sido acompañadas de un ruido líquido de cascabeles y una percusión de *huehuetl* o *teponaztli*.

La ejecución dancística de estas dos primeras secuencias debe de haber expresado coreográficamente el misterio que constituye la “eclosión” cratofónica del dios a partir de sus cenizas.

Las dos estrofas siguientes que eran quizá tres en la versión original, si pensamos que se debe incluir el arco (*tlahuitolli*) mencionado por el informante, expresan una repetición “obsesiva” de *nitemoc*, “yo bajé” (o “nacé”), cuyo descenso vertiginoso debe haber sido expresado por la danza. Es probable que la atribución del objeto: la flecha, la caja de red y eventualmente el arco, haya sido enfatizada mediante un esquema dancístico específico.

El canto-danza acaba con la toma, el agarre, el “apoderamiento” de dichos instrumentos por el mexica. La repetición del sintagma verbal *niquimacui* culmina con un paroxismo vocal *ayo* antes de que se enuncie lo que parece ser una constatación *ima cuivui*.

Sin que podamos imaginar claramente las modalidades coreográficas que fueron las que conformaron gestualmente este *cuicatl*, su lectura revela esquemas rítmicos y sonoros que se tuvieron que expresar de manera motriz en la danza. A la vez que *daban a ver* lo que expresaban, los danzantes se compenetraban del canto y “co-nacían” mitoquinésicamente al hecho mitológico.

Un texto mitológico náhuatl era un templo así como lo eran su versiones mitográfica (códices), mitoquinésica (mediante la danza), y pétrea. El dinamismo de sus esquemas narrativos, y su formalización discursiva se impregnaban en el ser profundo de los antiguos nahuas y generaban, en un ámbito eidético, una “causalidad de la impresión”.

#### BIBLIOGRAFÍA DE LAS OBRAS CITADAS

- Cantares Mexicanos* (Ms. en náhuatl), manuscrito de la Biblioteca Nacional de México, México, 1994.
- Códice Aubin* (Ms. 85, Ms. 40), en Walter Lehmann y Gerd Kutscher, *Geschichte der Azteken*, Gebr. Mann Verlag, Berlín, 1981.
- Códice Boturini, Arqueología Mexicana*, 26, edición especial Códices, estudio de Patrick Johansson K., México, diciembre 2007.
- Códice Chimalpopoca (Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles)*, traducción del náhuatl de Primo Feliciano Velázquez, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 3ª ed., 1992.
- Códice Florentino* (Testimonios de los informantes de Sahagún). Facsímil elaborado por el Gobierno de la República Mexicana, Giunta Barbera, México, 1979.
- DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, Porrúa, México, 2 t., 1967.
- GARIBAY, Ángel María, *Veinte himnos sacros de los nahuas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958.
- JOHANSSON KERAUDREN, Patrick, “Tlazolteotl: lo bio-degradable y lo bio-agradable en el México antiguo”, *Revista de la Universidad de México*, 581, México, junio de 1999, pp. 19-23.
- , *La palabra, la imagen, y el manuscrito. Lecturas indígenas de un texto pictórico en el siglo XVI*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004-2007.
- , “El canto de Amimitl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 38, México, 2007, pp. 213-242.
- , “Mitología, Mitografía y Mitokinesia. Una secuencia narrativa de la Peregrinación de los aztecas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 39, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008, pp. 17-50.
- , “And the Flint Stone Became a Rabbit... The Creation of the South and the Origin of Time in the Aztec *Legend of the Suns*”, en “Das kulturelle gedächtnis

Mesoamerikas im kulturvergleich zum alten China. Rituale im Spiegel von Schrift und Mündlichkeit”, *Estudios Indiana*, 2, Daniel Graña-Behrens (ed.), Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, Berlin, 2009, pp. 77-99.

\_\_\_\_\_, Miccacuicatl. *Las exequias de los señores mexicas*, Primer Círculo, México, 2016.

LEHMANN, Walter y Gerd Kutscher, *Die Geschichte der Königreiche von Culhuacan und Mexico*, Verlag W. Kohlhammer, Berlin, 1974.

LÉVI-STRAUSS, Claude, *Anthropologie structurale*, Plon, Paris, 1974.

MOTOLINÍA, fray Toribio, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, E. O’Gorman (ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971.

SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Primeros memoriales*, edición facsímil, University of Oklahoma Press, Norman, 1993.

\_\_\_\_\_, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, México, 1989.

## EL IDIOMA ESPAÑOL EN INTERNET\*

---

José G. Moreno de Alba

La historia nos enseña que cuando surge una nueva tecnología, se generan diversos tipos de temores, entre los que sobresalen los de carácter lingüístico. La llegada de la imprenta en el siglo xv, por ejemplo, permitió que las traducciones vernáculas de la Biblia llegaran a miles de personas, atizando el fuego de la polémica, que continúa resonando en nuestros días, sobre el uso de las lenguas locales en lugares religiosos. Puede uno preguntarse, por tanto, si en estas primeras décadas del nuevo milenio, el internet, exitosamente presente en todo momento y en todo el mundo, precipitará una nueva era del lenguaje tecnológico o si con la globalización de la red perderá la creatividad lingüística. El tema que se me propone, “El idioma español en Internet”, es obviamente inabarcable en un curso completo, ya no digamos en los minutos que corresponden a mi intervención. Me limitaré, por tanto, a la enunciación de sólo dos aspectos, uno relativo al empleo del español en el correo electrónico y, otro, al papel que hoy por hoy juega la lengua española en el mundo del internet.

1. En la escuela elemental de mi juventud me enseñaron a escribir cartas. A lo largo de mi vida ha sido ése un tipo de conocimiento que me ha sido utilísimo. Espero que en la escuela de hoy se siga enseñando a escribir cartas. Sigue siendo una necesidad. Sin embargo convendría que también se enseñara a escribir mensajes en el correo electrónico. Y eso no sólo en una perspectiva plenamente tecnológica, indispensable ciertamente, sino también en lo que toca a la simple redacción. Debemos tener en cuenta que aunque hay evidentes semejanzas son

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 14 de junio de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

también notables las diferencias entre una carta y un correo electrónico. Este último ha sido definido de múltiples maneras. Algunos ejemplos: “un cruce entre una conversación y una carta”, “tan rápido como un telegrama y tan barato como un susurro”, “amalgama de sumario, telegrama y conversación”, “más rápido que una carta urgente, más barato que una llamada telefónica”, “extraña mezcla de escritura y habla”, etcétera.

Pero en definitiva, si se consideran todos los medios, el correo electrónico es algo diferente. Es, formal y funcionalmente, un medio singular. A pesar de ello, como en las viejas cartas, sigue exigiendo de quien lo escribe, corrección lingüística, ortografía, gramática. Los abundantes manuales de estilo de correos electrónico insisten en ello. En uno de ellos se anota: “Vigila tu ortografía, gramática y puntuación. Puedes estar seguro de que tus lectores lo notarán.” El tiempo que aparentemente se ahorra en no revisar la ortografía de un correo electrónico se multiplica en el tiempo que le lleva al lector descifrar las palabras mal escritas. La mala ortografía no sólo molesta y confunde, sino que también obliga al lector a cuestionar su credibilidad, pues hace parecer a quien la tiene torpe e incompetente. La mala puntuación puede impedir la comunicación. Así de grave es el asunto. Más importante aún es la coherencia del mensaje, si se tiene en cuenta la naturaleza dialógica propia del acto de comunicación de un correo electrónico. La principal prueba de que el intercambio existe es la frecuencia con que los mensajes de respuesta empiezan con el reconocimiento de que ha habido un mensaje previo. Casi siempre comienzan con aquello de “gracias por tu mensaje”. Para que se dé ese intercambio, esa comunicación, los textos deben ser redactados con coherencia. Mucho ayuda para ello la gramática.

Al paso del tiempo, el correo electrónico se ha convertido en un medio que representa un amplio abanico de estilos, que van del formal al informal, y donde la presión sobre los usuarios para demostrar consistencia estilística es cada día más fuerte, al igual que se exige en cualquier otra forma de escritura. Se trata sin duda no de una amenaza sino, mejor, de una oportunidad para el mejor aprendizaje de la lengua. Por ello creo que resulta indispensable que, en los planes de estudio de las primarias y secundarias de todo el mundo hispánico, se incorpore, con carácter obligatorio, el tema de la enseñanza del correo electrónico.

2. En un artículo del *New York Times* de 1996, titulado “World, Wide, Web: tres palabras inglesas”, Michael Specter escribía: “Si quieres sacar partido a internet, sólo hay una forma de hacerlo: aprender inglés”. Un año después, 1997, parecía darle la razón el primer gran estudio sobre las lenguas en internet, resultado de la iniciativa conjunta de la Internet Society y Alis Technologies. Se consultaron 3 239 páginas web; de ellas, el 82.3% (2 722) estaban en inglés. Muy lejos seguían el alemán (14), el japonés (101) y el francés (59). El español, con sólo 38 páginas (1.1%), ocupaba un modesto 5º lugar. El citado Specter reconocía que: “A medida que crezca la Red, variará el número de personas en ella que hablan, una tecnología fundamentalmente democrática.” Concluía, sin embargo, con las siguientes palabras: “Pero eso no tiene por qué ocurrir necesariamente pronto.”

Obviamente esa conclusión estaba equivocada. Ya hacia 1999 un estudio de Global Reach señalaba que las personas de habla no inglesa con acceso a internet habían pasado de 7 millones en 1995 a 135 millones y que el número de páginas web en lengua no inglesa era superior al de las páginas redactadas en inglés. Se hacían asimismo pronósticos de que, para 2002, menos del 50% de la Red sería en inglés. En efecto, si se consultan las estadísticas actuales más autorizadas sobre este asunto, como por ejemplo las que se contienen en Internet World Stats ([www.internetworldstats.com](http://www.internetworldstats.com)), hay datos verdaderamente sorprendentes. El cuadro que ofrece la lista de las diez lenguas más importantes en internet corresponde a datos del 31 de diciembre de 2009. El inglés, como era de esperarse, sigue ocupando el primer lugar, con 499.2 millones de usuarios; le sigue el chino, con 407.7. Al español le corresponde un importantísimo tercer lugar, con 139.8. Las lenguas siguientes son el japonés (96), el portugués (77.6), el alemán (72.3), el árabe (60.3), el francés (57), el ruso (45.3) y el coreano (37.5). A todas las otras lenguas del mundo corresponden 309.7 millones de usuarios. Es necesario aclarar que las diez lenguas más importantes tienen el 82.8% de usuarios; al resto de todas las demás lenguas toca apenas el 17.2 por ciento.

Los casi 140 millones de hispanohablantes que usan internet representan poco menos del 8% de todos los usuarios de la red en el mundo. Si se considera que la población total que habla español es de aproximadamente 411 millones de personas, resulta nada despreciable el dato de que más de la tercera parte usa internet. Otro dato de enorme importancia es el acelerado crecimiento de usuarios hispanohablantes de la red: entre 2000 y 2009 este crecimiento fue

nada menos que del orden de 670%. Ciertamente el crecimiento de la participación en otras lenguas fue mayor, como, por ejemplo, el del árabe (2 298%), el chino (1 162%), el ruso (924%) o el portugués (924%). Obviamente las lenguas con mayor penetración en la red tuvieron crecimiento menos impresionante: el japonés, sea por caso, que tiene una penetración de 76%, es decir 76 de cada 100 japoneses usa internet, tuvo un crecimiento, en el mismo periodo, de apenas 103 por ciento.

No faltará quien piensa que no se justifica este moderado optimismo en relación con el buen tercer lugar del español en internet, dado que corresponde simplemente a la importancia que el español tiene por el número de hablantes. En efecto, según las más recientes estadísticas de Ethnologue, el español, con 329 millones de hablantes, ha desplazado al tercer lugar al inglés (328), por lo que ha quedado en el segundo, sólo atrás de las diversas lenguas que conocemos con el nombre genérico de chino (1 213). Su tercer lugar en internet está, por tanto, en consonancia con el 2° o 3° que ocupa entre las lenguas del mundo. No. La cosa no es así de sencilla. Si así fuera, hay lenguas que, por su gran cantidad de hablantes, deberían estar en los primeros lugares de la lista de lenguas que usan internet. Van algunos ejemplos: el hindi de la India ocupa el 5° lugar entre las lenguas con mayor número de hablantes en el mundo, con 182 millones. Sin embargo, no aparece entre las 10 lenguas con mayor uso en la red, lo que quiere decir que los hablantes de hindi que emplean internet no llegan siquiera a los 30 millones. Algo semejante puede decirse del bengalí de Bangladesh (181 millones de hablantes) o el javanés de Indonesia (85). En pocas palabras: de 100 personas que hablan alemán, al menos 70 usan internet. Por lo contrario, es probable que, de 100 personas que hablan bengalí, no lleguen siquiera a 10 las que emplean la red. Vuelvo al español: no menos de 34 de cada 100 hispanohablantes emplea internet. Es un buen promedio. Téngase en cuenta, además, que las cifras suben muy rápidamente. No es nada aventurado decir que, dentro de poco tiempo, la mitad de los que hablamos español empleemos la red. En definitiva, no sólo el inglés, también el español es una lengua cada día más útil y necesaria para navegar en internet. No tengo tiempo para detenerme a explicar los efectos económicos que eso tiene. Son, sin embargo, fácilmente imaginables.

En la primera parte de esta comunicación, a manera de ponencia, sugerí que se enseñara en la escuela a redactar correos electrónicos. En relación con esta segunda parte, me gustaría insistir en la necesidad de fortalecer la presen-

cia del español en el mundo. Muy bien hace el Instituto Cervantes en organizar congresos internacionales sobre la lengua española que tienen contenido predominantemente político. Muy bien hacen las academias de la lengua en garantizar la unidad de la lengua española. Eso la fortalece. Creo que estas saludables acciones deberían reproducirse por medio de intervenciones de los estados con medidas que ayuden al español a conservarse en el magnífico lugar que ocupa entre las lenguas del mundo, no sólo por su número de hablantes sino también porque se trata de un excelente instrumento para la transmisión de todo tipo de cultura, la tecnológica incluida.



# EL ESPAÑOL DANZA AL RITMO DEL LATÍN\*

Tarsicio Herrera Zapién

Un día llegó a caer en nuestra Academia Mexicana de la Lengua el librito de Dante Medina titulado: *¿LATINO YO? NO. YO SOY ITALICO. El español no viene del latín.*<sup>1</sup>

Comenté el tema con don Felipe Garrido, quien prefería no hacer caso a tal ocurrencia. Yo le dije que iba a ver qué argumentos en contra de nuestra dependencia del latín presenta el texto de don Dante Medina, el cual incluye algunas palabras latinas para desafiar el vocabulario del lector en esa lengua clásica. Y dice: “Yo soy un **vir** sin **uxor** pero sí con un **feles** cariñoso, y con un **accipites** y un **testudo** de mascotas”, etcétera.

Pues yo no titubeo ante ese texto: yo veo claro que **vir** da lugar al adjetivo “viril”; **uxor** origina el adjetivo “uxoricida”; **feles** da lugar a “felino”; y **testudo** da lugar a “testudíneo”, propio de la tortuga. Sólo el término **accipites** tuve que buscarlo en el diccionario, y vi que Medina lo anotó equivocado: debía decir **accipiter**. Sólo acertó en que, cuando leyó el libro *Le français ne vient pas du latin*, de Yves Cortez, comprobó que el francés, en lo fonético, está más lejos del latín que el español. Si alguien dice en latín: *Dona mihi parum aquae*, en español sonará: “Dame un poco de agua”. Pero en francés dirá: *Donnez moi un peu d'eau.*<sup>2</sup> Pero tiene razón don Felipe. Parece extraño que alguien dude del origen latino del español, cuando nuestra lengua abunda en sustantivos idénticos a los respectivos latinos. Anoto unos cuantos: *rosa, casa, uva, musa, causa, culpa, fama, gloria*,

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 28 de junio de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

<sup>1</sup> Ediciones Isla Varia, Granada, 2010.

<sup>2</sup> Yves Cortez, *Le Français ne vient pas du latin*, L'Harmattan, París, 2007.

*charta, planta, vacca; animu-, campu-, studiu-, muru-, aedificiu-, gallu-, choru-; amor, labor, tenor, vigor, ardor, rigor, timor, sol, sal, pöema, dramma, etcétera.*

Muchos adjetivos españoles también son muy semejantes en latín (hecho que también le pasa al italiano): *altu-, alta; dignu-, digna; magnu-, magna; claru-, clara, etcétera.*

El español refleja muchas formas verbales latinas (como también lo hace el italiano): *amo, amas, amat, amamus, amatis, amant.* Así como: *dico, dicis, dicit, dicimus, dicitis, dicunt, etcétera.*

El español conserva varios pronombres latinos: *tu, nos, se, vos.*

Y muchas preposiciones como: *a, ante, de, contra, extra.*

Y adverbios como *etcétera, a priori, a fortiori.*

## LA DIFÍCIL FACILIDAD

Una buena demostración del origen latino del español son los textos bilingües. Sor Juana, en su villancico 252,<sup>3</sup> nos hace caer en la sorpresa por haber creado once cuartetas compuestas todas de *versos bilingües* que son todos al mismo tiempo latinos y castellanos. ¿Sería posible escribir un poema de más de cien palabras españolas que sean al mismo tiempo latinas, si el español no fuera hijo legítimo del latín?

Empiezan así:

*Divina Maria, / rubicunda Aurora,  
matutina lux, / purissima Rosa.  
Luna quae diversas / ilustrando zonas,  
peregrina luces, / eclipses ignoras...  
Vive, triumpha tranquilla / quando te adorant  
Seraphines cantando / perpetuas glorias...*

Una hazaña similar a la de sor Juana ya había sido realizada, desde el siglo xvi, por el padre de Garcilaso de la Vega [embajador de España ante el papa], en un texto que comienza así:

<sup>3</sup> Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, edición crítica de A. Méndez Plancarte, t. II, Fondo de Cultura Económica, México, 1952. (Cito siempre por esa edición.)

*Presenta tú, Francia, et da tales campos, valles, tantas bestias feras et domesticas, tales et tam excelentes caballos, vaccas, aves, carnes, lanas, panes et uvas, tantas plantas tam odoríferas et medicinales, tales arbores tam diversas et tam fructuosas, tantos mineros et diversos minerales, tantas salinas et tam abundantes, et tantas et diversas perfecciones...<sup>4</sup>*

Un siglo después de sor Juana, un joven italiano, Mattia Butturini, había realizado una faena similar en once endecasílabos idénticos del italiano al latín. Suenan así:

*Te saluto, alma dea, dea generosa,  
O gloria nostra, o veneta Regina!  
In procelloso turbine funesto  
tu regnasti serena; mille membra  
intrepida protrasti in pugna acerba.<sup>5</sup>*

El suscrito, por su parte, ya escribió tres cuartetas igualmente bilingües hispano latinas, de este tenor:

*Quando cantas, quando suspiras,  
tu suscitas vivos amores.  
Dulce mente applicas dolores  
quando pulsas canoras lyras.  
Tu, evitando torvos errores  
intra muros occultas iras;  
attenuando radiantes flores,  
lunas fulgidas lente gyras.  
Inclusive serena mente  
tu causas vivas emotiones.  
Tu me exaltas immensa mente  
elevando etereas cantiones.*

<sup>4</sup> Carlos Prieto, *Cinco mil años de palabras*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 76. Tomado de Antonio Alatorre, *Los 1001 años de la lengua española*, 3a. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 293.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 163.

Ahora bien, de la similitud entre los vocablos latinos y los españoles, surgirá el humorismo con *equivocos que desorientan* al oyente.

Un latinista dice a otro: ¿Qué significa: *Da mihi animas. Cetera tolle?* (Ése es el lema de san Juan Bosco: “Dame almas. Deja lo demás”.) Dice el segundo: —*Da mihi animas. Cetera tolle?* ¡Ah, sí! —Dime: ¿Te animas a echarte un atole?

Luego, entre españoles, un humanista suelta con su típico ceceo, este dicho: —*Necessitas caret lege.*

Otro le contesta: ¿Eso quiere decir: “La necesidad tiene cara de hereje”?

—Nada de eso, aclara el primero; es: “La necesidad carece de ley”.

Pero el segundo pasa al humor de *equivocos por exageración*. Y le contraataca soltando luego este latinismo: *Mater tua mala burra est.*

Protesta el primero: —¿Por qué te desbocas diciéndome: “Tu madre es una mala burra”?

Mas le aclara el segundo: —Nada de eso. Es: “Tu madre come manzanas rojas” (*burrus, burra* es rojo).

Ya se va viendo que, en el abolengo del latín, es peculiar la tendencia al humorismo. Y éste surge porque en latín se han escrito notables obras de muchos temas: de jurisprudencia, de filosofía, de materias médicas, de religión, y hasta de poesía goliárdica, la cual abunda en rasgos amenos.

## CONFUSIONES LATINAS

Por cierto que en el humorismo abundan los *equivocos por desorientación* causada al oyente. Así, en *El periquillo sarniento*, el protagonista comenta que él se había aprendido en la escuela algunos equivoquillos como: *Non est peccatum mortale occidere patrem suum.*

Aquí no hay que entender: “No es un pecado mortal matar a su propio padre”. Porque en realidad la frase dice: “No es un pecado mortal matar al padre de los puercos”. *Suum* viene de *sus, suis*, puercos.

La propia sor Juana, quien había aprendido latín en sólo veinte lecciones, aunque no dejó de practicarlos toda la vida, es muy afecta a los *equivocos* latinos por desorientación.

Así sor Juana, en su villancico 241 para la fiesta del redentor (o sea rescatador) de los cruzados cautivos, san Pedro Nolasco, hace entonar versículos a un maestro. Y hace que un alumno distraído se equivoque una y otra vez

con las palabras parecidas, esas que en francés se llaman *faux amis*, y en inglés, *false friends*:

—*Hodie Nolascus divinus / in caelis est collocatus.*

Esto es: “Hoy el Nolasco divino / fue en los cielos colocado”.

Y un alumno distraído le replica: —*Hodie Nolascus divinus...?*

“Yo no tengo asco del vino; / antes muero por tragarlo”. Sigue el maestro:

—*Uno mortuo redemptore, / alter est redemptor natus.* Traduzco: “Aunque ha muerto un Redentor, / hay otro redentor nato”.

Y le replica de nuevo el alumno:

—*Yo natas buenas bien como; / que no he visto buenos natos.*

Continúa el maestro:

—*Omnibus fuit Salvatoris / ista perfectior imago.*

Interpreto: “Fue a todos del Salvador / una más perfecta imagen”.

Contesta el mal alumno:

—*Mago no soy, voto a tal; / que en mi vida lo he estudiado.*

El maestro:

—*Amice, tace, nam ego / non utor sermone hispano.*

Traduzco: “Amigo, calla, pues yo / no uso del lenguaje hispano”.

Replica el alumno: —*Non ego... sermone...? ¡Ah!*

“¿Que te aniegas en sermones? / Pues no vengas a escucharlos”.

Concluye el maestro:

—*Nescio quid nunc mihi dicis, / nec quid vis dicere capio.*

Vierito: “No sé qué ahora me dices / no qué decir quieres capto”.

Y remata el alumno:

—*Necio será él y su alma, / que yo soy un hombre honrado.*

### TRADICIÓN HISPANA DE EQUÍVOCOS

Claro que no toda la latinidad de sor Juana es invento suyo. Ella sabe evocar sus lecturas de poetas populares hispanos. Así, había leído en la cuerda popular de Góngora esta letrilla de humorismo por desorientación:

Lo que exponen mis hermanos / los más doctos sacristanes  
con el *dimisit inanes* / que perdonó a los enanos.

A su vez, el canónigo villanciquero León Marchante había escrito una *Letrilla de Navidad* en que un pastor dice:

Cuando el Niño está llorando, / *tace, tace, amicus meus.*

Y otro le contesta:

—¿Para qué quiero yo tazas / cuando el Niño hace pucheros?

### *La latinidad macarrónica*

Ahora veremos una breve muestra de otra latinidad de sor Juana que se ha llamado macarrónica por haber sido sazonada con condimentos populares, como los macarrones. Ejercita un humorismo basado en *equivocos chuscos*. Varias veces, el latín macarrónico mezcla palabras y giros populares dentro de frases elegantes. Así pasa en el villancico 258:

Ut omnes dicant quod mereor / esse per optimos cascos

Dominus sacristanorum / monigotorum praelatus.

Porque digan que merezco / ser por mis muy buenos cascos

Señor de los sacristanes, / de monigotes prelado.

Este pasaje nos recuerda los versos de don Manuel Ponce al beato Sebastián de Aparicio: “Príncipe de carreteros / y emperador del silbido”. Yo, en latín macarrónico, lo diría:

*Princeps carpentariorum, / imperator sibilatum.*<sup>6</sup>

### *Polémica latina entre rectores*

Ahora bien, causó sorpresa que un ex rector de la UNAM, don Genaro Fernández Mac Gregor (lo fue del 45 al 46) se haya atrevido a tildar los versos más familiares del latín de sor Juana (en *El Universal*, 5-III-45) de “algo peor que deplorables”, y de escritos “en un latín decadente y trivial”.

Pero, ya para entonces, hacía seis años que, en 1939, otros dos ex rectores de la misma UNAM, Balbino Dávalos y Mariano Silva y Aceves, habían fun-

<sup>6</sup> Manuel Ponce, *Poesía (1940-1984)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1988.

dado la carrera de Letras Clásicas, en la cual se estaban ya formando quienes podían valorar tanto los latinismos de sor Juana como las cinco frases célebres latinas que aparecen en el prólogo de *Don Quijote* y los latines de cualquier otro texto.

Don Genaro se refería a estrofas de sor Juana como ésta dedicada a san Pedro en 1677 (número 245):

*Qui effuso sanguine proprio / maculam deterisit illam  
qua surgentis moenia Romae / manus polluit fratricida.*

Alfonso Méndez Plancarte la traduce:

El que con su propia sangre / limpió la mácula antigua  
con que a la Roma naciente / manchó mano fratricida.

Y entonces, Méndez Plancarte elogia la luciente latinidad de dicha estrofa, “inspirada [...] en la Homilía de San León al nuevo fundador de Roma, que la consagró más eterna y alta”.<sup>7</sup> Así se ve qué oportuna resultó la fundación de la carrera de Letras Clásicas, para poder demostrar que ninguna de las estrofas latinas de sor Juana puede ser calificada de “algo peor que deplorable”.

Más bien, Fernández Mac Gregor se ha ganado este epigrama:

Cuando Genaro Fernández / apellida deplorables  
los versos más admirables / de Inés, a él le quedan grandes.

### *Una página de Carmina Burana*

Alguien podría creer que los poemas en latín medieval, muchos de ellos rima-dos, han quedado ya en el olvido.

Pero qué sorpresa se llevará quien tal crea, al enterarse de que la partitura sinfónico coral más aplaudida del siglo xx (y de lo que va del xxi) ha sido justamente una colección de coros medievales [que encontró Joannes Andreas Schmeller] en el monasterio de Beuren, en Baviera. Son los *Carmina Burana*, o

<sup>7</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *Crítica de críticas sorjuanianas*, IMC, Toluca, 1982, p. 120.

sea “Poemas de Beuren”. De allí salió toda una cantata de Michael Hofmann musicalizada por la garra de Carl Orff.

Es muy famoso su coro inicial:

*O Fortuna, velut luna, / statu variabilis.*

Pero su sección más aplaudida es el coro universal de los bebedores, compuesto a base de dímetros trocaicos, que nos suenan como octosílabos castellanos. Además, van rimados en pareados.

Yo he traducido todo ese coro en sus 14 cuartetas pareadas, y lo entono seguidamente en latín y en mi versión española, mostrando que sólo se reflejan ceñidos medio ciento de versos latinos en español, por ser sus derivados. Tal lo han reconocido nuestros oyentes.

#### POTATORUM CHORUS

*In taberna quando sumus / non curamus quid sit humus,  
Sed ad ludum properamus / cui semper insudamus.  
Quid agatur in taberna, / ubi nummus est pincerna,  
hoc est opus ut quaeratur; / si quid loquar, audiatur (BIS).*

*Quidam ludunt, quidam bibunt, / quidam indiscrete bibunt.  
Sed in ludo qui morantur / ex his quidam denudantur.  
Quidam ibi vestiuntur, / quidam saccis induuntur.  
Ibi nullus timet mortem, / sed pro Baccho mittunt sortem (BIS).*

*Primo pro nummata vini: / Ex hac bibunt libertini:  
semel bibunt pro captivis, / post haec bibunt ter pro vivis.  
Quater pro christianis cunctis, / quinquies pro fidelibus defunctis;  
sexies pro sororibus vanis, / septies pro militibus silvanis;*

*octies pro fratribus perversis, / nonies pro monachis dispersis,  
decies pro navigantibus, / undecies pro discordantibus,  
duodecies pro paenitentibus, / tredecies pro iter agentibus.  
Tam pro papa quam pro rege / bibunt omnes sine lege.*

*Bibit hera, bibit herus, / bibit miles, bibit clerus,  
bibit ille, bibit illa, / bibit servus cum ancilla.  
Bibit velox, bibit piger, / bibit albus, bibit niger,  
bibit constans, bibit vagus, / bibit rudis, bibit magus.*

*Bibit pauper et aegrotus, / bibit exul et ignotus,  
bibit puer, bibit canus, / bibit praesul et decanus.  
Bibit soror, bibit frater, / bibit anus, bibit mater;  
bibit ista, bibit ille, / bibunt centum, bibunt mille.*

*Parum sexcentae nummatae / durant cum immoderate  
bibunt omnes sine meta. / Quamvis bibant mente laeta.  
Sic nos rodunt omnes gentes / et sic erimus egentes.  
Qui nos rodunt confundantur / et cum justis non scribantur.*

#### CORO DE LOS BEBEDORES

Si a la taberna acudimos, / hacia el suelo nunca vimos  
sino al juego nos lanzamos / por el cual siempre sudamos.  
Qué en el mesón nos divierta, / donde abre el oro la puerta,  
hace bien quien lo investiga / y que escucha qué yo diga (BIS).

Unos juegan, otros beben, / a uno y otro hay quien se atreve.  
Y hay a quien lo ha demorado / el juego, y lo han desnudado.  
Unos allí son vestidos, / y otros de sacos ceñidos.  
Nadie allí teme a la muerte, / mas por Baco echa la suerte (BIS).

Primero por quien da el vino / bebe el libre o el libertino:  
una vez por los cautivos, / y tres después por los vivos;  
cuatro por los buenos juntos, / cinco por los fieles ya difuntos;  
seis por las hermanas no vestales, / siete por los guardias forestales,

ocho por los fieles perversos, / nueve por los frailes ya dispersos,  
diez veces por los navegantes, / once por los litigantes,

doce por los penitentes, / trece por los caminantes.  
Por el papa y por el rey / todos beben sin más ley.

Beben amada y amado, / bebe el clero y el soldado,  
bebe él y bebe ella, / bebe el siervo y la doncella.  
Bebe el veloz, bebe el tardo, / bebe el blanco, bebe el pardo,  
bebe el quieto, / bebe el vago, / bebe el rudo, bebe el mago

Bebe el pobre y el lisiado, / el extraño, el desterrado,  
bebe el niño, bebe el cano, / bebe el noble y el decano.  
Bebe el hermano y la hermana, / bebe la madre y la anciana,  
bebe aquélla y bebe aquél, / beben cien y mil con él.

Poco, seiscientos ducados / duran, cuando desbocados,  
beben todos sin reposo. / Aunque ellos beban gozosos,  
nos roen todas las gentes / y nos harán indigentes.  
Quien nos roe, confundido / sea, y no a justos unido.

Así he calcado los cincuenta y ocho versos latinos del *Coro de los bebedores* en otros tantos versos hispanos, por la similitud entre ambas lenguas. Porque el español, con todas las lenguas romances, es hijo legítimo del latín.

## LETANÍA\*

---

Adolfo Castañón

Atiendo en la oscuridad  
la cadencia silenciosa  
de una vela  
Ante mis ojos el fuego crece  
La llama se eleva  
hasta el techo  
Sus formas fluidas  
se alimentan del mirar  
Miro al espejo el fuego de mis ojos  
Y tú preguntas:  
¿quién me está mirando?

Soy la llama de una vela  
que alguien mira en su mirar

Soy el eco de unos pasos  
que alguien oye en su andar

Soy la respiración inaudita  
de alguien que me respira

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 9 de agosto de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

La inspiración intacta  
de alguien que me ama con su caricia

Soy la hora de un péndulo  
que no se encuentra en ningún mapa

Soy la chispa de una llama  
una vela encendida  
entre parpadeos

Soy la palabra impresa en letra diminuta  
al pie de un contrato imposible

Soy la letra de un himno olvidado  
entre monedas sin curso

Soy la canción que hace bailar al oso  
que nos acompaña a hurtadillas

Soy el tambor de los desfiles  
(pequeños) de las patrias en extinción

Soy las trompetas que se aclaran la voz  
en las mañanas de bronce

Soy el arco del puente  
tendido sobre estas dos sillas

Soy la espuma espontánea y matutina

Soy lluvia de erratas y viento de vanidad

Soy la luna afortunada  
que ilumina en la noche  
los senos escolares

Soy el beso voraz de tu silencio

Soy el sueño que sube y baja sobre la tierra

Soy la necesidad que en la noche  
te despierta a patadas exigiendo una palabra

Soy el humo del cigarro que se fuma

Soy la miga del pan que te devora

Soy el blanco de mi propio salchichón

Soy el pan de mi molino

Soy la perra verdad que me espera en casa  
para mover al último la cola

Soy la mariposa olvidadiza que alguna vez fue jardín

Soy la ceniza de un árbol que se columpia  
entre las sílabas

Soy el vestigio de la superstición que recuerda  
la costumbre de la segunda naturaleza descuidada

Soy natura naturata  
natura naturans  
*nature negligé*

Soy el turulato nacido  
que no sabe dónde vive

Soy el distraído que se va con cualquiera

Soy el lector adicto  
a todos los periódicos del mundo

Soy la tijera y el señor de las tijeras

Soy el cuaderno y el recorte del periódico

Soy la noticia curiosa

Soy la falsa alarma

Soy el ruido del radio que repite las noticias y los comerciales

Soy la impávida red y la árida TV

Soy todos y cada uno de los prisioneros  
islámicos árabes de Guantánamo

Soy los versículos de su *Corán*

Soy el guatemalteco que se muere sin papeles  
en la tierra de la esperanza sin papeles

Soy el niño Índigo abierto a todos los marcianos

Soy el salmón que produce cáncer a los que no fuman

Soy el ganso torturado en su hígado para tu placer

Soy la marrana estéril que anda suelta por los archivos

Soy el estómago de la foca que  
conserva vivos los peces  
para que los pueda vomitar sobre su cría

Soy la energía negra que alimenta al universo

Soy la estrella cien veces más grande que el sol

Soy el guardarropa del Príncipe de Ligne

Soy Régulo, el legionario romano  
a quien le arrancaron los párpados  
para que nunca dejara de ver el sol

Soy el ojo de Turner y soy el ojo de Van Gogh

Soy los helechos de Gauguin y los insomnios de  
Kupka, Mondrian y Pollock

Soy el blues del jazz del tango

Soy la voz castrada del Menonita

Soy la campana de cristal

Soy la *baguette* amada por la panadera

Soy el horno enamorado de la garganta de la panadera

Soy la perla que le faltaba en la oreja  
a la muchacha que le faltaba pintar

Soy la ley de la hospitalidad

Soy Inmaculada y soy la Mancha del Hidalgo

Soy tres veces Anselmo y todas sus pruebas

Soy la pirámide que oculta el fuego  
en cada uno de los peldaños

de esta pirámide de palabras encendidas como velas  
por el mirar de un eco  
que se transmite de maestro a discípulo

Soy el amor girando en redondo

Soy zig-zag  
haciéndome cenizas en el fuego

Soy la danza y sus caleidoscopios

Soy el vino y sus aromas

Soy la carne y su vino

Soy el caracol del Soconusco

Soy la concha habanera

Soy las manos cercenadas del Che

Soy el primero y el segundo plato

Soy grano de sal

Soy el precio que no se paga

Soy el lecho enamorado del río

Soy la edad palpitante de las arterias

Soy el espíritu caótico de la enumeración

# CHOCOLATE: RESCATE DE UN NAHUATLISMO\*

Ascensión Hernández Triviño

## INTRODUCCIÓN

La palabra *chocolate*, que designa la bebida más famosa del Nuevo Mundo, está rodeada de un enigma.<sup>1</sup> Se discute su etimología y origen y no aparece en ningún texto o fuente hasta el final del siglo xvi, concretamente hasta la década de 1570. Antes siguió usándose el vocablo náhuatl *cacáhoatl* (agua de cacao), a veces en composición con otras palabras, para definir las muchas clases de bebidas que se hacían con el famoso fruto. Se han dado muchas etimologías, algunas verdaderamente pintorescas y nada convincentes; otras más acertadas. Entre éstas se puede incluir la del *Diccionario* de la Real Academia Española (2001), que es la siguiente: “Chocolate. De etim. obsc; cf. nahua *chocóatl*, de *xócoc*, amargo y *atl*, agua. Pasta hecha con cacao y azúcar molidos, a la que generalmente se añade canela o vainilla. // 2 Bebida que se hace esta pasta desleída y cocida en agua o en leche.” Similar es la definición del reciente *Diccionario de americanismos* publicado por la Asociación de Academias de la Lengua Española, 2011, que dice así: “Chocolate. Del náhuatl *xocoatl*, de *xococ*, ácido y *atl*, agua.”<sup>2</sup>

\* Lectura estatutaria en la sesión ordinaria del 25 de octubre de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

<sup>1</sup> Una primera versión de este trabajo fue presentada en las *Jornadas Filológicas*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 9 de octubre de 2012. Quiero agradecer a los participantes de las *Jornadas* sus observaciones. Asimismo, agradezco a Bárbara Cifuentes y a Miguel León-Portilla los comentarios de una lectura final, puntual y esmerada.

<sup>2</sup> Respeto la grafía de la palabra *xocóatl* con o sin acento según aparece en los textos consultados. En los autores anteriores al siglo xviii está sin acentuar, pero en algunos casos utilizo una edición moderna y las palabras aparecen acentuadas.

El primer registro que de ella tenemos se debe al protomédico de las Indias Francisco Hernández (1517-1587), quien habla de la bebida *chocóllatl* como “de gran provecho para tísicos, consumidos y extenuados”. He aquí el primer testimonio de la palabra que antecedió al nahuatlismo *chocolate*, objeto de este estudio. Hernández la registra en su *Historia natural de la Nueva España*, obra elaborada cuando Felipe II (1527-1598) le encargó la misión de “ir a hacer las cosas naturales de nuestras Indias”. El protomédico viajó por la región central de México durante cinco años, de 1570 a 1575 y recogió una extensa información botánica y zoológica con perspectiva médica y farmacológica, a tal grado que su obra se considera uno de los mayores logros científicos del Renacimiento.<sup>3</sup>

En este trabajo trataré de explorar el origen y significado de la palabra *chocóllatl*, es decir, de ahondar en su etimología hasta llegar al étimo, la voz náhuatl *xocoatl* (agua ácida o amarga), de *xococ* (cosa agra) y *atl* (agua), según Alonso de Molina (1510-1571) registra este vocablo en sus *Vocabularios* de 1555 y 1571. Trataré de probar esta propuesta a partir de la información que sobre ella existe en las fuentes históricas, los vocabularios y glosarios del XIX y del XX, y, en menor medida, en los datos contenidos en estudios recientes de lingüística histórica y de arqueología. Mi trabajo, de índole filológica, se centrará en la descripción que del cacao y del *chocóllatl* se encuentra en Hernández y en otras fuentes contemporáneas de él, en particular de los médicos mexicanos de fines del XVI. Asimismo tendré en cuenta el uso del vocablo por los historiadores a partir del jesuita José de Acosta (1540-1600). En diacronía, podemos ver en el uso de la palabra *chocóllatl* una tradición que corre entre los historiadores y cronistas de Indias. Adelantaré que esta tradición se opacó cuando los eruditos del siglo XIX comenzaron a buscar la etimología de numerosos indigenismos desde una perspectiva lingüística, entre ellos *chocolate*. Finalmente correspondió a

<sup>3</sup> Francisco Hernández es considerado el “Dioscórides del nuevo Mundo”. Una parte de sus papeles se publicó en Roma, por la Accademia dei Lincei en 1648. La publicación se conoce como “edición romana”. Otra parte se publicó en Madrid en 1790 y se conoce como “edición madrileña”. Finalmente la UNAM reunió las dos ediciones en los volúmenes II y III de las *Obras completas* del protomédico con el título de *Historia natural de la Nueva España* en 1958. Ésta puede llamarse “edición mexicana”, y se hizo entre 1958 y 1985, en 7 volúmenes. En la edición colaboraron los universitarios más destacados del momento. En el tomo I se publicó una extensa biografía del protomédico elaborada por el doctor Germán Somolinos D’Ardois. Una síntesis de su obra en Ascensión H. de León-Portilla, “Introducción” a *Antigüedades de la Nueva España*, de Francisco Hernández, 1986.

Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) recuperar la citada tradición al recoger la información filológica de las fuentes y volver al término *chocólatl*. Posiblemente fue él quien remitió a la Real Academia Española esta etimología, y así aparece en la duodécima edición del *Diccionario* (1884).

Ahora bien, antes de que viniera a México Francisco Hernández, el cacao era ya la bebida más noble y apreciada de grandes zonas de Mesoamérica y su uso se remonta, según los arqueólogos, a la época olmeca. Necesario es hacer una breve recordación de esta etapa y del esplendor que la bebida alcanzó en la época clásica y en el posclásico, en el imperio mexica, cuando se tomaba como *cacáhuatl* (agua de cacao) entre los *pipiltin* (nobles) y los *pochteca* (comerciantes prósperos). Es éste precisamente el momento en el que el cacao y su bebida fue dada a conocer en el Viejo Mundo a través de los impresos de los cronistas de Indias y causó admiración. Poco después, a fines del xvi, llega a España el chocolate, bebida de cacao y maíz con muchos saborizantes, generada en la Nueva España. Al popularizarse el uso del cacao, la bebida fue sometida a un análisis médico riguroso según la teoría de los humores, del cual salió airosa. Para terminar, aludiré a la difusión del chocolate en Europa, a su triunfo en el Viejo Mundo como la bebida del Barroco y a su valor como golosina y encanto en el mundo moderno. Espero que este ensayo pueda dar alguna luz a los interesados en el origen de la palabra *chocolate* y, de esta manera, enriquecer los estudios lingüísticos y lexicográficos sobre el tema con una perspectiva filológica e histórica.

#### LO QUE SABEMOS DE LA PALABRA

Lo que sabemos sobre la palabra está en las fuentes históricas novohispanas y en los estudios de los siglos xix y xx. Respecto de las fuentes, la primera y más importante es, como se ha dicho, la *Historia natural* de Francisco Hernández, concretamente el libro sexto, en el cual el protomédico trata del árbol del cacao, el *cacahoaquáhuatl* y de las bebidas que se elaboraban con el fruto de él. Una de ellas es, precisamente, el *chocóllatl*, con granos de cacao y *póchohtl* en igual cantidad y de ella dice que “es muy provechosa para tísicos, consumidos y extenuados”. Poco después aparece ya transformada en *chocolate* en documentos de Oaxaca, Chiapas y Guatemala y la bebida pasa a ser objeto de estudio de varios médicos, en especial de Juan de Cárdenas (1563-1609) en su obra *Problemas*

y *secretos maravillosos de las Indias*, de 1593. Con este nombre la usó el jesuita José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*, publicada en Sevilla en 1590. Acosta dice que el chocolate “es un brebaje hecho de cacao que es cosa loca lo que en aquella tierra le precian”. Y añade: “es la bebida preciada y con que convidan a los que llegan los indios y los españoles, y más las españolas hechas a la tierra, se mueren por el negro chocolate” (libro 4, cap. 22).

Con Acosta, la palabra pasó a ser un término presente en la tradición historiográfica. La encontramos en el cronista fray Agustín Dávila Padilla (1562-1604), *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México*, de 1596, y en fray Juan de Torquemada (1557-1624), *Monarquía indiana*, 1616. La usa también Antonio de Solís (1610-1686) en su *Historia de la conquista de México*, publicada en Madrid en 1684. En ella, afirma su autor que “al acabar de comer se tomaba ordinariamente un género de chocolate a su modo en el que iba la substancia del cacao batida con el molinillo hasta llenar la xicara de mas espuma que liquor” (libro 3, cap. 15). Finalmente, Francisco Xavier Clavigero (1731-1787), en su *Historia antigua de México* (1826), afirma que, después del maíz, el grano más importante era el cacao, del cual hacían una bebida llamada *chocolatl*. Reproduce la receta inspirada en Hernández y afirma que “esta bebida es el origen del famoso chocolate que con el nombre y los instrumentos para su elaboración han adaptado todas las naciones cultas de Europa”.<sup>4</sup>

En estos y otros historiadores se refleja la consolidación del uso del término que había acuñado Hernández, al grado que puede decirse que hay una “tradición historiográfica” de uso de la palabra. Prueba de ello es que en el *Diccionario de la lengua castellana*, conocido como *Diccionario de autoridades* (1726), se recoge el término *chocolate*, y después de describir los ingredientes y la forma de prepararlo, se dice: “su etymologia es de la palabra india *chocollatl*. *Lat. Potio chocolatica. Balano pharmacum.*” Es muy probable que, para fijar la etimología, los redactores del diccionario consultaran la obra de Hernández en su edición romana de 1648, lo cual fue muy atinado.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> La obra de Clavigero apareció en italiano en Cesena en 1780 con el título de *Storia antica del Messico*. La primera edición en español es la hecha en Londres en 1826 con el título de *Historia antigua de México*. La cita está tomada del libro VII, cap. “Alimentos de los megicanos”.

<sup>5</sup> El citado *Diccionario* fue el primero elaborado por la Real Academia Española que fue fundada en 1713 por Felipe V de Anjou (1683-1746), el primer rey borbón español y lleva el título de *Diccionario de la lengua castellana...*(*Vid.* Bibliografía final).

Por lo que concierne a los estudios filológicos y lingüísticos de la segunda mitad del siglo XIX, la palabra aparece en los trabajos referentes a nahuatlismos, que no fueron pocos, dentro de un movimiento filológico orientado a elaborar monografías sobre la lengua náhuatl con el espíritu de un “Renacimiento mexicanista”.<sup>6</sup> Los filólogos de este movimiento dejaron a un lado la tradición histórica y buscaron la etimología de la palabra en las lenguas náhuatl y maya con los instrumentos lingüísticos de su época. Entre ellos recordaré a Eufemio Mendoza (1840-1876), *Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano* (1872). Mendoza afirma que es muy difícil la etimología del chocolate y que generalmente se le da el significado de “agua que gime”, por el ruido que hace al ser batida, de *choca* (llorar) y *atl* (agua). Y añade: “sería mejor para esta composición hacerla de *choca coloa* (dar vueltas, rodear), y *atl*, en cuyo caso quedaría *chocolatl* (agua que gime al dar vueltas con el molinillo)”. Sin embargo, duda de estas interpretaciones y propone una mucho más cercana a la realidad: “conocida la manera que tenían los aztecas de preparar el chocolate, ¿no será nuestro *xocolatl* (pronunciada *shocoatl*) lo que Molina traduce como cierta bebida de maíz? [...] En todo caso *xocoatl* significa ‘agua fermentada, ácida, picante’, de *xocoya* (acedarse, fermentarse, hacerse picante) y *atl* (agua)” (Mendoza, *Apuntes*, p. 26).

Otro autor que ahondó en el tema fue Cecilio Agustín Robelo (1839-1916) en su *Diccionario de aztequismos, ó sea, catálogo de las palabras del idioma náhuatl introducidas al idioma castellano bajo diversas formas* (1904), el cual la deriva de *xocó-atl*, de *xócoc* (agrijo) y *atl* (agua), “agua agria”, porque, dice, “el cacao con agua y sin dulce es muy amargo y así lo toman los mexicanos, quienes también lo llamaban *cacauatl atl* ...” (p. 430).

Contemporáneo del *Diccionario* de Robelo es el libro de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), *Vocabulario de mexicanismos*, publicado en 1905, aunque elaborado años antes.<sup>7</sup> En él, el historiador y lexicógrafo se benefició de

<sup>6</sup> Sobre este movimiento, *vid.* Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl*, 1987, v. I, pp. 121-123, 135 y 160.

<sup>7</sup> El título completo es *Vocabulario de mexicanismos comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países Hispano-Americanos. Propónense además algunas adiciones y enmiendas a la última edición (12a.) del Diccionario de la Academia*. Obra póstuma publicada por su hijo Luis García Pimentel. Abarca hasta la letra G. Hay que advertir que el lema correspondiente a *chocolate* está marcado con una cruz latina, cosa que guarda un significado. Probablemente don Joaquín no tuvo tiempo de redactar un “Prólogo” a modo de “planta” en el que avisara de los signos usados en el texto, que son la cruz latina y el asterisco. Por lo que se refiere al asterisco sabemos lo que significa

las fuentes históricas y de los estudios filológicos y ofreció una nueva interpretación, aunque muestra dudas sobre la etimología de la voz. Afirma que “el *Diccionario* la deriva de la mexicana *chocolatl*.<sup>8</sup> Ésta no se halla en Molina, Siméon la toma de Clavijero y también la trae Hernández (libro VI, cap. 87)”. Piensa él que “dado que sea palabra mexicana falta saber de qué elementos se forma y es aquí donde recuerda al famoso viajero Tomás Gage quien la deriva de *atle* o *ate*, ‘agua’ y de una onomatopeya del ruido que hace el líquido al ser batido con el molinillo, *choco*, *choco*”. Aduce las opiniones de otros eruditos del XVIII, y la del filólogo catalán Pedro Felipe Monlau 1808-1871. Este último la deriva de *choco* (cacao) y *late* (agua): “agua de cacao”.<sup>9</sup> Aduce también la opinión de Eufemio Mendoza de que se deriva de *xocóatl*, “cierta bebida de maíz”, lo cual “no conviene mucho a nuestro chocolate; pero téngase presente que los indios le preparaban de muy diversas maneras pues mezclaban el cacao con cierta semilla de *póchotl*...”. Y termina diciendo: “nada de esto satisface”. Las opiniones de Icazbalceta revelan indecisión, aunque hay que reconocer que en ellas se recupera la etimología de la palabra conservada en la

---

gracias a una carta del propio Icazbalceta dirigida al filólogo Rufino José Cuervo el 9 de noviembre de 1893, en la que le dice que las voces marcadas con asterisco ya están incluidas en el *Diccionario* de la RAE como propias de México. (*Epistolario*... 1985, tomo 15, p. 285). La noticia me ha sido proporcionada por Bárbara Cifuentes, buena conocedora de la actividad de don Joaquín en la Academia, quien piensa que la cruz puede referirse a las adiciones y enmiendas. A ella debo también el dato de que don Joaquín, como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, estuvo mandando información a la Real Academia Española para la elaboración de la duodécima edición del *Diccionario* de 1882. Dada la aclaración que se expresa en el título, y los datos de la carta a Caro, coincido con Cifuentes en que la cruz latina es marca de adiciones y enmiendas.

<sup>8</sup> El *Diccionario* al que se refiere es el de la Real Academia Española, duodécima edición, 1884. El artículo correspondiente es: “Chocolate. (del mejic. *Chocolatl*, de *choco*, cacao y *latl*, agua) m. Pasta hecha con cacao y azúcar molidos a la que generalmente se añade canela o vainilla. // 2. V. Ladrillo, pasta, tarea de chocolate. // 3. Bebida que se hace de esta pasta desleída y cocida en agua o leche”. En la edición anterior, la undécima (1869), no se da la etimología sino sólo los ingredientes y la forma de hacerlo.

<sup>9</sup> Pedro Felipe Monlau publicó el primer *Diccionario etimológico de la lengua castellana*. (*Ensayo*). *Precedido de unos rudimentos de etimología*, Madrid, 1881. El artículo referente a chocolate dice así: “Chocolate. *Chocolatl*, de *choco*, que en el idioma indígena de los antiguos mejicanos significa cacao y de *latlle*, agua, ‘agua de cacao’. Otros dicen que viene de *choco*, sonido, ruido y de *latlle*, agua porque la pasta de cacao se bate con agua hirviendo.” El doctor y médico naturalista Francisco Hernández (*Historia plantarum Novae Hispaniae*, lib. VI. C. 87) dice “*vocatam paratur ex granis pochote et cacahuatl*...”

tradición histórica y, a la vez, acepta la nueva interpretación de los filólogos de su tiempo. Y es importante señalar que fue él quien envió la información etimológica que aparece entre paréntesis en la duodécima edición ya comentada en la nota 8.

A todas estas opiniones hay que añadir la de un destacado lingüista del siglo xx, Pablo González Casanova (1888-1936), quien en su estudio sobre “Aztequismos”, publicado en 1923, critica a “nuestros lexicógrafos por rechazar la etimología de *chocolatl* que da Clavigero y buscarla en otras bebidas de maíz como *xocoatl*” y concluye que “la etimología permanece obscura” (Aztequismos, 1977, p. 81). Poco después otro destacado nahuatlahto, José Ignacio Dávila Garibi (1888-1981) dedicó una monografía al tema, *Nuevo y más amplio estudio etimológico del vocablo chocolate*, de 1939. Piensa él que la palabra es un nombre compuesto de un mayismo y del náhuatl *atl* (agua) y, siguiendo a Marcos E. Becerra, aduce que el mayismo está relacionado con la palabra *chakaw* (cosa caliente), la cual, en composición con la palabra *ha* (agua), forma *chocoba* (bebida caliente de cacao) en maya moderno.

La verdad es que en esta búsqueda se generaron diversas y encontradas opiniones, al grado de que puede hablarse de una polémica en torno a la palabra. Una síntesis de tal polémica se encuentra en el artículo correspondiente a *chocolate* en el *Diccionario de mejicanismos* (1959), del tabasqueño Francisco J. Santamaría (1886-1963), quien da como etimología de la palabra el compuesto maya *chokol* (caliente) y *a* (agua) sin más, es decir sin documentación ni comentarios lingüísticos. Completa su información con las propuestas de varios autores, algunos ya citados, como Mendoza y Robelo, y otras nuevas como la de don Joaquín Bastús, “de *choco*, que en antiguo dialecto mexicano significaba *cacao* y de *late*, agua, ‘agua de cacao’”. Además, critica la etimología que se da en el *Diccionario* de la Real Academia como “teoría del disparate”, que es la siguiente: “de *choco*, que en antiguo dialecto mexicano significaba *cacao* y *late*, agua”. Aduce también la definición que aparece en la *Enciclopedia del idioma* de Martín Alonso y la critica, pues dice que copia servilmente a la Academia, y finalmente alaba la de José Avilés Solares publicada en *Excélsior* en 1952: “de *xocolia*, acedar o agriar y *atl*, agua, bebida agriada o fermentada”. Completa la información con los pasajes de dos autores reconocidos como autoridades en el tema, que son el dominico fray Francisco Ximénez, y el jesuita Francisco Xavier Clavigero, pero sólo cita la parte en la que dan a conocer la forma de hacer el chocolate con *cacao* y semillas de *póchotl* y no rescata de ellos el vocablo

de Hernández, *chocolatl*.<sup>10</sup> Como complemento, remite al lector a la etimología que él mismo da en su *Diccionario general de americanismos*, que afirma, “está tomada de la del señor Becerra en *Investigaciones Lingüísticas*, t. II, p. 61”. Dicha etimología es la siguiente: “no viene la voz chocolate del nahoa *shokotl*, agrio y *atl*, agua porque [...] esta bebida no tiene nada de agrio. La voz es un mayismo nahuatlizado con la terminación *tl*. De *chokol* (caliente) y *a* (agua) que indica una característica de la bebida”.<sup>11</sup> Como puede verse, Santamaría estaba empeñado en que la palabra fuera de origen maya.

Otro repertorio importante sobre la etimología de la palabra lo constituye el *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas, 1954. El famoso lexicógrafo catalán afirma que *chocolate* es palabra de origen azteca pero de formación incierta. Y agrega que, “como las primeras noticias sobre esta bebida se remontan a los antiguos mexicanos, que lo hacían a partes iguales de semilla de *počotl* y de *kakawatl* quizá provenga de *póčotl -kakawa -atl*, bebida de cacao y ceiba abreviada por los españoles en *chocáhuatl* y alterada por el influjo de otros brevajes mexicanos como *počolatl*, bebida de maíz cocido”. En su artículo, Corominas informa ampliamente sobre la bebida: por una parte, da noticia de las obras de algunos lexicógrafos que se ocuparon de la palabra dentro y fuera de México (Robelo, García Icazbalceta, Lenz, Friederici, Loewe); por la otra, reproduce algunas propuestas de etimología que, dice él, “revelan completo desconocimiento del náhuatl: *kakawáatl*, bebida de cacao, *šokoatl*, bebida agria, *počolatl*, bebida de maíz cocido, cruce de *šokoatl* con *kakawáatl*, o *ččokó-atl*, agua que gime. Ninguna de ellas satisface fonéticamente”, dice, siguiendo la opinión de los alemanes Loewe y Friederici. Con base en Molina, cita los varios nombres de brebajes que se forman con la palabra *atl*, y resalta que *chocolate* no

<sup>10</sup> Del dominico fray Francisco Ximénez vale la pena recordar que llegó a la Nueva España en 1605 y se desempeñó como lego encargado de la botica del Hospital de Huaxtepec. Consiguió la copia de la *Historia natural de la Nueva España* que el protomédico Francisco Hernández había entregado a Felipe II al terminar su misión científica en la Nueva España en 1577, la tradujo del latín y la publicó sin dibujos con el título de *Los quatro libros de la naturaleza*, México, 1615. En realidad, su información es la que proporciona Francisco Hernández. Cabe añadir que, curiosamente, Santamaría no recoge la etimología dada por García Icazbalceta, si bien califica su *Vocabulario* de “insuperable”.

<sup>11</sup> El artículo de Becerra se intitula “Sobre como hablamos en Tabasco” y se publicó en la citada revista en 1934. El *Diccionario de americanismos* de Santamaría se publicó en 1942. Además de este dato, contiene otros muchos acerca del uso de la palabra chocolate en varios países de América.

está registrada por fray Alonso en sus *Vocabularios*. En suma, no encuentra una etimología aceptable porque, dice él, “no es palabra genuina de los indios, sino quizá de los españoles, ya que la preparación de la bebida se hacía con ingredientes distintos que el chocolate”. Sobre la forma de hacerse sigue la opinión de Francisco Hernández, en la cual se dice que uno de los ingredientes eran las semillas de *póchotl* (ceiba). Y dado que existían muchas bebidas compuestas de cacao según Molina presenta en sus *Vocabularios*, insiste en que “la palabra *chocolate* puede ser un compuesto de *počó-kakáwa-atl* y que se abreviara en *choca(ca)hual*”. En verdad, no deja de ser muy interesante la propuesta de Corominas en la que entra *póchotl* (ceiba), pero no explica el cambio morfofonético de *pochoca(ca)huatl* hasta llegar a *chocolate*. Sin duda, Corominas conoció el vocablo de Hernández pero no ahondó en el término *chocóllatl* que el protomédico usa.

En esta discusión es relevante la propuesta de Esther Hernández incluida en el “Glosario de los indigenismos léxicos” de su libro *Vocabulario en lengua castellana y mexicana de fray Alonso de Molina*, 1996. En el artículo referente a cacao se adentra ella en la búsqueda del étimo de la palabra en algunos cronistas de Indias y en los dos *Vocabularios* de Molina. Analiza las acepciones de la palabra como bebida, fruto y moneda y documenta quince apariciones en el primer *Vocabulario*, 1555, y cincuenta y cuatro en el segundo, de 1571, de tal forma que afirma que “cacao es el aztequismo más vivo del *Vocabulario*” (p. 71). Piensa ella que la palabra *xocoatl*, “cierta beuida de maíz”, propuesta como étimo para chocolate y que Molina traduce como “cosa agra”, se transformara en *chocolate*, si además de “beuida de maíz”, se aplicó a otra bebida por los españoles. Adelantaré que la propuesta es bastante acertada, como se verá en las páginas que siguen.

Ante tal cúmulo de opiniones, puede decirse que el vocablo *chocolate* ha despertado mucho interés en los modernos filólogos y lexicógrafos. Ofrecen ellos un buen modelo de búsqueda y acercan al lector a la reflexión filológica y lingüística que tuvo lugar en los siglos XIX y XX sobre este nahuatlismo, a la vez que tocan fuentes básicas como son Alonso de Molina y Francisco Hernández. Sin duda, la aportación de los anteriores investigadores citados es fundamental; y aunque en ellos se distinguen las dos tradiciones citadas —la histórica y la lingüística— éstas no se anulan entre sí sino que se complementan, como aquí se muestra. Es más, entre las varias propuestas, algunas desatinadas, no faltan las que nos acercan al étimo de la palabra, si bien no llegan a ofrecer claramente una secuencia de su origen y difusión en México y en Europa. En fin, mucho es lo que sabemos de la palabra y hoy podemos saber más sobre la génesis de la

bebida y de su ingrediente principal, el cacao, gracias a lingüistas y arqueólogos que en los últimos años han añadido nuevos conocimientos sobre el México antiguo, sus lenguas y sus culturas.

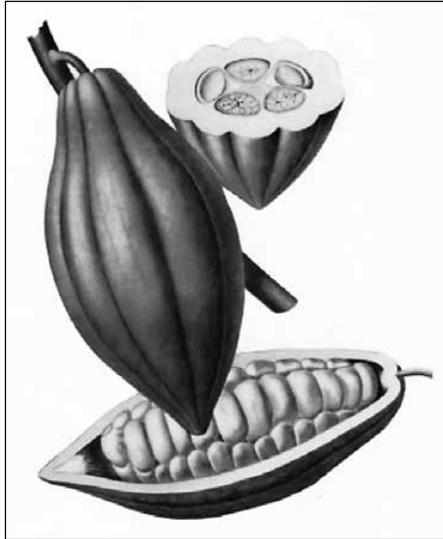
Tal es el caso de las investigaciones basadas en la lingüística histórica. Y dentro de ellas, los trabajos, por una parte de Lyle Campbell y Terrence S. Kaufman, y, por otra, de Karen Dakin y Søren Wichmann. Los dos primeros, en un trabajo sobre los olmecas, “A Linguistics look at the Olmecs” (1976), proponen que la palabra *cacao* es de origen mixe-zoque, mientras que los dos últimos, en “Cacao and Chocolate” (2000), piensan que *cacao* y *chocolate* son de origen náhuatl.<sup>12</sup> En ambos trabajos se utiliza la lingüística histórica para buscar en las palabras citadas sus cognadas en lenguas hermanas y llegar a la protolengua. Por lo que se refiere a la segunda propuesta, los autores basan su argumentación en que cacao proviene de la raíz protonahua \**ka-pa* (cáscara dura) y afirman que los nahuas, cuando entraron en contacto con el cacao, establecieron una similitud con los huevos pequeños, de pájaros, *kawa*. En cuanto a la palabra chocolate, *ččokola: -tl* (batidor de bebida), afirman ellos que está presente en varios dialectos del “náhuatl del este” como *ččikola:tl*, palabra que está compuesta de *-atl* y la forma *ččikol*- (pequeño batidor), en la que entra la raíz *čči-* instrumento puntiagudo, “batidor”; por lo tanto, concluyen ellos que esta forma se originó en el “náhuatl del este” y fue difundida por los teotihuacanos en Mesoamérica en el siglo I d.C., lo cual es un dato importante para pensar que aquel pueblo hablaba náhuatl. Cabe añadir que los autores, además de la información extraída de la lingüística histórica, tienen en cuenta datos arqueológicos e históricos de tal manera que presentan su argumentación en un amplio contexto cultural mesoamericano. En suma, a partir de este artículo de 2000, la polémica siguió y está viva en la revista *Ancient Mesoamerica*: en 2007 Terrence Kaufman y John Justeson publicaron “The History of the Word for Cacao in Ancient Mesoamerica” y, en 2011, Karen Dakin contestó con comentarios académicos. A la polémica se han sumado destacados lingüistas, lo cual supone un esfuerzo único de penetrar en diversas lenguas mesoamericanas y en su evolución histórica, todo ello dentro de un amplio contexto cultural y arqueológico.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Ambos trabajos están publicados en *Ancient Mesoamerican*, en 1978 y 2000 respectivamente. Es interesante recordar que Terrence S. Kaufman en un trabajo anterior, a pesar de que comprueba la presencia de cognadas de *kakaw* en casi todas las lenguas de la familia mayense, afirma que la palabra es de origen náhuatl. *Vid.* “Materiales lingüísticos para el estudio de la familia de idiomas mayanos”, 1964, p. 97.

<sup>13</sup> La polémica puede consultarse en *Ancient Mesoamerica*, 2011.

## LOS MILENIOS DEL CACAO

Sabido es que el árbol del cacao vive en tierras húmedas y calientes de gran parte de América. Su nombre botánico es *Theobroma cacao*, alimento de dios, alimento divino, dado por Carlos Linneo (1707-1778) en 1753. El nombre refleja la naturaleza de esta semilla con la que se elabora una bebida única en la que el sabor amargo conquista nuestro paladar y produce un placer que lleva al deseo repetido, a la seducción y a la adicción, quizá por sus efectos terapéuticos. Por su sabor y porque es una planta que no se puede cultivar en gran escala, el cacao es muy apreciado y caro. En realidad, el cacao crece en gran parte de la América tropical y ecuatorial pero sin duda es en Mesoamérica donde se puede documentar como una bebida ya lograda. Los primeros testimonios se encuentran en vasijas olmecas de San Lorenzo (siglo I a.C.) en forma de depósitos o sedimentos de teobromina, un alcaloide como la teína y la cocaína (figura 1).<sup>14</sup>



**Figura 1.** Semilla de almendra de cacao.

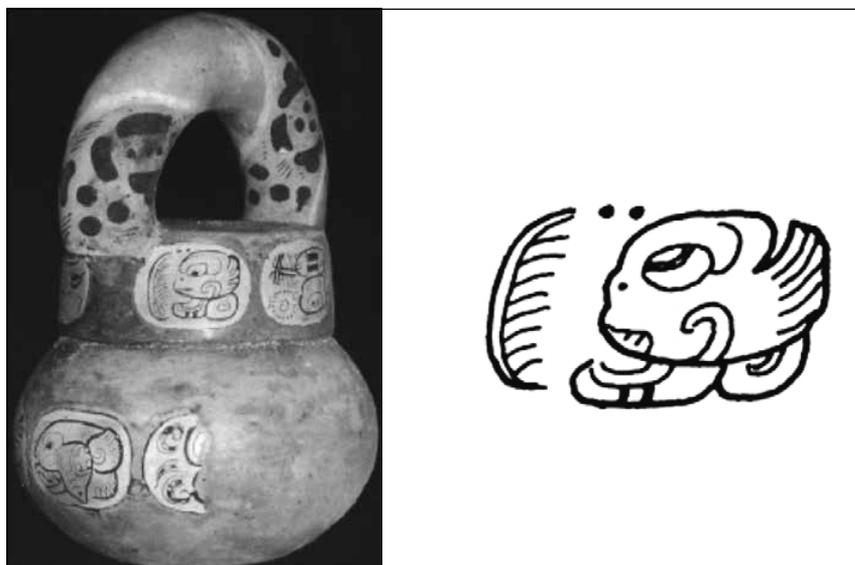
<sup>14</sup> Para más datos sobre el cultivo y las propiedades del cacao, *vid.* Nisao Ogata, 2011, pp. 54-59.

Para nosotros, el mundo maya es el espacio y el tiempo en el que el cacao entra como objeto de representación artística y forma parte de los grandes momentos de la vida. Abundan toda clase de vasijas para guardarlo, vasos cilíndricos para beberlo y vasos estilo códice, en los que se representan ceremonias de la vida cotidiana de los señores con la bebida espumosa y sus recipientes especiales. En algunos de ellos está presente el glifo de la palabra *cacau* (*kakaw*) compuesta de tres signos: el primero es una estilización de la aleta del pez y corresponde al valor silábico de *ka* (pez); el segundo es la representación de un pez de perfil, con el valor silábico *ka*; el tercer signo representa el valor silábico de *waaj* (tortilla, maíz), según la lectura de David Stuart hecha a partir de un vaso de una tumba del periodo clásico de Río Azul, Guatemala.<sup>15</sup> Cabe añadir que, a partir de la lectura de Stuart, se han hecho otras lecturas en vasos y recipientes de cerámica. El glifo se encuentra también en el *Códice de Dresde* en forma de doble aleta de pez con el signo correspondiente a tortilla. El valor silábico de la aleta de pez está presente en el silabario que fray Diego de Landa (1524-1579) incluyó en su crónica, *Relación de las cosas de Yucatán*, terminada ca. 1566 (figuras 2, 3 y 4).

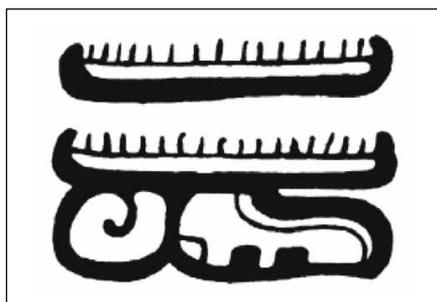
Sin duda, la presencia del cacao en la pintura de los elegantes vasos del clásico maya es testimonio del alto valor que la bebida tenía entre la clase rectora de los pueblos mayas que marcaron nada menos que un periodo histórico brillante en el pasado del Nuevo Mundo. Y no hay que olvidar que el cacao adquirió también fuerte presencia en otras culturas mesoamericanas. Tanto el fruto como la bebida están presentes en pinturas de Teotihuacan, y en códices mixtecos y nahuas. En ellos abundan las representaciones de jícaras, tecomates y toda clase de vasijas para preparar la succulenta bebida que se tomaba como el bocado final que hermoceaba las comidas de lujo.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> La lectura del glifo hecha por Stuart ha sido muy comentada. *Vid.* Sophie y Michael Coe, *La verdadera historia del cacao*, 1999 y J. M. Hoppan, “Maestros del cacao: los mayas”, 2011. Antes de esta lectura, el citado Marcos Becerra propuso que la palabra cacao “provenía del maya *kaj*, amargo y *kab*, jugo; después se nahuatlizó en *kakahuatl*” (Becerra, “Sobre cómo hablamos en Tabasco”, p. 61). Ahora bien en el glifo, los dos signos de pez representan el mismo morfema, *ka* y el mismo referente, “amargo”, lo cual hace pensar que sea una forma reduplicada de *ka* es decir, “muy amargo”, más la palabra *waaj* (tortilla, maíz). Como veremos, el cacao se tomaba con maíz entre los nahuas y en algunas partes de México; aún hoy se toma con maíz, bien sea con granos de elote o con atole.

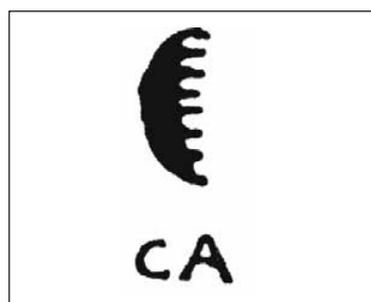
<sup>16</sup> Un conjunto de representaciones del cacao en estas culturas puede verse en *Arqueología Mexicana*, v. 45 coordinado por Enrique Vela, p. 69.



**Figura 2.** Glifo de cacao en una vasija de Río Grande.



**Figura 3.** El glifo del cacao en el *Códice Dresde*.



**Figura 4.** La sílaba *ca* en el silabario de Landa.

## EL CACAO SE HACE CACAHUATL

Conocemos muy bien la presencia del cacao en la cultura de los pueblos nahuas del posclásico gracias a la abundante documentación existente tanto pictográfica como alfabética. El cacao y su bebida, el *cacahoatl* (agua de cacao), eran parte importante en la cultura de estos pueblos, en especial del pueblo mexica convertido en un imperio que llegaba hasta las tierras productoras de cacao, el Soconusco y Tabasco. En el imperio mexica el cacao era uno de los más importantes tributos y era además moneda de mucho valor como lo muestran la *Matrícula de tributos* y el *Códice Mendoza*. Las varias alusiones al cacao en la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo (1495-1583) confirman la importancia comercial y social del cacao en la época de Moctezuma II.<sup>17</sup> De su valor como elemento inspirador de la poesía y como bebida de sumo placer que acompaña a los momentos de gozo en la vida del ser humano tenemos muy buenos ejemplos en la poesía náhuatl contenida en los manuscritos de *Cantares mexicanos* y *Romances de los señores de la Nueva España* de Juan Bautista Pomar. De los *Cantares mexicanos* se puede recordar el poema de Xayacámach, señor de Tizatlan, Tlaxcala (segunda mitad del siglo xv):

En la estera de flores  
 en verdad es tu casa  
 habla él Xayacámach  
 embriaga a su corazón la flor del cacao  
 resuena un bello canto  
 él entona su canto, Tlalpalteuccitzin  
 mucho perfuman sus flores  
 se esparcen las flores, las flores de cacao.<sup>18</sup>

En los *Romances de los señores de la Nueva España* el cacao es también protagonista. Como ejemplo recordaré el poema de Tlaltocatzin, señor de Cuauhchinanco (siglo xv), ciudad que perteneció al señorío de Tezcoco. En el poema se

<sup>17</sup> Una síntesis sobre el cacao entre los mexicas la ofrece Martín González de la Vara en su *Historia del chocolate en México*, 1992, cap. II.

<sup>18</sup> En *Cantares mexicanos*, edición de Miguel León-Portilla, Librado Silva Galeana, Francisco Morales y Salvador Reyes Equiguas, 2011, vol. II, p. 134-135.

reflexiona sobre la brevedad de la vida con el cacao como la bebida que ayuda en los momentos de soledad y reflexión:

en la soledad yo canto  
 a aquel que es mi dios  
 en el lugar de la luz y el calor  
 en el lugar del mando  
 el florido cacao está espumoso  
 la bebida que con flores embriaga.<sup>19</sup>

En suma, muchos eran los valores del cacao en la cultura de los pueblos nahuas y, para conocerlos, nada mejor que acercarse a la obra de fray Bernardino de Sahagún. En su *Historia general de las cosas de Nueva España*, la primera enciclopedia antropológica de todos los tiempos, Sahagún registró múltiples valores del cacao y de su bebida, el *cacáhuatl*, a la que llamó “agua preciosa” (*atlaquetzalli*). En la *Historia*, el cacao adquiere presencia como elemento singular de la naturaleza americana, como planta medicinal importante para la curación del mal de cámaras, como producto de venta en los mercados, como moneda, como ingrediente del ritual religioso y como alimento, el postre delicado de la comida de los señores, momento culminante de los banquetes de los *pochtecas* donde se ofrecían “cacaos hechos muy delicadamente con maíz, miel de abejas, *hueynacaztli*”.<sup>20</sup> Es más, al *cacáhuatl* se le llamaba *atlaquetzalli* (agua preciosa). Como muestra del valor del cacao y como modelo de la lengua oral que Sahagún recogió en su *Historia*, reproduzco el texto de fray Bernardino sobre la vendedora de cacao y la traducción hecha por Miguel León-Portilla:

*Atlaquetzalnamacac atlaquetzalnamacac, tecini, teatlitiani, teihiiocuitiani cacaoateci, tlaxamania, tlapaiana, tlacuechoa, tlanzontequi, tlaacentlaca, tlaenquixtia, aciaoa, tlaaciaoa, tlaapachoa, tlaamatiuhitia, tlaaiçauia, tlaacana, tlatzetzelo, tlatzetzeloazuia, aquetza, tlaacana, tlatzotzontlalia tlapopoçonallalia, tlatzotzoncui, tlatetzaoacaquetza, tlatetzaoacaacana, tlaaquechia, tlaatecuinia quina-*

<sup>19</sup> Traducción de Miguel León-Portilla, *Quince poetas del mundo náhuatl*, 2009, p. 73.

<sup>20</sup> Una relación de la presencia del cacao en el *Códice florentino* puede verse en Pilar Máynez, *El calepino de Sahagún*, 2002, lema correspondiente a *cacáhuatl*, p. 35.

*maca, qualli iectli, ioani, tetonal tecpilatl, tlâtôcaatl, cuechtic, iamanqui, tlatzotzocuitl, tlatlauhqui, chichic, chilatl, suchio, ueinacazio, teunacazio, tilsuchio, mecasuchio, quauhnecuio, suchaio.*

La que vende el agua preciosa (*atlaquetzalli*): la que hace la molienda ofrece la bebida que regocija a la gente. La que muele el cacao lo quiebra, machaca, pulveriza, lo selecciona, escoge, separa, lo remoja, hace que se empape, le añade agua con cuidado, lo airea, lo filtra, lo bate, lo levanta para que choquee, lo hace espumar, lo levanta, lo engruesa, lo hace pastoso, le añade agua, lo remueve. Vende buena, excelente bebida preciosa, la que pertenece al destino de los de linaje, agua de los señores, muy bien molido, suave, espumoso, rojizo, amargo, con agua de chile, con flores, con *hueynacaztli*, con *teonacaztle*, con *tlilxôchitl*, con *mecaxôchitl*, y también con miel de abejas y otras flores aromáticas (Sahagún, *Códice florentino*, libro x, cap. 26).<sup>21</sup>

La bonita palabra usada por Sahagún, *atlaquetzalli*, se corresponde con otra igualmente bonita usada por Molina en su *Arte de la lengua mexicana* (1571). Allí y como ejemplo de diminutivo registra la palabra *atzintli*, “agua linda o beuida de cacao saludable” (f. 12r). Y es precisamente Molina quien nos ha dejado una buena información de las posibilidades del cacao hecho bebida. En su primer *Vocabulario*, de 1555, que es sólo de castellano-mexicano, recoge los siguientes lemas para bebidas de cacao:

Beuer agua, vino o cacao: *natli*.  
 Beuida de cacao y mayz: *cacauatl*.  
 Beuida de cacao solo: *atlanelollo cacaua atl*.  
 Beuida de cacao con axi: *chillo cacauatl. chilcacauatl*.  
 Beuida de cacao compuesta con flores: *xochiayo cacauatl*.  
*xochayo cacauatl*.

Un dato nos muestra la importancia de la bebida y es la primera entrada, *natli* (mi agua), en donde beber cacao era como beber agua o vino, es decir que el cacao era bebida de mucho uso en la cultura náhuatl. Otro dato importante es

<sup>21</sup> La traducción de Miguel León-Portilla está incluida en su ensayo sobre el chocolate “*Atlaquetzalli: agua preciosa*”, *Artes de México*, 105, p. 16.

el relativo a la entrada *netlanelollo* (cacao solo). No aparece en otros textos quizá porque no se bebía mucho, era muy amargo. Cabe añadir que estas mismas entradas se repiten en la parte castellana de su segundo *Vocabulario*, de 1571, además de una nueva que corresponde a *cacao*, en la que dice: “busca bebida”. En la parte mexicana encontramos:

*Cacauaatl.* beuida de cacao.

*Cacauacentli.* maçorca o piña de cacao.

*Cacauachichiua, ni.* contrahacer el cacao para engañar.

*Cacauapinolli.* beuida de cacao o la harina del.

*Cacauapoçonallotl.* espuma de cacao.

*Cacauatl.* grano de cacao.

*Chillo cacauatl.* beuida de cacao con axi.

*Xochiayo cacauatl.* beuida de cacao con ciertas flores secas y molidas.

Sin duda, entre los dos *Vocabularios* tenemos una terminología suficiente para comprender la variedad de las bebidas de cacao y su importancia cultural. A estos datos podemos sumar las entradas contenidas en el *Vocabulario* del también franciscano Maturino Gilberti (1498-1585), quien en 1559 publicó el *Vocabulario en lengua de Mechuacan*, el primero bidireccional de América. En la entrada correspondiente a bebida, Gilberti no registra la palabra cacao en la parte castellana pero sí registra cuatro entradas correspondientes a bebidas de *cahequa*, palabra que designa el cacao en purépecha:

*Cahequa:* dedo pulgar o cacao que beuen.

Beuida de cacao y mayz. *Cahequa vruicata itsimaqua.*

Beuida de cacao solo. *cahequa hinio itsimaqua,*

Beuida de cacao con axi. *cauas huricahequa.*

Beuida de cacao compuesta con flores. *Cahequatsitsiquihucari.*

Éstos son los registros lexicográficos que tenemos para la bebida de cacao en la mitad del siglo xvi en la región central de México. En ellos no está todavía *chocolate*. Tal vocablo aparece en los vocabularios de lengua mixteca y maya de fines de siglo xvi y principios del xvii cuando la palabra se hizo de uso común, como pronto veremos. Pero antes, importa ver las fuentes en español y latín que describen el cacao.

## EL CACAO LLEGA AL VIEJO MUNDO

Mucho antes de que Sahagún escribiera su *Historia*, los españoles sabían de la existencia del cacao. Se dice que inclusive Colón lo conoció en su cuarto viaje, según el testimonio de su hijo menor Fernando (1488-1539) en su escrito *Historia del almirante don Cristóbal Colón*.<sup>22</sup> El encuentro fue en la isla de Guanaja cerca de la costa de Honduras, el día 15 de agosto de 1502, cuando se topó con una gran canoa, probablemente de comerciantes mayas. Entre las muchas cosas que la canoa llevaba “había unas almendras a las que en nueva España se les destina a servir de moneda”.<sup>23</sup> Poco a poco, los españoles fueron entrando en contacto con aquellas almendras, sobre todo cuando llegaron a las costas de México. Hernán Cortés habla del cacao y de los cacaguatales en sus *Cartas de relación*.<sup>24</sup> Desde entonces, todos o casi todos los cronistas de Indias han dejado testimonio de su admiración por el cacao, de tal forma que tendría sentido una antología sobre la impresión que este fruto causó en los que llegaron a la nueva España en el siglo XVI.

Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) fue el primer cronista que describe extensamente el cacao, impresionado por el árbol y el fruto. Su descripción es en verdad detallada y de mucho interés. Lo encontró cuando llegó a Tierra Firme (Castilla del Oro) como “escribano y veedor” de su majestad en 1514 y de aquel encuentro dejó memoria en su *Historia natural y general de las Indias*, 1535-1557 (libro VIII, cap. 30). Describe el árbol, sus mazorcas, sus almendras y la bebida que con ellas se hace, bebida para los poderosos, tal y como se tomaba en Nicaragua y Nicoya; allí lo mezclaban con *bixa* (achiote), y afirma que los señores “van con la boca embarrada de lodo semirrojo, y el más embarrado va muy galán”. Una de las muchas cosas que le impresionaron del cacao fue la manteca que de él se extrae, capaz de curar heridas profundas, según él experimentó. Por ello mandó hacer manteca de dos arrobas de almendras y llevó una parte a España y le regaló una porción a la emperatriz Isabel de Portugal (1503-1539), esposa de Carlos V.

<sup>22</sup> La primera edición, en italiano, apareció en Venecia en 1571 con el título de *Historie del S. D. Fernando Colombo; nelle s'ha particolare et vera relatione della vita et de' fatti dell' Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre*. Se tradujo al español y se publicó en Madrid en 1749. Una edición moderna es la hecha por el Fondo de Cultura Económica, 1947.

<sup>23</sup> *Apud* Sophie y Michael D. Coe, *La verdadera historia del chocolate*, 1999, p. 142.

<sup>24</sup> *Apud* León-Portilla, “nahuatlismos en el castellano de España, 1”, 1981, p. 29.

Del aceite dice que es muy bueno para cocinar y que la bebida de cacao es “excelente y sanísima”.

Antes de que Oviedo publicara su obra, tenemos la primera descripción del cacao hecha por un europeo, humanista italiano enraizado en la corte de los reyes católicos. Me refiero a Pedro Mártir de Anglería (1447-1526), el primer cronista de Indias, quien se ocupó de informar en sus cartas y escritos de todas las noticias que llegaban por el “preñante océano”. En sus *Décadas del Nuevo Mundo* habla del cacao en varios pasajes. De particular interés es el momento en que los enviados de Moctezuma ofrecen a Cortés en Veracruz “un vino que los reyes y próceres beben y es distinto del que consume el pueblo [...] lo obtienen de ciertas almendras que a ellos les sirven de moneda” (Quinta década, libro II). En esta misma *Década* hace una descripción del cacao en la que alaba doblemente el fruto:

Ya he dicho que la moneda corriente entre ellos es cierto fruto de unos árboles a que les dan el nombre de cacao. Su utilidad es doble, pues además de servir para el uso indicado, se fabrica con él una bebida. De por sí no es comestible por ser amarguilla, aunque tierna como la almendra monda-da, pero triturada se la reserva para dicha fabricación. Echando en agua un poco de ese polvo y revolviéndolo un tanto, resulta una bebida digna de un rey, ¡Oh feliz moneda que proporcionas al linaje humano tan deliciosa y útil poción y mantienes a sus poseedores libres de la infernal parte de la avaricia, ya que no se te puede enterrar ni conservar mucho tiempo! (Mártir de Anglería, Quinta década, libro iv.)<sup>25</sup>

Los ejemplos podrían multiplicarse porque, repetiré, todos los cronistas e historiadores de Indias hablan del cacao. No sucede lo mismo en la palabra *chocolate* que por fin aparece, tardíamente, en la década de 1570.

<sup>25</sup> La “Quinta década” abarca acontecimientos entre 1521 y 1523 y la dedicó su autor al papa Clemente VIII (1478-1534). Las primeras tres “Décadas” se publicaron en Alcalá de Henares bajo el cuidado de Antonio de Nebrija, 1516. La “Cuarta” se imprimió en Basilea, 1521 y está dedicada a Margarita de Austria, hija de Maximiliano de Habsburgo. En 1530 estas “Décadas” y cuatro más, es decir un total de ocho, fueron publicadas en Alcalá con el título *De Orbe Novo*. Las citas de este trabajo provienen de la edición mexicana de 1964.

## LA APARICIÓN DE LA PALABRA CHOCOLATE

El primer texto donde aparece la palabra *chocóllatl*, antecedente directo de *chocolate* es, vale repetir, la *Historia natural de la Nueva España* del médico toledano Francisco Hernández, formado en la Universidad de Alcalá de Henares. La obra de Hernández es la fuente más rica para conocer la naturaleza y las propiedades de la planta y también de las bebidas que con ella se preparan. Y es precisamente al describir una de las bebidas donde aparece la palabra *chocóllatl*, inmediatamente después de dar a conocer el árbol del cacao, el *cacahoquáhuítl* (figura 5):



**Figura 5.** Árbol de cacao (*cacahoquáhuítl*).

Es el *cacahoquáhuítl* un árbol de tamaño y hojas como de cidro pero mucho más grandes y anchas con fruto oblongo parecido a un melón grande [...] y lleno de la semilla *cacáhoatl*, la cual sirve de moneda y para hacer una bebida muy agradable. Está formada de una substancia negruzca dividida en partículas desiguales pero muy bien ajustadas

entre sí; tierna, de mucho alimento, algo amarga, un poco dulce y de naturaleza templada o un tanto fría y húmeda. Hay, que yo conozca, cuatro variedades de este árbol: la primera llamada *quauhcacáhoatl* es la mayor de todas y la que da más grandes frutos; la segunda es el *mecacáhoatl*, que es de tamaño mediano [...] y con fruto que sigue en tamaño al precedente; la tercera, llamada *xochicacáhoatl*, es menor, con menor fruto, y de semilla rojiza [...] la cuarta, que es la menor de todas y llamada por eso *tlalcacáhoatl* o sea chica, da el fruto más pequeño. Todas las variedades son de la misma naturaleza y sirven para los mismos usos, aunque la última sirve mejor para bebidas, en tanto que las otras son más propias y cómodas para moneda. (Libro sexto, cap. 87.)

A estas cuatro variedades, Hernández añade una quinta, el *quauhpatlactli*, que es un árbol más grande y con mayores frutos y semillas. De ellas dice que son dulces y pueden comerse como almendras, aunque menos buenas para la bebida. En esta larga cita, el protomédico deja muy claro lo concerniente a la naturaleza y variedades de la planta; pondera también las propiedades terapéuticas del fruto para muchas enfermedades, inclusive para la *caquexia*, es decir el estado avanzado de desnutrición. A esta puntual descripción botánica y farmacológica añade, y esto es muy importante, una detallada explicación de las bebidas elaboradas con la almendra divina, unas simples y otras compuestas. Y es precisamente en ella donde se contiene un mayor interés para el tema que aquí nos ocupa, el de la génesis y origen de la palabra *chocolate*. Veamos las bebidas y sus nombres (figura 6):

La bebida hecha con la pura semilla, el *cacáhoatl* sin agregarse ninguna cosa, suele administrarse para templar el calor y mitigar los ardores a los enfermos de gravedad. El uso excesivo del *cacáhoatl* obstruye las víceras, descompone el color y ocasiona enfermedades incurables. Pero como suelen prepararse bebidas simples y compuestas [...] hay que describirlas:

El primer género de bebida que se prepara se llama *atextli*, o sea, pasta aguada se hace simple con cien granos de *cacáhoatl*, crudos o tostados pero bien molidos y mezclados con la cantidad de grano indio que cabe en el hueco de las dos manos juntas. Pero si se quiere hacer compuesta se agregan además frutos de *mecaxóchitl*, de *xochinacaztli* y de *tlilxóchitl* molidos [...]

La propiedad de la bebida compuesta es excitar el apetito venéreo. Otro género de bebida se hace con 25 granos de cacao del árbol *cacahoapachtli* y un puñado de grano indio; no se le añaden las cosas antedichas que son calientes pues sólo se busca en esta bebida refrigerio y nutrición.<sup>26</sup>

La tercera especie de bebida llamada *chocóllatl*, se prepara con granos de *póchotl* y de *cacahóatl* en igual cantidad y dicen que engorda extraordinariamente si se usa con frecuencia; molidos unos y otros granos se echan en una vasija y se agitan con un batidor de madera hasta que sobrenada la parte grasosa y de naturaleza aérea que separan y ponen aparte, mezclando al resto un puñado del dicho grano indio ablandado; cuando ya está lista la bebida para tomarse, mezclan de nuevo la parte grasosa que habían separado [...] La administran con gran provecho a los tísicos, consumidos y extenuados.

Otra bebida llamada *tzone* se prepara con grano indio y *cacáhoatl* tostado en partes iguales y después cocidos en un poco de grano indio; sirve éste como alimento refrescante, no como medicina. (Hernández, *Historia*, libro sexto, capítulo 87.)

Queda claro que los ingredientes del *chocóllatl* son tres: granos de cacao, semilla del *póchotl* y grano indio. Sobre el *póchotl* cabe aclarar que se trata del árbol que se designa con un nahuatlismo, *pochote*, y que se conoce en las fuentes con el nombre antillano de ceiba, en maya, *yaxchee*. De este árbol, Hernández trae varias referencias y lo describe con el nombre *itzamatl*, o papiro de navajas (*itztliamatl*, amate de obsidiana). Entre otras cosas señala que da un fruto comestible, lleno de granillos semejantes a los del higo. Y añade “también recogí de este árbol, principalmente entre los hoaxtepecenses, el llamado maná por los árabes, muy semejante al nuestro en forma y propiedades, pero un poco más duro y glutinoso”. (*Historia*, libro segundo, cap. 125.)

El registro escrito de la palabra *chocóllatl* nos acerca a su nacimiento, los años en que Hernández redactó su *Historia natural de Nueva España*, entre 1570

<sup>26</sup> El *mecaxóchitl* “tonifica, calienta el estómago, perfuma el aliento, adelgaza los humores, combate los venenos, alivia los dolores de intestinos y los cólicos y provoca la orina” (libro quinto, cap. 58). Del *xochinacaztli* dice: nada hay en los mercados indios ni tenido en más estima que esta flor con que adquiere la famosa bebida un gusto sumamente agradable, sabor y olor deliciosos” (libro décimotercero, cap. 40). De la planta de *tlilxóchitl* afirma que “se suele mezclar con el cacao y junto con *chilli* sin semilla ayuda a quitar flatulencias” (libro décimotavo, cap. 10).

y 1575, si bien podemos pensar que la palabra ya llevaba un tiempo en boca de los habitantes de Nueva España, pues normalmente el uso precede al registro escrito. Ahora bien, una vez que tenemos atrapada la palabra, la pregunta siguiente es de dónde surge: ¿es una palabra nueva o es una palabra derivada de una voz indígena del centro de la Nueva España? Claramente se advierte que *chocóllatl* es una palabra compuesta en la que el morfema *-atl* es el sustantivo náhuatl “agua”. Respecto de *choco*, podemos esbozar la hipótesis de que derive del mexicano *xócoc* (ácido, agrio, amargo), es decir “agua agria o amarga”.<sup>27</sup> Y antes de explicar el cambio de *xocóatl* a *chocolate* hay que hacer una digresión para explicar qué era la bebida *xocoatl* en el Posclásico.

La palabra está registrada en el primer *Vocabulario* de Molina (1555) como traducción al lema de “beuida de maiz hecha en cierta manera”, mientras que la bebida de cacao y maíz se registra como *cacauatl*. En el segundo *Vocabulario* de este mismo autor (1571), ambas bebidas se registran en la parte castellana igual que en el primer *Vocabulario*. En la parte mexicana aparecen los dos lemas *cacauatl* y *xocoatl* con sus correspondientes vocablos en español. La bebida era de uso común y así aparece usada en fray Bernardino de Sahagún, en su *Historia general, Códice florentino*.<sup>28</sup> Pero es Hernández quien la describe en su citada obra:

Suelen también preparar con agua y maíz molido y hecho de masa, dejándolos juntos durante la noche el *xocóatl* o agua agria que se saca de ahí por la mañana y que es admirable para extinguir el dolor de la orina y para templar cualquier calor tomado en cantidad de diez onzas y en ayunas durante algunos días. (Hernández, *Historia*, libro sexto, cap. 46.)

Tenemos pues que la bebida, verdaderamente sencilla, era de uso común en la Nueva España. No es extraño que los españoles nacidos aquí la aceptaran como propia, de la misma manera que aceptaron tantas comidas de la cultura mesoamericana. No tenemos el dato pero es seguro que a fines del siglo XVI, el cacao se abarató por la llegada a la Nueva España del proveniente de América Central

<sup>27</sup> *Xócoc* es adjetivo, de *xócotl*, amargo, que al entrar en composición con *atl*, agua, pierde el sufijo terminal *c*.

<sup>28</sup> Para el múltiple uso del cacao, *vid.* el lema “cacao” en Pilar Máynez, *El calepino de Sahagún*, 2002, p. 346.

y de Ecuador y sobre todo porque dejó de usarse como moneda.<sup>29</sup> Al abaratare la almendra divina, se añadió un poco de *cacáhuatl* al *xocóatl* y la bebida adquirió un nuevo nombre con la terminación *-atl* de aquella otra bebida de los nobles, el *cacáhoatl*. Es decir se creó una bebida nueva, no cara, con la cual los macehuales tuvieron acceso a un ingrediente caro, el cacao de los *pilpiltin*. Y no sólo los macehuales sino también los españoles nacidos en esta tierra.

La nueva bebida, en boca de los españoles, se transformó de *xocóatl* en *chocolate* mediante un cambio de la <x> en <ch>, cambio que no es propio de la lengua mexicana pero sí de algunos nahuatlismos.<sup>30</sup> Es decir, la <x>, que tanto en náhuatl como en español representaba un fonema sibilante fricativo sordo prepalatal /š/ pronunciado [sh], se palatalizó y se igualó al fonema palatal africado sordo /č/ pronunciado [ch] de la <ch>. La palabra además sufrió una metátesis de la <l> que se traspuso entre las vocales <e> y <o> y el cambio del sufijo absolutivo en <e>, habitual en el romanceamiento.

El resultado fue el nacimiento de un nahuatlismo de gran éxito histórico, ya que pronto pasó al español de México, de Guatemala y de otras partes de América y cruzó el Atlántico en la Armada de Indias, primero a España y después a los demás países de Europa; cruzó también el Pacífico en la nao de Manila. Hoy día *chocolate* es palabra de uso casi universal. Un texto de finales del siglo xvi, 1591, puede darnos luz para entender el nacimiento de la palabra y las condiciones sociolingüísticas en las que se produjo. En el texto, obra del doctor Juan de Cárdenas (1563-1609), nacido en Sevilla y formado en la Universidad de México, es la *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1591). Después de describir la bebida, es decir, el *cacáhoatl*, dice así:

Aunque es verdad que cada dama se precia hazer su nueva inuencion y modo de chocolate, con todo esto el mas usado generalmente en todas las Indias es el formado en tabletas, el qual tomo origen de las damas guatemaltecas y este es assi mesmo aquel que se deshace con su agua caliente y su puntica de dulce que le da mucha gracia; otro hay que, despues de molida

<sup>29</sup> Al dejar de ser moneda no era necesario almacenarlo como una reserva económica; esto significó un giro de 180 grados en el valor y uso del cacao. Para el incremento en la producción de cacao y la importancia de la Nueva España como centro mundial del comercio, *Vid.* Martín González de la Vara, 1992, pp. 36-38.

<sup>30</sup> En el español de México se registran algunos nahuatlismos con este cambio como *choquio*, “mal olor a agrio”, de *xóco*, ácido, agrio.

la masa la deshazen y baten en agua fria hasta que leuante spuma y despues le mezclan con esta poleada hecha de maiz, llamada atole, y este es el que de ordinario se gasta y vende por todas esas plaças y calles mexicanas. (Juan de Cardenas, *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias*, 1591, f. 115r.)

Como vemos, el chocolate es una bebida sencilla, que se logra con sólo añadir un poco de cacao al *xocóatl*, la poleada o atole de maíz, hasta que levanta espuma, es decir, es un atole achocolatado, lo que hoy se llama *champurrado*, mucho más barato que el *cacáhuatl*, si bien en la cita se deja claro que se seguía tomando el *cacáhoatl*. En ella ya no se añade el *póchoatl* del que habla Hernández pero sí algunos saborizantes como se verá en otros pasajes de la obra del propio Cárdenas. Pero lo más importante, el texto nos habla de una bebida popular que se vende en la calle y en ella se revela un cambio social que se manifiesta en una nueva bebida y en una nueva palabra para designarla.

#### LA DIFUSIÓN DE LA PALABRA DENTRO Y FUERA DE MÉXICO

Una vez creada, la palabra tomó vida propia y se difundió rápidamente, tanto como la nueva bebida que los macehuales habían creado teniendo como ingrediente principal el *xocóatl* de maíz, mucho más barato que el delicado y caro *cacáhoatl* de los nobles y de los pochtecas. Y cabe suponer que de la ciudad de México, donde parece ser que se inventó la bebida, pronto pasó a otras regiones. Existe abundante documentación para la Mixteca, Chiapas y Guatemala. Respecto de la Mixteca contamos con un trabajo reciente, algo extenso, elaborado por Michael Swanton, Alejandro de Ávila y Sebastian van Doesburg, intitulado “Cacao and Chocolate: A View from the Mixteca and Beyond”, 2011. En él, los autores examinan un conjunto de documentos del siglo xvi en los que aparecen las dos palabras citadas en diversos contextos, partiendo de los testimonios en los que el cacao es representado en dibujos de cerámica y códices prehispánicos. Se centran ellos en el campo semántico del cacao que el dominico fray Francisco de Alvarado (m. 1603) registró en su *Vocabulario en lengua misteca*, impreso en 1593. Alvarado registra diecinueve lemas que contienen diversas clases de cacao, en mixteco *dzehua*, y las acciones referentes al tostado y preparación de

la almendra. En una de las entradas aparece *nduta dzehua ñuhu* (literal, “agua de cacao de tierra”), traducido como “chocolate, beuida de cacao”.<sup>31</sup> Por vez primera se documenta el uso de esta palabra en la lengua mixteca.

Aducen ellos otros testimonios importantes para el uso de chocolate en Guatemala. De gran interés es una carta del jesuita Pedro de Morales de 1579, en la que se habla de un arco alegórico erigido en la ciudad de Guatemala para conmemorar un envío de reliquias por parte del papa Gregorio XIII (1502-1585), en el que se puso un verso: “De lo ques mi propio dote / Le traygo en un tecomate / Ques cacao y achiote / Para hacer chocolate.”<sup>32</sup> Otro de los testimonios se encuentra en la obra del franciscano Antonio de Ciudad Real (1551-1617), *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, escrito entre 1580 y 1587. Ciudad Real, uno de los primeros misioneros conocedores de la lengua maya, acompañó a fray Alonso Ponce en su recorrido de la Nueva España como comisario general de la orden entre 1580 y 1587. Al llegar al Soconusco, ambos franciscanos encuentran el cacao y Ciudad Real describe con detalle tanto el fruto como el árbol. Lo alaba mucho y dice que en el Soconusco y Guatemala se dan dos cosechas al año y que cada árbol da cien mazorcas. Entre otras curiosidades dice:

Demás de moneda, el cacao se come tostado como si fuesen garbanzos y es así muy sabroso; se hacen de él diferentes bebidas muy buenas, unas dellas se beben frías y otras calientes y entre éstas una muy usada que se llama *chocolate*, hecha del cacao sobredicho [*tlalcacahuatl*] molido y de miel y agua caliente, con lo cual echan otras mezclas y materiales de cosas calientes. Es esta bebida muy medicinal y saludable. (*Tratado*, cap. xxx)

A medida que Ponce y su secretario, Ciudad Real, entraban en Guatemala, iban saboreando el chocolate que les ofrecían cuando llegaban a su destino. Lo mismo sucedió cuando entraron en Zonzonate para ir a San Salvador, camino de Nicaragua. El chocolate era el premio final a las largas jornadas de viajes por montes, ríos y a veces en canoa bordeando la costa del Pacífico, lo cual nos muestra que la bebida era de uso común en la década de 1580.

<sup>31</sup> El cacao de tierra es el *tlalcacáhuatl*, el que producía el árbol más pequeño de todas las variedades y que, vale recordar, “sirve mejor para bebidas”. Hernández, *Historia*, libro sexto, cap. 87.

<sup>32</sup> El verso está publicado por Beatriz Mariscal de Hay. *Apud Swanton et al., op. cit.*

Yucatán es otra región en la que se documenta pronto el uso de la palabra. Concretamente se encuentra en el *Diccionario de Motul maya-español*, escrito por el ya citado franciscano Antonio de Ciudad Real a fines del siglo xvi. En el lema correspondiente a *chacau*, “cosa caliente o calurosa”, se registra *chacau haa*, “chocolate, agua caliente”.<sup>33</sup> La palabra aparece también en el *Bocabulario de Maya Than*, español-maya, elaborado en el siglo xvii, en el lema correspondiente a “beuida llamada chocolate, *chacau haa*”; asimismo en el diccionario de la lengua cakchiquel de Thomas de Coto, *Thesaurus verborum* (siglo xvii), el término chocolate aparece en la entrada de “beuida generalmente”.<sup>34</sup> Noticia curiosa es que en el de *Maya Than* aparece la palabra *tzune* como traducción a “beuida echa de cacao, maíz y pepitas de zapote”. Como ya se vio, la palabra está documentada en la obra de Francisco Hernández; es una palabra náhuatl, de *tzontli* (cabellera) y el sufijo posesivo *-e* (que tiene cabellos). Quizá las pepitas de alguna clase de zapote se deshacían y daban al líquido un aspecto de cabellos.

Más allá de Mesoamérica la palabra aparece por primera vez en la obra ya citada del jesuita José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, 1590. Pronto se extendió a varios países europeos (España, Italia, Inglaterra Francia y Alemania), pero antes, la bebida preciosa fue sometida a un análisis médico del que finalmente salió airosa, como se verá en las siguientes páginas.

## GRACIA Y DESGRACIA DEL CHOCOLATE

A pesar de la difusión y aceptación total del chocolate en la Nueva España, pronto tuvo detractores, quizá por la clasificación que del fruto hizo el doctor Hernández como “de naturaleza templada y un tanto fría y húmeda”, o quizá por el nivel tan alto de estimación y consumo de un producto de sabor delicado y dotado del placer de la seducción. El hecho es que, al mismo tiempo que se hacía popular y su consumo se generalizaba en la Nueva España, surgió una polémica en torno a esta bebida llena de gracia y ahora de desgracias:

<sup>33</sup> Ciudad Real llegó a Yucatán en 1573 y allí vivió 40 años. Su *Diccionario* empezó a tomar cuerpo en 1582 y lo terminó en los primeros años del siglo xvii. Hay varias ediciones de este *Diccionario*: la de Juan Martínez Hernández, 1930; la de René Acuña, 1984; y, la de Ramón Arzápalo, 1995. *Vid.* Bibliografía final.

<sup>34</sup> Ambos diccionarios se publicaron en el siglo xx.

“unos abominan de él; otros dicen que no hay cosa igual en el mundo; inclusive la mujer esteril se hace preñada” (Cárdenas, f. 115r). Ante tal dilema, el doctor Cárdenas se abocó a la tarea de analizar la “naturaleza, propiedades y efectos” del chocolate en los capítulos VII y VIII de su citado libro con “ojo clínico”, según la teoría de los humores heredada de Hipócrates y Galeno. Parte él de la premisa de que el cacao, siendo de naturaleza fría, “restrine el vientre, cierra las vias, detiene la regla, opila el hígado y mas el baço, priua al rostro de su viuo y natural color, debilita la digestion del estomago [...] e inclusive causa paroxismos y desmayos, melancolia y otras cosas peores”. Ahora bien, como el cacao se tuesta y muele y mezcla con atole, “beneficia y da sano mantenimiento” (f. 106r).

El análisis de Cárdenas es penetrante y detallado y se centra en examinar cada uno de los componentes del chocolate, es decir, del cacao y de sus saborizantes. Resumiendo, respecto del cacao distingue tres partes: “una fría y seca, gruesa, terrestre y melancólica”; una segunda “azeytosa, a modo de grasa amarilla que nada en el chocolate y corresponde a la naturaleza del aire; es caliente y humeda, sustancia blanca, lenitiua y amorosa; sustenta y engorda”; la tercera parte, “calidissima que se adquiere con el fuego y es la que da un saborcillo amargo (es la causa del dolor de cabeça); es delicada y subtil y penetra por todo el cuerpo prouocando a sudor, llamando a la regla”. De todo lo cual, Cárdenas concluye que el cacao “queda frio en primer grado y seco en el segundo” (ff. 107v-108r). En lo que se refiere a las muchas formas de elaboración, resume que hay dos: la que se consume en tabletas, y otra, “la que se mezcla con la poleada de maiz llamada atole”, que no es otra que la que él mismo describe en el texto citado anteriormente como *xocoatl*.

Respecto de los saborizantes usados, apunta que unos proceden de las Indias y otros de España (canela, pimienta, anís y ajonjolí). De éstos, afirma, “no dire nada pues estan descritos en Dioscorides”. De los ingredientes indianos la orejuela (*hueynacaztli*) “da buen olor, gracioso sabor, conforta la virtud vital ayudando a engendrar espiritus de vida; ayuda a la digestion y destapa las vias; es caliente en segundo grado”. El *mecasuchil*, “rosa a modo de hebra, conforta el hígado y da apetito; es caliente en segundo grado”. Finalmente el *tlilxochil*, “vaynilla olorosa, da suave y regalado olor, amiga del coraçon y da calor al estomago; es caliente y seca en primer grado”. Añade que “el achiote da vistoso y gracioso color. Todas son saludables specias, jamas hacen daño a nadie”. Y termina diciendo que “algunas personas añaden ademas unos chiles tostados

y unos granos de pimienta de la tierra” (ff. 110r-112v). En suma, la disquisición que ofrece Juan de Cárdenas, apegada meticulosamente a la teoría de los humores, es un análisis de los elementos calientes y fríos con un método matemático. La conclusión es que el chocolate debe hacerse escogiendo los ingredientes adecuados para cada persona:

Si se hace con mucha specia caliente y lo days a vn moço o moça atestado de sangre [...] le days a beber vn dissimulado tabardete. Pero daldo a vn hombre o muger, a vn frio de estomago, a vno que no puede digerir, le days dulce salud. Para los frios de complexion [...] daldo con açucar en agua muy caliente y specias calientes [...]. Para los que peccaren de demasiado calor en todo el cuerpo, bebanle con atole y echen muy poca specia y que sea de la tierra y no de España. (Juan de Cárdenas, *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias*, 1591, f. 116r y v.)

Sin duda, el doctor Cárdenas era un amante del chocolate y como médico buscó los recursos adecuados para que todo el mundo pudiera disfrutar de él. Pero no todos pensaban igual. Su contemporáneo, el doctor fray Agustín Farfán (1532-1604), creía que el chocolate no era buena bebida. En su *Tractado brebe de medicina* (1592), al hablar de las causas de la retención de la regla, afirma: “estas dos cosas (comer mucho y no hacer ejercicio) hacen muy bien las mugeres de la nueva España porque a todas horas del día y a muchas de la noche las veran comiendo golozinas. Mayormente el cacao comido y bebido y este no les ha de faltar. Otras se hartan de chocolate que es vna bebida hecha de muchas cosas entre si muy contrarias, gruesas y malas de digerir” (Libro primero, cap. 6). Sin embargo, este mismo médico incluyó varios elementos del chocolate en la receta “para deshacer las piedras de los riñones y para el dolor de ijada antiguo”. He aquí la receta resumida:

Tomen vn manojó de mecasuchil y vna vaynilla de tlixuchil, quinze granos de nacaxchil, cinco chiles tzinquahuyo y veinte cacaos tostados [...] vna escudilla de xocoatl, flores de matlatin y esten alli desde la prima noche hasta la mañana. Cuelen el agua y quedara como azul. Muelan tres ñudos de la colilla del tlaquatzin cruda, todo lo deshagan en el xocoatl y en amaneciendo Dios, en aiunas lo beban caliente seys dias como quien bebe el chocolate. (cap. 17)

Un tercer médico, Juan de Barrios (n. 1563), formado en la Universidad de Alcalá de Henares y avencidado en la Ciudad de México, en su *Libro en el cual se trata del chocolate* (1609) defiende la bebida a la que califica de “preciosa” y se queja de los que la prohíben y condenan. Considera él que el chocolate, “suple el almuerzo y algunas otras comidas, incluyendo las de carne”. Y para mostrar la bondad de su tesis, Barrios analiza la calidad de los componentes principales de la bebida: cacao, *xochinacaztli*, *xocoxochitl* o pimienta de Tabasco, *tlilxochitl*, *mecaxochitl*, *achiotl*, azúcar, agua tibia y chile. Una vez más, Barrios hace una apología del chocolate y dice que es excelente para todos: viejos, niños, preñadas, y gente ociosa; y acepta las tres recetas de Cárdenas para los tres tipos de personas: sanguíneas, flemáticas y melancólicas. Pero avisa, “lo único malo es que es bebida que en ella fácilmente se puede dar veneno”. En suma, el libro de Barrios es una apología de la bebida preciosa y contra los que dicen que estimula el acto venéreo, enfatiza: “peor es el vino y le beben los tales i en el, como dice el Apóstol esta la luxuria”.<sup>35</sup>

#### EL CHOCOLATE Y EL AYUNO: EL ESPÍRITU DE LA CONTRARREFORMA

Un aspecto más contenido en esta polémica sobre las gracias y desgracias del chocolate lo constituye la discusión acerca de si la famosa bebida rompe o no el ayuno eclesiástico. El propio Cárdenas dedica el capítulo IX de su citado libro a plantear este problema que desarrolló ampliamente el abogado y bibliógrafo Antonio de León Pinelo (1591–1660) unos años después, como pronto veremos. Cárdenas, aunque reconoce que el asunto es más de teólogos que de médicos, se mete de lleno en la discusión alegando que “lo mas de la gente desta tierra tiene creydo que el chocolate y otras cosas que se beben no quebrantan el ayuno [...] pero nuestra Santa Madre Iglesia no manda que se apague la sed con breuages de tanto sustento sino con agua”. Ante tal realidad, Cárdenas organiza un razonamiento dialéctico para esclarecer qué es mantenimiento y qué es ayuno, entendiendo éste como acto de penitencia “que reprima el ardor y las fuerças de la carne”. La conclusión es que quita la sed y el hambre de manera que quebranta el ayuno. Pero deja una puerta abierta a la tesis contraria al decir

<sup>35</sup> *Apud* León Pinelo, *Question moral*, p. 120r.

que “si algunos sienten flaqueça y desmayos, la piedad de nuestra Santa Madre Iglesia permitira usar las tales bebidas [...] no por via de mantenimiento sino a modo de medicina y esto no en mucha cantidad sino en muy poca”.

La polémica sobre este tema alcanza su momento clímax con la publicación del libro *Question moral. Si el chocolate quebranta el ayuno eclesiastico*, 1636, de Antonio de León Pinelo (figura 6). La obra de Pinelo abarca muchas facetas acerca del chocolate y acumula información sobre historiadores y naturalistas que le precedieron en el estudio del cacao y de su bebida, incluyendo cuantiosos datos sobre el modo de hacerla y de tomarla.<sup>36</sup> Su razonamiento, muy



**Figura 6.** Portada del libro de Antonio de León Pinelo sobre el chocolate, Madrid, 1636.

<sup>36</sup> Recoge un capítulo entero de la obra de Juan de Cárdenas y otro de la de Juan de Barrios como apéndice final bajo el nombre de “Advertencias”. Cabe añadir que, además del chocolate el libro contiene mucha información dedicada a otras bebidas de América y de España.

extenso y minucioso, está presentado conforme a la dialéctica escolástica: en una primera parte analiza el chocolate como bebida y recuerda que así lo tomaban los indígenas, quienes lo inventaron (ff. 12r-14r). En una segunda parte, muestra que es esencialmente comida (ff. 14v-27r y 68r-94r). La disquisición discurre por varios razonamientos: de conveniencia, de posibilidad, de suposición y de tradición. Concluye que “no es bebida simple ni natural sino potable y comestible [...] y así la usaban los indios”. En esta parte Pinelo reporta un dato muy interesante acerca de las personas que culpan al chocolate de quebrantar el ayuno: son los “sumistas quienes alegan que cualquier bebida que lleva mezcla de comida, quebranta el ayuno y también la bebida que sustenta” (ff. 90r-91r).<sup>37</sup> En una tercera parte sostiene que el chocolate, en pequeña cantidad, se puede usar en días de ayuno sin quebrantarlo, ya que en poca cantidad se le puede aplicar el concepto de “parvidad” (ff. 95-104v). Piensa él que “se debe guardar la moderación que la prudencia persuade y no repetir la bebida en un mismo día” ya que, dice, “en esta corte no son menos algunas personas [...] le beben en una sola tarde quatro y seis veces” (f. 100v).

En suma, el libro de Pinelo es un tratado sobre el chocolate en sí mismo, como bebida de gran valor y tradición cultural y como alimento que entra en la cultura católica y que es sometido a las reglas eclesásticas relativas a la penitencia cuaresmal. Su disquisición de letrado, hecha conforme a la dialéctica aristotélica heredada de la escolástica, es digna de admirar. Finalmente, en el libro se trasluce el fondo de la Contrarreforma al someter la bebida al espíritu de una Iglesia que regulaba todas las actividades humanas y con más razón las que dan mucho placer. Como señala Sonia Corcuera en su estudio sobre la obra de Pinelo: “no resultaba fácil para los teólogos liberar al chocolate de la carga negativa, o por lo menos de las restricciones que casi fatalmente acompañaban a todo aquello que produce placer” (Corcuera, 1994, “Prólogo”, p. xxx). Pero hay que reconocer que, tanto los médicos Cárdenas y Barrios como el abogado León Pinelo, hicieron lo posible para dotar al chocolate de gracia y bondad y presentarlo como bebida saludable para todos en cualquier tiempo y lugar.

<sup>37</sup> Los sumistas son los estudiosos de las *Summas*, es decir, de tratados que contenían recopilaciones teóricas y prácticas de diversas disciplinas. El nombre se deriva de las grandes *summas* filosóficas, religiosas y de derecho canónico de la Edad Media.

EL TRIUNFO FINAL.  
EL CHOCOLATE SEDUCE A EUROPA

Caminando entre gracias y desgracias, el chocolate seducía y conquistaba, a tal grado que a mediados del siglo XVII en México se vivía una verdadera pasión por él. Hay varios testimonios que lo constatan, entre ellos el del pseudofraile dominico inglés Thomas Gage (1603-1637). En su obra, *The English American. His travel by Sea and Land: or A New Survey*, Londres, 1648, una crónica detallada de la naturaleza y de la vida cotidiana de la Nueva España, el chocolate es uno de sus protagonistas.<sup>38</sup> El inglés lo conoció desde que llegó a San Juan de Ulúa en 1625 y con él viajó durante doce años por la región central de México, Oaxaca, Chiapas, Guatemala y más al sur, hasta Panamá. La taza de chocolate fue su compañera en los conventos donde vivía y en las casas donde era recibido, inclusive en familias humildes, ya que, dice él, “los indios, si no tienen otra cosa, beben su pobre y simple chocolate, sin azúcar ni otros ingredientes” (Gage, 2001, p. 344); cuenta él que, cuando se dormía tarde, llegó a tomar hasta cinco tazas diarias para poder trabajar (Gage, 2001, p. 274).

De particular interés es un relato en el que se muestra la pasión por el chocolate, pasión que llegó hasta la muerte. Cuenta Gage que, durante su estancia en Ciudad Real de Chiapas, vivió un conflicto singular: las damas abandonaban la misa en la catedral para tomar la taza de chocolate que les llevaban sus doncellas. El obispo, Bernardino de Salazar, las conminó, bajo pena de excomuniación, a dejar tal costumbre. Como respuesta, las señoras no volvieron a la catedral y frecuentaron las otras iglesias. El obispo cayó enfermo y murió. Se dijo que fue envenenado con una taza de chocolate. “Muerte por chocolate” se podría llamar a este episodio que no es el único que conocemos. En esta misma época, 1650, está el “Caso del chocolate envenenado”, en el que se narra un juicio contra el alcalde mayor de Tabasco, acusado de envenenar con la

<sup>38</sup> La obra tuvo gran éxito y pronto se tradujo al alemán, holandés y francés. Hay varias ediciones en español. Para este trabajo he consultado la reciente del Fondo de Cultura Económica de 2001, *El inglés americano...* Gage justifica su obra porque, según él, “en los últimos cien años, nada se ha escrito sobre aquellas regiones” (2001, p. 25). A lo largo de su crónica niega siempre la bondad de todo, aunque el lector avisado, más allá de la negatividad, encontrará mucha información válida. Sirva de ejemplo lo que opina de las personas criollas “que por fuera muestran un bello aspecto y por dentro son falsas y vacías”, siguiendo la opinión de su reina Isabel, quien dijo ante unas frutas de América que le presentaron “que donde crecían esas frutas, las mujeres eran livianas y todas las personas falsas y vacías” (p. 131).

bebida citada a un juez pesquisidor.<sup>39</sup> En realidad, el chocolate servía para muchas cosas, algunas muy agradables y hasta eróticas. Como por ejemplo para que una dama fabricara un “bebediso con agua de haberse lavado las partes vergonçossas” para atraer a su marido que era de “recia condición”, 1622; o para que otra dama, solicitada en confesión por un cura, fuera invitada a tomar una taza de chocolate con el solicitante, el cual “la habló de amores” y después ambos “pecaron en la sacristía”, 1689.<sup>40</sup>

Estos pasajes de la vida novohispana nos muestran la pasión de la gente por el chocolate, pasión que era compartida por clérigos, frailes y monjas. Se dice que algunas monjas poblanas habían adaptado un espacio adjunto al coro al cual llamaban el *chocolatero*, para que, acabando los rezos y cantos, se recomfortaran con una taza de chocolate. Posiblemente la existencia del chocolatero fue una buena solución al vicio de empezar el día con chocolate a juzgar por un texto del jesuita Ignacio de Paredes (1703-1762), quien exhorta en una de sus pláticas a que: “*actopa ximoteochihua, auhquin titenizaz ihuan tichocolaiiz*” (reza primero, después desayunarás y tomarás chocolate).<sup>41</sup> En fin, quizá todo esto nos explica que el mole, originario de Puebla, tenga como ingrediente importante el chocolate; no es extraño que en este guiso prodigioso quedó para siempre la “bebida preciosa” (*atlaquetzalli*), el “agüita linda” (*atzintli*), el *cacáhoatl* de la antigua Mesoamérica que la Iglesia había hecho suyo como el único placer comparable a aquel otro placer prohibido en días de abstinencias, el de la carne.

La pasión pronto se exportó a España, donde el chocolate con sus saborizantes llegaba cada año en la flota de Indias. Cuando León Pinelo escribió su obra (1636) ya era de uso cotidiano en la Corte, donde decía él que algunas

<sup>39</sup> El asunto es tema de un impreso sin título que dice así *Dr. Machado [...] Por aver fecho demasiado estruendo la causa que el Dotor Ioan Cano ivez pesquisidor hizo y fulmino contra don Ioan Gonzalez de Castro* [Mexico, 1650?] 15 ff. En el folleto se defiende a Ioan González de Castro acusado de la muerte por envenenamiento con chocolate del licenciado del Corral enviado a Tabasco para investigar un caso de muerte. (Documento descrito en la *Bibliotheca Rara Mexicana*, Pars I. The Philadelphia Rare Books & Manuscripts, 1992, pp. 26-27.)

<sup>40</sup> Estos dos episodios sobre el chocolate se guardan manuscritos en el Archivo General de la nación de México. Se pueden consultar en Concepción Company, *Documentos lingüísticos de la Nueva España*, 1994, pp. 286 y 397.

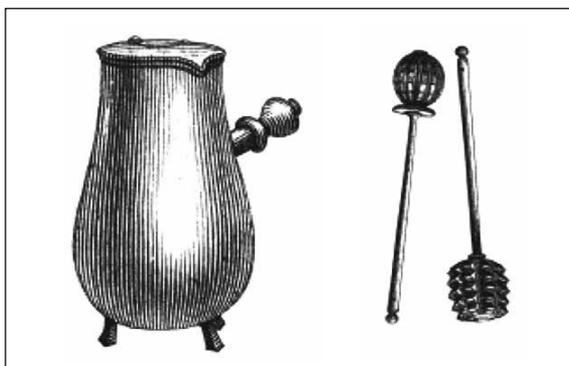
<sup>41</sup> Recogido por Rémi Siméon en su *Diccionario*, 1977. Es importante señalar que en el fragmento del padre Paredes se registra una nueva forma verbal en futuro: *tichocolaiiz*, “tu chocolatearás”.

personas en una tarde, “le beben cuatro y seis veces” (León Pinelo, f. 100). La bebida estaba de moda y no tardaron en aparecer varias publicaciones sobre ella. Así la de Antonio Colmenero de Ledesma, médico de la ciudad de Écija (Sevilla), *Tratado de la naturaleza y calidad del chocolate*, Madrid, 1631, en el que se muestra la importancia de la bebida y las muchas formas de prepararla, siempre con los ingredientes mexicanos que, al parecer, no escaseaban al otro lado del Atlántico, si bien se prescindió del maíz y de las semillas del pochote. La receta más conocida de Colmenero tenía como ingredientes cacao, chiles, flor de oreja, mecasúchil, vainilla, achiote y azúcar, con los añadidos de anís y cinamomo. El libro tuvo gran éxito y poco después, en 1644, se publicó una parte de él en latín en Nuremberg con el título de *Chocolata inda: opusculum de qualitate & naturâ chocolatae*. De 1640 es el *Panegirico al chocolate en octava rima* del capitán Diego Castro de Torres (pseudónimo del carmelita fray Gerónimo de Pancorvo), dedicado a D. Diego de Rojas y de los Ríos, correo mayor de la ciudad de Córdoba, publicado en Segovia en 1640. De esta misma época es el del P. Tomás Hurtado, *Chocolate y tabaco, ayuno eclesiastico y natural si este le quebranta, el chocolate y el tabaco al natural, para la Sagrada Comunión* (Madrid, s. a. pero de 1645) dedicado al señor fray Domingo Pimentel, obispo de Córdoba.<sup>42</sup>

Hay que recordar que el chocolate no viajó solo. Llevó su propio equipaje de tres instrumentos y sus correspondientes vocablos: *metate*, *molinillo* y *xícara*. Así lo dice Miguel León-Portilla en su estudio “nahuatlismos en el castellano de España” (1981), en el que muestra la vida y evolución de estos tres vocablos nahuas hasta llegar a ser nahuatlismos: *metate* (de *metlatl*) piedra de moler el cacao previamente calentada; el *molinillo* (de *moliniani* “cosa que se mueve o menea” castellanizado en *-illo*) para moverlo y airearlo, y la *xícara* (de *xic-tli* “ombligo” + *calli* “receptáculo”), la taza donde se tomaba. Los tres instrumentos y sus correspondientes vocablos nahuas se adentraron en el español y los dos últimos se siguen usando (León-Portilla, 1981, pp. 31 y 109-117) (figura 7).<sup>43</sup> Con el tiempo, surgieron nuevos instrumentos muy elegantes para dar esplendor a la bebida, como la taza formando cuerpo con el plato llamada

<sup>42</sup> La pasión por el chocolate de Oaxaca en las calles de la Villa y Corte y la proliferación de chocolateros aparece en la literatura del Siglo de Oro, especialmente en el teatro. Así se muestra en el libro *Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega* de Miguel Herrero, Castalia, Madrid, 1997, pp. 156-161.

<sup>43</sup> A estos datos cabe añadir que la palabra *molinillo* aparece por primera vez en la obra de Juan de Barrios, 1609. *Apud*, León Pinelo, *op. cit.*, f. 119v.



**Figura 7.** Chocolatera y molinillos.



**Figura 8.** Mancerina de porcelana. Siglo XVIII.



**Figura 9.** Taza para tomar chocolate.



**Figura 10.** Instrumentos para tomar chocolate.

mancerina en honor del virrey Marqués de Mancera (Antonio Sebastián de Toledo, 1664-1673) y, en época moderna (en España), el vaso alto y delgado para presentar la leche cuando el chocolate se servía muy espeso y había que diluirlo (figuras 8, 9 y 10).

De España pasó rápidamente a Europa por las muchas rutas marítimas y comerciales que en el siglo xvii conectaban el Viejo Mundo entre sí. En los diccionarios se manifiesta la difusión de la palabra que seguía guardando la forma y composición que los habitantes de la Nueva España le habían dado a fines del siglo xvi. Como ejemplo citaré unos cuantos títulos del siglo xvii. El lema *chocolate* se encuentra en Girolamo Vittori, *Tesoro de las tres lenguas, francesa, italiana y española* (Ginebra, Philippe Albert, 1609); John Minsheu, *Ductor in Linguas. The Guide into Tongues* (Londres, Ioannes Minsheu, 1617); Lorenzo Franciosini, *Vocabulario español e italiano* (Roma, Iuan Pablo Profilio, 1620); Nicolas Mez de Braidenbach, *Diccionario muy copioso de la lengua española y alemana hasta agora nunca visto* (Viena, Iuan Diego Kürner, 1670); Baltasar Henríquez, *Thesaurus utriusque linguae Hispaniae et Latinae* (Madrid, Juan García Infante, 1679); Ferrus, *Sieur de nouvelle grammaire espagnole avec un ample vocabulaire des choses plus communes et usitées dans les discours familier* (Amsterdam, Daniel Elzevier, 1680).<sup>44</sup>

En suma, la bebida pasó a ser de uso relativamente común, aunque el cacao era caro, ya que venía de la lejana América. En la literatura de la época aparece

<sup>44</sup> Datos tomados del *Nuevo tesoro lexicográfico del español (s. xiv-1726)* de Lidio Nieto y Manuel Alvar Ezquerro, 2007.

como bebida de la nobleza y se conservan numerosas representaciones de ella en pinturas, grabados y libros. Famosa es la alegoría contenida en el libro del cardenal Francesco Maria Brancaccio (1592-1675), *De chocolatis potu diatribe* (Roma, 1664), en el que América, representada por una figura de mujer, entrega una caja con chocolate a Neptuno para que lo lleve a Europa, rodeado de caballos y sirenos que flotan en el mar (figura 11). Puede decirse que es la “Apoteosis del chocolate” como la bebida del Barroco. Y bueno es recordar que, a medida que el chocolate conquistaba el mundo, se incorporaban a él nuevos saborizantes, como las rosas de Alejandría y el ámbar.<sup>45</sup> He aquí, como ejemplo, la receta de uno de sus famosos consumidores, el gran duque de Toscana, Cosme III (1642-1723): diez libras de cacao, tostado y molido; ocho libras de azúcar blanca; tres onzas de vainas de vainilla “perfecta”; de cuatro a seis onzas de canela “perfecta”; flores frescas de jazmín; dos escrúpulos de ámbar.<sup>46</sup> Como vemos, este chocolate tenía ingredientes muy diferentes al que se hacía en la Nueva España a fines del siglo xvi y al que se consumía en España en la época de Colmenero de Ledesma. Y así siguió siendo a medida que el chocolate caminaba por el mundo y pasaba el tiempo, de tal manera que en el siglo xix, hubo también grandes cambios que le dieron las formas con las que hoy lo conocemos.

#### REFLEXIONES FINALES: DEL CACÁHOATL AL CHOCOLATE CON CHILE

Esta breve exposición del origen y principio del nahuatlismo *chocolate* nos lleva a un momento histórico de cambio social: el cacao deja de ser moneda, se abarata y pasa a ser bebida de todos, pipiles y macehuales, y sobre todo de las mujeres: “las españolas hechas a la tierra se mueren por el negro chocolate”, como decía José de Acosta. Desaparece la antigua bebida de los nobles, el *ca-*

<sup>45</sup> El ámbar fue un producto caro muy de moda en la cocina del siglo xvii. El médico sevillano Nicolás Monardes (1507-1588), trae una amplia disquisición sobre él en su libro *Historia medicinal de nuestras Indias Occidentales*, 1574, ff 91-96. Afirma que no es simiente de ballena sino que es bitumen, como el petróleo y la nafta y que es de complejión seca y caliente; que viene de Florida y que sirve para manjares y bebidas, perfumes y aceites; que aprovecha a la mujer y sirve para los melancólicos y para muchas enfermedades.

<sup>46</sup> La receta del duque está tomada del libro citado de Sophie y Michael Coe, p. 199.



**Figura 11.** Neptuno recibiendo el chocolate de América.

*cahoatl*, suplantada por el humilde *xocoatl* aderezado con cacao. Surge un nuevo vocablo, *chocollatl*, que Francisco Hernández acuñó. Pronto el nuevo vocablo se transforma en nahuatlismo, se extiende y toma vida en la lengua escrita; entra en los libros impresos y se hace presente en los vocabularios y diccionarios de las principales lenguas europeas a medida que la bebida se enriquecía con nuevos ingredientes y conquistaba espacios inimaginados.

Su éxito como palabra fue enorme, pero el proceso de transformación de la almendra divina seguía siendo caro y costoso. Quizá por ello en el siglo XIX fue sometido a la fuerza y eficacia de las máquinas de la revolución industrial. El *metate* y el *molinillo* dejaron paso a admirables ingenios que separaban los componentes del cacao con facilidad y los volvían a mezclar al gusto. Vale la pena recordar unas pocas fechas: en 1828, el holandés Coenraad van Houten logró aislar el cacao en polvo sin grasa; en 1879, los suizos

Henry Nestlé (1814–1890), inventor de la leche en polvo, y Daniel Peter (1836–1919), fabricaron la primera barra de chocolate con leche.<sup>47</sup> Otros nombres más destacaron en este proceso con inventos de máquinas y con nuevas mezclas y rellenos hasta llegar a la reciente fusión: el chocolate con chile, que podemos adquirir en tiendas bien surtidas. Como cualquier forma de chocolate, se vende en tabletas y, al comerse, el sabor a chile aparece al final, suave, excitante y seductor como debió haber sido el *cacáhoatl*.

Hoy día tenemos muchas formas de chocolate sólido, desde las antiguas tabletas del xvi hasta las chocolatinas y bombones, en los que se combinan infinidad de sabores y mezclas. Son antojos del momento tan queridos como el agua preciosa (*atlaquetzalli*), como mi agüita (*natli, atzintli*), como el agua de cacao (*cacáhoatl*), palabras que denotan que el cacao siempre se tomaba como bebida. Sin duda, todos podemos saborear un chocolate sin esforzarnos en prepararlo. Pero el proceso de fabricación sigue siendo el mismo: separar los componentes con la ayuda del calor —las tres materias de las que hablaba el doctor Cárdenas— para luego volverlas a juntar. Debemos a los olmecas el haber inventado ese proceso y el haber transformado un fruto amargo en una bebida nutritiva, seductora y elegante, como sigue siendo entre nosotros. Tal bebida, de cuyo nombre tenemos el primer registro como *cacau* y posteriormente *cacáhoatl*, cambió a *chocóllatl* cuando los Dos Mundos que se encontraron comenzaron a caminar juntos. En este trabajo queda claro el étimo de la palabra, el vocablo náhuatl *xocóatl*, que dio lugar al nahuatlismo *chocolate*, quizá el más universal de los americanismos que pasaron a otras lenguas.

<sup>47</sup> Datos tomados del libro de Sophie y Michael D. Coe, *La verdadera historia del chocolate*, 1999, cap. viii. El tema está bien tratado en Martín González de la Vara, *Historia del chocolate en México*, 1992, cap. vi.

## BIBLIOGRAFÍA

*Fuentes*

- ACOSTA, Joseph de, S. I., *Historia natural y moral de las Indias*, edición preparada por Edmundo O’Gorman, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª ed., 1962.
- ALVARADO, fray Francisco de, *Vocabulario en lengua misteca hecho por los padres de la Orden de Predicadores... y últimamente recopilado y acabado por... Vicario de Tamaçulapa*, en México, en Casa de Pedro Balli, 1593, 5 ff. de preliminares sin numerar + 204 ff. r y v.
- ANGLERÍA, Pedro Mártir, *De Orbe Novo. Excusum Compluti in sedibus Michaele[m] d’Eguia. Anno Virginei partus MDXXX*, nueva edición con el título de *Décadas del Nuevo Mundo*, traducción del latín de Agustín Millares Carlo, introducción de Edmundo O’Gorman, José Porrúa e Hijos, México, 1964.
- BARRIOS, Juan de, *Libro en el qual se trata del chocolate, que prouechos haga y si sea beuida saludable o no y en particular de todas las cosas que lleua y que receta conuiene para cada persona...*, Mexico, 1609.
- Bocabulario de Maya Than... Codex Vindobonensis N. S. 3833*, facsímil y transcripción crítica anotada, edición de René Acuña, asesoría y ayuda técnica David Bolles y Sergio Reyes Coria, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993, 59 p. + facsímil de 299 ff. r y v. + 666 p.
- Bocabulario de Mayathan. Das Wörterbuch der Yucatekische Mayasprache. Vollständige Faksimile Ausgabe des Codex Vindobonensis S. N. 3833*, Introducción de Ernst Mengin, Akademische Druck und Verlagsanstalt, Gratz, 1972. 43 p. + facsímil, 299 ff, r y v.
- Cantares mexicanos*, edición de Miguel León-Portilla, paleografía, traducción y notas de Miguel León-Portilla, Librado Silva Galeana, Francisco Morales Baranda y Salvador Reyes Equiguas, Universidad Nacional Autónoma de México-Fideicomiso Teixidor, México, 3 vols., 2011.
- CÁRDENAS, Juan de, *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias*, en Mexico, en casa de Pedro Ocharte, 1591, 7 ff. de preliminares + 246 ff. r y v. edición facsimilar, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1945.
- CIUDAD REAL, fray Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*, edición, estudio preliminar, apéndices, glosarios, mapas e índices de Josefina García Quintana y Víctor Manuel Castillo Farreras, prólogo de Jorge Gurría Lacroix, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2 vols., 1976.

- CIUDAD REAL, fray Antonio de, *Diccionario de Motul maya-español*, Juan Martínez Hernández (ed.), Compañía Tipográfica Yucateca, Mérida, 1930, XIX + 935 p. (va precedido por *Arte de lengua maya* de Juan Coronel).
- \_\_\_\_\_, *Calepino maya de Motul*, René Acuña (ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984, 2 vols. (incluye facsímil).
- \_\_\_\_\_, *Calepino de Motul. Diccionario maya-español*, Ramón Arzápalo Marín (ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 3 vols., 1995.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México* (facsímil de la edición de Ackermann, 1826), prólogo de Miguel León-Portilla, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2 vols., 1985 (primera edición en italiano de 1780).
- COMPANY COMPANY, Concepción, *Documentos lingüísticos de la Nueva España. Altiplano Central*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994.
- Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad...*, compuesto por la Real Academia Española, en la Imprenta de Francisco del Hierro, 3 vols., 1726. Edición facsimilar con el título de *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Real Academia Española - Gredos, Madrid, 3 vols., 1963.
- FARFÁN, fray Agustín, *Tractado brebe de medicina y de todas las enfermedades*, en México, en Casa de Pedro Ocharte, 1592, 3 ff. de preliminares + 353 ff. r y v.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Ediciones Atlas (Biblioteca de Autores Españoles), Madrid, 5 vols., 1959.
- GAGE, Thomas, *El inglés americano. Sus trabajos por mar y tierra o un nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, traducción de Stella Mastrángelo, introducción de Eugenio Martín Torres, Fideicomiso Teixidor-Libros del Umbral, México, 2001. (Traducción de la segunda edición, de 1655. La primera, *The English American*, es de 1648.)
- GILBERTI, fray Maturino, *Vocabulario en lengua de Mechuacan*, en México, en Casa de Juan Pablos, 1559, 1 p. sin numerar + 87 + 180 pp. r y v.
- HERNÁNDEZ, Francisco, *Rerum medicarum Novae Hispaniae thesaurus, seu plantarum animalium, mineralium Mexicanorum historia*, Roma, 1648. (Tesoro de las cosas médicas de la Nueva España o de las plantas, animales y minerales de los mexicanos.)
- \_\_\_\_\_, *Opera cum edita tum inedita ad autographi fidem et integritatem expressa*, Madrid, 1790. (De Francisco Hernández. *Obras*, tanto las publicadas como las inéditas, reproducidas fidedigna e integralmente de acuerdo con el manuscrito.)
- \_\_\_\_\_, *Historia natural de Nueva España*, en *Obras completas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 7 vols., 1958-1985 (La *Historia natural* ocupa los volúmenes II y III).

- LANDA, fray Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, introducción y notas de Héctor Pérez Martínez, Editorial Pedro Robredo, México, 7ª ed., 1938.
- LEÓN PINELO, Antonio de, *Question moral. Si el chocolate quebranta el ayuno eclesiastico. Trátase de otras bebidas y confecciones que se vsan en varias provincias*, en Madrid, por la viuda de Juan González, 1636, 6 ff. de preliminares + 122 f. r y v + índice, edición facsimilar con “Prólogo” de Sonia Corcuera, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, México, 1994.
- MOLINA, fray Alonso de, *Aquí comienza vn vocabulario en la lengua castellana y mexicana*, en Mexico, en Casa de Juan Pablos, 1555, 8 ff. de preliminares+ 259 f. r y v., edición facsimilar con “Estudio preliminar” de Manuel Galeote, Universidad de Málaga, *Anejo 37 de la Revista Analecta Malacitana*, 2001, lxii pp., + facsímil.
- , *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, en México, en Casa de Antonio de Spinosa, 1571, 3 ff. de preliminares r y v + 121 r y v. La segunda parte tiene su portada + 1 foja de preliminares + 162 ff. r y v., edición facsimilar con “Estudio preliminar” de Miguel León-Portilla, Porrúa, México, 1971 LXII p. + facsímil.
- , *Arte de la lengua mexicana*, México, en Casa de Pedro Ocharte, 1571, 3ff. s.n. + 82 + 35ff. r y v.
- MONARDES, Nicolás, *Primera, segunda y tercera parte de la historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en medicina*, en Casa de Alonso Escribano, Sevilla, 1574, 5ff s. n.+ 206 ff, r y v.
- SOLÍS, Antonio de, *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional*, nueva edición adornada con grabados, Imprenta y Librería de J. Gaspar, Editor, Madrid, 1885.
- XIMÉNEZ, fray Francisco, *Quatro libros de la natvaleza y virtvdes de las plantas y animales que estan receuidos en el vso de medicina de la Nueva España.... Con lo que el doctor Francisco Hernandez escreuio en lengua latina*, en México, en Casa de la viuda de Diego López Dávalos, 1615.

### Estudios

- BECERRA, Marcos E., “Sobre cómo hablamos en Tabasco”, *Investigaciones Lingüísticas*, 1, Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas, México, marzo y abril de 1934, t. ii, pp. 59-64.
- CAMPBELL, Lyle y Terrence S. Kaufman, “A Linguistics Look at the Olmecs”, *Ancient Mesoamerica*, 41, Cambridge University Press, Cambridge, 1976, pp. 80-89.

- COE, Sophie y Michael D., *La verdadera historia del chocolate*, traducción de Marco Antonio Pulido Ruiz, México, Fondo de Cultura Económica, 1999; 1ª ed. en inglés, *The True History of Chocolate*, Thames and Hudson, Londres, 1966.
- CORCUERA DE MANCERA, Sonia, “Prólogo” a la edición facsimilar del libro de León Pinelo, *Question Moral. Si el chocolate quebranta el ayuno ecesiastico. Vid.* León Pinelo.
- COROMINAS, Joan, *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica), Madrid, 4 vols., 1955-1957.
- DAKIN, Karen y Soren WICHMANN, “Cacao and Chocolate. A Uto-Aztec perspective”, *Ancient Mesoamerica*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 55-75.
- \_\_\_\_\_, “Comments”, *Ancient Mesoamerica*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011, pp. 6-10.
- DÁVILA GARIBI, José Ignacio, *Nuevo y más amplio estudio etimológico del vocablo chocolate y de otros que con él se relacionan. Con un apéndice*, Tipografía de Emilio Pardo e Hijos, México, 1939.
- Diccionario de Americanismos*, Asociación de Academias de la Lengua Española, Madrid, 2010.
- Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid, 21ª ed., 2001.
- Epistolario de Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y otros colombianos con Joaquín García Icazbalceta*, Mario Germán (ed.), Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo - Archivo Epistolar Colombiano, Bogotá, 1985, t. 15.
- FRIEDERICI, Georg, *Amerikanischen Wörterbuch und Hilfswörterbuch für den Amerikanisten*, De Gruyter, Hamburgo, 1960.
- GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, *Vocabulario de mexicanismos comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países Hispano-Americanos. Propónense además algunas adiciones y enmiendas a la última edición (12a.) del Diccionario de la Academia. Obra póstuma publicada por su hijo Luis García Pimentel*, Tipografía La Europea, México, 1899.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, “Aztequismos. Ensayo etimológico de los mexicanismos de origen azteca”, *Boletín de la Universidad Nacional de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1923, t. 1, pp. 387-437. Reproducido en Pablo González Casanova, *Estudios de lingüística y filología nahuas*, edición de Ascensión H. de León-Portilla, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977, pp. 79-126.
- GONZÁLEZ DE LA VARA, Martín, *Historia del chocolate en México*, Maass Ediciones, México, 1992.
- HERNÁNDEZ, Esther, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana de fray Alonso de Molina. Estudio de los indigenismos léxicos y registro de las voces españolas internas*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Biblioteca de Filología Hispánica, 15), Madrid, 1996.

- HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, Ascensión, “Introducción” a Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, Historia 16 (Crónicas de América, 28), Madrid, 1986.
- HERRERO, Miguel, *Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega*, Castalia, Madrid, 1997.
- HOPPAN, J. M., “Maestros del cacao: los mayas”, *Artes de México*, 103, septiembre de 2011, pp. 29-36.
- KAUFMAN, Terrence S., “Materiales lingüísticos para el estudio de las relaciones internas y externas de la familia de idiomas mayanos”, en *Desarrollo cultural de los mayas*, edición de Evon Z. Vogh y Alberto Ruz, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974.
- KAUFMAN, Terrence S. y John Justeson, “The History of the Word for Cacao in Ancient Mesoamerica”, *Ancient Mesoamerica*, 18, 2007, 193-297.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, “Nahuatlismos en el castellano de España”, *Boletín de la Academia Mexicana de la Lengua*, 1, enero-junio de 1981, pp. 23-36, y 2, julio-diciembre de 1981, pp. 109-128. Recogido en Miguel León-Portilla, *Obras*, Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio Nacional, México, t. vi, pp. 207-238.
- , *Quince poetas del mundo náhuatl*, Diana, México, 1994.
- , “Atlaquetzalli: agua preciosa”, *Artes de México*, 105, marzo de 2011, pp. 35-39.
- MÁYNEZ, Pilar, *El calepino de Sahagún: un acercamiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- MENDOZA, Eufemio, *Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano*, Imprenta del Palacio, México, 1872.
- “Mundo maya. Esplendor de una cultura”, *Arqueología Mexicana*, 44, edición especial, Enrique Vela (ed.), Raíces, México, junio de 2012.
- NAVARRO, Tomás, *Manual de pronunciación española*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Miguel de Cervantes, Madrid, 22ª ed., 1980.
- OGATA, Nisao, “Domesticación y origen del cacao en América”, *Artes de México*, 103, septiembre de 2011, pp. 54-59.
- ROBELO, Cecilio Agustín, *Diccionario de aztequismos, o sea Catálogo de las palabras del idioma náhuatl, azteca o mexicano introducidas al idioma castellano bajo diversas formas*, Imprenta del autor, Cuernavaca (Cuauhnahuac), 1904.
- SANTAMARÍA, Francisco J., *Diccionario general de americanismos*, Editorial Pedro Robredo, México, 1942, 3 v.
- , *Diccionario de mexicanismos. Razonado, comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos dicionaristas hispanoamericanos*, Porrúa, México, 1959.

- SIMÉON, Rémi, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana. Redactado según los documentos impresos y manuscritos más auténticos y precedido de una introducción*, traducción de Josefina Oliva de Coll, Siglo XXI Editores, México, 1977.
- SWANTON, Michael, Alejandro de Ávila y Sebastian van Doesburg, “Cacao and Chocolate: A View from the Mixteca and Beyond”, *Ancient Mesoamerica*, 10, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 18-23.

# EL SIGLO XVII: ¿UN SIGLO ÁUREO PARA LA EVOLUCIÓN DEL ESPAÑOL?\*

---

Concepción Company Companany

## I. INTRODUCCIÓN.

### EL SIGLO XVII, UN PERIODO PRIVILEGIADO

El lugar privilegiado del siglo xvii en la historia de la lengua española y en la cultura en esta lengua está fuera de toda duda. En efecto, un aspecto recurrente, y bien conocido, de todas las gramáticas históricas internas del español y de las historias externas de la lengua española, y, en lo general, de todo tipo de obras que nos acerque a la historia de la cultura y de la sociedad en lengua española, es que el siglo xvii constituye un periodo de especial relevancia en lo cultural, en lo literario y en lo lingüístico. Sea que el análisis se haga con un enfoque más lingüístico o con uno más literario, sea que se realice con uno más sociocultural o con uno histórico en general, en todos el siglo xvii goza de un particular privilegio. Tal lugar privilegiado es tanto cualitativo como cuantitativo.

En perspectiva cualitativa, el siglo xvii dicta las periodizaciones de nuestra lengua, sean estas bipartitas o tripartitas. Así, la ya clásica división bipartita del español en “antiguo y moderno”, tiene como eje y protagonista simbólico de esa clasificación el año 1600 (Menéndez Pidal, 1940, 1991); o, sin un año preciso, la centuria del xvii establece una referencia divisoria por sí misma (Eberenz, 1991). En las divisiones tripartitas, el siglo xvii constituye un periodo propio;

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 8 de noviembre de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez. Texto publicado posteriormente con el título “Estandarización cultural y marginalidad lingüística. El siglo xvii: una gran paradoja en la historia de la lengua española”, *Hispanismos del mundo. Diálogos y debates en (y desde) el Sur. (Actas del XVIII Congreso Internacional de la Asociación Internacional de Hispanistas, Buenos Aires, 15-20 de julio de 2013)*, Leonardo Funes (ed.), Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, pp. 131-158.

en efecto, en las cronologías de nuestra lengua que dividen el español en “medieval, moderno y contemporáneo” (Lapesa, 1981), el siglo xvii es del español moderno, mientras que los siglos precedente y subsecuente ocupan un lugar variable y a veces poco claro: el xvi suele ser considerado el umbral del español moderno y, por su parte, el siglo xviii, aunque es clasificado como moderno, constituye una modernidad desatendida, una mera continuidad lingüística respecto del siglo precedente, que, hasta hace muy poco, constituía un verdadero vacío de conocimiento para la historia del español.

Desde otro ángulo de análisis, el siglo xvii, como se sabe, ha sido calificado una y otra vez como el “siglo de oro”, escrito casi siempre en mayúsculas, “Siglo de Oro”, graficación que equipara el siglo xvii a un nombre propio, con un referente único y exclusivo, mientras que el siglo xvi a veces se une a este calificativo de áureo, y se habla de los “siglos de oro” o de los “Siglos de Oro”, pero a veces queda excluido. Además, con no poca frecuencia los especialistas en literatura de este periodo hablan indistintamente y en un mismo trabajo de Siglos de Oro y Siglo de Oro, y también con cierta frecuencia empiezan tratando ambos siglos como áureos, en plural por tanto, y terminan por concentrar su atención en el xvii,<sup>1</sup> señal de que este siglo, y no el anterior, es, sin duda alguna, el áureo para la lengua y la literatura españolas. En los apartados que siguen, veremos que el siglo xvi tiene un comportamiento sintáctico bastante diferente del xvii y que, por ello, es conveniente tratarlos por separado, al menos en lo que a la lingüística concierne.

También es común calificar la lengua del siglo xvii como “español clásico” —una lengua modélica, debemos entender—, mientras que los siglos precedente y subsecuente quedan excluidos de esta clasificación: el xvi es etiquetado como “preclásico” y el xviii no suele recibir calificación alguna a este respecto, aunque sin duda queda fuera de esta naturaleza clásica y modélica. El siglo xvii ha sido también considerado con mucha frecuencia como el periodo de mayor esplendor general, cultural, literario y lingüístico de la cultura en lengua española (Abad, 2004), como un periodo de “revolución” fonológica

<sup>1</sup> Cf., entre otros muchos estudiosos, el trabajo de Montaner (1989), paradigmático, en mi opinión, de este desplazamiento cronológico en el objetivo del trabajo, sin comentario o aviso alguno por parte del crítico literario; asimismo algunos de los textos contenidos en el número monográfico de la revista *Edad de Oro*, vol. 7, correspondiente a 1988, son los que sustentan y dan pie al artículo antecitado de Montaner; tal desplazamiento cronológico es también común en historias de la literatura.

(Ariza, 1994), como el periodo que despliega la mayor concentración de cambios del español (Girón Alconchel, 2004) y como un periodo extraordinario y peculiar desde el punto de vista sociolingüístico y psicolingüístico, ya que, al parecer, existía una conciencia lingüística y cultural bastante desarrollada, y no sólo en quienes podrían ser llamados los intelectuales del momento sino en el pueblo llano inclusive (Gauger, 2004).

La opinión de López Grigera (2004: 707) resume bien, a mi modo de ver, el sentir generalizado y la perspectiva de muchos estudiosos sobre la unicidad y relevancia del siglo xvii: “Los textos literarios de la época de los Austrias constituyen, sin ninguna duda, la mayor riqueza de nuestra lengua”. Y, en general, la apreciación histórica lingüística es que desde el siglo xvii “las grandes líneas de la estructura idiomática no han variado” [...] “Ni en el plano fónico, ni en el morfosintáctico puede señalarse en este periodo [siglo xviii] ninguna alteración fundamental” (Cano, 1988: 255).

En perspectiva cuantitativa, el siglo xvii goza también de un lugar privilegiado desde los inicios de la gramática histórica española por la cantidad de estudios y páginas a él dedicados. De hecho, es el causante de una desproporción numérica fuerte en las gramáticas e historias de nuestra lengua. Basten cuatro ejemplos. La obra ya clásica de Lapesa (1981), *Historia de la lengua española*, contiene, en tres capítulos, 127 páginas dedicadas al siglo xvii, de un total de 590 de análisis y exposición de datos, lo cual significa que un solo siglo supone casi 22% de la obra total, esto es, un siglo ocupa casi la cuarta parte de la atención en una obra de carácter abarcador y general, intitulada por ello *Historia de la lengua española*. Por su parte, la obra colectiva *Historia de la lengua española*, coordinada por Cano (2004), mantiene proporciones semejantes: 256 páginas dedicadas al siglo xvii, de un total de 1 132, lo cual representa casi 23% del total del libro; es decir, un sólo siglo vuelve a merecer casi la cuarta parte de una obra que analiza un devenir de 20 siglos de historia del español, puesto que empieza con los antecedentes latinos y con las lenguas prerromanas de sustrato y llega para algunos temas al siglo xx. La recientemente publicada obra de Menéndez Pidal, *Historia de la lengua española* (2005), refleja proporciones similares para el análisis del siglo xvii: dedica seis capítulos, que suman 271 páginas sobre este siglo, lo cual representa casi 21% de las 1 337 páginas del libro. En resumen, un solo siglo concentra, una y otra vez, casi la cuarta parte de información de la historia de la lengua española. Asimismo, con base en datos cuantitativos sobre el orden de constituyentes en la oración en la diacronía del español, Aguilar, Aguilar,

Araiza y Melis (2006) han propuesto, como lo hicieran otros autores antes con base en otros fenómenos de la lengua, que el siglo xvii en sí mismo constituye un “tercer periodo evolutivo del español”.

En suma, el lugar privilegiado del siglo xvii en la historia de nuestra lengua está fuera de toda duda. Sea en perspectiva cualitativa, sea en perspectiva cuantitativa, sea en sincronía, sea en diacronía, el siglo xvii, él solo, es un pilar sobre el que se ha construido la historia del español. Es, sin lugar a dudas, un parteaguas en todos los acercamientos y desde todos los puntos de vista: *antes* del siglo xvii, *después* del xvii o *en* el xvii. Tal privilegio es bastante lógico porque la gramática histórica está en gran medida subordinada a la lengua escrita, particularmente la literaria, en cuanto que existe mucha más documentación de ésta que de otros tipos de textos escritos —jurídicos, notariales y periodísticos, por ejemplo— y porque, en esencia, nunca sabremos cómo era la lengua oral de estados pretéritos de nuestra lengua. Lo que es menos lógico es que la gramática histórica se subordine a las grandes obras literarias, subordinación esta última sobre la que, a mi modo de ver, se sustentan, en buena parte, las apreciaciones de “áureo”, “clásico”, “de esplendor”, etc., recurrentes para esa centuria.

Este trabajo, además de esta introducción, está estructurado en cinco apartados. En el §2 expongo el problema de investigación que plantea el siglo xvii para la sintaxis histórica y establezco los objetivos. En el §3 esbozo de manera muy resumida la caracterización de algunas de las propiedades comúnmente aceptadas del cambio sintáctico. El §4 consiste en la exposición del corpus que constituye la base del análisis y el tratamiento de los datos lingüísticos, cuyo resultado, como veremos, pone en cuestionamiento algunas de las propiedades del cambio lingüístico y arroja nueva luz sobre el lugar peculiar o especial del siglo xvii en la periodización del español; ocasionalmente algún cambio aparece respaldado con ejemplos de la prosa del xvii, a manera de correlato cualitativo de los datos estadísticos expuestos; por razones de espacio no es posible mostrar los correlatos cualitativos de cada uno de los cambios en la prosa del xvii. El §5 es una interpretación interdisciplinaria del particular comportamiento sintáctico del siglo xvii, que intenta poner en diálogo la lengua con la literatura, con la sociología y con la historia, diálogo que espero arroje alguna luz sobre la peculiaridad gramatical de esa centuria. Cierran unas conclusiones en el §6, tanto lingüísticas como derivadas del acercamiento interdisciplinario de este trabajo.

## 2. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN Y OBJETIVOS

La adecuada caracterización lingüística del siglo XVII es un verdadero reto para la teoría del cambio sintáctico porque esta centuria se sustrae una y otra vez, y en muchas y distintas zonas de la gramática, a varios de los postulados del cambio, tales como su *gradualidad* y *lentitud*, su *naturaleza continua* y su *carácter estratificado*, conocido también como *acumulación*, de manera que el resultado general en el conjunto de siglos que forman la diacronía del español es que el XVII es un periodo lingüísticamente “raro”.

En efecto, cuando es posible observar diacronías amplias y comparar el siglo XVII con los periodos precedentes y subsecuentes, se ve que este siglo realiza dos tipos de cambio un tanto contradictorios entre sí, ambos con un efecto estadístico brusco. Por un lado, es un siglo de una gran *generalización* de formas y construcciones y es el siglo de la *estandarización* de un número muy importante de cambios, que producen la idea de que el XVII es un periodo —posiblemente *el periodo*— en que la sintaxis se vuelve moderna, en el sentido de que muchas estructuras sintácticas adquieren la caracterización con que llegan hasta el español actual. Por otro lado, sin embargo, es un periodo de fuertes quiebres manifestados en forma de una gran *retracción*, de una fuerte *desproporción* de las dinámicas usuales del cambio sintáctico, al punto de que los datos del extenso corpus diacrónico analizado —consignado más adelante en el §4— muestran que para un número nada desdeñable de cambios existe mucha más afinidad sintáctica entre los siglos XVI y XVIII, que entre cada uno de ellos y el siglo XVII, motivo por el cual es inadecuado en sintaxis histórica hablar de Siglos de Oro, en plural, uniendo el XVI con el XVII. Adelantemos, además, que es en la segunda mitad del siglo XVII, sobre todo a partir de 1640, cuando se manifiestan de manera más contundente las dinámicas de cambio aquí esbozadas, si bien casi toda la centuria tiene una actividad lingüística especial en el conjunto de la diacronía del español.

Estandarización más retracción otorgan al siglo XVII la apariencia de una gran paradoja. La paradoja es aún más llamativa o sorprendente porque lo esperado para este siglo sería que hubiera una esencial continuidad lingüística, continuidad derivada tanto de la dinámica usual del cambio lingüístico, que se manifiesta más como continuidad que como discontinuidad, cuanto, sobre todo, derivada de la gran estandarización de la lengua española que tuvo lugar a fines del siglo XV e inicios del XVI con motivo de la enorme difusión de la imprenta

promovida por los Reyes Católicos. Esto es, aunque el paso de la cultura manuscrita a la cultura impresa fue un hecho gradual y no necesariamente lineal en el modo de sustitución de una por otra, se sabe que en el periodo de los Reyes Católicos se dio un gran espaldarazo oficial a la literatura y a la cultura impresas (Tejedo-Herrero, 2012: 424-425 y referencias ahí citadas), y esa fuerte difusión de la imprenta genera una expectativa en cuanto a la dinámica de los cambios sintácticos, a saber, que estos se hagan más lentos porque la imprenta produce un efecto lingüístico generalizador y estandarizador y, produce por tanto, un entecimiento de los cambios, y porque, cosa sabida, la intervención de los impresores puede, y suele, hasta la fecha, tener un efecto de fijación de modelos de escritura, de manera que ambos hechos —difusión de textos impresos más intervención de impresores— enlentecen las dinámicas del cambio lingüístico.

En suma, el problema de investigación que aflora en este trabajo es que la esperada continuidad y gradualidad del cambio sintáctico se rompe en el siglo xvii en un número nada desdeñable de cambios sintácticos producidos en muy diversas zonas gramaticales no relacionadas entre sí. La ausencia de relación gramatical entre los fenómenos otorga, en mi opinión, más peso a la paradoja aquí planteada. El efecto general que produce el siglo xvii es que, además de paradójico o contradictorio, constituye un periodo que pone en tela de juicio el comportamiento prototípico esperado del cambio sintáctico, al punto que, en términos estadísticos, como veremos, puede ser calificado de un *outlier* —un “desvirtuador”, a falta de una mejor traducción— para la periodización sintáctica del español, ya que la línea evolutiva de bastantes cambios exhibe un quiebre o inflexión muy brusca y un tanto anómala en el siglo xvii. El calificativo de *outlier* no tiene en este trabajo valoración negativa alguna, simplemente significa que ese siglo, como ninguno otro en la historia sintáctica, rompe la gradualidad y continuidad del cambio sintáctico y constituye, respecto de otros periodos, un momento especial en la diacronía de la lengua española, motivo por el que requiere una mirada particular y detenida.

Sin duda, a pesar de la paradoja y de la puesta en tela de juicio de los postulados teóricos que el siglo xvii provoca, “algo” tendrá este siglo que tanta y tanta atención ha merecido y sigue requiriendo en la historia del español. Adentrarnos en esas peculiaridades e intentar explicarlas, así sea parcialmente, es el objetivo de este trabajo.

El objetivo general es, por tanto, analizar la peculiaridad lingüística del siglo xvii en una diacronía amplia del español. Un objetivo complementario

para lograr este primer objetivo es mostrar que un diálogo interdisciplinario entre la lengua, la literatura, la historia y los estudios culturales proporciona un mejor entendimiento de la peculiar complejidad sintáctica del siglo XVII. Una propuesta de este trabajo es, en consecuencia, que un regreso a la filología tradicional, como una disciplina interdisciplinaria, pero con una nueva mirada y con renovadas herramientas de análisis, puede enriquecer tanto la comprensión de la lengua como de las manifestaciones culturales que en ella se soportan.

### 3. LOS PROCESOS “NORMALES” DEL CAMBIO SINTÁCTICO

Un postulado bien conocido del cambio gramatical es que este es *continuidad + discontinuidad* y ambas tendencias operan de manera conjunta, simultánea, nunca equilibrada en la manifestación de cualquier lengua en cualquier etapa. El cambio gramatical es tanto evolución como preservación de la estructura (Bybee, 2010: cap. 1; Company, 2012 en prensa). En esencia, un cambio lingüístico puede ser definido como una *discontinuidad observable*, puesto que la lengua opera como una constante transformación imperceptible que se inserta en la gran continuidad que constituye el fundamento de toda lengua y que es su esencia misma.

La discontinuidad debe ser entendida como un conjunto de pequeños microquiebres, cada uno de los cuales en sí mismo no es observable aunque el sistema lingüístico los incorpora y opera con ellos constantemente. Cuando se suman varios de esos microquiebres se produce una *catástrofe elemental*, en el sentido de la teoría de las catástrofes de René Thom (1983), definida como una *discontinuidad observable*, cuya consecuencia es que se reequilibran las relaciones en el interior del sistema lingüístico, se ajusta la comunicación y, gracias a ello, la lengua sigue funcionando. Un microquiebre sintáctico no es observable porque los hablantes lo producen de manera inconsciente, ya que, en realidad, la esencia del cambio —como se ha dicho numerosas veces— es que nadie quiere cambiar nada, motivo por el cual hay mucha más continuidad que discontinuidad en el devenir de cualquier lengua. Se requiere, como digo, de varios microquiebres acumulados para que se produzca un cambio o discontinuidad observable. El siglo XVII concentra y conjunta en su sintaxis un elevado número de microquiebres, al punto de que, como veremos, él solo parece constituir una catástrofe elemental de la diacronía.

En condiciones normales de la evolución interna de una lengua, un cambio sintáctico o discontinuidad observable se caracteriza por, al menos, cuatro propiedades básicas: *a)* ser un *proceso inferencial y dependiente del contexto*, *b)* ser un *proceso gradual*, *c)* ser un *proceso lentísimo*, y *d)* ser un *proceso estratificado o acumulativo*. El comportamiento lingüístico de muchos fenómenos en el siglo XVII, como veremos, constituye un serio cuestionamiento de las propiedades *b)* y *c)* del cambio.

El cambio sintáctico y la sintaxis, en general, a diferencia de la fonología o la morfología, tienen además la propiedad de ser siempre parafraseables, en el sentido de que siempre hay material sintáctico similar que puede llenar el espacio funcional en cuestión en caso de un vacío sintáctico; ello evita que se produzcan vacíos comunicativos que suspendan la comunicación entre dos seres humanos; y, en efecto, jamás en comunidad lingüística alguna se ha producido un impedimento de comunicación por carencia de material sintáctico. Es decir, en sintaxis, a diferencia de lo que sucede en fonología o en morfología, no existe el cero sintáctico.

*a) Proceso inferencial.* Es un proceso inferencial y dependiente del contexto porque las formas no cambian solas de manera aislada sino en distribuciones y contextos específicos, que son altamente favorables o afines a la forma, construcción o significado innovadores, que está entrando en proceso de cambio y que compite con la forma, la construcción o el significado conservadores. Esa dependencia del contexto motiva que sea un proceso inferencial en el sentido que el oyente carga la forma o construcción en cuestión con nuevos matices semánticos que no son parte integrante de la forma sino que están inferidos, extraídos, del contexto lingüístico e incluso extralingüístico. Cuando el oyente toma el turno de hablante emplea la forma o construcción enriquecida con nuevos matices y la usa en nuevas distribuciones, comparte o socializa el significado extraído por inferencia, y con el tiempo ese nuevo significado termina por convencionalizarse. Un mecanismo fundamental de este proceso inferencial es la elisión de formas o incluso de tramos completos del contexto lingüístico, ya que a medida que se convencionaliza la inferencia, tal convencionalización hace posible prescindir del contexto originario motivador de dicha inferencia.

*b) Proceso gradual.* En general se acepta que el cambio sintáctico-semántico es gradual en el sentido de que las transiciones entre las distintas fases del cambio gramatical se producen de manera imperceptible. Las causas de la gradua-

lidad parecen obvias: por un lado, nadie quiere —voluntariamente— cambiar nada en la gramática y, por otro, el contexto y la fase previa del cambio condicionan y limitan enormemente la progresión del cambio y generan ajustes y reajustes mínimos y constantes que impiden discontinuidades abruptas.

c) *Proceso lentísimo*. Un requisito del cambio lingüístico es preservar la comunicación entre generaciones. Por ello el cambio procede a manera de mínimos e imperceptibles desajustes que, junto con la gradualidad, hacen que la progresión de un cambio tarde siglos en convencionalizarse en una comunidad y tarde todavía más tiempo en manifestarse de manera explícita en la lengua escrita, ya que ésta es un soporte, por lo general, conservador que inhibe y ententece las dinámicas y tiempos usuales de los cambios.

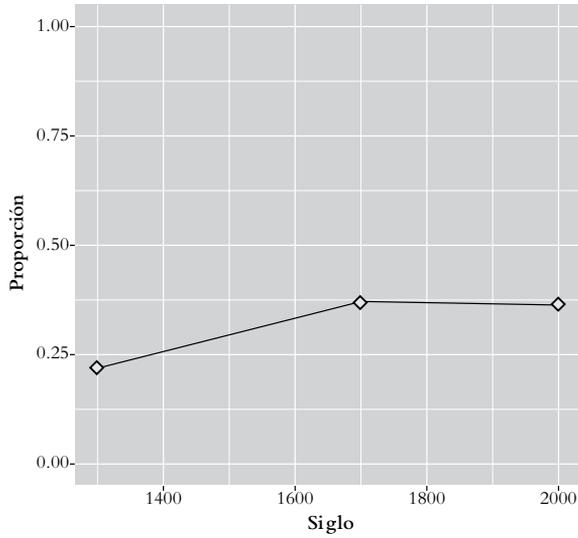
d) *Proceso estratificado o acumulativo*. Se dice que el cambio es acumulativo o estratificado porque las formas o construcciones conservadoras conviven por siglos junto a las formas o construcciones innovadoras, muchas veces bajo un mismo exponente formal. Esta característica está en dependencia de las propiedades anteriores y se debe al hecho de que las innovaciones lingüísticas —denominadas también cambios o discontinuidades observables— nunca afectan a una categoría en su totalidad, sino que, en condiciones normales, afectan a pequeñas parcelas y algunos ítems de esa categoría, de manera que la forma o construcción innovadora convive por largos periodos al lado de las parcelas y/o ítems categoriales aún no afectados por el cambio. Lo anterior garantiza que el cambio sea lento y garantiza también que no se produzcan quiebres en la comunicación ni en la operatividad de la lengua.

La gráficas 1 y 2 muestran dos cambios sintácticos “normales”, ya que en una larga diacronía los dos fenómenos en cuestión proceden según lo esperado en cuanto a gradualidad y lentitud, ya que ambos evolucionan o se modifican sin quiebres ni picos bruscos. La gráfica 1 deja ver la evolución de complementos circunstanciales iniciales o topicalizados,<sup>2</sup> del tipo *en Argentina siempre como carne*; *en la noche lo hacemos*, en lugar de *siempre como carne en Argentina*; *lo hacemos en la noche*, con los circunstanciales pospuestos al verbo y en posición final del sintagma verbal, que es el lugar no marcado y neutro para este tipo de complementos. Se observa una esencial estabilidad en la diacronía de la lengua, con un ligerísimo y sostenido aumento de complementos circunstanciales

<sup>2</sup> Los datos cuantitativos proceden de Melis y Alfonso (2012); la interpretación estadística y la inserción en las dinámicas del cambio lingüístico son mías.

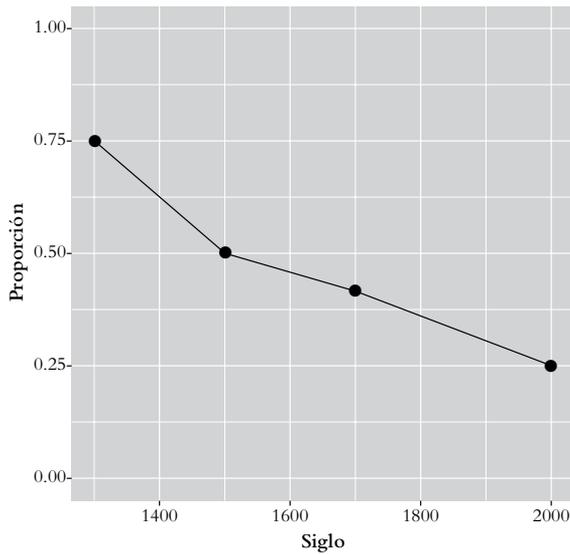
**GRÁFICA 1**

*Un cambio sintáctico “normal”: topicalización de circunstanciales*



**GRÁFICA 2**

*Otro cambio sintáctico “normal”: para que + verbo conjugado*



topicalizados, con un incremento mayor, pero casi imperceptible, en el siglo XVII, y a partir de entonces una esencial continuidad.<sup>3</sup>

La gráfica 2, por su parte, refleja cómo las subordinadas finales con verbo conjugado, del tipo *te lo dije para que lo termines pronto; lo hicimos así para que lo piensen bien*, han ido progresiva y lentamente cediendo su terreno funcional a favor de subordinadas finales introducidas por otros nexos, *te lo dije a fin de que termines pronto; te invito a que lo pruebes*.<sup>4</sup> Al igual que en el cambio anterior, pero ahora en sentido inverso ya que se trata de una disminución, se observa un constante pero gradual decremento en el empleo de subordinadas con *para que*, sin quiebres ni inflexiones bruscas en ningún momento de la diacronía del español.

#### 4. EL SIGLO XVII: UN PERIODO LINGÜÍSTICO ESPECIAL EN LA HISTORIA DEL ESPAÑOL

En este apartado analizo ocho zonas distintas de la sintaxis del español: 1. Posición inicial de adverbios temporales aspectivos: *aún, luego, todavía* y *ya*; 2. Adyacencia al verbo de estos adverbios; 3. Diacronía de la frecuencia general de empleo de los adverbios en *-mente*; 4. Preposición *a* + frase nominal de naturaleza léxica locativa: *voy a la plaza*; 5. Preposición *entre* + frase nominal: *entre los ancianos*; 6. Preposición *por* + frase nominal con núcleo abstracto: *por las dudas*; 7. Preposición *para* + infinitivo: *para terminar*; 8. Subordinadas correlativas: consecutivas de intensidad: *era tan grande su miedo que se quedó paralizado*.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Topicalización de circunstanciales que es una estrategia recurrente de la literatura, mediante la cual el escritor primero codifica la escena y posteriormente pone en ella a los participantes —actantes, participantes o argumentos, como se les conoce en la lingüística—; pensemos, por ejemplo, nada más y nada menos, en el muy citado inicio del *Quijote*: “En un lugar de la Mancha...”, un circunstancial topicalizado que abre la obra toda.

<sup>4</sup> Los datos cuantitativos proceden de Silva (2012); la interpretación estadística y la inserción en las dinámicas del cambio lingüístico son mías.

<sup>5</sup> La fuente para estos cambios son diversos capítulos de la obra dirigida por Concepción Company Company, *Sintaxis histórica de la lengua española. Tercera parte: Adverbios, preposiciones y conjunciones. Relaciones interoracionales*, Fondo de Cultura Económica – Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2015. Los capítulos en que se exponen los respectivos temas son de las siguientes autorías: Magaña: adverbios aspectivos de tiempo; Company: adverbios en *-mente*; Company y Flores: preposición *a*; Hernández Díaz: preposición *entre*; Torres Cacoullós y Bauman: preposición *por* y preposición *para* + infinitivo; Parodi: oraciones consecutivas.

En los ocho cambios, el siglo xvii sufre un quiebre o inflexión fuerte que escapa de la dinámica esperada o normal del cambio sintáctico expuesta en las gráficas 1 y 2 del apartado anterior.

El hecho de que zonas categoriales tan distintas de la sintaxis del español —preposicional, adverbial y subordinación varia— se comporten en la diacronía de un modo similar hace más robusta la hipótesis de que, desde un punto de vista estadístico, este siglo constituye un *outlier* en la periodización del español.<sup>6</sup> Es decir, la coincidencia de comportamientos en zonas tan distintas no puede deberse al azar, sino que habrá que buscar una *causación necesaria*, siguiendo a Sloman (2005), entre sintaxis histórica y otras disciplinas, en este caso, historia externa de la lengua. En este apartado expondremos los cambios y en el siguiente intentaremos acercarnos a algunas explicaciones de tal causación.

Todos los cambios, con el fin de establecer cierta comparabilidad entre los resultados, están sustentados en análisis y corpus con ciertas similitudes. Todos están basados en diacronías amplias, ya que inician en el siglo xiii y llegan hasta los siglos xx o xxi. Todos los fenómenos están fichados por muestreo al azar con intervalos sistemáticos de 150 o 200 años entre cada corte cronológico; todos los cambios fueron analizados sobre un universo de palabras similar para cada corte cronológico; en caso de que el capítulo no tuviera la homogeneización cuantitativa requerida respecto de los universos de palabras por corte cronológico, las cantidades netas que contenía el capítulo en cuestión fueron tratadas estadísticamente con el programa que abajo menciono con el fin de hacer comparables los universos de cada periodo. Las bases de datos sobre las que se soporta el análisis son amplias, entre 2500 y 6000 fichas por fenómeno. Todos los cambios analizan de tres a cinco obras por corte cronológico. Todos los análisis abarcan diversidad de géneros textuales, si bien todas las obras analizadas corresponden a prosa.

Las herramientas metodológicas empleadas para analizar y exponer este comportamiento peculiar o especial del siglo xvii han sido las siguientes: en

<sup>6</sup> Un número nada desdeñable de cambios sintácticos, en otras muy diversas zonas sintácticas, confirman la caracterización del siglo xvii como un *outlier* diacrónico estadístico; por razones de espacio sólo analizo estos ocho. Para algunos otros cambios que ofrecen este mismo comportamiento del siglo xvii como un *outlier*, siempre como quiebre o generalización, cf. Company (2015), así como diversos capítulos de la *Primera parte: La frase verbal* y de la *Segunda parte: La frase nominal*, 2006 y 2009, respectivamente, de la obra referida en la nota 5, *Sintaxis histórica de la lengua española*. Hay, desde luego, muchos otros cambios, pero son los menos, en los cuales el siglo xvii no se muestra como un *outlier*.

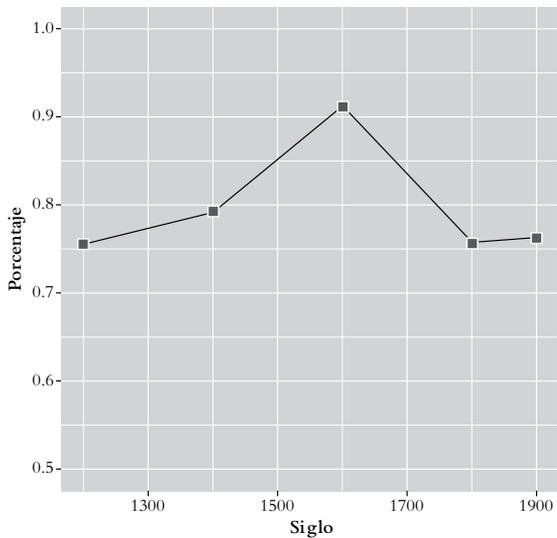
primer lugar, realizar un proceso de sistematización cuantitativa, expuesto en Company (en prensa); en segundo lugar, aplicar un *estadístico z* a los datos cuantitativos generales por siglos que aparecen en los diversos capítulos de la obra ya mencionada; el estadístico *z*, también conocido como *estimado z*, es clave para saber si es significativo estadísticamente el quiebre que muestra el siglo XVII y es parte de la denominada *prueba de diferencia de proporciones*,<sup>7</sup> que consiste en comparar las ocurrencias de cualesquiera dos hechos o fenómenos, en el caso que nos ocupa, una estructura lingüística en dos siglos determinados, no necesariamente consecutivos; por ejemplo, XIII con XV, XVI con XVII, XVI con XVIII, XVII con XIX, etc. Un estadístico *z* es significativo cuando el resultado es superior a 1.96 o inferior a -1.96. Los estadísticos *z* de todos los fenómenos dieron un resultado positivo en el siglo XVII en cuanto a la significatividad del quiebre observado. Por último, los resultados de la prueba de estadístico *z* son convertidos a gráficas que fueron elaboradas con *lenguaje R*, mostradas ya en las dos gráficas anteriores, que son las que vamos a exponer y analizar a continuación.

En las gráficas 3 a 9 aparecen los cambios listados de 1 a 8 al inicio de este apartado. Las gráficas 3 y 4 miden la adyacencia al verbo y la posición inicial de los adverbios *aún*, *luego*, *todavía* y *ya*. Como adverbios que son, lo esperado es que mantengan, en una fuerte proporción, una posición adyacente al verbo y que si se separan de él y amplían su alcance para modificar toda la oración o adquirir funciones discursivas, como es común con ciertas clases de adverbios, se desplacen hacia los extremos, concretamente, hacia el extremo inicial. Efectivamente, eso es lo que puede verse en las dos gráficas: se mantuvieron adyacentes al verbo pero muchísimo más en el siglo XVII, y también se desplazaron hacia la posición inicial, pero muchísimo más en el siglo XVII. Tras este siglo, en ambas variables, la evolución “vuelve a la normalidad”, ya que si el lector observa los cortes cronológicos precedente y subsecuente, siglos XV y XIX, respectivamente, se percatará de que están casi a la misma altura en frecuencia porcentual; es decir, el comportamiento de estos adverbios en los siglos XV y XIX está casi nivelado o casi igualado antes y después del siglo XVII. Nos encontramos, por tanto, un antes y un después del siglo XVII. Este mismo comportamiento de antes y después del XVII se repite en otros varios cambios.

<sup>7</sup> Es de libre acceso y empleo en la página: [www.in-silico.net/statistics/ztest/twoproportion](http://www.in-silico.net/statistics/ztest/twoproportion).

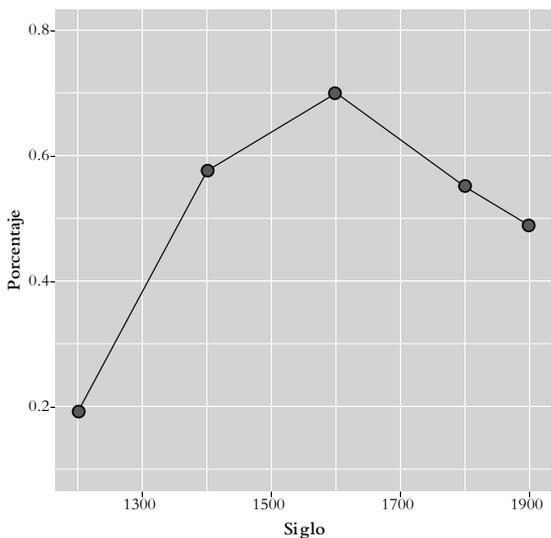
### GRÁFICA 3

*Averbios de tiempo: adyacencia al verbo*

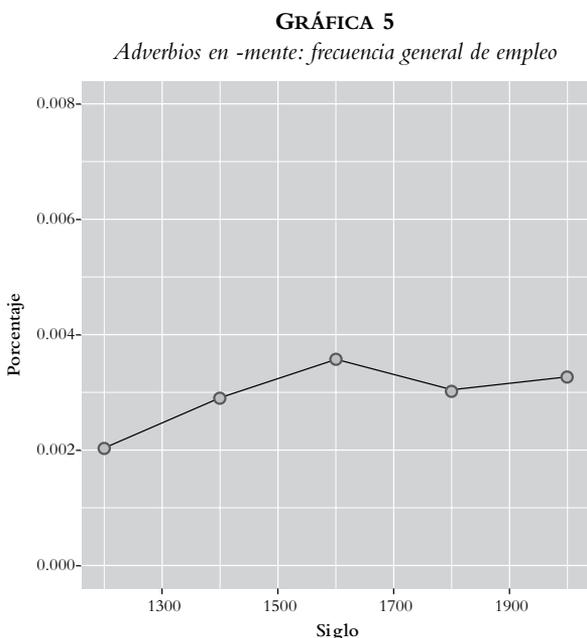


### GRÁFICA 4

*Averbios de tiempo: posición inicial*



La gráfica 5 mide la frecuencia general de empleo de los adverbios en *-mente*. Como creación romance que son, lo esperado es que incrementen su frecuencia de uso, como efectivamente ocurrió, pero, de nuevo, el aumento se dispara en el siglo XVII, y de nuevo, el lector podrá observar que los cortes precedente y posterior a este siglo, XV y XIX, respectivamente, están prácticamente nivelados, con un ligero incremento en el siglo XIX y otro aumento más en el XXI; es decir, los incrementos fueron graduales y lentos, con excepción del ocurrido en el siglo XVII.



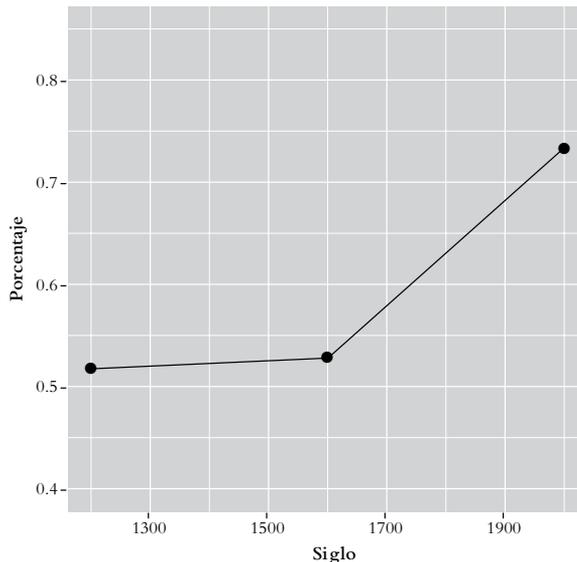
Las gráficas 6, 7 y 8 muestran cómo los rasgos léxicos de la frase nominal, término de las preposiciones *a*, *entre* y *por*, se desplazaron hacia la abstracción. El significado originario o etimológico de estas preposiciones era, como se sabe, de naturaleza locativa: directiva tética en el caso de *a*, estativa en relación a otro u otros puntos de referencia estativos, en el caso de *entre*, y de trayecto en el caso de *por*, pero con el paso del tiempo estas preposiciones incrementaron su capacidad de tomar frases más abstractas y menos locativas. La ganancia de significados más abstractos es la esperada en la evolución de la gramática

cuando intervienen construcciones locativas, pero, lo interesante para los fines de este trabajo, es que ese movimiento hacia la abstracción siempre tiene un punto de inflexión fuerte en el siglo xvii, sea para generalizarse la estructura prepositiva en cuestión, sea para retraerse de forma brusca y luego recuperar frecuencia de empleo.

Por lo que respecta a la preposición *a*, gráfica 6, el aumento de términos abstractos, con el rasgo más humano —un ser humano es más abstracto que una locación geográfica, aunque ambos puedan ser seleccionados por la preposición *a*—, es constante pero lento y gradual desde el siglo xiii hasta el xvii, pero precisamente en este siglo se produce una muy fuerte inflexión, ya que a partir de entonces aumentan de manera mucho más ágil las documentaciones de *a* con término frase nominal humana. En efecto, la preposición *a* es una de las más frecuentes del español para introducir términos no locativos, ya que se volvió muy tempranamente marca gramatical: para introducir objetos directos humanos —“*a personal*” la denominaba Andrés Bello (1847/1978: §889)—, se volvió también marca de objeto indirecto, que es casi siempre humano, es

### GRÁFICA 6

*A + fn: Incremento de núcleos humanos de la frase nominal término*



asimismo marca de muchos otros objetos directos abstractos e inanimados de diversa naturaleza léxica, introduce numerosos complementos modales, todos con término nominal abstracto, además de muchas otras funciones que requieren términos abstractos. Ese camino hacia la abstracción, lento antes del XVII y muy fuerte a partir de él, es lo que deja ver la gráfica 6.

En los ejemplos de (1) abajo, puede apreciarse cómo la preposición *a* aparece introduciendo términos abstractos de diversos tipos semánticos y en funciones diversas. En (1a) Quevedo emplea *a* para introducir un objeto directo inanimado abstracto, *la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos*, con el resultado de que Quevedo parece adelantarse a su tiempo en el empleo de esta preposición, porque aun hoy ese tipo de objetos directos inanimados abstractos es muy reacio a tomar preposición. De hecho, *El Buscón* abunda en construcciones prepositivas caracterizables como “muy modernas”, que llaman poderosamente la atención a cualquier estudioso de la diacronía del español.<sup>8</sup> En (1b) Quevedo emplea una construcción prepositiva con término abstracto, *riesgo*, cuya ubicación sintagmática genera ambigüedad de lectura: bien como objeto directo de *advertir* con una subordinada relativa de *riesgo*, en cuyo caso todavía hoy el español estándar emplearía ese objeto directo sin preposición, *el riesgo*, o bien como régimen prepositivo adelantado de *ponía*, en cuyo caso también el español actual estándar preferiría otra preposición, *en riesgo*. Sea que *al riesgo* es un objeto directo prepositivo sea que es una prolepsis de *poner*, el autor logra énfasis expresivo porque la preposición otorga un efecto de dinamismo directivo e inminencia, ya que, como dijimos, el significado etimológico de *a* es directivo télico hacia una meta, dinamismo que se debilitaría, o incluso desaparecería, al eliminar la marca prepositiva. En (1c) Cervantes y un documento jurídico casi coetáneo del autor emplean complementos de modo con sustantivos abstractos introducidos por la preposición *a*. Los objetos directos abstractos prepositivos y este tipo de complementos modales se vuelven mucho más frecuentes a partir del siglo XVII.

- (1) a. Advirtiendo **a la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos** que había habido en estos años fértiles (*Buscón*, 3.151).  
 b. No advertí **al riesgo** que me ponía (*Buscón*, 10.255).

<sup>8</sup> Cf. los datos sobre uso innovador de la preposición *a* en el siglo XVII expuestos en Company y Flores, en el capítulo de la obra ya aludida *Sintaxis histórica de la lengua española. Tercera parte*.

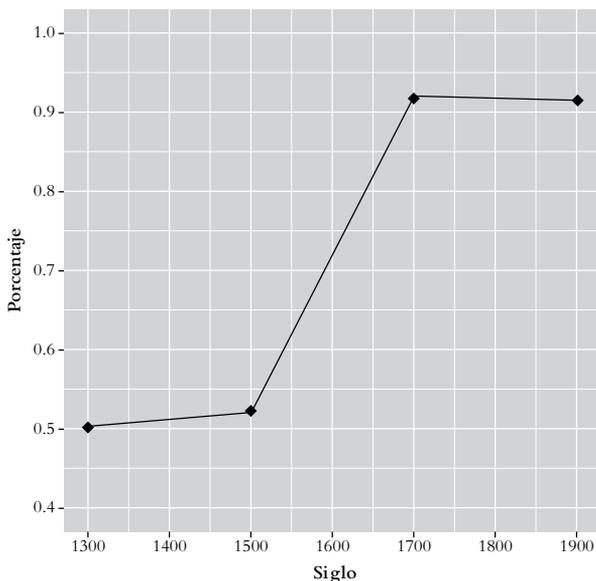
- c. Sepa vuestra merced que esto de azotarse un hombre **a sangre fría** es cosa recia (*Quijote. Segunda parte*, 59.1169).  
A donde solían estar muchas veces **a solas** (*Documentos lingüísticos de la Nueva España*, año 1621, 83.251).

En el caso de la preposición *entre*, gráfica 7, se observa una ganancia de abstracción muy fuerte en el paso de los siglos XVI al XVIII, que son los dos cortes cronológicos, precedente y subsecuente, seleccionados para el estudio de esta preposición por Hernández Díaz en la obra *Sintaxis histórica de la lengua española*. Ello significa que el siglo XVII fue el momento de estandarización o generalización fuerte de los términos abstractos no locativos con *entre*, del tipo *entre todos*, *entre esto y aquello*, y que a partir de este siglo se mantuvo muy elevada la capacidad de *entre* de tomar términos no locativos.

Por su parte, en el caso de la preposición *por*, gráfica 8, se aprecia una diacronía consistente en una esencial estabilidad, una frecuencia muy elevada, por eso aparece la línea evolutiva hasta arriba en la gráfica; se observan también vaivenes de aumentos y disminuciones de términos abstractos, del tipo *por casua-*

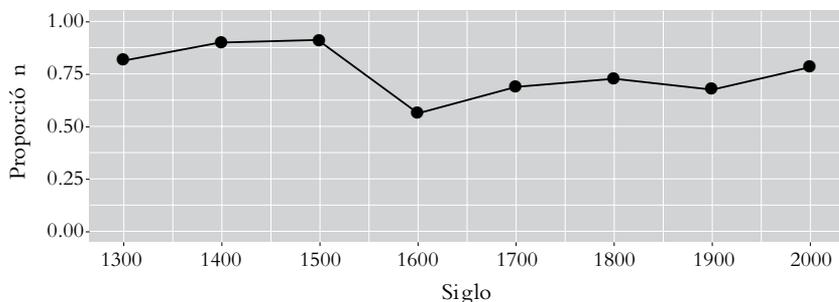
#### GRÁFICA 7

Entre + fn: abstracción de la frase nominal término



**GRÁFICA 8**

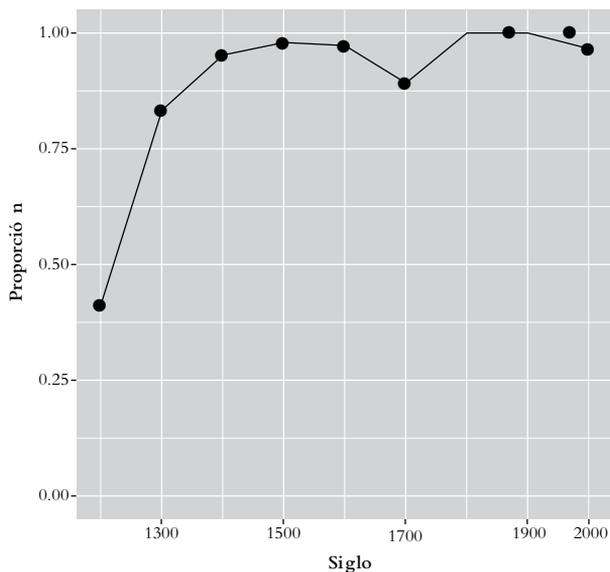
Por + fn: abstracción de la frase nominal término



lidad; *por ejemplo*, vaivenes que son lógicos porque *por*, a diferencia de *a*, no se ha vuelto preposición obligatoria de ninguna estructura del español. Nos interesa ahora solamente dirigir la atención al hecho de que de nuevo el siglo XVII despliega el cambio más brusco en los altibajos de la evolución de *por*, ya que muestra el retraimiento más fuerte y significativo de toda la diacronía de esta preposición.

**GRÁFICA 9**

Oraciones consecutivas de intensidad: frecuencia general de empleo



Las oraciones consecutivas de intensidad, *era tan fuerte que venció a todos, no sabe tanto como tú*, experimentan un incremento muy fuerte en el paso del siglo XII al XIII, gráfica 9,<sup>9</sup> y después se mantienen con elevada frecuencia y bastante estabilidad excepto en el siglo XVII en que, como muestra la gráfica, retraen de manera brusca su vitalidad. De nuevo, como en cambios anteriores, el siglo XVII supone un quiebre en la esencial continuidad y gradualidad de los cambios, manifestado en forma de retraimiento esta vez; de nuevo, los siglos XVI y XVIII están mucho más igualados entre sí, o son más semejantes, en el empleo de estas construcciones, que cualquiera de ellos respecto del XVII.

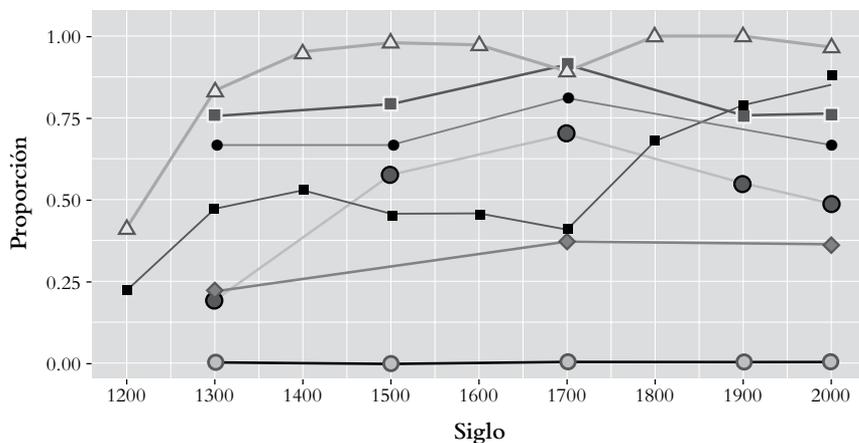
La gráfica 10 concentra varios de los cambios previamente expuestos y algunos otros analizados en Company (en prensa), con el mismo comportamiento de quiebre o generalización. La gráfica, por tanto, muestra el conjunto de varias diacronías sintácticas amplias en cuanto a profundidad histórica. Puede verse que la zona de la gráfica correspondiente al siglo XVII es casi un “volcán” de hoyos y picos evolutivos —si se me permite tal expresión— frente a otros periodos que parecen no quebrar la esencial gradualidad de la lengua o la quiebran de manera mucho menos brusca. La diacronía de los adverbios en *-mente* aparece hasta abajo de la gráfica y se vuelve casi imperceptible el pico del XVII que afloraba en la gráfica individual correspondiente, la número 5, porque al ser analizado en comparación con otros fenómenos, estos adverbios son mucho menos frecuentes que otras estructuras, motivo por el cual el análisis estadístico le otorga esa ubicación.

La gráfica 10 abajo nos informa de varios aspectos interesantes respecto del lugar que el siglo XVII ocupa en la historia sintáctica del español. Por un lado, surge ante los ojos del lector una gran paradoja porque se ven dos modos de cambio: es un periodo de retracción de algunos fenómenos y al mismo tiempo es un periodo de gran generalización y estandarización de otros muchos cambios. Por otro lado, el siglo XVII puede ser calificado un periodo de quiebre, en

<sup>9</sup> El aumento fuerte inicial que muestra la gráfica 8 no debe atribuirse, en mi opinión, a un incremento en la frecuencia real de empleo de estas oraciones en la lengua, sino al hecho de que para el siglo XII sólo se analiza un texto, el *Cantar de mio Cid*, porque, de hecho, no conocemos otra obra literaria en castellano para ese siglo, pero a partir del siglo XIII contamos con una rica y diversa producción textual salida de los *scriptoria* alfonsíes, motivo por el cual la frecuencia se eleva en gran medida, porque hay muchos más textos analizados y por tanto hay más construcciones consecutivas. En los siglos subsecuentes el capítulo que trata estas construcciones en la ya mencionada *Sintaxis histórica de la lengua española*, a cargo de Parodi, mantiene una densidad textual similar de siglo a siglo.

el sentido de que el corte cronológico siguiente, sea el siglo XVIII sea el XIX, vuelve, *grosso modo*, a la manifestación cuantitativa del periodo precedente, sea este el siglo XV sea el XVI. Puede verse también en la gráfica que el quiebre es casi siempre hacia arriba, es decir, exuberancia o “exceso de” la estructura en cuestión, más que hacia abajo, con dos excepciones, *por* con término FN de núcleo abstracto y consecutivas de intensidad que experimentan retraimiento de la frecuencia de empleo. Finalmente, la gráfica 10 comprueba que el siglo XVII es una centuria de fuertes generalizaciones de frecuencia que llevan a la estandarización de la forma o construcción en cuestión, volviéndola estándar, general o no marcada en nuestra lengua. Es decir, a partir del siglo XVII se generaliza el fenómeno en cuestión y se manifiesta casi tal cual a como se comporta en el español actual. Hay que señalar también un rasgo característico de la lengua del XVII, a saber, es un *outlier* en frecuencia o vitalidad de empleo de las formas, un desvirtuador cuantitativo estadístico, pero es una lengua canónica y normativa ya que

GRÁFICA 10  
Conjunto de cambios



**Fenómeno**

- Posición inicial de adverbios temporales
- Adyacencia de adverbios temporales
- Preposición para +infinitivo
- Adverbios en -mente
- △ Oraciones consecutivas de intensidad
- ◇ Circunstanciales topicalizados
- Para que separado del V

no exhibe estructuras no esperadas o “raras” desde el punto de vista lingüístico, al menos no en los cambios estudiados en este trabajo y en otros que se analizan en los estudios mencionados en las notas precedentes.<sup>10</sup>

##### 5. “ANOMALÍAS” ESTADÍSTICAS DEL SIGLO XVII A LA LUZ DEL DIÁLOGO INTERDISCIPLINARIO

La recurrencia estadística del siglo xvii en mostrar esta centuria como un periodo de ruptura gramatical obliga a formular, al menos, dos preguntas: *a)* ¿podría ser el siglo xvii un caso de cambio sintáctico “sin” sintaxis? Entendido este “*sin*” en el sentido de que sería posible que la motivación de la peculiar manifestación estadística expuesta en el apartado anterior no se encuentre en la historia interna, en la gramática histórica, sino en la historia externa, en cuyo caso, *b)* la historia del periodo, la cultura y la estructura social del momento, ¿cómo inciden en el cambio sintáctico? En suma, el llamativo, casi sorprendente, comportamiento estadístico del siglo xvii requiere —pide a gritos— para su explicación un diálogo interdisciplinario entre historia interna e historia externa, y requiere que nos acerquemos a esta última de un modo incluyente, es decir, desde las varias disciplinas que la integran.

Ha sido ampliamente señalado en estudios de historia, literatura y sociología que el siglo xvii es un periodo de muchas aristas contradictorias que, entrelazadas, generan una unicidad, unicidad que es, justamente, el momento peculiar y, al parecer, único que el siglo xvii constituye para la literatura y la cultura en lengua española (Elliott, 1963; Hatzfeld, 1964; Montaner, 1989; Lynch, 2007; Maravall, 2012; Ruiz Pérez, 2010, entre otros).

<sup>10</sup> Cosa lógica, por otra parte, porque no hay nada no esperado, no canónico en la gramática, porque de haberlo, aquella dejaría de ser gramática. Sin embargo, sería interesante preguntarnos si el abuso que hacen algunos autores de la época de ciertas construcciones o una alteración desmedida del orden de palabras puede ser calificado de *canónico*. Por ejemplo, por citar sólo un caso, Juan de Zabaleta en sus novelas *Día de fiesta* emplea adjetivos antepuestos a un extremo realmente inusual ya para la época, el doble de anteposición que otros escritores, como se aprecia en el ejemplo siguiente: “No hay más *indigna parte* que la mano del que tercia un vicio ni más *desperdiciado abandono* que el que se pone en aquella mano” (pág. 130, edición de Castalia). Gramaticalmente, los adjetivos calificativos fueron progresivamente posponiéndose al sustantivo en la historia del español, y ya para el siglo xvii la prosa no literaria de la época los usa por lo general pospuestos.

Intentaré aportar una explicación de cómo algunas de esas aristas multiangulares, sociales, históricas, políticas y culturales, en general, pudieron incidir en la gramática del periodo bajo estudio. Examinaré muy brevemente por razones de espacio cinco ángulos: 1. Movimientos políticos y movimientos poblacionales en este siglo; 2. Creación de nuevos modelos culturales, en particular, la creación de la cultura de masas en el XVII; 3. Enorme desarrollo de la imprenta en este siglo y desarrollo de conciencia lingüística con la consecuente compleja tensión entre escritura y oralidad en la literatura del momento; 4. Estructura social, y 5. Arraigo de dos modelos estéticos literarios complementarios. Cada uno de estos cinco ángulos despliega, en opinión de los estudiosos arriba citados, un comportamiento en sí mismo un tanto contradictorio porque, con frecuencia, su gestación y efecto tenían motivaciones dobles, o incluso triples, todo lo cual permite, en mi opinión, entender mucho mejor e incluso generar una explicación de la complejidad sintáctica del periodo en forma de fuertes generalizaciones a la par que de fuertes retracciones.

Es decir, la hipótesis aquí sustentada es que los resultados sintácticos contradictorios del siglo XVII para la diacronía del español pueden tener una explicación en aspectos sociales, culturales y políticos cuyas dinámicas son también un tanto contradictorias. Y no es de extrañar, porque, finalmente, la lengua es el soporte de la conceptualización y de la visión de mundo de una sociedad, y aquella y estas se requieren mutuamente, sin olvidar lo bien sabido de que la lengua es un sistema de símbolos abstractos y arbitrarios.

1. *Movimientos políticos y movimientos poblacionales.* Hay tres hechos político-sociales señalados por Lynch (2007) que, cabe pensar, generaron efectos lingüísticos encontrados. Por un lado, el siglo XVII fue un periodo de fuertes cambios sociales, manifestados en gran medida como una inconformidad social muy extendida que generó levantamientos varios y subversiones en ciertas regiones de España. Tales movimientos y subversiones debieron generar una fuerte movilidad social y poblacional manifestada, en lo lingüístico, en un dinamismo en forma de cambios y discontinuidades sintácticas. Por otro lado, el siglo XVII fue un momento de fuerte afirmación de las autonomías regionales —una prueba de ello es que Cataluña se deslinda del poder monárquico central y se niega a tributar a la Corona—, hecho que debe ponerse en relación con las subversiones poblacionales ya señaladas, y fue, a la vez, el momento en que Felipe III expulsa a los

moriscos. Afirmación de autonomías más expulsión de moriscos debió facilitar la estandarización del castellano, puesto que debió crear un efecto de “aislamiento”, al menos oficialmente, y de empoderamiento de esta lengua respecto de las lenguas vecinas, con la consecuente homogeneización y consolidación de aquella, al punto de que el castellano se vuelve, posiblemente por primera vez en la historia del español, una verdadera lengua nacional en la práctica y uso. Por último, el siglo xvii, sobre todo en el reinado de Felipe III y aún más en el de Felipe IV, es un momento de migraciones masivas a la ciudad, hecho que debió incidir en la ruptura y reorganización de redes sociales, en el sentido de Milroy y Milroy (1997), ruptura que debió crear discontinuidades gramaticales importantes además de que debió impactar la lengua urbana con variadas y muchas formas de la oralidad regional, que sumadas a la oralidad urbana, crearon un efecto de koineización, al tiempo que crearon dificultades para una adecuada estandarización lingüística y dieron pie a quiebres y retracciones. En suma, los cambios políticos y sociales aquí expuestos crearon un simultáneo doble efecto distinto en la lengua española: las subversiones y migraciones fueron un agente dinamizador y generaron quiebres, pero la expulsión de los moriscos y la afirmación de autonomías regionales fueron un agente estandarizador para la lengua española.

2. *Creación de nuevos modelos culturales: cultura de masas vs. fuerte individualismo.* Como señalan Hatzfeld (1964) y Maravall (2012) repetidamente en sus respectivas obras, el siglo xvii es el momento en que irrumpe en la sociedad española la cultura de masas. Para que esta tenga un efecto exitoso como modelo cultural consumible por parte de la sociedad, en especial por las clases populares, se requiere que sea muy igual y se creen y difundan estereotipos, una cultura de molde, de guión preestablecido —baste recordar que ese es el objetivo del *Arte nuevo de hacer comedias* de Lope, crear un molde, una “receta”, de cómo hacer teatro—, a la vez que se requiere que esos estereotipos y moldes vayan cambiando cada cierto tiempo y con cierta rapidez para que los modelos sigan siendo consumidos. Sin duda estas dos características de la cultura de masas, molde y cambio, debieron generar un efecto lingüístico de homogeneidad, generalización y estandarización, por una parte, pero simultáneamente de quiebres y dinamismo, por otra.

Por otro lado, y como contraposición a la cultura de masas, es un hecho bien estudiado que el siglo xvii es un periodo, posiblemente *el* periodo, de un elevado individualismo en la creación literaria, manifestado, por ejemplo, en una cantidad nada desdeñable de *hapax*, en Cervantes o en Góngora por

ejemplo, entre otros autores, varios de los cuales llegaron a la lengua cotidiana y se difundieron en la oralidad. Tal individualismo debió crear una cierta resistencia a la generalización de estructuras sintácticas, con un efecto contrario a la homogeneización provocada por la cultura de masas. Y dado que la sintaxis histórica depende en una gran medida de las obras literarias para obtener datos de lengua, este individualismo, carente de interés, en principio, para la gramática, no así para la estilística, queda reflejado en las diacronías sintácticas.

3. *Enorme desarrollo de la imprenta y desarrollo de conciencia lingüística.* Un hecho comentado por muchos estudiosos del siglo XVII es que en este siglo se desarrolla enormemente la cultura impresa debido a la alta demanda de obras y de la lectura y representación, en su caso, de éstas.<sup>11</sup> La consecuencia lingüística esperada de este desarrollo es que se reduzcan los cambios en la lengua o se hagan más lentos porque, como ya comenté al inicio de este trabajo, aquella produce un efecto de generalización de formas y construcciones, además de que las sociedades cultas opacan la oralidad mucho más que las comunidades iletradas y, por tanto, se oculta el dinamismo de la lengua en su uso real oral (Haugen, 1966; Ammon, 2004). Pero al mismo tiempo, el siglo XVII es un periodo de una elevada sensibilización lingüística, de una fuerte conciencia de lengua y de una alta elaboración lingüística, manifestadas en la constante crítica ejercida por los escritores, en las tertulias, en la creación de academias y en el teatro, entre otros, al punto de que Menéndez Pidal (1991: 173) habla de la “literaturización del habla común” en el periodo de los Austrias. Todo lo cual podría haber producido una compleja tensión entre escritura y oralidad en la literatura del momento, reflejada en las generalizaciones y en las discontinuidades sintácticas observadas en el apartado precedente. Volvemos a encontrarnos, por tanto, con la convivencia de funcionamientos sociales opuestos en la cultura y sociedad del siglo XVII, estabilidad y cambio, convivencia que podría explicar las dos manifestaciones lingüísticas evolutivas contrapuestas ya vistas para este periodo.

4. *Estructura social.* Un dato recurrente aportado por Lynch (2007) es que durante el siglo XVII la estructura social fue sumamente conservadora, jerárquica y estamentaria, lo cual, cabe pensar, habría producido cierta retracción en las

<sup>11</sup> Cf. Maravall (2012), Ruiz Pérez (2010: cap. 2), y varios artículos del número monográfico *Edad de Oro* (1988) referido en la nota 1 de este artículo.

dinámicas usuales del cambio lingüístico, y, ciertamente, algunas construcciones sintácticas del apartado anterior dejan ver fuertes retracciones en ese siglo, si lo insertamos en una amplia diacronía de la lengua. Al mismo tiempo, esa sociedad jerárquica y estamentaria estuvo caracterizada por un fuerte dirigismo y autoritarismo que, para su eficaz funcionamiento desde el poder central monárquico, habría requerido una lengua general y estándar para vehicular más fácilmente tal autoritarismo. De nuevo, un comportamiento social con dos ángulos que inciden, asimismo, en dos efectos lingüísticos.

5. *Arraigo de dos modelos estéticos literarios complementarios.* El siglo xvii es el momento del Barroco y este, como se sabe y ha sido dicho tantas veces, es un movimiento de claroscuros y de ángulos opuestos complementarios (Hatzfeld 1964: cap. 3; Maravall 2012: cap. 4). Es, por un lado, el siglo de la desmesura y de la exageración, manifestadas en la lengua, por ejemplo, en muchas subordinaciones con un efecto de recursividad muy compleja y de párrafos muy extensos, en abuso de adverbios y formas varias de la modalización, o en abuso en el uso de adjetivos calificativos y, sobre todo, en su anteposición al sustantivo, cuando en la lengua no literaria de ese periodo, y desde mucho antes en el español, ocupan un lugar no marcado pospuesto al sustantivo. Un buen reflejo de exageración y desmesura lo constituyen, por ejemplo, los sermones de la época. Y pensemos sin duda en Góngora, para citar un autor de primera línea, y pensemos en Juan de Zabaleta, un “segundón” comparado con aquel; en ambos, los recursos sintácticos empleados son muy semejantes, aunque la sabiduría estilística de uno y otro, con el consecuente efecto estético, sean muy diferentes. Y frente a, y junto a, la desmesura y la exageración, el Barroco es un movimiento de la prudencia y el laconismo. Baste pensar, también, en otro tipo de sermones comunes en la época y en escritores como Quevedo o en Gracián, muy distintos entre sí pero con recursos sintácticos similares. Sin duda esta dualidad complementaria del Barroco debió incidir en la lengua, creando un efecto general de “montaña rusa” en los cambios, que es lo que apreciamos en la gráfica 10 con el conjunto de los cambios analizados. Un efecto, me atrevo a decir, de gigantesca convulsión lingüística, y no hay tal en el siglo xvi ni en el siglo xviii.

Si parafraseáramos la conocida frase del prólogo de la *Gramática* de Antonio de Nebrija, enunciándola al revés: “porque la historia es compañera de la lengua”, podríamos entender y explicar mejor por qué el siglo xvii produce ese efecto

de convulsión y de opuestos lingüísticos. La lengua del XVII, como cualquier lengua, es el soporte fundamental de toda interacción social y fue el soporte de esas múltiples aristas paradójicas que construyeron la cultura del Barroco y construyeron la historia y sociedad de ese siglo. Las dos manifestaciones casi opuestas de cambio lingüístico que se observan en el XVII se explican mucho mejor en el conjunto de aparentes opuestos culturales, sociales, históricos y literarios que configuraron y construyeron este complejo periodo.

## 6. CONCLUSIONES

Desde la teoría lingüística y el método sintáctico, hemos visto que el empleo de modelos estadísticos se constituye en una herramienta valiosa para los análisis diacrónicos y análisis de periodización de una lengua, porque muestra lo sabido y hace “ver” lo intuido o no sabido, y es una herramienta valiosa porque a las descripciones añade explicaciones o, al menos, obliga a hacerse preguntas para buscar explicaciones en otro nivel, no necesariamente lingüístico. Hemos visto, asimismo, que la frecuencia de empleo es un síntoma de cómo se comporta la gramática y ayuda a establecer generalizaciones —generalización que es casi un reto en una disciplina que se presta y se mueve naturalmente en la atomización, como es la sintaxis histórica—, ayuda también a valorar y a comprobar.

Hemos mostrado que la unión del análisis cuantitativo-estadístico con el cualitativo permite sobrepasar el análisis individual del texto y sobrepasar asimismo el análisis del sistema en abstracto, carente de “carne” textual y cultural.

La conclusión lingüística obligada que surge sin duda de los cambios diacrónicos expuestos en el apartado §4 es que debemos preguntarnos qué es un cambio lingüístico “normal” o, en otras palabras, cuestionarnos si la gradualidad y lentitud son características inherentes y definitorias de los procesos de cambio sintáctico, como hasta ahora hemos dicho en la teoría del cambio sintáctico.

Para la historia de la lengua, hemos obtenido, asimismo, información relevante. Hemos visto que no es un hecho dado que el siglo XVII sea un periodo áureo, no al menos para la sintaxis histórica. Ni tampoco es un hecho dado que la lengua del siglo XVII sea un *modelo*, o al menos, a la luz de los datos, debemos preguntarnos qué es un *modelo de lengua*.

Hemos mostrado que el siglo XVII constituye un *outlier* estadístico, sin duda, porque no puede deberse al azar que ocho cambios en zonas gramaticales

distintas se comporten igual, en cuanto que muestran quiebres y generalizaciones que desvirtúan y cuestionan la gradualidad y normalidad de los procesos de cambio sintáctico. Sin duda alguna, el siglo xvii es un periodo especial y único, que muy posiblemente por sí mismo constituye una etapa propia en la periodización sintáctica del español; fue en sí mismo una catástrofe elemental de la historia del español, considerada esa expresión en su sentido técnico a la luz de la teoría de las catástrofes.

La aportación más interesante de este trabajo ha sido, a mi modo de ver, cómo se pueden enriquecer varias disciplinas —la lingüística, sin duda, pero también la literatura o la estilística—, si se intenta un análisis interdisciplinario basado en datos específicos y alimentado desde la historia y desde la cultura del periodo bajo estudio. Análisis interdisciplinario que no es sino un regreso al quehacer de la filología tradicional.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABAD, Francisco (2004), “Diacronía y sincronía del español”, *Cauce. Revista de Filología y su Didáctica*, 27, pp. 7-26.
- AGUILAR, Ana, Yásnaya Aguilar, Josefina Araiza y Chantal Melis (2006), “Nueva evidencia a favor del tercer periodo evolutivo del español: el orden de las palabras”, *Signos Lingüísticos*, 3, pp. 33-67.
- AMMON, Ulrich (2004), “Standard Variety”, en U. Ammon, N. Dittma, K. J. Mattheier y P. Trudgill (eds.), *Sociolinguistics: An International Handbook of the Science of Language and Society*, Berlín – Nueva York, pp. 273-283.
- ARIZA, Manuel (1994), “De la llamada revolución fonológica del Siglo de Oro”, en M. Ariza, *Sobre fonética histórica del español*, Arco Libros, Madrid, pp. 223-257.
- BELLO, Andrés [1847] (1988), *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, con las notas de Rufino José Cuervo*, edición de Ramón Trujillo, Arco Libros, Madrid.
- BYBEE, Joan (2010), *Language, Usage and Cognition*, Cambridge University Press, Cambridge.
- CANO, Rafael (1988), *El español a través de los tiempos*, Arco Libros, Madrid.
- (coord.) (2004), *Historia de la lengua española*, Ariel, Barcelona.

- COMPANY COMPANY, Concepción (2012), “Historical Morphosyntax and Grammaticalization”, en I. Hualde, A. Olarrea y E. Rourke (eds.), *Handbook of Hispanic linguistics*, Blackwell, Londres – Nueva York, pp. 673-693.
- COMPANY COMPANY, Concepción (2012 en prensa), “Continuidades y discontinuidades en la periodización sintáctica del español. La evidencia del siglo XVII”, en J. M. García Martín (ed.), *Actas del VIII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Vervuert-Iberoamericana, Fráncfort – Madrid.
- ELLIOT, John (1963), *The Imperial Spain*, Prentice, Londres.
- EBERENZ, Rolf (1991), “Castellano antiguo y español moderno. Reflexiones sobre la periodización en la historia de la lengua”, *Revista de Filología Española*, 71:1-2, pp. 79-106.
- GAUGER, Hans-Martin (2004), “La conciencia lingüística en la Edad de Oro”, en R. Cano (coord.), *Historia de la lengua española*, Ariel, Barcelona, pp. 681-700.
- GIRÓN ALCONCHEL, José Luis (2004), “Cambios gramaticales en los Siglos de Oro”, en R. Cano (coord.), *Historia de la lengua española*, Ariel, Barcelona, pp. 859-894.
- HATZFELD, Helmut (1964), *Estudios sobre el Barroco*, Gredos, Madrid.
- HAUGEN, Einar (1966), “Dialect, Language, Nation”, *American Anthropologist*, 68, pp. 922-935.
- LAPESA, Rafael [1947] (1981), *Historia de la lengua española*, Madrid: Gredos.
- LÓPEZ GRIGERA, María Luisa (2004), “Historia textual: textos literarios (Siglos de Oro)”, en R. Cano (coord.), *Historia de la lengua española*, Ariel, Barcelona, pp. 700-725.
- LYNCH, John [1965] (2007), *Los Austrias, 1598-1700*, Crítica, Barcelona.
- MARAVALL, José Antonio (1975), *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Ariel, Barcelona.
- MELIS, Chantal y Milagros Alfonso (2012), “Topicalización de complementos circunstanciales”, ponencia leída en el *VIII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Universidad de Cádiz.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón [1904] (1940), *Manual de gramática histórica española*, Espasa-Calpe, Madrid.
- (1991), *La lengua castellana en el siglo XVII*, Espasa-Calpe, Madrid.
- [1939] (2005), *Historia de la lengua española*, Fundación Menéndez Pidal, Madrid.
- MILROY, James y Leslie Milroy (1997), “Varieties and Variation”, en F. Coulmas (ed.), *The Handbook of Sociolinguistics*, Blackwell, Oxford, pp. 47-64.

- MONTANER FRUTOS, Alberto (1989), “El concepto de oralidad y su aplicación a la literatura de los siglos XVI y XVII. En torno al vol. 7 de *Edad de Oro*”, *Criticón*, 45, pp. 183-198.
- RUIZ PÉREZ, Pedro (2010), *Historia de la literatura española, 3: El siglo del arte nuevo. 1598-1691*, Crítica, Madrid.
- SILVA CECEÑA, Rosaura (2012), *Oraciones finales. Estructura y evolución*, tesis de maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- SLOMAN, Steven (2005), *Causal Models. How People Think about the World and its Alternatives*, Oxford University Press, Oxford – Nueva York.
- TEJEDO-HERRERO, Fernando (2012), “Sobre algunas transformaciones sintácticas y la activa evolución del castellano en el siglo XVI”, *Romance Philology*, 66, pp. 423-447.
- THOM, René (1983), *Paraboles et catastrophes*, Flammarion, París.

## REFLEXIONES SOBRE LA ANTIGUA LÍRICA POPULAR \*

Margit Frenk

Dentro del extenso ámbito de la literatura oral, la poesía popular de épocas pasadas ocupa un lugar aparte. En su momento se transmitía por vía oral, pero nosotros la conocemos sólo a través de fuentes escritas, sin posibilidad de acceder a ella en su forma original. Así, nunca sabremos exactamente cómo se cantaban en la Edad Media entre campesinos y pastores las canciones populares en las zonas rurales de la península ibérica. Los testimonios con que contamos son manuscritos e impresos procedentes de un periodo que va de la segunda mitad del siglo xv a la segunda del xvii. En ellos, los cantares se nos presentan como textos fijos, sin las fluctuaciones que siempre tienen en su existencia oral. La poesía popular vive en variantes, decía Menéndez Pidal, pero para la antigua lírica popular española sólo conocemos, en el mejor de los casos, algunas de las variantes y sólo las de un número limitado de textos. Muchísimos se nos conservan en una única versión. A esta limitación se añade el hecho de que los textos se registraron gracias a una moda que cundió primero entre los músicos cortesanos y luego se extendió a los poetas, a los dramaturgos y más allá, siempre en ambientes cultos, siempre integrados, de una manera u otra, a la literatura culta de la época sin que pudiera existir entonces un interés en reproducirlos fielmente. La única excepción en este sentido la constituyeron ciertas obras de humanistas a las que aludiremos después.

Por principio, pues, debemos suponer que los textos poéticos populares que tenemos entre manos pasaron por adaptaciones de diversos tipos e incluso que muchos deben de haber sido imitaciones afortunadas, por eso hemos

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 22 de noviembre de 2012, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Liverpool 76, colonia Juárez.

tendido a hablar de lírica de tipo “popular”, término que incluye las posibles adaptaciones e imitaciones. Esta situación me tuvo preocupada durante años, porque yo lo que pretendía originalmente era dar con la poesía que cantaba la gente del pueblo en la Edad Media y en el Siglo de Oro. En cierto momento me puse a buscar indicios que me permitieran acercarme más a la realidad viva de esa cultura popular, mostrándome, por ejemplo, que tales o cuales canciones se cantaban efectivamente entre la gente del pueblo. Así surgió en 1969 un trabajo que intitulé *La autenticidad folklórica de la antigua lírica “popular”*. Preguntaba yo en ese artículo: ¿no habrá modo de traspasar la barrera de comprobar la antigüedad siquiera de algunos textos?, ¿de saber, por lo menos, que efectivamente se cantaba entre el pueblo antes de su valoración? Lograrlo equivaldría a probar también la tradicionalidad de los temas, las formas métricas y el estilo de esos cantares. Y contesté inmediatamente: sí existen tales pruebas, pese al pertinaz escepticismo de ciertos críticos actuales, como Vicente Beltrán, sí existen indicios de diversa índole que con mayor o menor seguridad nos conducen por vericuetos insospechados a la tradición oral de la que provenían aquellas canciones. Y de esto quiero hablar ahora.

La prueba más contundente de existencia de una canción en la tradición oral antigua es su supervivencia en la tradición oral de nuestros días, en España, en Latinoamérica, entre los judíos sefardíes de oriente y del norte de África. Importa aclarar que la lírica popular española dio un vuelco desde principios del siglo xvii. Con el auge de la seguidilla y la folklorización generalizada de la cuarteta octosilábica, las canciones antiguas fueron quedando rezagadas y finalmente desaparecieron de las fuentes escritas, de modo que la aparición de canciones antiguas en la tradición oral moderna cobra especial importancia sobre todo cuando se trata de cantares registrados en una única fuente o cuando más en dos. Pese a la hegemonía de la cuarteta y de la seguidilla, esas canciones habían seguido vivas tal cual en boca de la gente durante los siglos xviii y xix e incluso en el xx, que es cuando fueron recogidas de la tradición oral de diferentes lugares de habla española y portuguesa, por practicantes de la relativamente nueva ciencia del folklor y sus exigencias de rigurosa fidelidad a los textos orales. He aquí algunos ejemplos. En una comedia de la segunda mitad del siglo xvii entra un personaje bailando al son de:

Tres hojas en el arbolé  
meneabansé.

Y en un entremés de esa época un tamborilero canta la misma cancioncita mientras otros personajes bailan una danza de palos. Con esta misma danza se bailaba todavía hace poco en Valladolid la canción:

Tres hojitas, madre,  
tiene el arbolé,  
la una en la rama,  
las dos en el pie.

Dábales el aire,  
Meneabansé.

Se repite dos veces *las dos en el pie y meneabansé*. Es muy probable que en realidad así o de modo parecido se cantara antaño. La citada comedia del XVII le añade al texto un desesperante *etc.* Otro ejemplo emparentado con el anterior. Un solo manuscrito antiguo trae esta cancioncita:

La zarzuela, madre,  
¡cómo la menea el ayre!

Y en Extremadura cantaban hace unas décadas:

¡Ay, madre, la zarzuela,  
cómo el aire la revolea!  
¡Ay, la zarzuela, madre,  
cómo la revolea el aire!

Por cierto, estas dos cancioncitas, la del *trebolé* y la de la *zarzuela*, nos están mostrando un rasgo muy frecuente en la lírica oral en español y en portugués, antigua y moderna: el simbolismo de los elementos de la naturaleza y de las plantas. La naturaleza en nuestras canciones siempre está cargada de implicaciones simbólicas. En este caso, el aire que menea, revolea las plantas, connota excitación sexual. Las canciones nos hablan de la excitación erótica del trébol, planta masculina, y de la zarzuela, planta femenina, o sea, respectivamente de un muchacho y una muchacha simbolizados por el trébol y la zarzuela. Y son curiosas esas tres hojas del trébol, *la una en la rama, las dos en el pie*, que

simbolizan, a mi ver, los genitales masculinos. A este propósito hay un cantarcito de segadores también recogido en una sola fuente antigua, manuscrita, y que reaparece igualmente en la tradición oral moderna:

A segar son idos tres con una hoz;  
mientras uno siega, holgavan los dos.

Así lo cantaban antes y no hace mucho en la provincia de Madrid:

A segar segadores, tres con una hoz,  
mientras el uno siega, descansan los dos.

Y repite:

Descansan los dos, niñas, descansan los dos,  
a segar segadores, tres con una hoz.

Es una canción aún más pícara, a mi ver, que las dos anteriores.

Estarán ustedes de acuerdo en que tenemos aquí supervivencias casi inverosímiles; y hay otras muchas, sobre todo en el norte y el oeste de España, en Latinoamérica hay menos, que aparecen abundantemente registradas en el *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica*. Todas ellas muestran a las claras que esas canciones pertenecían a la tradición oral cuando excepcionalmente fueron puestas por escrito. Y no sólo esas canciones, sino también otras emparentadas con ellas, por ejemplo, la muy conocida canción

De los álamos vengo, madre,  
de ver cómo los menea el ayre.

De los álamos de Sevilla,  
de ver a mi linda amiga,  
de ver cómo los menea el ayre.

El estribillo logró amplia difusión en ambientes urbanos del Siglo de Oro. Es otro caso de supervivencia notable:

De los árboles vengo, madre,  
de ver cómo corre el aire.

Se cantaba y bailaba en Salamanca todavía hace unas décadas, ya al parecer sin las connotaciones eróticas del viejo cantarillo. En Extremadura, en cambio, se había convertido en canción de bodas, haciendo aún más explícito el simbolismo original:

Y al tálamo vengo, madre,  
de las Indias, de Sevilla,  
de ver cómo corre el aire,  
de servir la blanca niña.

Como indicio de autenticidad folklórica tales símbolos son fundamentales, dado que eran totalmente ajenos a la poesía culta de la época. A ningún poeta cortesano del siglo XVI se le hubiera podido ocurrir. Cito un ejemplo precioso y misterioso:

A mi puerta nasce una fonte:  
¿por dó saliré que no me moje?

A mi puerta la garrida  
nasce una fonte frida,  
donde lavo la camisa  
y la de aquel que yo más quería.  
¿Por dó saliré que no me moje?

Es un poemita denso, cargado de símbolos arcaicos: ¿qué puerta es aquella por la que la muchacha teme tanto salir?, ¿qué fuente peligrosa que la mojaría? Tratemos que la explicación de los símbolos no nos aleje demasiado de la poesía. Es una muchacha virgen, ansiosa de amor y a la vez temerosa. La puerta es la de su cuerpo. Ella quiere salir, vivir el amor, la fuente, pero teme que su agua la moje. La glosa nos traslada a un momento posterior en que ella ya ha salido y ahora se está mojando en el agua de esa misma fuente donde lava su camisa junto con la de su amado, símbolos claros de unión sexual. Quienes conozcan algo de la poesía española del siglo XVI estarán de acuerdo conmigo en que

ningún poeta culto podía haber compuesto un poema así, o sea, que éste procedió directamente, sin alteraciones, de la tradición oral; y en ese caso se encuentran muchos otros cantarillos, simbólicos y no simbólicos, recogidos en el *Nuevo corpus*. Pienso, por ejemplo, en un cantar muy rústico que presenta una vieja pastora que se despide con sorna del mes de marzo, jactándose de que, entendemos que pese a las bajas temperaturas, ella ha logrado mantener vivos a sus ocho becerros. El mes entonces la insulta y la amenaza con que abril va a matarle todos sus animales:

—Allá vaias, marzo marzocho:  
 aká me quedo io kon mis bezerros todos ocho.  
 —Kallá, de una viexa falsa, ruin,  
 ke allá viene mi ermano abril,  
 ke kon los kueros a la feria os hará ir.

O esta otra que trata de pastores desobligados que en vez de ir a recoger en la tarde a los puercos se sientan a merendar:

Ponte, sol, ponte,  
 iránse los porkeritos del monte;  
 hazen que se van,  
 i tórnanse a sentar;  
 toman los zurriones  
 i enpiezan a merendar.  
 Vienen los padres:  
 —¿Ké es de los puerkos, zagales?  
 —Por esos montalvos abaxo van;  
 si acaso no bolvieren,  
 al korral akudirán.  
 —I si al korral no vinieren,  
 las nalguitas lo pagarán.

Estos dos textos de pastores, lo mismo que el de los sembradores citado antes, están en una única fuente antigua, el *Vocabulario de refranes* de Gonzalo Correas.

Y esto nos lleva a otro indicio importante del carácter auténticamente folklórico de cultura puramente oral que tienen muchos cantares: la índole de

ciertas fuentes que lo registraron. Hubo en la España de los siglos xvi y xvii humanistas y estudiosos que tuvieron un gran interés en la cultura del pueblo y recogieron sus refranes y dichos, sus canciones, sus rimas infantiles, y los reprodujeron con gran fidelidad. Obviamente, no procedían con el rigor de los modernos folkloristas, pero sus testimonios son valiosísimos. Entre esos humanistas, hay un musicólogo, Francisco Salinas, un lexicógrafo, Sebastián de Covarrubias, y un recopilador y estudioso de juegos infantiles, Rodrigo Caro, pero la mayoría de ellos fueron paremiólogos, pues se dedicaron a recoger refranes y dichos de la gente del pueblo, y los recogieron en refraneros junto con innumerables cancioncitas. En el siglo xvi, esos refraneristas se llamaron Pedro Vallés, Hernán Núñez, catedrático de griego en Salamanca, Juan de Mal Lara y Sebastián de Orozco. Algunas veces acompañan los textos de observaciones como: “dícneme ser cantar viejo de Extremadura” o “cantorcillo bailadero antiguo”. Los cantarcillos que encontramos en esas fuentes son, pues, fundamentales para conocer lo que realmente circulaba por vía oral entre el pueblo.

La fuente más importante de todas, de la que proceden centenares de canciones incluídas en el *Nuevo corpus*, es precisamente el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana* del maestro Gonzalo Correas, también catedrático de griego en la universidad de Salamanca. Comprende 25 500 entradas, en muchas de las cuales el refrán o dicho o canción aparece con variantes y no pocas veces con un comentario de enorme interés. Es una obra manuscrita que permaneció inédita hasta el siglo xx, en que primero aparecieron dos ediciones de la Real Academia basadas en una mala copia tardía del manuscrito original, luego en una estupenda edición fiel a ese manuscrito, que conserva la peculiar ortografía fonológica ideada por Correas, y finalmente en la magnífica edición con ortografía modernizada de Robert James y Maïte Mir-Adreu, que publicó Castalia hace apenas doce años. En su presentación, dice James, Correas se preocupa por entregarnos el documento original sin retoques en su oralidad pura. En esa obra prodigiosa encontramos muchísimas canciones y rimas que no aparecen en ninguna otra fuente, algunas de las cuales se conservan aún vivas en la tradición oral moderna. Es el caso de canciones como la de los tres segadores con una hoz y el de las siguientes:

¡Qué tomillexo, qué tomillar!

¡Qué tomillexo tan malo de arrancar!

[...]

Solvía el pan, panadera,  
solivia el pan, que se quema.

Si pica el cardo, moza, di;  
si pica el cardo, di que sí.

Todas ellas tienen, por cierto, connotación erótica. Correas recogió además, entre sus innumerables refranes y dichos, algunas rimas infantiles como ésta, liadísima, que también pervive copiosamente en la tradición oral de España y de América:

Sal, sol, solito,  
i estate aquí un poquito;  
por oi i mañana  
i por toda la semana.

Aquí vienen las monxas,  
cargadas de toronxas;  
no pueden pasar  
por el río de la mar.

Pasan uno, pasan dos,  
pasa la Madre de Dios,  
en su caballito blanco,  
que rrelunbra todo el canpo.

Aquí viene Periquito  
con un cantarito  
de agua caliente,  
que me espanta a mi i a toda la xente.

Podríamos seguir buen rato por el mismo camino, pero importa concluir. Si tantísimas composiciones incluidas en el *Nuevo corpus* son evidentes imitaciones, las supervivencias, los símbolos y la índole de ciertas fuentes nos permiten

acortar la distancia temporal y conocer de cerca preciosas muestras de lo que cantaba y recitaba la gente del pueblo en la remota Edad Media y todavía en ese extraordinario siglo xvii ya encaminado a la modernidad, cuyos notables quiebres lingüísticos nos reveló Concepción Company Company en otra lectura de la Academia Mexicana de la Lengua.



## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abad, Francisco: 398, 424  
Abreu Gómez, Ermilo: 62, 79  
Abutalib: 44, 48, 54  
Acevedo Escobedo, Antonio: 174  
Acosta, José de: 352, 354, 377, 388  
Adams, Henry: 165  
Adorno, Theodor: 220  
Aguilar, Ana,: 399, 424  
Aguilar, Yásnaya: 399, 424  
Aguirre Beltrán, Gonzalo: 86, 98  
Alberti, Rafael: 104, 107-109  
Alfonso Vega, Milagros: 401, 425  
Alonso, Martín: 357  
Alvar, Manuel: 84  
Alvarado, Francisco de: 376  
Alvarado, José: 174  
Ammon, Ulrich: 421, 424  
Andrade, Mario de: 46, 55  
Anglería, Pedro Mártir de: 369  
Anunciación, fray Juan de la: 131  
Aparicio, Sebastián de: 340  
Aponte, Bárbara B.: 174  
Ara, fray Domingo de: 84  
Araiza, Josefina: 400, 424  
Ariza, Manuel: 399, 424  
Arendt, Hannah: 223  
Arguedas, José María: 46  
Aristarco: 237  
Aristófanes: 56  
Aristóteles: 220, 222-224, 246  
Armstrong, Louis: 45, 54  
Arnaiz y Freg, Arturo: 157, 160  
Asbun Bojalil, Jorge: 147  
Áshkenazi, Vladímir: 30  
Aub, Max: 171  
Aubenque, Pierre: 223  
Ávila, Alejandro de: 375, 395  
Ávila Camacho, Manuel: 20, 174  
Avilés Solares, José: 357  
Ayala, Juan Antonio: 174  
Azuela, Arturo: 7, 15-16  
Azuela, Salvador: 165  
Baca Calderón, Esteban: 172  
Balbuena, Bernardo de: 171, 175  
Barba y Anaya, José: 172  
Barreda, Octavio G.: 145  
Barrios, Juan de: 380-381, 385  
Bartók, Béla: 201  
Bastús, Joaquín: 357  
Baudelaire, Charles: 213  
Baudot, Georges: 71  
Bauman, Joseph: 407  
Baumgarten, Alexander: 217  
Bautista Pomar, Juan: 364  
Becerra, José Carlos: 104-105  
Becerra, Marcos E.: 357-358, 361, 393  
Beethoven, Ludwig van: 201, 203

- Bello, Andrés: 412, 424  
 Beltrán, Rosa: 126  
 Beltrán y Puga, Guillermo: 159  
 Benjamin, Walter: 47, 219-220  
 Berceo, Gonzalo de: 56  
 Bermejo, Edgardo: 92  
 Betancur, Belisario: 21  
 Beuchot, Mauricio: 5, 7, 10-11, 15-16, 139, 217  
 Bizet, Georges: 219  
 Bolaño, Roberto: 122-123  
 Bonfil Batalla, Guillermo: 69  
 Bonifaz Nuño, Rubén: 234  
 Borges, Jorge Luis: 45, 47, 56, 120, 123, 233  
 Bosco, san Juan: 338  
 Bourget, Paul: 164  
 Boyle, Danny: 211  
 Brahms, Johannes: 201  
 Brancaccio, Francesco Maria: 388  
 Braque, Georges: 106  
 Bravo, Soledad: 195  
 Bruckner, Anton: 201  
 Buda: 208, 216  
 Butturini, Mattia: 337  
 Bybee, Joan: 403, 424  
  
 Cabrera Jasso, Ciprián: 16  
 Calderón de la Barca, Pedro: 133, 140  
 Calvet, Louis-Jean: 261  
 Calvino, Italo: 48  
 Campbell, Federico: 50  
 Campbell, Lyle: 360  
 Campos, Marco Antonio: 101, 107, 152  
 Canizares, José de: 133  
 Cano, Rafael: 399, 424  
 Cánovas del Castillo, Antonio: 190  
  
 Can Pat, Gerardo: 70  
 Cansino Casahonda, Enoch: 93  
 Capistrán, Miguel: 5, 11, 15-16, 189  
 Carballo, Emmanuel: 89  
 Cárdenas, Guty: 194  
 Cárdenas, Juan de: 353, 374-375, 379-382, 390-391  
 Cárdenas, Lázaro: 20  
 Carlos IV: 134  
 Carlos V: 84, 368  
 Carlos XII de Suecia: 164  
 Caro, Rodrigo: 433  
 Carpio, Manuel: 187  
 Carrancá y Trujillo, Raúl: 161  
 Carranza, Venustiano: 87  
 Carrasco, S. J., Gonzalo: 184  
 Carreño, Alberto María: 6, 10, 15, 157-160  
 Carreño, José María: 160  
 Carrera Stampa, Manuel: 157  
 Casar, Eduardo: 92  
 Casasús, Joaquín D.: 159  
 Castañón, Adolfo: 5, 7, 10-12, 15-16, 145, 147, 165, 169, 345  
 Castelar, Emilio: 190  
 Castellanos, Rosario: 62, 86, 89  
 Castellanos Quinto, Erasmo: 158  
 Castillo, Ignacio B. del: 163  
 Castillo Nájera, Francisco: 20, 174  
 Castro, Carlo Antonio: 86, 89, 93  
 Castro de Torres, Diego: 385  
 Cavafis, Constantino: 107  
 Celis, María de: 133  
 Celorio, Gonzalo: 5, 7, 10-11, 15-16, 44-45, 48, 54, 107, 193  
 Cenicerros, José Ángel: 166  
 Cernuda, Luis: 231

- Cervantes de Salazar, Francisco: 188  
 Cervantes y Saavedra, Miguel de: 21, 36,  
 46-47, 53, 56, 60, 80, 115-128, 420  
 Chandler, Raymond: 5, 46  
 Chávez, Carlos: 28  
 Chávez, Roberto: 154  
 Chávez Castañeda, Ricardo: 126  
 Chumacero, Alí: 99, 145-147, 149, 151-154  
 Cifuentes, Bárbara: 351, 356  
 Ciudad Real, Antonio de: 376-377  
 Clavé, Pelegrí: 187-188  
 Clavigero, Francisco Xavier: 354, 356-357,  
 392  
 Clemente VIII: 369  
 Colmenero de Ledesma, Antonio: 385  
 Colón, Cristóbal: 84, 368  
 Company Company, Concepción: 5, 7,  
 12, 16, 41, 44, 51, 54, 127, 397,  
 403, 407-409, 413, 416, 425, 435  
 Confucio: 216  
 Corominas, Joan: 358-359, 393  
 Correas, Gonzalo: 432-434  
 Cortázar, Julio: 45, 47-48, 56  
 Cortés, Hernán: 368-369  
 Cortez, Yves: 335  
 Cosío Villegas, Daniel: 146  
 Cosme III: 388  
 Coto, Thomas de: 377  
 Couto, Blas: 185-188  
 Couto, José Bernardo: 11, 15, 185  
 Covarrubias, Sebastián de: 433  
 Craft, Robert: 33-34  
 Cruz, sor Juana Inés de la: 105, 110,  
 250-251, 336-341  
 Cruz, Víctor de la: 5, 9, 15-16, 59, 74,  
 77-80, 92, 93  
 Cruz Montalvo, Salvador: 16  
 Cuauhtémoc: 55, 165, 168  
 Cuervo, Rufino José: 356, 394  
 Cuesta, Jorge: 147  
 Cuesta Gallardo, Manuel: 172  
 Curiel, Gonzalo: 195  
 Curtius, Ernest Robert: 176  
 D'Annunzio, Gabriel: 164  
 Dakin, Karen: 360  
 Dante Alighieri: 46, 56  
 Darío, Rubén: 109  
 Daudet, Alphonse: 230  
 Dávalos, Balbino: 340  
 Dávila Garibi, José Ignacio: 357  
 Dávila Padilla, fray Agustín: 354  
 Díaz, Porfirio: 157, 189  
 Díaz del Castillo, Bernal: 364  
 Díaz Soto y Gama, Antonio: 172  
 Díez, Luis Mateo: 48  
 Díez-Canedo, Enrique: 147  
 Díez-Canedo, Joaquín: 55  
 Díez-Canedo, Joaquín (hijo): 152  
 Dioscorides: 378  
 Doesburg, Sebastian van: 375, 395  
 Domínguez, Belisario: 96  
 Dos Passos, John: 45  
 Duarte, Polo: 173  
 Dubinsky, Rostislav: 32  
 Dumas, Alexandre: 45, 234  
 Eberenz, Rolf: 425  
 Echeverría, Javier: 187  
 Eliot, T. S.: 100, 106, 109, 151  
 Elliot, John: 418, 425  
 Elytis, Odisseas: 106

- Esparza Oteo, Alfonso: 194  
 Esquilo: 181, 219  
 Esquivel Obregón, Toribio: 189  
 Estrada, Roque: 172
- Falla, Manuel de: 22  
 Farfán, fray Agustín: 379  
 Faulkner, William: 45-46, 55  
 Felipe II: 232, 352, 358  
 Felipe III: 419-420  
 Felipe IV: 420  
 Felipe V de Anjou: 354  
 Fernández, Justino: 187  
 Fernández de Lizardi, José Joaquín: 138  
 Fernández de Oviedo, Gonzalo: 368  
 Fernández Mac Gregor, Genaro: 170, 340-341  
 Ferrara, Alessandro: 223  
 Ferrer, Eulalio: 20-21, 35-36  
 Ferro Gay, Federico: 139  
 Ferrus: 387  
 Fierro, Julieta: 5, 7, 11, 16, 237, 255  
 Flaubert, Gustave: 45  
 Flores, Ernesto: 103  
 Flores, Miguel Ángel: 147  
 Flores, Verónica: 50  
 Flores Magón, Ricardo: 171-172  
 Flórez, Julio: 196  
 Flores Dávila, Rodrigo: 407, 413  
 Fonseca, Rubem: 45  
 Foucault, Michel: 224  
 Franciosini, Lorenzo: 387  
 Francisco de Asís, san: 164, 208, 276  
 Francisco Javier, san: 158  
 Frenk, Margit: 5, 7, 12, 16, 196, 427  
 Friederici, Georg: 358, 394
- Frishmann, Donald: 69  
 Fuentes, Carlos: 16, 48, 71, 123, 174  
 Fúrtseva, Ekaterina: 33-34
- Gadamer, Hans-Georg: 220-224, 227  
 Gage, Thomas: 356, 383  
 Galeno: 378  
 Galindo, Carmen: 174  
 Galindo, Sergio: 86, 98  
 Gamboa, Federico: 159, 177, 179-180, 189  
 Gandhi, Mahatma: 214, 216, 233  
 Gaos, José: 174  
 García, Genaro: 165  
 García Icazbalceta, Joaquín: 158, 353, 355, 358, 394  
 García Lorca, Federico: 196  
 García Márquez, Gabriel: 44, 47-48, 123  
 García Naranjo, Nemesio: 11, 15, 157, 189-191  
 García Terrés, Jaime: 146-147, 174  
 Garíbay K., Ángel María: 61, 63, 78, 84, 174, 180-184, 200  
 Garrido, Felipe: 5, 7, 9-10, 15-16, 53, 93, 111, 196, 335  
 Garrido, Luis: 20, 164  
 Garrido, Vicente: 104  
 Gauger, Hans-Martin: 399, 425  
 Gauguin, Paul: 349  
 Gavila, Fernando: 133  
 Gilberti, Maturino: 367  
 Girón Alconchel, José Luis: 399, 425  
 Glantz, Margo: 5, 7, 11, 16, 185, 207  
 Glickman, Isaak: 32  
 Gogh, Vincent van: 220, 349  
 Gómez Robledo, Antonio: 174, 181-182  
 Góngora y Argote, Luis de: 116, 123, 420

- González, Felipe: 21  
 González, Otto-Raúl: 66  
 González Bocanegra, Francisco: 112, 187  
 González Casanova, Pablo: 357, 394  
 González de Eslava, Fernán: 170, 175  
 González Durán, Alejandro: 152  
 González Durán, Jorge: 145  
 González León, Francisco: 102-103, 107  
 González Martínez, Enrique: 105, 110  
 González Obregón, Luis: 160, 174, 177-179  
 Gopar, Gloria: 173  
 Gorostiza, José: 100, 109-110  
 Gracián, Baltasar: 123, 422  
 Granados Chapa, Miguel Ángel: 7, 11, 16, 193-203  
 Grande, Félix: 104  
 Gregorio XIII: 376  
 Grever, María: 194-195  
 Grijalva, Juan de: 158  
 Guevara, Ernesto “Che”: 350  
 Guevara, fray Miguel de: 157  
 Guimarães Rosa, João: 46  
 Güiraldes, Ricardo: 45  
 Gutiérrez Allende, David: 172  
 Gutiérrez Haces, Juana: 188  
 Gutiérrez Vega, Hugo: 5, 10, 15-16, 99, 107-113  
 Guzmán, Eulalia: 55  
 Guzmán, Martín Luis: 174  
  
 Hammett, Dashiell: 45-46  
 Hatzfeld, Helmut: 418, 422, 425  
 Haugen, Einar: 421, 425  
 Haydn, Joseph: 201  
 Hegel, G. W. F.: 219  
 Heidegger, Martin: 48, 219-224, 227  
  
 Henestrosa, Andrés: 62, 64, 79-80, 145  
 Henríquez Ureña, Pedro: 110  
 Henriquez, Baltasar: 387  
 Hernán, Cortés: 166  
 Hernández, Esther: 359  
 Hernández, Francisco: 351-354, 356, 358-359, 370-373, 375-377, 389, 391-392, 394  
 Hernández, Jorge F.: 153  
 Hernández, Natalio: 80  
 Hernández del Valle-Arizpe, Claudia: 92  
 Hernández Díaz, Axel: 407, 414  
 Hernández [de León-Portilla] Triviño, Ascención: 5, 7, 12, 16, 69, 351  
 Herrasti, Vicente: 126  
 Herrera, Alejandra: 151, 154  
 Herrera, José Joaquín: 185  
 Herrera Zapién, Tarsicio: 5, 7, 12, 16, 170, 196, 335  
 Hidalgo, Miguel: 162, 166  
 Hierro, José: 104, 118  
 Hipócrates: 378  
 Hiriart, Hugo: 92  
 Hofmann, Michael: 342  
 Homero: 45, 47, 60-61, 100  
 Houten, Coenraad van: 389  
 Huerta, Efraín: 102  
 Huerta, Victoriano: 189  
 Huidobro, Vicente: 112  
 Humayun: 208, 211-213  
 Hurtado, Tomás: 385  
  
 Iriarte, Tomás de: 133  
  
 Jachaturián, Aram: 29  
 James, Robert: 433

- Jhan, Octavio: 172  
 Jiménez Trejo, Pilar: 92  
 Johansson Keraudren, Patrick: 5, 7, 12, 16, 59, 85  
 Joyce, James: 42-43, 45-46, 54-56  
 Jrénnikov, Tijon: 33  
 Juan, Roberto: 92  
 Juárez, Benito: 66, 268  
 Jurado, Carlos: 86  
 Justeson, John: 360, 394
- Kafka, Franz: 233  
 Kant, Immanuel: 218, 223  
 Kappuz, Franz: 108-109  
 Kaufman, Terrence S.: 360, 393  
 Kayyam, Omar: 164  
 Khusrau, Amir: 208  
 Kierkegaard, Søren: 221  
 Kino, padre: 43  
 Koldewyn, Phillip: 174  
 Krauze, Enrique: 170  
 Kundera, Milan: 121  
 Kupka, Frantisek: 349
- Labastida, Jaime: 5, 19, 47, 83, 93, 95, 125  
 Lagos Cházaro, Francisco: 172  
 Landa, Diego de: 363  
 Lanson, Gustave: 243  
 Lapesa, Rafael: 398-399, 425  
 Lara, Agustín: 194-195  
 Larbaud, Valéry: 243  
 Lavista, Mario: 201  
 Lebedinsky, Lev: 31  
 Lee Whorf, Benjamín: 69  
 Lenin, Vladímir Ilyich: 22, 24, 30, 32  
 Leñero, Vicente: 5, 7, 10, 15, 125
- León, fray Luis de: 116, 121  
 León Pinelo, Antonio de: 380-382, 384-385, 392-393  
 León-Portilla, Miguel: 5, 7, 9, 15, 19, 35, 59, 61, 63, 68-69, 70, 77, 84, 351, 365-366, 385, 391-393, 395  
 Lévi-Strauss, Claude: 59  
 Lezama Lima, José: 100, 109  
 Liekens Cerqueda, Enrique: 65  
 Linneo, Carlos: 112, 361  
 Lizalde, Eduardo: 7, 16, 19, 196  
 Llanos, Bernardino de: 131  
 Lope de Vega: 126, 420  
 López, Rafael: 177  
 López Chiñas, Gabriel: 65, 70  
 López Chiñas, Jeremías: 63-65, 79, 81  
 López de Santa Anna, Antonio: 185  
 López Grigera, María Luisa: 425  
 López Mateos, Adolfo: 171  
 López Portillo, José: 172  
 López Velarde, Ramón: 99, 101, 103, 106-107, 109-113, 196  
 López y Fuentes, Gregorio: 62  
 Loyola, san Ignacio de: 130, 158  
 Lozano, José María: 189  
 Luis Mora, José María: 171, 185  
 Luis XVI: 176  
 Luis XVII: 176  
 Lunacharsky, Anatoly: 24  
 Lynch, John: 418-419, 425
- Machado, Antonio: 55  
 Macías, Elva: 65, 95  
 Macías Yasegey, Antonio: 92  
 Madero, Gustavo I.: 102, 189  
 Magaña Juárez, Elsie: 407

- Magdaleno, Mauricio: 79  
 Mahavira: 216  
 Mahler, Gustav: 201  
 Maldonado, Ismael: 257  
 Malko, Nikolai: 24  
 Mal Lara, Juan de: 433  
 Mallarmé, Stéphane: 227  
 Mann, Thomas: 45  
 Manrique, Leonardo: 263-264, 295  
 Maravall, José Antonio: 418, 421-422, 425  
 Marchante, León: 339  
 Marco Aurelio: 139  
 Marcuse, Herbert: 105  
 Margarita de Austria: 369  
 María Antonieta: 176  
 Mariscal, Ignacio: 197  
 Martí, José: 96  
 Martínez, José Luis: 62-63, 79, 145-147, 152, 171, 173, 176, 180, 184  
 Martínez Peñalosa, Porfirio: 173  
 Mastretta, Ángeles: 152  
 Masud, Naiyer: 209  
 Mata, Óscar: 152  
 Matus, Macario: 65  
 Maximiliano I: 231, 369  
 Máynez, Pilar: 68  
 Maza, Francisco de la: 176, 188  
 Medina, Dante: 335  
 Médiz Bolio, Antonio: 62, 194  
 Mejía Sánchez, Ernesto: 175  
 Melis, Chantal: 400, 405, 424-425  
 Melville, Herman: 230, 233-234  
 Mendelssohn, Felix: 201  
 Méndez Plancarte, Alfonso: 174, 181-182, 341  
 Méndez, Luis: 172  
 Menéndez Pidal, Ramón: 399, 421, 425  
 Mendieta, Jerónimo de: 83  
 Mendoza, Élmer: 5, 9, 15, 41, 49, 53-57, 97  
 Mendoza, Eufemio: 355, 356  
 Mendoza López, Margarita: 171  
 Mendoza López Schwerdtfeger, Miguel: 171-173  
 Menéndez Pidal, Ramón: 427  
 Mez de Braidenbach, Nicolas: 387  
 Mikoyán, Anastás: 36-37  
 Miller, Wick: 285  
 Milroy, James: 420, 425  
 Milroy, Leslie: 420, 425  
 Minsheu, John: 387  
 Mir-Adreu, Maïte: 433  
 Moctezuma: 164, 364, 369  
 Moheno, Querido: 189  
 Molina, Alonso de: 352, 355-356, 358-359, 366, 373, 376, 391-392, 394  
 Molina, Arcadio G.: 64, 67  
 Molina Cruz, Mario: 70  
 Molina Pulgar, Rafael: 92  
 Monardes, Nicolás: 388  
 Moncín, Luis: 133  
 Mondrian, Piet: 349  
 Monlau, Pedro Felipe: 356  
 Monsiváis, Carlos: 63, 71, 104  
 Montale, Eugenio: 100, 102, 109  
 Montaner Frutos, Alberto: 398, 418, 425  
 Montemayor, Carlos: 60, 65-66, 68-69, 71, 78, 80, 129, 139, 152  
 Monterde, Francisco: 158, 175, 177  
 Montero, Marco Antonio: 86  
 Mora Lomelí, Raúl H.: 175

- Morales, Pedro de: 376  
 Morelos, José María: 161, 163, 165-168  
 Moreno de Alba, José G.: 5, 7, 12, 16, 329  
 Moreno de los Arcos, Roberto: 230  
 Moreto, Agustín: 133  
 Mozart, Wolfgang Amadeus: 201, 203  
 Mravinsky, Yevgueni: 28  
 Mucha, Alfons: 50  
 Muriel, Josefina: 141
- Nácar, Pancho: 63-65, 80  
 Naïpaul, V. S.: 216  
 Nandino, Elías: 145  
 Naranjo Mondragón, Omar: 154  
 Navarro Tomás, T.: 175  
 Nebrija, Elio Antonio de: 84-85, 93, 369  
 Neruda, Pablo: 55, 101, 106, 196  
 Nestlé, Henry: 390  
 Nezahualcóyotl: 38  
 Nicolás II: 24, 34  
 Nietzsche, Friedrich: 219, 224, 227  
 Nijinsky, Vaslav: 22  
 Nizamuddin, Muhammad: 208  
 Nolasco, san Pedro: 338  
 Noriega, Alfonso: 20  
 Novo, Salvador: 194  
 Núñez, Hernán: 433  
 Núñez y Domínguez, José de J.: 177-178
- Obregón, Álvaro: 66, 172, 174, 177-179  
 Olaguível, Francisco M. de: 189  
 Oliva, Óscar: 65  
 Olmos, Andrés de: 137  
 Ong, Walter: 60, 78  
 Ordorica, Manuel: 257  
 O'Reilly, John: 232
- Orff, Carl: 342  
 Orfila, Arnaldo: 146  
 Orozco, Sebastián de: 433  
 Orozco González, Enrique: 92  
 Ortega y Gasset, José: 170  
 Ortiz de Montellano, Bernardo: 61  
 Orwell, George: 231  
 Owen, Gilberto: 147, 154
- Pacheco, José Emilio: 103, 145, 175  
 Padilla, Ignacio: 5, 10, 15, 115, 125-128  
 Palmerín, Ricardo: 194  
 Palou, Pedro Ángel: 126  
 Paredes, Ignacio de: 384  
 Parodi-Lewin, Claudia: 407, 416  
 Parra, Eduardo Antonio: 45, 49, 57  
 Pascual Buxó, José: 5, 7, 11, 16, 241  
 Paso Morante, Fernando del: 43-45, 48, 54-55, 158  
 Pasternak, Borís: 27  
 Patout, Paulette: 175  
 Payno, Manuel: 197, 232  
 Paz, Octavio: 102, 105, 145-146, 210  
 Pedroso, Manuel: 170  
 Pellicer, Carlos: 102, 110  
 Peña, Ernesto de la: 7, 16, 47, 196  
 Pérez, María Antonieta: 185  
 Pérez Tamayo, Ruy: 5, 7, 11, 16, 196, 199  
 Pérez Taylor, Rafael: 172  
 Pérez-Reverte, Arturo: 45-46  
 Periam, George August: 187  
 Pesado, José Joaquín: 188  
 Pessoa, Fernando: 119  
 Peza, Juan de Dios: 197-198  
 Philips, Allen: 103

- Picasso, Pablo: 22, 50, 108  
 Platón: 223-224  
 Pollock, Jackson: 349  
 Ponce, Manuel: 340  
 Ponce, Manuel M.: 194  
 Portugal, Isabel de: 369  
 Pozas, Ricardo: 89  
 Prieto, Indalecio: 171  
 Prieto Jacqué, Carlos: 5, 7, 9, 15, 19, 21,  
 23, 35-38, 41  
 Prokófiev, Sergéi: 29  
 Proust, Marcel: 43, 45  
 Puga y Acal, Manuel: 196-197  
 Pujalte, Carlos: 229-230  
 Pushkin, Aleksandr: 24  
  
 Quasimodo, Salvatore: 100  
 Quevedo y Villegas, Francisco de: 46, 56,  
 413, 422  
 Quincey, Thomas de: 212-213  
 Quirarte, Martín: 231  
 Quirarte, Vicente: 5, 7, 10, 11, 15-16,  
 95, 147, 151, 157, 196, 229  
  
 Rachmaninoff, Sergéi: 201  
 Radamsky, Sergéi: 26  
 Ramírez, Alfredo: 70  
 Ramírez, Rafael: 66  
 Ramos Carrión, Miguel: 196  
 Ramos Praslow, Ignacio: 172  
 Rangel Frías, Raúl: 175  
 Rangel, Nicolás: 174, 177  
 Reyes, Alfonso: 105, 110, 146, 174-175,  
 241-250, 252  
 Reyes, Alicia: 175  
 Reyes, Bernardo: 171  
  
 Reyes Católicos [Isabel y Fernando]: 402  
 Reyes Heróles, Federico: 92  
 Riaño, Honorato: 187  
 Ricœur, Paul: 220, 222  
 Rider Haggard, H.: 234  
 Rilke, Rainer Maria: 108-109  
 Rimbaud, Jean-Arthur: 227  
 Rimsky-Kórsakov, Nikolái: 33  
 Riva Palacio, Vicente: 198  
 Rivera, José Eustasio: 46  
 Rivera Garza, Cristina: 126  
 Rivero, Mirtha: 55  
 Robelo, Cecilio Agustín: 355, 357-358,  
 395  
 Rodenbach, Georges: 103  
 Rodríguez, Claudio: 118  
 Rodríguez, Constanza: 257  
 Rodríguez Urruty, Hugo: 175  
 Rojas Garcidueñas, José: 11, 15, 169-171,  
 173-176, 180, 184  
 Rojas González, Francisco: 62  
 Rojas y de los Ríos, Diego de: 385  
 Romero Aguilar, Ignacio: 172  
 Rosado Vega, Luis: 194  
 Rose, Jean: 175  
 Rostropóvich, Mstislav: 23  
 Rubín, Ramón: 89  
 Ruedas de la Serna, Jorge: 198  
 Ruiz, Bernardo: 152  
 Ruiz de Alarcón, Juan: 110, 116, 250  
 Ruiz Pérez, Pedro: 418, 421, 425  
 Rulfo, Juan: 43, 45-47, 55, 56, 100, 146  
 Ruz, Mario Humberto: 84  
  
 Saadi: 164  
 Sabines, Jaime: 105

- Sada, Daniel: 45, 49  
 Sáenz, Moisés: 66  
 Safo: 139  
 Sahagún, fray Bernardino de: 181, 365-366, 368, 373, 395  
 Salazar, Bernardino de: 383  
 Salgari, Emilio: 234  
 Salinas, Francisco: 433  
 Sandrini, Luis: 126  
 Sapir, Eduard: 69  
 Saramago, José: 42, 50  
 Sarraute, Nathalie: 45  
 Scharrer, Beatriz: 92  
 Schiller, Friedrich: 219  
 Schlegel, Friedrich: 219  
 Schubert, Franz: 201, 203  
 Sciascia, Leonardo: 45  
 Seferis, Giorgos: 107  
 Serrat, Joan Manuel: 55  
 Shakespeare, William: 46, 56  
 Shorris, Earl: 69, 80  
 Shorris, Silvia S.: 69  
 Shostakóvich, Dmitri: 19, 21-29, 32-34, 36-38, 41  
 Sierra, Justo: 16  
 Sigüenza y Góngora, Carlos de: 171, 174-175  
 Silanes López, Antonio: 157  
 Silva Ceceña, Rosaura: 407, 425  
 Silva y Aceves, Mariano: 146, 340  
 Sims, Heberto A.: 175  
 Sloman, Steven: 425  
 Sócrates: 224  
 Solana, Rafael: 157  
 Solís, Antonio de: 354  
 Sommers, Joseph: 89-90  
 Sosa, Francisco: 160  
 Specter, Michael: 330  
 Stalin, Iósif: 23-29, 36, 38  
 Strauss, Richard: 201  
 Stravinsky, Ígor: 21-22, 33-34  
 Stuart, David: 361  
 Swanton, Michael: 375  
 Tablada, José Juan: 189  
 Tata Juan: 95  
 Teja Zabre, Alfonso: 10, 15, 161-166, 168  
 Tejada de Tamez, Altaír: 175  
 Tejedo-Herrero, Fernando: 402, 425  
 Tellado, Corín: 55  
 Teresa de Jesús, santa: 158  
 Terrazas, Francisco de: 110-111  
 Terroba, Guillermo: 152  
 Thom, René: 403, 425  
 Tlaltocatzin: 365  
 Toledo, Antonio Sebastián de: 387  
 Tolstói, Lev: 45  
 Torquemada, Juan de: 354  
 Torre Villar, Ernesto de la: 200  
 Torres Bodet, Jaime: 175  
 Torres Cacoulllos, Rena : 407  
 Torri, Julio: 100  
 Toscana, David: 45, 49, 126  
 Toussaint, Manuel: 174, 187  
 Townsend, William C.: 67  
 Trías, Eugenio: 223  
 Trotsky, Lev: 24  
 Turner, William: 349  
 Unamuno, Miguel de: 121  
 Urbina, Luis G.: 110  
 Uribe, Álvaro: 126

- Vadillo, Basilio: 172  
 Vainberg, Moisei: 23  
 Valadés, Diego: 196  
 Valdés, Luz María: 257, 267  
 Valero, Vida: 151, 154  
 Valiñas Coalla, Leopoldo: 5, 7, 11, 16, 255  
 Valladares, Antonio: 133  
 Valle, Leandro: 165, 168  
 Valle, Rafael Heliodoro: 177-178  
 Vallejo, César: 106-107  
 Vallés, Pedro: 433  
 Varese, Stéfano: 65  
 Vargas Arroyo, Antonio: 138  
 Vargas Llosa, Mario: 45, 175  
 Vasconcelos, José: 66, 161, 168  
 Vattimo, Gianni: 224-225  
 Vázquez, José C.: 146  
 Vega, Garcilaso de la: 336  
 Velasco, Alma: 92  
 Velázquez, Bernardo: 257  
 Velázquez, Consuelo: 195  
 Veracruz, Alonso de la: 181  
 Verlaine, Paul: 164  
 Villagómez, Liborio: 159  
 Villalobos, Arias de: 170, 175  
 Villaurrutia, Xavier: 110, 112, 145, 147, 154  
 Villoro, Juan: 126  
 Virgilio: 139  
 Vitoria, Francisco de: 170  
 Vittori, Girolamo: 387  
 Viveros, Germán: 5, 10, 15, 129, 139-141, 169  
 Volpi, Jorge: 126  
 Voltaire: 106  
 Wagner, Richard: 201, 219  
 Walcott, Derek: 100, 109  
 Wichmann, Søren: 360  
 Willis Robb, Jaime: 175  
 Wittgenstein, Ludwig: 59  
 Woolf, Virginia: 45  
  
 Xayacámach: 364  
 Ximénez, Francisco: 357-358  
 Xirau, Ramón: 19, 175  
  
 Yáñez, Agustín: 181  
 Yeats, W. B.: 105, 107  
  
 Zabaleta, Juan de: 418, 422  
 Zaitzeff, Serge: 146  
 Zapata, Emiliano: 172  
 Zea, Leopoldo: 145  
 Zepeda, Daniel A.: 89  
 Zepeda, Eraclio: 5, 9, 15, 65, 83, 95-98  
 Zepeda, Gil: 92  
 Zerón-Medina, Fausto: 93, 202  
 Zhdánov, Andréi: 26, 29

GABINETE EDITORIAL  
DE LA  
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Alejandro Higashi  
*Responsable académico*

Vicente Quirarte  
*Asesor editorial*

Agustín Herrera Reyes  
*Coordinador editorial*

Pablo Labastida  
*Diseñador responsable*

Miliett Alcántar  
*Distribución*

*Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*  
tomo xxxviii [2012]

se terminó de imprimir y encuadernar  
en diciembre de 2018, en los talleres  
de Mujica Impresor, S.A. de C.V.,  
Camelia 4, Col. El Manto,  
C.P. 09830, Ciudad de México.

En su composición se utilizaron los tipos  
Bembo MT Pro en 9:11, 11:15 y 12:15 pts.

La edición, en papel Kromos ahuesado  
de 75 g, consta de 200 ejemplares,  
y estuvo al cuidado editorial  
de *Sergio Negrete*.

## ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

- TOMO XXXVIII:
- CARLOS PRIETO *Variaciones sobre Dmitri Shostakóvich y otras consideraciones*
- MIGUEL LEÓN-PORTILLA *Respuesta al discurso de ingreso de don Carlos Prieto Jacqué*
- ÉLMER MENDOZA *Contar lo de uno*
- FELIPE GARRIDO *Respuesta al discurso de ingreso de don Élmér Mendoza*
- VÍCTOR DE LA CRUZ *Las literaturas indígenas mexicanas*
- MIGUEL LEÓN-PORTILLA *Respuesta al discurso del doctor Víctor de la Cruz*
- ERACLIO ZEPEDA *Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*
- VICENTE QUIRARTE *Verbo que nunca se fatiga*
- HUGO GUTIÉRREZ VEGA *La poesía y la novedad de la patria*
- GONZALO CELORIO *Hugo Gutiérrez Vega: la devoción por López Velarde*
- IGNACIO PADILLA *Elogio de la impureza*
- VICENTE LEÑERO *Respuesta al discurso de ingreso de Ignacio Padilla*
- GERMÁN VIVEROS *Teatro novohispano*
- MAURICIO BEUCHOT *Respuesta al discurso de ingreso de don Germán Viveros*
- ADOLFO CASTAÑÓN *Alí Chumacero a lápiz*
- VICENTE QUIRARTE *Estar en la vida*
- VICENTE QUIRARTE *Alberto María Carreño*
- FELIPE GARRIDO *Una vida y una obra heroicas: Alfonso Téja Zabre*
- ADOLFO CASTAÑÓN *José Rojas Garcidueñas*
- MARGO GLANTZ *José Bernardo Couto*
- MIGUEL CAPISTRÁN *Para recordar a don Nemesio García Naranjo*
- GONZALO CELORIO *Miguel Ángel Granados Chapa: del fuero interno a la plaza pública*
- RUY PÉREZ TAMAYO *Sobre Miguel Ángel Granados Chapa*
- MARGO GLANTZ *Tierra lejana*
- MAURICIO BEUCHOT *Hacia una estética analógica*
- VICENTE QUIRARTE *La Invenible*
- JULIETA FIERRO *Las distancias de los astros*
- JOSÉ PASCUAL BUXÓ *Defensa e ilustración de la teoría literaria: a la vena de Alfonso Reyes*
- LEOPOLDO VALIÑAS COALLA *El encanto de los números, las tablas y las lenguas: la cuchara mágica*
- PATRICK JOHANSSON KERAUDREN *Tlamachiliztlahtolozanilli: la mitología náhuatl prehispánica*
- JOSÉ G. MORENO DE ALBA *El idioma español en internet*
- TARSICIO HERRERA ZAPIÉN *El español danza al ritmo del latín*
- ADOLFO CASTAÑÓN *Letanía*
- ASCENSIÓN HERNÁNDEZ TRIVIÑO *Chocolate: rescate de un nahuatlismo*
- CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY *El siglo XVII: ¿un siglo áureo para la evolución del español?*
- MARGIT FRENK *Reflexiones sobre la antigua lírica popular*